

# CAMILA O'GORMAN



ESCRITO PARA "LA PATRIA ARGENTINA"

POR

JULIO LLANOS



BUENOS AIRES

IMPRESA DE «LA PATRIA ARGENTINA», BOLIVAR Núm. 93 112

1883



# INTRODUCCION



Las páginas que van á leerse no respondiendo únicamente á la idea de explotar un argumento dramático.

En posesion de datos y documentos desconocidos ó interpretados caprichosamente, para acudir á fines diversos, queremos llevarlos donde se ajiten.

El fusilamiento de Camila y Gutierrez no fué solo, para Rosas, la mayor de sus atrocidades. Contribuyó poderosamente á su caida.

Mas le valia á Rosas haber perdido una batalla, que el haber hecho fusilar á Camila: Tal fué el daño que le hizo á su prestigio y autoridad, nos dice Bilbao cuando con improbos esfuerzos trata de vindicar á Reyes.

Casi tres meses despues del suceso, rompía el mismo Rosas su sistemático silencio, haciendo que la *Gaceta* sirviera una vez mas para desvirtuar la razon y la justicia: hé aqui algunos de sus párrafos:

“Bajo qué pretexto, pues, puede clasificar el salvaje unitario Alsina de asesinato y de crueldad este castigo impuesto á graves crímenes por autoridad pública competente, y con el fin de evitar mayores males con la repetición de semejantes escándalos?”

“Aun sin saber los diferentes hechos de engaño y falsificación con que los criminales señalaron su carrera funesta por el territorio argentino, su crimen fué clasificado como debia serlo.”

“El padre de Camila O’Gorman, lo calificó *del acto mas atroz y nunca oido en el pais*, en un escrito á S. E. el señor Gobernador fecha 21 de Diciembre de 1847; El señor Provisor, participando á S. E. en 18 del mismo mes y año el hecho ocurrido, lo clasificó de *suceso horrendo*; nuestro Ilustrísimo Señor Obispo Diocesano, en nota del 24 del mismo lo calificó de un *procedimiento enorme y escandaloso*. Todos los Gobiernos de la Confederacion contestando á la circular del Gobierno General, se pronunciaron debidamente en el propio sentido.”

“De esta manera burlaron las leyes humanas como habian violado las divinas, y de crimen en crimen ofrecian solo á la sociedad, con el escándalo de sus delitos consumados, la triste perspectiva de otros en una interminable cadena, que el Gobierno cortó con un golpe saludable de justicia.”

“No se trata de faltas, en que incurren nuestros semejantes, por que á ellas estamos sujetos, y nadie es perfecto, ó de delitos ordinarios, en que pueda mitigarse la severidad de la justicia, sin grande perjuicio del Estado y de la Religion, sin autorizar un desorden profundo y fatal, sino

crímenes graves y corrosivos, inauditos, respecto de los cuales la contempcion viene á ser funesta á la sociedad, y la indulgencia una ofensa á aquellos grandes principios é intereses conservadores de las naciones; cuales son el respeto á las leyes mas sagradas y á las autoridades supremas, la santidad del Ministerio Sacerdotal, y el buen orden de las familias: principios é intereses tan vitales, que una vez minados por la falta de escarminientos saludables, solamente producirán ruinas, desolacion y deshonra general.



Es notable que todos los que por un impulso cuaquiera han tratado de atenuar este crimen, hayan explotado las palabras del padre de Camila, del Provisor y del obispo de la Diócesis.

Aislándolas de lo que en seguida esponen todos ellos, se las hace interpretar de una manera muy distinta. Es dudosa la imparcialidad y buena fe de los que así proceden.

Esto es tanto mas culpable, cuanto que juzgando contra todas las leyes de la naturaleza se mezcla á un padre haciendo presumir que puede mirar como acto de justicia al que le arrebató una hija, descaminada talvez, pero no fuera de las consideraciones debidas á su sexo, y de las atenuaciones que exigen los actos cometidos al impulso de una pasion avasalladora.

Don Adolfo O’Gorman que califica el hecho de atroz y nunca oido, dice tambien en su carta.

“Así señor suplico á V. E. dé orden para que se libren requisitorias á todos los rumbos para precaver que esta infeliz se vea reducida á la desesperacion, y conociéndose perdida se precipite en la infamia.”

¿No es mas sensato y humano suponer que este padre pedia únicamente la devolucion de su hija?

Que el tirano hiciera dar en la *Gaceta*, una interpretacion torcida á esa carta, no es de extrañar; pero si lo es, y mucho, que se perpetúe tan falsa manera de entenderla.

El Provisor que da cuenta del suceso, llamándolo horrendo, dice: “Yo no veo en él Exmo. señor, sino un momento de ilusion y una ocasion desgraciadamente aprovechada, por un jóven arrastrado por la fuerza de la edad y precipitado por su inespereincia.”

“Por el amor que V. E. tiene á la religion y por el interés que ha mostrado siempre por el decoro de sus Ministros, yo le ruego quíera ocuparse de esta desgraciada ocurrencia, dignándose adoptar las medidas que estime convenientes, para ayu-

riguar el paradero de aquellos dos inconsiderados jóvenes; pero del modo mas oportuno para que su atentado tenga la menos posible trascendencia por el honor de la Iglesia y de la clase sacerdotal.

El obispo diocesano, dice á Rosas:

«Estamos llenos de dolor, y en medio de las angustias en que nos vemos sumerjidos, no nos ocurre otro arbitrio que aquiete algun tanto nuestro corazon, que el de duplicar á V. E. si es que es de su superior agrado, el que se digne ordenar al Jefe de Policia despache requisitorias por toda la ciudad y campania, para que en cualquier punto donde los encuentren á esos miserables, desgraciados é infelices, sean aprehendidos y traídos, para que procediendo en justicia, sean reprendidos y dada una satisfaccion al público de tan enorme y escandaloso procedimiento.»

Diga el lector, si de las cartas citadas, de que tanto se ha abusado, se desprende que los autores hayan pensado en la pena de muerte.

Es sensible que el doctor Bilbao aproveche los argumentos de la Gaceta para la obra que en mala hora concibió.

Rosas pudo decir apropósito de esto en su carta á Terrero, que: «Ninguna persona le aconsejó la ejecucion del cura Gutierrez y Camila O'Gorman: ni persona alguna le habló ni escribió en su favor.»

Esto no es cierto: aunque el mas criminal de sus secuaces, ideando fechorias para halagar al amo, no pudo pensar en un atentado semejante, el doctor Velez dijo en su estenso y laborioso informe que podía llegarse hasta la aplicacion de la pena capital. Esto que en nada le disculpa, digámoslo en obsequio de la justicia.



El canónigo E. Palacio, que tan atemorizado se muestra en la carta que copia el señor Bilbao, no tenía motivo para ello, á menos que conociera la indignacion de Rosas, lo que es muy probable, pues estaba habituado á pasear por Palermo con doña Pepa Gomez (la canóniga), sin dar muestras de temor al escándalo.

Los P. P. Camargo, lozano Gaete y Lara contribuian á armonizar la crónica escandalosa de la época, sin que al Gobierno se le ocurriera contener el desprestigio de la clase sacerdotal, ni cuidar los intereses de la religion, haciendo que cesaran en la ostentacion de su estravío.

Basta una mirada curiosa á los años de la tiranía, para comprender que tal gobierno solo respondia á la satisfaccion de los deseos brutales y caprichosos de un hombre, y que el asesinato de Camila y Gutierrez, fué como tantos otros, para avivar el terror un tanto adormecido, y hacer sentir que usaba las *extraordinarias*.

Se ha pretendido abultar excesivamente el es-

cándalo dado por los prófugos, queriendo con ello hacer creer que se esperaba un desenlace tan tremendo.

Ya que tanta carta se ha traído á juicio, transcribiremos un parralito de otra de esa fecha, dirigida á Alsina, en que se le pinta la impresion recibida:

«Aquí mismo donde hemos visto las matanzas oficiales de Octubre y Abril, y que á cada momento un nuevo crimen se cometa, procurando de este modo hacer olvidar los anteriores, hemos dudado hasta el extremo de hacer apuestas, por la inverosimilitud del hecho: desgraciadamente no hay lugar á dudas. . . »



La forma en que vamos á desarrollar esta trágica historia no altera su verdad, pues no es nuestro ánimo separarnos de ella.

Agonos á todo móvil interesado, podrá ser vehementemente la acusacion, pero jamás calumniosa.

La tiranía esconde aun multitud de secretos. Es ya tiempo de lanzarlos á que sean recogidos.

No se penetra en esa época sin sentir la palpitacion de las pasiones; si algun ódio puede ser noble y santo, será el que nos agite en su presencia.

Es vulgar que se repita apropósito de todo los gobiernos y del de Rosas, que los pueblos tienen el que merecen: no es exacto. La resistencia á la tiranía se llevó al limite de lo posible.

Hecha oficial la delacion y llevada la desconfianza hasta impedir la reunion de dos hombres, se comprende que un centenar de malvados fuera bastante para sostener un sistema de gobierno que nada respetó, pervirtiéndolo todo.

¿En nombre de qué principios, de qué morai, de qué virtud, pudo imponer jamás un castigo?

Es culto por el principio de autoridad de que nos hablan, fué farsaico siempre.

Ahí está el loco Eusebio que vá á sustituirle en ceremonias públicas. Sin duda lo mandaba para hacer respetar ese principio.

De ese amor á la independencia y dignidad nacional, que tanto alardeaba y del que tanto partido sacó, y con el que tanta bulla se ha hecho, saben mucho sus diplomáticos de entonces que no escasearon humillaciones para tapar tropelias.

Quisiéramos poder decir con alguna exactitud qué era el tal gobierno, á que respondia y dónde nos hubiera llevado su perpetuacion.

Estas cuestiones pudieran preocupar más á los que tienen de el mejor idea que la nuestra.

Volvamos á nuestra historia. Si conseguimos con ella traer con verdad aunque débilmente los resplandores rojizos que iluminaron los últimos años de la tiranía, habremos conseguido nuestro objeto, satisfaciendo la aspiracion que nos anima.





## En viaje .

El 13 de Diciembre de 1847, cruzaban las no muy pobladas llanuras próximas á las márgenes del Lujan, dos viajeros, cuyo aspecto y atavío no debía ser frecuente en tales parajes.

Era uno de esos dias de verano, en que el sol quiebra sus rayos en la caliente superficie del suelo, envolviendo al viandante en una atmósfera de fuego, que agita sin refrescar el suave aliento de la pampa.

Los viajeros parecen animar sus caballos, sin duda para huir de ese sol implacable y fijo que amenaza incendiar la amarillenta vejetacion que cubre el campo.

—Aproximémonos á ellos.

—Me estraña y me complace no distinguir poblacion alguna en aquel grupo de árboles que se estiende en la direccion que llevamos. Cuánto diera porque fueran solo señaladores de un sitio de descanso. La soledad y la sombra son ahora objeto de mi mas ardiente anhelo, dice uno de ellos.

—Tambien yo las deseo. Hace un rato que he visto esos árboles, concibiendo las mismas esperanzas que manifestas. No te lo decia, porque no se te ocurriera que el viaje me produce un cansancio excesivo.

—Bien sé que eres infatigable. Mis esperanzas se realizan: mira, no hay casas, y creo que no las ha habido; son árboles naturales. Apresúrate que nuestra dicha es mayor que la deseada. El rio corre por entre ellos. Qué felicidad!

Y ambos agujionearon impacientes sus caballos deteniéndose pocos instantes despues á la sombra de unos, robustos talas, esparcidos sobre las barrancas del rio Lujan.

Examinemos á nuestros personajes.

El que habia hablado último, era un jóven de unos 24 años, de estatura regular, delgado, de miembros proporcionados, porte airoso y desenvuelto, realizado por sus maneras distinguidas. Su rostro era trigueño, ojos pardos, grandes y medio saltados, de mirada viva y llena de fuego. La barba entera mui recortada, negra y crespa, armonizaba con su cabello tambien negro y en-sortijado.

Su acompañante era una jóven de 20 años, de elevada estatura, delgada, pelo castaño oscuro, blanca, cuyos hermosísimos ojos negros iluminaban su fisonomía simpática y llena de gracia con su mirada suavísima de una dulzura incomparable.

Descendió él apresuradamente de su cabalga-

dura ayudando con tierna solicitud á su jóven compañera, á ejecutar la misma operacion.

Mientras aseguraba los caballos, previo alivio de los recados, preparándose á aprovechar debidamente los beneficios de la grata y oportuna sombra, la jóven se habia sentado en el suelo colocando para ello un poncho negro tejido que delataba su procedencia *arribeña*.

Desde allí le miraba practicar esos actos, sin perder uno solo de sus movimientos, envolviéndolo en su tiernísima mirada, llena en ese instante de tristeza.

Concluyó sus operaciones y corrió hácia ella, le tomó una mano y se arrodilló á su frente.

—En qué piensas mi Valentina? díjole cariñosamente.

—¿Por qué me das ya ese nombre? no estamos solos?

—Sí; pero el otro nos recuerda un pasado que debemos olvidar: es doloroso. Ahora mismo tu mirada triste apesar de los esfuerzos que hacias para animarla, hablaba con verdad á mis sentimientos: pensabas en lo que dejas, es mucho para ti, bien lo conozco, yo haré con el exceso de mi ternura que se borre el dolor de tu alma. Y el jóven llevó apasionadamente á sus lábios la mano que oprimía.

El amor que nos ha unido ante Dios, continuó con vehemencia, engrandece mi corazon, ensancha el horizonte de mi vida. Yo habia cerrado en mi inesperienza las puertas del paraíso para mi alma. Tú sabes mi lucha como yo conozco tus esfuerzos para dominar la impotente voz del corazon. Nos ha vencido, ó hemos vencido, no lo entiendo, pero si aseguro que mi vida la hubiera dado mil veces por la dicha de este momento. Eres mía, mía para siempre! Esto solo se siente ¿no es verdad? Sí, tú lo sientes tambien, me amas y cabe en tu alma la grandiosa impresion del sentimiento. No estés triste ángel mio.

—No lo estoy verdaderamente, la dicha que esperimento á tu lado es superior á las impresiones que me hieren al recordar á mis padres, á mis hermanas, á todo lo que dejo. No se dá un paso como el nuestro sin desgarrarnos el corazon fibra por fibra.

—Lo comprendo; pero será hoy, mañana, dos ó tres dias mas: despues ese recuerdo irá debilitándose en tí, nuevas perspectivas distraerán tu imaginacion: el amor se sobrepone á todo.

—Ya lo ha hecho.

—Lo sé; te lo digo para que no dudes de la efí-

cacia del tiempo que borra esas huellas dolorosas. Nos esperan, días dichosos.

—Lo creo, ó mas bien quiero creerlo; te amo tanto! Y la jóven alzó sus ojos fijándose en el rostro de su amante con sublime expresion de ternura. El la contempló estasiado sin que sus lábios se movieran al impulso de frases ardorosas. Permanecieron así envolviéndose en el fuego irresistible de sus miradas. Las sonrisas que dibujaban los lábios era el lenguaje en que sus corazonas se espresaban confundiendo sus aspiraciones.

El jóven dejó al fin con esfuerzo su actitud y dijo riéndose al sentarse al lado de su amada:

—Somos unos niños: es la una próximamente y aún no hemos almorzado ni hecho cosa de provecho. Nos olvidamos que aún no es tiempo de mirarnos con tanto sosiego. ¿Quieres que traiga aquí las provisiones?

—No es un gran apetito lo que siento ahora; tengo los miembros entumecidos por el caballo. Caminemos unos pasos antes.

Ambos se levantaron y tomados de la mano, sonriéndose, se dirigieron á las barrancas del rio que se deslizaba sin ruido á poca distancia.

—Creo que va á ser eterno nuestro viaje, dijo ella, apesar de todos nuestros proyectos de celeridad.

—Tambien creo yo que no haremos el itinerario marcado sino en doble tiempo. Cuando calculaba distancias en mi gabinete de la ciudad me parecia que íbamos á volar; pero no me aflige la realidad; á tu lado está la dicha sin que me importe gran cosa el sitio en que soy feliz.

—A mí me pasa algo muy semejante, mas no creo sea esa la manera de considerar nuestra situación.

—Es juiciosa ó talvez miedosa tu observacion: la acepto sin embargo aún con ese carácter. Mira que agua tan cristalina y tan pura. ¿Tienes sed?

—No.

—¿Quieres que bajemos á mirar reflejarse nuestra imagen en las aguas, primitivo espejo de los enamorados?

—Vámos allá.

Descendieron al cauce del rio, que sombreaban las ramas de algunos árboles inclinados sobre su mansa corriente. Allí sintieron desaparecer el mundo en las palpitaciones supremas de su inmensa pasion.

—Sabes lo que me ocurre, amada mia?

—Dímelo.

—Que podemos hacer mas útil este rio obrando sensatamente.

—¿De qué manera?

—Bañándonos en sus aguas. El fondo es de arena y muy poca la profundidad en este sitio: apruebas la idea?

—Qué ocurrencia! Me me figura que no lo habias consignado en el proyecto de viage.

—Lo imprevisto tiene mas seduccion: aparte que es conveniente para disipar el cansancio; verás como me agradece la ocurrencia. Voy á retirarme hasta aquel próximo recodo, tú te quedas aquí ¿quieres?

—No seas niño!

—Tú mereces tal distado ¿me voy?

—Solo por no separarme de tí un momento dejaría de hacerlo.

—Dices minutos solamente, déjame, y el jóven caminó hacia el paraje que habia indicado, dando vuelta cada tres pasos para sonreír á su ama-

da, que le miraba diciéndole con acento cariñoso: ingrato! ingrato!

Quince minutos despues se reunian sobre la barranca.

—Mira, Uladislao, dijo ella, no me dejes sola otra vez, ni por cinco minutos; he tenido miedo.

—Me arrepiento y no lo haré mas, Yo sin ese miedo, el agua parecia quemarme, casi sentí mi proposicion. No me llames Uladislao, deja esa costumbre, habitúate á nombrarme Máximo, te lo ruego.

—Fué una distraccion, ¿me perdonas?

—Sí, mi Valentina, mi ángel. ¿Quieres que almorcemos algo, pues se acerca la hora de ponernos en camino?

—Ahora sí: sabes que voy á agradecerte tu idea del baño? Me siento otra.

—Me lo figuraba, dijo él deteniéndose á contemplarla con arrobamiento. Valentina estaba bellissima: su abundante y sedoso cabello cubriéndole la espalda parecia engrandecer su elevada estatura, dando nuevo onaire á la gracia inimitable de su porte. Su rostro blanco y suave reanimado con un ligero sonrojo se iluminaba con la dulcisima expresion de su mirada.

Caminaron á sentarse nuevamente sobre el poncho que dejaron estendido, y él se apresuró á abrir una pequeña baliya de viage que tenia asegurada en la *cabezada* posterior de un voluminoso *recado* tucumano, sacando de ella algunos comestibles que colocó sobre el poncho al frente de su amada, ocupando el sitio que ella le reservaba á su lado.

—No te inquieta la perspectiva de la noche, tal vez en la soledad?

—No: sabes que soy animosa, y á tu lado, no siento sino la felicidad; es demasiado grande para que pueda aminorarla un sentimiento de esa clase.

—Ve que tú me reanimas, y esto es mas de lo que esperé apesar de conocer la decision de tu carácter.

—Vas á encontrar un mérito extraordinario en mis palabras? debo á la pasion que me anima esa energia que solo encuentro á tu lado.

—Qué buena eres! Cuanto te amo! Y los ojos del jóven se fijaron en los de su amada, que le sonreian siempre, con toda la pasion de su alma.

Ah! continuó—cuando pienso en lo que era á mí llegada á Buenos Aires, y la inesperienza tan dócil por mí mal, que me condujo á seguir uao á uno los consejos de Palacio, y ligar mi existencia á una cadena inquebrantable despojándola con loco anhelo hasta de la aspiracion de hacerla útil, siento que una vértigo doblega mi frente al peso de las horrosas ideas que la cruzan. Tú has sufrido, tú sufres, pero no sabes lo que es amar como yo amo y hundir con ese amor al ser idolatrado.

—Deja esos pensamientos, son inoportunos por que el mal es irremediable: hemos aceptado la suerte que se nos ofrecia, no nos era dado modificarla sino como lo hemosmos ó mas bien como pensamos hacerlo.

—Comprendo la verdad de tus palabras. Ya te he dicho que sepultemos el pasado en nuestro corazon para labrarnos un porvenir venturoso. Si no conociera la grandeza de tu alma, sellaria los lábios, pero tú dominas la estension de mi pensamiento y no quiero tener un dolor, como no podria sentir placer alguno sin trasmítrilo á tu pecho.

—Tambien á mí me es difícil ocultarte los me-

imientos que se determinan en mi corazón al impulso de recuerdos tan recientes que palpitan llenos de animación y vida. Tú me pediste sin embargo que no los provocara; eran bastante olorosos para acibarar nuestra ventura; yo edí, haz tú lo mismo á mi ruego.

—Sí; cumplamos la promesa de no arrojar lo que fué en el camino que se nos presenta.

Las lágrimas que rodaron ya, no deben ahogar las sonrisas que vendrán.

—Ojalá sean solo sonrisas. ¿Qué nos reserva el porvenir?

—No lo sé, pero no lo temo; siento fuerzas bastantes para dominarlo todo. ¿Qué puede importarnos si estamos juntos?

—Nada; como no habrá fuerza bastante para separarnos ¿no es verdad?

—Sí mi ángel. Pero la tarde declina y debemos apurarnos á continuar nuestro camino: voy á arreglarlo todo. Y el joven se levantó ensillando los caballos con una habilidad que hubiera parecido ajena á la clase y distinción que revelaban sus maneras. Concluida la operación ayudó á montar á su compañera y colocándose á su lado tomaron la dirección que traían, cruzando sin tropiezo la corriente del Lujan.

Vamos á decir al lector quiénes eran los jóvenes que así se abandonaban sin cuidado á los azares y molestias de un viaje á caballo por nuestras solitarias llanuras.



## Uládislao Gutierrez

Años antes de la fecha en que hemos presentado á nuestros personajes, llegaba á Buenos Aires el jóven que acompañaba á Valentina: llamábase Uládislao Gutierrez.

Venia de la Provincia de Tucuman, donde habia nacido, trayendo una carta de recomendacion para el General Rosas y otra para el señor Elortondo y Palacio.

Rosas se ocupó muy poco del recomendado, apesar de ser pariente de un personaje influyente en Tucuman, y que ascendia poco tiempo despues á la Gubernacion de esa Provincia: don Celedonio Gutierrez.

El señor Palacio fué mas solícito con él. Teniendo en justo aprecio las relevantes prendas del jóven tucuriano, quiso encargarse de dirigir sus pasos para hacerle provechosa su venida y estadia en la capital.

—Cuál ha sido su idea al dirigirse á Buenos Aires? preguntábase pocos dias despues de su llegada.

—No me era dado formar planes al respecto, señor, pues no conocia los rumbos á que pudiera dedicar mis fuerzas.

—¿Y ha pensado algo ahora?

—Aun nó, señor; no conozco lo bastante para hacerlo. He confiado en su bondad y esperiencia para indicármelo.

—Aqui, jóven amigo, se le ofrecen dos caminos para llegar á la posicion en que su conducta y aptitudes pueden colocarlo.

—Cuáles son, señor? Pondré toda mi dedicacion para hacerme útil en el que abrace, y si usted se digna protegerme, no dudo alcanzaré alguna consideracion en la modesta esfera de mis fuerzas.

—La carrera militar y el sacerdocio: ¿Qué le parece á usted la primera?

—Armoniza muy poco con mi carácter: no me avengo con esas luchas en que la victoria debe alzarse sobre lágrimas y sangre.

—Mire usted que es muy lucida, y S. E. el señor Gobernador la tiene en mucho aprecio.

—No lo dudo; pero me siento inclinado á cualquier otra.

—Le he nombrado á Vd. la eclesiástica, dijo Palacio, casi picado por el jóven no se hubiera decidido por ella desde un principio.

—La respeto mucho, señor, y tengo en la consideracion merecida tan grande y augusta mision. Eso mismo influye en mi ánimo para no decidirme en su favor: soy talvez poco apto, pero virtuoso para Ministro de Dios.

—Comprende y aun elogio su manera de pensar, pero se juzga usted modestamente. Es verdad que se necesita gran fuerza de voluntad y moderacion para vestir dignamente el hábito sacerdotal; pero ya adquirirá esas dotes: en ninguna carrera puedo serle tan útil como en ella. Mi valor y mis relaciones son mas en el clero que en cualquier otra parte.

—Me halagaria mucho sentirme con inclinacion y fuerzas para aprovechar su grande influencia y hacerme digno de su bondad; pero aunque profeso ardientemente la religion de mis padres, no me resuelvo á ser su ministro en la tierra.

—¿Pero á qué se resuelve entonces?—dijo impaciente Palacio que no sufría se contrariaran ni indirectamente sus gustos y opiniones, pues tenia un carácter altanero y rabioso, que doblegaba como todos, delante de Rosas, que doblegaba parecia el mas sumiso empleado, sufriendo con aparente resignacion y buen humor las groseras chanzas con que lo obsequiaba frecuentemente el Dictador aporósito de su decidida aversion al bello sexo y de su constante amor á la *cauonigo*, tan visible como escandaloso.

—Señor, no lo he pensado. Usted me indicará, dijo confundido Uládislao.

—Le indico á usted los dos únicos caminos posibles, y digo á usted únicos, porque las demás profesiones, como la medicina y la abogacia, no obtienen la aprobacion de S. E.

—Como yo no aspiro á los favores de la politica, podria decidirme por cualquiera de ellas.

—Jóven inesperto: yo no aspiro á favores politicos, dice cándidamente, como si le fuera posible asegurarse una posicion sin ellos; le disgusta ser útil á su patria y á sus semejantes? S. E. el señor Gobernador, tiene en mucho los intereses de nuestra santa religion y veria con agrado su vocacion. Me dijo usted que habia traído una carta para él ¿se la ha presentado?

—Si señor, pero no he hablado con él.

—Ya lo hará llamar: apesar de sus innumerables é importantes tareas, S. E. tiene tiempo para todo, nada descuida ni se le olvida: es un hombre prodigioso.

Uládislao no creia mucho en tanto prodigio. Venia de lejos, donde se podia hablar con alguna mas confianza, y no siempre le habian dado en su presencia igual clasificacion; á su llegada á la capital oyó siempre elogios desmesurados para todos sus actos, tributados á portia, lo mas públicamente posible, por toda clase de personas.

Esto le iba influenciando y Palacio dió el golpe decisivo, para la opinion del jóven, pues le conceptuaba un hombre digno y notable, incapaz de la villanía que importa esa adulacion servil y constante que no cesa en ninguna ocasion ni circunstancia. Se limitó sin embargo á asentir tácitamente la elevada opinion que merecia S. E. á su interlocutor añadiendo:

—Me seria grato que se acordara de mi, pues quisiera conocerlo.

—Si él no lo hace, yo lo conduciré a su presencia y haremos algo para que se interese por usted. Oh! si lo hiciera tenia asegurado su porvenir. A mí suele escucharme con bondad; le veo con mucha frecuencia, pero le confieso que me gustaria mucho mas poderle hablar por un futuro sacerdote, y no por un leguleyo ó mata sanos: decidase.

—Lo pensaré señor.

—Bueno, pícnsele, recordando que es la puerta mas segura para la consideracion terrenal y la gloria eterna. Es una vida que tiene deberes y mortificaciones pero, ¿dónde no existen? y esos deberes pueden llenarse tranquilamente y sus obligaciones no son molestas; en poco tiempo se habituara usted á la paz y sosiego que ofrece y me agradecerá, no lo dudo, cuanto le digo ahora en favor de la mas alta y benéfica mision que puede desempeñar el hombre.

Ya posee algunos conocimientos que le facilitan la obtencion de las órdenes mayores: es mas cuestion de tiempo, pues deberá esperar á cumplir la edad exijida. Yo le facilitaré sus estudios auxiliándolo con cuanto le sea preciso. Las demás profesiones le presentan muy serias dificultades. Usted no tiene aquí familia, deberá vivir solo, espuesto á estraviarse, con muy pocos recursos para acudir á sus necesidades: yo no podré auxiliarlo tan eficazmente. Recuerde todo eso para decidirse, y véame con frecuencia. Lo dejo, pues tengo algunos deberes fuera de casa. Adios. Y el señor Elortondo y Palacio pasó á su dormitorio á preparar su traje de calle.



Gutierrez salió de casa de su poco decidido protector, reflexionando en la conversacion tenida. Comprendia que solo abrazando la carrera eclesiástica se le abriria esa puerta de par en par. Era su único refugio, pues el Gobernador parecia no atender la recomendacion traída.

Esta idea pesaba mucho en su ánimo.

Sentia muy pocos deseos de acallar los impulsos de su corazon y condenarse á falsear sus pasiones y sentimientos, esterilizándose talvez para la sociedad.

Muy jóven, niño casi, aislado en una sociedad desconocida, oscurecidos con la realidad todos sus sueños, las palabras de Palacio le eran muy atendibles.

Sus inclinaciones, su carácter apasionado y decidido, se avenian muy poco con la sotana.

El jóven pesaba una á una las razones del clérigo. En otra circunstancia las hubiera desechado sin observacion. Su espíritu abarcaba todos los horizontes que le ofrecia la época: tenia mas bien la intuicion que el conocimiento de otras esferas de accion mas en armonia con sus gustos.

Desconociendo por su inesperienza la inestabilidad de las situaciones políticas de un país, criado en las revueltas y en la tiranía, no se le ocurría posible cambio alguno.

Habia aceptado su viaje á Buenos Aires, creyendo pasar á un mundo distinto, donde debía encontrar halagadas sus aspiraciones.

Sufria el desengaño de todos los que empiezan á vivir dotados de algo que no valora ni comprenden de la generalidad: este algo, era un talento no vulgar, impulsado por una imaginacion soñadora y ardiente, que le habia hecho concebir fácil y florido el camino de la fortuna y posicion.

Tocaba las primeras dificultades, engrandecidas por su falta de dinero, pues la vida era mas cara de lo que se habian figurado sus mismos parientes.

Veia con algun temor los dias de posible miseria que podian seguirle en sus años de estudiante.

La idea de tener que volver á su Provincia le era insoportable: cortaba sus sueños hiriendo su vanidad.

El problema se le presentaba de difícil solucion.

Dejó trascurrir algunos dias, revolviendo en su magin las razones de Palacio, siempre contrapuestas á sus tendencias.

Pensaba algunas veces no ver mas á su presunto protector, y buscarse solo, algun medio de vivir que no le obligara á sacudir sus aspiraciones.

Hizo tentativas en ese sentido, todas infructuosas: se posesionó de la dificultad de crearse una posicion sin el apoyo y valimiento de álguien.

Consultó la opinion de las personas que le inspiraron confianza, y todas le dijeron que era muy difícil un empleo adecuado á su educacion y conforme con sus deseos.

Se atrevió á hablar de su recomendacion á Palacio y de los consejos de éste, y le desaprobaron su resistencia á abrazar una carrera que le ofrecia fortuna y sobre todo tranquilidad. Le envidiaban la feliz coyuntura que le ponía á cubierto de los males de la época que todos sentian, aunque no los enumeraran.

Está visto que habré de vestir la sotana, se decia nuestro jóven con grandísima repugnancia y desapego á tal medio de vivir aislado en medio del mundo que se agita y bulle con infinito atractivo para los caracteres entusiastas é impresionables. Es terrible que solo se me ofrezcan dos caminos, cuando yo crei que la vida se presentaria aquí llena de surcos distintos donde pudiera lanzarme á la conquista de un nombre y de una posicion independiente.

Se resolvió á ver á Palacio; queria tentar otra vez sus opiniones: conservaba la esperanza que viendo su poca vocacion se resolviera á favorecerlo en otro sentido.

Una mañana se dirigió á su casa. El Sr. Palacio acabada de levantarse y principiaba á tomar su mate de desayuno, servido por una *chinita* no vieja ni muy fea.

Llamó y se hizo anunciar recibiendo la órden de pasar adelante.

—Ya viene convertido amiguito, dijole Palacio, dándole la mano.

—No del todo, señor: creo que en una cuestion tan grave como la de decidir de mi porvenir y de mi suerte, no debo obrar con precipitacion.

—Si no es usted el que decide, no debe decidir, le falta la experiencia para ello: tiene la suerte de tener quien le aconseje desinteresadamente, y no escucha. Así son los jóvenes del dia. Querrá usted ser uno de tantos arribeños que se nos descuelgan á estudiar y solo hacen trampas aquí y allá, viven de holgazanas engañando á sus familias que no saben lo que ejecutan aquí y deben estar muy pagadas de que van á ser unas lumbreras. Ya habrá batido con alguno de ellos,

y le habrá seducido esa vida de vago y mal entretenido.

El señor Palacio, descargaba en Gutierrez el mal humor frecuente en sus mañanas.

El joven aguantó la filípica respondiendo con humildad:

—No señor, no he hablado con nadie. Si digo á usted que no estoy decidido es sintiendo á mis propias inspiraciones, no me siento inclinado al sacerdocio.

—Diga entonces que no se siente inclinado á ser gente y dirá la verdad. Yo le vuelvo á ofrecer mi protección, pero en el órden que le indicó: fuera de él no puedo prestársela eficaz: mis relaciones pueden elevarlo muy pronto. Ya le habrán dicho tal vez lo que valgo.

—Lo sé señor y le agradezco su ofrecimiento, pero ¿como me formo una vocacion que no siento?

—Qué vocacion, ni qué berengenas! Sea moderado y juicioso que en eso consiste la vocacion. O se le ocurre que nacen sacerdotes entre los hombres, como nacen reinas en las abejas?

Somos acaso los clérigos seres excepcionales? ¿No he sido yo tambien muchacho é inclinado á la vanidad y tontería del mundo como puede serlo Vd.? y ha sido eso un inconveniente para que viva bien con una sotana que no me pesa ni nunca me pesó?

No sea vd. niño ni arroje la suerte que se le brinda con un aturdimiento indisculpable que lo haria indigno de toda consideracion.

—Tal vez esté equivocado señor: yo tenia la creencia que era menester un carácter adaptable á las delicadas funciones del culto.

—Todos los caracteres son adaptables; la voluntad decide y la costumbre hace lo demas; decidas y deje á un lado pampinas que á nada conducen como no sea al extravío que siempre se lamenta tarde. Yo hablaré para arreglarle sus asuntos de estudiante. ¿Tiene vd. dinero para costearse una vida independiente?

—Recibo una mensualidad de mi familia, pero dado lo que aqui se gasta, es insuficiente.

—No vé, no sé, y asi estaba molliéndome con sus inclinaciones y falta de vocacion. ¿Cómo queria vivir?

—Pensaba buscarme un empleo que me costeara los gastos.

—Eso es: un empleo, magnífico plan. Encerrarse á hacer el papel de máquina en una oficina y tener la tarde y la noche para haraganear.

—Quería estudiar en las horas que me quedaran libres.

—Ya sé lo que significa ese estudio; no tardaria mucho en tener amigos que lo pusieran en condiciones de tirar los libros. Su misma idea trae todas los vagabundos que se llaman estudiantes.

Gutierrez comprendió que habia sido poco feliz en la eleccion de dia y hora para la visita y pensó retirarse aplazando la cuestion.

—Bien señor, dijo, casi estoy decidido, sus razones pesan mucho en mi ánimo para que no las escuche: volveré en breve á tener el gusto de hablar con usted.

—Bueno, vaya nomás. Ya le he dicho que me ocuparé de usted.

—Lo agradezco sinceramente: adios señor.

Y el joven se lanzó á la calle un tanto desencantado del carácter de su protector, pero influenciado con las razones que en forma de reprension le habia hecho oír el señor Palacio.

El joven Gutierrez hizo nuevos esfuerzos, todos inútiles, para escapar á la especie de condenacion que pesaba sobre él.

Se determinó á volver á casa de Palacio casi resignado.

Habia tambien considerado la cuestion bajo otro punto de vista.

El sacerdocio podia ofrecer alimento á la actividad de su imaginacion; podria consagrar sus horas al estudio. Era católico, poco ferviente, es verdad, pues nunca le habian ocupado las cuestiones religiosas.

A la edad de Gutierrez pronto se cambia de modo de pensar y se lleva el entusiasmo á todos los rumbos.

Una vez aceptado como muy posible el camino que le allanaban, no tardó en revestirlo de sus atractivos y seducciones, hallando mas elocuentes las razones de Palacio: Ya la cura tucumano que lo recomendara le habia hablado en ese sentido, pero él todo lo desoyó entonces, creyendo poder optar mas libremente por otra profesion. Le habian pintado la facilidad de rápidos ascensos dado el poco número de sacerdotes del pais, y mas que eso, de buenos sacerdotes.

Una conongia y hasta el obispado no estaban fuera del alcance de su vista.

Vamos, pensó, que nunca es tan fiero el leon como lo pintan. Y llegó á casa de Palacio.

Era una tarde y los malos humores del secretario de S. S. I. se habian disipado ya, ó un buen suceso de la noche anterior habia impedido su manifestacion; tal vez una conquista.

—Hola, mi joven amigo! No lo he olvidado y si viene decidido á seguir mis consejos no le faltará como costear sus estudios: mis libros y mi bolsillo estarán á sus órdenes con muy pocas limitaciones.

—Gracias, señor. He meditado sus palabras y les veo una nueva faz que no tuvieron al principio para mi: creo que seré sacerdoté.

—Vaya hombre! hoy viene razonable: me alegro por usted y me felicito tambien de poder dotar al clero argentino de un nuevo representante en quien confio.

—Haré esfuerzo por corresponder á su bondad.

—Así lo espero: estudie y sea juicioso que el porvenir es suyo. La carrera es corta, los estudios livianos. Cuando se ordene le buscaremos un curato que prometa y será usted un hombre. Vágame con frecuencia; mañana ó pasado habré concluido de disponerlo todo: me deja contento.

—El joven creyó concluida su visita y salió. Una vez tomada su resolusion se sentia satisfecho. Su familia le aplaudiria. Ya veremos á donde se llega por este rumbo impensado, murmuró, y con la alegría y despreocupacion inherente á sus pocos años empleó la tarde en recorrer algunas calles que le eran desconocidas.



Al dia siguiente esperó la tarde para ver á Palacio. Habia adquirido la esperiencia de que no todas las mañanas del Secretario de S. S. I. eran oportunas para visitarlo.

Con la confianza de agradarle, se sentia con menos temor á las rabietas de su protector que le habia hecho desde el principio la impresion de una ave de rapiña. Á causa sin duda de la marcada curva de su prominentemente nariz.

Teniale, sinembargo, en gran consideracion:

desde Tucuman le habían hablado de su importancia y saber. Algo habían aumentado la ciencia y valer del señor Palacio, pero no estaba destituido de aquellas dotes.

Llegó la hora oportuna y franqueó las puertas de la casa de su protector.

Le dijeron que no estaba, pero que en breve debía llegar. Acomodó su individualidad en una cómoda silla de caoba de gran respaldo tapizada de crin lisa y fijó su mirada en un gran retrato del Restaurador, adorno obligado en las salas de la época.

Embebió en su contemplación, admirando los adornos militares que lo cubrían, tanto mas ostentosos cuanto menos merecidos, cuando la sirvienta del señor Palacio, que no era indiferente á las dotes físicas de Uladislao, se le presentó con un mate, cortando el hilo de sus incipientes reflexiones.

Tomó el mate y miró á la portadora que sostenía valientemente el fuego de sus ojos pardos; las guerrillas no intimidan al veterano.

—Es frecuente que el Sr. Palacio salga por la tarde?

—No señor, lo hace pocas veces, yo creo que hoy ha ido á Palermo á hablar con S. E. el señor Restaurador.

Uladislao volvió el mate, teniendo una fuertísima tentación de oprimir los dedos cortos y gorditos que lo recibían. Felizmente, pensó á tiempo que no era esa la conducta que se avenía con el carácter de un futuro ministro de Dios, que por el hecho de serlo debe comenzar por romper con todas las leyes establecidas por ese Dios á quien sirven, pareciéndose mucho en eso á los ministros de los poderosos de la tierra.

No había llegado el segundo mate, cuando se sintieron los pasos del Secretario de S. S. I. que venía oportunamente á evitar un segundo ataque de la tentación dominadora de la carne.

Uladislao se puso de pié y trajo á sus lábios una suave sonrisa de cortesía.

—Cómo está amiguito, dijo Palacio con tono vivo no exento de alegría.

Viene de buen humor, pensó el jóven mientras respondía al saludo.

—Me he acordado de V., como se lo prometí, porque yo no me olvido de nadie. Los franciscanos lo recibirán de mil amores en su clase de latin, y allí aprenderá un poco de filosofía. Es lo que puede comenzar ahora: la teología vendrá despues ¿Dónde vive Vd?

—Como no tenía relaciones estoy parando en una fonda hasta encontrar una casa de familia.

—Allí está mal, muy mal, voy á darle una cartita para una señora que vive casi aislada con una sobrina. Tiene comodidad, es una buena casa y lo tratarán bien sin cobrarle hospedage, váyase hoy mismo allí.

—Está bien, señor.

—Pero tenga mucho juicio, eh?

—Sí, señor.

—Las horas de clase son de ocho á diez de la mañana, tres dias á la semana, mañana es uno de ellos, no falte. Diga que usted es el jóven por quien yo hablé.

—Lo haré así, agradeciendo á usted el interés que se toma, que tanta molestia le ha ocasionado.

—No es nada; lo hago con gusto, porque creo que no me pesará.

—Pondré de mi parte decidida voluntad para corresponder á sus atenciones.

—Así lo espero. ¿Necesita algo?

—Por ahora nada señor, gracias.

—Sin embargo, voy á prestarle algunos libros que necesita desde mañana y á escribirle esa cartita: espérame un momento. Y Palacio se levantó á ejecutar lo dicho, apareciendo poco despues con una gramática de Nebrija y un tratadito de filosofía, que entregó á Gutierrez junto con la carta.

—Gracias, señor.

—Adios eh! véame con frecuencia.

—Lo haré siempre señor.

Gutierrez se dirigió á casa de la señora conocida del señor secretario S. S. I.

La señora á quien se le recomendaba vivía, en la calle de los Representantes. Nuestro jóven se apresuró á llegar.

Recibiólo una pardita que lo introdujo á una sala modesta, cuyas paredes ostentaban una respetable cantidad de retratos de familia un tanto empolvados, y uno mas grande del Restaurador. En el centro habia una pequeña mesa redonda de caoba llena de chucherías y baratijas de toda clase: un sofá con asiento de crin y unas cuantas sillas de esterilla, ayudadas por una mesa de *convol* con sus respectivos candeleros y una bandeja con una espabiladora bastante voluminosa, completaban el arreglo.

Apareció la dueña de casa: era una señora baja delgada, de aire inquieto, aun cuando lo velaba bajando tímidamente la vista que parecia no atreverse á fijar.

—Tengo el gusto de dirigirme á doña Cruz Gonzalez? preguntó Uladislao.

—Una servidora de usted.

—Traia esta cartita del señor Palacio, para usted.

—Ay! Dios miol el señor Palacio, se ha acordado de nosotros. Polonia! vén pronto, hay una carta del señor Palacio. Dios lo conserve!

Llegó apresuradamente la señorita Polonia, que según sospechó Gutierrez era la sobrina á quien se refería su protector.

Tendria uno 22 años; era alta gruesa, de facciones regulares sin ser lindas, pero que impresionaba agradablemente, merced á un lindísimo color.

Saludó tímidamente al jóven y se puso á las órdenes de la tia.

—Lee lo que nos dice el R. Padre.

Esta abrió la carta y describió ruborosa y con un poco trabajo la recomendación de Gutierrez.

—Pues nol exclamó doña Cruz, con tantísimo gusto! Considere jóven esta casa como propia. Ahora mismo voy á prepararle una pieza.

Madre y señora nustral no faltaba mas que nos molestaran un jóven que vá á ser sacerdote y que es pretejido del señor Padre Palacio!—decía doña Cruz respondiendole á los agradecimientos de Gutierrez.

Polonia le consideró con mas interés desde el momento que leyó que iban á tenerle de huéspedes. Ya habia observado á pesar de no mirarle, que era simpático y buen mozo.

—Se quedará á cenar ahora con nosotras? Háganos el gusto, debe principiar á tratarnos con mucha confianza.

—No quisiera ser importuno, señora.

—Que oucurrencial si no lo hace ocreemos que no quiere tratarnos con libertad.

—Está bien señora, acompañaré á ustedes,

—Mucho tiempo hace que vive usted en Buenos Aires?

No señora, menos de un mes.

—Santa Clara! si recién llega, no conocerá bien las calles?

—Si señora, ya me son familiares, estos dias los he dedicado á andar por todas partes.

—Habrá ya visto las iglesias.

—Si señora.

—¿Ha reparado qué lindo está el altar de Santa Rosa en Santo Domingo?

—No lo recuerdo bien: cuando uno los vé por primera vez se le olvidan los adornos que los distinguen.

Santa gloriosa! Allí cuidan mucho su altar. Son tan prolijos los santos padres!

—Polonia no habia desplegado los labios: observaba tímidamente á Gutierrez que le parecia un jóven muy apreciable y discreto.

—Tia, dijo al fin con dulce entonacion: el señor habrá tenido muchos quehaceres á su llegada y usted le habla como si estuviera desde mucho tiempo aqui.

—No señorita: he podido disponer casi á capricho de mis dias, pero soy poco paseandero y me he aburrido algo: extraño mucho mi familia, nunca me habia separado de ella.

—Eso es muy natural.

Polonia, anda vé si Rufina ha preparado la cena.

La jóven se levantó, volviendo poco despues á decir que estaba servida.

Pasaron al comedor, donde previos padre nuestros, y ave marías se posesionaron de sus respectivos asientos atacando una fuente de puchero con buena voluntad y en silencio.

Siguió despues un asado que la señora cortó hábilmente, colocando un gran pedazo frente á Gutierrez, diciéndole que *siguiera* sin dejarlo enfiar.

Ocupó despues la atencion halagando el paladar, un dulce hecho por Polonia con bastante maestría que mereció grandes elogios de Uladislao.

—Ella siempre hace para mandarles á los padres, que se lo agracecen mucho dijo doña Cruz. A veces les enviamos unas cositas mas. El otro dia ésta les mandó un pollo asado, que el prior le hizo decir que estaba tan rico que parecia un pavito. Es muy bueno el santo padre, muy amable; á nosotros nos distingue mucho: Polonia tiene un cuadro de San Roque, precioso, regalado por él; es su hija de confesion.

—La señorita le corresponde, puesto que le envía tan ricos dulces.

—Tia exajera esas distinciones, dijo ella que parecia no serle grato el tema que trataban: sin duda por modestia.

Concluyó la comida: se rezó el bendito saliendo Gutierrez á hacer traer su ropa, pues se empeñó doña Cruz en instalarlo desde esa noche.

No me voy á divertir mucho en casa de doña Cruz, pensaba Gutierrez, mientras caminaba aprisa con su pequeño bagaje, pues eran las nueve de la noche, y á esa hora los faroles con que se creía iluminar las calles empezaban á hacer oscilar su débil luz anunciando que el aceite de petróleo con que se la mantenía, tocaba á su término.

Llegó á su nuevo domicilio donde le esperaban con ansiedad, acompañado al rosario de la noche y encerró en el cuarto que le habian destinado, sus sueños y esperanzas, durmiéndose á poco rato

gracias á que se le ocurrió leer un capítulo del manual de filosofía que le prestara Palacio.

Amaneció el dia siguiente cuya luz arrojó á Gutierrez de la cama recordándole sus deberes: tenia que ir á su primera clase.

Saludó á doña Cruz y á la sobrina que se habia esmerado mas en su arreglo: tomó unos mates y fué á dar á San Francisco, donde el nombre de Palacio fué un talisman que le granjeó todas las voluntades.

La clase fué aburridora, pero como lo fastidioso tambien termina, pasaron las horas y volvió á almorzar.

Doña Cruz y Polonia le abrumaron á preguntas, interrumpidas con invocaciones á todos los santos de la poblada corte celestial.

Gutierrez no veía en la solicitud de Polonia, sino el deseo de corresponder á la confianza y bondades de su protector.

Tan fuera de órden le parecia abrigar un sentimiento que no fuera amistoso, que no le dirijió una mirada intencionada.

Esta frialdad, aunque atenta y obsequiosa, no pasó inapercibida para la sobrina de doña Cruz á quien no dejó de molestar, pues tenia alta idea de sus atractivos dados los elogios que le prodigaban todos los padres que trataba con intimidad; elogios que ella no atribuía á los dulces como doña Cruz.



Empezaron á deslizarse los dias y las semanas tranquilos y monótonos para nuestro jóven, quien veía frecuentemente á Palacio que parecia muy satisfecho de él, á cuya satisfaccion habian contribuido los elogios que de su juicio y moralidad hacia doña Cruz que estaba encantada de él.

Estos elogios no eran apasionados.

Gutierrez se habia posesionado de su deber y su excelente índole y carácter bastaban á conducirle sin extravío en cualquier senda.

Las lecciones que recibia en el convento donde habia algunos hombres instruidos habian despertado en él un amor sincero á la religion y el deseo de contribuir á su esplendor.

Ya no veía con tanta tibieza la bondad de la carrera que habia abrazado.

Solia tener algunos momentos en que el recuerdo del hogar lejano, le provocaba reflexiones desconsoladoras; se sentía inclinado á la familia, era afectuoso, tierno, aunque hubiera vehemencia en sus pasiones.

La idea de verse privado de constituir una familia no le era agradable, pero creía que el tiempo borraría de su alma si no los afectos las tendencias que entrañaban.

Poco se debilitaban en él esas ideas, pero la combata sinceramente no dudando que al fin dominaría la razon sobre esos impulsos inconscientes.

Fuera de esos momentos de melancolía, pasageros, se sentía bien y feliz.

Ocupaba sus horas en adquirir los conocimientos que se le exigían, y como estos no eran muchos habia obtenido de Palacio algunos otros libros cuya ciencia se asimilaba con facilidad.

Se habia desarrollado en él un grande gusto por las lecturas serias y provechosas.

Sus paseos eran pocos y muy cortos; apenas se habia relacionado, apesar de la franqueza con que veía abrirse las puertas de muchas partes.

La confianza adquirida con doña Cruz y en su



brina, daba motivo á ésta para marcadas atenciones que no herian sin embargo la imaginacion de Gutierrez.

Esta bondad é inocencia, hacian el papel de un hábil método de conquista.

Polonia se intriguaba con tal indiferencia y queria hacerla cesar. Se habia preocupado mucho de Uladislao, á mas que le habia sido muy simpático desde que lo conoció.

A los seis meses de vivir en intimidad, esa simpatía era casi una pasión.

Gutierrez fijó la atención en aquellas demostraciones que se hacian cada vez mas notables, llamándole la atención que se las prodigaran en los momentos que tenian de estar solos.

Dudó algun tiempo. Polonia se encargó de desvanecer esas dudas.

El convencimiento que inspiraba otro interés que la amistad le sobresaltó apesar de halagarle.

Tuvo intenciones de mudar de casa, pero ¿cómo lo hacia? ¿qué pretexto daba á Palacio a quien no dejaría de estrañar una accion semejante?

Decidiose á combatir el enemigo sin mas auxilio que su voluntad. No podia amar y no amarla.

Leia en los autores de filosofia que la voluntad puede ser inquebrantable. Los hombres que tal cosa havian escrito deberian saberlo y él no era un niño para ser juguete de pasiones criticables y que lo esponian á un fracaso y sobretodo, que ofendian á Dios.

No concebía como Polonia tan religiosa pudiera escuchar impulsos de pasión, y dejarse vencer por ellos.

Disculpaba su debilidad: era muger.

Esta lucha se prolongó mucho tiempo. Su fuerza de voluntad era grande.

Bajo pretextos fútiles se alejaba de la casa, cuidando de hacerlo en las horas que Da. Cruz cumpliera sus devociones fuera de ella, pues, Polonia habia dado en la idea de acompañarla con menos frecuencia.

Estos paseos le hicieron adquirir mas relaciones. Algunos jóvenes ampezaron á tratarlo haciéndoseles simpático.

Organizaba con ellos algunos paseos en los que se hablaba libremente, pues sus amigos no respetaban mucho sus escrúpulos.

Oyóles á su pesar muchos cuentos en que se mezclaba el amor. Algunos sacerdotes lo amenzaban tambien con l neces muy peregrinos que lo escandalizaban grandemente.

Su protector mismo, ese hombre que tan severo le habia parecido entraba en la danza, y se lo afirmaban de una manera irrecusable.

Despues de mucho dudar se rindió á la evidencia. Tuvo que creer que los sacerdotes tambien amaban, y lo que le hubiera parecido increíble, no ocltaban mucho sus pasiones.

Esto tuvo para él mucha influencia. ¿Si lo hace un hombre ligado con toda clase de votos que lo prohiben, no sería un mal tan grave en quien no habia hecho ninguno?

Su juventud le empujaba tanto como el mal ejemplo. Abandonó los paseos y volvió á su cuarto decidido á atrincherarse en él, teniendo los libros por aliados.

Pocos dias despues vió que si allí no tenia ejemplos estaba la tentacion que se le aproximaba irresistible.

Huyó al convento: apenas salia de él para dormir.

Los primeros dias le pareció que aquello era un refugio.

Como se retiraba despues de cerrado el templo y venia muy temprano asistiendo infaltable á la primera misa, una mañana hizo una observacion curiosa. Le pareció que salian mas devotas que las que entraban.

No dió credito á su cálculo, pero se preocupó de la cosa.

Al dia siguiente contó las que entraron haciéndolo desde afuera para dominar todas las puertas: eran doce, salieron catorce.

La multiplicacion de los panes le parecia menos asombrosa.

Se atrevió á contar el suceso á uno de sus amigos, despues de haberse cerciorado del hecho con sucesivas cenas, y éste se le rió en sus barbas.

Le pareció que no ganaba mucho en su último refugio y volvió á la casa.

La tentacion en forma de Polonia avanzó nuevamente á sus sentidos.

Luchó con todas sus fuerzas, pero ya no eran tantas: Nebrija se le caia de las manos pensando en los encantos de la sobrina de doña Cruz.

Una noche en que ésta le llevaba un nuevo y tenaz asalto se sintió vencido y la tomó de una mano que besó ardientemente.

He triunfado, se dijo ella, y con mujer coqueta la retiró de esos lábios que la abrasaban, dejándolo solo.

Al dia siguiente se le mostró fria, casi seria.

En su inesperencia creyó haberse equivocado: temió, y la virtud recobró su imperio.

Se manifestó tambien sério y como si nada hubiera pasado.

Así trascurrieron unos dias: le daban tentaciones de ser él quien atacara. Empero no se decidía á hacerlo.

Polonia temió tambien por su triunfo, y volvió á sus zalamerías.

Apenas tenia enemigo.

Las noches en que quedaban solos se repetían con una frecuencia alarmante: la confianza de doña Cruz en su huésped y en su sobrina era limitada.



Aquello debia estar escrito.

Una noche leia con poca atencion su tratado de filosofia: Polonia le trajo un mate.

El lo tomó enrojeciéndosele el semblante al oprimirle lijeramente los dedos.

Ella se ruborizó.

El sorbió el mate sin sentir que se quemaba: no se lo volvió, colocándolo sobre una silla y tomándole una mano que ella no retiró, aunque la aplicó repetidas veces á sus lábios ardorosos.

Se puso de pié rodeando su cintura en silencio; las sienales latian y las venas de su frente se inyectaban.

Sus ojos estaban abrillantados como en una fiebre intensa. Las piernas le temblaban sin que le fuera dado contener su movimiento nervioso. Permaneció un momento así: una fuerza desconocida lo impulsó hácia ella y sus alientos se mezclaron en un beso frenético.

Al dia siguiente ella se ruborizaba al pasar por su lado y sonreírle cariñosa.



Gutierrez no se habia interesado en aquella

aventura, en que no le fué dado dejar la capa como el púdicó José en casa de Putifar.

Polonia era jóven, atraente, pero no habia herido su corazón, hecho invulnerable por la firmeza de sus propósitos, que lo encaminaban á la virtud franca, sencilla, que no se limita á las apariencias.

Sus lecturas piadosas y la prédica de algunos buenos franciscanos que lo apreciaban, le habian acrecentado su fé, pura é inalterable desarrollando en su corazón el amor á Dios y á su culto.

La bondad de sus sentimientos y carácter le inclinaban al bien por el bien mismo.

Las palpitaciones de ese amor á Dios y los impulsos de su fé, hicieron oír en su corazón la voz del deber que golpeó su cerebro despejado del ofuscamiento que lo precipitara.

Cada dia que pasaba en casa de doña Cruz le parecia un delito.

Las bondadosas atenciones que la buena vieja le prodigaba herian su ánimo como una reconvencción.

El no podia abandonar la casa sin una causa plausible.

Tomó el partido de pasar el dia en el convento con el pretexto de usar la biblioteca que alli habia, para sus estudios.

La noche era su escollo. No le era posible pasarla sino en casa de doña Cruz y soportar las quejas de Polonia por su desapego manifiesto. Esta no las escaseaba, herida en su amor y vanidad, pues ella se habia apasionado, y le era sensible que su sacrificio le alejara mas bien.

Gutierrez agotaba su imaginación presentándole excusas tolerables.

Ella no comprendía que se tuvieran deberes tan impericos; que pudieran anteponerse á la seducción de sus halagos.



La conducta de Uladislao era, pues, un incentivo para la sobrina de doña Cruz, quien tenia momentos de exaltación alarmantes, y que hacian temblar á nuestro jóven ante la posibilidad de un escándalo.

Volvía lo mas tarde posible del convento y se atrincheraba en su cuarto. Este no era un refugio inespugnable. Hasta alli alcanzaba Polonia á implorar una caricia ó una frase bondadosa.

Estas luchas eran frecuentes, sin que dominara la firmeza de sus propósitos.

Polonia no habia usado una de las armas mas poderosas de la mujer, sobre todo para la juventud: el llanto.

Una noche llegó á la pieza de Gutierrez con los ojos enrojecidos y la voz temblorosa:

—Uladislao, dijo, tu conducta cruel, incomprensible, desgarró mi corazón que tanto te ama. ¿Por qué huyes de mí?

—Yo no lo hago: mis estudios me alejan y cada dia me recargan con alguna lección, que me obliga á pasar el dia consultando autores.

—Yo creería eso, si cuando vienes á casa no te separaras de mí sin motivo alguno.

Uladislao vió que en el terreno en que se colocaba, sus disculpas eran débiles, porque eran falsas. Resolvió decir la verdad.

—Polonia: voy á abrirte mi corazón, eres buena y me comprenderás. Yo recibo diariamente inmerecidos favores de tu tia, á quien no debo ni poder corresponder villanamente abusando de su

confianza. Mi conciencia me habla enérgicamente y su voz no puede ser desoída por quien va á vestir el traje sacerdotal. Ponte en mi lugar, reflexiona si lucharé para resistir á la atracción que ejerces sobre mí.

Si tu sufrés, me condenas también á una lucha sin tregua. Dios quiere probar nuestra fortaleza: invoquemos su nombre sin ceder, apoyémosnos en nuestra santa madre la Iglesia, que condena los impulsos irreflexivos que nos llevan al pecado.

Polonia no era tan sinceramente religiosa, ni estaba habituada á que le hablaran así los ministros de Dios. Su devoción era, como en casi todas las mujeres: la practica inconsciente de los deberes del culto eterno. Mas de una vez le habian dicho en el confesionario lo disculpables que son las flaquezas de la carne, el mas temible de los enemigos del alma. Creia que Uladislao exajeraba su temor á Dios y repugnancia á las faltas, llevado por otro móvil cualquiera, que bien podria ser un nuevo amor.

—Tu exageras todo, respondió con la voz un tanto alterada; se diria que hablas de un crimen que yo te obligara á cometer. Así son los hombres, abusan para despues desligarse con un pretexto cualquiera. Yo no lo hubiera creído en tí.

Dos lágrimas silenciosas rodaron por las mejillas de Polonia que no cuidó hacerlas menos visibles.

Gutierrez se alarmó, el dolor de aquella jóven le pareció sincero; era el primer llanto que habia derramado á su edad hay gran disposición á creer en las pasiones que se inspiran. Le tomó una mano y oprimiéndosela cariñosamente, dijole conmovido:

—No sufras así, yo te quiero, pero guardemos ese cariño sin faltar al deber; seré siempre tu hermano.

Polonia vió el efecto de sus lágrimas y las dejó correr haciendo que los sollozos embargaran su voz.

Uladislao agotaba sus medios de consuelo inútilmente.

El poder y el atractivo de una mujer que llora es irresistible en los primeros años de juventud en que la voz del corazón se acalla ante el egoísmo y pervercion de los sentimientos, resultado infalible de la escuela social, cuya atmósfera delibilla y corrompe los gérmenes de virtud que se encuentran siempre en los impulsos apasionados.

Solo con promesas y caricias pudo secar esas lágrimas, perdonándose esa desviación de sus propósitos en gracia del bien que hacia mitigando un dolor en cuya vehemencia se creia culpable.

Polonia salió consolada y él quedó ideando la manera de huir de su seducción.



El problema le ofrecia dificultades poco menos que insuperables. Colocado allí por su protector, no se atrevia á pedirle la permitiera cambiar de casa, unico remedio eficaz, pues no podria darle un motivo razonable.

Acudió á su confesor. Este, poseionado de la situación del jóven, le aconsejó una resistencia pasiva, ya que habia imposibilidad de huir. Le dijo que allí estaba el mérito del vencimiento, pues que se vivia siempre luchando con el pecado; que en todas partes tendria tentaciones

poderosas. Que acostumbrara á sobreponer la voluntad á todos los impulsos.

Gutiérrez hizo su mas firme propósito y prometiendo acudir frecuentemente á su padre espiritual, se retiró consolado.

En las alternativas de esa lucha pasaban los dias, aproximándose ya el tiempo en que podria recibir las órdenes menores.

Los estudios no le habian ofrecido dificultad alguna: era inteligente y aplazado. Su poca edad era el verdadero obstáculo.

Las exigencias de Polonia se hacian menos frecuentes, desde que se convenció que no le era dado dominar la voluntad del jóven.

Su amor propio herido, contribuyó poderosamente á disminuirle su pasion, trocándosela paulatinamente en un sentimiento desdeñoso que empezaba á hacerse visible.

Esta situacion le parecia á Gutiérrez mucho mas soportable, volviendo á la tranquilidad, á medida que notaba el desapego de Polonia.



El Secretario de S. S. I. estaba contento de su protejido: habia recibido siempre muy buenos informes de sus maestros y mejores de doña Cruz.

Le hacia visible su satisfaccion proporcionándole cuanto le era necesario y prometiéndole influir para que lo ordenaran cuanto antes fuera posible.

Gutiérrez se sentia halagado al ver ya próxima la coronacion de los esfuerzos, hechos en el sentido á que las necesidades y agenos consejos lo habian impulsado.

Le parecia posible que una vez en el desempeño de su sagrado ministerio, se borrarán de su alma los afectos tiernos que le hacian recordar conmovido las horas pasadas en el hogar, y llevaban su imaginacion á considerar su aislamiento futuro, como uno de los mayores sacrificios que pudieran hacerse en obsequio de la religion á cuyo culto se consagraba con toda la sinceridad de su corazon.

Habia momentos en que la vista de un hogar tranquilo le hacia daño, teniendo que recurrir á la oracion y lecturas piadosas para alejar de su mente esas imágenes de paz y dicha, que solo proporcionan los afectos de la familia, á que se sentia tan inclinado.

No sabia que los años, lejos de acallar esos impulsos, los presentan mas atrayentes, apoyados en la naturaleza cuyas prescripciones no se burlan impunemente.

Su voluntad vencía siempre en esas luchas. El hábito de hacerla triunfar habia dado fuerza inquebrantable á sus decisiones.

Mucho antes de recibir sus primeras órdenes era ya un buen sacerdote por su religiosa moralidad.

El aprecio y consideracion que le dispensaban sus mismos compañeros, era su recompensa ostensible, que le hacia mas grata la satisfaccion del deber cumplido.

Muy pocos jóvenes acudian á las clases de San Francisco.

Empezó á frecuentarlas uno, cuyo aspecto le fué agradable y simpático.

Poco tiempo despues eran amigos íntimos, pues la simpatia fué mútua y los unió con esa franqueza y sinceridad con que se acude á la amistad en los primeros años de la vida.

El jóven pertenecía á una de las primeras familias de la sociedad porteña, apreciada en todos los círculos por su bondadosa honradez: era Eduardo O'Gorman.

Sus caracteres se asemejaban lo bastante para unirlos, tanto como la igualdad de aspiraciones.

Hacian paseos, que amenizaran la monotonía con que se deslizaba entónces la vida, monotonía sensible sobre todo para ellos, jóvenes, y separados por su carrera de las agitaciones con que el tigre de Palermo obsequiaba á sus gobernados.

Ellos no paraban mientes en la política de la época, concretándose á condenar sigilosamente los atentados que constituían la manifestacion sensible del Gobierno de Buenos Aires, cuyas medidas se reducian en su totalidad á atropellos mas ó menos brutales.

Estas consideraciones servían para fortalecer la decision de dedicarse al altar donde se les ofrecia la mayor garantia de tranquilidad y bienestar.

La adquisicion de un amigo de las cualidades y carácter de O' Gorman fué para Uladislaw un motivo constante de regocijo.



La soledad del corazon que tan sensible lo era, dejó de atormentarle, reuniendo sus afectos en aquel jóven que le hacia gratos sus paseos y menos fastidiosas las clases.

El tiempo parecia correr mas rápidamente para él desde que sus horas no se deslizaban en una soledad continua.

Palacio le habia anunciado que en breve iban á ordenarle, que él habia hablado de eso á S. S. I. quien no tenia inconveniente alguno en hacerle adelantarse el mayor tiempo posible, puesto que era tan aprovechado y virtuoso.

Gutiérrez que habia tenido motivo para graduar la influencia de su protector, no dudó que muy pronto le sería dado obtener esa independencia relativa que alcanzan los hombros de soltana.

Comunicó á su amigo las palabras de Palacio, festejándolas con la mas franca alegría.

—Vamos á casa un rato, aún no te he presentado á mi familia, apesar de que tanto les he hablado de tí.

—Otro dia mas bien.

—No: ahora, ¿qué te lo impide?

—Nada serio, pero no veo la nezesidad de que sea hoy.

—¿Te gusta la música?

—Mucho.

—Pues con ella festejaremos la noticia que te dió Palacio.

—La idea tiene para mí gran seduccion.

—Andando entónces.

Y ambos jóvenes caminaron alegremente á tomar la calle de Maipú, por la que se dirigieron hácia el Norte, cruzando la parte mas poblada de la ciudad y deteniéndose al llegar á la de Temple.

En ella era la casa de O'Gorman.

Eduardo lo introdujo á la sala adornada segun el gusto de la época, que no permitia gran esplendor en los muebles, pero, en la que se veia gusto y distincion.

La mesa de *console*, infaltable, soportaba magníficos floreros, prolíjamente cuidados con elegantes flores de pluma resguardadas del aire y del polvo por fanales de cristal.

Los candelabros lucian transparentes velas de *esperma* no muy vulgares entonces. La alfombra era de tripo coloreada de punzó y amarillo.

Eduardo abrió el piano y preludió una de las piezas en voga.

Como evocada por sus notas, apareció en la sala, una joven alta, cuya fisonomía parecía sonreír siempre, y envolvió á Gutierrez en los suaves rayos de su mirada voluptuosa y dulcisima. Era Camila O'Gorman.



Ya la hemos presentado á nuestros lectores acompañando á Uladislao en las márgenes del Lujan con el nombre de Valentina.

Eduardo dejó el piano y presentóla á su amigo. Este balbuceó, mas bien que dijo, las palabras de su saludo.

La presencia y miradas de Camila le habian producido una impresion intensa y estraña.

No podia explicársela; no era malstar, ni habia violencia en su situacion, pero sentia impulsos de huir y deseos de no quitar los ojos de tan esbelta y airosa figura.

Una timidez que no le era habitual embargaba sus movimientos y le impedia dar á su palabra, generalmente fácil y galana, la atraccion y donaire de siempre.

Temia que su cortadad lo presentara ante ella, como un tonto, y sus esfuerzos por alejarla se estrellaban ante una mirada de Camila que le renovaba su impresion.

Eduardo le pidió que hiciera oír á su amigo algunas de sus piezas favoritas.

Ella ocupó el piano, librando así á Gutierrez del peso y atraccion de sus miradas. Este recorrió algo de su calma como quien se libra de un peligro inminente, y escuchó las melodias que arrancaban los dedos de la joven, sintiendo palpitár en su corazon las emociones que envolvian esas notas impregnadas de un sentimiento y pasion desconocidos para él.

Le fué necesario que la voz de Eduardo le arrancara del éxtasis en que iba á sumerjirse, escuchando aquella música de vibraciones nunca oídas.

—Que te parece la habilidad de Camila?

—Que jamás he escuchado tocar el piano de una manera semejante, ni interpretar con tanto gusto y precision el sentimiento que encierran esos signos caprichosos en que no deben leer los ojos sino el alma de quien los traduce.

—Pues muy poco debes haber oido música entonces; Camila toca como la generalidad de las jóvenes que han dedicado sus ratos de ocio á mover teclas.

—Te juro que no hay exageracion en mis palabras.

—Ni en las mias modestia de hermano.

Camila concluyó la pieza que tocaba y dejó el piano sentándose frente á Gutierrez.

Toca tú, Eduardo: sabes que mi repertorio es muy escaso y no hagas que lo agote con tanta brevedad.

—El mio no es mayor, pero lo luzco, dijo el joven alegremente y ocupó el puesto que dejaba su hermana.



Gutierrez volvió á sentir sobre su frente el calor de los ojos de Camila y su zombiante pró-

ximo á enrojarse iba á delatar su turbacion. Hizo un esfuerzo y arrancó algunas palabras de sus labios entorpecidos.

—Es el piano su distraccion frecuente señorita?

—No le dedico sino mis ratos de aburrimiento, que son, á la verdad mas numerosos de lo que deseo, pues Buenos Aires no brilla por sus distracciones.

—Es sensible que no dé vd. á su estudio mayor importancia. Basta oír la una vez para lamentar no poder hacerlo siempre.

—Es usted muy indulgente: oiga á Eduardo que lo hace mejor que yo.

—No tengo esa opinion, señorita, y no creo herir la vanidad de mi buen amigo repitiéndole que no está su altura.

—Protesto del juicio emitido, les dijo éste riéndose: mi señorita hermana es demasiado Perezosa para dominar las dificultades que se ofrecen . . .

—A ella le bastará la mitad del tiempo que tú empleas para hacerlo, interrumpió Uladislao, sabes que es un método muy falible juzgar lo aprendido por las horas de tarea que costó, y mucho mas en el arte, que tanto deben tenerse en cuenta las disposiciones naturales, que no se prodigan.

—Es decir que yo no las tengo: vuelvo á protestar.

—No hombre! pero pueden y deben ser distintas. No es aventurado suponer en una niña, mas sentimiento y delicadeza que en un hombre, lo que bastaria para decidirse en su favor.

—Bueno! me resignaré entonces á ocupar una modesta posicion artística, segun tu manera de juzgar, pero condono á la vencedora á conquistarse con mayor trabajo su primer puesto. Que vuelva á tocar!

—Tentada estoy de renunciar á mi triunfo á ese precio, pero quiero probar al señor Gutierrez que no soy Perezosa.

—No tiene usted necesidad de ello, sentiria no oír la una vez más sin embargo, pero me seria muy sensible ocasionarle la mas pequeña molestia.

—No la hay en esto. Y Camila sonriendo hizo les oír un magnifico vals.

Gutierrez creyó oportuno no prolongar mas su visita y un momento despues de terminada la pieza, dejó la casa de su amigo.



No se explicaba la impresion recibida, sin poder apartar de su imaginacion lo esbelta imágen de Camila.

Un sentimiento estraño, indefinido, le obligaba á pensar en ella.

No hacia esfuerzos por desviar el torrente de sus ideas, porque no veía un peligro definido en cultivar esa amistad tan atrayente.

Habia sentido crecer instantáneamente la simpatia que lo ligaba á Eduardo: esto no era un mal.

Caminó las cuadras que lo separaban de su casa, sin cuidarse del tiempo ni la distancia; no se sentia intranquilo, aunque ya deseaba la ocasion de volver á pasar un momento tan agradable.

En ninguna de las familias con que habia tenido algun contacto, encontró la sencilla amabilidad que en la de O'Gorman: esta era la única aplicacion que aceptaba para el impulso misterioso.

so y súbito que lo encadenaba sin que él midiera su fuerza.

Para conocer la violencia de un sentimiento es necesario contrariarlo.



Camila habia visto en el amigo de su hermano un buen mozo, simpático, inteligente, distinguido, pero lo habia mirando con la despreocupacion de una jóven por un sacerdote, pues tal era el carácter que investia, dado el poco tiempo que le faltaba para recibir las órdenes sagradas.

Esto le habia hecho mirar sin preocupacion la simpatia que sintiera por el jóven provinciano.

Pidió á su hermano algunas noticias que se lo hicieran conocer mas, y este se las dió ensalzando sus buenas cualidades.

No le fué extraño que las horas que siguieron á la visita de este, le recordara con excesiva frecuencia: eran muy pocos los jóvenes de algun valer que tenia entónces la sociedad porteña.

La emigracion habia quitado á Buenos Aires lo mas distinguido de sus familias.

Camila traía á la memoria las palabras de Uladislaio y se complacia en repetir el *vais* que tocara en su presencia.



## Amistad

En la vida de una familia, es sin duda un acontecimiento vulgar la presentación de un joven. No lo era sin embargo en la época que nos ocupa y no lo fué en casa de O'Gorman, sobretodo para Camila, que recordaba sin sentirlo y sin quererlo al amigo de su hermano.

Nadie vió en aquellos recuerdos otra cosa que la memoria de una hora quitada á la monotonía de la vida que era entonces insalvable.

Ella deseaba repitiera sus visitas, remedando con infantil alegría la cadencia suave, que dá carácter al habla provinciana, y que tanto se adapta á esa vida sin ruido y sin fatiga de las provincias mediterráneas.

El idioma puede dar una idea al observador del carácter de una nación, y la manera de hablarlo puede hacer que se conozca el del individuo.

La variedad de tonos con que se habla el español en nuestras Provincias, podría dar márgen á diversas observaciones.

Gutierrez que no habia dejado su cadencia tucumana, sabia comunicar á su acento una vibración de ternura sujeta á las inflexiones de la pasión y entusiasmo.

El timbre de su voz era atrayente, y es este uno de los impulsos de la simpatía á que no se dá suficiente valor.

En las organizaciones artisticas, sobretodo, la voz humana obra como agente de atracción y repulsión y el corazón atiende casi siempre el fallo del oído.



Los días que debían marcar un prudente intervalo entre una visita y otra, transcurrieron brevemente para Uladislao que se presentó en casa de su amigo, donde fué acogido con la bondad de todos, movida por el aprecio á que se hacia acreedor.

Fue presentado á D. Adolfo O'Gorman y á misia Joaquina Gimenez padres de Camila; él habia venido de Matanzas, punto de nuestra campaña donde solia pasar pequeñas temporadas. Le conocieron tambien los demás hermanos.

La conversacion generalizada sobre distintos temas de actualidad, cayó sobre la música de que todos eran partidarios.

Eduardo, cuyo carácter alegre, mantenía el encanto y la animación en todas partes, ejecutó con su maestría habitual algunos aires en voga. El minué federal obtuvo los honores del triunfo.

Gutierrez pidió á Camila algo de su repertorio. —He repasado estos días una novedad musical, novedad para nosotros que todo nos llega tan tarde, ó nos llega para pasar inapercibido.

—Cuál es ella?

—La Misa de Requiem de Mozart. Tengo predilección por la música religiosa cuyos acordes graves y llenos de unción, contrastan con mi carácter ligero y jugueton, como le llaman aquí.

—Dicese, que existe en el espíritu humano esa afinidad á los contrastes, que parece una ley de compensacion establecida por la infinita sabiduría de Dios, dijo Uladislao, ¿Quiere usted darnos el placer de que la oigamos?

—Con mucho gusto. Y Camila ocupó el piano.

Las primeras notas que arrancaron sus dedos, bastaron para robar á su semblante, la infantil alegría que jugueteaba en él. Sus labios perdieron su perenne sonrisa y sus ojos parecieron dar mayor amplitud á su mirada, como si el cuaderno que tenían delante, les mostrara un mundo de impresiones que iban sublimándose á medida que recorrían sus signos.

Las conversaciones cesaron. El sentimiento evocado por aquella música solemne, hablaba demasiado alto; para que la imaginación se detuviera en las frases.

Gutierrez oía y miraba á Camila, con esa mirada intensa y fija que precede al éxtasis.

Ya no era para él la joven simpática y alegre que lo envolvía en su sonrisa. Era un sér superior, divinizado por el sentimiento y unción que arrancaban sus manos, movidas al parecer, por una fuerza independiente de la voluntad.

El la hubiera adorado sin esfuerzo.

Si alguien le hubiera dicho al oído en ese instante, de rodillas Gutierrez, se hubiera arrodillado abatiendo su frente como ante un enviado de Dios.

Las últimas vibraciones de esas notas dejaron de percibirse, sin que abandonara su posicion contemplativa.

Fue necesario que Camila dejara el piano y le preguntara su opinion.

—Cuanto diga á usted es débil y pobre de sentimiento y de verdad, para lo que he experimentado en este delicioso momento, respondió.



—Conocen ustedes la historia de esta pieza magistral, primera hoy en su género en el mundo? preguntó Camila.

—No: respondieron los jóvenes.  
—Pues yo la he leído en estos últimos días. Es en verdad maravillosa.  
—Si Vd. nos la cuenta. . . .  
—Lo haré aunque de mis lábios ne se desprenda con la novedad que le daba el biógrafo.  
Mozart, ha sido uno de los géminos mas fecundos que han producido los tiempos modernos. Murió de treinta y dos años dejando ochocientas y tantas piezas que eternizaran su memoria. Es verdad que á los doce años concluía su primer trabajo.

—Amenazas el cuento con muchas digresiones dijo le Eduardo.

—Prosigo sin amedrentarme con las interrupciones con que me amenazas á tu vez.

Tiempo antes de su muerte, Mozart tenia el presentimiento de que estaba próxima.

Otro cualquiera se anonada ante tan siniestra convicción: á él le daba un aliento febril para el trabajo.

Su amor á la gloria y al arte crecía á medida que se le figuraba mas corto el término que podría consagrarle sus desvelos: ese rasgo le revelaría gran artista, sinó bastaran á significarlo sus preciosas obras.

—¿Y á hacer aquí su elogio fúnebre?

—Díjame: su Misa de Requiem reúne todas mis simpatías y no hablo de él sin elojiarle, si es posible que yo pueda hacerlo.

Decía que trabajaba con asombrosa energía, sin que le quitaran de su mesa de composición los ruegos repetidos de su esposa, que le recordaba sus triunfos y su gloria. Apesar de todo, él permanecía doce horas diarias en su gabinete.

—Era ya demasiada música, con razon le amonestaba su esposa, que se veria sustituida por una melodía sin tregua, interrumpió Eduardo.

Camila sonrió, añadiendo.

—Un día llegó á su casa un desconocido, pidiendo hablar con él, le llevaron donde estaba y díjole sin preámbulos:

—Un señor poderoso y espléndido, ruega á V. quiera hacerle una misa de difuntos, para sus funerales. La quiere en breve plazo, sin escatimar dinero ¿diga señor artista cuánto vale y para cuando estará?

Mozart se sobrecogió por un temor supersticioso.

Examinó al desconocido: era un hombre alto, delgado, de fisonomía expresiva, ojos verdes, de mirada brillante que parecia querer apagar il ocultar no fijándola en el rostro de la persona á quien se dirigia, rubio casi rojo, pálido. La inspeccion que hizo de aquel hombre no disminuyó su extraño temor, antes por el contrario. Hizo un esfuerzo varonil y se sobrepuso á sus ideas; acordó el término y la cantidad. El desconocido depositó en su mesa la mitad de lo estipulado y se retiró sin dejar nombre ni señas.

Mozart, se puso á la obra dominado siempre por el temor que lo asaltó al principio.

—Y hasta ahora no nos has dicho en que consistia ese temor supersticioso.

—Perdona los defectos de mi narracion: voy á ello.

El temor que le habia asaltado, era que el encargo de esa misa era un aviso del cielo, y que serviria para sus funerales y no para los de otro.

—Era una brava idea.

Pues sí, él la concibió y se apoderó de su ánimo, arraigándosele mas con cada día que traba-

java en ella. No pudo concluiría en el plazo fijado: vino el desconocido, se le dijo que no estaba concluida y apesar de eso le dejó la otra mitad del precio.

Le llevan el dinero á Mozart: esta conducta extraña acabó de intrigarlo, hace correr un sirviente detrás de aquel hombre, el criado lo vé á lo lejos le sigue por las tortuosas calles de Paris donde estaba Mozart entonces, le parecia alanzarlo ya, iba á llamarlo, el desconocido siente ó vé esa persecucion y acelera el paso, el criado corre sin conseguir disminuir la distancia que se interponia siempre, hace un esfuerzo supremo va á alcanzarle y el hombre desaparece sin dejar el menor rastro que guiara al tórnito sirviente, que vuelve desconsolado á casa del músico, á quien cuenta todavia jadeante las escenas de aquella persecucion.

Mozart le oye, mueve tristemente la cabeza exclamando: ¡la misa se tocará en mis funerales! Desde ese momento se consagró á ella con mas ahinco, su esposa hacia esfuerzos indecibles por contrarestar aquella influencia; empero todo se estrellaba ante la triste convicción del artista, que trabajaba sostenido por la fiebre de su inspiracion y de su génio, que debian consumir las fuentes de su existencia.

Concluyó la misa y su cuerpo debilitado no pudo sostener de pié su cabeza de artista: cayó á la cama cumpliéndose en todas sus partes el fúnebre vaticinio. Esa enfermedad lo mató y la misa recién terminada se estrenó en sus exequias.

—Singular historia, dijo Uladislaw.

—Aventura de artista, añadió Eluardo.

—Y que talvez ha dado á esa composicion su majestuosa, elevada, inimitable uncion de grandeza.

—Agotas los calificativos entusiastas.

—Todo lo merece, ¿no es verdad Gutierrez que todo esto tiene?

—Es tambien mi humilde juicio, señorita.

La conversacion volvió á animarse alegremente, separándose poco despues Uladislaw de aquella casa en que ya concentraba todas sus simpatías.

La afeccion á la vida del hogar apenas adormecida en él, se le despertaban en esos momentos: todo lo hubiera dado por ser hermano de aquella jóven y ligarse á tan excelente familia.

Ya le parecia encontrar la causa de la impresion de atractivo irresistible que encontraba en Camila: la Misa de Requiem tocada esa tarde habia unido sin duda sus almas en la contemplacion.

El hilo misterioso de la simpatía, que junta apesar de todo á los que nacen para comprenderse, estaba allí, en ese sentimiento artistico que ni ven ni entienden aquellos que no han recibido del cielo ese don inapreciable.

La vaguedad que en los días anteriores le habia preocupado, por no poder definir su propio estado, y no hallar la causa de los impulsos que lo agitaban, desapareció de su espíritu dando lugar á la explosion franca de sus afeciones despertadas.

Volvió á su casa transformado, todo lo veia bien, sonriente, sentia necesidad de esas expansiones en que se desborda satisfecho el corazón de un jóven, que no se ha retraido ni helado al contacto corruptor de la sociedad.

Hasta los desdenes de Polonia, siempre agraviada, los veria como signos de bondad.

Las soporíferas conversaciones místicas de la Cruz, iban á tener encanto para él.



—Qué tal, señora, y los dulces, como van esos dulces? dijo entrando, á la buena vieja que arreglaba la mesa, pues ya era hora de cenar.

—Yo no sé, Uladislao, preguntete á Polonia que todo el día lo he pasado en eso.

—Supongo que no los regalará todos.

—Así creo: le vá á mandar al padre Anselmo y al padre Tomás, pero ha hecho tanto que para todas partes alcanza.

—Y dónde está ella?

—En la sala, con el padre de Jacinto que vino á vernos hace un momento. Tan bueno el Santo padre! me trajo un rosario de tierra santa, precioso; lo dejé en la sala, vaya y véalo.

—Después, señora.

—Ave María! y no se apura por ver el rosario de tierra santa! Yo no se lo traigo porque estoy ocupada, vaya, pues, y así saluda también, al padre: usted lo conoce ya ¿no es eso?

—Si señora, y voy á verlo, repuso Uladislao, encaminándose á la sala por complacer á doña Cruz y conversar un momento.

Entró sin anunciarse.

Una sola vela de las que sostenían los candeleros estaba encendida y su luz incierta y amarillenta iluminaba apenas el sofá sobre el cual reposaban las individualidades del padre Jacinto que parecía muy contrariado, y de Polonia cuyo semblante se enrojeció.

Uladislao saludó sin fijar atención en esas circunstancias: pidió el rosario que Polonia le alcanzó de mala voluntad, lo examinó con curiosidad, lo elogió y preguntó algunas cosas á propósito de las fiestas religiosas que se preparaban.

El padre Jacinto encontró que ya era tarde y se despidió.

Polonia y Gutierrez pasaron al comedor.

Sirvióse la cena que concluyeron sin incidentes, saboreando algo de los dulces de Polonia, dijeron el bendito y descansando *buen provecho* pasaron á sus respectivas habitaciones.



Uladislao tomó uno de sus autores favoritos y recorrió algunas páginas, sin que su atención se fijara por completo.

Dejó el libro para llevar su imaginación á considerar la dicha que le ofrecía la amistad de los O'Gorman, en cuya compañía iba á disfrutar los goces del hogar, de que tanto tiempo se había visto privado.

Le tardaban los días en que la confianza adquirida, le permitiera pasar con ellos sus horas de libertad.

Cortó tan alagüeñas reflexiones para cruz y entregar su cuerpo al descanso de la noche.

Al día siguiente encontró á Eduardo en San Francisco, con quien recordó las escenas de la víspera, prometiéndole ir en breve á recordar tan agradables instantes.

Cumplió sus deberes de discípulo y volvió á su casa para almorzar, alternando alegremente en la conversación de la tía y la sobrina, quienes notaron el cambio, pues tal era lo que se había operado en su carácter.

El les dijo que, si aquello era cierto lo debería á la proximidad del término de su carrera.

Doña Cruz le alabó extraordinariamente tanto fervor por consagrarse al culto y Polonia depuso su enojo para proponerle ser su primera hija de confesion.

Uladislao aceptó todo y las dejó para acudir á la biblioteca del Convento, donde le llegó la tarde leyendo á Santo Tomás.



Camila había sentido renovada su impresión con la presencia de Gutierrez. Procuró explicarse la atracción que los ligaba, pues había comprendido que aquella simpatía era mútua: todas las mujeres conocen casi instintivamente la impresión que ejercen en el ánimo de un hombre.

La sensibilidad esquisita que domina en la generalidad, dá mayor alcance y perspicacia á su mirada.

Una mujer verdaderamente tonta es un fenómeno, mientras que la mitad de los hombres lo son por qué? La impresionabilidad que distingue los sexos es distinta; esto bastaría como explicación.

Un ser en el cual se embotan los sentimientos que palpitan en el espacio que lo rodea, es un tonto, y una mujer los refleja siempre.

Camila se sintió halagada por la influencia que llevaba al ánimo de Gutierrez, sin que esa pequeña vanidad encerrara algo mas que la satisfacción que siente una mujer al parecer agradable á un hombre.

Ella no ocultaba la manifestación de sus impresiones: tenía mucho candor e inocencia para fijar una atención maliciosa en ellas.



—Con que está resuelto que mañana vas á casa y paseamos á caballo? decía Eduardo á Gutierrez, uno de los días que se vieron en clase.

—Bueno iré; ya sabes el placer con que acompaño á ustedes.

—Todo está preparado, pues yo di seguridad de tu asentimiento: te esperamos.

—No he de faltar.

La tarde fué para Uladislao mas larga de lo que hubiera deseado: la perspectiva del paseo le era deliciosa.

Al día siguiente fué mas puntual que un acreedor.

Camila era de la comitiva y le esperaba animada de la mas franca alegría.

Montaron á caballo tomando la dirección de Palermo por las calles próximas á la costa.

Uladislao que no conocía aquellos sitios, gozaba verdaderamente con los paisajes que se sucedían á su vista cuyo fondo lo formaba la superficie azulada de rio que reúne tanto encanto y seducción para los que miran y sienten.

Camila le veía fijar en él sus miradas creyendo leer alguna melancolía en el fondo de sus ojos pardos.

—Le complace la vista de nuestro rio? le preguntó.

—Si señorita: esa superficie limpiada, apenas movable, que parece llevar la vista á un mas allá que se oculta, provoca la meditacion y entusiasmo, no exento de la religiosidad con que se ven siempre las grandes obras de Dios.

—Así es: yo no puedo mirarle tampoco y apar-



tar mis ojos de él al instante, tiene mucha atracción para el espíritu.

—Yo no se si en mí será exajerado por no haberme criado viéndolo: la costumbre de un espectáculo cualquiera le despoja de su grandiosidad ó lo reduce á sus verdaderas formas: no lo sé.

—Creo que mas bien le empequeñece: hay tendencia á nivelarlo todo con nuestra miseria.

—Será así, puesto que vemos salir el sol diariamente sin postrarnos ante el poder que lo levanta.

—Este maldito cerco de tunas, nos priva de llegar á aquel magnífico paraje que dona una extension muy pintoresca y agradable, les interrumpió Eduardo aproximándose.

—No tendrá algun pequeño espacio sin tunas y sin zanja que nos permita pasar?

—No tiene ninguno. Me vienen tentaciones de ver si mi *caino* es capaz de saltarlo.

—¿Quieres ejercitarte por si te convidan á pasear con Manuelita? preguntó Camila.

—No: pero me fastidia no poder llegar á donde quiero.

—Hay que saltar tunas para pasear con la señorita hija de S. E.? observó Uladislaio.

—Así dicen, repuso Camila.

—No alcanzo el objeto.

—Voy á decirselo á vd.

—Esas anécdotas no se cuentan en voz muy alta, dijo Eduardo.

Estamos solos: á mas que S. E. no se oculta para hacerlo. Vd. sabrá que los festejantes de Manuelita, ó mas bien del señor Gobernador, son en su mayoría ingleses: estos no tienen gran maestria para manejar el caballo ni para tenerse sobre él; S. E. imaginó ponerlos en apuros, hizo enseñar caballos á saltar tunas y les invitó á pasear.

Ellos aceptaron gustosísimos como vd. lo imaginará: Manuelita y él usaron los caballos enseñados. A S. E. se le ocurrió, como á mi señor hermano, llegar á un punto cualquiera al travez de los cercos, invitó á su hija que se lanzó tras él dejando á sus atónitos adoradores tunas de por medio.

Estos se miraron, poniéndoseles el rostro de varios colores: S. E. les animó, y mas que todo, estaba del otro lado una niña cuya habilidad y audacia les escedia. El amor propio hizo que el mas decidido picara su caballo haciéndolo arremeter contra las tunas, mas que saltarlas. El caballo pinchado por todas partes dió con el ginete del otro lado del cerco.

—Ya ese habia pasado, siquiera, dijo Eduardo riéndose.

—Los demás, que eran tres ó cuatro, no lo sé bien, quisieron probar fortuna, aguijoneados por las bromas de S. E. Todos ellos sufrieron percances mas ó menos dolorosos ó ridiculos, quedándoles, sin duda, algo mas que el recuerdo de un paseo con Manuelita.



—No es seductora la aventura de los ingleses, dijo Uladislaio.

—Ni muy culta la broma de S. E. añadió Eduardo, aproximándose mas á ellos para decirles esto en un arranque de juvenil franqueza, que no todos los espíritus se permitian en aquella época en que la bota de un gauchó soez y bruto oprimia todas las conciencias, individualizadas por la

mas torpe y vulgar manera de dividir las: la cion hecha oficial.

El paseo se prolongó hasta la caída de la tarde volviendo alegremente á la ciudad para detenerse en casa de Camila, donde siguieron reunidos pues Uladislaio los acompañó á cenar.

Esas horas fueron para él las mas gratas que habia experimentado: se veia introducido en la confianza de aquella familia que tanto apreciaba, y creia obtener en breve el afectuoso cariño de Camila, a quien admiraba: mas en la intimidad.

Cuán grato le era pensar que podría concentrar el afecto de su corazón en aquella jóven y consagrar la ternura de su alma á la amistad que le ofrecia!

Hay mas atractivo en la amistad de una mujer y se sueña siempre conservar puro y sincero ese afecto generoso que tanta virtud exige.

Llegó mas rápidamente de lo que hubiera querido la hora de volver á su casa y salió de ella lleno de dulces esperanzas y animado á perseverar en la senda del deber, única que lo llevaria á conquistarse el afecto de Camila.

Daba vuelta en su imaginación á mil consideraciones diversas, relacionadas con el objeto de sus aspiraciones.

Mañana irá á ver al señor Elortondo y Palacio, para que me diga cómo vá el asunto de mis órdenes, se decía. Ya es tiempo de que eso se active: voy á cumplir la edad requerida y mis estudios estan ya terminados; por lo menos con lo aprendido puedo ordenarme.

Talvez revistiendo verdadero carácter sacerdotal, Camila me acuerde mas franca ó ilimitada confianza. Oh! si fuera ese un título para su amistad, lo exigiria tanto que me lo habian de conceder muy en breve.

De todos modos, ni es posible, ni se me ocurre cambiar ya de aspiraciones á mi vida. Aceléremos el paso que nos lleva á la realizacion de los ideales forjados.

El temor y vacilaciones que sentia en mis primeras inolvidables visitas á Palacio, han desaparecido ya con la costumbre de considerarme sacerdote: él me lo dijo, la vocacion es el hábito sin duda alguna.

Las prácticas religiosas me han inspirado amor sincero el culto: contribuiré con todas mis fuerzas á su propagacion y respecto: Dios me lo tendrá en cuenta. Bendito sea por los siglos de los siglos.

Entró á su casa, donde ya se habian acostado extrañándose.



La mañana siguiente estaba destinada á ver á Palacio. La confianza adquirida con él le hacia no temer las rabietas probables que á esa hora del dia le eran frecuentes.

La sirvienta del secretario de S. S. I. le recibió con el acariciador agasajo de siempre, conduciéndole á la pieza en que su señor tomaba el mate.

—Qué lo trae á estas horas por aquí? qué me dice de su casa?

—Nada, señor, que allí lo recuerdan con respeto y cariño.....

—A qué viene entonces?

—A tener el gusto de verlo y preguntarle si con su bondad de siempre ha hecho algo en obsequio de que se me ordene.

—Como no he de hacer? Yo cumplo lo que di-

go, casi todo está ya listo y muy pronto lo verá investido con el carácter en que tan útil puede ser á la religion y á su patria, pues S. E. necesita el apoyo del altar: sus enemigos lo son de Dios.

Es notorio que Rosas habia acudido tambien al recurso de muchos de nuestros caudillos, explotando el fanatismo de las masas en provecho propio, y que no le faltaron sacerdotes tan complacientes que lo repetirían en el púlpico. El obispo Medrano y Cabrera mas debían que todos, lo repetía tambien sin perder ocasion.

Si esto puede envolver un cargo, dejemos la palabra á los documentos de la época, muchos de los que están en nuestro poder.

«El cielo en castigo» de tantos atentados parece que los ha condeado á que teniendo ojos, no vean, á que teniendo oídos, no entiendan.—Pero seale permitido al obispo y al Senado manifestar á V. E. que si tan noble acontecimiento ha dado una leccion muy seria á sus tenaces enemigos, tambien á V. E. le da un aviso que sin contradecir la voluntad del Eterno no puede dejar de oír. ¿Quiere V. E. conocer mas claramente que Dios lo tiene escogido para presidir los destinos del pais que lo vió nacer? ¿No se apercebirá de que es disposicion del Eterno, continúe sus sacrificios y que el unico propósito que domine á V. E. sea el de llevarlos hasta donde lo exijan los intereses de la República? Esta necesidad ya se la ha hecho sentir á V. E. la voz del pueblo; *ahora se la hace entender mas enérgicamente en voz del cielo, la voz de un milagro.»*

(Oficio del Obispo y del Senado del clero felicitando á Rosas por la farsa de la máquina infernal.) Así pues, un prelado de la época aseguraba que un milagro habia sido hecho por el Eterno para la conservacion de un asesino.

Permitido este parentesis proseguimos.

Uladi slao manifestó al señor Palacio sus deseos de ordenarse en breve, pues se creía con fuerza y virtud bastantes, para soportar con amor y constancia los desvelos que son necesarios á las prácticas á que se consagraba.

Despidióse de él contento y satisfecho y tomó alegremente la direccion de su casa.



—¿Qué le ha dicho el señor Palacio, y como está el santísimo padre? preguntóle doña Cruz así que le vió llegar.

—Está bueno, señora; se informó de cómo lo pasaban ustedes.

—Gracias, gracias.

—Me aseguré tambien que muy pronto cantaré misa.

—Ay! Dios mio! qué gusto, y cómo voy á llenarle de besos las manos ese dia. ¿Cuándo será? —Aun no lo sé, pero ya le digo que no puedo tardar.

—Yo estoy contentísima, como si fuera mi hijo. Un rosario voy á rezarle esta noche á San Ambrosio, para que no tenga impedimento ninguno: santo bendito y glorioso! siempre oye los ruegos de esta humilde pecadora.

—Agradézcole, doña Cruz, sus cariñosos deseos: creo que no voy á tener obstáculos.

—De todos modos no está demás. Dile la noticia á Polonia: está en el comedor.

Uladi slao pasó á la pieza que le mencionaban: en ella estaba efectivamente Polonia, aunque no con un semblante que moviera el deseo de darle noticias alegres.

—¿Qué le pasa Polonia? interrogó el jóven, extrañándole al verla con los ojos enrojecidos por un llanto reciente.

Ella no contestó.

Uladi slao insistió, preguntando si él era la causa, pues así creyó notarlo.

Polonia en un arranque de franca indignacion le dijo bruscamente:

—Si, usted es la causa: el padre Jacinto se me enojó esta mañana, diciéndome que yo le habia dado á usted mucha confianza, que eso era muy malo y que usted y yo debiamos estar en pecado mortal.

Uladi slao se incomodó tambien por aquella intriga que le ponía de manifiesto lo que no habia pensado ni queria saber, y que hasta le era doloroso, pues en su noble carácter parecia tomar sobre sí las faltas de los demás. Habló casi duramente á Polonia, almorzó de mala voluntad y se refugió en la biblioteca, huyendo de preocuparse de aquel miserable asunto.



La confianza con que lo favorecian en casa de O'Gorman mostraba una nueva y agradable faz á su vida.

Aquella excelente familia sustituiría su hogar, embellecido con la presencia de Camila, á quien no recordaba sino como á un sér superior destinado talvez á dignificar sus propósitos con la influencia poderosa de su carácter.

Franqueadas con libertad las puertas de aquella casa, iria á depositar allí sus pesares, seguro de ser comprendido, ó á expandir sus alegrías.

Una mirada de Camila seria un premio á sus actos laudables, que ella no negaría á sus esfuerzos, entusiasta como era por todo lo bueno y lo bello.

El vacío de sentimientos y de afectos tiernos que iba agrandándose en su corazon, y produciéndole sin que lo notara los males que apareja siempre, habia desaparecido, proporcionándole con ello un bienestar inmenso que le hacia sobrellevar sus tareas con placer, sin que hubiera acertado con la verdadera causa de ese cambio aunque lo atribuyera á sus nuevos amigos.

Todo le sonreía, era feliz.

Cuán pequeñas son las causas que determinan la dicha de una existencia, y cuán alejados de ellas lo pasamos sin embargo, desatendiendo con harta frecuencia esa colaboracion extraña, aparentemente caprichosa, que puede producirla ó alejarla, se decía Uladi slao, alando la vista de las páginas de Santo Tomás, para fijarla en el espacio azul que aparecía como fondo del lienzo infinito en que rebosa, visible para los espíritus contemplativos, la magestad y grandeza de Dios.



Apenas concluyó de comer, partió Uladi slao para casa de sus amigos, sin arredrarse por la oscura soledad que deberia cruzar á su vuelta.

Allí concluían de cenar cuando llegó. Todo era animacion y alegría: verdad es que Camila y Eduardo bastaban para producirla en cualquier parte.

Nuestro jóven se mezcló al bullicio de los demás, haciendo gala inocente de la viveza de su imaginacion.

—No asisten ustedes al teatro? preguntó.

—Muchísimo tiempo hace que no concurrimos

á él. Estamos tan lejos que nos es molesto retirarnos tarde del centro, repuso Camila.

—La compañía que tenemos no es acreedora al sacrificio que sería ir.

—Y las piezas dramáticas que exhiben no son del mejor gusto.

La verdadera causa la ocultaban prudentemente: el teatro como todo en esa época, era un reflejo de la cultura y civilización que imperaba en las regiones oficiales.

Tiempo antes de la fecha en que llevamos esta narración, se había publicado en los periódicos de Buenos Aires el siguiente anuncio de función:

... «Concluyendo el espectáculo con la muy admirable y nunca vista prueba de—«El duelo de un federal con un salvaje unitario»—en que el primero *degollará* al segundo á *vista del público*».

Esta función debió obtener un *lleno completo*, pues produjo 6,114 pesos, que se pusieron á disposición de Rosas. Y debían ponerse, pues le pertenecía el beneficio de aquel adelanto en el arte, que á él solo era debido.

Con tales espectáculos se comprende que lo poco bueno que permanecía en Buenos Aires se alejara del teatro, aún cuando el miedo hiciera concurrir á mas de una familia que expiaba con esas escenas el delito de tener buen gusto, crimen que aunque no lo parezca se castigaba entonces.

En estos detalles tan característicos, debían fijarse para obtener algun criterio histórico los que fabrican Historias de Rosas sin saber lo que se pescan.

Uladiislaw conformándose con la explicación recibida, hizo girar la conversación sobre distintos temas.

Felicitáronlo por la proximidad del tiempo en que debía recibir las primeras órdenes.

El dió bromas á su amigo Eduardo, tan buen mozo, que se vería pronto privado del uso del bigote que tan lo agraciaba, sus facciones correctas.

—Es un adorno federal, de que no todos pueden despojarse, dijo él.

Efectivamente: el Gobernador había reglamentado el uso del bigote, como si se tratara de un asunto de interés nacional y solo él podía dispensar de usarlo.

No resistimos la tentación de transcribir un curioso documento que muestra la verdad de lo que afirmamos, siguiendo la norma de conducta que no hemos propuesto observar en estas páginas.

El capitán del puerto de Buenos Aires D. Francisco Crespo, dice á Rosas:

«El que firma tiene el honor de participar á V. E. el gran sentimiento que tiene por no poder usar el bigote, apesar de la última tentativa que hizo cuando V. E. se recibió del mando supremo que tan dignamente desempeña, de cuyas resultas se asomaron los inconvenientes de fogueje que me acometen en las ternillas de la nariz; mas como no obedeciese la naturaleza, apesar de los remedios. . . . . Qué tal!

Uladiislaw se retiró satisfecho y contento: esas horas reasumían para él toda la dicha de su existencia. Camila le había sonreído, lo había hablado. ¿Qué mas podía exigir de su suerte?

Había leído en la dulce intensidad de su mirada mas de una promesa de cariñosa amistad.

La palpación de su corazón apasionado y sensible, debería encontrar un ére en aquella

alma tan sujeta por su impresionabilidad á la influencia de las sensaciones que la rodearan.

Nada le acercaría mas á ella que el hábito sacerdotal: lo deseaba ardientemente.

Asesar de su edad é inclinaciones, estaba tan poseído de su deber y de su misión, que la idea de un sentimiento, que se apartara de un cariño fraternal y puro, no había cruzado su cerebro.

La imagen de Camila le hería sin reflejos ardorosos, quería su amor, se hubiera sacrificado por obtenerlo, pero su amor de hermano. Tan cierto es que la imposibilidad aleja las tentaciones.

Es necesario que un cúmulo de circunstancias accidentales, independientes de la voluntad vengán á destruir la obra de la razón.

Basta entónces el menor impulso para que las pasiones se precipiten en otra senda, con la violencia de un torrente que halla su cauce. Es mas temible el ímpetu de un sentimiento que permanece desviado, que cuando se desarrolla natural y fijo, siguiendo el curso que la naturaleza impone á cuanto cae bajo el dominio de sus leyes inmutables, que no se contrarian si producir un mal, tanto mas sensible y violento cuanto mas perfecta es la organización.

Reglamentense las sociedades como se quiera; la naturaleza dirá á todos y cada uno: por aquí, este es el rumbo, y el capricho de los hombres jirará en círculos viciosos, para caer siempre al dominio de lo eterno.

Camila estendió el impulso de su inclinación hácia Uladiislaw, comprendiendo las cualidades que se ocultaban en su apariencia de jóven serio.

Había leído en sus ojos el reflejo de los movimientos de su alma, voluptuosos y apasionados, y se sentía atraída hácia él, giraba á su alrededor sin que le ocurriera quemar sus alas de ángel en aquel fuego pequeño y oculto, sofocado por la voluntad, que veía en el amigo de su hermano, y que su intuición de mujer le decía que podría convertir en hoguera, enviando á él el rayo poderoso de sus lindos ojos.

Después del paseo á caballo en que estudió los ímpetus de su alma, sorprendida de hallar en ella esos estremecimientos que se ocultaban, esas ilusiones de un segundo, fugitivas siempre, que hieren la imaginación para alejarse y volver en seguida numerosas, formando la impalpable vanguardia de una fuerza de pasión dominadora, Camila no definió sin embargo, la naturaleza de su sentimiento, su razón no podía llevarla á la verdad, pero su corazón la presentía.

Esas frases cariñosas que la amistad no teme lanzar, segura de su inocencia, se perdían en sus labios, sin sonido, cortadas por el miedo á una interpretación maliciosa.

Sorprendíase mirando á Uladiislaw y un sentimiento ruburoso le desviaba la vista.

El piano tocado en su presencia, tenía vibraciones distintas.

La despreocupación con que lo viera la vez primera iba desapareciendo en la intimidad que se prodiga en la juventud. Si un momento miraba en él al sacerdote, en otro instante veía al hombre que hubiera sido la encarnación de su ídel.

Con la confianza inesperta de sus pocos años, se propuso no ver sino al amigo, encaminando su sentimiento en una senda fija y determinada.

Sentíase con fuerza bastante para ello. La atracción que le ofrecía esa amistad era irresistible.

Camila creyendo dominar sus impulsos, y Gutierrez viendo en la simpatía que le inspiraba la joven una manifestacion de cariñosa amistad, se engañaban.

Ambos obraban ajustándose á su carácter y siguiendo sin embargo las huellas invisibles de una pasion poderosa.

El, mas cándido y confiado, porque era mas inexperto, cambiaba sin saberlo la naturaleza de sus impresiones: ella, por su perspicacia de mujer, habia sorprendido el secreto de su razon, pero cseia dominarlo, guiándolo por la fuerza de su voluntad, hácia el unico rumbo que le era permitido.

A ninguno se le habia ocurrido contrariar su inclinacion abiertamente: es que nadie se desprende de la felicidad que sale al paso, y mucho menos en la que toma origen de los efectos generosos que ligan á otro ser en el que se vé un complemento necesario al equilibrio de las fuerzas morales.

Camila soñaba con la amistad, engrandecida y animada por llama oculta de un sentimiento mas vehementemente.

Gutierrez, sentia llenado el vacio de su corazón. Creia que la amistad era bastante para hacerlo, y se entregaba á ella, satisfecho de si mismo, y dando gracias al Supremo Hacedor que le permitia compendiar todos sus afectos en el mas puro y tierno.



Sigamos á Uladislaw, que concluidas sus clases va á casa de Camila, pues esa visita se le habia hecho una necesidad imprescindible.

Ella se paseaba frente á la puerta, conservando aun su traje sencillo y suelto de la mañana, con el que aparecía en todo el esplendor de su gracia natural: era una de esas bellezas. á que no añaden seducción los adornos, pues estaba en ella, en sus maneras, en su andar, en su rostro y en la dulce iluminacion de sus ojos.

Gutierrez la saludó con la franca amabilidad de que se sentia posesionado en su presencia. Ella le sonrió, estendiéndole su mano suave de largos y perfílados dedos, mientras un ligero sonrosado bañaba su rostro, animándosele la mirada siempre plácida.

—Miraba estas plantas cuyas flores constituyen mi delicia y su cuidado mi primera ocupacion, díjole afectuosamente.

—Tiene V. los gustos de las almas delicadas y sensibles, Camila, respondió Gutierrez, llamándola por su nombre la primera vez.

Ella pareció sentirse impresionada por esta familiaridad, impresion que Uladislaw no observó. Hay mucho de afectuoso y tierno, mucho de agradable, en las silabras del nombre pronunciadas sin añadirles ninguna palabra de cortesana efec-tacion, por un sér que despierta en el alma algun afecto.

Su nombre entreabriendo suavemente los labios de Gutierrez, para ser dicho en voz baja, le pareció que arrancaba un suspiro, que sus letras iban envueltas en una atmósfera de cariño y su corazón aceleró el latido con que golpeaba su pecho al compás de sus emociones.

—Se proyecta algun paseo en que pueda tener el gusto de acompañarles? preguntó nuestro jóven, observando el silencio de Camila.

—Aun no, dijo ella, llamada a la realidad por esa interrogacion, pero aquí nos lo proyectamos

con anticipacion: son la obra de un momento de buen humor. Quiere que pasemos al comedor donde creo que está Eduardo, que parece no lo ha sentido?

—Vamos, señorita.

Alli estaba efectivamente Eduardo entretenido en el arreglo de unos arreos de caballo.

—Oh! señor Gutierrez! celebros verlo. Me ayudarás en estas pequeñas operaciones de talabartero.

—Qué ocurrencia! Eduardo, dijo Camila.

—No es ocurrencia sino necesidad; ya me estoy cansando, y sin un refuerzo esto queda á medio hacer.

—Voy á ayudarte, dijo Uladislaw, pero yo no pongo á tu disposicion mis conocimientos en la materia sin un precio convencional.

—Muy bien hecho!

—Interesado, ¿cuál es el precio?

—Un minué federal y dos vals.

—Acepto ¡que le vamos á hacer, *neccesse non habet legem*, como diria nuestro maestro de latin?

—Y yo premiaré tambien su amabilidad con dos piezas mas.

—Covenido, dijo Eduardo: hay que ser generoso, pero se me ocurre el medio de zafarme yo, dejándote el pago íntegro de la deuda.

—No lo admito, dijo Gutierrez.

—A qué si lo haces, cuando te diga en la forma que quiero arreglarlo?

—Cren que no: véamos sin embargo.

En lugar de las tres piezas que debo tocar, Camila cantará una cancion, ¿te acomoda?

—La señorita canta? Acepto, acepto, aunque no veo por qué ha de pagar Camila tus cuentas, pero es muy seductora tu promesa para que me detengan consideraciones de ningún género.

Y tú Camila, qué dices? quieres complacermos?

—Lo haré pero yo tambien tengo condiciones que ofrecer.

—Cuáles?

—Que arreglen otro paseo á caballo para una de estar tardes.

—Tambien se acepta.

Concluyeron en breve la obra de talabarteria y pasaron á la sala.



Camila ocupó el piano, haciendo oír su vals favorito, mientras repasaba en su imaginacion algo, cuyas dificultades dominara por completo.

Terminó el vals: preludió los compases y lanzó al aire su magnífica voz, entonando una cancion llamada del *pirata*, muy en voga entonces y que principiaba:

*«Se vé del Plata á lo lejos  
en popa el viento pumpero  
un bergantín muy velero  
sus blandas olas surcar.»*

El acento de Camila ajitaba el alma de Gutierrez, llevando sus impresiones impulsadas por el timbre apasionado de su voz. Cada nota era un mundo descubierto á sus ojos; un mundo de encantos, armonias, luz y sentimientos.

Ella sentia, y sus impresiones se traducian en ese idioma sublime, á que no alcanzan los signos, ni lleva la voluntad.

Cuando las manos de Camila derramaban la armonia magestuosa de la *Misa de Requiem*, Gutierrez se sentia alzado de la tierra por una contemplacion religiosa; los acentos del *pirata*

penetraban en su corazón, y de él partían las inspiraciones de ese mundo de luz y armonías.

Esos versos parecían animarse y vivir, sus imágenes se movían, le golpeaban el cerebro, sacudiendo su corazón con ímpetus de doble vida.

Camila dejó el piano: la felicitaron con mas ó menos bromas por el sentimiento y espresion que habia arrancado á sus notas.

Gutierrez la aplaudió, pero sin bromear. Había sentido demasiado para profanar con una agudeza sus impresiones.

Eduardo ocupó su lugar, mientras Camila conversaba alegremente, alternando con ella misma Joaquina, Cármen y Clara.

Las señoras y las niñas apreciaban á Gutierrez y sentían placer con sus visitas.

—Refiéranos algo de la vida tucumana, díjole misia Joaquina.

—Señora: allí no se vive; se nace, se crece y se muere, sin haber hecho otra cosa que comer y dormir; verdad es que las luchas civiles han dado ocupación á los hombres en su mayor parte, pero los que no son soldados, no son nada.

—Usted exagera.

—No señora: lo cierto parece mentira, pues es poco menos que inverosímil.

—Aquí se pondera mucho la belleza de las tucumanas, dijo Camila.

—Tienen buen color, y buenos ojos: si eso basta para constituir una belleza, lo son.

—Eso basta para ser lo que se suele llamarse vistosa, nada mas.

—Dió Vd. con la palabra: son vistosas.

—Y su carácter?

—Dulce, amable, pero débil y poco laborioso.

—Los hombres no serán así?

—También en su mayor parte, pero lo que mas los distingue, es un feo subido.

—Porqué esa anomalía?

—No me la esplicó, pero la he observado, conociendo pocas excepciones. Sucede también eso en algunas otras provincias: en Salta las mujeres no son feas y los hombres son horribles.

—Yo he visto algun salteño buen mozo, observó Misia Joaquina.

—También yo, señora: me refiero á la mayoría, á la inmensa mayoría.

—Segun sus datos las salteñas deben emigrar para casarse, dijo Clara.

—La costumbre sin duda, señorita, que tantos defectos suaviza, las hace permanecer.

—Y en Córdoba ¿qué sucede?

—Que los hombres buscan novia en Tucuman.

—Qué ocurrencia! ¿Y las cordobesas?

—Lo sufren pacientemente: creo que en esta provincia es donde hay mas solteras.

—Eso explica la existencia de tanta beata: las mujeres no pudiendo amar á los hombres aman á Dios, dijo Eduardo que apesar de su vocacion hacia siempre notar que vivia también para el mundo.

Gutierrez conversó un momento mas y salió para ir á casa de Palacio.



Encontró leyendo al secretario de S. S. I. que le dijo: deseaba verlo.

—Ya puede V. prepararse á recibir las primeras órdenes muy pronto. Ahí le tengo su primer traje sacerdotal.

—Señor siento....

—No sienta nada. Estoy contento de Vd: lo me-

rece, se ha portado bien. Ya estoy buscándole un curato, ¿le gustaria en la campaña?

—No tanto como aquí, señor, lo confieso, pero lo aceptaria gustoso.

Gutierrez no pudo contener su sobresalto al pensar que pudieran las exigencias de su ministerio llevarlo lejos de Buenos Aires y de Camila. —Bueno, bueno, veremos donde se consigue, dijo Palacio.

Uladiaslao creyó concluida su visita y se despidió, agradeciendo los importantes servicios que se le prestaban.

De casa del señor Palacio, pasó á la suya: contó á D<sup>a</sup> Cruz sus adelantos.

—Virgen Santisimal Ya va á quedar hecho un curita. Cómo deseo verlo! Ay! San Ambrosio no me ha negado la gracia que tanto le pedi. Voy á ponerle una vela al santo glorioso. Y doña Cruz encaminó á ejecutar lo que decia, regocijándose mucho sin duda al alma de San Ambrosio.

Uladiaslao pasó á su pieza, preocupado un tanto con la posibilidad de que lo mandaran á la campaña, pues los curatos de Buenos Ayres estaban provistos. No consideraba su aislamiento fuera de la capital, sino su separacion de los O'Gorman. Tan necesaria se habia hecho á su corazón la amistad de aquella excelente familia!



Los dias que antecedieron á su presentacion al señor Obispo, para recibir la órden de tonsura y hacer sus primeros votos, los pasó brevemente, pues sus visitas fueron casi diarias á casa de Camila, donde ya era poco menos que el niño mimado; y esas horas de placer le aceleraban el tiempo arrojando su alegría sobre todas las que faltaban para volver.

Allí todos lo entusiasmaban con los beneficios de su carrera, la tranquilidad de la vida, y mil otras garantías de bienestar con que se considera generalmente al sacerdocio.

Unicamente Camila, no tomaba parte en esas manifestaciones, ella no formulaba ni aún á sí misma, el deseo de verlo en otro rumbo libre de votos, pero lo sentia, y aunque confusamente, aque- llo era bastante definido para no aplaudirle su vocacion ni sus progresos.

Gutierrez acabó por observar esta frialdad para con su destino futuro; se preocupó de ella sin acertar con una explicacion satisfactoria. Tenia momentos en que pensaba con dolor sobre ese punto, pues bien pudiera ser una muestra de la indiferencia que inspiraba. Tenia que recordar mil frases carinosas, mil miradas en que iba envuelto el aprecio afectuoso, para no desesparar, pues la amistad de los O'Gorman y de Camila sobretodo era su primera necesidad, y indispensable ventura.

Sin ella, la soledad del corazón, palpitando aislado en su pecho, le hacia el efecto de un reloj entre ruinas, cuyo péndulo marcara el tiempo sin señalar las horas de placer y dolor que alternan en la vida.

El día antes de recibir la órden de tonsura, la visita fué animadísima: Clara y Cármen le abrumaban con carinosas bromas: Camila sonreía. Otro mas espermentado y observador que Uladiaslao hubiera visto por la contraccion graciosa de sus labios, que no expresaba, alegría.

Juguetaba, distraida al paracer, con la violeta que llevaba siempre en la boca, que tanto con-

trastaba su azul, con el magnífico sonrosado de los lábios que la sujetaban.

Eduardo era el mas animado y alegre; prometió á su amigo acompañarlo al dia siguiente para traerlo transformado.

Gutierrez se retiró contento como siempre.



Los primeros pasos que dió con direccion á su casa bastaron para traerle con la soledad, la consideracion razonada de su situacion.

No se pasa de un estado á otro, aún en la juventud, en que nada tiene verdadero peso, sin sentirse llamado á concentrar las facultades, para que como en acuerdo ministerial, decidan por mayoria la bondad del nuevo rumbo.

Mientras habia estado mas lejano el dia de sus primeros votos, Gutierrez lo veia llegar con lentitud: le faltaban pocas horas, y hubiera deseado convertirlas en dias.

Su satisfaccion se asemejaba mucho á la del que llena una necesidad dolorosa.

Sus primeros temores y vacilaciones, su falta de vocacion, su amor á la familia y al hogar que no podria constituir, todo eso le heria la imaginacion con fuerza nueva, alternándose con ideas de entusiasmo, que no le entusiasmbaban, ni se fijaban tanto en su mente, como las de temor y desconsuelo.

La suerte estaba echada, era menester resignarse, no habia subterfujio que pudiera salvarle. Abatió su frente sobre el pecho y aceleró el paso. Quería llegar á su casa, conversar, distraerse, estar á solas consigo mismo.

Da Cruz le esperaba para recomendarle mil circunstancias, hacerle otras tantas observaciones y ponderar la cecacia de sus ruegos y velas á San Ambrosio.

Polonia le prometió su mejor dulce, mirándolo como para recordarle sus mejores tiempos y envolverle quizá, una promesa en su afectuosa sonrisa.

Gutierrez agradeció todo esto con su bondad de siempre.



Camila vió salir á Gutierrez, llena de tristeza. Sentía que los votos que iban á ligarlo al dia siguiente caian sobre su corazon.

Su constante alegría desapareció de su rostro: su sonrisa no era la misma, dejó de hacer oír su voz juguetona y alegre, que se escuchaba siempre, pues tenia el hábito de cantar en voz baja.

Temprano pasó á su dormitorio: queria estar sola.

Allí, sus impresiones exaltadas por la soledad, tomaron una intensidad alarmante.

Hubiérase dicho, que los primeros votos de Gutierrez le arrancaban violentamente la esperanza; ella no la habia sentido sin embargo, no la habia formulado mas bien, pues el corazon no eleva su voz sin un golpe, sus vibraciones necesitan estallar, no se producen sin provocacion.

En esa noche fué dado definir con verdad, sin vacilaciones, la naturaleza de la atraccion que sentia por Uladislaw.

Su espíritu decidido aceptó la lucha: ella soñaría ese amor, lo arrancaría de su alma.

Iba á combatir sin tregua contra su propio corazon, sin saber la fuerza avasalladora de un sentimiento contrariado.

Creía que su voluntad seria bastante para apagar esa llama, cayendo sobre ella con el fric de la razon.

No temia que sus propósitos se estrellaran ante lo imposible, y que su voluntad semejante á una corriente aérea, agigantara el incendio que no bastaba á extinguir.



Al dia siguiente por la mañana se preparó Gutierrez para ir á lo de Palacio, que lo acompañaria á presencia del Obispo, y á dar su primero y trascendental paso.

Vistió la ropa enviada por su protector, empleando en su primer atavio sacerdotal media mañana.

El manto elevaba su estatura, lo que no le pareció mal, pero se sentia incómodo entre aquella especie de pollera que le dificultaba los movimientos.

Ya me acostumbraré, se decía, este es el menor inconveniente del hábito, aunque tiene mucha semejanza con un chaleco de fuerza.

Salió al comedor donde lo esperaba doña Cruz y Polonia.

Santa Brigidal y que bien le sienta! exclamó la primera.

San Rafael parece ya un sacerdote dijo la otra que habia elegido un nombre mas poético para el santo de su devocion.

—¿De modo que hoy no mas lo tendremos con corona?

—Si señora, dijo con muy poco gozo Uladislaw

—¿Y cuándo podrá confesar? preguntó Polonia.

—Creo que muy pronto: supongo que hoy lo sabré: las dejo para ir á casa de Palacio.

—La gracia de Dios lo acompañe. Vuelva pronto.

Uladislaw tomó la direccion de lo de su protector, sumerjiendo su espíritu en las reflexiones que no le abandonaban desde que veia convertirse en hecho las ligaduras que lo iban á separar del mundo, viviendo sin embargo entre sus tentaciones y peligros.



La sirvienta del señor secretario de S. S. I. corrió alborozada á llevarle la noticia que estaba el señor Gutierrez vestido de padre.

Este lo recibió haciéndole una mueca en lugar de sonrisas, pues estaba de pésimo humor.

Diremos al lector la causa por que lo sufría esa mañana, no porque tuviera en sí algo de extraordinario, sino, por el curioso motivo que lo oriñaba.

A poco rato de entrar Uladislaw, ambos tomaron la direccion de la curia.

Allí estaba Eduardo esperando alborozado á su amigo. Este lo saludó afectuosamente aunque sin dar alegría á su rostro ni animacion al timbre de su voz.

La ceremonia se celebró inmediatamente, partiendo despues ambos jóvenes á casa de O'Gorman.

Gutierrez caminaba con embarazo bajo su flamante traje: se le ocurría que todos fijaban en él miradas intencionadas.

A Eduardo le pareció natural la preocupacion de su amigo, y procuró alejarlo de sus reflexiones con la alegría de su conversacion y la gracia de sus dichos.

Misia Joaquina y sus hijas mayores le habian preparado una verdadera fiesta. Camila se adheria friamente á la satisfaccion general.

No era, como sabemos, un motivo de regocijo para ella. Todas esperaban con ansiedad el momento de verlo penetrar con su nuevo traje, que le daría todo el carácter que pronto iba á investir.

¡Ahí están! ahí están! exclamó de pronto Clara, que se asomaba de tiempo en tiempo á mirar la calle. Todas salieron al patio. Camila lo hizo la última; queria descubrir, observar sin que la notaran, las probables ó posibles impresiones de Uladislao.

Vióle entrar con el rostro sonrosado y la mirada entristecida.

Sin explicárselo, Camila sintió con ello un movimiento de placer. No está contento, se dijo.

Esperó que todos terminaran sus felicitaciones y se acercó pronunciando algunas palabras de congratulacion.

Gutierrez fijó en ella sus ojos con la expresion de una plegaria. La felicitacion de Camila le habia hecho daño.

Era un nuevo dolor no imaginado. Ella comprendió acaso la emociion que lo agitaba? Quién sabe! pero bajó sus ojos casi humedecidos y no habló á Uladislao de felicidad.

La mirada del jóven habia sido un movimiento inconsciente de su alma. A la manera que una caida nos hace estender las manos hácia el sue-

lo, un peligro cualquiera poner los medios de evitarlo sin intervencion sensible de la voluntad, así un dolor, una esperanza súbita, una afeccion moral cualquiera, implica un movimiento visible al traducirse al único idioma universal posible, por ahora: el natural.

Pasaron á la sala, donde la animacion hizo olvidar á nuestros jóvenes sus pesares secretos, para acompañar la alegria general.

Eduardo se lanzó al piano y les hizo escuchar medio repertorio.

Gutierrez pidió á Camila que tocara la Misa de Requiem.

La impresion que conmovió su ánimo entonces, no fué semejante á la que sufrió la vez primera.

Ya no podia separar tanto su ánimo de la tierra, y á sus ideas místicas se mezclaba la imágen de Camila con reflejos profanos. Talvez ella ponía en sus acordes la palpitation apasionada de su alma, que se le trasmitía.

Camila abandonó tristemente el piano: ¿acaso creía haber tocado una plegaria para sus esperanzas? no, para sus ilusiones desvanecidas.

La tarde transcurrió y Gutierrez tomó al oscurecer la direccion de su casa.

Allí le recibieron entusiasmadas. Da Cruz le besó las manos repetidas veces, anticipando así sus respetos.

Poco mas tarde penetró á su cuarto, diciendo maquinalmente: creo que comienza mi *via crucis*. Así respondía sin quererlo al estado de su alma.



## IV

### Las monjas y Palacio

Dijimos que la mañana en que Gutierrez iba á recibir la órden de tonsura, el secretario de S. S. I. estaba de mal humor, y prometimos revelar la causa por esta vez. La indiscrecion nos será perdonada en gracia de que vamos á llevar alguna luz sobre esos sepulcros de vivos que se llaman conventos de monjas.

La vida que alli se hace no es tranquila ni libre de la agitacion de las pasiones y miserias humanas; por el contrario, el aislamiento y la soledad ágrían el carácter de las asiladas, se llenan de intrigas, produciéndose un pequeño infierno, donde mil infelices creen encontrar la paz del cielo. Pero no nos alejemos del mal humor del Sr. Palacio, que aunque no lo parezca, confirma la verdad de lo que acabamos de apuntar tan ligeramente.

El Secretario de S. S. I. estaba en muy buenas relaciones con los conventos.

Poco tiempo antes de entrar Gutierrez habia recibido una carta, que completó el mal humor producido por otra, llegada la tarde anterior.

Si creerá que soy tonta! la fulana ésta, habia exclamado así que concluyó su lectura.

Leámosla nosotros tambien, pues como narradores, podemos permitirnos este abuso de confianza.

Héla aquí, con la misma ortografía que fué escrita.



“Ave Maria Purísima.”

“Mi Padre: aunque sé perfectamente que no tengo disculpa para S. M., sin embargo quiero declararle una verdad y es, que ni siquiera remotamente se me ha pasado por el pensamiento lo que me dice en su carta, que al pedirle que nadie sepa que me ha mandado aquel libro es con fa maliciosa idea de decir que nada le debo. Por un motivo muy distinto lo hice, que omito decirselo, porque no me repita que son invenciones criminales. Dios sabe que estoy inocente de esto como de lo demas, á él, dejo mi causa, y S. M. le pido perdón del mal rato que le he dado sin intension”.

“Muy lejos estoy de creer que S. M. haya querido hacer una distincion de mí, pues me parece que recordará lo que tantas veces le he dicho, que por la misericordia del Señor no soy tonta y sé lo que valgo para cada persona y mas cuando mediava una peticion mia y otros antecedentes

que no le repito por lo triste y doloroso que me es su recuerdo.

«El libro no se lo vuelvo y solamente me desearia de él, si me lo quitase la obediencia, ó por lo mucho que lo quiero por haber venido de manos de S. M. si yo viera que esto podia perjudicar mi corazon que quiero conservar desprendido de todas las cosas de la tierra. Dios ha de permitir que algun dia S. M. se desengañe de lo que vale para mí y de la sinceridad con que le hablo.

«Creo que no se habrá olvidado que el domingo tenemos comunión de Comunidad, tambien yo tengo la hora del rosario perpetuo, ese mismo dia, por el amor de Dios le pido que no me deje sin la comunión, pues si S. M. no viene así sucederá. De nuevo le pido perdón y no me perdonará S. M. una cosa de que estoy sin culpa?»

Su afectísima hija en Cr.to.

Sor X.



Esta carta, místico lamento de un alma perdida para todos los afectos, estraviada hasta en las mismas creencias religiosas, es un reproche elocuente á la maldad consciente con que abusan de la credulidad y el fanatismo, para ejecutar en nombre de Dios, ultrajándole, los actos que condenan á voz en cuello, desde la cátedra que prostituyen, hablando de labios afuera.

Son los verdaderos *sepulcros blanqueados* que tanto mencionan, perpetuando apesar de los esfuerzos del progreso y la luz que los envuelve, la tradicional manera de enseñorearse de las conciencias, para encaminarlas, no á Dios, sino á su servicio, no al cielo, sino á la satisfaccion de sus deleites.

Mostrarán siempre al *buey Apis* al pueblo, para atraer sus dones y se guiarán segun sus caprichos y pasiones.

Esta es la historia del sacerdocio de todas las épocas apenas variada en la forma y detalles; éstos los beneficios que traen á las sociedades que pueden compendiarse en dos palabras—embuteamiento y estravio.

Adelante! Renegados de la verdad y el progreso: ya no es de temer vuestra perdición; la mancha que escribe estas *hcrejias* permanecerá intacta: cayeron los verdugos inquisitoriales, ya se abren sensiblemente las grietas del edificio secular que se mantiene en pié, probando con ello, que se



*duerme mucho sobre la almohada de la idea recibida, y que es lento el camino de la verdad.*

La unidad religiosa se hará en el mundo, cada hombre será sacerdote de sí mismo, el templo se convertirá en escuela.

Este es el gran día que espera á la humanidad!



La otra carta recibida por el secretario de S. S. I. en la tarde anterior y que tambien habia llevado su impulso al mal humor que le dominaba, decia así:

«Ave Maria Purísima.

«Mi padre: Aunque segun la opinion de S. M. yo no debo pensar en *confesarme por mi ningun adelanto*: sin embargo yo no lo juzgo así, y lejos de eso, conservo la esperanza de ser santa como Dios quiere que lo sea. Espero que adesar, y que entonces, pueda decir S. M. con propiedad: esta Monja yo la santifiqué, y tener de ello vanidad si es que de algo nos es permitido tenerla. Porque á la verdad, si sé llevara con paciencia y por amor á Dios *sus tardanzas*, creo que no necesito mas para ser colocada en el coro de los Mártires.

«Es una misericordia grande lo que N. Señor me ha hecho en que sea tan inútil y sin habilidades, porque si las hubiera tenido mas de una vez pienso que habria dejado de tener con S. M. la ingenuidad que hasta aqui y *habria falsificado la firma* de la M. Priora para hacerlo venir corriendo cuando lo preciso. Despues de 9 dias que no nos confesaba, se aparece S. M. llamando á la *vieja esterificada* que no se confesó el dia que estubo S. M. para todas de puro rara y maniática que es, y por que á la vejez le ha dado por pretender distinciones y nos deja á las demas mirando.

«Pero no es mi objeto hablar de ridiculeces, que quizá ninguna las tendrá mas que yo, sino recordarle que tengo una carta de S. M. en que me asegura con juramento que no me abandonará mientras viva, y me dice que así se lo ha prometido á Dios, y por que no se enoje S. M. y diga que mojo la pluma en hiel, no le hago cargos sobre esto. Como he dicho antes soy una tonta, no tengo habilidad como las otras Monjas, para saber *conocer el temple de los confesores y atraerlos con halagos y con desprecios*.

«Padre de mi alma ya que no tengo virtudes ni otro aliciente que lo interese á S. M. á mirar por mí hágalo por lo que le ha prometido á Dios y enmiéndese de las rabonas. Acuérdese que está para mí en la tierra en lugar de Jesucristo, y de la paciencia con que este sufrió á los Apóstoles todavia groseros, repitiéndoles una misma cosa muchas veces. Puede ser que yo sea lo mismo, que si en muchas confesiones no me he enmendado lo haga en la que menos piense. Le suplico por amor de Jesús que no les dé un torcido sentido á mis palabras, que no tienen malicia ninguna, y que solo la necesidad me las hace decir. Soy su hija de corazon, enmiéndeme lo que diga mal, pero no se enoje conmigo por que eso no lo puedo sufrir.

«Tenga mi padre la bondad de preguntarle al Obispo, si ha recibido una carta que le escribiendo recien salió de Ejercicios (*como que lo consideraba con el corazon mas blando*) que como no me ha contestado, y la Priora me dió la licencia con tanta facilidad, temo que esta me haya hecho alguna *trampa de las que acostumbra*. Aun-

que como es tan su amiga quien sabe si S. M. quiere ser órgano para que se descubra».

«A la vez tiene el gusto de saludarlo y pedirle su bendicion su afectisima hija de Cristo».

Sor. .



Esta carta, que como la anterior existen autógrafas en nuestro poder, las comentará el lector á su antojo; empero no resistimos á la tentacion de apuntar algunas observaciones.

¿Qué es de la paz y santidad de esos asilos del Señor?

La carta que acabamos de trascribir nos lo dice: habla una monja.

¿Qué crimen le ha sido dado cometer á esa infeliz, que no alcanzalos *beneficios* de la confesion?

Su mistica ingenuidad nos pone sobre la pista de una intriga, mas bien de un deseo caprichoso impuesto por el confesor, que abusa de su ignorancia y fanatismo para llevarla por cualquier senda, sin duda para mayor gloria de Dios.

No hacemos un cargo á la memoria del señor Palacio; él es en este caso la personificacion del clero católico.

Un confesor es un sér irresponsable que hace servir ese acto reprobado por el buen sentido, para satisfacer sus móviles, por menguados que ellos sean.

Les parece digno de acatamiento el pudor del cuerpo, que tanto rebajan para ensalzar el alma, que no debe de tener pudor ante ellos. Es que ese es el medio de dominar el hogar, es la mujer la que debe permanecer sujeta á su dominio y lo que oculta al esposo, al padre, debe arrojarlo á la sonrisa de un extraño.

El temor de Dios que procuran inculcar, es el arma de precision con que combaten; el miedo es el agente vulgar de todas las tiranías. La de la conciencia debe tenerlo tambien; bajo su impulso no hay accion ilícita, sobre todo cuando se tiene cuidado de presentarla maliciosamente bajo una faz que no tiene.

¿A qué responden esas *tardanzas* que tanto mortifican el alma de la monja?

Es curioso, que un confesor que no quiere confesarla, le sea tan necesario, que sufra tanto con su ausencia.

¿Qué encierra esa palabra? la queja de una amante? Ella no pide que venza su padre espiritual, puesto que sabe no la vá á confesar; quiere que continúe con la solicitud y amabilidad anterior, pues no se le inculpa tardanza á quien no acostumbra á venir con frecuencia.

¿Puede revelarse de todo esto, que hubiera algun cumplimiento de los deberes religiosos?

Ella que mezcla á Dios para todas sus cosas, cree tal vez, que amando al confesor gana indulgencias? No seria extraño que tan curiosa doctrina se llevara á la práctica. Todas las religiones ofrecen ejemplos encantadores de lo que vale el hombre puesto al servicio de un culto cualquiera: en esto no se llevan la palma solo los católicos: hagamos justicia.

Dios es algo muy explotable para el hombre, recibe los beneficios que le esparció en la naturaleza, bastante mezclados con perjuicios, sea dicho de paso, y todavia le queda su nombre para gobernar ó intrigar á sus semejantes. Con razon ha dicho alguien, que si Dios no existiera, habria que inventarlo: es muy necesario, no im-

porta la forma, la cosa es tenerlo. Desde la *cebolla* egipcia hasta la Santísima Trinidad, hay una progresion que hace honor á los inventores de Dioses.



¿Con que para tener á mano un confesor moroso, era posible falsificar la firma de la Priora? La monijita se explica, y ella es en este caso, intérprete y descubridora de las demás.

Las esposas de Jesus se preocupan mucho de los ministros de Dios, aunque Jesus es un esposo tan cómodo, y que está tan lejos. Deberían llamarse viudas de Jesus, tendrían mas libertad para la eleccion de confesor.

¿Hay alguna diferencia esencial entre ser confesor de monjas ó mormon? La duda nos parece justificada, pero es una duda de impio que debemos rechazar, apesar de la persistencia con que nos hiera la imaginacion.

Mormon un sacerdote católico! Qué horror! Si, negamos todo punto de contacto.

Lo que se deduce de la posibilidad de falsificar la firma de la Priora, es que estas firmas deben ser una especie de pagaré á la vista, que en lugar de valer dinero, valen un confesor al minuto.

Se sabe lo indispensable que debe ser tener un confesor disponible, sobre todo para quienes están tan espuestas al pecado. Por lo visto, solo la Priora lo obtiene corriendo. Es mucha ganga, ser Priora.

Jamás se nos habia ocurrido que la firma de una monja pudiera desearse falsificar; nos hubiera parecido inútil hacerlo, pero dada la explicacion que se desprende de la carta, nadie dudará en adelante que es una firma espuesta á tantas falsificaciones, como la de un banquero, pero ha de ser para llamar un confesor. Para otra cosa seria pecado.



*Vieja esterificada!* Celos, diria un impio, al leer estos y de nás calificativos con que se honra á la que tuvo la *distincion* de ser llamada aparte.

El párrafo hace desprender que no es frecuente que á la vejez se pretenda obtener distinciones en un convento. Para buscarlos será menester ser jóven. Y esto es muy justo: en todas partes del mundo la galanteria se tributa preferentemente á las jóvenes, y no vemos por qué un convento ha de exceptuarse de esta regla tan aceptada.

Lo cierto es que la vieja las *dejé mirando*, y por ahí verán Vdes. si será deseable eso de confesarse, cuando la que lo hace provoca tan decidida envidia y mala voluntad entre las demás.

El lenguaje es poco místico y dulce, pero es en un solo párrafo, y es perdonable esa impaciencia mundana en un caso tan raro como el que se comenta, en que una vieja les atrapa el confesor á tanta jóven: habrá picaral! No solo se confiesa, sino que tiene tanta influencia, que se hace llamar.



Aquí topamos con otro descubrimiento: los confesores tienen temple cuya bondad se conoce con halagos ó con desprecios.

¿Qué tiene que hacer el acto de confesarse con el *temple* del confesor?

¿Qué necesidad hay de atraerlos de un modo ú otro?

Una monja nos lo dice y es autoridad en achaque de confesores.

Estos señores se permiten tener temple, y no semejante al de acero, sino muy comparable al de cualquier tenorio de boca-calle, que se conoce ó prueba por los dos medios de seduccion generalmente empleados.

Hay, sin embargo, una notable diferencia entre un tenorio y un confesor de monjas, una diferencia capital, y es que los primeros son ellos los que desprecian ó halagan y los segundos son halagados ó despreciados.

La ventaja no está, pues, de parte de los tenorios.

Los otros han resuelto sin vacilaciones el problema en que estos escollan, y que podemos plantear así: si conquistar es una gloria, ser conquistado ¿qué será?



¿Qué tal el paréntesis? ¿Cuál será la blandura que suponía en el corazón de S. S. I.?

Por lo que se ve, la correspondencia en los conventos es activa: cartas van y cartas vienen.

Cuánta intriga no ocultan esas paredes que se quiere manter fuera de todo contacto, contra todas las prescripciones divinas y humanas.

Mas allá encontramos que la Priora no juega limpio. Eso es grave, una Priora haciendo *trampas* es tan increíble como que se le falsifique la firma; es necesario que una monja se encargue de decirnoslo, para que lo creamos. Ella debe saberlo: ¿qué clase de trampas haría la honorable Priora? Eso queda á la imaginacion del lector que las sospechará ó no, pero conste que las ha: es lo esencial.

La carta de la monja nos inicia en muchos secretos; así puede llamarse, puesto que solo serán conocidos de algunos privilegiados. Esto no es extraño, nos ha llegado de un mundo aparte.

Ahora hablemos mas seriamente.



¿Es un convento un lugar depaz y de alejamiento á las miserias del mundo?

¿Puede buscarse allí la religion y el amor á Dios?

Una monja evidencia lo que allí pasa levantando apenas la punta del velo que las oculta á las miradas profanas.

Segun ella, y nadie dudará que pueda saberlo, aquel es un lugar de intrigas, de fanatismos y de... no queremos estamparlo, el lector lo habrá juzgado como nosotros.

Vemos, sin embargo, que no pasan meses sin que se anuncie que se pierde para el mundo, para la familia, para un nuevo hogar para el bien en una palabra, una jóven que ha sufrido un desengaño ú otra que quiere encerrar el fanatismo inculcado maliciosamente á favor de la ignorancia, pedestal legendario de todos los cultos.

Una y otra ván á desesperar en breve á morir amargadas por una tristeza sin trégua, por la nostalgia del mundo, donde habia luz y afectos condiciones esenciales para la vida de la mujer.

El desengaño de la una, será olvidado en breve, pero ya no podrá sustituirlo la esperanza y la vida en ese caso es un suplicio. ¿Y por qué tal desventura? Todo sacrificio implica la obtencion

ó persecucion de un objeto útil ó de un beneficio para si ó para los demás; cuando se hace estérilmente se comete una tontería ó un crimen, segun el caso.

Una niña que rompe los lazos con que la naturaleza ó la misma sociedad la ligara á su seno, comete un crimen que debiera avergonzarla mucho más que un conato de suicidio, porque para arrancarse la vida, es menester desesperacion que puedan traerle accidentes ajenos á la voluntad, y para ser monja, es necesario un fanatismo que degrade y envilezca.

El suicidio es mas humano, obedece á causas que están en el orden de las sociedades mejor organizadas, con la circunstancia de que son sus buenos individuos los que se matan. Una mano envilecida no afirma á la sien una pistola.

La muerte ficticia del convento, aunque real en sus efectos, obedece á impulsos degradantes y no tiene ni aun la excusa de la violencia y rapiñez de la ejecucion.

Si un padre ó un hermano están autorizados por la ley y la sociedad para impedir la muerte voluntaria de una hija ó una hermana, lo están por la naturaleza, por Dios mismo, para impedirle cierre tras si la puerta de un convento en que va á consagrar su cuerpo y su alma ¿al servicio de Dios? no, lector amigo, las cartas nos han dicho cual es el Dios de los conventos!

Pongamos punto á estas reflexiones, que ya es tiempo de volver á nuestros personajes, tal vez las alternativas del buen ó mal humor del secretario S. S. I. nos pongan nuevas cartas en la mano y otras reflexiones en la pluma.



# V

## Amor ó amistad

Gutierrez se levantó al dia siguiente poseido de intranquilo abatimiento. Su nuevo traje le provocaba continuas reflexiones en que no habia entusiasmo ni alegría.

Recordaba el daño que la felicitacion de Camila le habia producido: esa impresion era casi una revelacion: arrojaba alguna luz en las tinieblas de su espíritu.

El habia creído que siendo sacerdote se aproximaria mas á ella. Su primer paso sensible en tal camino y del que no podia volver atrás y que impulsaba para siempre su destino, habia hecho mayor talvez la distancia.

Se sentia ya con menos ánimo para acercársele, como si tuviera menos valimiento para ella.

Hacia pasar por su imaginacion las escenas de la víspera, y creia notar en ella un sentimiento semejante; no habia tenido esa franca alegría tan propia de su carácter y fué la última en felicitarlo.

Abismábase en reflexiones y conjeturas que contribuian á entristecerlo, pues todas sombreaban su porvenir, arrancándole del alma el objeto de sus anhelos: la amistad de Camila.

Le parecia que con ella iban á desaparecer todas sus afecciones: reunidas, las habia concentrado embelleciéndolas con las ilusiones de su edad, pobres flores del alma que creia iban á marchitarse.

Esto le fué tan doloroso que se determinó á provocar una explicacion de Camila si veia aun en ella la frialdad y retraimiento de la víspera.

No pudo permanecer asi, se dijo, tomando apresuradamente la direccion de la casa de O' Gorman.

Camila le esperaba, ella definiendo mejor su sentimiento y habiendo aceptado la lucha en que la colocaba el destino, se habia propuesto un plan determinado á cuya ejecucion se consagraba.

Mostraria á Gutierrez á la faz de la amistad, estrechando esa afeccion, que llevaria al limite de la confianza. Asi engañaria su propio corazon y al mismo Uladislaw, que comprenderia tarde ó temprano las impresiones que palpitaban en ella, si las dejaba seguir sin encubrir las hábilmente.

Trajo, pues, la sonrisa á sus lábios volvió á antonar en voz baja sus aires favoritos, y apareció con su animacion de siempre, tranquilizando á misia Joaquina, cuyo cariño de madre no dejó inapercibida la tristeza del dia anterior, aunque no se le ocurriera ni aun remotamente la causa.

Se sentia impaciente por probar sus fuerzas,

deseaba la presencia de Gutierrez para probar en él sus ojos sin abatimiento; queria felicitarlo nuevamente. Talvez este deseo de dar á Uladislaw respondiera mas á su amor, que á otra cosa, pero ella no lo creia asi, engañándose asi misma con la alteracion producida en su ánimo por su resolucion muy semejante al ruido que se hace para no dejar oír conversaciones que se ocultan. Caminaba de un lado á otro con tanta mas animacion aparente cuanto menos la sentia. Sus dedos pulsaban las teclas del piano, arrancándole modulaciones alegres.

Sintió al fin la presencia de Gutierrez que disminuyó su bulliciosa alegría, como la vista del enemigo amengua el valor del que no tiene completa confianza de sus fuerzas.



Entraba Uladislaw al comedor donde vió reunida la familia; allí pasó Camila, diciéndole, con un apresuramiento semejante á la alegría:

—¿Cómo está padrecito? Siente ya menos el peso del hábito?

—Gutierrez la miró extrañándole tal animacion y repuso:

—Estoy bien, gracias y adelanto en familiaridad con mi nuevo traje.

—Me alegro, eso prueba su vocacion.

Uladislaw no contestó pues hubo en él resistencia á decir que la tenia; fué un impulso á que obedeció sin darse mucha cuenta de la causa.

Camila observó su silencio, y añadió:

—Nunca podrá usted felicitarle bastante de haber interesado tanto al señor Palacio, que le abrevió la carrera ahorrándole malos ratos, talvez humillaciones.

—Es verdad: estoy muy reconocido á esas bondades. Si no fuera por él yo no seria sacerdote, siguió intencionadamente.

—¿Cómo así? No lo seria tan pronto, unicamente.

—Es que sin él no me hubiera lanzado á estudiar, y hubiera tenido que emplearme para vivir y eso me habria alejado sin duda alguna de este rumbo.

—Pero la vocacion le conduciria á él tarde ó temprano, observó nuevamente Camila que parecia empeñada en arrancar á Gutierrez la confesion de que sus inclinaciones no lo llevaban por esa lado.

—La vocacion, señorita, se pierde con los hala-

gos del mundo, y no hubiera sido extraño que yo, como tantos otros, no la sintiera al cabo de un tiempo.

—Pues hay doble motivo de reconocimiento á Palacio, que no solo le facilitó el camino sino que lo condujo por él.

—Así es, sus consejos me encaminaron. Camila habia conseguido al fin su objeto; saber que Gutierrez no tenia gran vocacion, ó mejor ninguna vocacion, pues comprendia que no le era dado decirlo, aunque demasiado lo daba á entender.

¿Por qué esa insistencia para averiguar una cosa que á nada respondia? Secretos del corazón! Ella sentia cierta complacencia en que Gutierrez no fuera realmente inclinado al sacerdocio.



La animacion de Camila quitó á Uladislaio el deseo de provocar ese dia una explicacion: le pareció haber recuperado su puesto y se tranquilizó de sus temores. Siempre habrá tiempo de pedirle, pensó, satisfecho un tanto por el modo con que se le trataba.

Escodióse sin embargo en sus alardes de confianza, explorando indirectamente el ánimo de Camila y hallando que sus temores habian sido infundados, puesto que en ese momento la amabilidad de la jóven lo empujaba á familiarizarse con ella y llevar la intimidad mas halagadora hasta donde apenas lo creia posible en mucho tiempo de trato frecuente.

Camila juzgaba necesario obrar así: ese era su plan.

Dióle bromas apropósito de cuanto se le ocurría, cantó tambien distintas canciones, con lo que acabó por destruir hasta el menor asomo de duda, consiguiendo que Gutierrez pensara que la frialdad que tanto le habia alarmado no se relacionaba con él, pues no se explicaba el cambio de otra manera.

Las horas de ese dia fueron para Uladislaio un lenitivo á sus desconsolaciones, que desvanecieron mucho de las sombras de su porvenir, pues él todo lo relacionaba con la amistad de Camila.

Mientras estaba en su presencia, todo lo olvidaba para gozar con sus alegrías y sentir con sus impresiones.

Podria decirse que pensaba por ella y para ella.

El menor de sus movimientos, la mas insignificante sonrisa, la observacion mas pueril, tenian para él vivacidad, gracia y agudeza inimitables.



La hora de separarse les llegó y al concentrar sus pensamientos, ambos se sintieron satisfechos.

Camila creía haber resuelto la dificultad de su situacion triunfando de sus impresiones.

Gutierrez, sin acertar con la explicacion del cambio observado, pensó que el cariño sincero de la jóven le pertenecía y que su sctana, que tan dispuesto estuvo á considerar como una desventura, no lo alejaba de ella, sino que como antes se le habia ocurrido, facilitaba la obtencion de una confianza que una jóven no concede á un particular.

Ella, en el entusiasmo de su decision, veía en la intimidad con Gutierrez un manantial de ventura plácida y sencilla, llena de encanto, pues

daba á la amistad el colorido inocente y risueño de sus esperanzas é ilusiones.

El comparaba su destino fuera de aquel hogar, é imaginando su tristeza daba gracias á Dios de haberle colocado en su senda ese asidero contra los rigores posibles de su aislamiento.

Tendré un nuevo hermano, se decia Camila, que me comprenderá tambien, gozará con mis alegrías, y si el cielo me depara una desgracia, habrá otra mano que me indique un rumbo, otro corazón que se enlute con el mio.

La sensibilidad esquisita de Camila, no teniendo el egoismo que alienta al hombre, seguirá mis pasos sin una mirada de interés, verá las alternativas de mi espíritu, teniendo para todas ellas, verdad en sus sentimientos: crec que solo la amistad de la mujer produce la abnegacion constante, pensaba Uladislaio.



Llegó á su casa donde encontró un papelito de señor Palacio, en que le pedia fuera á verlo.

—Qué me querrá este señor, se dijo, al leerlo, y se encaminó hácia allá.

—El Secretario de S. S. I. lo esperaba.

—Creía que ya no viniera, le dijo, un tanto mal humorado por la tardanza del jóven. Esta mañana lo mandé llamar.

—Por eso vengo, señor; ya habia salido cuando me llevaron su aviso.

—¿Y recién vuelve?

—Sí señor; como no tenianada que hacer no vi inconveniente en demorarame; estaba en casa del señor O'Gorman, con Eduardo.

—Bueno; ya no hay que hablar, ha venido y basta. Lo llamé para decirle que el señor Obispo se ha interesado por usted mucho.

—Me alegro señor, y doy á usted las gracias por ello, pues comprendo que lo debo á su gran influencia.

—Yo le hablé bien de usted en efecto, pero eso no quita que le haya parecido despejado y virtuoso.

—Me es grato haber merecido tan honrosa distincion.

—Y mas grato le será que le diga, que S. S. I. pareciéndole que vd. es capaz, y teniendo en cuenta la falta de sacerdotes, quiere abreviar en lo posible las formalidades de estilo y darle pronto, muy pronto, las órdenes mayores. Creo que le permitirá cantar misa antes de mucho.

—Quedo muy grato á tanta bondad.

—Bueno, eso queria decirle. Veame con frecuencia, que uno de estos dias lo llevaré á la curia.

—Así lo haré. Adios señor y mil gracias.

—Vaya no mas; pórtese bien eh!

—Sí señor.



La fortuna parecia empeñarse en acelerar el sacrificio completo de Gutierrez. Hubiérase creído que se sabia el peligro que atravesaba con el valor de la inesperienza, y que se quisiera cerrar apresuradamente todas las puertas á su paso.

Uladislaio recibió con alegría esta noticia: no se le habia ocurrido nunca retroceder y le era mas bien incómodo el estacionamiento, sobretodo desde que lo ligaron sus primeros votos.

Salíó satisfecho de la casa de su protector, apesar que algo le preocupaba la idea de que

podieran enviarlo fuera de Buenos Aires, pero en la juventud no se considera el peligro sino cuando está encima, poniéndose entonces, tarde muchas veces, los medios de evitarlo.

La idea de su pronta independencia le halagaba, creyendo muy posible impedir que lo aislaran en la campaña.

El estado de su ánimo, algo intranquilo, pero satisfecho desde su última visita á Camila, no le permitía ver oscurecido el horizonte que abarcaba su visita.

No tenia mas que esperar. Sus estudios estaban terminados, á lo menos eran los que se exigian entonces.

Volvió á su casa contento, comunicativo: el día habia sido feliz.

Doña Cruz no pudo resistir la tentacion de preguntarle para qué lo queria el señor Palacio.

Satisizo su curiosidad, alegrando con ello á la buena vieja, cuyo mayor deseo era verlo curita, y oírle su primera misa, lo cual era para ella una gran fiesta.

El tiempo empezó á deslizarse sin traer agitaciones al ánimo de nuestro jóven, que alternaba temores y esperanzas.

Camila le manifestaba la mas decidida confianza, á que él correspondia con toda la sinceridad de su alma, acallando con energia las palpitaciones de un sentimiento mas ardoroso, que no solo ocultaba, sino que confundia engañado por sus deseos y la decision de su voluntad.

Mas de una vez cruzó su cerebro una ráfaga de pasion, iluminando sus ojos al fijarlos en la esbelta figura de Camila, y él no queria ver en ello mas que la manifestacion sensible de su apasionamiento anistosó.

La oía cantar, y las dulces notas de su acento argentino, vibraban en su oído, evocando recuerdos, iluminando esperanzas.

De pronto cambiaba la música, elevando su voz como una plegaria, atrayéndole con ese ruego sin palabras, de infinita ternura, y él ponía su alma ardorosa á las plantas de aquella mujer, jurándose consagrarle sus anhelos, sin romper la valla en que termina la amistad para dar comienzo al amor.

Soy tu hermano, tu hermano del alma, murmuraba para sí, poniendo en esas palabras el ideal de sus aspiraciones, la última espresion de su deseo.

Quería colocar esa frase como una muralla á sus impetus, grabarla en su pecho á la altura del corazon, como diciéndole: de aquí no pasarás!



Llególe á Gutierrez el día esperado y temido. Palacio, que era el verdadero Obispo, habia infundido para que la simpatia despertada en el señor Medrano, tuviera una manifestacion sensible y práctica.

Las fórmulas se abreviaron y el jóven pudo acercarse al altar como sacrificante.

En casa de O'Gorman todo era alegría. Camila la manifestaba tambien aunque no muy sincera.

Doña Cruz y Polonia sufrían una exaltacion alarmante: la casa estaba iluminada en todos sus rincones por la respectiva vela del santo caricaturado en una estampa que pendía de la pared.

Eduardo vino á buscarle por la mañana, para acompañarlo al templo:

Palacio, que era su padrino de vinageras, debía esperarle en él.

La Iglesia estaba *federalmente adornada*, como se usaba entonces, y como lo repelia «La Gaceta», debiendo entenderse por adornos federales, la sustitucion que á los colores azul y verde se habia hecho, poniendo el rojo en su lugar con ostentosa profusion.

Tal y tanta era la abyeccion del clero, que siguiendo su tradicional costumbre hombreaba la tiranía mezclando el nombre de Dios á todas las iniquidades.



Hé aqui lo que dice al respecto el distinguido hombre de Estado y notable historiador, Andrés Lamas:

«Los colores de los ornamentos para la celebracion de los divinos oficios tienen su sentido místico y espiritual, y están rigurosamente determinados por las leyes canónicas. Los designa menudamente el ritual romano, y de ellos tratan todos los canonistas.» *Murillo* [Jus canonicum] los explica en el lib. 3.º de *Decretalium*, tit. 41.

«Entre esos colores está el verde que significa la contemplacion. El blanco y el azul-celeste pertenecen á la *Inmaculada Concepcion*, razon por la que estos colores son los de la placa y la órden de Carlos III, creada con la advocacion de aquella nuestra divina Señora.

«Pero Rosas ha proscripto el verde que en el lenguaje mundano de los colores significa la *esperanza*, último consuelo y postrer arrimo del desgraciado; y el bicolor blanco y azul-celeste de la bandera argentina.

Puede verse entre otros el acuerdo alterando el traje de las huérfanas, inserto en el libro XI del Registro Oficial de Buenos Aires, pág. 120.

Y esa proscripcion los ha alcanzado dentro de la Iglesia; ya no se vé en ella nada celeste ni verde, y el día que pontifica el Obispo Medrano, todo es punzó, hasta con exclusion de los otros colores no proscriptos como el violado. La misma transformacion de colores han recibido las vestiduras de las imágenes de los santos: de todos esos vestidos ha desaparecido el celeste y el verde, y lo ha sustituido el punzó, lo mismo que en los adornos interiores y aún en las puertas y pinturas exteriores. En varias descripciones de festividades religiosas hemos leído—«la Iglesia estaba federal y vistosamente adornada»—Estos hechos, contrarios unos á los cánones y otros á la práctica de la Iglesia, son notorios y ahí están en Buenos Aires á la vista de todos.

«En las ropas de los eclesiásticos se ha hecho la misma alteracion: hemos citado en otra nota el decreto que proscribia el celeste de las esclavinas del clero secular; ahora todo es punzó, hasta el ángulo que ajusta el alba. Tambien es punzó el forro del sombrero del Obispo Medrano. El color del sombrero del Obispo es verde, y solo los Cardenales lo usan punzó por concesion de Inocencio IV en el Concilio Lugdonense del año 1240. Rosas exigió el cambio del verde, y el Dr. Medrano tomó el punzó desde luego; pero el Obispo *in partibus* Escalada se negó abiertamente á ese acto, opuesto á la disciplina y que era, á la vez, una degradacion. Al día siguiente de su negativa apareció colgada en la puerta de su casa una *verga pintada de punzó*. Desde aquel día y sin duda para no esponerse á mas grave atentado, el Obispo Escalada ha vestido de simple clérigo particular. Hace muchísimo tiempo que nadie le habrá visto cruzar las calles con otro traje.

7 «También en algunas iglesias se ha puesto en la cabeza de algunas imágenes el moño punzó cuando las adornaban para esas impías festividades de Rosas; y este trapo colorado que Rosas ha impuesto a las señoras de su país y que Oribe les pone a las que del nuestro tienen ahí en el Cerrito, trae su origen de una antigua ley española, y era signo de infamia.—Esa ley, imponiendo penas de vergüenza a las mancebas, dice—*que trayan agora y de aquí adelante cada una de ellas un prendedero de paño bermejo tan ancho como tres dedos encima de las tocas, pública y continuamente en manera que se parezca* (Ley 21 tit. 3º lib. 1º del Ordenamiento Real.)»



Permitido el paréntesis anterior, continuamos. Gutierrez y Eduardo llegaron al templo donde ya esperaba al primero bastante concurrencia, deseosa de ver al nuevo cura y oír su voz.

Nuestro jóven no tenia aquí parientes que lo acompañaran, pero no le faltaron espectadores.

Gutierrez sentia la inmensidad del peso que iba a caer sobre su frente: un sudor frio bañaba su rostro empalidado por la emocion.

Cuánta amargura llevaba al altar su jóven corazón!

Encontró a su protector con varios sacerdotes que lo acompañaban a felicitar al nuevo compañero y acudir a casa de Palacio, donde éste celebraría con una comida el acto de la mañana.

Principió la misa y la voz insegura y temblorosa de Gutierrez delataba el estado de su alma; en esta emocion nadie veía otra cosa que la muy natural ocasionada por el acto.

El público, señoras en su mayoría, cuchicheaba la hermosura del timbre de su voz y la gracia y distincion de su porte.

Entre ese público, aunque sin cuchichear estaba la familia de O'Gorman. Camila tan emocionada como Gutierrez, seguíale en todos sus movimientos, sintiendo llegarle al alma la palpitacion temblorosa de la voz de Uladielao.

Ella creía saber la causa de tanta emocion; la adivinaba, conocía el carácter del jóven comprendiendo que el acto no era bastante a producirle tal emocion.

El momento que duró la misa fué un martirio para ella. En vano traía en su ayuda cuanto propósito se habia hecho, cuanta resolucion habia adoptado.

Su voluntad era impotente contra la violencia de su sentimiento. Creía verle desaparecer para siempre. Ella se habia repetido una y mil veces que aquello debía suceder, que era fatal. El corazón no reflexiona.

Terminó la misa y las manos de Gutierrez se ofrecieron al respeto y devocion de los fieles que se agolparon, se codearon, se atropellaron, se estrujaron para manifestarla acercando a ella sus labios uno tras otro.

Lególe el turno a Camila y agitada, temblorosa, resbaló sobre ella sus labios, haciendo estremecer a Gutierrez a su contacto. No lo habia mirado: pasó sin notar la densa palidez que blanqueaba el rostro del jóven en ese momento.

Ella salió de la iglesia y poco rato despues Palacio, Gutierrez, Eduardo y otros mas, tomaban la direccion de la calle de Piedad donde vivía el Secretario de S. S. I.

Allí todo cambió de aspecto. El nuevo sacerdote aplaudido y felicitado ardentemente, tomó un

puesto de honor en la mesa de su padrino de vi nageras.

La comida tuvo el esplendor que era posible darle entonces, pues Palacio era rumboso y estimaba lo bastante a su ahijado para permitirse un gasto extraordinario.

El vino y los manjares quitaron a Gutierrez lo exterior de su melancolía y pudo reír ante las oportunidades de los invitados.



Quedó mas sereno: las escenas en casa de su protector le habian despejado un tanto el ánimo, aunque pensaba con intranquilidad cómo lo recibiría Camila.

Eduardo no dejaba tiempo a sus reflexiones: alegre, bullicioso, encantado de ver ordenado tan pronto a su amigo, le manifestaba su alborozo de mil maneras que evidenciaban la bondad de su ídolo y la sinceridad con que lo apreciaba.

Traspusieron la puerta de la casa.

En los halagos de aquella familia encontraba inmenso consuelo. Misia Joaquina apreciándolo verdaderamente, le veía con gozo y se lo manifestaba. Clara y Cármen lo recibieron con igual animacion.

Le fijó su mirada interrogando el rostro de Camila; ésta estaba mas pálida, pero afectaba alegría; sus demostraciones tenían la misma intimidad de antes: Esto hizo olvidar sus temores, y se entregó a gratas expansiones de afectuoso cariño.

Alguna vez le parecia sorprender una huella de abatimiento en la fisonomía de la jóven, lo que era bastante a preocuparlo nuevamente, pero ella sobreponiendo la energia de su voluntad a las impresiones que la agitaban, le hacia cambiar en breve el órden de sus ideas.

No sospechaba el combate terrible de la jóven. El, que habia definido menos la naturaleza de su sentimiento, no sufría en su presencia viéndola tratarlo afectuosamente.

—¿Y cuándo lo tendremos establecido? preguntó misia Joaquina.

—Aún no lo sé, señora, es asunto que hablaré en estos dias con el señor Palacio.

La pregunta de la señora le recordó su posible alejamiento, pero no quiso decirlo; aquello era apenas una probabilidad.

—No sé que haya alguna parroquia sin cura, dijo Eduardo, pero de un momento a otro puede ofrecerse el puesto.

—Si no es ese, hay tantos otros que podré ocupar.

—Palacio es muy influyente y como él lo aprecia tanto, no lo ha de olvidar.

—Créolo así, Carmencita, es un hombre de buenos sentimientos apesar de la dura corteza con que los envuelve.

—Conozco un hecho que lo prueba, dijo misia Joaquina, y como nadie puede oírnos voy a contarle para que lo aprecie mas; usted sabe que en los años 40 y 42 la guerra civil que exasperaba a S. E. produjo muchos fusilamientos y que los unitarios que habia en Buenos Aires, lo pasaban muy espuestos. No podían embarcarse para huir, la persona que los ayudara y aún la que lo supiera sin dar cuenta se esponía muchísimo. Pues bien, Palacio en esos años, se unió al Guardian de San Francisco, Nicolás Aldazor é hizo fugar, salvándolas a varias personas comprometidas como unitarias. Se embarcaban de

noche allí mismo detrás del convento, en los barcos de cabotaje del portugués Custodio Moreira que los hacia pisar tierra en la Colonia.

—Es una accion muy laudable, señora y que me alegre conocer, para valorar con mas justicia ese carácter duro y altanero.

—No vaya por Dios, á repetir esto en ninguna parte.

—No lo haré, señora, garanto mi discrecion.

—¡Ah! le haria un mal gravisimo.

—Y dónde vá á decir misa? preguntó Cármen.

—En San Francisco generalmente, así lo creo; aunque algunas veces lo haga en otro templo.

—Allí iremos á oírse la algunas veces.

—Qué ocurrencial.

—Porque, no es verdad Camila que iremos?

—Sí; me gustará hacerlo, dijo la jóven, pausadamente.

—Y cuándo vá á predicar?

—No lo sé señora, creo tener muy pocas dotes de orador, apesar que la oratoria sagrada no es la que mas las exige: va uno á hablar sin temor á las interrupciones, contando con un auditorio muy benévolo. Los temas se prestan á los giros del idioma y á los arranques de imaginacion. No creo difícil hacer un buen sermón; es sin duda mucho mas decirlo bien. El discurso en sí no se considera, se vé al orador únicamente.

—De manera que usted no encuentra gran mérito en un buen sermón?

—No señora, á mi juicio repito á vd. que solo la manera de hablar, hace al orador sagrado.



Da Cruz que esperaba con ansiedad á su padrecito, como ya le decia, vióle llegar al fin, apresurándose á recibirlo, le besó la mano repetidas veces, esas manos que tenian ya el don de encarnar á Dios en una pequeña masa sin levadura.

—Qué bien ha cantado! yo casi lloré de puro gusto! Cuánta gente habia ido á verlo, todos lo ponderaban, es tan jovencito! Y aquí la buena vieja volvía á sus entusiasmas demostraciones.

Polonia no menos alborozada le miraba sonriendo, esperando sin duda á que terminaran las demostraciones de su tia. Como el entusiasmo se agota por mucha que sea la dosis, se agotó el de doña Cruz y se hizo sensible el de Polonia.

Gutierrez las dejaba hacer, respondiendo con dulzura á la multitud de sus preguntas: veía en ello bondad y cariño, agradeciéndoselos en lo íntimo de su alma.

La escesiva religiosidad de aquella gente no lo tomaba de nuevo, aunque siempre hubiera visto en ella mucho de pueril y sin objeto; pero así es como la mayoría de las mujeres entienden el culto, y eso no se reforma en un dia. Es cuestion de carácter y de luces: su impresionabilidad las lleva á exajerarlo todo, y su ignorancia, explotada siempre, á creer muy de órden y muy buenas esas exajeraciones.



Hallábase Gutierrez con la intranquilidad propia de la incertidumbre sobre si le seria dado permanecer en Buenos Aires ó lo enviarían á la campaña.

Esta intranquilidad degeneró en angustia al decirle su protector:

—Ha venido el señor don Juan Benito Sosa, Juez de Paz de Navarro, y me ha visto trayendo-

me recomendaciones de personas que respeto, para que influya con el señor Obispo á fin de que dote á Navarro de un sacerdote.

—Señor...., dijo Ujadislao con voz ahogada.

Palacio no le dejó continuar y siguió.

—Yo me acordé al instante de usted; aquel punto reúne condiciones no despreciables. Lo pasaria allí muy bien.

Gutierrez que proferia pasarlo aquí de cualquier modo, no se sentia contento con la noticia, y tampoco podia decir que no á su protector, conociendo su carácter, pues hubiera tomado su negativa como una ingratitude, repuso sin embargo:

—Jamás se borrarán de mi corazón sus bondades: todo lo debo á usted. Iré á Navarro por complacerlo pero con muy poco gusto: la campaña me ha sido siempre desagradable.

—A los dos meses de estar allí no se acordará de Buenos Aires. El señor Sosa me dice que aquello es muy lindo.

—Creo que no será yo de la misma opinion.

—Bueno, bueno; yo se lo enviaré á su casa cuanto venga, para que conversen. El ha ido á hablar con S. S. I.

—Bien señor: quedo siempre agradecido á sus continuados servicios.

—Vaya nomas: véremos qué dice el señor Obispo.

—Adios señor!

Y Gutierrez salió desazonado de casa del señor Palacio.



Pasó á la de O'Gorman. Quería ver la impresion que allí les causaba su probable ausencia, sobretodo á Camila.

—Qué nos dice el padrecito? dijo misia Joaquina al verlo entrar.

—Que es probable que me vaya pronto á Navarro, contestó mirando á Camila que se acercaba en ese momento.

La jóven palideció.

—Va usted á pasarlo tristemente, siguió la señora. Me alegre porque eso importa una posicion y siento su ausencia.

—Gracias, señora; tambien yo siento mucho alejarme de ustedes.

—¿Cuándo será el viaje? preguntó Camila, haciendo esfuerzos porque no fuera visible su emocion.

—Aún no lo sé, pero si lo hago será en breve. Han visto á Palacio que me indicó, y á S. S. I. que probablemente accederá, para que me encargue de aquel curato. Gutierrez habia visto la emocion de Camila sintiéndose halagado por ella, y doliéndole mas aún su alejamiento al comprenderla.

Retiróse un momento despues, lleno de tristeza é imaginando el medio de librarse de aquella especie de destierro á que talvez lo condenarian. Le era costoso, casi imposible, negarse sin fundamento razonable. Le venian, empero, tentaciones de ver al Obispo y pedirle no lo colocara fuera de Buenos Aires.

Vermos qué hace y consigue el señor Sosa y despues obraremos segun eso, pensó, resolviéndose á hacer toda la resistencia que le fuera dado.



Dos dias despues fué el señor Sosa á su casa. Habia estado con S. S. I. quien no tuvo inconveniente



niente en conceder fuera Gutierrez á aquel partido. Lo indicaba Palacio y él atendia mucho sus observaciones.

Sosa notó la resistencia del joven sacerdote que se la espresó mas definitivamente á él. Interesado en llevarlo, le hizo proposiciones ventajosas, pero nada tenia halagos fuera de la ciudad.

Uladislao le contestó que iria, si tal era la decision del señor Obispo, pero que no gustándole la campaña, lo veria antes por si era posible un cambio cualquiera que le salvara de irse.

Sosa se retiró y Gutierrez se lanzó á buscar una combinacion posible para proponerla al señor Medrano; iba resuelto á tocar todos sus recursos, ó aunque mas no fuera á demorar indefinidamente el viaje. Estando en la ciudad, siempre habia esperanzas de quedar en ella.

Recorrió varios templos conversando apropiado de los cambios que se anunciaban y encargó á algunos amigos le trasmitieran la noticia del primero que se ofreciese.

Nada supo que pudiera servir á un arreglo cualquiera. Llegó á su casa cansado y triste: el abatimiento no le permitia ver esperanza alguna.

A medida que el tiempo trascurria, debilitábanse las esperanzas de Uladislao. De un dia para otro le comunicarian su nombramiento: esta idea le era insuportable.

Continuando en sus escursiones supo de buena fuente que don Juan Silveira, cura del Socorro, iba á renunciar.

Dios me proteja! exclamó al cerciorarse de la verdad, no necesitando más para presentarse á S. S. I. que lo recibió amablemente.

—¿Qué me quieres hijo? preguntó el anciano asi que cambiaron las atenciones de estilo.

—Vengo á pedir á S. S. un importante servicio.

—¿Cuál es? Dilo con confianza.

—Sé que han hablado á S. S. para que se envíe un sacerdote á Navarro y que he sido indicado: me es doloroso partir á la campaña, muy doloroso, y como el señor Silveira vá á renunciar del puesto que ocupa, confiado en su no desmentida bondad, pediríale ocupar esa parroquia en cualquier carácter.

—Aún no me ha comunicado nada Silveira.

—Lo hará en breve, S. S. I.

—Bien; así que lo haga veremos: vaya confiado en que si es posible, pasará usted al Socorro.

Gutierrez dejó al señor Obispo lleno de esperanzas. El Socorro, pensaba, hasta en ser esa la parroquia vacante, soy feliz: es de las que están mas próximas á la casa de O'Gorman, allí va Camila la mayor parte de los dias. Oh! si me concedieran ese puesto!

Gutierrez esperó lleno de ansiedad la resolucion del señor Obispo. No se animaba á pedir á Palacio intercediera por él, puesto que ya éste

habia hablado en el sentido de que lo enviaran á Navarro.

Comunicó sus esperanzas á la familia de O'Gorman, quien se alegró de poderlo tener tan próximo.

Camila sufría iguales alternativas de temor y esperanza, aunque las hiciera menos visibles.

El señor Silveira envió al fin su renuncia. Gutierrez lo supo creciendo su ansiedad.

Veré otra vez á S. S. I. pensaba.

La violencia de sus deseos lo determinó á ello y se presentó en palacio.

El Obispo lo recibió amablemente, objetándole sin embargo, que aún le faltaba la autorizacion para confesar y absolver. Gutierrez se atrevió á pedir se la concedieran puesto que para enviarlo á Navarro debería dársele.

El señor Obispo atendió la observacion asegurándole el puesto.

Uladislao dió las mas espresivas gracias, y salió de allí iluminado con la mas inmensa alegría.

Llegó á casa de O'Gorman con la noticia, que fué recibida con júbilo: era su primer dia feliz desde que vestía sotana: todo le parecia sonreír á su alrededor.

Con cuánta dedicacion iba á consagrarse al cumplimiento de sus deberes!

Sus propósitos eran de virtud. Tan cierto es que la felicidad nos hace buenos!



Recibió al fin el nombramiento, asegurándole su dicha y bienestar.

Ese mismo dia corrió al Socorro para posesionarse de su puesto, enterándose de los pormenores necesarios al cumplimiento de sus obligaciones.

Todo lo inspeccionó con alegre curiosidad.

El barrio era triste y despoblado pero qué le importaba eso si allí cerca vivía Camila, cuya amistad constituía su mayor ventura?

Trasladó sus muebles y ropa con un apresuramiento casi infantil: le parecia que mientras no estuviera allí definitivamente podría escapársele el puesto.

La noche lo sorprendió en sus arreglos. No se daba cuenta del tiempo que trascurría.

Grande fué el placer con que se encerró en sus nuevas habitaciones. Su imaginacion le hacia vislumbrar dias de dicha no interrumpida.

Sus deberes eran faciles, dejándole libre el empleo de la mayor parte de las obras.

A su lado estaba don Manuel Velarde, como teniente cura, persona que le mereció su simpatía desde el primer momento y cuya amistad era también un complemento á su bienestar. En él descansaria para muchos de sus deberes.

## VI

### En el Socorro

Los primeros días de permanencia en el Socorro fueron para Gutierrez los mas agradables de su vida.

Alternaba las horas entre el cumplimiento de sus deberes religiosos, sus visitas á lo de O'Gorman y sus lecturas.

Poco tiempo habia trascurrido cuando el señor Obispo creyó conveniente investirlo con la última facultad necesaria á su ministerio, dándole la *aprobacion* para confesar.

Iba, pues, á ver desfilar la vida íntima de mil familias, á penetrar con los ojos abiertos en el santuario del alma á que no debe llegar ningun tribunal humano, á juzgar indiferente la palpacion de las pasiones é intereses, á tener en su mano mil hilos que por distintos impulsos unen ó atan otros tantos individuos que tienen la cándida escrupulosidad de ir á juntarlos en la memoria de un extraño.

Gutierrez, como sucede generalmente, no habia reflexionado en la importancia del acto para cuya ejecucion lo habilitaba una simple ceremonia y la voluntad de un viejo idiotizado por el miedo y apartado por ese impulso degradante, de la dignidad que se quiere dar al puesto con que se le habia investido, teniendo en cuenta circunstancias que debieron inhabitarlo. Esa es la ley social y política que vemos seguir con harta frecuencia, y esa la explicacion que pueda darse de los fenómenos que ofrecen las cabezas encumbradas.

El nuevo confesor, que habia creído hallar en su aislamiento el apoyo mas eficaz contra los movimientos impetuosos de su alma, empezó á sentir desenvolverse ante su vista una y otra tempestad cuyos ruidos estremecian su corazón.

Tocaba una por una las innumerables llagas que oculta la sociedad.

La prostitucion, el adulterio, el amancebamiento encubierto, aparecian á sus preguntas llevando el vértigo á su cerebro.

Una ávida curiosidad le impulsaba á llevar su dedo estremecido á todas esas lacras y sus ramificaciones de escándalo. Quería sondear el abismo del corazón humano, para iluminar con esa ciencia las tinieblas del propio.

Pegaba su oído á la rejilla, queriendo arrancar por la modulacion de la voz, algo mas de lo que le decían las palabras casi siempre entrecortadas

por el rubor, con que se le acusaban sus penitentes.

Mas de una vez habia creído que acudían á él todos los malvados, y que tenia que juzgar mujeres sin conciencia.

La sociedad se ofreció á sus investigaciones, sin el atavío de la escena: el espectáculo era horrible.



Habia cruzado sin espinas el corto camino de su vida, y solo el dolor y la miseria tienen verdaderas lecciones para el hombre.

Enseña mas una lágrima arrancada á la desesperacion, que un año de tranquilidad.

Gutierrez, abismado ante la contemplacion de la verdad, sentia vacilar todas sus creencias, su fé azotada por la corriente de vicios y de infamia cuyo curso y velocidad media desde el rincón de su confesionario, llevaba las manos á su frente creyendo talvez que él solo sentia, y que solo él pensaba en la virtud queriendo encaminar sus pasos por la escabrosa huella que presentaba á su vista.

Las reflexiones que acudían á su mente en cada uno de los momentos que tenia ante sí, abierta de par en par por la credulidad, la conciencia de un semejante, no eran las mas apropósito para llevarle á la inmolation de sus afecciones ante el ara del deber, sacrificio ignorado, sin recompensa sensible.

Cuántas veces un jóven apasionado le habia mostrado uno á uno los impulsos del amor y señalándole en esos detalles la historia de su corazón, grabándole mas y mas la imagen de Camila!



El carácter de Gutierrez parecia cambiar sensiblemente con cada día que pasaba asistiendo al espectáculo de las pasiones ajenas.

La animacion y viveza con que realizaba su natural despejo, ibanse sustituyendo por una taciturna concentracion que hacia esfuerzos por ocultar.

La mirada de Camila habia observado este cambio y creia conocer su causa.

Cuando el amor liga dos corazones, aunque quiera distanciarlos la voluntad, éstos vibran al unísono transmitiéndose sus impresiones. Hay

algo en la voz, algo en los ojos que forma caracteres visibles para los que se aman.

El convencimiento de su amor fué para Uladislo el principio de constante intranquilidad. Cada uno de sus pasos, cualquiera de sus miradas ó movimientos, le parecían bastante á delatar á los demás el estado de su corazón.

Ese temor contribuía poderosamente al cambio de carácter que se notaba en él.

En casa de O'Gorman sobretodo, disminuía la manifestación de su confianza, haciendo cesar esos arranques juveniles con que poco antes evidenciaba su afectuosa simpatía.

Es verdad, que solo para Camila tenia esto apariencias muy ostensibles, haciendo que ese alarde de amistad con que ella disfrazaba su sentimiento y á que diera el exterior alegre y bullicioso que cuadraba su carácter, fuera tambien deteniéndose ante consideraciones que solo valora la pasión. Así, pues, Camila y Gutierrez empezaron á ser menos expansivos á medida que la pasión que debía aproximarlos tomaba un carácter mas definido.

En los pequeños instantes que la casualidad, cómplice constante de los enamorados, los hacia permanecer solos, Camila no levantaba sus ojos, ni él los apartaba de la jóven, no atreviéndose ninguno á interrumpir el silencio á que la emoción los condenaba.

Gutierrez salía de casa de O'Gorman lleno de pensamientos encontrados, de sentimientos que se chocaban, é iba á llevar la tempestad de su alma á las solitarias calles del bajo, próximas á su iglesia.

Cuántas veces habia descendido hasta humedecer sus pies en la ribera, y sentándose sobre las toscas de la playa, hundía sus miradas en el horizonte azulado, pidiendo á la naturaleza la calma que huía de su espíritu!

Lágrimas de desesperación se evaporaban en sus mejillas, mientras el nombre de su amada salía entrecortado de sus labios llevando en cada sílaba girones de su alma.

Sacerdote sacrilego, amigo traidor! hé ahí los calificativos que debían unirse á su nombre si no acallaba los impulsos de su pasión.

El no se preguntaba si los sentimientos de Camila eran bastante poderosos para corresponderle apesar del obstáculo insuperable con que la suerte los dividiera.

Aún quedaba en su pecho un resto de energía que conservaba la decision de sucumbir aislado en su desventura, pero sin llevar á su amada como recompensa á un cariño posible, el presente fatal de una desgracia irreparable.

Alguna vez detuvo su pensamiento en la dicha suprema del amor, con esa persistencia de las pasiones poderosas que hallan un amargo, indescriptible consuelo, en el sufrimiento que acusa cada una de sus palpitaciones contrariadas.

Es una especie de locura que incita violentamente á revolver con crueldad inagotable un hierro enrojecido en los labios entreabiertos de una herida.

En esos instantes de estravío, traía uno tras otro sus recuerdos para quitar de ellos los incidentes, acciones ó palabras que pudieran indicarle algo mas que una estrecha é íntima amistad.

Con qué placer los juntaba para ofrecerlos á su corazón como único alimento á sus deseos!

Habia cruzado su imaginación la idea de no ir á lo de O'Gorman, no ver á Camila,

Llegaba con heróica abnegacion á formular su propósito de aislamiento, que destruía un nuevo impulso ó hacia imposible el mismo Eduardo viniendo á buscarle.

¿Cómo resistir á su invitacion?

¿Qué pretexto haria valer?

Gutierrez partía, jurándose no traspasar el limite concedido á sus aspiraciones de amigo.

Los ojos de Camila, dulces y voluptuosos encontraban su mirada que desviaba por no darle una espresion que rompiera sus propósitos.

Ella veía aquella acción repetida siempre y su perspicacia de mujer daba valor á esa timidez que evidenciaba la bondad de las reflexiones con que debía aquietar los impetus del alma.

Ella que amaba, comprendía la abnegacion que exige el movimiento de unos párpados que se bajan cuando debieran interrogar.

Es así que la acción con que Gutierrez queria ocultar sus impresiones, las ponía de manifiesto con esa elocuencia del silencio que impresiona y seduce porque casi nunca se finje con él.



Camila condenada á esa lucha sin trégua cuya violencia crecía á medida que las acciones de Uladislo iban poniendo ante su perspicacia de mujer las agitaciones del amor que acallaba, sentía aumentarse mas y mas la desventura de su existencia.

Largas noches de insomnio descoloraban sus mejillas y rodeaban sus bellísimos ojos con el zurco azulado que las marca.

¿Qué término poner á su ignorado sacrificio?

La fatalidad que habia colocado en su camino aquel jóven que realizaba el ideal de sus sueños virginales, las aspiraciones de su juventud, de su amor, y que impidiendo su ventura, haciendo eterna su desgracia, lo llevaba á su lado como si un refinamiento de crueldad persiguiera esas decisiones.

Hubiera podido alejarse. Estaba solicitado así, iba á hacerlo, y una mano infernal arranca la renuncia de un anciano, y se la pone allí, ante su paso.

Estas dolorosas reflexiones no se separaban de su espíritu.

Cuántas veces ahogaba entre lágrimas el nombre de su amado, pidiendo al cielo en los impulsos de su desesperación, el refugio del sepulcro, como único asilo de paz donde encerrar su desventura.

Cuánto amargo dolor atesoraba su alma, víctima inocente de las torpes decisiones con que el hombre ha reglamentado las sociedades, alejándose del camino de la naturaleza, del rumbo que puso Dios á su destino!



Una madre siente en su corazón las lágrimas que surcan el rostro de sus hijos. Misia Joaquina notaba sus huellas en el semblante de Camila. ¿Qué las producía? Esta interrogacion murmuraba una y otra vez viendo siempre incesante aquella manifestación de pesar que debía ser intenso, pues Camila no poseía un carácter cuya debilidad pudiera traerlas por cualquier contradicción insignificante.

Notadas las señales del dolor, le fueron sensibles los esfuerzos con que ella lo ocultaba. Esto

la preocupó mas y determinó interrogar su causa.

—¿Qué tienes hija mía? preguntóte una mañana en que le parecieron mas marcadas las huellas del insomnio.

—Nada, mamá.

—Tal contestacion no debe merecer mi cariño y mi solicitud por tu bienestar y felicidad; si te pregunto es porque veo en ti palpitante un sufrimiento cuya causa se me oculta.

—¿Por qué puedo sufrir? qué me falta?

—Si lo supiera acudiria al remedio sin preguntártelo. No me niegues nada, tal vez yo posea el medio de alejar tu desventura.

—Comprendo que el exceso de tu cariño, haga que supongas lo que no existe, creyendo ver en la menor de mis impaciencias una causa cuya gravedad aumentan tus ojos de madre.

—No se trata de impaciencias. Tu obstinacion me lleva á considerar mil causas posibles, y ese sufrimiento deberias evitármelo con un poco de verdad; recuerda que solo la persona que obra mal se arrepiente de ser sincera.

—Pero mamá ¿qué quieres que te responda? ¿qué empeño tienes en hallar sufrimientos en mí?

—No me halaga encontrarlos para que los busque. Tú eres la que manifiestas á tu pesar, sin duda, algo que no es normal en tu existencia y eso debe conocerlo tu madre, dijo misia Joaquina, revistiendo su semblante de alguna seriedad.

Camila sintió renovados sus temores y vió en aquella primera dezasón el comienzo de una serie de dolores independientes á su desventura amorosa, pero no menos punzantes y terribles para su corazón: sensible y apasionado, que veía en sus padres, como todos los caracteres nobles y levantados, el compendio de los sentimientos mas grandes que palpitan en la tierra.

Resuelta, sin embargo, á no pronunciar una palabra que evidenciara su pasion, respondió:

—Tú que conoces la franqueza de mi carácter, franqueza que jamás he desmentido contigo, no deberias dudar que nada siento que pueda interesararte, y no se me ocurre qué señales de dolor has imaginado en mi semblante. Olvida, tus temores, no son fundados: confía en tu hija que te quiere tanto.

—Cómo he de confiar cuando noto que evades la respuesta decisiva á mis preguntas, añadió la señora resuelta tambien á provocar con persistencia una razon que la satisficiera.

—No mamá, si no te satisface lo que te afirmo es porque te has forjado una causa cualquiera como explicacion á lo que tú llamas mi dolor oculto, y no quedarás contenta hasta que yo no lo adivine y te responda segun ella ó consenta en aceptar cuanto se te ocurra suponerme.

—Camila, me veré obligada á decirlo á tu padre. . .

—Mamá!

—Si: se lo diré, pues he visto una y otra mañana tus ojos enrojecidos: he pasado á tu cama para hablar en tus almohadas la numedad de tus lágrimas: todos te repiten que estás mas delgada, mas pálida, ¿á qué responde todo eso?

—A que es mucho tu deseo de hallar lágrimas en mí, repuso la joven, queriendo cortar á todo trance aquel diálogo.

—Es singular tu manera de proceder.

—Así deberia yo decir de la tuya. Deja esas cosas mamá, ni estoy triste siquiera. Vamos luego á pasear, eso es lo razonable. Y Camila sonrió

á su madre con toda la ternura de su corazón. Sabia que este era el camino para llevarla á concederle todo.

—Bueno, bueno, siguió la señora, veremos como te portas, pero si yo veo repetirse lo que de un tiempo á esta parte, se lo diré á tu padre.

—Dile todo lo que quieras. Ahora déjame ir á vestirme que tenemos que salir con Clara, que ya debe haberse arreglado.

—Anda, que ya veremos. Misia Joaquina comprendió en las respuestas de su hija que no decia verdad, estrañando su persistencia en negarlo todo. Determinó seguir cuidadosamente los movimientos de su ánimo hasta dar con la causa que se le ocultaba.



La joven pasó, en efecto, á arreglarse para salir. Así que se quitó á la observacion agena, su rostro tomó la expresion de un abatimiento profundo, sus manos dejaron caer un adorno que iba á sujetar á sus sedosos y abundantes cabellos, su mirada se fijó en un puntó, y allí inmóvil hubiera dejado transcurrir las horas sin sentirlas, cuando Clara penetró en su habitacion creyendo encontrarla dispuesta.

—¿Estas ya lista? preguntó sin haberse fijado en la posicion de su hermana.

Camila se estremeció, llamada á la realidad tan bruscamente.

—No sé qué me habia quedado pensando.

—Pero si nada has hecho en una hora que hace te estas vistiendo?

—¿Cómo nada, si ya estoy? ¿Qué apuro tienes?

—Se nos pasa la hora: sabes que misia Andrea nos espera á esta misma hora, vamos á llegar á la Iglesia cuando haya principiado el sermon.

—No te aflijas, ya vamos.

Un momento despues las dos hermanas tomaban la direccion de la calle de la Catedral, hoy San Martin, y penetraren en una casa grande que existia al bajar la barranca.



Allí vivia doña Andrea Rosas, hermana del Restaurador. Era viuda, alejada de los acontecimientos de la época y entregada á las prácticas religiosas. Pasaba por uno de los seres mas inofensivos de la familia del Dictador, cuyos miembros cedian como los demás allegados á la influencia poderosa que ejercia en todos los animos, haciéndolos aceptar el crimen como un medio cualquiera de obtener el resultado apetecido.

Doña Andrea recibió á sus jóvenes amigas llenas de alegría. Aún no se habia preocupado de su traje así, pues, las dejó un momento en la sala para vestirse.

Clara tomó asiento en un gran sofá de caoba forrado con crin lisa, mientras que Camila repasaba con su vista algunos cuadros que pendian de las paredes.

Allí estaba en primera fila el retrato del hermano de la señora, seguialo despues de Dorrego y tambien algunos de familia.

La mesa de centro que ocupaba el medio de la vasta habitacion, ostentaba profusion de chucherias entre las que se destacaban dos huevos de avestruz pintorescamente coloreados.

Arrimada á la pared existia una mesa de consuelo sobre la que descansaba un candelabro de

varias lucas con sus respectivas velas de esperma y dos floreros cubiertos con grandes fanales de cristal que preservaban las infaltables flores de pluma de los incovenientes del polvo. Delante del candelabro habia una bandeja de metal blanco con una gran despaviladera.

La alfombra era de tripe, sin que en sus colores hubiera una linea azul ni verde.



Concluia Camila la inspeccion de los retratos, cuando apareció la dueña de la casa.

—Ya estoy hijas mias: vamos si les parece, á menos que quieran ustedes tomar alguna cosita antes de salir.

—No señora, gracias.

—Sin cumplimiento.

—No los tenemos con usted, pero ya es hora.

—Caminemos entónces. Y las tres damas tomaron la direccion de Monserrat, donde se celebraba con gran pompa una fiesta religiosa, en medio de la cuál dejöse oír la voz del orador sagrado que así como recomendaba á los fieles el cumplimiento de la ley de Dios, les encargaba amor y respeto á S. E. y ódio eterno á los salvajes unitarios, mezclando segun costumbre tradicional, las atenciones del espíritu con los mas menudos intereses temporales.

La fiesta terminó, apresurándose los hombres á llegar al átrio préviamente estrujados para salir: estos no se detuvieron en calle sinó formando pequeños grupos donde se comentaba en voz alta los notables conceptos del predicador, alardeando todos de un inmenso federal entusiasmo.

Y no se crea que el entusiasmo federal era semejante al que conocemos ahora. Entónces lo caracterizaban los dicharachos mas soeces y la mas inmundada fraseología de esterminio.

Habia rivalidad por producir una brutalidad mayor que las espuestas, podía llegar á oídos del Gobierno y lo que hubiera debido bastar para una detencion por escándalo, aseguraba entónces la distincion de S. E.



Misia Andrea acompañó amablemente á sus jóvenes amigas hasta donde vivian.

—Adelante, señora y descanzará usted un momento.

—Voy á entrar un instante para saludar á misia Joaquina y á Carmencita.

La señora pasó á la sala donde fué recibida con esquista amabilidad.

—¿No van ustedes al Socorro ahora que tenemos nuevo cura: es verdad que ya lo conocen.

—Si vamos, señora, como es de las Iglesias que quedan mas próximas.

—Y ese jóven la atiende muy bien; es una monada. Pocas veces he hablado con él y me ha dejado encantada: me prometió visitarme en estos dias: estoy deseando que lo haga.

—Es muy bueno, si señora, aquí le apreciamos mucho.

—Tan jovenito, no?

—Así es.

—Algunas veces lo he visto pasearse por la playa y sentarse despues á mirar el rio largos ratos. Me daban ganas de llamarlo para con-

versar, pues me parecia que se hallaba aburrido de su soledad.

—No seria eso, repuso Cármen, le gusta mucho la vista del rio, siempre nos lo ha dicho.

Mientras hablaba misia Andrea, Camila habia seguido con la imaginacion los pasos de Gutierrez: tambien ella deseaba la soledad para oír la voz de su corazon, condenado á palpitir en silencio á impulso de la mas hermosa de las pasiones que arrastran la existencia.

Le parecia verlo luchar con ella, contra la fatalidad que los separaba y buscar en la naturaleza la calma que le arrebatava la sociedad con sus preocupaciones. En ese momento ella olvidaba su martirio para recordar el de su amado.

—Aún no ha predicado. Todas deseamos oírlo, dicen que es muy instruido.

—Creo que lo hará en breve, tiene que hacerlo.

—Pregúntele ustedes el dia.

—Así lo haremos.

Bueno, yo las dejo: ya hemos paseado, no se pierdan, las espero pronto, y usted Carmencita no se quede tampoco.

—No señora, sabe usted el gusto con que la visitamos.

Gracias: adios, no.

—Adios, señora.



Las horas de la tarde que siguieron para Camila fueron terribles: tenia que ocultar á la mirada investigadora de misia Joaquina el estado de su ánimo, y esto bastaba para sujlicio.

Concibió por ellas cuales serian sus dias en adelante, atemorizada ante la idea de que pudiera conocerse su amor.

Nada sospecha aún, se decia, pero no tardará en hacerlo, así que se le ocurra observar cuando viene Uladislao.

Dios mío! Dios mío! Y la jóven procuraba ponerse fuera de la vista de su madre, puesto que la ansiedad dolorosa que la dominaba se traspalantaba en su semblante. Yo no podré ocultar que sufro, desde el momento que me observen, como no se encubrirá mi amor, y tendré que dejar de verlo, único consuelo de mi vida.

Camila no dudaba del amor de Uladislao. Ella no se preguntaba si su pasion tenia otra semejante, lo sabia desde antes que el mismo Gutierrez: era mujer.

Ese amor, en que empleaba toda la energía de su voluntad para que no apareciera en manifestaciones esteriotes, que no toleraria al mismo Gutierrez una palabra que lo espresara, sucumbiria sin embargo, si una desgraciada ocurrencia los separaba.

Ella se habia acostumbrado á las visitas del jóven, y su trato frecuente, mas que un alimento á su amor, era un lenitivo á sus penas, y sobre todo, una garantia para conservarse en el terreno de la amistad sin que pudieran las acciones mutuas llevar un significado tan distinto que solo pudiera atribuirse al amor.

Si nos separan, me buscará, pensaba, y ese es el mal.



A la hora habitual del siguiente dia entraba Gutierrez á casa de O'Gorman:

—Como le va señora, dijo, dirijiéndose á misia

Joaquina que examinaba algunas de sus plantas favoritas.

—Bien, padrecito: en el comedor están las muchachas; los varones no han venido desde que salieron.

—Bueno, vamos allá los dos, señora.

—No. Después iré yo; ahora tengo que hacer.

Gutierrez pasó á la pieza indicada donde las tres niñas distraían su tiempo con labores.

—A los piés de ustedes, señoritas.

—Oh padre, como está.

—Bueno, gracias. Esta casa muestra la labóridad porteña: he encontrado á la señora lo mas atareada en el cultivo de sus plantas y ustedes no pierden el tiempo.

—Es un medio de pasarlo.

—Aunque no tan agradable como sentarse en las toscas á mirar el rio, siguió Cármen.

Gutierrez se puso colorado como si le hubieran dicho algo desagradable: Camila le miró y bajó los ojos.

—¿Quién les ha dicho á ustedes que yo lo hago?

—Una señora que lo quiere tanto, que le sigue los pasos aunque sea con la vista.

—No tengo el gusto de conocerla.

—Sí la conoce.

—Pero no la ocupacion que mencionan.

—Es doña Andrea Rosas.

—Ah! es una buena señora á quien he prometido visitar en estos dias.

—Está muy complacida con usted.

—No he hecho méritos para ello.

—Tanto mas sincera su simpatía entonces.

—Se la agradezco.

—¿Qué es lo que agradece? preguntó misia Joaquina, entrando.

—La simpatía que me dicen tiene por mí doña Andrea Rosas.

—Es verdad, dice que está encantada con usted: quiere saber cuando predica.

—Aún no lo sé, pero tendré que hacerlo en una de las festividades que vienen.

—Bueno, ya se lo diremos.

—Fueron ustedes á Monserrat ayer?

—Sí estuvimos, dijo Camila, que creyó prudente alternar en la conversacion.

—¿Qué les pareció?

—Muy concurrida, demasiado.

—Lo que prueba la religiosidad que existe en Buenos Aires.

—Las iglesias son tambien los únicos puntos de reunion.

—Pero yo he oído que se baila en algunas casas.

—Sí, suele hacerse. A propósito, ¿sabes mamá que se dice que misia Ramona Tárrago prepara una fiesta?

—No será cierto, pues si la hiciera ya nos hubiera invitado.

—Lo hará, aún falta tiempo.

—¿Podríamos ir mamá? preguntó Cármen.

—Yo sola no puedo responder á eso, aunque creo que sí.

La noticia del baile desazonó á Gutierrez cuyo amor se sintió herido: su posicion para con Camila no tenia ventaja alguna; por el contrario, si como le era dado suponer tenia simpatía por él, esa misma circunstancia la impulsaria á aceptar ajenos obsequios. Estas reflexiones y otras semejantes, dieron al traste con la apariencia de tranquilidad y buen humor que mantenía á costa

de no pequeños esfuerzos. Aunque conservaba su propósito de no traspasar el limite de lo decoroso, no le fué dado contener sus emociones que se hicieron un tanto sensibles.

Camila notó el cambio, lo presintió mas bien se apresuró á decir:

—Yo no iré.

Todos estrañaron tal resolucíon, era siempre la mas animada para esas fiestas. Misia Joaquina la miró sorprendida: la jóven conoció su impremeditacion y trató de remediarla añaniedo en seguida:

—No iré si como las veces anteriores nos invita á última hora.

—Nunca te llamó eso la atencion ni necesitaste mayor tiempo para prepararte, repuso la señora, para quien esta enmienda respondía solamente á borrar lo dicho; su semblante tomó una seriedad que muy pocas veces le observaban sus hijas. Algo como una sospecha cruzó tal vez por su mente. Miró á Gutierrez que permanecía en silencio, alarmado con el giro probable de la conversacion. Esta mirada que vió Camila la turbó, pues alcanzó al instante la intencion que llevaba.

La señora fijaba sus ojos en Uladislao y en Camila alternativamente mateniéndolos en un suplicio sin nombre: desde ese instante no tomó parte en la conversacion, conservando en su rostro no finjida seriedad, lo que quitó la animacion á aquella escena familiar.

A Gutierrez le fué imposible permanecer mucho tiempo en situacion tan violenta; pretestó una ocupacion del momento y se retiró.

El puede alejarse y ocultar su dolor, pensó Camila, y yo debo reir con la muerte en el corazon.



Misia Joaquina no recobró su estado habitual. Recordra una por una las escenas habidas con Gutierrez.

Es sabido que basta la menor sospecha para cambiar la interpretacion á todo lo juzgado.

Creyó, pues, notar en muchas de ellas una marcada simpatía agena un tanto á la simple amistad, por afectuosa que fuera.

A medida que daba vuelta en su imaginacion al rededor de mil incidentes, mas se grababa en su ánimo la sospecha que concibiera, tanto que determinó ponerla en conocimiento de su esposo así que éste llegara.

Camila estaba en la situacion mas penosa: no se le ocurría nada que pudiera salvarla de la sospecha que habia visto surgir en el ánimo de su madre. Esperemos, se dijo, despues de apurar su imaginacion sin resultado.

El dia fué de los mas tristes y angustiosos que habia pasado. Presentia que se iba á querer dar una solucion á ese estado y cualquiera que fuese ella le seria muy dolorosa.

Todas chocarian con sus sentimientos precipitándola en la amargura de una desolacion sin intervalo.

Sus esfuerzos por aparecer alegre se estrellaban ante la mas completa imposibilidad material, sus músculos se negaban á la suave contraccion de una sonrisa.

El dolor que señalaba su rostro era visible para los ojos de misia Joaquina. Sus mismas hermanas, ajenas al desenvolvimiento de aquellos sucesos, presentían escenas dolorosas.

Algo como la promesa de una desgracia se cernía sobresus frentes.



Esa noche llegó el señor O'Gorman. La señora esperó la hora en que todos estuvieran en sus habitaciones.

—Adolfo, me dijo, tu alejamiento necesario de casa te ha impedido observar que Camila ha cambiado notablemente de un tiempo á esta parte: yo la interrogué y nada me respondió, ó mas bien, pretendió hacerme creer que yo veía lo que no existe. Determine observar y hoy me ha parecido encontrar la causa.

—¿Cuál es?

—Creo que la amistad de Gutierrez nos es peligrosa: la simpatía que se profanan toma un carácter alarmante. Camila es sensible y apasionada, tú lo sabes, y puede precipitarse arrastrada por los impulsos irreflexivos de su corazón.

—¿Qué te lo hace suponer?

—Una madre no se engaña, Adolfo, créeme. Esta época en que Buenos Aires carece de sociedad, el aislamiento producido es fatal para una niña del carácter de Camila.

—Pero se han manifestado algo, puede existir inteligencia? preguntó O'Gorman justamente alarmado por las sensatas reflexiones de su esposa.

—No creo que hayan llegado á ese punto, pero sabes que los afectos de esa naturaleza no han menester del lenguaje comun. Estamos en tiempo de impedir un suceso doloroso, y tal vez trascendental para el porvenir de esta niña tan acreedora á la felicidad: tú arbitrarás los medios.

—No veo, ni creo que exista otro que prevenir á Gutierrez, pidiéndole se aleje de casa. Si no se han hablado aun esto es bastante. El es pundonoso y delicado, comprenderá la justicia que me asiste y cederá sin esfuerzo.

—Así lo pienso.

—Con eso habremos conseguido despejarles el ánimo de las impresiones diarias. Esto no puede ser en Camila sinó una exaltacion pasajera, cuyo mejor remedio es el tiempo.

—Haz, pues, lo que dices.

—Si, mañana mismo hablaré á ese jóven.



Gutierrez se habia retirado de casa de O'Gorman lleno de ansiedad. La noche fué cruel para su ánimo.

Concluí de decir su misa cuando le anunciaron la visita del señor O'Gorman. Esto puso el colmo á su inquietud. Hizole pasar á su pieza, trajo toda su serenidad en auxilio de su situacion y se presentó á él. Un instante despues, oía estremecido estas palabras:

—Vengo, señor Gutierrez, traído por mis deberes de padre y confiado en la bondad de sus sentimientos, á pedir á usted un favor inestimable.

—Nada que pueda yo hacer, me es enojoso conceder á usted.

—Agradezco esa expresion, pues la creo sincera. Compendiaré en breves palabras mi objeto: ha llegado á mis oídos que se comenta desfavorablemente para mi hija Camila, la asiduidad de sus visitas; esto nos es doloroso, y apesar de la merecida estimacion que le profesamos, tales habillias me obligan á pedir á usted encarecidamente que suspenda sus visitas.

—Señor no creo haber motivado esos comentarios. Encuentro justo, sin embargo, cuanto usted me dice, y seguiré su insinuacion, aunque me contraría verme privado del trato de su familia en el que tanto he gozado, quitando algunas horas á la soledad que me rodea.

—No esperaba menos de su caballerosidad. Aprecio en lo que vale la estimacion que nos profesa y le ruego disculpe el motivo de mi visita.

—Señor, no tiene usted que pedírmelo: siguiendo mis propias inspiraciones hubiera hecho lo que usted me dice á haber sabido los comentarios á que alude

—Gracias, señor Gutierrez, cuente usted siempre con un amigo.

—Del mismo modo que usted señor.

Y O'Gorman se retiró satisfecho de la conducta de Uladislao, creyendo haber evitado la posibilidad de un peligro real.



Gutierrez se abismó en dolorosas reflexiones. Se encontraba en presencia de la separacion temida, tanto mas dolorosa cuanto que no era real sinó en sus afectos.

Sintió crecer la violencia de su pasion con este obstáculo impensado que le impedia alimentarla, conteniéndola en sus arranques al mismo tiempo.

No ver á Camila, se decia, estando á pocas cuadras de su casa, es un tormento que yo no habia imaginado.

Comprendió que los comentarios eran una excusa, que todo partía de la escena del dia anterior en que misia Joaquina debió nota: la reciproca inclinacion que los unia. Hallaba, sin embargo, razonable el proceder usado, inquietándose apesar de todo, la idea de que Camila lo conociera sujetándose á esa prescripcion.

En vano se repetia que él no tenia derecho para exigir el menor sacrificio: no podia desprenderse de la ventura que tanto habia acariciado cifrándola en la amistad de Camila; y desde que disipó para su espiritu la duda sobre la verdad del sentimiento que la animaba, acarició la idea de obtener su amor, como se acaricia á los 23 años el ideal de la dicha suprema: es verdad que en sus mayores desvarios no pasó los limites de lo honesto.

Ahora la duda, la horrible duda, azotaba su alma. El no podia soportar la idea de que Camila quisiera dejarlo. Tal es el corazón.



Misia Joaquina deseaba ardientemente conocer el resultado de la visita de su esposo: salió á su encuentro así que lo vió entrar, diciéndole en voz baja:

—¿Cómo te ha ido?

—Bien: es un jóven apreciable que merece la estimacion que sentimos por él.

—¿Qué te dijo?

—Halló justa mis observaciones, respondiéndome que si él hubiera conocido que su presencia pudiera dañar la reputacion de Camila, se habria alejado, pues yo le dije que se comentaba fuera de aquí el asunto.

—Hiciste bien. ¿Se lo diremos á ella?

—No veo para qué. Ojalá pudiéramos hacerle creer que la ausencia de Gutierrez procedia de su desvío.

—Se conoce que eres hombre. Elijes el méto-

do que se lo haría inolvidable: una mujer se preocupa siempre de una ingratitud.

—Bueno, haz lo que quieras.

—Me limitaré á no decirle nada: que piense cualquier cosa. Ya veremos qué resulta de todo esto.

—También se conoce que eres mujer: todo lo agrandas.

—Es que conozco el carácter de mis hijos, y Camila oculta en su aparente volubilidad y alegre ligereza, una energía de voluntad extraordinaria.

—Pero es razonable.

—Cuando luchan el corazón y la cabeza en un temperamento apasionado y sensible, ésta, si tiene voz, no se oye.

—Semeja entonces, al marino que combate los elementos sin que le oigan los marineros, dijo O'Gorman sonriendo ante la filosofía de su esposa.

—Sí, sí, búrlate de mi experiencia, pero no la cambio por la tuya, dijo misia Joaquina, picada por la sonrisa de su esposo.

—No me burlo, creo que exageras simplemente.

—Veremos!



Acercábase la hora de la visita de Uladislaó. Camila lo esperaba llena de temor é impaciencia.

Recordaba la escena de la víspera y la mirada del jóven cuando se trató del baile. Verdad que podía decirse que habia prometido no ir, pero sintió la emoci6n de Uladislaó, y dábale razón para ella. Amaba y comprendía el sufrimiento del que no puede hallarse donde está el objeto de sus anhelos, rodeado de seducciones.

La difícil é imposible posici6n del jóven, provocaba la simpatía de su espíritu generoso. Ella amaba con el mas grande de los amores, con ese amor que vive solo, porque no lo alimenta la esperanza. Niégase la existencia de ese amor. ¿Qué no ha negado el hombre? Los ciegos pudieran hacerlo con la luz: no la comprenden.

Agitada con dolorosas ideas llegó y pasó la hora anhelada: Gutierrez no venia: ¿por qué? Este era el tema de sus reflexiones.

Ella no le habia dado márgen para que herida su susceptibilidad no lo hiciera.

¿Acaso sus padres se lo habian prohibido? Esta duda se fijó en su espíritu con insistencia.

Recordó la sospecha que debió asaltar á misia Joaquina el dia anterior; ella habia permanecido sería toda la tarde, y aún esa mañana no se habian disipado las sombras de su frente.

Su padre salió temprano; talvez fué ese su objeto.

Tuvo tentaciones de ser ella la que pidiera á su vez una explicaci6n de un acto, que si no la injuriaba, ponía en duda su buen juicio, siendo inocente. El respeto á su madre la contuvo, junto con la consideraci6n de que realmente amaba y creía inspirar un sentimiento igual, aunque no expresado, y que no necesitaba serlo. Empeño la amistad, como ellos le llamaban, que ligaba sus corazones, era el sentimiento que absorbía las facultades de su alma.

Creía poder vivir sin expresar su cariño, pero no sin ver al hombre que lo inspiraba: esto era un martirio que en su apasionamiento se sentía incapaz de resistir.

Centas fueron las horas de la tarde y horribles

las de la noche: aún abrigaba la esperanza de que un suceso imprevisto le hubiera impedido cumplir sus hábitos.



Llegó para Gutierrez la noche de su primer dia de separaci6n. Mil veces habia medido la violencia de su amor, pero jamás imaginó que ajitara su pecho tan profunda é irresistible.

La contrariedad de no verla, se unía el dolor de creer que ella hubiera aprobado esa ausencia.

Tales resoluciones no se toman en familia sin consultar la persona que las inspira, pensaba, con horrible amargura. Es verdad que pueden haberla forzado á aceptar ese temperamento ó puede ignorar lo que se ha hecho: esta última idea, aunque le pareciera inverosímil, era un lenitivo á su dolor.

Cambiaba el órden de sus reflexiones para murmurar entreabriendo sus lábios una risa sarcónica y horrible: ¿Qué espero? Debo yo ligar el porvenir de una criatura adorable á mi suerte maldita? No habrá en mi pecho un rasgo de virtud que abone el sacrificio de mis afecciones, de mi vida misma, en aras de mi amor?

Ah! yo debiera poner sobre mi frente el cañ6n de una pistola: moriría honrado y sus lágrimas caerían tal vez sobre mi tumba!

Pero nó: mas necesario que mi vida es el aire que ella respira. No me falta valor para morir, mas no lo tengo para abandonar la tierra que huella su planta.

Dios mi6l mi dolor y mis ruegos no deben llegar hasta tu trono escelso. Tu no puedes mandar tal desventura. Mi alma no te comprende así. Dios de venganzas, sería un Dios infernal que no concibo.

Gutierrez detuvo el vuelo irreflexivo de su mente, repitió sus palabras y halló en ellas que blasfemaba su dolor y sus rodillas se doblaron: Dios mi6l! exclamó sollozando, perdona mi extravío, tú que conoces mi intenci6n y la intensidad de mi dolor, no habrás escuchado mis palabras de ofensa á tu bondad inagotable.

La blasfemia que entreabre los lábios temblorosos por una amargura infinita, debe ser para tí la oraci6n de los desesperados: acepta así, Dios mi6l, las palabras que escuchaste.

Gutierrez dejó correr sus lágrimas. Le parecia que con cada una de ellas se apartaba algo de su desventura. Un momento despues se paseaba mas calmado, pensando, sin embargo, en la manera de borrar la duda de su espíritu y ver á Camila por cualquier medio.

Un dia de separaci6n le habia probado que él no resistía ese tormento.

Desde la mañana habia aceptado la idea de escribirle. ¿Cómo hacerlo sin ser notado? Este era el punto que lo preocupaba una vez tomada su resoluci6n.

Ya daremos con ese medio, se dijo, sentándose á escribir.

Hé aquí sus líneas:

“Camila:

Estos renglones que interrumpen el silencio que hoy he prometido guardar no viéndola, llegarán á sus manos: ¿cuál será su suerte? no lo sé. Son acaso la nota del último adi6s á la esperanza? no; la esperanza no alienta mi corazón con el grito del que atraído por las olas



de la suerte vá á chocar con la roca inflexible de un destino cruel.

Por qué le escribo entonces? Aún tengo fuerzas para clavar mi cuerpo lejos de usted, pero mi alma arrastrada por el vértigo de mi sentimiento debe llegar de rodillas á sus plantas.

La fatalidad, mi inesperancia, ó no sé qué, me han ligado para siempre á la soledad y el aislamiento, sin haber arrancado de mi corazón el calor de sus impresiones, ni quitado á mi existencia el impulso soberano de la pasión que avasalla.

Mientras la veía, mis labios no se han abierto para que vibrara en su oído una frase de ternura, una palabra de amor, sintiéndola palpitar en todo mi sér: aún tenía voluntad, creíame feliz en su presencia.

Hoy no puedo fijar mis ojos en los suyos y recibir en su luz nueva vida, como si se duplicara mi alma. Abandonado á mis propias inspiraciones, siento debilitarse la voz del deber á medida que la pasión crece al ser comprimida por nuevas contradicciones que la obligan á estallar.

No se desvia un torrente de su cauce natural, sin que todo lo arrase en su violencia.

Pero yo escribo á usted como si me fuera permitido traer á la pluma el lenguaje de los hombres. ¿No lo soy acaso? sí, Camila, como ellos obro el bien ó me extravío, nias no puedo como ellos responder al latido de mi corazón, diciéndole: ama y espera.

No es dado al hombre sofocar los ímpetus de su alma en la pasión que es su destino, y sin embargo, han dictaminado sobre ella, como si dijieran á la naturaleza: admitimos las brisas que solo renuevan y purifican la atmósfera, pero son prohibidos los huracanes.

Yo he caído bajo el dominio de esas leyes, que contrariándolo todo, se perpetúan con la misión de hacer crímenes, desde que toda la energía de mi voluntad no alcanza á borrar un instante su imagen de mi mente; la veo en el sueño como la veo en el altar.

Yo no sabía que la voz de las pasiones tuviera un éco tan poderoso; he necesitado sentirla y que tal convencimiento me envolviera en la desgracia alcanzando hasta su pecho.

¿Qué puedo ofrecerle en cambio de mi amor? la desventura. Hé ahí mi suerte. Quisiera el trono del mundo para ponerlo á sus plantas; diere mi vida por ahorrarle una lágrima, y no puedo nada mas, que hacer llegar á su alma la palpitation ardorosa de un amor sacrilego y maldito, ¿no es verdad? Ahí no Camila no es verdad. La sociedad lo calificaria así, pero Dios que vé lo íntimo de mi alma, que sabe mis esfuerzos, que conoce mi intencion, que no me dió vocacion para el sacerdocio, disculpa mis palabras. Así lo siento, porque mi conciencia se dirige á usted sin mas remordimiento que el dolor que puedo causarle. El crimen no levanta la frente como yo la alzo á la faz de Dios pidiendo justicia.

Yo le hablo de mi amor como si supiera que usted abriga en su pecho ese fuego inextinguible. No lo sé, pero conozco la grandeza de su carácter, y que la he inspirado simpatía bastante para obtener un recuerdo de compasion y provocar su generosidad hasta obtener una respuesta.

¿Cómo voy á esperarla? Dios lo sabe; pero conozco que sus líneas van á disponer de mi suerte

te conservando mi existencia ó arrojándome del mundo al impulso de la desesperacion.

Su desgraciado—

Gutierrez.

Uladislao arrojó la pluma con que habia fijado en caractéres temblorosos la exaltacion de sus ideas, que tenian la vehemencia de sus impresiones. Habia sentido únicamente, sin que le fuera posible el raciocinio, que disminuyera un tanto la falta que en su situacion implicaban esas ilness.

Su carta era el grito de la pasión, la protesta incoherente de su alma contra un estado imposible.

No analizaba su sentimiento.

Cuando se ama verdaderamente, la voz ó las palabras que lo expresan no están sujetas á inflexiones determinadas ni á los giros metódicos de la imaginacion regida en la calma.

Gutierrez se preocupó de la manera de hacer llegar la carta á manos de Camila.

En frente del Socorro vivian unas negras que le habian prestado algunas atenciones y á las que estaba encomendado el cuidado de su ropa y de la de Velarde, quien les habia confiado comisiones parecidas, pues era dado á las aventuras galantes; resolvió emplearlas tambien, y esperó la mañana con la intranquilidad de su excitacion dolorosa.

No concilió el sueño en toda la noche, que pasó entregado á una febril desesperacion.

Su porvenir se oscurecia, viéndolo todo bajo el negro prisma de su amargura.



Camila dejó el lecho en las primeras horas de la mañana.

Misia Joaquina que seguía sus movimientos, notó el sufrimiento que acusaba su semblante, alarmándose al alcanzar la intensidad de aquel cariño fatal.

La jóven se paseaba con agitacion, acudiendo repetidas veces á la puerta de calle, llevada por su impaciencia, pues no era hora de la visita de Uladislao.

En una de estas salidas vió acercarse una negra vieja, que apresuró el paso al verla sola.

El corazón de la jóven golpeó su pecho con mayor celeridad.

Presentia algo para ella: un amor violento tiene el don de doble vista.

La negra mostró la carta desde una distancia, depositándola en sus manos silenciosamente: la calle estaba sola.

Camila miró á todas direcciones y guardó la carta emocionada, yendo á encerrarse á su habitación.

Sus manos trémulas desgarraron el sobre y sus ojos anhelantes buscaron la firma.

Lo esperaba, se dijo, y leyó apresurada lo que ya conocen nuestros lectores.

Su rostro tomó una espresion de firmeza soberana: la dulzura de sus ojos desapareció; no tuvo lágrimas ni suspiros.

Volvió á leer con mayor detenimiento y puso la carta en un mueble cuyo llave guardo, dirigiéndose al patio.



La tia Dolores, que así se llamaba la negra

empleada por Gutierrez, volvió satisfecha de la facilidad con que habia desempeñado su comision, para la que tantas instrucciones habia llevado.

El jóven sacerdote la esperaba impaciente, paseándose por el atrio.

—¿Cómo le fué tia? le dijo en voz baja asi que ésta se acercó.

—Muy bien, su merced, la niña estaba solita en la puerta, yo le mostré la carta y se la entregué sin decirle nada.

—¿Y ella la tomó con presteza.

—Sí, su merced.

—¿Y qué hizo despues?

—Se entró para adentro.

—Bueno gracias tia. Tome estos pesos para sus avios.

—Muchísimas gracias, su merced ocúpeme no mas cuando quiera.

—Así lo haré, pero cuidado con hablar.

—No tenga miedo su merced, esta negra vieja sabe muchas cosas y no las cuenta,

—Hace bien.

Gutierrez pasó á sus habitaciones preocupado con la resolucion que pudiera tomar Camila.

Esperaba que le contestara, creia inspirarle simpatia bastante para tal sacrificio, pero ¿qué le diria? En nada es tan terrible la impaciencia y la duda como en el amor.

La tia Dolores le inspiraba completa confianza El y Velarde la sostenian casi con el producto del lavado y algunas donaciones.

Estaba obligada á serle fiel; habia creído innecesario tratar de engañarla, si bien no le dijo el objeto de la carta. En su situacion poco le importaban las suposiciones de la negra.



¿Cuál era la resolucion tomada por Camila, cuya firmeza dejó entrever la alteracion de su semblante?

Ella nos lo va á decir en las líneas con que contesta á su amado: hélas aqui:

Gutierrez:

«Voy á alejarme para siempre del mundo que solo puedé ofrecermé un dolor sin trégua; á este precio puede una mujer manifestar con verdad sus sentimientos.

«Compro, pues, el derecho de decirle que le amo con toda la intensidad de mi alma.

«Jamás hubieran salido de mi, palabras semejantes, si como en dias anteriores pudieran mis ojos leer en los suyos la ternura de su corazon.

«Cuando usted se dedicó al altar comprendí que la dicha desaparecia para mi, pero ¿qué hacer? Aunque sin resignacion alguna, tenia voluntad constante para callar y sufrir.

«Dios no quiere que continúe vivificándose mi corazon calor de las impresiones de un amor imposible.

«Acatemos, voluntad soberana.

«Cuando en la tierra desaparece la esperanza

aún podemos alzar la vista de sus miserias y levantar nuestro espíritu á ese mas allá de inagotable consuelo porque nos ofrece el mas eficaz: la muerte.

Verdad que es muy triste que brille la esperanza en su seno tenebroso, pero allí solo la contemplan mis ojos y voy á esperarla entre las esposas del señor, arrebatándome á las miradas del mundo que solo puede ver en mi rostro las huellas del dolor: voy á encerrar mi cuerpo entre esas paredes donde las agitaciones de la vida no llegan, para lanzar mi alma á Dios, única fuente de paz para un pecho atribulado.

«Mi resolucion es irrevocable, nada me desviará de ese punto: es el único sacrificio que puedo hacer al amor que impulsa mi corazon: lo creo digno de usted y de mí.

Exijole, pues, no trate de convencerme de nada contrario, no solo seria inútil sino que me daría una idea menor de su abnegacion que la que tengo formada. Pido á usted lleve toda su energia para aceptar como bueno este paso, único compatible con mi amor y mi decoro.

«Mis ruegos se elevarán á Dios envueltos en mis ilusiones de niña, ofrenda precitada cuando se despoja una de ellas en obsequio á la virtud.

«Las separacion que nos espera no será eterna ni amargada por los dolores que tendria la vida para usted y para mí, si yo no me alejara por siempre de su vista, aunque mi alma entera no se aparte un instante del hombre que pudo ser mi ventura y la fatalidad trocó cruelmente en insuperable desdicha.

«Tan razonable creo mi resolucion que ella ha bastado para secar mis lágrimas y darme una calma y valor que no tenia. ¿No es ese un signo de la bondad de Dios, que aún en este valle de lágrimas tiene asilos para la desesperacion? así lo creo, y voy desde mañana á poner en práctica los medios de realizar mi pensamiento.

Cada dia que pase recorriendo los sitios en que nos veíamos y conversáramos es un tormento que no quiero prolongar.

«Adios, pues, Gutierrez, reciba en estas líneas la expresion íntima de mis sentimientos y el adios postrero de la mujer que tanto lo ama y que amándolo siempre irá á esperarlo en el seno del Altísimo, única patria del amor para los que se dividen como nosotros en la tierra.

«Quisiera arrancar con este adios todo el alienato de mi vida para confundirlo con su alma en suprema aspiracion.

«Adios, adios.

«Hasta la eternidad.

Suya—

Camila O'Gorman.»

La jóven cerró la carta y halló ocasion de enviarla á su destino con un muchacho conocido diciéndole que era de su padre.

Al dia siguiente temprano, solicitó y obtuvo permiso para ir á lo de misia Andrea, acompañándola uno de sus hermanos, que pasaria despues á buscarla.

## VII

### Fatalidad

—Señora, decía pausadamente Camila á la hermana de S. E., hace tiempo viene grabándose en mi ánimo una resolución que es hoy inquebrantable y para la cual necesito su eficaz cooperación.

—Habla, hija mia, y cuenta con ella.

—Alentada por la bondadosa piedad que distingue su carácter, lo haré sin rodeos. La religion en que hemos tenido la dicha de ser educadas, tiene para mi alma un atractivo poderoso.

—Como para todas las buenas conciencias; sigue.

—Pues bien, he resuelto consagrarme á ella de todo corazón. Quisiera profesar en las Catalinas y como para ello he menester algo que no poseo, me dirijo á usted invocando su piedad.

—Todo, todo cuanto esté en mi mano lo tienes concedido.

—Gracias, gracias, señora, dijo Camila con efusion.

—Tus padres lo saben ya?

—Aún no les he dicho nada: como una separacion siempre es dolorosa por justificada que sea he querido antes contar con su apoyo que me garante la posibilidad de obtener la realizacion de mis deseos.

—Pero ellos no lo mirarán mal, son religiosos.

—Así lo creo, señora; no obstante quisiera que usted me acompañara para darles la noticia y decirles que me proteje tambien en esa senda.

—Con mucho gusto, hija, ahora iremos si tú quieres.

—Si no le es incómodo, ese seria mi deseo.

—Sí, si, iremos: tu resolución es de una santa y muestra tu virtud. Yo me encargo de prepararlo todo.

—Qué buena es usted, misia Andrea!

—No, hija, es la religion la que me impulsa. Dios nuestro señor se ha servido iluminarme con su fé.

—Hace usted mucho bien: yo voy á deberle mi salvacion eterna.

—Exageras, en el mundo existe tambien la virtud.

—Pero muy combatida; yo deseo la tranquilidad.

—Pues la conseguirás: ¿quieres que vamos ya á tu casa?

—Como usted quiera.

—Sí, vamos: siento deseo vivísimo de que todo se arregle y puedas entregarte á tu vocacion.

Y las dos señoras tomaron un momento despues

la direccion de la calle de Temple donde vivia la familia de O'Gorman.



—Tanto gusto de ver á usted por aquí, misia Andrea.

Gracias, señora: vengo con una gran comision á interceder por Camila.

Misia Joaquina contrajo lijeramente sus facciones con espresion severa, mientras respondia:

—Si es justo lo que pide, debia no haber molestado á usted.

—Ha hecho bien; aunque es justo y santo su deseo, ella ha creido necesitarme.

—¿Y cuál es su pedido?

—Lo diremos así sin rodeos, Camila?

—Si señora, dijo la jóven que estaba impaciente.

—Pues bien, misia Joaquina, Camila desea consagrarse al servicio de Dios Nuestro Señor, y quiere obtener como buena hija, el consentimiento de sus padres.

—Yo sola no puedo dárselo; pronto vendrá Adolfo, cuya voluntad impera mas que la mia.

—Pero usted estara de su parte?

—Señora, me es doloroso consentir en tal propósito que significa una separacion eterna, pero usted sabe que no debemos contrariar abiertamente la vocacion de los hijos.

—Eso es muy razonable, misia Joaquina; la separacion no es tanta; podrán ustedes verla con mucha frecuencia, el régimen de las Catalinas donde Camila quiere entrar, no es tan severo como el de otros monasterios.

—Sin embargo, repito á usted que podrá hacerlo, que lo consentiré, pero no sin amargura, repuso la señora que no se animaba á negar el pedido de la hermana de S. E.

—Ya ves, Camila, todo se vá á arreglar, e señor O'Gorman no opondrá su negativa; él es muy piadoso. Yo no solo lo deseo sino que pido encarecidamente á la señora interponga su influencia para no impedir los frutos de la semilla del bien. He prometido apoyarte con lo que valgo y puedo y lo haré gustosísima.

—Gracias, señora, puede usted contar con mi eterno agradecimiento.

—Ojalá todo estuviera en mi mano.

—Tambien yo le agradezco el interés que le inspira mi hija.

—No hay tanto mérito en mi accion: ¿cuándo viene el señor O'Gorman.  
 —Lo esperamos mañana.  
 —Espero que dejen ir á Camila á comunicarme su decision.  
 —Sí, irá, señora.  
 —Bueno, yo las dejo: hasta mañana Camila.  
 —Adios señora, gracias.



Misia Joaquina y sus hijas volvieron silenciosamente á la sala.

La fisonomia de Camila no habia recuperado su alegre vivacidad, pero sus ojos se alzaban con firme franqueza.

Clara y Cármen la miraban con semblante triste, extrañádoles sobre manera la decision adoptada tan repentinamente.

—¿A qué responde este paso, hija mia? preguntó la señora con dulzura aunque conservando la seriedad de su rostro.

—A mi vocacion religiosa puramente, y á que la sociedad no pueda darme la paz que asio y que se me brinda en el asilo que busco.

—Nunca has manifestado tal vocacion.

—La sentia aunque débilmente y ahora se ha llegado la ocasion de manifestarla.

—Pero debias habérnoslo dicho, sin ir primero á poner de tu parte á misia Andrea.

—Lo he hecho para que no se me coarte una decision inquebrantable, provocando en todos estériles sufrimientos y disgustos.

—Esa decision no vá á tardar en pesarte; has obrado con una impremeditacion indisciplinable.

—No mamá, nada bastará á desviarme de mi propósito, y te ruego no añadas al dolor con que lleno esa necesidad de mi alma el tormento de tu negativa.

—Yo no me niego á ello, te pido que reflexiones.

—Hace tiempo que lo hago.

—Un paso de esa naturaleza nunca se piensa lo bastante.

—Pero no se puede estarlo pensando toda la vida.

—Veremos qué dice tu padre.

—Creo que no se negará obstinadamente.

—Pronto lo sabremos.

La señora creyó prudente no prolongar mas el diálogo.

Ella habia visto en todo aquello la influencia del amor desgraciado de su hija, y no juzgaba esa una de sus peores consecuencias. ¿Qué hacer? El apasionamiento de Camila tenia toda la vehemencia que le habia supuesto, y no era posible contrariarlo en esa manifestacion. Aun existia la esperanza de que el tiempo necesario para *profesar* calmara la escitacion y se arrepintiera oportunamente.



Gutierrez se paseaba tristemente en el átrio solitario de su iglesia, dando vueltas en su imaginacion, por la milésima vez, á las causas que pudieran provocar la visita del padre de su amada.

Un muchacho se acercó á él y alargándole la carta de Camila, le dijo: la manda el señor O'Gorman.

Gutierrez se estremeció, y recibéndolo con

mano trémula, rasgó el sobre y sus ojos se iluminaron por una inmensa alegria.

—Toma hijo, para vos, esto no tiene contestacion: y dió cinco pesos al muchacho que se alejó dando vueltas á mirar un padre tan generoso.

Las primeras lineas de la carta hicieron cubrir su semblante de una palidez mortal.

La recorrió ansiosamente, calmándose á medida que leía.

La confesion del amor que le profesaban y el sacrificio con que lo hacia sublime, halagó su corazon no exento del egoismo que aparejan las pasiones.

Pobre Camila! pensó, su resolucion es digna de su carácter; pero yo no podré verla y esto es superior á mis fuerzas.

Dios mio! dadme el valor que tiene su corazon: solo ella es capaz de sublimar todas sus acciones. Bien crea yo al juzgar su alma superior á las de este mundo.

Ah! cuán amargas van á ser las horas de mi vida. ¿Por qué la conocí? La fatalidad ha guiado mis pasos: causo la desventura de un ángel y arrojó mi alma en la desesperacion.

Ella se despide de mí: ya no querrá que le escriba, sin embargo yo no tengo fuerzas para tanto, es demasiado.

Gutierrez repetia sus dolorosas reflexiones, murmurando de tiempo en tiempo: yo no puedo vivir así.

El dolor como la alegria necesitan expansiones; no se comprimen en un solo pecho.

La amistad con Velarde se habia estrechado en la soledad, con esa rapidez que se usa en la juventud.

Ya era depositario de algunos secretos de su teniente que no se preocupaba mucho de ciertas formalidades, apesar de que tenia excelentes cualidades y le inspiraba confianza.

Fué hácia él y le estendió la carta.

Velarde la leyó, diciéndole despues cariñosamente:

—¿Por qué se afijes?

—Amo como un loco y hago la desgracia de esa niña.

—La pasion todo lo exajera: este adiós no es para la eternidad, sino para unos pocos dias.

—Por qué lo piensa así? dijo Uladislao vivamente, á quien la idea de ver á Camila sacaba de quicio.

—Porque ni ella ni usted van á soportar la ausencia.

—La verdad es que yo no tengo fuerzas para tanto.

—Ni ella tampoco: esta carta como todas las de una pasion cualquiera, son el efecto de una impresion que se cambia al dia siguiente. Aunque soy casi tan jóven como usted, he llevado una vida algo mas agitada y conozco mas el corazon.

—Pero, qué hago con que venga á misa, por ejemplo?

—Verla, y si es posible hablarla.

—Ese puede ser el deseo de la pasion, mas no el cumplimiento del deber.

Con tal que no escandalice su conducta, todo está del otro lado; San Agustin dice: si no podeis ser castos, sed cautos.

—Pero eso no es moral ni bueno.

—Todo es relativo, y nadie deba estrellarse ante un imposible: ¿no es preferible que alimente ese amor á que su suicide? No me negará que

apesar de no parecerle á usted bien el dicho. San Agustín es una de las columnas mas firmes de la iglesia.

Gutiérrez guardó silencio anonadado ante esa lógica apoyada en tal autoridad.

No es difícil llevar el convencimiento á un ánimo apasionado en el mismo sentido á que se habla.

—¿Cuál sería su consejo sincero en este caso? preguntó despues.

—Yo obraría propendiendo por cualquier medio á reanudar las relaciones interrumpidas con la mayor reserva posible: ya le he dicho que lo que hay que temer es el escándalo.

—¿Debo inspirarle otra resolución que la adoptada?

—No veo para qué, pues antes de profesar debe transcurrir un tiempo en el que se puede influir en otro sentido. Ahora me parecería prematuro tanto mas que esa resolución puede acercarla mas bien.

En ese momento llamaron á Velarde, quien se levantó dejando á su amigo muy poco menos que convencido.

Hasta entonces le habian guiado sus propias inspiraciones; las que con se repetia le llevaban á una lucha imposible.



Como lo habian presumido, el señor O'Gorman vino al día siguiente. Misia Joaquina le llamó á la sala cuya puerta cerró quedando solos.

—No te decía que la pasión de Camila era mas intensa de lo que te suponias ¿sabes la resolución que ha tomado?

—¿Cuál es?

—Quiere entrar de monja.

—Pero eso no puede ser serio.

—Tú no conoces á tu hija: siempre crees ver en ella una muchacha de escuela, cuyos planos desaparecen de la imaginación al día siguiente de forjados.

—Si nunca ha manifestado semejante tendencia.

—Es cierto, mas no recuerdas su amor á Gutiérrez; esta es la consecuencia de esa pasión.

—Que desaparecerá junto con ella.

—Quién sabe.

—¿Y que se te ocurre hacer?

—Dejarla seguir su capricho. Si la contrariamos lo tomará mas á lo serio y será mas difícil que ceda. A mas que la visto á misia Andrea que fomenta esa inclinación: ayer la traje para que fuera ella quien nos diera la noticia. ¿Y cómo negarse á su pedido?

—Bueno hasta que pueda profesar hay tiempo bastante para que calmada su impresión obre en ella el juicio que siempre tuvo.

—Es que tú no das la importancia que tiene la desgracia la pasión que abriga.

—El tiempo es quien puede en esto dar valor á las suposiciones: llámala.

—Voy á hacerlo y verás.

Misia Joaquina salió en busca de Camila.



—Me dice Joaquina, hija mia, que tú piensas dedicarte al servicio de Dios. ¿Lo has meditado con la detención que merece un paso de esa trascendencia? mira que esas resoluciones deben ser irrevocables, puesto que no es posible volver atrás. No es razonable que una pasión contrariada te aleje de tus padres para siempre.

—Lo he reflexionado papà, y es el único camino que satisface mis aspiraciones, la única senda en la que voy á encontrar la tranquilidad que ansío. No voy por eso á separarme de ustedes allí pueden hablar me con frecuencia y verme de tiempo en tiempo.

—Como quiera que lo pintes, es muy duro para vos y para nosotros.

—Hay mucho egoismo en tu resolución Camila, añadió misia Joaquina.

—No lo creas mamá; tú no estás en mi corazón ni ves mis intenciones.

—No podemos hacer otra cosa que suponerlas muy buenas, pero eso no es bastante.

—Debo tardar por lo ménos un año en prepararme y adquirir los conocimientos necesarios para profesar. Es tiempo bastante para reflexionar; créanme que si me viene á la imaginación la menor idea de arrepentimiento, no profeso.

—Así lo esperamos y favorecidos por esa circunstancia, vamos á dar el consentimiento á que aspiras.

—No esperaba menos de vuestra bondad, padres míos, gracias por la reflexiva ternura que me manifestais, la que agranda si es posible, mi reconocimiento y cariño.

—Nuestros consejos son los únicos verdaderamente desinteresados que puedes oír y sería sensible que los desecharas sin meditación.

—Mañana podré ir á decirle á misia Andrea que ustedes consenten y apoyan mi determinación?

—Hazlo, hija mia, y quiera el cielo que no te pese cuando no exista remedio humano.

Camila dejó á sus padres y pasó á reunirse con sus hermanas, á quienes dijo que no se oponian á su determinación.

Ellas aunque les fuera doloroso la probable separación de Camila, eran bastante religiosas para hallarla mal, y consideraban que un casamiento daría con poca diferencia el mismo resultado. A mas que las penas lejanas y que se ven venir no impresionan tan violentamente.



Camila pasó temprano á su habitación; sentía necesidad de permanecer á solas con sus pensamientos.

Aunque su resolución habia aquietado su ánimo, como sucede cuando se soluciona un estado violento, no dejaba un instante de llevar su imaginación hácia el hombre por cuyo amor cambiaba su destino, despojándose de las alegrías de su juventud, para encerrar su pasión y sus dolores en las sombrías paredes de un convento.

¿Cuál habria sido el efecto de su carta? ¿qué pensaría de su resolución? Eran cuestiones que la preocupaban lo bastante para que huiera el sueño de sus párpados.

¿Sufriría él, apesar de su pedido, el martirio de no verla?

Tenia momentos en que deseaba que no la escuchase, y hasta llegaba á pensarle haberle hecho tal encargo.

Le halagaba la esperanza de que la violencia de su amor le hiciera romper esas consideraciones y procurar hablarla ó por lo menos escribirle.

Un instante despues, la voz del deber se hacia oír en su pecho y deseaba que se atuviera á sus exigencias.

Mas de una lágrima surcaba su mejillas, re-

belde á su propósito de ahogarlas, muda protesta del sentimiento á la tiranía de la razon.

El cumplimiento del deber tiene dolores sin nombre que se manifiestan en cada una de las violencias que lleva á la naturaleza.

Ceder á la pasion es dejarse arrastrar por el vértigo; se goza, pero hay en el placer un delo amargo que lo envenena. ¿Qué vale la brujula cuando encrespa sus olas el mar embravecido por la tempestad? Puede mostrar el rumbo á la luz de un relámpago, pero solo para lamentar que los vientos impulsen la nave en direccion opuesta.



Misia Andrea esperaba á Camila deseando poder ayudarla para llevar á cabo una resolucion tan conforme á sus principios católicos.

La jóven no se hizo aguardar poseida de una febril impaciencia.

—¿Que dicen tus padres hija mia?

—Consienten y apoyan mi resolucion.

—¿Así lo creia yo.

—Usted me indicará lo que debo hacer.

—Hoy mismo voy á ver á la priora para que me diga con seguridad cuáles son las cosas que necesitas; creo que debes aprender el latin.

—Sí; es necesario para las oraciones.

—Se ofrece la dificultad de obtener un maestro que viva por aqui, pues no son muchos los que pueden enseñarlo: todo lo sabré hoy, ahora mismo ¿quieres acompañarme ó esperar?

—Señora, va usted á molestar, no hay tanta prisa.

—No hija, ya lo habia pensado. ¿Vamos ó te quedas? las cosas de Dios no se demoran como los intereses mundanos.

—Siento no poder hacer una ni otra cosa: vine á decir á usted el consentimiento de mis padres y ya me estarán esperando.

—Bueno, yo iré mañana por tu casa.

—Cuánta incomodidad, señora!

—No lo son, hija, ya digo que se trata de servir á Dios.

Momen os despues, misia Andrea pedia hablar con la priora de las Catalinas, quien al saber que se trataba de una hermana de S. E. vino desalada, y respondió amablemente á las preguntas de la señora.

El maestro de latin era la dificultad.

Misia Andrea se lanzó á recorrer las casas de sus amigas para adquirir noticias.

Ibase desalentando, pues en todas partes le decian que no iba á encontrarlo.

Al fin, próxima ya á su casa le dieron la noticia salvadora: el cura del Socorro habia manifestado á varias personas el deseo de tener discípulos de latin.

Y esto era cierto: Gutierrez, deseando no olvidar sus conocimientos en ese idioma y ocupar algunas horas de su tiempo, habia encargado cuando tomó posesion del curato, que le buscaran alumnos.

Misia Andrea volvió contentísima á su casa.



Descansaba la buena señora de la tarea á que creia haber dado cima, cuando se le ocurrió que era inconveniente fuera Camila sola al Socorro, y como talvez Gutierrez no se prestara á enseñar

fuera de allí, pudiera eso bastar como pretexto á misia Joaquina, quien no veia con buenos ojos la resolucion de su hija.

Resolvió, pues, buscarle una compañera: no queria dejar á medio hacer su piadosa obra.

Llegó la tarde y se puso en campaña: sus relaciones eran de familias devotas en su mayoria, lo que facilitaba el hallazgo.

En efecto: la hermana de S. E. se dió tan buena maña, que ese mismo dia le fué dado arreglar con una de sus jóvenes amigas que acompañara á Camila, tambien como discípula.

Aquello era una obra piadosa y era la hermana de S. E. quien solicitaba tal favor, lo que bastaba para cualquier sacrificio.

Dios me favorece! exclamaba misia Andrea, llena de gozo.

La niña que debía acompañar á Camila, tendria 24 años, era alta bien formada, de facciones regulares, casi bellas. pelo castaño claro, ojos pardos oscuros de mirada desdeñosa, porte altivo no exento de gracia; pertenecía á una buena familia, bien relacionada. Su nombre era el de Marcela.

Misia Andrea tuvo intenciones de no dejar nada para el dia siguiente, viendo á Gutierrez; parecióle que por ese lado no habria obstáculo alguno. ¿Cómo iba á negarse á preparar una jóven para la iglesia, él tan piadoso? Dejó, pues, ese cometido juzgando tambien que ya eso merecia consulta, pues como los O'Gorman conocian á Uladislaw, tal vez quisieran pedirle que fuera él á su casa.

Esperó el dia siguiente llena de regocijo.



No eran las nueve de la mañana cuando llamaba la puerta en casa de Camila. Esta corrió á su encuentro.

—¡Victoria! querida, díjole antes de saludarla.

—Me alegro, señora, ¿cómo se siente usted?

—Bien, gracias: todo está arreglado.

—Estoy segura que usted no ha descansado ayer, dijo misia Joaquina acercándose á saludarla; siéntese, señora.

—Puede decirlo, he caminado todo el dia, pero con el favor de Dios todo se ha hecho como dije á Camila. Lo que me dió mas tarea fué el maestro, pero lo hay y bueno. ¿A que no se imaginan ustedes quién es?

—No lo sabemos, señora.

—Pues es extraño, lo conocen y lo aprecian; creia que él pudiera haberles dicho que pensaba dar clases.

Un presentimiento turbó á Camila; le parecia adivinar quién era el maestro. Llamó toda su enrgía para oír sin inmutarse el nombre que iba á pronunciar misia Andrea.

—Es Gutierrez, el cura del Socorro.

Camila se estremeció apesar de su presentimiento; toda su sangre afluyó á su corazon que parecia querer estallar.

Misia Joaquina, mas dueña de sí misma, dominó su disgusto y repuso:

—No lo sabemos, señora, hace algun tiempo que no le vemos.

—Yo creí que venia con frecuencia.

—Sí, cuando estudiaba, despues sin duda las atenciones de su empleo lo retienen.

—Le gusta á usted el maestro, Camila!

—A mí me es indiferente, señora, le aprecio sin embargo y lo creo apto.

—Pues no! si dicen que es tan instruido.

—Como me parece difícil que él pueda venir, le veo el grave inconveniente de que Camila no debe ir sola á la Iglesia, y de aquí no podrán acompañarla con la asiduidad necesaria, observo misia Joaquina.

—Todo eso lo he previsto y salvado, nada he dejado por hacer.

Misia Joaquina tembló.

—Si, ayer mismo fui á casa de Marcela X. que ustedes deberán conocer. Ella quiere acompañar á Camila, recibe un beneficio, pues no será extraño que profese tambien, no le faltan deseos, vendrá á buscarla para ir juntas desde aquí.

El nombre de la compañera de Camila calmó un tanto los temores de misia Joaquina, quien conocia su conducta intachable.

¿Cómo decirle á misia Andrea el fundamento de sus temores.

—¿Cómo llamar á Gutierrez despues de haberle dicho que no viniera? Iba á suponer que se queria atraerlo.

¿Cómo buscar otro maestro?

¿Cómo negarse á aceptarlo?

Todas estas consideraciones se agolpaban á su imaginacion; el único pretexto razonable habia sido destruido por la prevision de misia Andrea.

No habia remedio, Camila deberia ver á Uladislao casi diariamente: pero era poco tiempo y en presencia de una jóven tan juiciosa como Marcela; esto disminuia notablemente el peligro, asies que repuso:

—Usted con empeño cariñoso, que agradecemos, no deja verdaderos obstáculos al deseo de mi hija. Cúmplase, pues, la voluntad de Dios y la de ella.

—Es usted una buena madre señora.

—Trato de cumplir con mis deberes.

—De manera que Camila podrá empezar sus clases en estos dias.

—Cuando ella quiera.

—Con el consentimiento de usted hoy mismo veré á Gutierrez.

—¿Aún no le ha hablado usted?

—No señora, como me figuro que no se negará, no lo he hecho, á mas que queria decirlo á usted primero. ¿Cuándo quieres comenzar para prevenirle?

—Hoy es Viérnes, lo haré el Lunes, señora.

—Me parece bien: tú me verás antes ¿no es eso?

—Si señora.

—Bueno hasta muy pronto entonces: adios misia Joaquina.

—Adios, señora; gracias por la molestia que le hemos ocasionado.

—De nada; sirvo á Dios únicamente: te esperaré Camila.



Madre é hija volvieron silenciosamente á la sala. El corazon de Camila latia violentamente.

—Vas á ver á ese hombre Camila, no dudo de tu virtud, ni de tu razon, pero es un peligro siempre, no te abandones ó los ímpetus de tu alma, esa pasion no puede traerle sinó dolores, no los conviertas en desgracia.

—La resolucion de separarme del mundo te dice que solo escucho mi conciencia: ella es mi mejor garantia, si es que puedo necesitarla para tí.

—Así lo creo, y por eso no me he opuesto, corriendo el riesgo de desagradar á misia Andrea. Si viera en esas clases un peligro real, lo hubierá hecho sin importarme nada.

—Puedes estar completamente tranquila.

—Ahí viene Adolfo; veremos que dice. Sabes que misia Andrea ha buscado maestro de latin y que éste es Gutierrez?

—Pero eso no puede ser, dijo O'Gorman.

—No hay otro; y tampoco podemos tacharlo por un motivo razonable. ¿Qué le decimos á esa señora?

—Es verdad! pero despues de lo que hablé con él me parece duro el paso.

—La relacion no se resintió por eso, á mas que Camila irá á acompañada per Marcela X. que estudiará con ella.

—Así menos mal.

Camila sufría extraordinariamente con tales comentarios; sentia deseos de no ir á clase, pero no queria desviarse de su resolucion y era ese el único medio de llegar á ella.

Permaneció impassible.

—Y, tú que dices Camila? preguntó O'Gorman.

—Que ustedes deben suponerme una niña de escuela: de otra manera no me explico esas vacilaciones: ó una cosa ú otra.

—No te alteres, hija, se trata de tu bien.

—Ya lo sé, y como pueden hacerlo sin mi presencia, paso á donde están las muchachas.

—Yo no veo un gran peligro yendo con esa niña.

—No existe mucho á la verdad.

—Y mas que todo, el apasionamiento de Camila no puede ser muy violento.

—Es mayor del que tu supones, pero ya te ha dicho que tú no valoras la decision de su voluntad.

—¿Cuándo irá á clase?

—El lunes.

—Bueno, ya no hay remedio posible: si existe algun mal en ello, está hecho.

—Así es.



Gutierrez luchaba aún con su deseo de volver á escribir á Camila; no habia vuelto á hablar con Velarde; tenia miedo á la lógica de su am go.

Aún pesaban en su ánimo las primeras reflexiones con que atacó sus eserupulos: algunas veces le daba la razon.

No habia sacrificio mas estéril ni doloroso que el impuesto por la pureza de su conciencia.

Recordaba el conocimiento del mundo, adquirido en el confesonario.

¿Quién como él habia resistido tanto? Todos buscaban la ocasion de faltar en vez de huirle, y sus faltas eran lavadas por su mano periódicamente para que volviesen á empezar.

Todos tenían un crédito ilimitado con Dios y á nadie se negaba un recibo de cancelacion: es el mas cómodo de los acreedores.

Una vida llena de crímenes se salva por un acto de contricion en la última hora, y una ejemplo se pierde por un mal pensamiento: en esto no hay moral, ni nocion alguna de justicia, pero Dios es así, según el catolicismo y no se puede reformar todos los siglos: eso taeria una plaga de ateos, gente pernicioso, aún cuando la conducta que observan no se distingue de la de los demás, muy al contrario, los pobres no tienen

una moral acomodaticia que pueda ajustar el deber á sus pasiones ó intereses.

Pero volvamos á Gutierrez que recibia la influencia que arroja el confesionario, presentando á sus ojos solo una faz de la vida social, faz horrible, que iba á herir su corazon inesperto, presentándole la sociedad como una monstruosa orgia.

El amor la amistad y todos los sentimientos que recibia su culto, rodaban envueltos en odiosas intrigas en las que un egoismo brutal presentaba á sus ojos el fenómeno de ser la fuerza de atraccion y repulsion que hace girar los movimientos individuales en una atmósfera propia, infestada siempre.

¿Quién valora el impulso que reciben las pasiones por el ejemplo no interrumpido del mal?

Qué virtud no se debilita, qué corazon no se corrompe ante el espectáculo constante del predominio ilimitado de la inmoralidad, y de la satisfaccion no coartada de todos los deseos que agitan el ánimo?

Gutierrez sentia vacilar todos sus propósitos: un resto de energia pugnaba desesperadamente con la violencia de su pasion, y la influencia perniciosa que arroja el ambiente social.

Aün creía perseverar, sin embargo, en la senda del deber.



—Puedo hablar al señor cura Gutierrez preguntaba al sacristan la hermana de S. E.

—Creo que sí, seora, voy á avisarle.

Un momento despues apareció el jóven sacerdote.

—Señora, á qué debo el honor de ver á usted? Pase á esta pieza y disculpe al sirviente que no conociéndola no la ha recibido á usted con bastante atencion.

—Qué ocurrencia! con usted debia yo estar enojada, que no observa la atencion de visitarime despues de habérmelo prometido.

—Mis quehaceres. . . señora.

—Lo perdonaré si lo hace pronto.

—Se lo prometo á usted.

—Voy á esperarlo en estos dias. ¿Ha conseguido usted algunos discipulos de latin? pues sé que se trata de dar clase.

—Así lo pienso en efecto, pero creo que será difícil enseñarlo á un número crecido. Un jóvecito me prometió venir y aún lo espero.

—Yo voy á proporcionarle á usted dos discipulas.

—¿Discipulas?

—Sí, padre—dos jóvenes que desean profesar en las Catalinas.

Gutierrez pensó en Camila; ella tambien queria ser monja.

—Y esas niñas desean que yo les enseñe el latin?

—Yo fui comisionada por una de ellas para pedir la aprobacion de la familia y obviar las demás dificultades. Si supiera, padre, lo que me ha costado encontrar maestrol ha sido para mí la mayor dificultad; yo no sabia que usted quisiera tomarse el trabajo de enseñarlo.

La idea de que pudiera ser Camila se fñaba en la imaginacion de Gutierrez. No son tantas las que se consagran á Dios para que hubiera dos más. Á duras penas contenia su impaciencia.

—Y quieren principiar pronto las clases?

—Me han dicho que si usted no tiene inconveniente seria desde el lunes próximo.

—Tan pronto!

—Sí, una de ellas está animada del mayor fervor; usted la conoce mucho,—es Camila O'Gorman.

Por mas que Gutierrez se hallaba preparado para oír este nombre no le fué dado contener su emocion.

—¿Le estraña á usted tanto, que le ocasiona tanta sorpresa?

—Sí, señora conozco el espiritu religioso de esa niña, pero su carácter alegre siempre, no me ha hecho pensar que pudiera adoptar esa resolucion,—repuso Uladislao calmándose un tanto.

—Pero á todo eso no me dice usted lo principal.

—Qué, señora?

—Si puede encargarse de esas lecciones.

—Lo haré con gusto; bástame que respondan á un fin tan piadoso.

—Así lo aseguré yo.

—Doy á usted las gracias por esa opinion.

—¿De manera que no hay inconveniente para que venga el Lunes?

—Ninguno.

—¿A qué hora?

—Eso lo arreglarán ellas: la que les sea cómoda. Yo dispongo de todas con solo alternar las de mis deberes, lo que puedo hacer sin perjuicio alguno.

—Qué contentas se van á poner!

—Celebraró poderles ser bastante útil.

—Bueno, yo no quiero robarle mas tiempo. Agradezco su bondad y doy las gracias en nombre de mis protegidas. Lo que deban abonar usted lo señalará.

—De ningún modo, señora; se trata de una obra piadosa: no les daría una sola leccion paga.

—Es usted un verdadero sacerdote.

—No creo que mi conducta merezca un solo elogio en este caso.

—Pues no ha de merecer! Yo vuelva darle las gracias, padre. Y recuerde lo que me ha prometido.

—No lo olvidaré, señora.



Así que nuestro jóven quedó solo, no le fué dado contener en su pecho esta emocion y buscó á Velarde.

—Sus predicciones se cumplen en parte, amigo.

—Me alegre, ¿por dónde principia el cumplimiento?

—Nos volvemos á ver desde el Lunes.

—¿Usted va allá?

—No, ella viene aquí.

—Capítulo! es mas de lo que yo esperaba: es usted todo un hombre feliz.

—O desgraciado.

—Si usted se empeña en serlo: yo no veo otro motivo.

—Esta pasion será siempre mi desventura.

—¿Fué su voluntad adquirirla? no: pues entonces combátala en los limites de lo posible. El amor es fuerte como la muerte, ha dicho Salomon.

—La verdad es que el gran sábio tenia razón.

—Y era perito en la materia. Recibió de Dios la sabiduría y la empleó en aumentar sus mujeres



y concubinas, mas que en gobernar bien sus Estados,

—Eran otros tiempos.

—Pero era el mismo Dios el que aprobaba aquello.

—Tiene usted una lógica estraña.

—Porque soy sincero con usted.

—Se lo agradezco.

—Observé la conducta de los que tal vez le dirian á usted lo contrario: Gaete, Lara, Camargo, Lozano, su mismo amigo Palacio, y tantos otros, pues, si enumeró voy á nombrarle todo el clero.

Las palabras de Velarde, tan verdaderas, ejercian su influencia en el ánimo de Gutierrez.

—A todo esto, no me ha dicho á qué va á venir esa niña.

—A que le enseñe latin: acaba de irse misia Andrea Rosas que vino á verme con ese objeto.

—Vendrá sola?

—No: la acompaña otra jóven que también quiere profesar.

—Quién es ella?

—No me lo dijo, ni yo lo pregunté.

—Me lo imagino: usted no sabria qué hacer con la noticia.

—Verdad que me emocionó.

—No era para menos amando como usted lo hace.

—Con la acompañante la situacion se complica, dijo Velarde, tendrán que entenderse por papilitos.

—Me basta verla, la amo tanto!

—Eso es ahora; ya despues ha de querer hablarle, y mas que todo, habiendo mediado la declaracion producida por la creencia de que se separaban para siempre.

—La tal separacion me ha evidenciado la inmensidad de mi cariño.

—Y le ha hecho conocer el de ella. Ha sido un suceso feliz.

—Me ha quitado la duda que me atormentaba.

—Bajo cualquier punto de vista dése la enhorabuena; estas cosas no suceden todos los dias.

—Si, estoy contento; me vá á parecer que estos dias no se acaban.

—Ya terminarán, eso no debe apurarlo.

—Pero no estoy libre de una impaciencia tremenda.



Camila deseaba y temia el momento en que debia verse con Gutierrez.

Le pesaba haber manifestado tan sinceramente su sentimiento ¿pero quién podia prever el cambio de situacion?

Habia conseguido la aspiracion mas ardiente de su alma, sin haberla buscado, pues jamás lo hubiera hecho.

Su conciencia estaba tranquila: sin la menor intervencion de su voluntad, queriendo separarse se habia acercado á él; pero era por un corto tiempo; despues las puertas de un convento se cerrarian tras ella, sin dejar salir ni su cadáver.

—Terrible espacion para el delito de amar.

Su inquietud no estaba exenta de un gozo inesplicable: los dias de separacion dejaban huellas en su ánimo y lejos de disminuir su pasion la habian exaltado con emociones continuadas y la complicidad del recuerdo que ponía constantemente ante sus ojos las horas pasadas en su presencia.

Cuánta atraccion iban á tener esas clases en que pudiera recojer la sonrisa cariñosa de Uladisla.



## VIII

### Las clases de latin

La una de la tarde marcaba el reloj de la sacristía del Socorro, cuando misia Andrea cruzaba el átrio acompañada de sus dos jóvenes amigas.

Camila bajaba sus ojos, sin duda para que no brillara en ellos la alegría de su alma.

Recordaba la confesion de su amor, y un ligero sonrosado le bañaba el rostro.

Una mujer se ruboriza siempre ante el hombre á quien ha dicho que ama

El porte altanero de Marcela contrastaba con su timidez.

Hicieron anunciar á Gutierrez su presencia. Este tiró el libro cuyas líneas recorrían sus ojos sin que se diera cuenta de lo que leía.

—Aquí estamos, padre; estas niñas son sus discípulas. Usted ya conoce á Camila; la señorita es Marcela X.

—A quien celebre conocer, dijo Uladislaw, oprimiendo despues la mano de Camila y haciendo que sus ojos se encontraran, transmitiéndose en rayos voluptuosos un mundo de ternura.

—¿Qué tiempo cree usted necesario para la preparacion que deben tener estas niñas?

—Depende del número de clases y de lo que ellas estudien.

—Por ahora pueden ser tres por semana: ellas juzgarán si deben hacerlas mas frecuentes.

—Me parece bien; podemos fijar los Lunes, Miércoles y Viérnes.

—Así es. De manera que desde ya pueden quedar, para que en esta primera leccion se impongan de lo que necesitan.

—Oh! es muy poca cosa y casi todo puedo proporcionárselos yo.

—Usted hará como le parezca bien: yo me retiro, pues, es preciso que se acostumbren á estar sin mí. Adios, padre, vuelvo á recordarle su promesa.

—Y yo á repetir la garantia de su cumplimiento. ¿Quiere usted que la acompañen?

—¿Qué ocurrenial si estoy un paso. Hasta pronto niñas. Y misia Andrea salió, emocionándose nuevamente Camila, pues sin ella le parecia estar casi sola con Gutierrez.



—Supongo yo que ninguna de ustedes tiene conocimiento adquirido en el idioma en que voy á tener el placer de iniciarlás brevemente.

—Ninguna señor, repuso Marcela.

—Van á tener que estudiar algunas cosas de memoria.

—Ya venimos dispuestas á seguir al pié de la letra sus indicaciones.

—Me propongo no ser para ustedes un maestro exigente.

—Ni muy bondadoso porque nos echará á perder.

—Mi carácter lo marcará la aplicacion de ustedes, dijo sonriendo Uladislaw; pasemos al escritorio donde será la clase, pues allí no estaremos sujetos á interrupciones molestas, á mas que es el sitio de mis libros y útiles.

Las niñas se levantaron siguiéndolo.

—Sitúense lo mas cómodamente posible, y trátenme con la mayor confianza, pues así no coartarán mis esplicaciones y dejará de ser un suplicio para ustedes, la hora ó dos que pasenios ocupados: usted Camila no debia necesitar esta exhortacion y provoque la familiaridad de su amiga.

—Ya adquiriremos esa confianza.

—Es que debe desde ya establecerse como una condicion necesaria, ¿por qué violentarse, aunque sea unos dias?

Gutierrez creia soñar: despues de la separacion dolorosa que se presentaba como única perspectiva á su amor, tener tan cerca de sí á Camila, oirla, leer en sus ojos, era demasiada ventura. En ese momento no oía otra voz que la de su corazon, se entregaba por completo á su dicha. Era demasiado intensa para abrigar un pensamiento que la empañara.

Trascurrió hora y media sin que notara el tiempo. Habiéndose concluido los preparativos ó instrucciones necesarias, despidiéronse las jóvenes hasta el miércoles siguiente.

La mirada ruborosa de Camila se fijó en él por última vez y partieron.



—Simpático es el padre Gutierrez, decia Marcela á su compañera, en el trayecto.

—Sí, es muy amable.

—¿Y usted conoce al teniente cura?

—De vista—algunas veces le he oído la misa.

—No he tenido ocasion.

—Yo lo he hecho, y me ha sido agradable;—es alegre y parece muy bueno.

—Así lo creo yo tambien—Gutierrez lo ha elogiado mucho en casa.

—Parece que son muy amigos.  
—¿Y cómo no serlo?—viven juntos.  
—Sin embargo, podía distanciarlos el carácter y tratarse con algun alejamiento.  
—Son mas ó menos de la misma edad y reunidos por iguales aspiraciones.  
—Es verdad.  
—¿Le serán á usted molestas las clases?  
—Creo que no, me anima el mismo deseo que á usted y quiero estar preparada para otra vacante que se ofrezca en las Catalinas.  
—De modo que volveremos á reunirnos allí?  
—Así lo espero.  
—Quiere entrar á casa un momento?  
—No Camila, tengo alguna cosita que hacer.  
El Miércoles mas bien.  
—Como usted guste. Voy á llamar á alguien que la acompañe.  
—No, gracias—son apenas dos cuadras las que tengo que caminar sola.  
—Hasta pasado mañana, entonces.  
—Sí: adios.  
Camila entró á su casa sin manifestar tristeza ni placer.  
No queria que pudiera leerse en su semblante una cosa ni otra.  
Habia visto á Gutierrez y esto era bastante para alejar las sombras de su frente.  
Recordaba su carta, la declaracion que le arancó la idea de una separacion eterna.  
La habia escrito bajo el impulso vehementemente de la pasion contrariada;—su conciencia de mujer no se alarmaba ante esa ligereza, disculpable por el caso escepcional que la produjo.



—Cuando las dos jóvenes se alejaron, Gutierrez fué á encontrar á su teniente.  
—Cómo le ha ido de elase, ó mejor de su inauguracion?  
—Bien: mientras estoy en su presencia solo siento el placer que me enagena.—ahora que se ha ido me parece insufrible no poder dirigirle una palabra cariñosa.  
—Ya lo hará: en breve tendrá usted confianza bastante con la compañera, para que le sea posible buscar el medio de separarlas un momento.  
—Es imposible.  
—Ahora sí, pero no lo será despues.  
—Usted todo lo encuentra factible.  
—Los sucesos me darán la razon mas pronto de lo que piensa ¿crees usted que va á resistir mucho tiempo el deseo de hablarla habiéndose apasionado verdaderamente, y mas que todo, cuando ella tambien le ha declarado su amor? fíjese en los derechos que le dá esa declaracion, dadas sus condiciones. Hecha á un particular no sería un arma tan poderosa, pero á usted...  
—Sin embargo, medito el momento en que fué escrita, y que ella misma lo dice:—en otra circunstancia no saldrian de mis labios tales palabras.  
—Considérelas como una impremeditacion, pero eso no les quita su valor;—estoy seguro que ella misma comprende la desventaja de su situacion. Está apasionada y lo ha confesado;—son las peores condiciones en que puede colocarse una mujer.  
—Lo comprendo, pero yo no me valdré de ello jamás.  
Son muy buenas intenciones, aunque irreali-

zables; sin querer hará usted valer los derechos que le dá esa carta. Toda pasion tiene principio y debe tener fin: la suya ha tenido desgraciadamente lo uno ¿ha reflexionado usted acerca de cuál puede ser el otro?

Gutierrez se anonadó ante esa pregunta. El, como todos los enamorados, alimentaba su amor, que era su vida misma, postergando siempre las reflexiones que le sujeria su estado, ó fíjando á causas imprevisitas una solucion que no se atrevió á investigar.

Velarde comprendió que habia acertado con el verdadero punto de la cuestion y prosiguió:

—Sí, querido amigo, yo que veo las cosas sin la venda que cubre los ojos, me doy una cuenta mas exacta de su situacion ó intereses, porque apesar de cuanto se diga en contra, debemos ajustar nuestras acciones al estado social y á mil otras conveniencias con que no se puede chocar impunemente:—el corazon es siempre niño y sus inspiraciones nos guarian de descalabro en descalabro, hasta sumirnos en la desgracia sin término ni remedio humano. A menos que usted sofoque completamente la pasion que lo avasalla...

—Eso no es posible, no tengo fuerzas para ello.

—Entonces dñle usted su curso natural, que es el único medio de evitar que se trasluzca. Está usted al frente de un gran peligro, mida sus actos.

—¿Pero qué puedo hacer?

—Entiéndase usted con ella: cuando una pasion reciproca se desarrolla con impulsos vehementes, es mucho mas fácil ocultarla no contrariándola ó haciéndolo por completo:—usted no cree poder hacer lo último, haga lo primero. Sucesos imprevisitos han traído á su presencia el objeto de su amor; si persiste en mantener una situacion ambigua é imposible, la familia de esa niña lo notará y rompiendo por sobre todas las consideraciones, los vá á separar, y desde allí principiará el escándalo á que no debe dar motivo; á mas que ahora, mucho menos que antes, será usted capaz de permanecer sin verla ni saber de ella y haciéndose hecho notorio ese amor, sus pasos serán seguidos por mil desocupados que lo colocarán en la picota.

—¿Y por qué ha de ser notado por la familia...

—Porque los sufrimientos que usted siente ni tener que estar en su presencia sin dirigirle una palabra apasionada, los sentirá ella tambien—iguales causas, idénticos efectos; y si aquí no existe quien vigile el estado de su ánimo, no tiene ella semejanza dicha, y la madre y hermanas se apercebirán de que Flora, que no come, que se adelgaza, que no duerme, y ese conjunto de síntomas característicos producirán lo que no debe producirse, mientras que si usted le ha dado un papelito ó le ha podido decir algo, eso basta para el bienestar y alegría de una mujer que ama, y esa es la faz que puede ocultarlo todo, hasta que llegue el día en que profese y entónces la cosa cambia de aspecto. ¿Quién es la joven que la acompaña? Aún no me lo ha dicho.

—Marcela X.

—Ah! una linda muchacha, la conozco, tiene un airecito desdefioso que no le sienta mal, pero en el fondo es amable y buena.

—Así me ha parecido.

La conversacion de los jóvenes siguió desviada del tópicó que nos interesa.



Cuando Gutierrez se halló á solas con sus pen-samientos, comprendió la exactitud de la pala-bras de Velarde.

Veia la imposibilidad material de permanecer en presencia de Camila sin que Marcela notara la inclinacion que los unia, esto aparte de las otras consideraciones que tambien pesaban en su ánimo aunque no con tanta fuerza, pues eran menos lógica.

Existia la necesidad de buscar pretextos para distraer la atencion de la joven, pero estos pre-estos no debian de ser frivolos ni inmotivados, porqué producirian el efecto contrario.

Aquella era una dificultad que se presentaba inevitable;—era necesario provocar una confian-za ilimitada, y tal vez eso los sujiriera.

No era posible pensar en hacerla cómplice en esos amores, por mas honestos y puros que se conservaran.

Larga y continuada meditacion no trajo á su mente nada razonable: habia que confoamarse con la situacion;—ya era bastante con la presen-cia periódica de Camila para su felicidad; pero el corazon no se sácia.

Dias antes hubiera aceptado aquello como su- prema ventura;—lo tenia sin haberlo esperado y queria mas.

Llegó el Miércoles y la clase tuvo lugar sin nada notable.

Gutierrez quedó desesperado por no haberle sido posible ni mirar á Camila con apasiona- miento.

Consultó con Velarde, quien no imaginó nada que salvara el obstáculo.

Ambos se estrellaban ante la imposibilidad de removerlo.

No hay mas que la excesiva familiaridad para provocar algunos diálogos en voz baja, se decian.



Llegó la clase del viernes.

Alguna mas confianza.. hacia menos dificil la conversacion que precedió al interrogatorio con que las jóvenes mostraban el cumplimiento de sus deberes de discipulas.

Hablaban de la última festividad religiosa ha- bida en la Catedral, cuando Velarde apremiado por la necesidad de un libro entró á la pieza,

saludó á Marcela y fué presentado á Camila, sentándose un momento con lo que animó el diálogo.

—Continúa usted haciendo estudios musicales? —preguntó Gutierrez á Camila.

—Algun tiempo lo dedico, siempre por encar- go de misia Andrea, quien me dijo que me serian necesarios para el coro de las Catalinas.

—Es verdad que allí se distingue mucho á la que les lleva ese adorno que ellas han sabido convertir en una necesidad. ¿Y usted Marcela no imita á su amiga?

—A pesar de mis deseos, que no son pocos, no me es posible hacerlo.

—Yo toco algo el piano, dijo Velarde, he traído aqui ese que usted vé, y me seria grato ofrecerlo para sus lecciones, así como mis pocos conoci- mientos para guiarla.

El ofrecimiento de Velarde habia sido sincero, Gutierrez vió en él el pretexto que tanto habia buscado y se apresuró á añadir:

—Acepte usted señorita; el señor es un ex- lente pianista que tiene la ventaja de conocer cuanto se toca en el coro de las Catalinas: aún usted Camila podria aprovechar sus lec- ciones.

—Vamos á molestar al señor.

—De ninguna manera: á la hora que dán uste- des clase no tengo ocupacion alguna, y con me- dia hora que usted dedicara, creo que le bastaria para conocer cuanto le puede ser necesario en el convento.

A Velarde no le era desagradable la idea de dar lecciones á una joven tan atrayente.

—Resuélvase usted, insistió Uládislo, no hay motivo razonable para que se prive de un be- neficio adquirido sin fatiga propia ni molestia ajena.

—Tal vez mas tarde.

—Bien, lo aplazaremos, dijo Velarde saludando para retirarse.

La clase concluyó á la hora de los dias ante- riores, retirándose las jóvenes satisfechas de la amabilidad del maestro.

—Le parece á usted que debo aceptar el ofre- cimiento de Velarde? preguntaba Marcela.

—Yo no veo inconveniente alguno.

—Yo tampoco, pero tengo muy poca confianza con él.

—Ese no es un obstáculo.

—Ya lo sé, pero me parece que voy á abusar de su amabilidad.

—El no se hubiera ofrecido con tanta instancia si le fuera molesto.

Asi es: veremos si insiste.



## IX

### El primer sermón

— Sabe que aplaudo calurosamente su idea de las lecciones de piano, decía Gutierrez á su teniente, horas despues de terminada la clase.

— Ya vi que la aceptaba con entusiasmo.

— Quiere creer que no se me habia ocurrido ni la muy trivial de pedir á Camila que tocara algo, como medio de dirigirle la palabra sin que se me fiscalice la frase.

— De usted no me estraña; yo que puedo pensar libremente, no se lo he indicado.

— Es terrible que lo mas sencillo pase desapercibido.

— Así sucedió siempre con los grandes inventos.

— Perc á usted le parece que Marcela aceptará su ofrecimiento.

— Eso depende en mucha parte de usted: haga que adquiera confianza bastante é instela siempre sin que en esa instancia pueda ella notar una segunda idea—mire que no es tonta.

— Ya lo sé, y he de poner para ello todo mi tacto: juego mis esperanzas.

— Bueno, yo me acercaré con cualquier pretesto para que haya ocasion de renovar el ofrecimiento.

— Si; eso es necesario.

— A que ahora lo vé todo bajo otro prisma?

— Efectivamente: lo que tengo la fundada esperanza de poder decirle lo que la amo, lo que sufro y lo que gozo, soy otro hombre.

— Así son las pasiones, basta halazarlas para cambiar totalmente el individuo que las abriga con alguna vehemencia.

— Recíprocamente se opera el mismo fenómeno así, que toda exaltacion implica alternativas violentas.

— Y usted siente la que las resume á todas. La naturaleza entera conspira á engrandecer el amor; llenas de su aliento están las flores, y lo parecen las brisas que acarician la frente que piensa.

— El tema tiene influjo sobre su imaginacion y lo inspira; no lo toquemos mas por ahora, dijo Gutierrez dolorosamente, pues las palabras de su amigo envolvian mucha amargura para su espíritu sensible.

— Bueno,—es en verdad un mal tema para nosotros. ¿Cómo le vá con su sermón? Mira que del estréno depende gran parte de su reputacion.

— Ya lo sé;—he hecho todo que lo puedo;—ahora falta que mi manera de decir agrade.

— Poseiñóse del argumento y tendrá que agradar;— eso no me parece difícil, es usted bastante impresionable para emocionarse que es por donde deben empezar los que aspiran á conmover.

— Yo no pienso hablar al sentimiento sinó á la razon.

— Así mismo, á la elocuencia que no se refiere á ciencias exactas, no les es permitido hablar á la razon sin apasionar.

— La verdad es bastante para eso si la escucha un hombre de bien.

— Segun como usted la presente; ¿no le ha sucedido leer ciertos oradores, de no despreciable reputacion ú oír ciertos oradores, en que es necesario buscar lo bueno que tienen sus libros ó sus discursos, como se busca la violeta en una multitud de hojas?

— Lo confieso: y á veces con trabajo tan impropio que no he encontrado nada.

— Pues, es que se dan tal maña para decir sus cosas buenas, las meten entre tanta palabra inútil, que arrastran la frase con su peso fastidioso, debilitan la atencion cansándola, y pasa lo que tiene algun mérito sin que nadie lo aperceba.

— Y cómo huir de ese escollo?

— Lo creo difícil, si no imposible, para el que no fué dotado de una organizacion, que posea un sesto sentido, privilegio de algunos oradores y autores que han nacido para serlo.

— Exijo su juicio para mi sermón, como lo he pedido á Palacio, quien prometió criticarme sin consideraciones.

— Lo hará, y es hombre que conoce al público mucho, lo cual es una grandísima ventaja.—Como no me falté.

— No: lo aprecia á usted mucho.



El dia siguiente era la festividad en que Gutierrez debia exhibir por primera vez sus cualidades oratorias. La iglesia estaba llena, el nuevo cura debia predicar y esto fué un aliciente poderoso.

Camila, Clara y Marcela estaban entre la concurrencia.

Llegó la hora y Uladislao se presentó en el púlpito.

El aire caliente que se respiraba á su altura fué su primera impresion. Paseó su mirada por el templo, y dejó oír con voz pausada, sonora y vibrante las palabras de órden, comenzando su alocucion en medio de un silencio verdaderamente religioso.

Espiritu noble y levantado, tocó la moral bajo su verdadero punto de vista; máximas cristianas le inspiraban. Anatematizó los vicios sociales sin reserva ni consideracion, el adulterio, el engaño, la hipocresía y el egoismo que crece inspirado por intereses mezquinos, y aún la adulacion servil, fueron para él motivo de arranques elocuentes que hirieron las conciencias, iluminando una senda casi nueva para el público católico.

Ni aún la época en que hablaba detuvo sus ímpetus generosos.

Terminó su discurso y la concurrencia se dispersó halagada por aquellos conceptos no oídos, y que sin embargo tenían el sello de la verdad y la virtud.

Palacio, que le había oído, se retiró casi enojado de su protejido, aunque comprendiendo la grandeza con que se había expresado. Le saludó apresuradamente prestando graves ocupaciones. Apenas le dijo algo de su discurso.

Gutierrez comprendió que no había agradado mucho á su protector.



—Su juicio, espero su juicio, decía el jóven un momento despues á su teniente.

—Se lo prometí con la franqueza que me dá derecho su amistad y voy á dárselo. Ha hablado usted bien y elocuentemente, pero sacando las cuestiones que trató, de la órbita en que giran para el orador católico. Habrá gustado al público, pero no á Palacio ni á los hombres de iglesia que le escuchaban; de la opinion del primero no me cabe duda, le vi impacientarse unas cuantas veces. Los demás no evidenciaron tanto su disgusto, pero es indudable que lo sintieron. Cómo no, si usted condenaba sus actos diarios, amigo míc!

—Pues yo no creo que me haya separado de la verdad, y de la moral.

—Así es en efecto, pero eso no es bastante, y si usted predica seguido por el mismo estilo, ya le vendrá una reprobacion.

A Gutierrez le era duro creer todo aquello—él no se había contaminado con los vicios del clero, no conocía que todos predicán ajustándose á conveniencias de todo punto ajenas á su mision y que subordinan la verdad, la moral, la virtud á sus miras de preponderancia.

Había tomado á lo sério, hacer oír desde la cátedra sagrada la voz austera del deber, y eso bien merecía una reprobacion, como tan francamente se lo decía su jóven teniente, mas conocedor que él de los móviles que impulsan á los hombres de Iglesia: ese conocimiento hacia que le fueran poco respetables ciertos preceptos, y ya lo hemos oído espresarse contemporizando con el desvio que producen las pasiones.

—Pues voy esta noche á ver qué me dice Palacio, dijo Uladislao. — Usted me desconsuela.

—Bien quisiera equivocarme.  
—Yo lo maté poco afectuoso al despedirse, pero como tiene un carácter tan duro.

—Sin embargo, esté seguro que lo ha hecho rabiar.

—Ya lo sabré.



No eran las ocho de la noche cuando Gutierrez se hacia anunciar en casa de su padrino de vinageras.

—Qué le dió por predicar de esa manera que nadie le habrá entendido, condenando sin reservas lo que no debe mencionarse?

—Señor. . . he creído cumplir así con mi deber.

—Vaya un modo! atacar el adulterio de esa manera inesplicable que usted lo hizo. Parece que no vive en el mundo y no supiera que aludia á la mitad de su público: la verdad no se debe hacer oír tan duramente.

—Pensé lo contrario.

—Pues pensó mal. Hablar de la adulacion, cuando todos tienen hoy que adular para vivir, solo á usted pudo ocurrírsele, convirtiendolo con eso en enemigos de la Iglesia á todos los que adulan: pues ya nos echa usted una buena falange encima! Usted debió leerme su sermón antes. Apenas tiene dos párrafos tolerables.

A Gutierrez le iba disgustando esa moral tan acomodaticia:—veía la razon con que le habló Velarde, estuvo á punto de decírselo á Palacio, pero la idea de que le quitaran el curato, selló sus labios:—de todos modos nada remedio con eso, pensó, agregando en voz alta:

—Tendré en cuenta sus observaciones para otra vez.

—Ya lo creo que debe tenerla, si son sensatas y no se puede obrar de otro modo que el que le indico. Tome esas «Gacetas», ahí tiene publicados unos cuantos sermones de tiempo atrás y vea la diferencia.

—Los leeré señor. Y Gutierrez se lanzó á la calle.



—Qué le dijo Palacio?

—Cuanto usted había presumido, amigo Velarde:—me dió estas «Gacetas» en que debo encontrar algunos modelos.

—Pues vamos á verlas. Aquí tiene uno predicado por Gaete, que tanta voga y aceptacion ha tenido.

—Léamelo.

Velarde lo hizo.—No resistimos la tentacion de transcribir ese modelo de oratoria sagrada que marca con sus verdaderos perfiles el clero de la época:—fué dicho en la Piedad.

«Compatriotas: verdaderos federales, aquí teñeis el retrato de nuestro Ilustre Restaurador, que se ha sacrificado por nosotros, abandonando sus intereses y privándose de todas las distracciones de la vida por salvar la patria del caos en que la recibió; y en ella sus verdaderos amigos, los federales. ¿Y cuál es el premio de tantas virtudes? Vosotros no lo ignorais; que esos perversos, asesinos, traidores, inmundos, asquerosos, sin religion y sin patria, esos esclavos de los orgullosos y despreciables franceses, esos alevosos unitarios, han tratado de clavar el puñal, su arma favorita, en la persona de este retrato, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes Don Juan Manuel de Rosas, y de este modo envolver-

nos en sangre. Compatriotas: los verdaderos amigos, los federales, juremos perseguir á todos los unitarios; juremos delante de ese retrato vengar el mas mínimo agravio que se haga á nuestro Ilustre Restaurador. Bajemos al sepulcro sin consentir que los unitarios hayan conseguido sus depravados intentos; apreciemos la vida de nuestro Ilustre Restaurador mas que la nuestra; pues sin él no hay patria, no hay religion. Digamos á voz en cuello, para que oigan y muerdan la tierra los unitarios: Viva una y mil veces el padre de la patria Don Juan Manuel de Rosas y perezca el que trate de dar contra su estimable vida. Estos son los sentimientos del cura que os habla, y así os suplico que en llegando á casa de S. E., les digais que el cura y todos los verdaderos federales del partido de la Piedad, están prontos á sacrificar sus intereses y su vida por su conservacion.»



—Pero eso no es sermón.

—Así parece; tiene todo el aire de la proclama de un caudillejo, con más una muestra de adulacion degradante, pero ¿qué quiere hacerle?

—Yo no predicaré nunca en ese sentido.

—Pues no lo haga en ninguno.

—Creo que en eso vendré á parar.

—Es el mejor partido posible.

El diálogo sobre un tema que á tanta consideracion se prestaba para dos jóvenes que se transmitían con verdad sus pensamientos, continuó animado durante largo tiempo. Dejémoslos razonar para hacerlo por nuestra cuenta.

¿El púlpito ha sido alguna vez escuela de ver

dadera moral desde que la Iglesia Católica adquirió preponderancia? Creemos que no.

Ha sido el punto desde donde la voz de intereses, intrigas y fanatismo calculado, ha llevado su influencia perniciosa á los ánimos desprevenidos, sorprendiendo la buena fé ó la ignorancia. Todos los tiranos, todos los malvados, hanse glorificado en él.

Es la perpetuacion del engaño operada siempre por los sacerdotes. El paganismo ha tributado honores divinos á los héroes, el catolicismo á los bandidos.

—En nada es tan cierta la frase del sábio, *nihil novum sub sole*, como en religion. Parece que el hombre desde que aprendió á balbucear el nombre de Dios, lo hizo para engañar.

El sermón de Gaete no es precisamente una muestra de la oratoria sagrada de una época, lo es de todas y de todos los países.

Al lado del déspota se vé siempre la silueta del soldado de Cristo.

Un católico no es un ciudadano: obedecerá al Papa en contra de su patria.

Sé sabe que los intereses de Dios están antes que los de la tierra, y los intereses de Dios los hacen consistir en el falseamiento de todas sus leyes, aunándolos con los de su denominacion temporal para la cual todos los medios son licitos y buenos.

Bien se puede perjudicar al prójimo por servir al Papa, vicario de Cristo, que se mantiene intrigando en honor al Dios que representa; y ojalá fuera solo intrigando!

No creemos que un culto religioso sea un bien para un pueblo, le estravía lenta pero fijamente, en este sentido el catolicismo constituye una calamidad.



## Latin y piano

Desde que se aproximó la hora de las lecciones, Velarde no abandonaba el piano. Todo su repertorio era recorrido. Había que hacerlo sonar infatigablemente. Consiguió su objeto:— las niñas llegaron cuando hacía oír un vals.

—Vean ustedes á Velarde olvidado de todo.

—Toca con mucho gusto, dijo Camila.

El piano estaba en la pieza inmediata y allí condujo Uladislaio á sus discipulas.

Velarde se levantó apresuradamente.

—Siento que me haya oído una profesora. . .

—Aunque yo tuviera ese carácter bien podría usted tocar en mi presencia, ¿quiere repetir ese vals.

—Si usted tiene la amabilidad de tocar despues.

—Entonces no accede á mi pedido sinó á los impulsos de su curiosidad?

—El deseo de oírle me hace no reparar en tales consideraciones.

—Si: Camila no se hará de rogar, confío en su bondad.

Velarde ocupó el piano. Gutierrez se sentó muy cerca de él luchando con su deseo de mirar detenidamente á Camila y hacer que las notas alegres ó sentidas sirvieran de expresión para sus pensamientos.

Tuvo fuerza bastante para contener sus ímpetus y esperar.

Ella debía colocarse á su lado segun lo tuvo en cuenta al sentarse.

Velarde terminó: y con él la impaciencia de Uladislaio.

—El cumplimiento de su promesa, señorita: sin excusas.

—No debo usarlas, lo he prometido—á mas que quiero tocar para que usted no conserve una idea exagerada de mi mérito.

La jóven preluó los primeros compases: su emoción era sensible para Gutierrez que la miraba no menos conmovido.

—Al fin Camila, á través de vicisitudes dolorosas, cuando iba á entregarme á la desesperacion, llegó usted, mi ángel de siempre, á disipar con su presencia las sombras del dolor.

La voz de Uladislaio tenia una vibracion extraña, fatigosa. Camila le miró, respondiendo no sin que un suave sonrosado bañara sus mejillas:

—Pronto tal vez, Gutierrez, vuelva á alejarme de usted, ya sin remedio. Dios ha querido ha-

cer que nos veamos un tiempo mas, aprovechémosle para acostumbrarnos á la ausencia que debe seguirle como las sombras á la luz. La patria de nuestro amor no está en la tierra.

—Talvez tiene razon: es demasiado grande para las miserias del mundo; pero no se empeñe en hacer menos grande la dicha de este momento trayendo á la memoria lo que vá ó puede venir.

—Lo que vendrá!

—Bueno: no me lo diga;—quiero abandonarme á la ventura de hoy—sé que no puede ser continuada, pero hay hasta caridad para conmigo mismo al engañarme así.

—Pero acrece su pasion.

—Ya no es posible.

—La hace mas violenta.

—Oh! si lo fuera aún más estallaria mi corazon al dilatarse.

—Reflexione Gutierrez, añadió Camila mirándole rápidamente con la expresión de una plegaria, y haciendo vibrar los últimos compases de la pieza.



—Ha aumentado usted la buena opinion que tenia formada de su habilidad y gusto, señorita, dijo Velarde.

—Aunque sea usted excesivamente bueno, me obliga á dudar de su sinceridad.

—Oh! no lo haga.

—Y oyendo á Camila, señorita, dijo Gutierrez: á Marcela, no se entusiasma lo bastante por la música para aceptar el ofrecimiento de Velarde?

—Ya casi lo he hecho: el señor se empeña en mortificarse un tiempo.

—¡Qué ocurrencial seria imperdonable que usted no adquiriera un adorno mas que añadir á los que reune.

—¿Cuándo principian ustedes esas lecciones?

—La primera vez que nos veamos.

—Me parece bien.

El jóven teniente no habia perdido el tiempo. Habia probado elocuentemente á Marcela las ventajas de un poco de música, sobre todo si persistia de su idea de separarse del mundo.

La jóven aceptó complacida,—veía verdad en esas afirmaciones y le era simpático el maestro. Es mucho mas de lo que necesita una jóven para



decidirse á aprender piano,—sobra con la última razón.

Velarde los dejó satisfecho de la discipula que la suerte le deparaba.



Gutierrez comenzó las esplicaciones de su cometido, sin tener gran prisa por el rápido adelanto de las jóvenes.

Muy poco tiempo habian menester para prepararse en lo que exijian las Catalinas; pero el jóven se entregaba, como lo habia dicho, á la ventura del presente.

Las palabras cambiadas con Camila le habian hecho feliz.

La jóven con candorosa pasion habia confirmado los conceptos de su carta.

Ella amaba con la intensidad de un alma nacida para sentir y provocar las grandes afecciones.

Los que se sorprenden de que una niña espresase con verdad sus sentimientos á un hombre que no puede pertenecerle, no conciben la pasion en la mujer del temple que los hechos manifiestan á Camila. Juzgan por lo que los rodea, y Camila es la escepcion.

Las preocupaciones pasarán, y ese amor inmenso sublimado por el sacrificio á que la miseria humana condena todo lo grande, ocupará su puesto en el corazon de todos los que sienten, perpetuándose de generacion en generacion.

La mujer se educa en la mentira y para la mentira; un falso pudor contiene hasta sus miradas,—cifran la virtud en la mojigatería. Pero todo eso cede al impulso de un afecto sincero encarnado en un corazon capaz de abrigarlo en su amplitud.

«En verdad os lo digo: el mundo no sabe todavía lo que es la mujer, porque desde su nacimiento hasta su muerte, la sociedad le cierra la boca y el corazon; la enseña á fingir y á disimular; deja su inteligencia viciosa y enerva su naturaleza para hacer de ella un instrumento de placer. Ah! cuándo recibirá la mujer una educación franca y liberal! Cuando se dará desarrollo á su inteligencia bajo la sola garantía de su corazon!

*Constant.»*



Pasó la hora mas alegremente que de costumbre: la mayor familiaridad provocaba esas expansiones naturales entre personas que se estiman.

Las jóvenes se retiraron, prometiéndose tal vez interiormente pasarlo mejor en las clases que siguieran.

Marcela iba contentísima con la idea de aprender el piano, lo que no le habia sido permitido apesar de sus deseos.

Camila no lo estaba menos, pero su alegría era mas íntima, mas profunda, sin manifestaciones exteriores. Presentia momentos de conversacion con Gutierrez, mientras su amiga tocara el piano.

Habia sido aquella una idea feliz.

Velarde halagado por secretos pensamientos, hablaba de sus lecciones de piano con mas acortamiento del que puede tener un maestro con

la adquisicion de un discipulo por Luena que sea.

Gutierrez aumentaba ese entusiasmo, pues de tales lecciones se prometia mucha felicidad.

—Hasta yo estoy impaciente porque llegue la próxima clase, decia el jóven teniente,

—No tanto como yo.

—Puede ser, pero me complace la confianza que vamos á adquirir con estas niñas tan apreciadas. Marcela es una jóven de gran imaginacion, muy despejada y que tiene una instruccion que no se encuentra en la generalidad. Las mujeres son tan ignorantes aqui.

—Parece que le ha caido en gracia.

—Hombre, nól digo simplemente esas circunstancias, porque yo no me habia formado de ella un juicio semejante. Usted sabe que esa seriedad un tanto desdeñosa de Marcela suele ocultar fatuidad, ignorancia y orgullo, calamidades todas: esta niña no tiene nada de eso.

—Tambien lo creo yo así.

—Vamos á tener ratos muy agradables.

—Que serán para mí algo mas que agradables.

—Me lo figuro: Camila es la jóven mas interesante que he conocido; qué gracia! qué dulzura en esos ojos casi negros, capaces de tanto fuego y animacion!

—Y si usted la oyera cantar!

—Pídale que lo haga un dia de estos.

—Lo haré: para mí hay mucho de divino en una mujer que canta.

—Sobre todo cuando esa mujer es Camila.

—Si, siendo ella, es natural, pero independientemente al afecto con que la miro, juzgo su canto.



Velarde no resistió la tentacion de intentar la conquista de Marcela.

La suerte la traía á su lado, la iniciaba en su confianza,—esto era bastante para alejar los escrúpulos de su conciencia poco timorata y que no veía en ello una gran falta—tan habituado estaba á sorprenderla en los demás.

No habia comunicado su proyecto á Gutierrez, no porque temiera desagradarle como superior, pues éste habia perdido el derecho á la severidad, sino por las dificultades de la empresa en la que le seria mortificante la derrota, si era conocida.

Iba á poner en práctica sus medios de seducción con el mayor disimulo, seguro de que Uladislo nada sospecharia, embebido en la felicidad que le proporcionaban las clases dadas á su amada.

Si era correspondido, lo participaria, pues así se aseguraba la complicidad interesada de la jóven, lo que no seria por cierto un gran disgusto para Gutierrez, que veria en ello la garantía de una confianza ilimitada.

Ahl las lecciones de piano han sido una idea soberbia, pensaba, recordando los atractivos de Marcela.

Si yo pudiera hacer que se confesara conmigo, seria un gran paso. Así sabria con verdad el estado de su corazon y arreglaría mi plan de campaña segun sus propios datos: es atacar al enemigo en un paraje cuyo punto se tiene en las manos bien marcados los puntos vulnerables. Luego allí se hacen insinuaciones cuyo alcance no sospechan en el primer momento: se les debi-

lita el temor á ciertos pecados, pintándoles tambien vivamente la poderosa seduccion con que arrastran, cosa que Dios tiene muy en cuenta para no considerarlos graves.

Se les destruye la creencia de que los sacerdotes no sufren los movimientos irreflexivamente apasionados, haciendo ver que son hombres débiles cuyas pasiones han menester mas indulgencia, puesto que no pueden guiarse segun las leyes sociales. Se les inculca el temor al escándalo únicamente, que es lo que Dios condena, y como éste puede prevenirse fácilmente, se garante la impunidad.

Oh! el confesonario! Si los particulares supieran lo que vale, ya habrian buscado el medio de instituir algo semejante.

Una muchacha tímida é ignorante, como por gracia de Dios son la mayor parte, va donde se le dice, hace lo que se le aconseja, sin que deje de creer que ha obrado en conciencia.

Pero, los que verdaderamente costean las gangas del confesonario son los maridos. Si ellos supieran que la mayor parte de sus malos ratos y desavenencias no tienen otro origen, creo que preguntarian como cosa indispensable antes de declararse á la novia ¿se confiesa usted señorita? y huirian ante la afirmativa, sin pensar en el matrimonio con una jóven que tiene un censor interesado que puede hacer, y hace generalmente infructuosos los mas serios planes de reforma doméstica.

La casada trae al confesonario la dignidad y mil veces la honra del marido para arrastrarla allí, mezclada con ridiculeos de todo género que amenizan el acto. Algunas veces, apenas puede uno contener la risa cuando habla con el esposo de una hija de confesion.

Oirlo tan serio, ponderar las cualidades de la mujer y el régimen interno que el infelís no conoce tanto como uno, inspira lástima tambien. Así es todo,—siempre hay dos faces, una de las cuales no deja de tener ribetes de grotesca.

Pero mis reflexiones se han separado del punto de partida. Maldita asociacion de ideas.

Marcela tiene el inconveniente que ya existe alguna relacion conmigo y que debe seguir tratándome, y una mujer que no es tonta, no se confiesa con un padre que trata, á menos que la lleve segunda intencion. Las mujeres suelen tener mas malicia, ó sea mas talento natural aplicado al conocimiento de la vida, y si no fueran ignorantes, Dios nos libre!

El caso exige que tantemos el terreno. Mucho debo esperar de la ocasion, gran agente de descalabros mujerieles, y ésta se presentará espléndida con poco diligencia. Oh! Marcela, si yo consigo convertir tu sonrisita desdenosa en otra mas tierna é insinuante! La sola idea me saca de quicio.

—Padre, le llaman para un bautismo, dijo en esemomento el sacristan, cortando así en punto tan interesante la meditacion del teniente cura.

—Bueno, diga usted que ya voy. ¿Es una buena familia?

—No padre, son pobres.

—¿Vienen muchos?

—Eso sí, son una cantidad.

—Siempre se han de juntar un enjambre para estas cosas: en fin, vaya, que ya estoy allá.



Camila recorria el patio de su casa, mirando

distraida al parecer, las plantas que lo adornaban y pensando en su conversacion con Gutierrez.

Desde que habian principiado las clases habia adoptado un talante serio sin afectada tristeza, que ocultaba la felicidad que le proporcionaban.

Volvió á verse en sus labios la violeta que habian sostenido siempre, y su voz se dejó oír, entonando en voz baja sus aires favoritos.

Misia Jeaquina descansaba un tanto de su intranquilidad.

No se le habia promovido conversacion alguna que pudiera herir sus sentimientos, esperando la obra de la razon.

Ella se abandonaba algunos momentos á la ventura fujitiva del amor que se expande en el corazon que anima, iluminándolo todo con vivisimos colores. al agrandar las impresiones aumentando la sensibilidad.

Se ha dicho con verdad, que esta pasion suele avivar al tonto é idiotiza al ser inteligente—¿por qué?—nosotros hallamos la explicacion en el aumento de sensibilidad que aparece.

Al hombre inteligente, porque es sensible, ó sensible porque es inteligente, lleva al exceso esta sensibilidad haciendo de él un loco y mas generalmente un tonto, y aquel cuya sensibilidad no puede llevar al exceso, lo coloca en el término que produce un sér de medianas aptitudes.

La mujer está menos sujeta á cambios tan marcados: su sensibilidad es de otra naturaleza que la nuestra, está mas en ella, es ella misma: se enloquecen menos por amor, y si algunas lo hacen, es por un accidente de tal pasion, no por la pasion misma. ¿Aman menos? no: aman de otra manera.

De aqui deduciríamos la razon por qué se difieren las manifestaciones del amor en las mujeres que en los hombres. Acabamos de decir que la sensibilidad de la mujer es ella misma: sujeta por consiguiente á la influencia de su carácter, mientras que al hombre se agrega accidentalmente influenciándolo con el sello de una causa invariable.

Pero volvamos á Camila.

Su ánimo afectado le provocaba violentas transiciones. Desde el éxtasis de un amor puro, contemplativo, pasaba dolorosamente á la consideracion del término fatal que deberia llegarle.

Encerrar sus ilusiones, empuqueñecer la situacion del horizonte que abarcaban sus miradas de niña, arrastrar en la oscuridad de un monasterio sus alas de ángel, era demasiado horrible y, sin embargo su único porvenir.

Con cuánto dolor llevaba su mente á los dias que iban á seguirle.

Cuánta energia debió atesorar su corazon, capaz de tanto amor, para pensar siquiera en su propósito, y ni aún para su memoria se han recordado las palabras de Jesús: *Mucho se te perdona porque has amado mucho.*



Gutierrez halagado por la esperanza de hablar un momento con Camila, deseaba mas la próxima clase que lo que habia deseado las anteriores: su impaciencia se hacia visible á medida que el tiempo, para él tan lento, le acercaba sus horas de placer.

Hacia mil proyectos, preparaba mil frases de

ternura, presintiendo, sin embargo, que ni ejecutaría los unos ni diría las otras; pero tales perspectivas no se ven sin análisis de imaginarios incidentes.

La imaginación se complace en engalanar la dicha que proporcionan los afectos, como aumentan los dolores, prestando tintas sombrías á sus cuadros.

Protectora ó verdugo, su rol es destacar las sensaciones con imágenes adecuadas á cada uno de sus opuestos papeles.

Dulces recuerdos le golpeaban el cerebro y mezclándose á sus ilusiones, le mantenían por momentos en una especie de limbo, fluctuante entre el pasado y el porvenir. Allí vagaba su alma.

*Dicha es soñar, y en el mundano ruido  
Vivir soñando y existir dormido.*



—¿Cómo le irá á usted hoy con su nuevo maestro?

—No crea que voy sin cordada; ahora que siento tan próxima la tal lección de piano, me amedrenta la conciencia de mi poca habilidad y que voy sin duda á parecerle muy torpe.

—No lo creo yo así.—Sé que hay dificultades al principio, pero muy poca práctica basta para que se allanen insensiblemente, admirándose uno después de haberles dado tanta importancia.

—Pero es que yo no debo tener disposición para la música.

—¿Ha ensayado usted?

—No, nunca.

—Pues entonces no tiene fundamento alguno la suposición y mucho menos su temor.

—Usted me alienta.

—¿Y cómo no hacerlo? Yo he pasado esos costosos preliminares y conozco el camino.

—En fin, pronto lo sabré.

Y las jóvenes cortaron su diálogo para cruzar el ático del Socorro.

Un momento después, penetraba Velarde al escritorio, donde ya conversaban con Uladislao.

—¿La música será antes ó después de sus lecciones?

—Usted deberá decirlo.

—A mí me es igual.

—Pues yo decidí, dijo Uladislao.

—Perfectamente.

—Creo que debe ser antes, porque constituirá el descanso para la molestia de llegar hasta aquí.

—Yo lo acepto ¿y usted Marcela?

—Yo debo someterme.

—De ninguna manera: Ustedes deben ordenar.

—Bueno: cambiemos la palabra,—lo acato.

—Tampoco es esa.

—Cedo, entonces.

—Aún no es bastante.

—Pues, qué debo decir?

—Quiero que así sea.

—Diré *men* simplemente, puesto que aprendemos latín.

Camila sonrió ante la ocurrencia de su amiga, diciendo:

—Los maestros inauguran las clases con algo de su repertorio. . .

—No me niego á seguir una práctica establecida por tan honorable gremio.



Gutierrez estaba mortificado con aquellos incidentes que no contribuían á la dicha de poder hablar con Camila: aunque se habia sentado cerca de ella, Marcela lo estaba tambien y una imprudencia podria comprometerlo todo. Le parecieron eternas las dos piezas que tocó su teniente.

—He cumplido con la práctica señalada por usted Camila, y estoy á las órdenes de Marcela.

La joven se levantó aproximándose al piano. —Ocupe su puesto, señorita, que la parte material de la ejecución son las primeras dificultades que asaltan y hay que vencerlas en el órden que se presentan.

—Cómo podré hacerlo!

—Tengo completa confianza que lo hará en breve ¿tiene usted oído músico?

—Algo, pues me es fácil notar la falta en el qué toca, y aún conservo en la memoria, casi íntegra la pieza que me ha causado placer.

—Son excelentes cualidades: demos principio. Voy á tocar á usted esta parte de una piceita sencilla; procure retenerla fijándose en las teclas que pulso, pues la tocará en seguida.

—Marcela se habia sentado al lado de Velarde y prestaba decidida atención á sus palabras: éste hizo lo que habia dicho y se puso de pié.

—Ahora usted—voy á marcar los compases con la voz.

La joven oprimió las teclas con mano insegura.

—La posición de la mano le será mas cómoda así: vea usted.

—Me parece que los dedos se resisten á ese movimiento.

—Eso ahora, nada mas,

—Creo que pasarán quince dias lo mismo.

—No, no; pulse estas teclas y no esas: así. Y la mano de Velarde oprimió suavemente la de Marcela para conducirla á ejecutar los movimientos que debia.

La joven preocupada con su lección no dió valor á ese acto: que era de uso en todos los que enseñaban, aunque sintió un ligero estremecimiento á tal contacto.

Velarde lo notó, siéndole de muy buen augurio, y á cada instante hallaba necesidad de conducirla la mano. La lección de piano terminó apesar de los esfuerzos de habilidad hechos para prolongarla.

Camila y Gutierrez se admiraron de que la primera lección fuera tan corta; para ellos no habia transcurrido tiempo desde que Marcela fijó por completo su atención y su oído.

¿Qué se habian dicho? ¿Habian tratado de resolver su porvenir? ¿se habian preocupado de las cuestiones que les tocaban directamente? Nada de eso: apenas tuvieron tiempo de mirarse, transmitiéndose el alma en ese fluido misterioso, no estudiado, que proyectan los ojos que aman cuando saben mirar, y de dirigirse algunas palabras cariñosas, pero que solo respondían á un impulso del momento: *esas necesidades* del amor, como las califican los despreocupados, ó mas bien, los que no han sentido en ellas las palpitaciones de una vida concentrada en un instante,

que no son capaces de alcanzar las manifestaciones del amor, ni de darse cuenta de lo que es sublime ó tanto.

—¿Qué tal la discípula, padre? preguntó Camila así que ésta recuperó el sitio que ocupara á su lado!

—Perfectamente: antes de tres meses tocará algunas piezas; si me cuesta creer que no haya ensayado nada antes. Si quiere aprender por música llegará á sobresalir. Mi consejo sería ese: mientras suelta los dedos tocando de oído debiera ponerse en condiciones de hacer ejercicios metódicos.

—Pero como es posible que solo disponga un tiempo limitado, ¿para qué hacerlo? No se desconsuele usted, no se pierde una notabilidad artística.

—Esa no es una afirmación á que pueda darse crédito, ni tenerse en cuenta, pues no es sensato que solo las notabilidades aprendan.

—Usted tendrá muy buenas razones, pero teme que se estrellen en mi poco amor á los trabajos mentales.

—No será tan poco, que eso le parezca una tarea insoportable.

—Bueno, aplacemos la cuestión para cuando posea algun adelanto que me haga mas atractivos los conocimientos que tanto cuesta adquirir.

—Eso ya es aceptable. Hasta pasado mañana, dejemos el turno á lo mas serio é importante. Es sensible que no sea tan agradable generalmente.

—Así es; pero esa misma diferencia que hice busea la transición, tiene su encanto, repuso Camila, saludando.

Poco dedicaron á los rezos y demas pequeños deberes de clase, porque la verdad era que habia trascurrido la hora con el piano. Las jóvenes se retiraron no queriendo prolongar su estudio mas que lo de costumbre.



La clase siguiente llegó en medio de las impacencias que nias ó menos vehementes, sufrían los cuatro jóvenes.

Comenzó la lección de piano, dejando á Camila y Gutierrez con la libertad necesaria para comunicarse sus pensamientos.

—Qué dicen en casa de usted del giro que han tomado providencialmente, pues no puedo clasificar de otra manera los sucesos que nos han unido?

—Nada; conozco que mamá observa el estado de mi ánimo, aunque ya bastante tranquilizada porque puedo ocultar mejor mis tristezas.

—O no las siente tanto, ¿no es verdad? Yo desde que la veo y le hablo de mi amor no estoy triste, aún cuando mi desgraciada posición para con usted me provoque momentos muy amargos.

—Hay que aceptar el fallo del destino.

—¿Y no ha sido él, quien une nuestras almas?

—Sí, pero esa union está coartada por el deber y la sociedad.

—Diga por esta solamente: el deber lo concibo con manifestaciones mas amplias, mas elevadas y cuyo cumplimiento, lejos de hacer imposible la felicidad, parece asegurarla en bases firmes.

—Sin embargo, las leyes sociales son respetables.

—Deberían serlo, pero todos las burlan porqu

se ven impelidos á ello por fuerzas superiores que no pueden contrarestar eficazmente.

—Es verdad que eso sucede—¿cuál es la causa?

—Que se ha obedecido para la mayor parte de las prescripciones á móviles ajenos á los principios que debieron inspirarlas: las han forjado sin acertar con las leyes eternas de la naturaleza, y puestas en pugna constante, vence al fin lo inviable.

—Segun eso, la mitad de las faltas no son tales, puesto que las acciones deberían juzgarse con un criterio distinto.

—Eso es lo cierto, y aún para los crímenes que caen bajo la acción de la justicia vulgar que tiene sus cárceles, deberían existir otras leyes y otro modo de juzgar, no despreciando tanto la causa que produjo un efecto punible.

—Muy sensato es cuanto le oigo, pero no hay el medio de reformarlo.

—Desgraciadamente no se vislumbra próximo; pero habria que renegar de toda idea de perfeccionamiento, si obedeciendo á la rutina no se dan pasos en el sentido del bien. Todos tenemos derecho á la felicidad posible de este mundo, y es doloroso que apenas un pequeño número camine tras sus huellas. ¿Por qué nosotros mismos hemos de mirar imposible lo que está al alcance de la mano? Créame Camila, tengo momentos de sombría desesperación cuando recuerdo su amor abnegado, que bastaria para convertir la tierra en un paraíso, y me veo privado de sus goces sin que nada verdaderamente serio y respetable lo impida. Aparte de que un sacerdote debería estar habilitado para casarse, yo, sin vocacion alguna, me veo siéndolo conducido por una fatalidad implacable que no solo priva mi acción á la ventura sino que me la muestra para producir un tormento superior á lo que puedo espresar, pero que usted valora, puesto que ama.

—Sí lo comprendo, pero hay una virtud muchas veces sublime, que se llama resignación.

—Que no puede llegarse á ella cuando se sufren impulsos apasionados que son eminentemente activos, mientras que la resignación tiene un carácter pasivo que la hace imposible para mí. Ah! Camila, tiene usted un alma muy superior en fuerzas á la mia, ó no ama tanto como yo.

—Es que hago mas esfuerzos que usted por dominarme.

—Yo tambien ludo y lo hago con toda la sinceridad de mi alma, pero soy impotente para triunfar de este afecto. Sin usted al alcance de mi vista y de mi voz, moriria desesperado.

—¿Y si como es, por desgracia, muy probable, tengo que alejarme?

—Oh! no piense en ello, no concibo nada tan horroroso como una separación—si pudiera consagrarle mi vida, creo que ni la muerte se atreveria á distanciarnos.



—¿Qué les parece mi discípula? dijo Velarde que concluía su lección.

—Comentábamos un momento há la disposición que manifiesta, respondió Gutierrez.

—Con un maestro semejante, añadió Camila.

—Ah! señorita, ha llegado á mis oídos la fama de su canto—¿querria usted darnos el placer de oirla?

—Si alguna vez lo he hecho, hace ya tiempo que no ejercito mi pobre voz.

— Aunque así sea, no lo habrá olvidado todo y creo interpretar el deseo de todos, instándola.

— Me es grato complacerle, aún á costa de un sacrificio.

— Es tanto mi deseo de oirla, que no me arre- dro ante la idea de causarle una molestia.

Camila ocupó el piano y lanzó al aire su voz magnífica, que fué escuchada con verdadero placer, especialmente por Uladislao en quien des- pertaba su canto un sentimiento de adoracion, mas que de amor. La vibracion de la última nota trajo su espíritu á la realidad.

Un momento despues principiaba sus explica- ciones de maestro, habiéndose alejado Velarde, quien estaba muy satisfecho de su leccion de piano.

El jóven teniente habia sido amabilísimo para sus explicaciones y lleno de paciencia para con- ducir la mano de su discípula.

Esta pareció notar que habia en la opresion con que se la tomaba, algo mas que el deseo de guiarla bien.

Esto no la mortificó sin embargo; Velarde era bastante simpático para cubrir las desventajas de su estado, á mas que dadas las intenciones y espíritu religioso aquella era una intimidad que no la desagradaba.

Así lo comprendió Velarde, pues dobló sus atenciones y aun dejó deslizar alguna frase in- tencionada, que si no fué contestada satisfactoriamente, no hubo tampoco disgusto al res- ponder.

Conocer de las dificultades de su empresa, estaba muy lejos de desanimarse— bien sabia que ni un particular es bastante feliz en el primer cambio de palabras para obtener espe- ranzas.

Comparada su situacion con la de éstos, no era desventajosa; por el contrario, si á un particular le es fácil el acceso, choca despues con resistencias mejor fundadas. Para él todo el peligro estaba al principio, y éste no podia ser mejor, así que no era de extrañar su satis- faccion.

Marcela no creyó alimentar esperanzas con su amabilidad—obedeció á esa coqueteria instintiva de la mujer, primeras prendas que muchas veces se recojen á un alto precio.



— Usted debe estar muy contento con las leccio- nes de piano, decia Velarde mientras cenaban.

— Si; me proporcionen el placer de hablar de mis sentimientos.

— Placer que no solo va á constituirse en una necesidad para usted, sino que dará mayor fuego á su pasion, y no ese fuego que producen las contrariedades, sino uno que quema, que enlo- quece.

— Ya lo voy sintiendo.

— Son terribles sus efectos. Como no lo sienta solo, está salvado.

— Por qué?

— Porque el amor que hace feliz debe ser cor- respondido con otro de la misma naturaleza.

— ¿Cómo saberlo?

— No se aflija, antes de mucho lo vá á investigar sin darse cuenta tal vez de lo que hace, arras- trado á hacerlo; la pendiente en que se encuentra no es de las que proporcionan descanso ni de- tencion.

— Estoy experimentándolo.

— Y aún no se halla en el declive mas vio- lento.

— Eso nó—no cabe en mi pecho mayor pa- sion.

— Pero como hemos dicho, cambiará de carác- ter.

— Tendré que someterme á lo que no me es da- do dominar.

— Comprendo y disculpo que no se domine. Cuando oia cantar esa niña, pensaba en su pa- sion, hallándola natural y valorando la fuerza con que debe arrastrar tanta seduccion: es un ángel.

— Y usted no ha sondeado su alma generosa y abnegada;—la tierra no puede merecerla.

— No juzgo innecesario su entusiasmo ahora que la conozco y sobre todo que la he oido.

— Ah! no sé qué sería de mí si tuviera que de- jar de verla. Y la mirada de Gutierrez tomó una expresion estraña y sombría.

Velarde no le habló mas. Un hombre que ama así, no está nunca en el término medio: cielo ó infierno son sus moradas, pensó, levantándose de la mesa.



Gutierrez quedó solo, fijando largo rato sus ojos en un punto; parecia que no se habia dado cuenta ni de la salida de Velarde.

Despues se levantó, cruzó los brazos sobre el pecho y empezó á pasearse.

De pronto sus ojos volvieron á iluminarse, y como formando el trueno á los rayos que lanza- ba, murmuró con voz sorda:

— Míal sí, mia, aunque la tierra se abra para ar- rancarme de sus brazos, aunque el fuego del infierno consuma mi existencia maldecida.

Todo siento vacilar ante mi paso, todo, todo. Hay algo firme y que se agiganta: mi amor! Amor sacrilego, como le llamaria el mundo; sagrado ante Dios que puso su chispa en mi corazon.

Yo no puedo seguir en esta lucha estéril— solo tengo fuerzas para amar.

Si hay virtud en la resistencia, yo no tengo esa virtud, lahe tenido, hoy cedo: que la mirada de Camila ilumine una nueva faz de mi vida:—la faz del amor que goza.

Oh! un dia, un solo dia de ventura y ciérrense mis ojos á la luz.

Pero, y ellal yo que la amo tanto, voy á precipitarla del pedestal de su inocencia, de su fé, de su virtud, para que caiga en mis brazos, donde la desesperacion hará presa de su alma! Pero tambien me ama y deberá sentir como yo, sí; entonces juntemos la palpitation de nuestra vida, arranquémonos al mundo que nos envenena: el amor no lo necesita, puede formarlo con su aliento poderoso, es omnipotente, y en él unidos por una aspiracion suprema, no llegará á noso- tros un dolor que no acallemos. El mundo del amor es la ventura. Y Gutierrez siguió poblando su mente de imágenes de dicha.



La exaltacion producida en el ánimo del jóven sacerdote le habia impedido recordar la costum- bre de pasar al escritorio á leer y conversar con su teniente, mientras el sacristan les daba mate.

Llego la hora de tomarlo y entró el sirviente trayéndole uno á Gutierrez que lo tomó dirijiéndose con él á la pieza indicada: en ella estaba Velarde.

—En sus meditaciones le trascurre el tiempo sin sentirlo;—hora y media hace que cenamos.

—La vida pasaría en ellas.

—Lo comprendo, pero eso no es razonable.

—Y qué lo es en una pasión?

—Es verdad: sin embargo el ánimo debe despojarse de cuando en cuando de sus ideas fijas.

—Sí todo me la recuerda.

—Así será, pero haga que su recuerdo sea provocado mas ó ménos directamente, y no insista en él. Permitame esta confianza para mis palabras.

—Se lo agradezco—sin usted yo lo pasaría muy mal. Supongamos que ocupara su puesto un viejo hipócrita ó austero, con quien no podría hablar ni descuidarme para mis actos.

—Así es: ambos ganamos con la union que provoca la edad y el carácter. Antes de venir usted yo lo pasaba mártir con el viejo Silveyra.

—No lo extraño. La vejez no tiene consideraciones con la edad.

—Eso consiste en que solo recuerdan las necesidades cometidas y no la violencia del impulso que los llevó á ellas.

—Puede ser.

—Sucede con uno mismo, que apenas se ha separado cuatro ó seis años de la primera juventud, ya se reprocha duramente cuanto ha hecho, y mil veces ni lo comprende.

—Es cierto, dijo Gutierrez, que media la verdad de aquellas palabras por su mismo estado, juzgando que si le hubiera sido posible retroceder, no ser.a sacerdote, aún cuando todos los secretarios ó obispos se empeñaran.

—Ahora mismo, merced á esta «Gaceta» de las que usted trajo, recordaba mis años anteriores, viéndolos bajo un prisma cambiado.

—¿Que es tan atrasada?

—Sí, tiene algunos años. El señor Palacio no debe tener mucho orden en sus papeles.

—Creo que así es. Por todas partes los tiene amontonados —me parece que no rompe ninguno de los que le llegan, dada su cantidad—¿Y qué punto de contacto tiene lo escrito en ese diario con sus aventuras, que se las trae á la memoria?

—La fecha simplemente, y que narra una de las fiestas notables de ese tiempo, que constituían un acontecimiento.

—Cuál es ella?

—Lo que se llamaban fiestas parroquiales, en que se pascaba en un gran carro el retrato del Gobernador, algunas veces junto con el de su esposa.

—Cuando llegué á Buenos Aires, aún se hablaba mucho de ellas. El carro era tirado por militares, señoras y altos empleados.

—Es verdad; apesar de que no era muy pequeño.

—Entonces era un verdadero sacrificio.

—Imagínese que tenia nueve varas de elevacion, cinco de largo y tres de ancho.

—Pues ya se necesitaba entusiasmo para tirar de él. ¿Iria muy adornado?

—Sí, aunque con muy poco gusto.

—Todo forrado?

—Oiga cómo lo describe la «Gaceta» de que hablamos:

«El hermoso carro triunfal era de un orden elegante, ligero, sencillo, vistoso y verdaderamente triunfal. Estaba entapizado interiormente de género de seda punzó, y en el exterior adornado por la parte inferior con una graciosa cenefa de blanco y punzó. Los demás adornos eran de relieve en oro.

«Por todos lados estaba adornado el carro triunfal con un elegante gorro de la libertad.

«Por delante del carro, en un magnífico pedestal, se elevaban entre otros trofeos colocados con el mejor gusto, y que formaban una bellísima armonía con el conjunto, las armas quitadas á los mas afamados é indómitos indios belicosos, en la gloriosa expedición á los desiertos del Sur en 1833 y 1834.

«Allí se veía la coraza y la lanza del famoso Chocorí.

«En el hermoso medallon de que se componia el respaldo del carro, habia esta inscripcion:

*Execración, maldición, anatema, odio eterno á los salvajes, fementidos asesinos, traidores unitarios.*

«En el cenro esta otra: *¡Mueran los inmundos, asquerosos, petulantes, fanfarrones agentes franceses, enemigos de la dignidad y honor del continente americano! ¡Muera el pardejon Rivera y el asesino Lavalle!*

«Al derredor del retrato de S. E. nuestro ilustre Restaurador de las leyes, se leia esta inscripcion:

SABIO, OPTIMO, MÁXIMO

*en cívicas federales virtudes*

«Al derredor de nuestra esclarecida Heroína de la Confederación Argentina, la señora doña Encarnación Ezcurra de Rosas, esta otra:

ARDIENTE FEDERAL, SABIA, PATRIOTA,

INDEPENDIENTE, LIDRE.

«Al pié del hermoso asiento en que estaban colocados en el carro triunfal los dos retratos, habia esta inscripcion:

*Perfecto consorcio, simbolo de la confraternidad*

*y union íntima de los verdaderos federales*

«Entre los adornos que orlaban el cuadro, sobresalían tres estandartes de forma romana en que estaban las inscripciones siguientes:

LA PARRQUIA DE LA MERCED RECONOCIDA

AL SALVADOR DE LA PATRIA.

NUESTRO ILUSTRE RESTAURADOR DE LAS LEYES,

DIOS, FEDERALES, ES JUSTO, VELA SOBRE

EL VIRTUOSO Y CASTIGA Á LOS MALVADOS».

—Por la descripcion de ese mal narrado, se vé que se le han tributado honores mas que régios al Gobernador.

—Ya lo creo, como que alguna vez los vecinos por donde pasaba el carro tomaban banderas y las abatian DUBLANDO UNA RÓDILLA. Muchas ve-

ces he formado en el público que componia esa especie de procesion, satisfaciendo mi curiosidad de muchacho.

—No sé por qué me parecen espectáculos poco edificantes.

—Sí, rebajan la dignidad humana.

—En alto grado.

Gutierrez vió la hora; eran las nueve y media. Velarde se levantó para retirarse á su pieza.



—Trátame con mas confianza Marcela—hace tiempo que los conocemos de nombre y aun de vista y ahora nuestra relacion se estrecha tanto, que no debemos alejar la intimidad en los rasgos que la manifiestan.

—¿Quiere mayor confianza aún que la que uso?

—Sí: con que dejáramos tratarnos de vos.

—Qué ocurrencial tan pronto!

—No lo es para nosotras y en nuestras circunstancias. Apruebe la idea.

—Con gusto, ¿y qué dirán los padres lo que oigan el cambio de tratamiento?

—Que nos hacemos verdaderamente amigas. Yo no le diré mas de usted.

—Yo tampoco.

—Vas preparada para la leccion de piano?

—Sí: recuerdo cuanto toqué y me esplicó.

—Lo que agrada mucho al maestro.

—Me propongo no darle motivo para que se canse.

—Y aunque se lo diera, no habia de manifestarlo: es muy amable.

—Cuida mas de cumplir lo pactado.

—Qué?

—El tú y el usted.

—La costumbre me lo hace olvidar. Ya llegamos, parece que se oye el piano.

—No es extraño que Velarde prepare la leccion.

—Eso prueba gran interés por la discípula.

—O gran afición á la música.

—Cualquiera que sea el móvil, el resultado es el mismo: que saldrás una pianista de primer orden.

—Te burlas?

—No es mi carácter.

Las jóvenes suspendieron su diálogo para anunciar su presencia.



Velarde alentado por sus esperanzas se habia propuesto dar mas intencion á sus acciones y palabras.

—En la primera ocasion retuvo oprimiéndola suavemente la mano de Marcela é interrogó la impresion con su mirada.

La joven se ruborizó ligeramente y esquivó la mano sin enojo.

Adelante! se dijo el joven, y esperó la oportunidad de adelantar una frase.

Esta se le presentaba. A Roma por todo, pensó, diciendo á Marcela:

—A pesar del carácter que invisto, usted habrá notado que soy liberal. Eso, y el aprecio que siento por usted, traen siempre á mis labios una pregunta, que ya no hace indiscreta la confianza con que me honra.

—¿Cuál es ella?

—Si ha pensado lo bastante la resolucion que

abriga de solicitar una vacante en las Catalinas.

—Sí; mi carácter me aleja de la sociedad, que atrae muy poco, dicho sea de paso.

—Comprendo que no guste usted, espíritu sério, de esas vanidades pueriles que constituyen la forma y muchas veces el fondo del trato social. No me sorprenderia que usted se encerrara en su casa sin salir de ella jamás, pero estaria rodeada de afectos.

—Muchas veces he pensado cuanto me dice ahora; es efectivamente doloroso dejar para siempre las personas que se aman y que nos aman.

—Doloroso para usted, cruel para ellas.

—Es una crueldad necesaria y que implica sacrificio por mi parte.

—Pero que es usted la que lo acepta y provoca.

—De modo que usted me aconsejaria desistir. —No tanto, consulte la voz de su conciencia, teniendo en cuenta que lo mismo se sirve á Dios desde el hogar que desde un monasterio.

—Lo sé, y apesar de todo me encerraré en él. —Y esas afecciones de niña ó mas bien de todo el que siente, no han tenido voz en su corazon? No estrañe mis preguntas; considéreme como confesor, cuya mision es encaminar.

—Respondo á ellas sinceramente. No he sentido mas afectos que los de la familia.

—Usted que ha nacido para inspirarlos?

Marcela miró á Velarde, que sostuvo intrépidamente la interrogacion que envolvian los ojos de la joven. Ella contestó poniéndose en guardia al presentir el terreno en que entraba el diálogo:

—No creo reunir atractivos mayores que la generalidad.

—Usted no puede ser juez en ese punto.

—Pero los demás me lo hubieran hecho conocer.

—Y usted lo oculta modestamente. A mas que no todos los que se sienten impresionados están en situacion de manifestarlo.

—El hombre, rara ó ninguna vez deja de hacerle de un modo ú otro.

Aquí tocó á Velarde interrogar con la mirada la posible intencion de la frase; pero la joven era digna de su interlocutor y permaneció impassible—el repuso:

—Es que las impresiones verdaderas impremeditadas, se evidencian apesar de uno.

—Cuando no se pone cuidado en ocultarlas.

—Por mas cuidado que exista, talvez el disimulo las manifiesta mejor para un ojo perspicaz.

—Entonces usted cree en la imposibilidad material de hacer pasar desapercibidos los sentimientos que afectan el ánimo?

—Estoy convencido de ello.

—Qué le hace juzgar así?

—Mi experiencia, y lo que me pasa á mí: yo no podria concentrar tanto mis afectos que ni la persona que los mueve lo conociera, y usted comprende que mi carácter de sacerdote me coarria, y que debo cuidarme de que puedan ser mal interpretados, añadió para atenuar un tanto el alcance de su respuesta.

—¿Y en el caso de que lo sean?

—No me queda mas recurso que tener paciencia; á mas que la irreflexion que aparecen las impresiones es mi disculpa. Un sacerdote es

siempre un hombre sujeto como todos á los impulsos del corazón.

— Que debe dominar á todo trance.

— Esa es la creencia general, pero eso no es verdad. Las prescripciones que rigen nuestra conducta no pueden ponerse al alcance de todo el mundo;—sería inconveniente, y lo que muchas veces aparece como una falta, es apenas una licencia permitida: usted comprende que todo debe haberse reglamentado considerándonos como hombres.

— Así parece, pero no existe esa creencia.

— Bien lo sé, y ahí está nuestra mortificación—se nos juzga como un criterio falso.

El tiempo señalado para la lección había trascurrido ya: era necesario terminar. Velarde quiso fijar mas determinadamente la teoría que acababa de sentar, procurando que Marcela no viera como falta grave la simpatía con un hombre de Iglesia,—era á su juicio el primer obstáculo que vencer.

Así, pues, siguió:

— Ahora confío en que tendrá usted distinta idea de nuestros deberes y derechos.

— Si, la he modificado un tanto, creyendo razonable cuanto me ha dicho.

— Y sincero sobretodo. Le he hablado así, porque viendo en usted una aliada nuestra por sus propósitos y religiosidad, no temo descubrirle lo que debiera ignorar sin ese carácter. Una monja es una sacerdotisa, y le alcanzan las mismas prescripciones que á nosotros: esto de bierla saberlo tarde ó temprano.

Marcela estaba intrigada por las palabras de Velarde; presentía donde debía ir á parar todo aquello, pero no podía presumirlo con seguridad. Una frase que le iluminaba las intenciones de su interlocutor era destruida por la siguiente, que la envolvía en la duda: aquello era hábil ó realmente sincero. Esperemos, pensó, con mujeril curiosidad, sin medir la influencia que su conversación había tenido en su ánimo.

El terreno queda preparado, se decía por su parte Velarde, terminando la pieza que hacia oír á su discípula por la quinta vez, para grabarla en su memoria; con ella dió fin la lección de ese día.



Así que Marcela y Velarde hubieron ocupado sus puestos en el piano, dijo Gutierrez á su amada:

— Si usted supiera cómo lo he pasado estos días desde la última vez que nos vimos! qué intranquilidad, qué sufrimiento!

— Qué lo provocaba?

— No lo sé, pero jamás he sido afectado de una manera tan intensa. Creí enloquecerme;—las ideas se me iban.

— Alguna causa debió reconocer un estado semejante.

— Y no es bastante mi amor en pugna con la posición en que me encuentro? Ah! Camila, tengo momentos en que quisiera morir. La oración huye de mis labios privándome de su consuelo,—solo tengo palabras para mi pasión: mi voluntad no existe ya.

— Y qué debemos hacer Gutierrez? Yo tambien sufro mucho.

— Lo sé, y eso aumenta mi pena. No poder sacar una sola de sus lágrimas!

— No recuerde eso; si le he dicho que sufro, ha sido por decirle que le amo.

— Lo creo: aun mas, necesito creerlo para vivir. Usted no sabe hasta donde se ha refundido mi vida en el amor que siento.

— Si lo comprendo puesto que amo con igual intensidad.

— Y Dios que ha puesto ese amor en nuestros corazones, querrá acaso que vivamos muriendo por su causa irremediable?

— Querrá probar nuestra fortaleza.

— No se resiste una prueba semejante: yo me abandono á los ímpetus de mi alma.

— Se puede ceder, pero no abandonarse á ellos.

— Ah! Camila, ceder cuando no se puede obrar de otro modo, es arrojarse al infierno de una pasión contrariada, y abandonándose á ella puede encontrarse el cielo.

— Un cielo que no brinde á cada instante una caída horrorosa, porque irá envuelta en el remordimiento.

— No es cierto: el remordimiento acusa una mala acción, y no la hay en abandonarse al enemigo cuando no se tienen fuerzas para combatir. El que se atreve á tachar una acción semejante, juzga caprichosa y ljeramente: la verdad no es esa, ni el bien impone sacrificios imposibles.

— Sus ideas tienen fuerza de sentimiento, no de razon. Así puede pensar usted, no yo.

— ¿Hay un reproche en sus palabras, Camila?

— No: hay lo que llaman instinto de mujer y que es mas razonable y prudente porque es mas tímido.

Gutierrez comprendió que sus arrebatos le llevaban mas allá del límite á que debía circunscribir sus palabras. Aunque poco experimentado, conoció que las frases debían medirse tanto ó más que las acciones, y que la mujer, aún enamorada, es tan sensible á unas como á otras.

Mas allá debió ir su deducción: la mujer tolera una acción y no sufre sin enojo la palabra que la espresa.

La resistencia está siempre en razon directa de la necedad del que ataca, y mas que su virtud las libra la impericia del seductor. Y en ese sentido, el amor al impedir los cálculos no obra como agente de seducción, sino al contrario: vencen mas fácilmente del que ama, que del que reflexiona.

Como Gutierrez guardara un momento de silencio, Camila creyó haber herido su susceptibilidad y añadió:

— No me haga la injusticia de ver premeditación en mis palabras: ellas responden unicamente á mi corazón.

— No Camila, lo creo así, á mas que usted tiene derecho y talvez deber de contrarrestar mis impulsos. Debo sufrir y sufriré; mi alma se despedazará mil veces antes que provocar en usted una acción ó una palabra que no estén en los límites del decoro, de ese decoro que tan mal entiende la sociedad, pero está legislado así por la costumbre y me someto, aún cuando sepa que en eso no consiste la virtud ni se basa el deber; que antes que social debe tener carácter humano. Ah! solo el hombre ha podido usar la razon para chocar con la naturaleza, haciendo una fatalidad de ese don inapreciable. Es doloroso que el hombre sea enemigo del hombre y cediendo á móviles transitorios sacrifique lo invariable. lo



eterno, formándose un círculo ficticio donde todo rueda envuelto en falsos crímenes y en verdaderas infamias. Se ha traspuesto el orden con que debemos encaminarnos al perfeccionamiento.

Gutiérrez llevado por su pasión, daba forma no á las ideas, sino al sentimiento. Razonaba fuera de la órbita en que giraban habitualmente sus pensamientos dirigidos en otro rumbo del que espesra con tanta vehemencia.

Así como el bien no se valora sino cuando se pierde, es necesario que el hombre choque abiertamente con el orden social, para alcanzar donde está la verdad.

Entonces el edificio cuya grandeza se admiró, vuélvase raquítico y sin base. Entonces se comprende por qué han caído tantas civilizaciones.

La naturaleza! hé ahí el maestro, pugnando siempre por guiar al hombre, niño terco y caprichoso que se separa de ella para caer, y no obstante sus repetidos golpes, extraviado siempre!

Camila le había oído absorta; sus palabras le herían apesar de no alcanzar su verdadero sentido. Iba á pedirle indirectamente una explicación á todo aquello, cuando Velarde concluyó su lección y fué necesario suspender el diálogo.

Apenas faltaban unos minutos para la hora de retirarse, que se emplearon en conversar alegremente, apesar de la preocupacion que afectaba á los cuatro jóvenes.



Velarde creía, con mas ó menos tiempo, asegurada la conquista de Marcela, y estando seguro de no fracasar necesitaba la complicidad de Uladislao, como éste había menester de la suya; así que resolvió participarle sus intenciones. Esperó la hora de las confidencias y dijole resueltamente:

—Sabe usted que las lecciones de piano me van influenciando?

—¿En qué sentido?

—Mi simpatía por Marcela toma proporciones alarmantes.

Gutiérrez sintió un movimiento de disgusto que disimuló, convencido de su poco ó ningún derecho á reprobar ese sentimiento.—Valoró las ventajas que aquello podía traerle,—el amor borró sus últimos escrúpulos, alegrándose mas bien de que así sucediera y contestó:

—¿Qué va usted á hacer si se apasiona?

—Manifestárselo sencillamente.

—¿Ya ha sondeado el efecto probable de esa declaración?

—Aún no, pero me parece que no me espongo á un rechazo.

—Mire que si á usted le vá mal, estoy perdido, porque esa jóven puede negarse á acompañar á Camila.

—Obraré reflexivamente; pierda cuidado.

—Le confieso que voy á estar intranquilo, hasta que dé un paso que lo asegure de su posición para con esa niña.

—Comprendo su intranquilidad,—usted juega mas que yo mismo en la partida; pero si triunfo, puede decir que triunfamos los dos.

—Es verdad que asegurar la complicidad de Marcela, es un gran paso.

—Y hay que arriesgar algo para obtenerla.

—Pero no tanto que puedan perderse las clases.

—Eso no, pues en el peor de los casos, dejaría yo de enseñarle el piano. No es posible que ella lo tome todo tan mal que se resista á venir, á mas que negándose queda mal con Camila y espone hasta su reputacion, pues debe ser motivada esa conducta. No tema, el plan es bueno.

—Yo tambien lo creo, pero todo lo que tiene conexión con Camila, me sobressalta.

—Lo que si juzgo necesario es que nos pongamos de acuerdo para destianciarlas mas.

—¿Y cómo hacerlo?

—Ya hay bastante confianza para ello;—cuálquier pretexto es bueno con tal que sea oportuno. Mientras nosotros estamos en el piano puede ocurrirsele á usted enseñar á Camila un libro, un cuadro, un retrato de los que están en el escritorio. Como es la pieza que sigue ni la una se alarmará ni la otra puede extrañarlo. Recuerde que Camila está en el caso de aceptar cuanto usted haga.

—No me parece muy descaminado todo eso, pero tratándose de mi amor, soy tímido.

—Es una casualidad que le perjudica notablemente.

—Es cierto, pero no está en mi desecharla.

—Mucho puede corregir la voluntad. De modo que convenimos en que pasado mañana irán ustedes á leer ó mirar algo al escritorio.

—Veré si se puede.

—Recuerde que para ser felices debemos llegar paulatinamente á que ellas se hagan sus confidencias, como nosotros, y conspiren por su parte á hacer posible nuestros planes.

—Ah! ese es un resultado que no espero.

—Y que debe llegar sin embargo, traído fatalmente por las circunstancias. He visto mucho de eso. Y no crea que pienso así porque me inspire poca confianza la virtud de esas niñas, muy al contrario, pero tendrán que ceder envueltas en lazos que no se rompen. Es sensible que sea cierto, que nada estrecha tanto la amistad como la complicidad en una falta.

—¿Y qué le prueba á usted eso?

—La debilidad y miseria del espíritu humano.

—Y por qué no su grandeza? Juzgue que con el orden establecido todos sienten, aunque no comprendan, la necesidad de faltar, y esa complicidad que los atrae con vinculos tan fuertes, evidencia la necesidad de unirse contra el enemigo comun, que es la misma sociedad.

—Presenta usted la cuestion bajo una faz que no se me había ocurrido y que no carece de lógica.

—Ahora que luchó por encaminar mis impulsos por la huella trazada por los hombres, abandonando la de Dios, miro todo bajo un punto de vista muy distinto. El espíritu humano aparece pequeño y miserable, y lo es en efecto, porque está desviado de su verdadero rumbo. La razon, semilla del bien, nos dá sus frutos ahogada por la cizaña de pasiones menguadas que provoca y desarrolla el mismo estado de cosas.

—Usted me prueba que es necesario [enamorrarse para filosofar.

—No, lo que es necesario es estar fuera del círculo en que giran los que han sido llevados á la esfera que dirije, desde donde no debe verse muy claro, dado lo que á mi juicio desbarran.

—Pues no es situacion muy feliz la de tener

que acatar lo que se desdénia por inútil ó falso.  
—Eso contribuye eficazmente a que sean irresistibles los deseos que nos hacen cometer esas acciones que no están conformes con el orden establecido.

—Pues con un poco mas de raciocinar en ese sentido, vá usted derecho á la herejía.

—No precisamente, porque la Iglesia tiene que ser el rumbo que se imprime á la marcha general.

—Pero eso mismo implica una debilidad hasta cierto punto culpable.

—No quiero meterme á juzgar eso. Jesu-Cristo asiste á su vicario en la tierra. Quiero conservar la fé en las cosas del cielo, ya que pierdo día á día la que me acompañaba para las del mundo. Dejemos todo esto que á nada conduce, por que se desprenda de nuestra situación.

—Sí: es mejor que veamos la manera de satisfacer nuestros anhelos amorosos.

—Yo me rindo á discrecion á la fuerza que me arrastra.

—Es lo que dije á usted desde el principio: no es bueno luchar con un enemigo superior, á menos que uno quiera suicidarse.

—Quedamos en que existe ya la necesidad de separarlas un poco mas.

—Eso es: y no sería malo intentar unos paseos por el bajo;—los días y la soledad se prestan.

—Ya eso es muy peligroso: bastaria una casualidad para echarlo todo á perder. Me temeria á una desesperacion indescriptible.

—Bueno, abandonemos ese plan. Tenemos que concretarnos á lo que se pueda hacer sin salir.

—Eso es lo mas prudente. Veremos el primer resultado; pero no vaya á precipitar su tentativa con Marcela, añadió Gutiérrez, que temblaba ante la idea del menor fracaso.

—Confíe en mi discrecion; creo que no le soy antipático.

—Tambien yo, y eso me anima. En fin, veremos.



Los jóvenes tuvieron que separarse. Gutiérrez no podia tranquilizarse apesar de la confianza que tenia en el tino de Velarde.

El aire serio de Marcela, parecia alejar esas pretensiones, y si no conseguia interesarla, todo se hacia difícil.

Veia las razones en que apoyó Velarde la necesidad de hacerla ver y callar. Tardo ó temprano deberia ella conocer la inclinacion que lo acercaba á Camila, y sin nada que la retuviera, eso podria bastar para su alejamiento.

La consideracion de la felicidad que podria proporcionarle ese plan le quitaba sus últimos escrúpulos, pero no disminuía su temor ni amonorraba su impaciencia.

A un general en vísperas de una batalla decisiva no lo afecta una intranquilidad semejante. Ah! si le hubiera sido dado disponer del tiempo.

Torturaba su imaginacion dando vueltas á mil planes que aconsejar á Velarde, desechándolos todos por impracticables.

Está visto que yo no puedo ó no sirvo para ideas nada razonable en estas cosas: solo puedo sentir lo mio sin pensar en lo ageno, por muy relacionado que esté con mi suerte, se hacia, caminando precipitadamente de un lado á otro,

procurando ahogar con el cansancio físico la febril actividad de su mente.



Las jóvenes se habian retirado de clase con impresiones distintas á los días anteriores.

Camila recordaba algo extraño en las palabras de Uladislao, cuyas ideas se habian acentuado mas que la vez anterior.

Marcela preveia una declaracion de Velarde y no la disgustaba. Sus años de juventud se habian deslizado sin amor: Buenos Aires no tenia juventud capaz de inspirarlo.

Recordaba la teoria de Velarde apropósito de las relaciones con los hombres de Iglesia: bien podria haber mucha verdad en tales conceptos, y si así era, ella por su vocacion podia abrigar un sentimiento cuya necesidad se despertaba en su corazon á medida que lo juzgaba próximo.

El joven teniente habia sabido quitar esa prevencion con que suele mirarse la simpatía hacia un clérigo,

Un paso mas y Marcela hubiera creído lícito su amor, ó por lo menos bastante disculpable para no dejar remordimientos.

Empezaba á interesarle la clase de piano mucho mas de lo que habia previsto.

Es tan natural en la mujer inspirar sentimientos afectuosos, se halaga tanto con ello, que encuentra una satisfaccion íntima en todas sus manifestaciones.

Los afectos son tan necesarios á su vida como el aire que respira.

Vive á expensas del corazon, obrando mas por sentimiento que por reflexion; y hasta se ha llegado á decir que la mujer se engaña cuando reflexiona.

Si esto es exacto, cúlpese la educacion que recibe, y no su intelectualidad.

Nosotros apoyamos el ingenioso pensamiento de Daniel Stern.

«Los Scitas sacaban los ojos á sus esclavos para que no tuvieran distracciones mientras hacian la manteca. Tambien hay personas que sacan los ojos á los ruseñores para que canten mejor. Casi dan tentaciones de creer que un pensamiento análogo es el que preside á la educacion que se dá á las mujeres.»



Mucho habian considerado los jóvenes sacerdotes sus planes amorosos sin hallar nada mejor que lo proyectado, y dejar al tiempo ayudado por hábiles esfuerzos la tarea de unir á sus discípulas por los lazos de una falta comun.

Velarde explotaba diestramente su experiencia. Gutiérrez fatigado en una lucha sin trégua, se abandonaba ya á todos los impetus de su pasion ardorosa.

Camila era su pasado, su presente, su porvenir, y nada veia fuera de su amor,—todo lo comprendia en una sonrisa de su amada.

Llegó la hora anhelada de la clase, aparecieron puntuales las dos amigas; principió un momento despues la leccion de piano.

—Uladislao, recordando su propósito, inició la conversacion apartádola de lo que habian siempre los enamorados: de su amor, fecundo tema que jamás les cansa.

—En qué pasa ahora sus ócios, Camila?

—Los divido entre el piano, la lectura y una que otra atención doméstica.

—Los libros buenos no son abundantes.

—Así es, suelo pasarme sin tocarlos y sin saber á quien ocurrir que pueda facilitarme algunos.

—Yo poseo varios: no sé si usted querrá llevar cualquiera de ellos: sentiría un gran placer en contribuir aunque fuera con tan pequeña cosa á su distracción de un momento.

—Lo creo y lo agradezco, dijo la jóven mirándolo tiernamente.

—¿No dirán nada en su casa si le ven un libro mio?

—¿Por qué? No sería de extrañar sabiendo que lo ve, y mas cuando dirije casi mi instrucción.

Era la primera vez que Gutierrez aludia á la desconfianza que debería existir en casa de la jóven y que fué causa de su alejamiento.

—De manera que puedo tener la dicha de ofrecerle uno: voy á traerlo.

Y Gutierrez pasó á la pieza inmediata sin aguardar respuesta: allí permaneció un momento: dando vuelta á sus volúmenes y pensando si habria inconveniencia en llamar allí á Camila. Era el único plan que se le ocurrió factible, tenia sobrada familiaridad con ella para hacerlo, lo detenia lo que pudiera pensar Marcela, pero como ese dia la habia observado notándola bastante amable con Velarde, se decidió.

—Camila! llamó, añadiendo siempre en alta voz; yo temo no acertar con su gusto ¿quiere tomarse la molestia de elegir usted?

La jóven se levantó, pasando á reunirsele.

Gutierrez hojeaba un grueso volumen mirando sus láminas y como buscando una determinada: la encontró para decir poniéndola ante los ojos de Camila:

—¿Por qué se nos niega la dicha de mirarnos así ante el mundo? En el grabado se veían dos jóvenes tomados de la mano y contemplándose con ternura.

—Dios lo sabel repuso Camila débilmente.

—Talvez no se amaban como nosotros.

—Así lo creo: pero como no es el amor el que se premia;

—El amor tiene su premio en sí mismo, Camila, y entiendo que el misterio lo embellece;— parece que hay mas pasión en lo oculto, y acaso es así, porque cuando se lucha con las conveniencias todo importa un sacrificio que lo hace mas sublime y mas grande. Es esa una compensación.

—Que es muy doloroso necesitar.

—Lo sé, pero jamás la hubieron menester como nosotros: recuerde la historia de nuestro amor y la fatalidad que parece lo ha guiado. Solo nos es posible amarnos:—hagámoslo tanto, que se borre todo lo demás de nuestra mente. Basta de tormento Camila!

Y la mano de Gutierrez buscó la de su amada oprimiéndola con ternura. Jamás habia tenido ese placer: á su contacto le pareció que un fluido misterioso recorria su cuerpo haciéndolo estremecer.—sus ojos se encendieron enrojeciéndose el rostro súbitamente: su aliento entrecortado y fatigoso no arrancaba de su pecho ni una frase de ternura, sus labios secos y temblorosos se negaban á la osculación de una sonrisa. Un ímpetu irresistible le empujó hácia ella y ro-

deando su cintura le trasmitió su alma en un beso ardoroso, indescriptible.

Su acción fué rápida, impremeditada.

Camila que no retiró la mano ni le fué dado huir los labios, sintió correr por sus venas el fuego de aquel beso.

Con un movimiento suave, sin enojo, se desvió de su amado.

Este la miró con ojos entristecidos, espantado de su misma audacia,—vió coloreado su rostro y humedecido sus ojos.

—Camila, perdón, yo estoy loco. Ella le sonrió sin responder,—no queria aporale con su vez ese acto apasionado, y era sincera, amaba demasiado para reprochárselo como una falta.

Gutierrez leyó su pasión en la sonrisa de Camila y volvió á tomarle la mano.

—El cielo no tiene tanta dicha, alma mia. Ah! si pudiera morir así— y un nuevo impulso iba á arrojarlo hácia ella.

—No, Gutierrez, sea bueno, no me aleje con su irreflexion, dijo la jóven apartándolo dulcemente.

El amor es tímido y las palabras de Camila lo detuvieron.

Ella tomó el libro cuya lámina le enseñara Gutierrez, y mas dueña de sí quiso terminar ese aparte cuya inconveniencia no era dudosa.

—Puede ser este el que lea primero?

—Todos son suyos.

—Gracias.

Y la jóven caminó con él á tomar el sitio que abandonara.

Gutierrez la siguió iluminando con la dicha de ese instante y reprochándose su audacia y su timidez alternativamente.

Consideraba su posición y habia sido temerario. Miraba su amor y solo fué un niño.

Empero las consideraciones reflexivas no echan raíces en un pecho apasionado y no tardó en creer mayor su timidez que censurable su temeridad.

Su conversacion no podia tener la animacion de las anteriores, ambo: se habian dado motivo para ocupar la imaginacion. Camila no le miraba con tanta franqueza,—los ojos de la jóven esquivaban su mirada, aunque leia en ellos la ternura de siempre.

No sabia que no descubre la mujer ese primer velo que oculta el mundo de las sensaciones, sin arrojarse ante esa iluminacion de sus sentidos.

Recibe con él una sensacion que entraña mil impresiones muchas veces encontradas.

Casi siempre despierta su voluptuosidad, pero alguna vez la acalla, ¿por qué? Misterios del corazón! Quién diria que el primer beso puede alejar una mujer, y no alejarla por temor sino por repulsion? Mas de una vez se quita de unos labios que parecen prodigarlos, y eso basta para cortar una simpatía que si él hubiera sido vehemente.

Fué una nota discordante en una armonía que iba á establecerse.

El hombre, solo recibe en el beso una sensacion que le atraera.

Sus labios semejan un ófido mal organizado que puede gustar de la música sin emocionarse con ella, pues no alcanza sus bellizas ni comprende sus defectos.



Velarde terminó su cometido antes que nuestros jóvenes se repusieran de las impresiones recibidas.

Los había observado, y su ojo perspicaz notó el retraimiento con que volvieron á sentarse.

Cuando Gutierrez se levantó y llamó á Camila, tuvo un momento de satisfacción provocado no tanto por el placer de quedar solo con Marcela, sino por ver á Gutierrez tan poseionado de su papel de seductor.

Había comenzado su leccion con frases de doble sentido que eran comprendidas por Marcela, que no siempre lo manifestaba así.

Aunque la amabilidad de la joven hiciera ya innecesario el método de guiarle la mano, él hallaba siempre ocasion de ejecutarlo empleando su mas galante solicitud.

Quedaron solos y su palabra se hizo mas insinuante adquiriendo una modulacion mas tierna.

—Era sincera usted al decirme que jamás había sentido otros afectos que los de la familiar? preguntóle, decidiendo despues de muchas vacilaciones romper con temores y escrúpulos para hacer en ese momento lo que importaba mucho tanto de atenciones continuadas.

—Sí, lo era.

—Cuéstame creerlo, aunque bien puede no haber sentido lo que inspiraba.

—Es que tampoco le inspirado otra afeccion que la amistad.

—Eso ya no me parece cierto. Dificilmente se pasa por su lado sin que la atraccion poderosa de una irresistible simpatia subyugue el ánimo capaz de sentir. Aún para los que tenemos el hábito impuesto por el deber, de no mirar en la mujer sino un ser bello y atrayente, pero al que no podemos acercarnos, tienen sus ojos un algo que rompe cuanto consideracion se aduce para desviarnos de su paso.

—Esa exageracion no está bien en usted.

—Ya hablamos sobre lo que puede ser la conducta de un elérgico en privado; así que permítame tener para usted el carácter que me es permitido en el seno de la familiaridad. Es necesario que adquiera el hábito de ver en mí el hombre; cuando no ejerzo las obligaciones sagradas de mi ministerio.

—¿Y si así lo viera alguna vez? preguntó Marcela con la despreocupada altivez de su carácter.

—Oh! entonces caería á sus plantas implorando una mirada de ternura.

La joven comprendió su imprudencia:—ya era tarde. El clérigo aprisionando una de sus manos, sin cuidarse de si sonaba ó no el piano, prosiguió:

—Usted, ¿qué me diría al saber que cifro en su cariño mis mas gratas esperanzas, al conocer que ha despertado en mi alma un mundo de sensaciones desconocidas?

—Le diría que debo entregarme á Dios y que el amor que puede ofrecerme está fuera de las leyes que deben normalizar mi conducta:

—No: eso sería para una joven que no pensara como usted, que no tuviera su vocacion. Al acercarse á Dios se aproxima á sus ministros, y si un monasterio la libra de las pasiones y peligros sociales, no está allí fuera del alcance de su confesor,—esto le dice que el efecto que ligará á un sacerdote puede vivir en esa cárcel que se

creo tumba de las pasiones, cuando no hace sino ocultarlas.

La joven que pugnaba aunque no muy decididamente por quitar la mano que le oprimia Velarde, empezó á ceder con las últimas palabras

El, que reflexionaba cada uno de los movimientos que la veía hacer, comprendió que apenas tenia enemigo para un segundo ataque, y resolvió llevarlo con el ímpetu que dá la confianza en la victoria.

—Escucheme Marcela: usted cree posible que se agote día á día la existencia sin renovar la sávia que la vivifica, dando al corazón generosos impulsos que solo se consiguen en el amor á que se entrega la naturaleza toda? Sepárese del mundo, huya, huya, de sus atractivos pero no se alejará de la necesidad de amar que está en usted, que palpita en cada una de sus fibras, que al fin elevará su voz, retardada alguna vez pero que llega siempre. Es entonces que mirará con dolor su pasado, que lamentará no haber vivido para usted misma.

Aislada, sin una voz de cariño que lo es también de esperanza, sus horas se deslizarán aumentando con afán creciente la sombra desesperacion de su pecho. ¿No ha pensado que puede sucederle todo eso que apenas bosquejan débil y pálidamente mis palabras? Si el hombre, distraído por multiplicadas atenciones que lo absorben por completo, no escapa á esa ley invariable que preside lo creado.—¿Qué hará la mujer nacida para el sentimiento y consagrada así misma escuchando todas las veces que parten de su alma? ¿No sabe usted que todos los dolores son mayores, cuando la situacion del que sufre le priva de otras preocupaciones ajenas á su mal? Es tan cierto cuanto le digo, que si me fuera dado llevar á su espíritu el convencimiento que me anima, aceptaría usted por egoismo el cariño rendido y afectuoso que ha sabido inspirarme para mi dicha ó mi desventura ¿cuál debo esperar?

—Si para su dicha basta mi amistad sincera, la ofrezco á usted.

—Es muy débil compensacion para lo que siento, quiero su cariño apasionado, que constituye una necesidad para mi vida. Es un paso mas,—prométame darlo.

—Yo no puedo responder del porvenir,—doile ahora cuanto está en mi mano con toda la sinceridad de que soy capaz.

Velarde comprendió que tenia mas de lo que había aspirado en tan corto tiempo y que no arañrancia la confesion del cariño de Marcela, así cuando existiera en ella vehementemente.

Atrajo hasta sus labios la mano que oprimia, respondiendo al movimiento con que la joven se la retiraba:

—No: no me quite este placer permitido á la amistad que usted me ofrece.

En ese instante volvía Camila y Gutierrez á sus puestos.



—Se ha portado usted mejor de lo que imaginé, decía Velarde á Uladislaw, así que quedaron solos.

—¿Y usted? Aún estoy tranquilo.

—Ya no debe estarlo, la plaza es nuestra.

—¿Tan pronto?

—Me ha prometido su amistad, que es todo lo que puede prometer una jóven que desea dar su amor.

—Sin embargo. . .

—No: deseché temores, conozco el carácter de Marcela y créame que es bastante.

—Sí, por lo menos una amiga no nos jugará una mala pasada.

—Oh! en cuanto á eso pierda todo recelo, aunque lo sorprendiera á usted en plena declaración.

—Esa seguridad me vuelve la vida.

—Usted parece que entregó el libro con muchas recomendaciones, dada la emoción con que volvieron.

Gutiérrez se puso colorado.

—Creo que le hablé con mas exaltación que de costumbre?

—¿No fué mas que eso?

—¿Y no es bastante?

—A mi juicio no, pues amando como usted ella debe haberse habituado á sus exaltaciones, y no deben ya tomarla de sorpresa.

—Pues fué muy poca cosa mas.

—¿Pero la hubo?

—Sí; un beso.

—Bravo! eso siempre un cañonazo que abre una brecha irreparable. ¿No habria enojo, por supuesto?

—No.

—Me gusta eso: una mujer que ama y se enoja porque se le robe un beso, no es sincera.

—Ahora lo creo yo tambien asi.

Velarde habia conseguido su objeto, que era provocar las confidencias mas intimas de Uladislao. Todo lo aseguraba con ese método.

Siempre es bueno estar en los secretos del superior.

—¿Y cómo hacemos para obtener otros apartes en las clases que vienen?

—Me parece inconveniente buscarlos en la próxima.

—Yo no lo creo así, por el contrario, que nada se enfrie. Ahora todos los pretestos son buenos, pues dentro de muy pocos dias empezarán ellas sus confidencias. Tal vez ya lo han hecho.

—¿Y en qué nos benefician esas confidencias?

—En que no se temerá una á otra, y eso facilita la separación sin pretexto alguno. Es necesario que nosotros provoquemos esa confianza haciéndola necesaria. ¿No ha notado que ya se tutean?

—Sí.

—Pues es un magnífico antecedente. La mujer no es tan concentrada como parece. Tal vez nosotros lo somos mas.

—¿Y á que le digo que pase al escritorio?

—Yo en su lugar se lo decia resueltamente: pasemos á conversar con mas libertad.

—Y si no lo hace, se negará despues con el pretexto mas justificado.

—Es que lo hará:—usted no usa sus armas. Ya le he dicho que Camila no puede negarse á sus pretensiones.

—Yo tengo miedo.

—No fué nunca buen consejero para nada.

—Está mas cerca de la prudencia que de la audacia.

—Y esa vecindad hace que la prudencia sea una virtud de medianos resultados.

—Ella es siempre la salvacion.

—Pero la audacia es la victoria.

—Usted me convence porque estoy interesado en convencerme.

—Hablo á su corazón y á cerebro simultáneamente. Verdad es que su pasión lo predispone en el sentido que le hablo, pero como juega tanto en la partida tiene miedo, como lo confiesa;—si se tratara de una niña á quien no amara, no necesitaría mis palabras para ser audaz.

—Creo que el hombre mas impasible debe temblar al declarar un amor sentido: se podrá sonreír con desden ante la muerte, pero no ante la mirada de la mujer que se ama.

—Lo concibo, aunque jamás me he enamorado verdaderamente.

—Pues no sabe lo que es sufrir.

—Ni conoceré lo que es gozar.

—Es cierto: todo se compensa en la vida.

—Y no estará usted al peor de los casos.

—Tengo la dicha de ser comprendido ya que tuve la desgracia de enamorarme.

—En su caso no es una desgracia.

—Es que yo quisiera vivir unicamente para mi amor.

—Todo no es posible conciliarlo.

—Uno no se resigna de buen grado con la fatalidad que lo aplasta cuando pudo tener un remedio fácil.

—Pero como todo tiene su oportunidad. La nubecilla que vemos elevarse en el horizonte como una franja imperceptible, no impone al navegante que se abandona tranquilo á las olas en calma, pero cuando desentraña sus furiosos conmoviéndolo todo es tardío el remordimiento de haber abandonado el puerto.

—Usted acaba de narrar mi historia. Yo vi levantarse la nubecilla del amor en mi alma, cuando aún estaba anclado. Marino novel desconoci á la tempestad y abandoné el puerto. Incensatol

—No mire todo desde el punto de vista peor. Aún en medio de la tormenta despreciada en su origen, y cuyos ímpetus le guían, puede entonar su canto de felicidad.

—A qué precio? Amargando la existencia de la mujer que adoro, cuyas lágrimas se verterán una á una sobre mi corazón? esa es la dicha? No: tiene otro nombre!—se llama desesperación! El mismo beso que un momento de olvido me permitió arrancar de sus labios, haciendo que circulara fuego por mis venas y casi enloqueciéndome de amor ¿creo usted que me llenó de ventura? Así lo creí—esa es la palabra con que nuestro pobre idioma expresa la sensación que se experimenta al obtener lo que ansiaba, pero no dice verdad ni interpreta un movimiento de mi alma. Oh! la dicha no está allí á menos que el vértigo que produce tenga dolores que no se definen.

—Usted abarca todo en sus consideraciones: despoje la pasión de sus consecuencias.

—No es posible.

—Lo hará insensiblemente, ahora sufre porque cree causa la desventura de Camila, mañana que la mire á su lado palpitante de pasión, olvidada de cuanto le rodea, cifrando todo en el amor que usted le brinda, que vea y sienta que ella es feliz, lo será usted tambien sin recordar que hay desgracias que pueden herirlo.

—No me atrevo á negarle eso. He sufrido tantos cambios inesperados en el curso de mi amor, que nada me estraña. Yo digo á usted lo que siento hoy, lo de mañana Dios lo sabe.

—Eso es razonable.

—Cualidad que no tienen siempre las palabras del que ama;—¿no es eso?

—Dijo usted con la verdad.

—Está ya servida la comida, padres, dijo en se instante el sacristán.

—Pues á la mesal Yo poco enamorado haré honor á lo que nos sirvan, añadió Velarde en voz baja levantándose para pasar al comedor donde Gutierrez le siguió poco despues sin que se despegara su semblante de la espresion de sombría tristeza en que lo cubria la consideracion de sus amores y deseos mal avenidos con su posicion.



Las jóvenes amigas se habian retirado de la clase con un mundo de impresiones, que aún disimuladas no lo eran bastante para que cada una dejara de notar preocupacion en su compañera.

Camila sentia aún en sus lábios la presion de los de Gutierrez. Su semblante se sonrojaba al recordarlo.

Marcela no olvidaba las palabras ardorosas de Velarde ni la accion en que terminó su diálogo;—comprendia que las lecciones de música serian una série de conferencias que acabarían por interesarle sobre manera;—sentia mucha inclinacion á tratar ese tema con un jóan tan elocuente, y que le presentaba sus argumentos de un modo tan razonable y apasionado.

Empero, ninguna de las dos podia fijar ideas respecto á la causa de la preocupacion. Si algo como una sospecha les cruzaba la mente, no tenían en que apoyarla.

Marcela se decidió investigar lo posible indelicatamente.

—Un lindo libro te ha prestado el padre Gutierrez.

—Sí: habíamos de la escasez que se sentía de ellos y de mi afición á leer, mucho mas ahora que salgo muy poco.

—¿Tiene bien surtida su biblioteca de libros amenos?

—Creo que sí.

—Creia que los hubieras visto todos.

—No: me presentó este y hablamos de él, decidiéndome á leerlo.

—Sabes que cada vez se me hace mas agradable y simpático Gutierrez?

—¿Y Velarde?

Marcela creyó ver intencion en la pregunta, y respondió:

—Tambien me gusta, pero no tiene ese aire suave, modesto, casi melancólico de Gutierrez, que lo hace tan atrayente. Si fuera un particular lo juzgaria enamorado y mal correspondido.

Camila se sonrojó visiblemente. Vamos, pensó Marcela, el libro habia tenido su colita.

—De modo que segun vos no se puede ser serio sin tener amores desgraciados. Con el mismo derecho podria yo juzgar del modo alegre de Velarde, diciendo que era correspondido. Como

Camila mirara fijamente á su amiga le tocó á esta sonrojarse apesar del mayor dominio que ejercia sobre si misma.

—Ha sido una broma, respondió.

—Tambien la mia.

—¿Pero no te parece que si fueran particulares serian dos buenos partidos? siguió Marcela volviendo á la carga por otro rumbo.

—Sí: pero no para nosotros, que no hemos nacido para el mundo.

—Sin embargo, nuestras resoluciones siempre están sujetas á modificaciones de última hora.

—La mia no.

—Eso es asegurar con poco fundamento una cosa que apenas se conoce.

—Qué quieres. Estoy hastiándome cada vez mas de la sociedad y tendria que ser inmenso el atractivo que me sujetara á ella.

—Asi pienso yo, pero haciendo una suposicion que me parece lógica, no afirmaria como tú que nada es capaz de desviarme del rumbo que me he trazado.

—Es que cada una siente de distinta manera.

—Lo sé, pero con sujecion á ciertas leyes; diré así, que tienen fuerza incontrastable para exigir su cumplimiento.

—No creo que me coloquen bajo su imperio.

—Eso no pasa de una creencia que no tiene ni el apoyo de la voluntad que garantiza el cumplimiento.

—Entonces tú crees que la voluntad es impotente en ciertos casos.

—Es mi opinion.

—En eso estamos conformes.

—Mal se aviene una cosa con la otra.

—Talvez, pero respondo de mucho á mis presentimientos;—creo morir en las Gatalinas.

—Los presentimientos son como los sueños.

—Un aviso?

—No, sino en desvario del corazon ó la cabeza.

—Entonces tu no sientes nada cuando se aproxima un suceso que se relaciona contigo, ó que te atañe á vos únicamente.

—Sí lo siento, no le doy crédito ni me preocupa nada de eso.

—Pues á mi me pasa lo contrario; creo muy fiel mi corazon;—es mi profeta y en él confio. Soy tan supersticiosa ó crédula que un sueño me alegra ó entristece, segun el significado muchas veces caprichoso que se me ocurre darle.

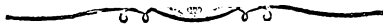
—Pues si eres soñadora ya tienes tormento.

—No: acaso contribuye á la impresion que me causan, el que necesito estar muy preocupada para soñar.

Aquí se interrumpió el diálogo de las jóvenes, que habia llegado á casa de Camila. Separáronse cariñosamente.

Camila no es franca conmigo: verdad que aún no tiene confianza bastante, se dijo Marcela.

Mi compañera está por enamorarse de su maestro, pensó Camila, lo que seria para mí un beneficio, pues me quitaria el sobresalto constante de que vaya á comprender algo y se disguste.



## XI

### El baile

Cármen y Clara esperaban á Camila. Así que entró, dijeron casi á la vez:

—Sabes que mañana tenemos baile en lo de misia Ramona.

—Y que tiene eso que ver conmigo?

—Que debes acompañarnos.

—No sé cómo puede ocurrirseles una cosa semejante, sabiendo que debo retirarme de todo eso.

—No hay razon para que lo hagas desde ahora.

—Yo no lo creo así: ya se ha esparcido la noticia que debo entrar de monja, y me espongo á la critica; á mas que esas fiestas me contrarian en vez de complacerme.

—Eso no puede ser cuando te han gustado tanto.

—Se cambia de gustos con facilidad, y en este caso depende de la situacion de ánimo en que uno se encuentra.

—Creemos que no estás triste.

—Así es, pero sin gusto para salir.

—Aunque sea por complacerlos?

—Seria siempre un sacrificio que debe motivarlo una necesidad y ustedes pueden ir sin mí.

—No: si vos no vas tendremos que quedarnos.

—¿Por qué?

—Misia Ramona ha venido en personr á invitarnos creyendo encontrarte, y nos ha dejado el encargo de decírtelo así; nosotras le aseguramos que no tendrias inconveniente para ir tratándose de ella, que tanto nos distingue. Como quieres que nos presentemos á decirle: no puedo venir cuando ella interpretará ese no puede por un no puire redondo. Ni mamá lo consentiria tampoco.

—¿Y qué necesidad tan imprescindible tiene de mí?

—Es su santo y quiere que cantes sin duda.

—Y no puedo estar resfriada?

—Eso no es serio—¿de modo que nos condenas á dormir mientras bailan nuestras amigas?

—Así tal vez lo manda mi deber.

Misia Joaquina llegó donde discutan sus hijas.

—Mamá, Camila no quiere ir,—mira como vamos á quedar con misia Ramona.

—No hijas, si irá, es tal vez para ella una molestia, pero debe tenerla en obsequio de la amistad y de ustedes.

—Tú tambien en mi contra?

—Sí: y si fuera de esas madres que imponen á sus hijas todos sus actos, te mandaria ir.

—De modo que tengo que bailar á todo trance?  
—Vaya! te espresas como si fuera el mayor de los sacrificios. Es necesario que vayas y que lo hagas con gusto.

—Pues no es poco pedir: lo primero puedo hacerlo, pero dónde me pinto lo segundo?

—Maniféstalo por lo menos.

—Claro es que no he de ir á mostrar mal humor.

—Entonces queda resuelto que irás?

—Así lo disponen ustedes.

—Bueno, mira que apenas hay tiempo para arreglarnos: no dejes todo para la última hora.

—Supongo que será una tertulia casi familiar.

—Sí: pero eso no quiere decir que hemos de presentarnos de cualquier manera.

—Yo, muy poco tengo que hacer: esta misma noche termino mis preparativos. Acompáñeme alguna de ustedes á invitar á Marcela.

—Ya lo habrán hecho de parte de misia Ramona.

—Sí, pero yo digo para que si piensa ir lo haga con nosotros. Me gustaria que nos acompañara.

—Bueno; yo iré dijo Cármen.

Y las dos jóvenes tomaron, momentos despues, la direccion de la calle Maipú donde vivia la compañera de Camila.



—A qué debo el placer de esta visita?

—Te ha mandado invitar misia Ramona?

—Hace un momento.

—¿Vas á ir?

—No tengo esa intencion.

—Pues, hija, es necesario que modifiques esa resolucion: á mí casi me obligan á ir, espero de tu amabilidad que nos dará el gusto de acompañarnos.

—Sí: vaya usted agregó Cármen.

—Solo ustedes son capaces de hacer variar mi propósito.

—Gracias: serán nuestras últimas impresiones mundanas.

—Te prometes hacerlas agradables?

—Eso no depende mí.

—¿Y la clase de pasado mañana?

—Bien podemos asistir.

—¿Por qué despues de una mala noche? me parece que no tienen ustedes una tarea que sea.

obligue esa incomodidad tan marcada, les dijo Cármen.

—El baile concluirá á las 4, y desde esa hora hay tiempo para descansar.

—Es que no sucede que se descansen inmediatamente despues de bailar. Aun suponiendo que salieramos á esa hora en punto, no nos habremos acostado antes de las seis.

—Las reflexiones de Cármen eran irrefutables, y las jóvenes no se atrevían á evidenciar un deseo muy marcado de no faltar. Esto les hizo perder el poco gusto con que contaban presentarse.

—Eso lo arreglaremos despues del baile—¿no te parece Marcela?

—Sí, respondió la joven que entrevió una esperanza en aquella tregua.

—No me esplico que haya arreglo posible.

—Cómo nó? si no sabes lo que puede suceder de aquí á pasado mañana!

—Solamente contando con lo imprevisto.

—Aunque así sea ¿cuál es la urgencia de determinar eso ahora mismo?

—Ninguna—yo les observaba lo que me parece natural que suceda.

—Bueno, bueno; tú irás por casa, Marcela; de allí quedamos mas cerca—te vas á comer si quieres.

—Eso no aseguro.

—¿Pero si que llegarás á las ocho y media á mas tardar.

—Eso sí.

—Pues, hasta mañana.



La perspectiva de faltar á clase no era agradable para ninguna de las jóvenes.

Camila recordaba el movimiento celoso de Gutierrez cuando se trató del baile anterior—y ¿qué diría de este? No le sería posible ocultárselo, viéndose en la necesidad de no ir al día siguiente.

Y aún sin eso, la privacion de una clase era para ella un sufrimiento que solo valoraba en ese momento.

¿Cómo hacerle creer la necesidad que la llevó? No se imaginan mis hermanas lo que me cuesta complacerlas, se decía, sin disimular la tristeza de su ánimo.

Dada la posicion de Gutierrez, los celos eran su consecuencia, y ella que tanto amaba, sufría con la intranquilidad que iba á proporcionarle, y mucho mas con la causa que la motivaría.

Marcela no tenia celos; aún no habia dado derecho á sentirlos, si es que tal pasion tiene ó necesita derecho para manifestarse. Por el contrario, no le desagradaba inspirarlos.

Ella sabia que los celos pueden manejarse como un incentivo y ninguna mujer desdena producir movimientos apasionados en el hombre que le inspira simpatía.

Dirijidos hábilmente, impulsan el amor como no lo hacen los atractivos, porque hieren tambien la vanidad.

Son el arma que esgrime con mas frecuencia la coqueta.

—Sentía faltar, porque ya el hábito le hacia necesaria la clase, que constituía su preocupacion y distraccion al mismo tiempo.



Hacia un momento que el toque de ánimas ha-

bia recordado á los fieles que eran las ocho de la noche y que á esa hora las almas del purgatorio necesitan la plegaria de los vivos, cuando Marcela penetró en casa de O'Gorman.

—Te hemos esperado á comer.

—¡O sienta. Crean que no me fué posible venir. ¿Están ustedes prontas?

—Sí, y ya nos vamos á poner en camino.

—Qué entusiasmo tiene Cármen!

—Hemos quedado de ir á primera hora.

—Yo ya estoy dijo Clara.

—Me alegre, repuso Camila, aún á medio vestir.

—La alegría debes espresarla, no haciéndonos esperar.

—Fu poca voluntad la manifiestas en todo, aunque no te prive de arreglarte coquetamente.

—Vaya una coqueterial préndeme aquí este moño, que yo me desacomodo el pelo al hacerlo.

—Es inconveniente que lo lleses tan pequeño... apenas se te vé.

—Yo no me he de poner un parche colorado en la cabeza.

—Si todas lo usan.

—No es para mí una razon muy aceptable. La moda es una tiranía impuesta por el mayor número, que sigue el impulso de los fabricantes de telas, ó de grandes casas de confeccion que la ajustan á sus conveniencias, renegando muchas veces del buen gusto, replicó Camila, que queria descargar su mal humor.

—Pero si se trata de un simple moño y no de un traje.

—Es un detalle que está en el caso de lo demás.

—No es cierto, porque bien sabes que tiene un significado politico.

—Reniego de una politica que se mete en la cabeza de las mujeres—es lo que menos debe tocar.

—Camila!

—¿Qué hay?

—No seas niña.

—Bueno: alcánzame esos alfileres.

—Mira que van á ser las nueve.

—Ya lo sé—¿dónde están mis zapatos?

—Aquí están ya envueltos.

—Gracias por la atencion—¿á quien la debo?

—A mí, pero lo hice porque no te demores tanto.

—Retiro las gracias entonces.

—Nunca estuviste tan habladora.

—Ni ustedes tan majadera s. Vamos.

Camila se tomó del brazo de Marcela y seguidas de misía Joaquina tomaron la direccion de la casa del baile, donde llegaron un momento despues, no sin percances ocasionados por el barro, pavimento permanente en las calles de la metrópoli del Plata.



La luz débil y oscilante de una vela, resguardada del viento por los vidrios de un pequeño farol, rompía tímidamente las tinieblas que envolvían el zaguán y el patio de la casa de misía Ramona.

Esta, trayendo á los lábios la mas amable y acariciadora de sus sonrisas, corrió á recibir á sus jóvenes amigas.

—Han sido puntuales—¿cómo les ha ido con el



barro?—usted misia Joaquina, maitir abnega en todas estas fiestas.

—No: yo gozo cuando mis hijas lo pasan bien. —Vengan aquí, con eso se arreglan.

Las jóvenes penetraron a la pieza destinada a ese objeto, donde se hallaban ya algunas niñas dando las últimas miradas al espejo, ó cambiando el calzado que les sirviera en la travesía. Ellas hicieron lo mismo, siendo despues conducidas a la sala, donde saludaron cumplidamente a las señoras y niñas que ya se encontraban en ella.

Camila y Marcela, que no tenían grandes deseos ni disposición para divertirse, los sentían para criticar, si bien reprimían sus impulsos por la bondad de su carácter, permitiéndose apenas una que otra observacion picante.

—Ahí entran las de Romero, fíjate Camila.

—Sí, ya las veo, parece que aspiran a convertirse en paños vestidos;—tan delgadas y altas, exajeran la moda haciéndolos mas *chapados* de lo que se usan.

—Quién es aquel jóven tan estrirado entre el frac y que apenas puede caminar, no sé si por las botas ó el pantalón que quiere reventársele en los muslos?

—Es Volar—desde antes de cenar no apareció por la tienda ocupado sin duda en ponerse los.

—¿Has visto que casi todos los que han venido hasta ahora, son tenderos.

—¿Y qué mas quieres? si no hay otra cosa en Buenos Aires.

Aquello era cierto, los tenderos estaban entonces en la época de su esplendor, no habia reunion sin ellos.

Hoy van en completa decadencia y pronto no existirán, habiendo dejado su puesto a la mujer, que tanto lo necesita, con lo que habrá ganado la sociedad que ha menester su trabajo, como fuente de regeneracion que traerá beneficios inmensos.

El salario de una niña será la existencia de una familia;—el de un jóven apenas cubre sus propias exigencias ó se deposita casi integro en los billares ó en algo peor.

Duplicad el número de obreros y habreis duplicado el impulso con que se camina hacia el progreso.

Esto, dando la faz egoista y utilitaria que parece caracterizar el presente y que se dibuja tambien en el porvenir.

La faz humana nos las presenta con verdaderos colores la distinguida peruana Mercedes Cabello de Carbonera en una de sus cartas. Hé aquí sus palabras:

«Decidnos cuando al volver los ojos veis á vuestro paso esa multitud de seres débiles, que se llaman viudas las unas, huérfanas las otras, amantes abandonadas éstas, abandonadas de la muerte todaa . . . y las veis enloquecidas, demacradas por improbo trabajo, embrutecidas por la miseria y abandono, próximas á caer desfallecidas por la miseria y abandono, próximas á caer desfallecidas en las fauces de ese monstruo que con los oropeles del vicio las atrae con irresistible hábito, porque allí se vé el estruendo del festín, el brillo del oro, la holganza, á cambio de fáciles placeres... cuando veis todo esto, decidnos:—¿no os hablan mil generaciones, mas aún, la mitad del género humano perseguido, ahogado, oprimido, puesto en tortura desde el nacer, para

atrofiar sus facultades mas esenciales y cuando ha venido al mundo con grandes aspiraciones que realizar, con infinitas ansias de saber, con bellas ideas que producir, encontrarse todos los caminos á su paso cerrados, todos los puestos del trabajo ocupados, todas las cadenas de opresion para ella forjadas, y ser, en vez de una legion de individuos útiles para las ciencias, para la industria, una pernicioso y desgraciada turba de criaturas tristes y desamparadas!»

Cortemos una digresion que nos arrastra.



Misia Ramona nombró bastonero de su confianza. Era un señor de aspecto sério, aunque amable y decidor.

Ordenó el *minué* liso de costumbre, que fué bailado seriamente por las dos parejas mas caracterizadas de la reunion.

En seguida notificó á varios jóvenes para una contradanza. Terminó el *minué* y la frase sacramental *dé pié los nombrados*, se dejó oír moviendo como por un resorte á los agraciados, que se levantaron permaneciendo frente á sus asientos á esperar la distribucion con mas ó menos intranquilidad, segun sus simpatías.

Camila y Marcela tomaron parte en esa pieza que se bailó en silencio aunque con animacion. Una vez concluida aquella, volvieron á sus puestos.

—Mira Camila, dijo Marcela—ahí entra Adolfo Saldías.

—¿Pero qué hace en el patio?—¿no lo vez casi frente á la puerta?

—Se quita los zapatos de goma con que preservaba el lustre de las botas.

—Ahí ya caigo,—ahora los mete debajo de aquella planta.

—¿Y qué se te ocurrió que iba á entrar con ellos en la mano?

—No, pero como tiene alguna confianza podia dejarlos adentro.

—Ahí están mejor.

—Creo que nombran para cuadrillas.

—Entonces aunque no me saquen. ¿Quiénes son los nombrados?

—Conozco á Cáceres, Elizalde y Zinny.

—¿Y aquel rubio alto de la divisa exagerada?

—No sé quién es, forma un lindísimo contraste con Saldías.

—Sí, solo se parecen en la exageracion de la divisa.

—¿Qué se bailarà despues de las cuadrillas?

—Preguntémosle al bastonero que se acerca.

Señor, dijo Marcela que le conocia—¿qué va usted á ordenar ahora?

—Vais—¿quieren ustedes bailar?

—Sino le obligamos á interrumpir el órden. . . .

—De ninguna manera.

El vals comenzó un momento despues.

Camila parecia no apoyar sus pies en la alfombra al girar en rápidos y voluptuosos movimientos apenas sostenida por el compañero.

Era su pieza favorita y se entregaba al placer de bailarla. Ahí sí le hubiéra dado hacerlo con Gutierrez!

Es necesario amar para apreciar las bellezas de un vals rápido en que se turba la vista, mientras se siente en el pecho que se estrecha la palpitacion acelerada del corazón que se ama.

El vals agita el cuerpo y el alma predispone

al sentimiento; el *si* que se retarda en una cuadrilla, se arranca en medio de sus lijeros giros.

Los que declaran su pasion en un baile, deben hacerlo despues de las tres de la mañana y bailándolo.

Es la hora en que el cansancio fisico influencia el corazon predisponiéndolo favorablemente. A ello contribuye tambien la música, la luz, el insomnio, el aire impuro y cálido.

El templo del amor es sin duda una casa donde se baila.

El dios ciego protege ese arte conservándolo a través de los siglos.

Aunque hoy parece decaer y trasformarse hasta el extremo que ya no se baila, sino se molesta y se estruja al prójimo con movimientos descompasados y ridiculos, ya recuperará su esplendor.



Camila y Marcela volvieron á sus puestos. Misisa Ramona se les acercó.

—Ahora me harás el gusto de cantar, Camila.

—Señora, si apenas lo hago en casa.

—Mira que todos cuentan con ese atractivo.

—Lo haré señora—sus pedidos son órdenes.

—¡Gracias!

Un *minué Montonero* hacia volar el frac á Prudent, Lopez, Saldías y otros entusiastas por sus vueltas rápidas y pasos medidos.

El *bastonero* empezaba á ser muy solicitado, pidiéndole á fulanita ó zutanita con razones muy atordables.

El les hablaba de las dificultades de su come-

tido y de la imposibilidad de ser siempre complaciente.

Terminado el *minué*, cantó Camila, recibiendo sinceros aplausos, que nos bastaron á disminuir la tristeza que ocultaba su sonrisa.

Iban á ser las cinco de la mañana cuando se tocó el vals general que fué bailado con singular animacion.

—Gracias á Dios murmuraba Camila poco despues, viéndose ya en la calle.

—De modo que nada nos libra de faltar hoy á clase, querida Marcela.

—No veo cómo pudiéramos ir. Van á estrañar tanta contraccion.

—Eso es lo que no me gustaria que sucediera.

—A mí tampoco.

—Entemos, sin embargo, la última esperanza.

—¿Cómo?

—Pregúntame tú si me vienes ó no á buscar y veremos qué dicen.

—Bueno.

Asi que la familia se detuvo en casa de Marcela, dijo ésta, como recordando algo muy olvidado:

—¿Voy luego á buscarte como siempre

—Que ocurrencia, Marcela, dijo misia Joaquina—una clase no importa una molestia semejante.

Camila comprendió que seria inútil insistir y repuso:

—Efectivamente, no tenemos apuro, pasado mañana mas bien.

—Adios, entonces.

—Que descanses.



## XII

### Despues del baile

La intranquilidad de Gutierrez crecia á medida que el reloj marcaba mas de la hora á que las jóvenes acostumbraban á venir.

Velarde, aunque algo impaciente, procuraba tranquilizarle esponiéndole mil causas que pudieron retenerlas.

Nada era bastante á calmarlo. Todo lo agrandaba en su imaginacion; el libro prestado, la posible tristeza de Camila que hubiera motivado la suspension de la clase. ¿Cómo saberlo? Un paso visible podria echarlo todo á perder. Apesar de la vehemencia de sus impulsos, se resignaba á esperar.

—Si no vienen pasado mañana, no me detengo mas.—Envío á preguntar con el pretexto de una enfermedad posible.

Pasó la hora por completo, llegó la noche y con ella desapareció la última esperanza de saber algo.

—¿Por qué no habrán venido?—preguntaba Gutierrez por la trigésima vez.

—No se alarme, no hay motivo—observe que lo natural es que falten; basta para ello una visita importuna, un compromiso cualquiera.

Tal vez nos sea un beneficio.

—¡Vaya una idea! ¿beneficio este malestar?

—Eso no, pero si la falta—Usted puede hacerse el enojado, y lo que se avanza en una reconciliacion no es calculable.

—Déjeme de esas cosas. Usted no valora lo que sufre; es necesario estar en mi lugar, ser yo mismo, para alcanzarlo.

—Todo sufrimiento tiene su recompensa.

—No es aplicable la teoria para lo que nos pasa.

—Ya veremos si no me dá la razon. Yo, aunque estoy impaciente, pienso que voy á mejorar con este suceso.

—Piensa caprichosamente.

—Mas de una vez se le ha ocurrido eso y ha tenido despues que darme la razon.

Este diálogo se repitió con ligeras variaciones una infinidad de veces antes que llegara la hora de la clase siguiente.

Todo tiene su término y tambien lo tuvo la impaciencia de nuestros jóvenes.



—¿Qué las ha retenido anteayer?

—Un compromiso que ustedes no se imaginan y que nos fué imposible eludir, dijo Marcela. Camila bajó la vista.

—Si nos lo dicen . . .

—Qué curiosidad—hágannos la justicia de creer que no nos quedamos sin clase por placer.

—Así lo hemos supuesto, pero la confianza que ya existe autoriza la pregunta—si hay en ella indiscrecion, la retiramos.

—Indiscrecion no—yo la he calificado de curiosidad.

—Y por qué no de interés?

—Las dos cosas . . .

—Lo que yo entiendo, dijo Velarde, es que hay culpa en ustedes, puesto que no quie en ser francas.

—Es un modo arbitrario de entenderlo.

—Pues á mí me atengo. Al piano, señorita.

—Sí, es mejor.

Y los jóvenes tomaron sus puestos.

—Qué inquietud, qué sufrimiento, Camila—dijo Gutierrez apenas pudieron hablar.

—Tambien yo he sufrido.

—A veces creo que no tanto como yo, porque no lo podria resistir.

—Cada uno siente lo suyo.

—Hasta llegaba á figurarme que se nos impedían las clases.

—No lo tema—Yo hubiera querido avisarle pero ¿cómo hacerlo?

—Cuanto dolor ahorrado!

—Lo sé, pero tuvo que someterme con semblante alegre.

—¿Y al fin, qué fué la causa?

—Vino á casa misia Ramona mientras yo estaba aquí y comprometió á mamá y á mis hermanas á que fueran á bailar porque era su santo, y les hizo asegurar que me llevarian para que cantara.

—Y usted no lo haria de muy mala voluntad, dijo Gutierrez con una sonrisa extraña y forzada.

—No sea cruel, repuso la joven con acento casi suplicante.

—¿Cruel? ¿no lo es usted conmigo?—¿quiere asegurarme que no pudo negarse? Siempre complace oír galanteos en medio de la música!

—Es usted injusto, Gutierrez.

—No soy yo, es mi pasion, que usted convierte en un torcedor horrible, como si ya no lo fuera bastante.

—No he tenido la culpa, no puede negarme.  
—No supo antes que se iba a bailar allí, y que las invitarían, para decirme lo?

—No lo supe, y si pude imaginarlo no lo recordé.  
—Es una débil excusa.

—Gutierrez por lo menos concédame que le digo verdad.

—Pues para no herirla con mis palabras, no le diré nada.

Y Gutierrez conservando su sonrisa, bajó los ojos permaneciendo en silencio.

—Es terrible lo que hace. ¿No he soportado aún bastante dolor para que agregue el de su injusticia y su dureza?

El acento de Camila hirió a Gutierrez. Alzó sus ojos humedecidos por una lágrima de impotencia y desesperación.

Ella vió esa lágrima y á haber estado solos la recoje con sus labios.

El sintiendo una emoci6n superior á sus fuerzas y juzgando posible la observara Marcela, quiso ocultarla aunque fuera con una imprudencia, y obediendo á su corazon, le dijo:

—Vamos,—y se levantó para ir al escritorio donde desplomó su cuerpo sobre el sofá! Ella le siguió. ¿Cómo agregar á su pena la de no obedecerle?

—Camila, díjole tomando una de sus manos que besó con frenesí—perdóname ¿quieres?—Soy un incensato que no sé valorar el tesoro de tu amor.

Y la lágrima que temblara en sus párpados bajó á quemar sus mejillas.

—¿Que lo perdona? No puede ofenderme,—me hace sufrir únicamente, y sufrir mucho.

—No, mi alma, no sufras por mis arrebatos pero hasta el aire que respiras parece que me quitara una caricia al alimentar tu existencia. Oh ¡si pudiera vivir solo de amor!

—Uladiaslao!—reobre el imperio con que amenguó hasta ahora sus impulsos.

—Uladiaslao! qué grato me es oír mi nombre en tus labios! Tratémosos de tú en momentos como este, ¿quieres?

—Sí, hagámoslo.

—Eres un ángel.

—Porque te amo.

—Siempre lo fuiste.

—Bueno, ya te has calmado, volvamos.

—No, es muy pronto. Solo vivo en estos instantes: no los hagas tan cortos, ó por lo menos premia mi sumision.

—¿Cómo?

—Así—dijo Gutierrez, atrayéndola hácia su pecho y bebiendo nueva vida en la fuente purísima de sus labios.

—Déjame!

—No, es imposible . . . moriria.

—Perdon . . . Gutierrez. . . ¡sálvame . . . perdon . . . déjame . . . !

Y la voz debilitada de Camila se estinguió en un zoloso.



¶—Seca tus lágrimas, ángel mio. Vamos, no termine antes la leccion de piano.

Camila volvió á la realidad. Enjugó silenciosamente sus ojos, compuso su semblante con un esfuerzo supremo y se puso de pié.

—Soy yo ahora quien suplica tu perdon.

La jóven le miró sin contestar y caminó para volver á su sitio.

—Camila, vas á matarme con tu silencio;—te juro no vivir una hora mas si no me prometes disculpar mis arrebatos. Tú me dijiste que yo no podia ofenderte. Camila! Camila!—repetió Gutierrez con la mirada estraviada.

—Si, te perdono, dijo ella comprendiendo aquel dolor infinito.

—¿Y me darás siempre tu amor?

—Aunque quisiera arrancarlo de mi pecho, sabes que no podria.

—Oh! gracias, gracias.

Y los jóvenes volvieron á sus puestos. Un momento despues Velarde concluyó su leccion.

Marcela se fijó en Camila, consiguiendo ruborizarla, con lo que se afirmó en la suposicion de que existian amores. Ya no podrá negármelo se dijo, es mi garantia.

Apenas quedaba tiempo para el latin. Dijeron lo que habian aprendido y se retiraron de prisas. Ambas sentian la necesidad de huir con sus recuerdos.



Velarde, que tenia la idea de aprovechar el motivo que hubiera impedido la clase, anterior, dijo á Marcela asi que hizo sonar el piano:

—Conque cuál fué la causa, señorita?

—De qué?

—De que no vinieran.

—Nos fuimos á bailar.

—Eso no es cierto, repuso con sorpresa.

—Vaya si lo es. ¿Qué tiene de extraño? cuántas veces lo he engañado?

—Pero es posible! ustedes en baile!...

—No nos fué dado rehusarnos.

—Y si yo se lo hubiera pedido?

—Creo que ni aún asi.

—No soy nada para usted? no le merezco un sacrificio.

—Hay cosas que no dependen de uno.

—No creo que esta sea una de ellas.

—Es una simple suposicion.

—Que no puedo retirar. ¿Quién habia de decirme que mientras yo me debatia en la mas cruel de las incertidumbres, usted estaria bailando?—pero qué le importa á usted de lo que yo sufra!

—Eso es injusto.

—Pruébemelo y aceptaré cuanto me diga.

—No se me ocurre cómo.

—Voy á decirselo. Ocupe mi puesto y repita lo que acabo de tocar, dijo levantándose.

La jóven lo ejecutó, y él inclinándose como para enseñarle donde debia pulsar, le dió un beso.

—Velarde!

—Señorita.

—Jamás hubiera esperado de usted una accion semejante.

—Estamos en el mismo caso—yo no esperaba que usted se fuera á bailar. Es la prueba que iba á exigirle. Me hizo sufrir—hágame gozar, y en paz.

Marcela no halló razon para enojarse mas; aquella no era una falta; apenas un razgo de familiaridad.

—Tengo que aceptar el cambio que usted hace, pero tan de mala voluntad que si lo repite me voy y no vuelvo mas.

—Eso es solo una amenaza,—usted no querria hacerme morir de desesperacion.

—Bueno, no abuse.  
—Marcelal llamarle abuso á un beso!—es, si, un abuso de. . . lenguaje.  
—En este caso no sé que pueda llamarsele de otra manera.  
—Por qué le llama, en este caso?  
—Porque no lo he consentido.  
—Consientálo, entonces; una buena amiga no debe dejarme abusar.  
—Usted lo ha dicho.  
—Sí, pero no negándolo completamente. ¿Por qué me obliga á que lo haga sin su consentimiento? no valora los impulsos que me acercan á usted—y no soy culpable de sentirlos. Hoy mucho menos que los ha despertado mas aún con la intranquilidad de estos dias. Es imposible que toque su mano, que vea su semblante cerca del mio, sin recoger en mis lábios la sonrisa de los suyos. Señalemos mi amor y mi amistad con el simbolo de ambas afecciones.  
Y Velarde atrajo á Marcela buscandó sus lábios. Ella no hizo una resistencia invencible, y

confundieron sus alientos un instante prolongado bastante para los esfuerzos del jóven.

Establecióse desde ese momento un trato mas familiar. Aquel beso despertó súbitamente en Marcela cuanto habia dormido en ella.

Amó desde ese instante, con ese amor ávido de sensaciones y deleites, con ese amor que despiertan los sentidos y que la imaginacion divinizaba.

El amor sensual no es una llama que ilumina y acaricia con suave resplandor, es un incendio que abrasa rápido, invencible.

Todo lo escita, todo lo engrandece, trastorna todas las ideas, enloquece ó mata; pero no es el amor que se identifica con nuestro sér y nos acompaña hasta el sepulcro; el amor sensual desaparece como vino, aunque basta el recuerdo para hacer chispear las cenizas.

Velarde conoció la impresion que habia dejado aquel beso en su discipula y sonrió seguro de su triunfo.

Gutierrez y Camila penetraron un momento despues.



## XIII

### Impresiones y deseos

He sido un insensato, tal vez un malvado:—aél parece decirme la razon influenciando con el falso criterio en que se la educa, los sentimientos que me agitan ¿y por qué sufro? Hace un momento que la misma gloria celestial me hubiera parecido pequeña para trocárla por mi puesto al lado de esa mujer. Han pasado dos horas, una hora, y el infierno no tiene torturas semejantes.

Mis impresiones encontradas me estravian. El vértigo de mi corazon arrastra mis ideas, y allá van, girones de mi alma.

¿Qué término poner á estos dolores?

Quisiera huir de mi mismo. . . pero nó—deshojemos las flores del amor. Olvidémonos de todo y rueda la vida entre caricias, viviendo del presente. Señále cada dia un nuevo goce.

Velarde cortó estas reflexiones.

—Creo que podemos estar satisfechos de nuestros asuntos. Vamos estableciendo las relaciones en buen pié. Poco tiempo mas y las clases serán dos horas de dicha robadas á las inquietudes.

—Pero asi que pasen vuelve la intranquilidad —Oh! no lo crea—la ventura como el dolor necesitan cierto hábito para soportarse; si no matarian. No ha observado que despues de una desgracia en que los impulsos de desesperacion parecen colocar al borde de la tumba, vá el tiempo borrando poco á poco la viveza de las impresiones y sustituyendo al dolor la melancolia? pues de la misma manera el vértigo de un placer asiado con excesiva vehemencia truécase en un goce inestable. El ánimo no soporta la tension de las pasiones—la naturaleza es muy sábia. Usted está en el período álgido de su sentimiento. Así que le proporcione los goces que apareja el amor, será usted el hombre mas feliz de Buenos Aires.

—El temor ha de amargar todos mis instantes. —Temor de qué? Asegure la posesion de Camilla y rlase de todo.

¿Dónde podrian llevarla que no le fuera dado romper la comunicacion que le establecieron.

—Ah! sí, creo que no hay lugar á que no me sienta capaz de llegar.

—Y llegaria; el amor hace milagros. ¿Pero aún no me ha dicho cómo le fué en su aparte?

—Ay! amigo, los apartes se hacen cada vez mas peligrosos.

—Venturosos, querrá decir. Hoy he leído algo mas en las fisonomias de ustedes al volver.

—¿Presentaban algun cambio? ¿lo habrá observado Marcela?

—Es muy posible, pero no tema, es mejor que haya visto algo; eso no solo provoca confianzas intimas sinó que las alienta mutuamente; y si conseguimos eso ambas son nuestras.

—Está seguro de Marcela?

—Sí; pero es necesario dar lugar á que hable solo con ella en otra parte que no sea en el piano.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Está usted seguro de Camila?

—Completamente.

—Así todos los pretestos son buenos porque aun cuando comprendan que solo son un pretesto, lo encontrarán hasta ingeniosos. Pasado mañana, pida usted á Camila que toque el piano y sientese á su lado sin ceremonias que yo pediré á Marcela que me siga al escritorio.

¿Con qué motivo?

—Con ninguno; para hablar con libertad simplemente.

—Pero eso es muy audaz.

—Y no se negará sinembargo. Está dejándose llevar, y desde hoy sobretodo, por un apasionamiento poco platónico, que es el que mas ciega. Necesitaríamos saber si ellas conocen sus respectivas inclinaciones.

—Se lo preguntaré á Camila.

—Y yo á Marcela. Es necesario que cambie mos de táctica, estamos en estado de hacerlo. Ahora debemos ser tan audaces que hablemos de amor aun estando reunidos. Si Marcela me dice que nuestros amores son conocidos por Camila, yo al volver del escritorio haré demostraciones que lo evidencien y usted me imita. Ellas deben alcanzar que nosotros no nos ocultamos nada. Oh! ya verá qué días pasamos cuando nos sea posible obrar con alguna libertad!

El plan seducia á Gutierrez y lo predisponia á verlo todo envuelto en una dicha inmensa.

Sus sueños mas halagadores no habian alcanzado una realidad semejante.

Tocaba al ideal de su ventura, y esa proximidad le llevaba sin embargo á considerar lo incompleto de la felicidad humana. No la hay mayor y es enfermiza.

Separóse de Velarde, repitiéndose la seguridad de su dicha;—necesitaba hacerlo porque le parecía soñar.



Camila y Marcela se habían retirado con una preocupación que poco ó nada disimulaban. Marcela, mas dueña de sí misma, trató de obedecer á sus conveniencias, aseguándose de la complicitad de Camila.

Ella no dudaba ya de que existían los amores que había supuesto y determinó arrancar con un rasgo de franqueza lo que su amiga no se atrevía á manifestar.

Necesita tanto de mí como yo de ella y desde que el bien es reciproco nos entenderemos, tanto mas que su corazón y carácter son inmejorables. Pensando así, díjole resueltamente:

—Sabes que Velarde aprovechó tu momentánea ausencia?

—¿Para qué?

—Para hacerme una declaración.

Camila se puso roja y preguntó:

—¿Y tú qué le dijiste?

—Me es muy simpático y se lo confesé.

—De veras?

—Por qué se lo había de negar? Hemos hablado mucho con él respecto á las relaciones que puede tener un sacerdote y me ha explicado razonablemente que no son un crimen con una óven de nuestra vocación é intenciones. Ambos pertenecemos á la Iglesia; y las reglas de conducta privada no son tan severas como se cree generalmente.

—De modo que vas á sostener amores con él?

—Sí—¿me lo reprochas?

—Yo menos que nadie, cuando siento una atracción irresistible por Uladislao, dijo Camila halagada y seducida por tanta ingenuidad.

—Me había parecido conocerlo; él está loco contigo y no es de ahora.

—Sí, ya hace tiempo que nos amamos, pero muy poco que nos lo hemos confesado.

Aquí Camila hizo á su amiga una sucinta relación de sus amores y sufrimientos.

—Pues hija, yo no hubiera hecho tanto, soy franca. El mundo nos ofrece hartos sinsabores para que los llevemos al exceso contrariando con todas las fuerzas del ánimo, lo que es natural y que no está en nuestra mano evitar. Nosotros que vamos á sepultarnos para siempre, cortando todas las afecciones, llevemos siquiera buenos recuerdos, y mas que eso, nos separaremos del mundo pero ellos podrán vernos, y hablarnos de tiempo en tiempo.

—Yo no podría vivir sin ver á Uladislao.

—Y creo que á mí va á sucederme otro tanto.

—Sabes que me alegro de tus amores?

—Y yo de los tuyos. No te figuras lo que sufriría al pensar que pudieran sospecharlos y parecerte mal.

—Aunque los hubiera visto, jamás te hubiera dicho una sola palabra;—yo respeto mucho esas cosas.

—También yo he sentido algo semejante desde que comprendí la impresión que ejercía en Velarde.

—Es que aún no teníamos confianza bastante para comunicárnoslo todo—ahora sí; lo haremos

¿quieres? Parece que se alivian los dolores cuando se cuentan á una persona que amamos.

—Así es.—las alegrías tambien se aumentan. Deja que podamos hablar con ellos con la confianza y libertad que la pueden hacer, los que están en todos los secretos, porque no tengas duda que ellos se cuentan todo lo que hablan con nosotros; á esta hora ya sabe Gutierrez cuanto yo dije á Velarde y vice-versa.

—De manera que podemos prometernos ratos de verdadera felicidad.

—Ya lo creo,—le voy á decir á Velarde que yo tú lo sabes todo, para que no tenga miedo.

—Y yo se lo diré á Gutierrez.

—Debes hacerlo: ya verás como lo pasamos.

—Hemos llegado—¿quieres entrar?

—No, me voy. Hasta pasado mañana.

Y las jóvenes se separaron con el mas afectuoso de los besos.



La conversacion con Marcela habia calmado en mucho la inquietud y amargura con que Camila dejó la clase apesar de la elocuencia con que hablaba en su ánimo la pasión que la avasallaba.

—Si no hubieran sido los conceptos de su amiga, ella no resistiendo sus nuevas impresiones, habria evidenciado que su amor crecia con irresistible violencia.

La conformidad de Marcela con los mandatos de su corazón, le habia hecho un gran bien. Solo yo sufro tanto, pensaba, contrariando mis impulsos cuando todas se limitan á salvar las apariencias.

Es, pues, lo que debemos dar á la sociedad; y yo con doble motivo, puesto que desde ya no pertenezco á ella.

Cese un tormento inútil y abandonémonos al amor, que es la naturaleza.—¿Cómo puedo desviarme ahora?—de ningún modo; acatemos el fallo del destino.—no fue él quien ha colocado á Gutierrez en mi paso todas las veces que he tratado de desviarme? Si combato un imposible ¿á qué hacerlo?

Estas ideas que calmaban la exaltación de su mente y disimulan el dolor, próximo siempre á clavar sus garras en un pecho enamorado, fueron substituidas en breve por otras menos consoladoras, y que daban negros colores á su falta augurándole un porvenir de lágrimas.

El amor triunfaba al fin, destacando sus imágenes y alejando toda otra consideración, la envolvía en el perfume de sus sueños y recuerdos acariciándola con alas de rosa.



Marcela dejó vagar sus pensamientos, así que se separó de su amiga.

El amor de Velarde habia despertado en ella con el calor de sus labios, se apoderó de su ánimo avasallándolo con ímpetu de pasión.

Se encontraba como el que abre los ojos á la luz, seducida por sus encantos, arrobada por las nuevas impresiones que agitaban su alma, llevándole la sensualidad de que las impregnan los sentidos al hacer perceptibles las sensaciones que la hieren.

Ella no se inquietaba por la suerte de su amor;

—no lo había concebido con esas inquietudes y devotos que acompañan su desarrollo: la sorprendió en una situación definida que ella aceptaba sin reprochar al destino que no la permitiera consagrarse á él por completo,—le bastaba con dedicarle sus pensamientos y sus recientes sueños.

El amor había nacido en su alma sin crepúsculos ni auroras, como el sol que aparece trás las montañas.

Le parecía haber adquirido nueva vida al sentir llenado el vacío de su corazón.

La vaguedad de sus ideas, el hastío por la existencia que la asaltaba en frecuentes momentos de melancolía, iban á desaparecer; así lo presentía con inefable gozo calculando que sus horas de placer volverían una y cien veces, evocadas por la memoria perpetuadora en la dicha y del dolor, según el predominio de estas facces opuestas en que oscila siempre la existencia.





## XIV

### Horas de olvido

—Mucho hace que usted no nos obsequia, Camila, con un poco de música. Ya tenemos los oídos cansados de oír á Velarde y Marcela.

—Yo, con el permiso de mi discípula, creo que dejaría hasta la lección por oír la.

—¿Cómo no complacer á mis maestros?—voy á tocar.

Gutiérrez llevó su silla cerca del piano y se sentó casi dando la espalda á su teniente. Este dijo á Marcela:

—¿Quiere que pasemos un momento al escritorio?

—Para qué?

—Necesitamos mas soledad para conversar. No tema que nos estrañen; ni se darán cuenta de que nos vamos.

—Tan distraído lo supone?

—Si se aman!

— Ah!

—Usted no lo sabía?

—Sí: me lo dijo anteaer Camila.

—Bueno, vamos. Y el jóven se levantó.

No entraba en los planes de Marcela oponer una resistencia obstinada y ¿qué peligro había en pasar á otra pieza contigua?

Así que los jóvenes cambiaron de sitio dejó de oírse el piano. Gutiérrez había tomado una mano de Camila, diciéndole:—Permitame suspender la música. Tu amor tiene bastante armonía para necesitar otra.

—Pero qué van á decir.

—Oh! no temas que se les ocurra indagar la causa. También tiene melodías en el alma! todo respira amor en lo que nos rodea, convidándonos al olvido de las miserias y dolores que acompañan la vida. Te juro que solo vivo verdaderamente desde que me confesaste el cariño que te había inspirado. No recuerdes nada, no pienses, la razón nos hace sufrir. Has que las pocas horas que pasamos juntos sean de dicha real, no amargada por lo que sea extraño al afecto que nos une. ¿Qué nos importa del mundo y de los demás? ¿no nos hemos formado el nuestro en que no hay dolores aunque existan ansias y deseos? Vivamos para nosotros mismos; deja que todo ruede y se confunda á nuestro alcance—la desgracia abate lo caído; como las aves que al agotar, su vuelo no se eleva, y nosotros con las manos enlazadas y confundidos en una aspiración subimos tan alto, tan alto, que miramos las tormentas de la vida, como se mira el mar embravecido desde la

cumbre de una roca, cuya base quiebra sus furores empujándolo á su lecho con la impasibilidad del fuerte. ¿No es verdad, que así podemos vivir? ¿no sientes engrandecidos tus anhelos, vivificada tu alma con un aliento divino?—pues Dios que puso esa fuerza creadora en tu corazón y el mío, bendice sin duda la union de nuestras almas arrojadas al mundo para encontrarse. Y si han nacido así ¿es justo que los hombres dividan lo que Dios ató con prevision infinita en sus sábias y eternas leyes, á cuyo cumplimiento llegamos rompiendo obstáculos que se desmenuzan al chocar con lo invariable? si te sientes feliz amándome, es porque has llenado una necesidad de tu existencia.—Te dirán que la necesidad es amar y que para satisfacerla debe contribuir la voluntad encaminándola:—no es cierto. El impulso que germina con una mirada en el corazón que hierde lo hace en un sér determinado, insensatos confundien la fumidad suprema de la vida, aquella para que fuimos creados, con las que tienen la misión de mantenerla individualmente! Se siente hambre y se satisface con pan ó carne, pero no se siente la voz de la naturaleza, la voz de Dios, diciendo:—amadí y se ama á Luis ó á Pedro indistintamente. ¿No es verdad que han pasado á tu vista cien jóvenes, que talvez te han manifestado rendimiento y que todos juntos no hicieron palpar tu corazón como mi primera y tímida mirada? es porque solo nuestras almas se reconocieron!

Quién sabe no son desterradas de un mundo donde ya se aman y peregrinan por el universo todo, cumpliendo la ley de amor que preside y forma cuanto existe? El sentimiento que nos une no puede tener la vida efímera de la materia, vive en el alma, y con ella romperá su cárcel para nacer ¿quién sabe? pero lo creo, es la fe del amor, que si nacemos aún distanciados como aquí lo hicimos será para encontrarnos. Dicen que Dios crió un número dado de almas, que se encarnan eternamente en los cuerpos que las aprisionan, y que esas almas nacidas al impulso de su voluntad omnipotente lo hicieron, unidas, sí, unidas de dos en dos: ¿no es verdad que debe ser cierto? es una teoría del amor que entraña sus aspiraciones, que lo comprende en todos sus ideales, levanta el corazón. ¿No has oído que todos los que aman y son conducidos á la desesperacion por ese amor, aspiran á morir juntos? tu misma mirarias la muerte con un dolor in-

menso, no por dejar la existencia sinó por dejarme á mi con ella; pues ese es un presentimiento del amor, no es su egoísmo como lo afirman. Las leyes de Dios no se comprenden, se sienten, como no se duda de su existencia y no se define. Se cree, porque se siente que el alma es inmortal, pues el amor debe serlo también; él le dió vida, y esa causa de las causas, como podría decirse de él tanto como Dios, se hace tangible para todos y cada uno de los corazones que anima. Dime si ese principio eterno puede violarse en todas sus manifestaciones, por leyes sociales que dicta el hombre envanecido con el ruino material de sus progresos que no alcanzan á crear un átomo impalpable, ni á prolongar un segundo la vida que recibió sin saber cómo y abandona sin entender por qué la deja. Esa misma razón que le sirve de guía y con la que cree iluminar el sendero porque marcha, es su acusador y su tormento, su juez y su verdugo.

Gutierrez calló; doblando la frente al peso de sus reflexiones apasionadas.

Camila le habia escuchado sintiéndose arrastrada por los giros de ese pensamiento, que salvaba las vallas comunes al solo impetu de sus deseos e ilusiones.

—Si, Uladislao, dijo ella, cuando el jóven alzó sus ojos brillantados por la fiebre del amor, —si, debemos amarnos. Yo he sentido que al confundirse nuestras aspiraciones, llegaba hasta mi frente el hábito de Dios. Cuántas veces al fijar la mirada en el firmamento, en esas noches de lucha creciente con que procuraba acallar el grito de mi alma, he creído ver en la inmensidad, agitando sus alas impalpables, el espíritu eterno del amor iluminando tenuemente por esos mundos de luz que también se atraen sin duda por una de sus grandes leyes. He mirado la estrella de la tarde con irresistible simpatía preguntándome si tú, que también amas, no buscarías en su luz oscilante un refugio á tu mirada, queriendo llevar hasta ella las angustias de tu pecho, que no tienen voz ni se interpretan en la tierra. Oh! si, lo he creído, y deteniendo allí mi vista me decia: que se reúnan en el infinito nuestras ilusiones; convergiendo en esa luz irán purificadas por el dolor que las arroja del pecho en que se anida, envueltas en la esperanza de un mas allá que se esculta. El amor nos hace piadosos, la divinidad de su origen se comprende así; el sér que ama llega hasta Dios al querer fijar en el tiempo, viendo en la muerte solo una transformacion, los afectos engrandecidos que compendia en pasión.

—Háblame así, Camila, tú sientes conmigo; tu voz tiene el encanto y seducción de los ensueños convertidos en realidad.

—Porque me amas.

—Parede que se olvidan ustedes por completo de la música, dijo Velarde, entrando con la fisonomía radiante.

—Si, nos hablamos distraido y apenas recordábamos de lo que se trató.

—Me lo figura:—apesar de lo grato que es oír á Camila, debe serle á usted mas escucharla.

—Así es;—pero es menester que no pierdan ustedes la lección—les dejamos el puesto.

—Perfectamente. Y como es poco divertido oír nuestros ejercicios de muy cerca, usen la li-

bertad que nosotros nos hemos tomado—¿no es verdad Marcela que deben hacerlo?

—Bueno fuera que no lo hicieran, apoyó la jóven obedeciendo á la intencion de Velarde, que parecia ejercer en ella absoluto dominio.

—Lo haremos entonces, añadió Gutierrez que sentia tales deseos y que no queria perder la oportunidad de sentar ese precedente. Vamos Camila.

La jóven lo siguió, mirando á Marcela que no sostuvo la vista de su amiga.

—Se aman tanto como nosotros, dijo Velarde, ocupando una silla al lado de su amada y apriisionándole sus manos para atraerla hacia su pecho.

—Serán entonces tan felices como nosotros.

—Así lo supogo. La vida tiene la faz del amor, única dichosa—vaya por las demás que se hacen intolerables. Nécios de los que teniendo en su poseso la felicidad la desechan respondiéndole á escrupulos tontos, con los que ni siquiera consiguen la tranquilidad que parece apetecer. Yo quisiera darme cuenta de la razón con que se determina, á observar una conducta que no puede recompensarles ni en el espacio de una vida, desde las horas de ventura á que se niegan. En todo hay dolores—si el amor los proporciona son tan mezclados, se suceden con tanta rapidez los cambios, que no es cuerdo preocuparse de los afanes que tienen al lado insuperables dichas.

—Ay! Manuel, dijo Marcela, llamando por su nombre al jóven teniente.—Camila no se acuerda de que tenemos que irnos; esa campana me ha traído á la realidad—¿qué horas son?

—Van á ser las tres.

—Dios mio! qué nos van á decir!

—Siempre hay disculpa.

—Pero no debemos necesitarla sinó muy pocas veces. Camilal

—Qué hay, dijo la jóven apareciendo en el semblante alterado.

—Son las tres.

—Bueno vamos. Adios Uladislao. Adios. Hasta pasado mañana Velarde.



Las jóvenes salieron de prisa y caminaron silenciosamente unas cuadas. Camila dijo al fin:

—Sabes lo que he prometido á Gutierrez, contando con tu buena voluntad?

—Qué es ello?

—Que mañana á la tarde saldremos las dos á caminar y vendremos un momento al Socorro.

—No me parece mal: sorprenderemos á Velarde.

—Ya nos esperará. Gutierrez se lo ha de decir. Nosotros íbamos á hacerlo, pero vos me hiciste salir tan apresuradamente, que á las dos se nos olvidó.

—A qué hora te vengo á buscar?

—A las tres, te parece?

—Está bien.

—No faltes.

—Qué esperanzal

—Bueno, adios—ya estoy en casa.

—Camilal ven, dijo misia Joaquina á la jóven que cruzaba el patio.

—Voy mamá.

Y se dirigió á la sala donde halló á misia Andrea.

No estrañes que no te haya venido á ver antes pagándote tus visitas, porque apenas salgo, me he habituado, como tu sabes, á no moverme de casa.

- Siempre está usted disculpada, señora.
- Gracias. ¿Y cómo te vá de clase?
- Muy bien, señora.
- Así me lo han dicho de lo de Marcela, cuando estuvieron á visitarme. Persistes en tu resolución?
- Sí señora?
- Ya estarás casi pronta?
- Efectivamente, creo que con algun tiempo mas quedará preparada.
- Me alegro. Sabes que necesitas llevar un dote.
- Es verdad— aún no habia pensado en ello.
- Pues sí, cuando sea tiempo avísame que yo trataré de buscarte donantes.
- Usted siempre tan buena señora.
- No hija, el servicio lo hago también á Dios.
- Pero yo soy el medio y debo gratitud á sus cuidados y atenciones.
- Desde ahora voy á iniciar eso despacio para tener ya seguridad de algunas personas para cuando se trate de recoger el dinero. Para esas cosas nunca se anda con bastante anticipación. Ya te he visto y hecho una gran visita á misia Joaquina—creía que vinieras mas temprano.
- Sí señora, así sucede generalmente, hoy tal vez se ha pasado la hora, respondió Camila haciendo un esfuerzo supremo para no inmutarse.
- Bueno: adios misia Joaquina, adios Clarita y usted Carmen acompaña á Camila á que me vea.
- Así lo haré, señora.



Marcela fué puntual al día siguiente: y Camila habia pedido permiso para salir con ella, y se hallaba lista.

La tarde serena y magnífica, convidaba á expandir el ánimo en esos paseos en que la intimidad hace posible el verdadero placer.

Era en los primeros días de primavera y esa hermosa estación parecia anticipar sus galas.

Las jóvenes partieron tomando una dirección contraria á la que debían llevar, ligaron al bajo en el que se veían solamente algunas lavanderas, cruzaron rápidamente esas calles solitarias y penetraron en el Socorro donde las esperaban algo mas que impacientes sus amigos.

Allí las horas se deslizaron con increíble celeridad en agradables diálogos y no mentidas manifestaciones de amor.

Se habia establecido la confianza que previó Velarde y á la cual habia contribuido tan poderosamente. En tales momentos palpaban la dicha que jamás soñaron.

Empero, fué menester retirarse—lo hicieron con dolor, aunque alentadas con la proximidad de la clase del día siguiente.

La vuelta del paseo se verificó en silencio. Cuando los recuerdos son muy halagadores, se habla poco.

Marcela dejó á Camila en su casa y pasó sin demorarse á la suya, donde se encerró con el pretexto de leer. La soledad le era agradable, aunque para un sér enamorado no hay verdadera soledad.

Las clases se sucedían á las clases, los paseos

á los paseos, aumentando el atractivo en cada una de las entrevistas que así se proporcionaban.

Veloz se desliza el tiempo entre placeres que se esperan siempre en sucesion no interrumpida.

El que pasa deja recuerdos y trae esperanzas el que viene.

El alma vacila sorprendida agradablemente entre esas atracciones de poderoso encanto.

Cuando la dicha que pasó no se espera mas, apenas hay placer en recordarla.

El recuerdo que hace feliz debe iluminarlo la esperanza.

La memoria de una época de ventura llena el alma de melancolía si la aislamos del porvenir.

Antes de los treinta años, el futuro que todo lo esconde nos parece suspender muchas sonrisas que se van borrando á medida que se recorre el espacio en que se dibujaban.

Pasaron los treinta y con la primera cana, vanguardia miserable de una decadencia que se acerca, se estrecha el horizonte de la vida, porque se ven los hombres como son, sin prestar á sus acciones la buena fé, pureza y honradez con que se adornan en la juventud.

Para un cabello blanqueado por el tiempo, los hombres perpetúan la fábula del grajo. Sus virtudes son otras tantas plumas de pavo real, suspendidas débilmente sin penetrar en la individualidad que las ostenta.

Hemos dicho alguna vez que:—«Cuando se mira que la familia no es realidad sino ante la herencia, el amor lo es solo ante el egoismo que liga al que puede ser útil, y que los diferentes trabajos siempre por impedir hasta la satisfacción de las necesidades, no ya de las aspiraciones, hay que convenir en que si existe la esperanza en el corazón del hombre, su origen es divino.»

¿Por qué se presenta el hombre raquítico ante el que ha llegado á poseer á costa de sus ilusiones la funesta ciencia que permite juzgar á sus semejantes? porque se ha desviado en la verdad.

Se dirá que con cada desengaño se deposita una gota de hiel en el corazón, que al fin amarga sus impresiones, haciéndole mirar con prevención cuanto domina la vista. Aunque así fuera, la prevención caería vencida ante la virtud que se impone siempre al ánimo que juzga.

La razon desprendida de preocupaciones puede emplearse como la linterna de Diógenes, y no se encontrará el hombre—y cuando se ha mirado una y cien veces en vano, mas aún, cuando la presión de la mayoría obliga á seguir falseando hasta la intencion de la mirada, suele despertarse el corazón con latidos de apasionamiento.

¿Qué lo impulsa?

El odio; sí, el odio, que tiene su grandeza, que tiene estremecimientos y palpitaciones, el odio que se alza porque han obligado á pisar una vez y otra los sentimientos nacidos al calor del bien y la verdad, el odio que aspira á vivir en alta voz, el odio de los fuertes.



La primavera se desliza sembrando flores y animándolo todo con suave y perfumado aliento. Parecia que la naturaleza murmuraba en todos los oídos, con voces misteriosas, un poema de

ternura cuyos cantos traían á los labios como una impresion y un deseo—la palabra amor!

Estos dias de ambiente tibio y acariciador que parecen quitar al cuerpo su actividad y energia, imponen al ánimo vehemencia en sus anhelos. Todo, pues, convidaba al olvido y al placer á nuestros jóvenes, que ni recordaban inquietudes ni tenian desventuras.

Cuando los afectos se guían por ellos mismos y solo se obedecen con sus impresiones, éstas se suceden sin dejar huellas duraderas—la prevision, los temores fundados, se borran con un beso. Tal vez á esa circunstancia se debe la felicidad que rodea la satisfaccion de las pasiones.

Es doloroso que haya que olvidar toda consi-

deracion para obtener alguna felicidad;—esto nos prueba que se ha tenido el raro tino de rodearse de prescripciones que la falsean ó la impiden.

Y no es que creamos que ella consiste en la satisfaccion sin freno de todos los ímpetus y deseos, no—pero el deber no debe oponerse á la naturaleza, porque se provoca la falta, y las prescripciones sociales ó legales deben basarse en las necesidades y no en las preocupaciones.

Si se hacen de práctica imposible, perpetúan el engaño en las costumbres y la ley, y alejándonos de la sinceridad nos distanciamos del verdadero progreso moral.

## XIV

### Consecuenciás

Fijemos fechas para mayor claridad en nuestra historia. Eran los primeros días de Noviembre de 1847.

Las jóvenes amigas acaban de penetrar al Socrorro. Camila se dirigió al escritorio acompañada por Gutierrez, cuya fisonomía sonriente cambió visiblemente al decir á su amada, despues de un rato de silencio en que la contempló con arrobamiento:

—Hace días, muchos días, ángel mio, que noto en tí una preocupacion estraña que he ido atribuyendo á distintas causas y conformándome con la esplicacion que por ellas deducia. Es verdad, que nuestra situacion que amenaza siempre osacer el porvenir, es bastante para ocupar desagradablemente la imaginacion, pero eso no te sucedía al principio de nuestras relaciones en que no tenian un horizonte mas despejado qué ahora;—siempre creiste, y yo lo mismo, que el amor bastaba á borrar todas las inquietudes—¿por qué no eres la misma? sobre todo ¿por que me ocultas tus pensamientos? no debo yo participar de tus dolores? habla.

Camila bajó los ojos sin responder. Gutierrez siguió:

—¿Es posible que me niegues lo que te pido? ya mi voz ha disminuido en poder para abrir tu alma á las miradas de mi cariño?

—No, Uladislao: te estravias, pero permíteme callar un tiempo mas la causa de mi malestar,—si ella se confirma, te lo dire.

—No comprendes que no puedo resistir la duda en que me dejas? Me dices que existe causa para tu inquietud, esta es grave, lo leo en tu semblante Camila,—ponte en mi situacion.

—Es que no debo alarmarte, por una suposicion que puede devanecerse.

—Acaso tu familia piensa alejarte de mí? dilemo.

—No, no es eso, nunca han estado tan tranquilos en casa.

—Entonces qué es? Lo mas terrible es que nos separen, lo demás no me inquieta, tiene remedio.

—Ojalá

—Entonces dudas que lo tenga?—por Dios, Camila, me matan tus reticencias.

—No las tendré dentro de pocos días.

—No las tengas ahora, te lo exijo en nombre de mi amor.

Camila vaciló un momento, diciendo despues:

—Jamás te he negado nada, no lo haré, pues, hoy tampoco: escucha. Si hace días que notas en mí preocupacion, que distraian tus cariños, éstos son ya impotentes para hacerlo; cada hora graba más en mi mente una idea que siempre me ocurrió, pero el amor no solo es imprevisor, sino que no lo hiere mas que la realidad. No he querido amargar la dicha que te proporcionaba mi cariño, diciéndote mis temores: he sido egoista con el dolor, no tenia valor para llenarte de inquietud...

—¿Pero qué es, qué es todo eso?

—Vas á saberlo: siento las novedades que indican á la mujer un estado, que en nuestro caso, es la revelacion de las relaciones que nos unen, y mi deshonra.

Una bomba que hubiera estallado á los piés de Gutierrez no le habria producido tanta impresion como las palabras que acababa de escuchar. Palideció intensamente y balbuceó, mas que dijo:

—Es cierto, es verdad eso? Dios mio, pero no, te engañas, eso no se evidencia fácilmente.

—Aún tengo una débil esperanza, puede ser que tengas razon.

—Y no sospecharlo! yo, yo que tanto he temido eso, que ha sido mi primera, mi única preocupacion! pero la confianza se habia hecho en mí en este último tiempo. Insensato! en qué la basabal

Gutierrez comprendió que con aquel estallido de sus impresiones aumentaba la pena inmensa de Camila, y procuró serenarse.

—Aún hay esperanza ¿no es cierto? aún podemos remediarlo todo.

—Yo tengo muy poca.

—Confía en Dios, no puede mandarnos tal desventura.

—Y ¿si existe?

—La remediaremos, no te abandones á una desesperacion inútil que puede agravarlo todo; posesiónate de la situacion y haz que no vayan por Dios á sospecharlo; mira que te pueden observar.

—Ya lo sé —si vieras cuánto esfuerzo necesito para sonreír!

—Pobre Camila! cuánto dolor, cuánta amargura te obligo á sufrir!

—Tú no eres, es la fatalidad que sigue nuestros pasos.

—Pero encarnada en mí.

—No, yo te amo, te amo cada dia mas.

—Amor desventurado!

—El me sostiene.

—Lo hace la grandeza de tu alma. ¿Y cómo cerciorarnos de que no te engañan terribles apariencias?

—El tiempo nos lo dirá.

—Qué horrible expectativa!

—Vamos Camila, dijo Marcela desde la otra habitacion.

—Sí, vamos. Adios Uladislao.

—Adios mi ángel. Sufre sin que lo noten.

—No estés intranquilo por eso. Adios.



Gutierrez, solo, se abismó en las reflexiones dolorosas de su situacion desesperante.

Si las presunciones de Camila eran ciertas, como no lo dudaba, ¿qué hacer? Su imaginacion escitada pasaba con actividad febril de un medio á otro, y desde el crimen hasta el apresuramiento de la *profesion* de Camila, eran considerados en todas sus fases sin que nada le presentara esperanzas salvadoras.

Largo rato midió la habitacion á grandes pasos.

Analizaba prolijamente mil signos que su funesta confianza no le permitió notar, y todos ellos le constataban la verdad de lo juzgado por Camila.

Cómo dejar al tiempo la solucion de este estado abandonando á la familia el cuidado de ocultarlo todo?—no era posible someterla á un suplicio semejante, y mas que todo, le arrebatábase á su amor que era su vida y sin el cual la misma Camila no soportaría la existencia.

Cansado de luchar con la impotencia, se resolvió á acudir á la imaginacion de Velarde, que menos preocupado, ó de mayor esperiencia, tal vez le sugiriera algun medio practicable y oportuno.

Llamó á su teniente imponiéndole pocas palabras de su situacion.

Este consideró como él uno y otro expediente sin que llegara á formular nada factible. Todo tropezaba con dificultades insuperables.

La tarde y las primeras horas de la noche trascurrieron en la discusion y rechazo sucesivo de cuanto se les ocurría.

La mañana siguiente sorprendió á Gutierrez, sin que el sueño hubiera cerrado sus párpados y

sin que alcanzara á imaginar nada verdaderamente realizable.



Camila vino en la tarde. Su situacion la hacia desprenderse de algunos temores que antes influian para hacer menos frecuentes sus paseos.

Gutierrez le indagó minuciosamente cada uno de los síntomas que le hacian presumir su estado; todos confirmaban la suposicion que adquirió en su ánimo fuerza de verdad.

—Y tú te resolverás á ejecutar lo que te indique?

—Creo contar con fuerzas para ello.

—Mira que cualquiera resolucion debe exigir toda la energia de tu voluntad;— á grandes males grandes remedios.

—Todo lo soportaré si conservo tu amor.

—Ah! es mi vida, y morirá con migo; ¿pero qué hacemos?—has encontrado algo que podamos poner en práctica?

—Yo no, ¿qué voy á imaginar?

—Si pudiéramos apurar tu entrada al monasterio?

—Por mucho que se hiciera en ese sentido no ocultaria mi falta? Cómo suprimimos las descripciones que rijen eso y que tienen un tiempo determinado, mayor del que puedo permanecer sin que se me note nada?

—Así es, por desgracia.

—¿Y misia Andrea, que todo lo puede con las monjas?—me empeñaré con ella,—sabes que me aprecia.

—No, no seria imposible dar un pretexto razonable para ello, y la minima sospecha bastaria para anonadarnos, á mas que yo no puedo separarme de vos.

—Es que allí podria verte con frecuencia.

—No importa, esa frecuencia no es la que necesita mi corazon.

—Tambien yo sufriria, pero es preferible á lo que nos va á acontecer tal vez, si este se revela. Camila bajó la frente y dejó correr sus lágrimas.

—Que será de nosotros! murmuró con indecible amargura.

—No te afijas de ese modo: dominá tu dolor, aún tenemos dias, meses, delante de nosotros y no siempre nos contentaremos con discutir. Llegará la hora de obrar y obraremos;—reclamo el valor de tu carácter.

Camila cerró sus ojos—no queria afijir á su amado cuyo dolor le traspasaba el alma.

Habia en ella fibras de firmeza y decisión que la desgracia empezó á retemplar.

Ocultó las manifestaciones de su inútil dolor y pudo sonreír serenando por completo su semblante. Un momento despues se dirijió á su casa.



¿Qué impresiones agitaban su ánimo en presencia de su desventura irremediable? Si no hubiera amado tanto, la idea de la muerte que asaltaba su espíritu en las noches de amargura, le habria parecido una caricia de la suerte; pero el amor nos apega á la vida mientras el sér que se ama no es ingrato al cariño que inspira;—solo junto con Gutierrez hubiera aceptado como salvacion el alejamiento voluntario de la vida.

Una madre podrá esclamar: *salvate y muera* yo, cuando un amante diría *muramos juntos!* El amor no tiene la abnegación que llega hasta el sacrificio sin compensación alguna.

El cariño de madre es la nota verdaderamente sublime en la armonía de los afectos con que la naturaleza cumple una de sus grandes leyes.

La madre cifra todo en sus hijos, oscureciendo su individualidad tras de ignorados sacrificios.



Uladislao vió alejarse á su amada y tornó á sus dolorosas reflexiones.

El tiempo trascurre con espantosa celeridad;—no tenía meses para obrar, como había dicho á Camila para darle esperanza, eran días, apenas días, en los que debía determinar una acción eficaz.

Varias veces había pasado por su mente la idea de huir, pero la rechazó siempre por irrealizable; empero, le volvía una vez y otra apareciéndole con la seducción de conservar á Camila para su amor únicamente.

Analizó el pensamiento en todas sus facetas, los inconvenientes eran inmensos, pero el mayor sería sin duda hacer que su amada se resolviera á abandonar lo todo.

¿Qué salvación podemos esperar aquí? pensaba. Piérdola á ella, la arrebatarán á mi amor, y me pierda también yo.

Lejos de aquí, en el extranjero viviremos el uno para el otro, y en poco tiempo olvidaremos estas amargas, rodeados de una dicha tranquila que jamás nos ha acariciado.

El mundo no debe ser para nosotros la patria, —el destino nos arroja de ella, obedecemos su fuerza incontrastable;—algun día podremos tal vez volver,—las situaciones son transitorias y muy pronto se olvidarán de nosotros.

Si, continuaba después de repetirse los argumentos que afluan á su mente,—sí, es necesario que Camila se determine á que huyamos—¿cómo hacerlo? Eso siempre es posible disponerlo, veamos qué nos dice ella. Y Gutierrez esperó el día siguiente sin comunicar á Velarde su idea.



—He encontrado, Camila, un medio que puede salvarnos. Te he dicho que ha menester toda tu energía para afrontar la situación que nos hemos creado y para la que voy á proponerte.

—Ya te he dicho que á todo estoy resuelta, menos á ese crimen que choca tanto con mis sentimientos, que prefiero morir.

—Yo no te he propuesto nada que repugne á tu naturaleza.

—Pero lo has enunciado.

—Dejemos eso; lo que me ha ocurrido y que puede salvarnos conservándonos para nuestro amor, es la fuga.

—Oh! no. Y mis padres!

—Piensa, Camila, que te habías resuelto abandonarlos para entrar en las Catalinas, y eso lo hiciste cuando solo el dolor te impulsó.

—Sí, pero es distinto, allí iba á estar á poca distancia sabiendo siempre de ellos y aún viéndolos.

—Desde donde nos vamos, también podrás saber. Una madre perdona siempre, y si ella no

contesta tus cartas, lo hará Marcela. Si nos quedamos, no evitas el deshonrar y te separarán de mí, te pierdes y me pierdes, en una palabra. Acepta Camila—es lo único razonable. No puedes ni debes permanecer en tu casa muchos días más, hay ya cambio en tu fisonomía y el malestar que no puedes ocultar traerá sobre tí una sospecha y de ella á la observación apenas hay un paso, y ya sabes que en este caso la observación viene seguida del descubrimiento que nos anonadaría, y entonces te pesará enormemente no haberme oído. Considera lo que será para nosotros una vida independiente, sin otro afán que procurarnos una subsistencia cómoda:—tal vez demos gracias á Dios por habernos colocado en situación de buscarla.

Gutierrez ejerció una influencia poderosa en el ánimo de la joven, habituada á seguir todas sus indicaciones, pero le parecía tremendo ejecutar lo que le decía.

La esperanza de una vida consagrada al amor tenía irresistibles atractivos.

—Dejemos ese plan para el último caso.

—Si estamos ya en él,—postergar la ejecución es tal vez hacerla imposible, y entonces solo nos queda el recuso de morir, que es el último y para el que siempre hay tiempo.

Camila abatió su frente. Sin duda consideraba preferible el último.

—Resuélvete, insistió Gutierrez, no hay otro camino y debemos arastrarlo todo. Si no vencemos las dificultades que ofrece, resignémonos entonces á muramos. Yo no soportaré tu desventura. Y el llanto sofocó la voz de Gutierrez. Ella le miró, conocía el temple de su alma y esas lágrimas tuvieron la fuerza de todas las razones juntas, probando que el sentimiento es la cuerda que siempre vibra en el corazón de la mujer.

—Bueno, bueno, respondió con acento tembloroso—haz lo que dices, me resigno.

—Gracias:—encuentro ahora lo que siempre ví en vos: así puede arrostrarse la fatalidad con ánimo sereno. Voy á empezar sigilosamente los preparativos, y en ese intervalo aún puede surtir algo menos doloroso; pues seguro en tu decisión soy otro hombre. No digas nada á Marcela.

—Oh! no, ella ignora mi estado, no he tenido valor para confiárselo. Si tenemos que huir, le escribiré mas bien.

—Sí, es lo mejor.

—Yo me voy y no vendré hasta mañana á la tarde.

—Adios, ángel mío—fortifícate en la resolución adoptada.

Gutierrez pasó á ver á Velarde.

—Sabe que he adoptado un plan dolorosísimo como todos los que pueden surgir de mi situación desesperante, y para el cual necesito su auxilio.

—Ni que pedirmelo tiene, respondió el joven que se hallaba también muy intranquilo.

—Gracias. Es posible, ó mejor probable que nos vayamos de Buenos Aires un día de esta.

—Adónde?—Es una locura.

—No: es una resolución. Yo no puedo abandonar á Camila, tengo que salvarla ó caer con ella, así lo mandan mis sentimientos, aún independientemente del amor que á ella me liga. En cualquier parte hallaremos asilo y tal vez un poco de ventura.

—Pero qué se dirá de ustedes?—lo ha meditado?

—Todo, todo; lo que se diga no será peor yéndonos que dejándonos estar.

—Y los inconvenientes de la fuga, la actitud de los agentes del Gobernador que tratarán de encontrarnos?

—Eso se burla. No trate de hacerme desistir; la única manera de conseguirlo sería presentarme otro medio de mas fácil realizacion,—si ese no existe, me voy.

—Ha pensado á qué punto?

—Aun no, pero creo que para alejarme de aquí con menos peligro, debo hacerlo por tierra, asi es que me dirijiré al interior.

—Pero si allá lo van á buscar?—saben que es usted tucumano.

—Es que no me dirijiré á Tucuman. En la República no estaré tranquilo ni seguro—es menester salir de ella.

—Pero si no le es posible?

—Sí: me iré al Brasil.

—Pero es un viaje horrible hecho por tierra.

—No debo considerar peligros ni malos ratos, con tal que se consiga evitar que no nos tomen. Camila es varonil y lo soportará todo.

—Y qué medios vá á emplear para cruzar esa estension?

—Los que pueda—es verdad que no tengo dinero, añadió con desesperacion. Pero no debo abandonarme en la primer dificultad. Y la mirada de Gutierrez marcó la firmeza inquebrantable de su resolucion. Puede usted prestarme alguno?

—Tengo una onza, que se la ofrezco gustoso.

—Gracias: yo poseo algo mas, pero todo eso es insuficiente. Venderé algunas cosas.

—Eso ya es peligroso.

—Es cierto; tengo entonces: que privarme de ese recurso.

—U obtenerlo por medios muy hábiles.

—Todo lo ensayaré, añadió al caminar hácia sus piezas, interrumpiendo el diálogo con brusca preocupacion. Estoy en el caso de tocar el limite de mis fuerzas—no caeré sin resistir al destino que me anodada.

Mas allá de esa tormenta debe brillar el sol; el muro que o pone á sus rayos no es impenetrable, lo parece á la distancia. Rompámosle, pues, para llegar á él—el sol es la esperanza.

Gutierrez siguió meditando: de pronto alzó sus ojos brillando en ellos nueva luz.

—Sí, Palacio, murmuró, ninguno como él. Si no consigo dinero de sus manos, debo estar maldito. El me hizo sacerdote—que pague las consecuencias de sus consejos que me obligan á llevar un grillete, para el que no he nacido. Voy á á escribirle.

Hé aquí sus líneas: {1}

Sr. D. Felipe Elortondo Palacio.

Padre:

«Venciendo toda idea que pudiera retraerme en las circunstancias presentes, paso á hacerle una confianza y una súplica, en la firme persuasion de que su generosidad atenderá tanto á aquella como á ésta.

«Culpable es el hombre que no toca hasta el último medio para su conservacion cuando sea preciso; yo en este caso es que me dirijo á usted para esponerle que me veo necesitado de diez onzas de oro y pedirle, que si le es posible

me las preste, en la inteligencia de que si lo hago me levantaria un grave peso que me oprime, como de lo contrario me veria completamente abatido y tal vez en peligro mi existencia.

«Acuérdese que algun tiempo ocupé un lugar en su corazon y entienda su bondad hasta este que siempre lo quiere.

B. S. M.

Uladislao Gutierrez.

Noviembre 18 de 1847.



Esta carta, en que se traslucen las agitaciones de su ánimo, aunque encubiertas, pues no podia obrar de otra manera, con un hombre que no estaba ni podia estar en los secretos de su situacion, calmó un tanto su inquietud. Llamó al sirviente encomendándole su direccion.

El día despues vino Camila.

—Has descubierto algo que nos salve, díjole Gutierrez al tomarle la mano.

—Yo nada, respondió con amarga tristeza;—pienso en lo que tú me propones, y las fuerzas me faltan para llevar á cabo tan tremenda resolucion. No es el cuidado de mi nombre lo que me detiene, no: me pertenece y lo abandono á mi amor. Es el dolor que voy á causar á mis padres, la mancha que arrojé sobre mis hermanas, tan dignas de levantar la frente con el orgullo de la virtud. Ah! tú no sabes cómo se despierta el amor filial cuando se ve próxima una separacion eternal. Te aseguro que solo el amor puede mantener en mí el deseo de vivir. Yo que lo he sacrificado todo á mi pasion, que volveria á sacrificarlo una y cien veces, tiemblo, me anodo ante la idea de herir dolorosamente á mi familia.

Las lágrimas de la jóven bañábanle el semblante. Gutierrez respetaba aquel dolor inmenso que desgarraba su corazon, pero no viendo otro medio distinto de salvacion, que todo pudiera conciliarlo, trató de llevar algun convencimiento al ánimo de Camila, para que sintiera esa amarga resignacion que apareja la impotencia ante un mal que nos aplasta.

—Reflexiona, Camila querida, ahoga tus sentimientos, no estamos en caso de elegir; la suerte solo nos presenta un medio—hagamos lo posible con nuestra decision y energia para que nos sea verdaderamente útil. Lo que temes, huyendo conmigo, sucederá infaliblemente si te quedas; apenas podrás detener la catástrofe unos dias mas. Te separarán de la familia,—todo se sabrá tambien y no evitas á nadie la vergüenza, que por un falso pudor social, les colorará el rostro: no tendrás ni el consuelo de reclinar en mi pecho tu frente dolorida. Ese es el porvenir que debes mirar, porque ese te espera, no siguiéndome donde la suerte nos arrastre, que siempre será el paraíso si es oy á tu lado.

—Lo único que puede arrastrarme es vivir para tí únicamente.

—Pues eso lo tendrás quién podrá separarnos si huimos del alcance de los esbirros que puedan seguirnos?—Te animas á cruzar á caballo una larga estension?

—Sí: sabes que monto bien y estoy muy ejercitada.

—Eso nos salva, pues creo que así tendremos que alejarnos de Buenos Aires.

—¿Y para cuándo preparas el viaje?



—Lo mas pronto posible. Ahora tendremos que esperar la terminacion del Mes de Maria, que tú y Marcela hacen tan notable. La desaparicion de una de ustedes en estas circunstancias, seria comentada desde el dia siguiente y debemos no esponernos á que tal cosa suceda, pues tendremos necesidad de cuatro ó cinco dias para alejarnos lo bastante, de modo que se haga infructuosa la accion de la Policia, pues Moreno se ha de empeñar en dar contigo. Los dias que nos quedan los ocuparé en algunos preparativos y en buscarle dinero. Mientras tanto pon tu mayor cuidado en ocultar los síntomas que pudieran indicar tu estado, afecta la mayor alegria y no te niegues á las diversiones para que te inviten; ahora no solo no me disgusta sino que te pido por favor que asistas—eso es imprescindible.

—Ér entonces al Teatro Argentino; se empeñan que lo haga para cantar en una funcion de premios que se celebrará en estos dias.

—Bueno, no faltas.

—Te aseguro que es un sacrificio.

—Comprendo que no tengas el alma para cantar, pero te repito que debes ir. ¿Vendrás luego al Mes de Maria?

—Oh! si.

—Aunque casi nunca puedo hablarte en ese momento, te veo y te oigo, lo que no es poca ventura.



La generosidad del señor Palacio alcanzó á la mitad de lo pedido.

Es esa cualidad peculiar á todas las generosidades: nunca llenan por completo la exigencia del que pide.

Siempre se dice, que una de las cosas que mas cansan es dar, debiéndose añadir que, de las que mas cuestan, es pedir.

Gutierrez guardó aquel dinero que envolvía una esperanza de salvacion y se dedicó á formular su plan de fuga, para lo que debia consultar la experiencia de Velarde.

—Amigo, díjole esa tarde, cada dia que pasa me evidencia mas la necesidad de huir;—tendremos que esperar la conclusion del Mes de Maria, así que no podremos ponernos en viaje hasta mediados de Diciembre. Palacio me ha enviado cinco onzas y con ellas compraré un caballo que con mi cebriño, en el que tengo plena confianza, son los que necesito; me es tambien necesario un recado, pues esa clase de montura es la única que sirve para cruzar la campaña sin llamar la atencion, y que reúne algunas ventajas para los que como nosotros deben separarse de los lugares habitados.

—Ha lijado ya el itinerario posible?

—Creo que lo mejor es dirigirme por tierra hasta San Nicolás y de allí pasaremos embarcados al Rosarió ó Paraná, desde donde nos iremos á Corrientes para seguir de allí como se pueda hasta un punto cualquiera del Brasil, donde terminaremos nuestra peregrinacion.

—No está mal pensado, pero debe parar los golpes del primero ó segundo dia de viaje.

—De eso tenemos que tratar y confiar en usted. Haré que Camila diga en su casa que vá por unos dias á pasar á lo de una pariente ó amiga; yo podré fingir que me voy á cualquier parte, con lo que queda usted dispensado de dar cuenta de mi ausencia por cuatro ó cinco dias.

—Y á quién la doy? Mire que va usted á dar un campanazo que fije aquí todas las miradas, y el Gobernador se va á enfurecer.

—Con tal que su furor me encuentre lejos, no me importa.

—Y si la familia dá cuenta?

—Eso es lo que trato de prevenir con el paseo fingido de Camila, á mas que han de hacer diligencias privadas primero, pues un caso semejante no se pone en conocimiento de la autoridad, que todo lo publica, hasta que ha fallado la última esperanza. Yo creo que obrando con algun juicio puedo pasar casi inapercibido por espacio de una semana, y si así sucede el porvenir es mio, pues en ese intervalo habré tal vez llegado á San Nicolás.

—Usted lo encuentra todo muy hacedero; ni recuerda que no conoce el camino.

—No estoy para variaciones;—un gaucho cualquiera me guia por una cantidad insignificante.

—Y lo dejata al volver.

—No le daremos motivo para que nos crea prófugos, y la delacion llegará tarde. Convengo en que vamos á arriesgar mucho, pero no nos queda otro camino que entrañe alguna esperanza. En los dias que tenemos que aguardar forzosamente concluiremos los detalles del plan bosquejado. Estoy tan impaciente, hay tanto peligro de que sea observada Camila, que quisiera poder partir mañana.

—¿Y no lo empuja algo el amor? A través de esa impaciencia leo yo el deseo de consagrarse á él por completo.

—Tal vez tiene razon; pero sea lo que fuere, las circunstancias me arrastran y me disculpan.

—No le va á parecer así al Gobernador ni al Obispo.

—Que lo tomen como se les antoje; juego el todo por el todo—si pierdo la partida, Dios dirá, que si la gano, diré yo.

—Le aseguro que me tiene violento su situacion.

—Yo no estoy muy tranquilo.

—Ya es la hora del Mes de Maria.

—Pues á la iglesia entonces—ya hablaremos.



El Mes de Maria que se celebró ese año en el Socorro, hizo bulla entre las devotas que jamás habian oido un coro mejor organizado y en el que lucieron voces mas atrayentes.

Camila y Marcela le daban el atractivo imponderable de su libertad.

La concurrencia crecia diariamente, pues la fama de aquel coro se iba esparciendo entre las familias que se invitaban unas á otras como á una fiesta llena de encantos.

Gutierrez y Velarde disponían todo con esmerada prolijidad, halagados por el espléndido resultado de aquella sencilla festividad.

Uladiislo hacia tambien su oratoria con pláticas morales que lo exhibian como un jóven instruido y una esperanza para el clero.

Cuéntase que en una de esas pláticas, dijo al público que era necesario fundir las reliquias del altar del Señor de los Milagros, y que esas alhajas desaparecieron con él.

Esta es una calumnia infame propagada hoy por los amigos de Rosas y de Velaz, traidora e incontinentemente, pero que nos creemos en el deber de desautorizar.

Gutierrez huyó con lo prestado por Palacio y sus propios recursos;—su intención era pasar al Brasil y faltáronle medios para ello, lo que no hubiera sucedido si él lleva las alhajas á que se alude.

¿Cómo no lo hubiera dicho el señor Moreno, encargado de las primeras pesquisas policiales en Buenos Aires?

¿Dónde y cómo se llevan tres petacas de alhajas saliendo á caballo y cargados con la ropa que les era indispensable?

Alguien dice que las hizo llegar por agua á San Nicolás. Esto es tan infundado que no merece atención alguna.

Los que combatían á Rosas desde Montevideo se hicieron eco de estas habillitas; esto se comprende. Alejados del teatro de los sucesos, empuñados en una lucha sin cuartel, tomaban como un arma arrojadiza cuanto malo pudiera decirse de los hechos á que una época semejante daba margen.

El Comercio del Plata, pudo decir que Gutierrez, según se les aseguraba, habia completado su villanía robándose las alhajas del templo. Sus informes carecían de verdad; lo prueba, que señala el 25 de Diciembre como el día de la fuga, cuando á esa fecha, nuestros protagonistas estaban ya lejos de Buenos Aires.

Es curioso que se mantenga una calumnia tal.

Al mismo Reyes que no titubea en faltar á la verdad, como tendremos ocasion de probarle en el curso de esta narracion, para atenuar agenos y propios crímenes, no se le ha ocurrido justificar en lo posible el asesinato de Gutierrez y Camila, mencionando esa causa agravante en los datos que suministró el Dr. Bilbao para su proyecto de vindicacion.

Se dice tambien que el Dr. Velez basó su funesto é injustificable informe en este robo sacrilego. Esto es tan poco serio que apenas cabe mención.

¿No echaria mano el Dr. Torres de algo semejante?

Se ha buscado otro espediente que hace honor á la imaginacion de los que aún le usan. Dicen, que Velez y Torres, previendo el mal que se haria Rosas ordenando esa ejecucion, se la presentaron con carácter de justicia, atendiendo aquel terrible axioma filosófico que exige el sacrificio de los menos para la salvacion de los mas.

Torres y Velez, como todos los allegados al tirano, conocian perfectamente la impresion hecha en él, no por el escándalo, sino por la burla á su autoridad, y sobre todo por haber desconocido el hecho durante unos días.

Sabian cual era su intencion, no necesitaban azucarle, y sin embargo lo hicieron, llevados por el deseo de agradarle, única cosa que á juicio nuestro tuvieron en vista.

Cargue cada uno con el peso de sus actos. La verdad no debe tener contemplaciones,



Nuestros enamorados continuaban viéndose diariamente.

Marcela habia notado pequeños cambios en el carácter de su amiga, pero estaba lejos de atribuirles la verdadera causa: sabia que el amor mueve el ánimo con impresiones poderosas y distintas.

Gutierrez, firme en su idea de huir, atacaba las vacilaciones de Camila y preparaba la ejecucion del viaje; fué dado adquirir por poco precio un caballo ruano que reunia las condiciones necesarias.

Hizo comprar pieza por pieza un recado y adquirió un par de pistolas de fulminante.

Colocó los caballos en la quinta de las negras que vivian en frente, cuya relacion estrechó con frecuentes y generosas dádivas.

El Mes de Maria tocaba á su término. Cada día aumentaba su intranquila impaciencia.

Desaba y temia la hora en que arriesgándolo todo iba á confiar á los azares de un viaje peligroso la suerte de su amada y la suya.

Con cuánto dolor miraba los objetos que la fortuna le obligaba á abandonar para siempre. Recorria los sitios en que tanto habia gozado ó sufrido, reuniendo mil recuerdos en cada uno de ellos, siéndole todos queridos, pues el hombre ingrato con la ventura, se aficiona á los parajes en que han corrido sus lágrimas, tanto ó mas que aquellos en que le sonrió alguna felicidad.



Concluyó el Mes de Maria, llevando en cada hora que le siguió un nuevo temor al ánimo de los jóvenes.

Era el nueve de Diciembre. Camila con su amiga llegaron al Socorro. Gutierrez esperaba á su amada para vencer sus últimos escrúpulos.

Separáronse para hablar con libertad y la voz conmovida del joven interrogó la decision de su amada:

—Creo, alma mia, que hemos agotado una á una todas las esperanzas de salvar la cruel situacion que nos aflije;—pasó, pues, la época de pensar y ya debemos obrar.

—¿Estás seguro que no nos queda otro medio?

—Completamente: cesen tus vacilaciones, acuérdate de los sufrimientos que te aguardan aquí y de la inevitable separacion que vendrá á herirnos. En nombre de mi amor te hablo; que él guie nuestras inspiraciones. Pasado mañana podemos salir de Buenos Aires; todo lo que nos es indispensable está listo. Empero que mañana salgas de tu casa para la de una amiga ó pariente que no se visite con mucha frecuencia con tu familia; así es posible que creyéndote allí no te busquen en dos ó tres días, que es lo que necesitamos para alejarnos.

Camila lloraba sin contestar. Estaba resuelta á seguir á su amado; poseionada de la imposibilidad de conciliar su amor é intereses de otra manera, pero la realidad la espantaba—iba tal vez á negarse. Gutierrez lo conoció y dijo:

—No guíe el egoísmo de mi amor mis deseos y mis pasos en el sentido de salvarte conservándote para mi cariño, pero no toleraré, siento en mí que es imposible, la separación á que nos obligarán quedándonos. Si tal caso llegara habria un suicida mas y un desgraciado menos.

—Gutierrez!

—No creas que mis palabras son calculadas—siento y lo espreso únicamente.

—Si, si; nos iremos, haré cuanto me digas.

—Pero no quiero que lo hagas empujada por mis palabras, sino convencida de lo que debes hacer.

—Lo estoy, pero tú no abandonas una familia, un hogar—déjame llorar. es un consuelo y una

espiacon. Pobres padres míos! Voy á amargar los últimos años de su vida; morirán creyéndome una hija ingrata y desleal. Ah! Gutierrez, necesito mucho amor para seguirte y mucha resignacion para vivir.

—No, Camila, te aflijes demasiado. Así que estemos salvos, les escribirás solicitando su perdón, y verás que te lo otorgan.

—No por eso les será menos dolorosa la accion que me separa de ellos.

—Bueno, no lo pienses. El sentimiento te aleja de la situacion, y considerándola bajo ese prisma, nos prepararnos mayores desventuras. Escucha la voz de la reflexion que nos manda usar el único medio de conservar con atractivos la vida, que de otra manera abandonaremos entre dolores y sin que tú hayas conseguido por ellos amenguar los efectos de la causa que nos obliga á obrar así; considera tu porvenir en Buenos Aires; talvez separada de tu familia, sin ninguna amiga que deje de clavar en tu pecho como una saeta, la sonrisa de su desdenosa burla, sin ser digna acaso de levantar la frente á la altura de tu pié. Tú no sabes que es necesario caer en un pedestal cualquiera para llegar á la miseria en que se revuelca la sociedad. Verdad es que el lodo está siempre debajo de las aguas de limpia superficie y es menester hundirse para revolverlo. Soy sincero al decirte que todas las desventuras que pueden sobrevenirnos no envuelven la amargura que te obligarian á beber dia por dia, hora por hora—eso sin mencionar que tendrias que alejarte de mí, como no lo dudarás.

—Cuanto me dices, lo sé, lo he pensado tambien, pero si basta para convencerme, no amengua mi dolor ni el arrepentimiento de la ingratitud á que soy arrastrada. Yo, verdugo de los séres que amo tanto!

—Exageras, alma mia: seca ya tus lágrimas. Necesitamos el tiempo para convenir en los detalles de nuestro proyecto. ¿Puedes ir mañana á una casa en que no sepan de ti, por lo menos en dos ó tres dias?

—Sí: podré hacerlo.

—¿Lo harás?

—No tengo otro remedio.

—No me digas eso, sino que quieras hacerlo.

—Sabes que te amo lo bastante para creerme feliz si estoy á tu lado, mas no hagas callar mis sentimientos de hija y de hermana.

—Lejos estoy de reprocharlos, pero creí que respondias únicamente á mis instancias y no á tus deseos.

—A las dos cosas.

—Pues bien, saldrás mañana de tu casa llevando alguna ropa, como para los dias que supongas permanecer, y si tú puedes traerla, es mejor que mandarla.

—La traeré, pues iré sola y así puedo venir un momento.

—Como pasado mañana es Domingo, te puedes venir á la oracion—¿cómo lo harás?

—Eso me será mas difícil.

—Sí, y mas que todo, hacer que no apereciban tu falta. Sabes que ese debe ser tu primer cuidado. Hay un medio: dices en tu casa que vés por una semana á lo de tu pariente, y luego allí repites que solo lo haces por un dia: sales á la tarde y en lugar de ir á tu casa te vienes aquí.

—Es la única manera posible, ¿y si no sale el plan á medida de nuestros deseos?

—Se aplaza la ejecucion,

—Qué ansiedad!

—No es menor la mia—¿recuerdas cuanto te he dicho?

—Sí: creo que nos habla Marcela. ¿Es hora de irnos?

—Desgraciadamente.

—Entonces adios: hasta mañana.

Gutierrez pasó á someter al juicio de Velarde su proyecto de evasion.

Nada tuvo que observarle su jóven teniente.

—Encaróle sobremanera que trate de retardar el aviso que debe ir á la curia y sobretodo al Gobernador.

—Pierda cuidado, demoraré el asunto lo que pueda y trataré de atenuar los malos afectos.

—Confío en ello: yo diré á todo el mundo, desde hoy, que pasado mañana me voy á Quilmes.

—Es una precaucion necesaria. ¿A qué hora piensa salir?

—De noche, á las nueve ó diez.

—¿No será tarde?

—No lo creo, pues debemos esperar á que no transite nadie por las calles, porque bastaria que vieran un hombre y una mujer, para que se sospechara algo.

—¿Y no seria oportuno que Camila se disfrazara, para que ni las negras la vieran? Usted podia decirles que era un peon que lo acompañaba.

—Tiene razon, magnífica idea; la acepto sin vacilar—no se me habia ocurrido.

—Es tanto mas conveniente, cuanto que la luna no ha llegado á su cuarto creciente;—así que en la noche oscura el disfraz no ofrece peligro.

—Es verdad; pues voy á prepararle uno de mis trajes que no le quedará mal, pues no hay gran diferencia de cuerpo.

—Le parece—ella es mas alta y usted es mas grueso.

—En fin, eso no es irremediable.

—Así lo crec—¿Ha preparado algunos vestidos?

—No.

—Pues le van á ser necesarios, recuerde que en los primeros dias de marcha tiene que huir de las poblaciones.

—Eso lo haré siempre que pueda. El aviso es tambien de provecho—voy á preparar algunas cosas.

—Gutierrez se elejó, llevado por su febril impaciencia.



Al dia siguiente llegó Camila á media tarde con un pequeño atado en que venian oprimidas algunas piezas de ropa de su uso.

El semblante de la jóven traslucia, apesar de todos sus esfuerzos, el estado de su ánimo.

El contorno azulado de sus ojos enrojecidos, delataban las horas de insomnio y de llanto.

Gutierrez agotó sus argumentos para darle algun consuelo y mostrarle el inconveniente de esas huellas con que el dolor se hace sensible para el menos aficionado á leer impresiones en el rostro de sus semejantes.

Permaneció solo un momento con él y fué á la casa que habia elejido para su estadía.

Traia á la memoria, queriendo fijar con caracteres indelebles las últimas escenas del hogar

que hacia una hora dejara para siempre. Habia recorrido cargando de recuerdos é impresiones su imaginacion escitada, cada uno de los sitios que le eran habituales.

Mas de una humilde planta recibió el rocío de sus lágrimas, que temblando furtivas en sus párpacos huian á esconderse entre las hojas, ocultando así la huella sensible de un dolor sin nombre.

Muy temprano, una amarga y febril impaciencia la arrojó del lecho: el sol empezaba á vestir con los espléndidos colores de la mañana los objetos que la rodeaban; su luz acariciadora, que despierta el alma á las impresiones de vida, dando con la carrera de un dia que comienza, el deseo de terminarlo y que engrandece talvez esa idea haciéndonos mirar el porvenir, no tenia para ella tal encanto ni veia el futuro con imágenes de luz.

Sentia impulsos de apresurar su partida, y un

movimiento inmediato la detenia obligándole á prolongar aquellos instantes angustiosos.

La hora del almuerzo fué un suplicio.

Su padre no estaba allí.

Ella hubiera querido estrechar su mano una vez mas.

Dieron las tres de la tarde y se preparó á marchar.

Dió vueltas sin objeto determinado asaltada por sus últimas vacilaciones.

Eran las tres y media—¿qué hacer?—Trajo á su alma toda la resistencia de que era capaz.

Se iba por una semana y esa pequeña ausencia daba margen á esas demostraciones afectuosas del adios en familia.

A pesar del peligro de hacerles notar su emocion besó á su madre y hermanas, estrechó la mano de los varones y se lanzó á la calle: no podia más!

Ese solo sufrimiento era bastante para lavar su falta, si alguna existe en amar.

## XVI

### La fuga

Terminó el rosario de la tarde, rezado devotamente por Velarde, y Camila penetró á las habitaciones de Gutierrez.

Las primeras sombras de la noche envolvian la ciudad trayendo el silencio á sus moradores con la cesacion del movimiento que anima al dia.

Uladislao, sentado frente á su mesa de escribir, apoyaba los codos en ella y su frente en las manos. Sin duda sentia vacilar su espíritu en aquellas horas de agonía.

No era su porvenir, su tranquilidad, su fortuna lo que jugaba en aquella desigual partida—era su amor, era Camila á la que arrojaba á los vientos de la desgracia. Esto doblaba su frente quebrando la energia de su alma.

Al ruido de los pasos de la jóven levantó el rostro y dijo sonriéndole con cariñosa amargura:

—Estás pronta y decidida?

—Sí: ¿A qué hora nos vamos?

—A las diez próximamente.

—Entonces tengo tiempo, voy á escribir á Marcela para que no vaya el lunes á buscarme para la clase. ¿Podrá Velarde encargarse de hacerle llegar temprano mi carta?

—No tendrá inconveniente. ¿Le vas á confesar todo?

—¿Cómo no hacerlo?

Camila ocupó el lugar de Gutierrez, que le habia preparado papel.

La jóven no manifestaba la tímida vacilacion de los dias anteriores.

Llegado el momento de obrar mostraba el temple extraordinario de su alma.

Su semblante empalidecido por el sufrimiento, no conservaba una huella de debilidad.

—Uladislao vió y admiró aquella transformacion de que solo son capaces los espíritus excepcionales.



Camila hizo deslizarse la pluma sobre el papel, con mano segura.

El se paseaba á su frente contemplándola con respetuoso amor;— se sentia avasallado ante aquel carácter capaz de hacer imperar su voluntad sobre todos los sentimientos y temores, y que habia doblado tan poderosa energia al influjo de la pasion. Cuánto amor era menester para un efecto semejante.

Camila escribió un momento y alzó sus ojos, que habia humedecido la emocion, leyendo estas líneas á Gutierrez.

«Marcela:

El lunes no vayas á buscarme para la clase; si asistes, hazlo sola, sin dar á entender que yo no estaré. Este favor, que espero de ti, pues de él depende mi salvacion, necesita explicarse y voy á hacerlo.

Tú conoces la historia de mi amor,—¿á qué, pues, repetirte que he vinculado á él mi existencia?

Hoy mas que ayer, necesito consagrarme á mi corazon, y para ello es estrecho el horizonte que me ofrece una pasion vedada que me obliga á ocultar como un crimen los movimientos de mi alma.

Amo demasiado para soportar la intranquilidad, la zozobra constante y amarga de todos los dias. El sentimiento que se desborda en mí se necesita libertad. Una mirada, un recuerdo, un deseo que se me obliga á falsear ó esconder, es un giron de ventura que me arrebatan arrancándolo de mi alma, pues esas espansiones son la vida del corazon que ha menester girar en una esfera de sinceridad, que es la virtud de las pasiones.

Te estrañará mi determinacion, lo sé! Voy á partir de Buenos Aires.

No me juzgues ligeramente, me conoces; escucha la voz de tus sentimientos que hablarán por mí y te dirán que no soy culpable,—la suerte me arrastra y sigo sin oponer resistencia en la huella que me designa—¿dónde voy?—no puedo decirte; así que fije el hogar de mis es-

peranzas te escribiré. Mas de una vez has de oír clasificarme duramente; hija sin corazón, hermana desleal, serán los calificativos que acompañarán mi nombre en adelante. Repóndeles que solo soy desgraciada. ¿Verdad que lo harás? es el epitafio que corresponde á la que muere para su familia, sus amigas y la sociedad en que nació.

—Pero á qué decirte lo que tú comprenderás con solo saber mi resolución? Perdoname que no haya tenido valor para confiarte todo esto de viva voz; temia que trataras de disuadirme, cuando ya nada podia la reflexion.

Ocultá cuanto te digo; demasiado pronto lo sabrán. Acuérdate con cariño de tu amiga,— que haya un sér siquiera que no tenga para mí el desdenoso desprecio que sentirán ó finjirán los demás. Es mi último pedido.

Adios, adios.

Tu infeliz—

Camila.»



Gutierrez escuchó silenciosamente la lectura de la carta, que era un lamento y un reproche á la fortuna, que debia entrever sin embargo el carácter de su amada.

—Círrala que la entregaré á Velarde, dijo despues de un instante necesario para reponerse de la emociion que le causara.

—Ya está.

—Ahora pensemos en nosotros. Aún tengo abierta la balija en que va tu ropa para que pongas la que tienes puesta, pues debes salir disfrazada.

—Para qué?

—No se te ocurre que hay peligro de un perance desagradable y que puede tener funestas consecuencias, si ven un hombre y una mujer á estas horas por las quintas?

—Es verdad ¿y con qué me visto?

—Te he preparado un traje completo de hombre, serás mi acompañante para el viaje que anuncié a Quilmes. Así que aclare, cambias de vestido, pues lo que es conveniente en las tinieblas no es prudente de dia.

—Es una modificación con la que no contaba, ¿Dónde está el traje?

—En mi cuarto—ven.

Camila vistió la ropa que le presentaba Gutierrez; eran las nueve y media de la noche. Velarde penetró al escritorio donde se le juntaron los prófugos:

—Ya tódo está listo? preguntó con voz alterada?

—Todo: iba á llamarle para despedirnos de usted. Escuso recomendarle cuanto hemos hablado. Que tarden el mayor tiempo posible en buscarnos.

—Oh! por mí no lo sabrán.

—Y si le es posible, trate de desviarles la pista. ¿Ensillarían los caballos?

—Si: yo le dije que un jovencito acompañaria á usted.

Perfectamente; gracias y adios, dijo Gutierrez, estrechando afectuosamente á su teniente, pues el cariño parece aumentarse para los que nos rodean en las situaciones supremas de la vida.

Camila le estrachó su mano, recomendándoles

la carta para Marcela que Uladislaio habia puesto ya en sus manos.

—Dios los acompañe, añadió Velarde mirándolos salir con la balijita y unas maletas que constituian el equipaje.

Los jóvenes no respondieron, temiendo delatar su emociion.

Caminaron silenciosamente hasta dar con el portillo que dividiendo cañas y pitas daba paso á la quinta de las morenas donde estaban los caballos.

Una de ellas salió con un *candil* á alumbrarles el terreno.

Felizmente su luz oscilaba demasiado, no iluminando nada con fijeza.

Camila huía de sus amarillentos haces, refugiándose con cualquier pretexto á un lado ú otro de los caballos. Gutierrez acomodó las maletas y ató la balija en la *cabecada* posterior de su *recado*.

Tuvo bastante resignacion para no ayudar á Camila, que montó hábilmente apesar de la nueva posicion que se veia obligada á guardar: utilizaba los conocimientos que tantos aplausos le habian valido como diestra *amazona*.

Aquel momento de inquietud, pasó al fin. Gutierrez dió las buenas noches á la morena y se apresuró á llegar al portillo, seguido inmediatamente por Camila, que se colocó á su lado así que estuvieron en la calle.

Caminaron las primeras cuadras sin que ninguno de los jóvenes se atreviera á romper el silencio que los envolvia.

La luna próxima á su cuarto creciente se ocultaba ya, privándolos de su escasa y pálida luz. Gutierrez que habia tenido la precaucion de pasear algunas tardes por las calles que debian recorrer esa noche, dobló hacia una mas depejada y cuyo suelo conocia.

Su intención era alejarse con mas rapidez. Así que estuvo en ella, dijo á su amada: galopemos, y uniendo la accion á la palabra, apresuró el andar de su caballo, siendo imitado por Camila.



La calle ó camino tenia unas veinte cuadras en la misma direccion. Anduvieronlas sin detenerse y en silencio.

Cuando llegaron á su fin, Gutierrez y su amada pusieron los caballos al paso.

—Te sientes bien, Camila?

—Si, aunque no es cómoda para mí la posicion que llevo, puedo soportarla.

—Colócate como acostumbras; nadie nos vé, así que no podrá extrañarse un hombre hecho mujer.

—Tienes razon.

—Sabes que he perdido mis temores y á medida que nos alejamos de Buenos Aires, parece que todo se ensancha á nuestro alrededor?

—Yo, aunque no puedo olvidar la impresion que recibirá mi familia, siéntome mas animada y como voy contigo ni las tinieblas que nos rodean, y que tanto miedo me hubieran dado en otra ocasion, tienen ahora poder bastante para asustarme.

—Verdad que eres una mujer excepcional.—Soy feliz, muy feliz al perderlo todo conservándote.

-Ves esos bultos que se acercan, Gutierrez, dijo la jóven casi interrumpiéndole.

-Sí, veo unas sombras moverse en la direccion que llevamos. Guarda silencio, colócate bien y no temas, respondió el jóven, estremeciéndose á Camila con el ruido seco de sus pistolas, al montarlas.

Los bultos se aproximaron—eran tres hombres que se dirijian á la ciudad. Pasaron dando las buenas noches á nuestros jóvenes, admirándose sin duda de encontrar viajeros por tales alturas y á esas horas.

-Es necesario que tomemos medidas, por si nos vemos obligados á hablar delante de alguien; nuestros nombres son un inconveniente: bautizame, dijo Uladislaw mientras guardaba las pistolas.

-Con la condicion de que tú lo hagas conmigo.

-Perfectamente; siempre he tenido predileccion por el nombre de Valentina, así te llamaré en adelante; esta noche serás Valentina.

-Y tú, Máximo.

-Aceptado. Ahora los apellidos; es menester que no sean comunes para no andar encontrando focagos que quieran ser parientes, y con ese motivo se metan en averiguaciones.

-Eso elijelo tú.

-Necesitamos apellidos extranjeros—¿te gustaria Valentina Desan?—creo que no habrá nadie que se llame así.

-Me es indiferente: lo acepto.

-Pues bien, yo seré Brandier.



Llegaban ya hasta donde conocia Gutierrez y no tanto que fuera tranquilo respecto á la direccion en que iban, apesar de ser callejones y caminos los que lo guiaban.

Desaparecieron éstos y una superficie sin limitaciones se extendió ante nuestros viajeros.

-Caminemos despacio, dijo Gutierrez, pues, si perdemos el rumbo á un paso rápido podemos hacernos mucho mal, desviándonos gran distancia.

-Me parece bien.

-Te cansas?

-Aún no, pero la fatiga que proporciona el caballo de dia no es tanta.

-Es verdad: todo lo que se hace de noche, especialmente en ejercicios corporales, fatiga doblemente.

-Yo he andado muchas veces la distancia que habremos recorrido sin experimentar cansancio.

-Así que hayamos caminado una hora mas, nos detendremos á esperar la nueva luz; felizmente aclara muy temprano; ya debemos tener poco tiempo de tinieblas.

-¿Estás seguro de la direccion que debemos llevar?

-Sí, respondió el jóven, que no queria causar temores á su compañera.

-Los paisanos marcan su rumbo por las estrellas, fíjate tú en alguna para no desviarnos.

-Bueno: véz aquella que brilla tímidamente sola casi en el espacio inmenso?

-Sí.

-Pues esa es la de nuestro amor y la que nos guía.

-Galopemos un momento para acelerar la hora del descanso.

-No témas dar una rodada?

-Nó: vamos.

Y los jóvenes rompieron el silencio de la noche y la soledad con el ruido acompasado del galope de sus caballos.



-Media hora talvez continuaron su marcha.

-Sujetemos, dijo Gutierrez, y ambos ginetes detuvieron sus cabalgaduras.

-¿Aquí podemos bajarnos?

-Sí: hagámoslo, y uniendo la acojon á la palabra, el jóven descendió rápidamente para auxiliar á Camila en aquella operacion.

-¿Te sientes fatigada?

-Muy poco.

-Sientate sobre este poncho ó camina unos pasos, mientras acomodo los caballos, para que nos dejen tranquilos.

-¿Vas á desencillar?

-No, voy á atar uno en otro, mandando el trayo que es mas dócil y no se moverá.

Uladislaw ejecutó lo que acababa de decir y se reunió á su amada. Estendieron los ponchos recostándose sobre ellos.

-¿Tienes sueño?

-No.

-Mira que debes dormir un momento.

-No podré hacerlo, necesitaria mas tranquilidad de la que tengo.

-El cansancio puede suplirla.

No: prefiero hablar contigo. Hay algo de grande en nuestra situacion, solos, en medio de la noche y de la soledad. . . .

Si: es la grandeza de la pasion que ha menester la complicidad de la naturaleza, ya que los hombres la prohiben.

Es la hija refugiándose en el seno materno, amedrentada por sus enemigos que debian ser aliados.

-Craerás que me siento feliz, apesar de desgarrar mi alma por lo que haré sufrir á mi familia.

-Esas palabras son la condenacion de las leyes que nos espultan de la sociedad que debia protegernos. Saben que hay algo mas grande para el ser que siente y quiere, que todas esas disposiciones, y sin embargo existen, provocando constantemente la falta y la desgracia. El hombre erijiéndose en juez del hombre, le parece que no es bastante arbitrario y se hace tambien su verdugo. Aquí, arrojados como fieras, por el crimen de amarnos, caerá sobre nuestros nombres el desden, el desprecio, la injuria de una turba de imbeciles que oreadrán al condenarnos sentar plaza de personas honradas y morales, quando pueden aparentarlo justamente por lo raquítico de sus almas en que no ha cabido jamás una palpitation generosa, ni un impulso sinceramente apasionado. Esa es la virtud social, para la que se necesita la hipocresia, la doblez, la miseria en todas sus manifestaciones. Y eso se quiere hacer respetable!

Gutierrez habia levantado su frente animándose con cada una de las palabras que pronunciaba

con acento vibrante. Camila le oía emocionada, viendo brillar sus ojos en la oscuridad con el fulgor del apasionamiento.

El jóven calló, y volviendo á su posicion anterior, tomó una mano de su amada, y al besarla dejó caer sobre ella una lágrima de impotente desesperacion: era la mansa lluvia que aplacaba la tormenta de su alma.



La aurora del 13 de Diciembre comenzaba á esparcir sus suaves colores, cuando Gutierrez se levantó, dejando á su amada adormecida, y caminó á su alrededor mojando sus piés en el rocío de la noche, abismado en la consideracion de su suerte.

Un momento despues la despertó.

—Es hora de marchar, alma mia. Perdoname que interrumpa tu descanso.

—Has hecho bien; sufriria horriblemente.

—¿Por qué?

—Soñaba con mis padres, viéndolos correr desesperados de un lado á otro, preguntando como enloquecidos, qué era de mí, á todos los que encontraban por la calle. Y habia mucha gente en ellas: era una fiesta ó qué sé yo, pero veia una hilera interminable de gente que uno tras otro respondian á mi padre que yo era una malvada, que lo habia deshonrado huyendo con un clérigo. El los oia enfureciéndose con estas respuestas, y los amenazaba por calumniadores. Ellos se reian y lo mandaban á que me buscara en el Soorrio. Ah! era horrible!

—Te empeñas en atormentarte, Camila: tu imaginacion escitada te trae esas visiones, pero que no tengan influencia en tu ánimo. Vamos.

—Si, vamos, añadió la jóven tristemente.



Poco se habian desviado del rumbo que segun Gutierrez debian llevar.

Las poblaciones que encontraban aún eran numerosas. Esto hizo que el jóven dijera á su amada, deteniéndose:

—Es necesario que tomes tu traje habitual; el menos observador conoceria que no eres un hombre, y eso puede ocasionarnos una sospecha inconveniente.

Descendieron, y ella se vistió apresuradamente. Volvieron á emprender su marcha alejándose en lo posible de los ranchos que veian.

—Te parece que me acerque á preguntar á alguna parte si vamos bien.

—¿Tú solo?

—Si: me esperas á poca distancia; es mejor. Mira que si nos desviamos perdemos un tiempo precioso.

—Lo comprendo.

—Ves aquel ranchito situado en la direccion que llevamos?

—Si.

—Pues en él preguntaremos.

Apresuraron el paso de los caballos; media hora despues se detenia á cincuenta varas de la poblacion indicada.

—No temas nada, espérame, ya vuelvo, ¿quieres?

—Bueno, anda lijero,

—*Ave Maria purissima*, gritó Gutierrez, deteniéndose cerca de unos cuantos palos clavados en el suelo y que servian para atar los caballos.

—*Sin pecao concebida: abájese si gusta*, le respondió un paisano jóven y de buen aspecto, saliendo á recibirlo y gritando á unos cinco ó seis perros que ya se habian lanzado amenazando al recién llegado.

—No amigo, gracias, quiero adelantar camino antes que el sol sea mas fuerte. ¿Podria decirme qué direccion debo seguir para llegar á San Nicolás?

—Si señor, pero es trabajoso *rumbiar awa* por los cardos.

—Ya he visto que hay muchos y están muy altos.

—*Tuavia* no es nada, señor, mas *ayacito* ya no va á ver sino cielo y cardales.

—¿Pero habrá algun camino por entre ellos? preguntó el jóven verdaderamente alarmado por aquel obstáculo con que no habia contado.

—Hay *queyitas*, señor, ¿divisa aquel rancho? dijo el paisano apuntando con el rebenque en la direccion que indicaba.

—Si lo veo.

—Déjelo sobre mano derecha como á unas tres cuadras y va á encontrar una *abrita* en el cardal que está adelante; de allí salen unas *queyas* que *rumbean pade* usted quiere, sigalas sin *cuídao*.

—¿Y dónde termina ese cardal?

—Contra un cañadon que *aura* está seco. Cuanto lo cruce va á tener que volver á *enditarse*, porque yo no sé fijamente las *güeyas puayú*.

—Y usted no me podria servirme de baqueano; yo le pagaré su trabajo.

—Hoy no puedo señor. La *sabandija me ha arriao* anoche una manada que tengo que *camppear*.

En el rancho que le dije, hay *contra la abra*, está mi *cuíao* Jacinto que *puede* que se anime.

—Bueno amigo: mil gracias. Adios.

—Que le vaya bien, señor.

Gutierrez se reunió á su compañera, que lo esperaba impaciente y tomaron la direccion que se les habia indicado.

—Este hombre me dijo que en aquella casa por cerca de la cual deberemos pasar hay un indidiado que puede servirnos de guia—¿lo tomaremos?

—Todavía no: aún estamos cerca de Buenos Aires y esos guias pueden ser un indicio: espere-mos á mañana.

—Acepto gustoso tu indicacion, pues creo lo mismo. Lo propuse porque ganamos en celebridad.

—Cuánto cardo veo en la direccion que vamos!

—Si, hay mucho, pero tengo las señas del camino por el cual podemos seguir: galopemos.

Los jóvenes pasaron á la distancia indicada del puesto, encontraron un espacio limpio que se internaba en el bosque de cardos, y á que el paisano habia llamado *abra*, terminó que entonces comprendió Gutierrez; de allí partia en efecto un camino angosto y con no pocos tropezos por el que siguieron decididamente los viajeros.



—Sabes que estos sitios se prestan admirablemente para una emboscada, dijo Camila, con alguna inquietud, al verse internada en aquella senda que los ocultaba á todas las miradas.

—Tienes razon, pero no suceden tales cosas en la campaña apesar de la ninguna vigilancia que se tiene sobre sus moradores, lo que dá una alta idea de su carácter; no tengas miedo.

El sol comenzaba á caldear la atmósfera y sus rayos abrasadores molestaban á los jóvenes, cuando vieron la terminacion de la senda y pu-

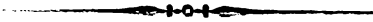
dieron dilatar sus miradas por una superficie desnuda de la incómoda vegetacion que casi les cerrara el paso.

Aquello era el cañadon seco que el paisano habia mencionado.

Atravesáronlo rápidamente hasta llegar á una pequeña poblacion en la que tomaron nuevos datos, permitiéndoles seguir con seguridad hasta dar con el rio Lujan que debian cruzar.

El lector recordará que presentamos á nuestros héroes en las márgenes de este rio.

..



## XVII

### Mas allá de Lujan

Llena de luz y de colores declinaba la tarde del 13 de Diciembre: habia una media hora de sol y nuestros viajeros fatigados ya, por una noche y un día de casi incesante movimiento, se aprestaban al descanso que les era indispensable.

—¿Te parece que busquemos un rancho donde descansar con mas comodidad?

—Si no ofrece peligro?

—Es mayor la necesidad que el temor—tú debes tomar siquiera una taza de caldo; aún tenemos viveres par' esta noche, pero seria mejor economizarlos para el día de mañana, pues las poblaciones an siendo menos numerosas á medida que nos alejamos.

—Haz lo que quieras.

—Bueno, lleguemos á aquella casa que ve frente á nosotros, y ya que nos hemos determinado, hagámoslo pronto.

—Apresuraron el paso y veinte minutos despues gritaban: *Ave Maria*, desde el *palenque* del rancho.

—Invitáronlos á descender del caballo con esa franqueza proverbial de la gente de nuestra campaña, que ya vá desapareciendo alejada por el refinamiento de las costumbres, que si trae mucho bueno tambien lo quita; hoy es ya muy raro el rancho donde se hospeda desinteresadamente á un desconocido.

En el que se quedaban nuestros jóvenes vivia un matrimonio con una cantidad de hijos, algunos no muy pequeños.

El traje de los mayores se distinguia por un *chiripá* de algodón coloreado pintorescamente. prenda que no usaban los menores, que se resguardaban de la intemperie con una sencilla camisa.

Valentina, que así llamaremos en adelante á Camila, acarició los chicuelos, captándose desde ese instante las simpatías de la madre.

Esta era una mujer joven aún, alta, trigueña, bastante gruesa, de ojos negros, grandes y saltados. Su conjunto era simpático.

Habia caminado hasta el *palenque* para defender á los viajeros de los infatigables y numerosos perros.

Gutierrez no quiso pasar adelante, como se les

instaba, sin decirle que querian descansar tambien en la noche.

—Pueden hacerlo *unque* nosotros no tenemos *comodidad* que *ofertarles*.

—Con cualquier cosa nos contentaremos: quisieramos si, poder asegurar los caballos donde coman algo, pues tenemos que andar mucho todavía.

—*Aurita* no mas *haz* venir mi marido, que anda *repuntando* y él les dará la *siguridad* que buscan: puede desencillar nomas, señor.

Gutierrez lo hizo inmediatamente, pues comprendia el cuidado que han menester los caballos en una fatiga continua y cuando de ellos se espera todo.

—¿Por qué no *dentran* ya?

—Si, pasemos, dijo Máximo: tambien debemos cambiar el nombre á nuestro héroe.

La casa tenia dos habitaciones: dormitorio y cocina. Pasaron á ésta, que felizmente estaba aseada.

Gregoria, que así se llamaba la paisana, trajo á Valentina una especie de silla: Máximo se sentó en una cabeza de vaca, que alternadas con otras de *potro* constituian los unicos asientos.

Gregoria atizó el fuego, echó mas agua á la paba y descolgó del techo una concava cáscara de *mataco* en que se depositaba la yerba.

Un instante despues ofreció un mate á Valentina, perfectamente sabado, pero que la joven tomó con alguna violencia, pues lo amargo de la yerba no habia sido suavizado con la mas insignificante cantidad de azúcar.

—Muchos hijos tiene usted señora? preguntó Valentina halagando con el título á la obsequiosa Gregoria.

—*Sais* nomas, señora; esos que usted *vé* y los dos mas grandes que andan en el campo.

El mate pasó á Máximo, que tambien lamentó silenciosamente la falta de azúcar.

—Ahí viene Mauro, dijo de pronto Gregoria.

Valentina miró hácia la puerta, si así puede llamarse á un agujero mas ó menos regular, y que se *cerraba*, colgando un cuero grande á guisa de cortina.

La joven no vió llegar á nadie, y no pudo menos que decir:

-Yo no lo veo.

-No, señora, no se vé, pero he *sentio* el *cencerro* de la *madrina*.

-Un momento despues lo oyeron tambien los jóvenes, lo mismo que un prolongado y fuerte silbido con que Mauro detenía y rodeaba los caballos que conducía.

-Máximo se levantó para hablar con él.

-¿Son bravos los perros?

-No señor, vaya sin *cuidado*.

-Vuelvo entonces, dijo el joven dirigiéndose á Valentina.



-Buenas tardes amigo. Su esposa me ha permitido desencilar para pasar la noche.

-Ha hecho bien, señor, respondió Mauro despues de contestar al saludo.

Bra un hombre joven, vigoroso aunque no alto, de fisonomía franca y mirada audaz; vestía con desenvoltura el pintoresco traje del gauchó de entonces que aún usaba, el calzoncillo ancho, con *cribas*, cayendo sobre la *bota* de *potro*, pañuelo á *media espalda*, é infaltables *boleadoras* al rededor de la cintura ajustado por un *tirador* angosto y atravesada por un largo puñal con S de plata.

-Cómo podrá acomodar los caballos para que coman? añadió Máximo.

-Le *emprestaré* unos *manidores* pa que los ate á *soga*, ó si quiere se los *acollararé* en la *tropilla*.

-Como á usted le parezca que estarán mejor.

-Acollararemos entonces uno pa mayor *siguridad*: en la yegua tengo confianza, es *pescuecera*.

Y Mauro tomó uno de los caballos para ejecutar lo que decía. Hizolo brevemente y fué á traer el *manidor* prometido para el otro.

-Sería *jueno* que le diera agua señor, el caballo está *frásijao*.

-¿Dónde podrá hacerlo?

-Hay *nomas* en el pozo, dele con el balde.

El joven obedeció.

-Y al otro no le hemos dado?

-Toma en el campo señor, *contrita* de aquí está un *guayco* que *tuavía* le dura la agua. *Dentre* *nomas*: yo lo ataré este *ande pastec*.

-Bueno, gracias.

Mauro tomó el caballo, hizo un nudo en la estremidad de la *soga* que llamaba *manidor*, caminó una distancia y agujeró el suelo verticalmente con su puñal, enterrando el nudo y cubriéndolo con la tierra que apisonó con el pié. Despues se dirigió á la *cocina*.

-*Hacé* la *cena* Goya, dijo á su mujer.

Ella tomó un asador que raspó con un cuchillo, descolló de un sauce, única planta del rancho, la mitad de un carnero y la atravesó diestramente, colocándolo al calor del fuego.

-Poné un *puchero*, la señora *hae* *querer* *caldo*.

-No se molesten por mí.

-No señora, si se puede hacer.

-*Entonces retiró* un poco el *asado* mientras corto la *carne*, dijo Gregoria saliendo á ejecutar aquella operación.

El mate pasó á mano de una chiquilota de doce años, que continuó *sebandolo* para su padre, pues los jóvenes habían tomado *septante*.

-Vá muy *mejor*, señor, será curioso, preguntó Mauro.

-Sí amigo, hasta San Nicolás; salimos de Quilmes anteaayer. Los cardos nos han molestado mucho.

-Y *tuavía* tienen muchos que cruzar.

-¿Pero hay caminos?

-En algunos cardales, no señor, *tenré* que *costearlos*.

-Siento porque no conozco estos campos y talvez nos extraviemos.

-Es fácil, señor, y no *hae* tener como *endilgar-se* porque no hay poblaciones.

Camila se disgustó con aquella observacion. -Usted no podrá guiarnos pagándole su trabajo?

-No señor, y siento, pero puedo *emprestarles* á Julian que los acompañe una distancia.

-Se lo agradeceremos.

-Pero no será mucha, porque lo necesito. Estoy *aguerenciando* una hacienda que dá trabajo; *aura* mismo está él y el otro mas chico en el *pastoreo*: hasta hace poco la he tenido bajo *ronda*.

-De cualquier manera es un servicio.

Media hora despues, la *cena* estaba en *punto* se clavó el asador en medio de la *cocina*.

-Corte, señor, dijo el paisano.

Máximo tomó su pequeño cuchillo y arrostrando valientemente las quemaduras, quitó un pedazo de la *sabrosa* carne.

Sus dedos no pudieron sin embargo resistir á aquel calor y tuvo que elevarla en el cuchillo para dejarla enfriar.

-Dispense que no tenemos plato.

-No importa, pronto se enría.

Al fin pudo el joven cortar para su compañera algunos pequeños trozos que ella comió de buena voluntad.

Concluido el *asado*, sacó Gregoria el abundante *puchero* en una gran fuente de lata, colocando á su alrededor tantas *cusharas* como personas la *rodaban*.

Los jóvenes conocían los usos de la *campaña* pero no fué sin un pequeño esfuerzo que se decidieron á tomar *caldo* en un recipiente comun.

La *cena* terminó cuando se estendían la primeras sombras de la noche.

Los muchachos llegaron del *pastoreo*, comieron su parte separada de antemano por Gregoria, contestaron á las preguntas de su padre respecto á la situacion y acomodó de la hacienda y se retiraron á tender sus *recados* en el patio.

-Ustedes pueden *dantrar* *nomas* sus *aperos*, dijo Mauro: disculpen la ninguna *comodidad*.

-La voluntad es lo que vale, respondió Máximo saliendo á ejecutar aquello.

La *cocina* les quedó libre, con algun humo es verdad, pero no estaban en situacion de *fijar-se* en tales cosas.

El joven hizo prolijamente una especie de *cama* con los dos *recados* y el cansancio les *corró* en breve los ojos.

Aún no habían teñido el horizonte las primeras luces de la aurora, cuando los muchachos *biolaron* oír que estaban de pié, al llamado Mauro, que habia tenido la delicadeza de no penetrar á la *cocina*.

Máximo, despertándose llamó á su compañera. -Perdona, alma mia, que interrumpa tu sueño: necesitamos el tiempo y esta gente ha *molestar* la *cocina*.

-Ya estoy en pié, respondió *sonriendo* Valentina.

Un momento despues aparecian los jóvenes en el patio saludando a los paisanos que ya habian ensillado sus caballos.

Estos penetraron a la cocina, encendieron rápidamente un gran fuego, acudió tambien Gregoria y comenzó el mate de la mañana.

—Qué caballo tenés vos Julian? preguntó Mauro á su hijo mayor.

—El zaino nato.

—Vas á acompañar al señor una distancia, dejándolo con rumbo á San Nicolás. A la *siesta* debés estar de *gielta pa* relevar á tu hermano en el pastoreo.

—Está *gueno*, tata.

—Vos *andí* desacollará el caballo del señor y *trailo*; si está medio *sumido* dale agua.

El muchacho se levantó sin responder y fué silvando á ejecutar lo que le habian ordenado.

—Usted señor *quedrá* marchar con la fresca?

—Así es amigo, el soles muy incómodo en este tiempo.

—Pues no, si hay dias que *raja* la tierra; va á *riejo* de *redetirle* la grasa al caballo que *trajia*.

—¿Quiere almorzar antes de salir, señora? preguntó Gregoria á Valentina.

—No, gracias, no siento disposicion.

—Como usted quiera.

—Ya está el caballo, tata, dijo el muchacho desde la puerta.

—*Trai* el que está á *soga* y dale agua.

—Voy á ensillar entonces, dijo Máximo, tomando uno de los recados.

—*Ayudite* vos Julian.

Un momento despues, los jóvenes se prepararon á marchar, despidiéndose cariñosamente de los paisanos.

—Ya *sabé* lo que te he dicho, Julian, dijo Mauro: *qyará* en *dereceras* á la *tapera* de ño Márcos, *allicio* están las *gicyas* que cruzan el cardal de esa loma, cuanto lo pasen *podés* *endilgartos* y *pegar* la *gielta*.



La mañana era lindisima, anunciando el horizonte despejado un sol abrasador.

Los viajeros se alejaron rápidamente.

Julian posesionado de su papel de baqueano galopaba mudo y tranquilo.

Llegaron á las ruinas indicadas, atravesaron los cardos, recibieron las esplicaciones del muchacho y dándole veinte pesos, siguieron el itinerario que les marcó, con alguna inquietud, pues, el obstáculo de los cardos aumentaba y las poblaciones disminuian considerablemente. Máximo no se habia figurado una campaña tan desierta.

El sol de las doce los tomó en medio de un bosque de cardos á que no veian fin.

Máximo miraba á Camila que se sonreia no sin que alguna tristeza y cansancio se dibujara en esa ondulacion de sus lábios.

El joven sufría al valorar por si mismo el tormento de su amada.

La sendita que habian seguido para internarse en la direccion que llevaban, tenia soluciones de continuidad terribles.

El poco ó ningún tránsito habia borrado casi las huellas en algunos puntos y los cardos entrelazaban sus flores violadas.

Los jóvenes hacian arremeter sus caballos, por no estraviarse, recibiendo dolorosos pin-

chazos de cada una de las plantas que doblaban á su paso.

La situacion se hacia desesperante; de vez en cuando, Máximo sujetaba su caballo, se arrojaba sobre el recado y tendia la vista en esa posicion para dominar mayor distancia.

Volvia tristemente á sentarse; no le habia sido dado gritar: tierra sin cardos, con tanta alegría como los antiguos marineros, suspendidos en la punta de los mástiles, gritaban: tierra firme! á sus fatigados compañeros.

Muchas veces efectuó la misma operacion. Eran las tres de la tarde y no habian comido ni bebido: aquello se hacia insoportable, despertando en los jóvenes ideas de dolorosa amargura.

El suplicio se prolongó hasta las cuatro y media; á esa hora salieron á un campo limpio, pero desde donde no veian poblacion alguna.

Descendieron de los caballos y tendiendo en el suelo sus ponchos, comieron las provisiones.

Esa comida seca y salada les aumentó la sed, que constituyó un suplicio desde ese instante.

—Yo no me habia figurado una campaña tan sin recursos para el viajero, dijo Máximo, con el tono mas tranquilo que pudo usar.

—Verdad que es molesto cruzar estas llanuras.

—Estás muy cansada?

—No me molesta tanto el cansancio como la sed.

—Yo estoy en la misma situacion. ¿Dónde habrá agua?—es necesario encontrarla.

—Sigamos, dijo el joven lanzando un suspiro imperceptible y poniéndose de pié.

—Sí, vamos:

Los viajeros hicieron trotar sus fatigadas cabalgaduras.

Máximo no estaba seguro del rumbo que llevaban ya; esto que aumentaba su malestar no queria comunicarlo á su amada.

Caminaron una gran estension costeando cardales en los que no se atrevian á entrar, con lo que acabó el joven por desconocer completamente la situacion en que se hallaban.

La noche iba á tender su manto de tinieblas, apenas debilitadas en las primeras horas por la luna.

Perdieron los viajeros la esperanza de encontrar agua y habitacion.

—Te parece, ángel mio, que descansemos?

—Como quieras.

—Es triste hacerlo á la intemperie, con hambre y horrorosa sed, pero los caballos han trotado todo el dia sin comer ni beber.

—Sí, y tenemos que considerarlos mucho.

—Es lo que pienso.

Los jóvenes descendieron. Máximo desencilló, acomodando los caballos de *manera* que pudieran comer. Despues arregló los recados en forma de camas.

—Procuremos dormir, amada mia; el sueño es un bálsamo.

—Sí, porque se parece á la muerte.

—No te abatas—mañana encontraremos todo.

—No estoy abatida, sabes que tengo ánimo.

—Nuestra situacion desespera al mejor templado.

—Aún es soportable: esperemos.

—Es la palabra de todos los desgraciados: esperemos!

Todo contribuía á desesperar á Máximo, que olvidaba sus sufrimientos recordando los de su

amada, en cuyo semblante habia notado desde la tarde huellas visibles de un sufrimiento físico que le ocultaba con generosa abnegación. ¿Qué hago si se enferma? murmuraba dolorosamente.

Largo tiempo contemplaron las estrellas sin que el sueño bajara sus párpados.

Valentina se adormeció á media noche. Máximo se puso de pié y empezó á caminar á su alrededor, velando aquel sueño.

Cuántas ideas cruzaban su mente escitada! Cuántas pasiones se desprendían de su amor como chispas de un incendio!

Aquel hombre arrojado á la vida con el don fatal de un corazón levantado y de una alma capaz de todos los sentimientos generosos, se veía en-grillado por la miseria de sus semejantes.

Combatía brazo á brazo, destinado á sucumbir en esa lucha imposible.

Cuantos morirán como él, antes que se entienda que la libertad individual es la base de orden, de la moralidad, del bien para la familia humana pero no de ese bien y moralidad, que se hace consistir en la mentira que envuelve constantemente las relaciones políticas y sociales.

Así pudo decir Luis A. Mouir con el alicance y verdad que reflejan siempre sus palabras:

“Solo por la independencia del individuo, dentro de los límites de lo justo y lo humano, será dado asegurar la libertad colectiva en la extensión necesaria á la felicidad comun.”

Volvamos á nuestros protagonistas.



El día sorprendió á Máximo entregado á sus reflexiones. Despertó á su amada.

—Es necesario seguir mientras haya fuerza.

—Sí, vamos!

El joven notó que los sufrimientos físicos se despertaban también en su compañera.

—Tú sufres, alma mía ¿por qué no me lo dices?

—Sí, tengo algunos dolores, pero no son fuertes ni tan continuados que me impidan viajar.

—Pero pueden agravarse.

—No lo creas.

Montaron á caballo emprendiendo la marcha, sin saber la dirección que llevaban.

Esto no aflijía tanto á Máximo, que juzgaba mas apremiante hallar una población.

La satisfacción de tal deseo era mas difícil entonces, de lo que puede suponerse ahora.

Antes de las doce los caballos se negaron á apresurar el paso. La sed del día anterior, sin haber comido casi en la noche los habia estenuado y apenas podían andar al paso ó al trote.

Esto que esperaba Máximo, colmó su desesperación.

Si no encontraban agua antes de la noche se verían imposibilitados para seguir.

La perspectiva era horrorosa.

Anduvieron afanosamente en varias direcciones, aumentándose en cada hora el malestar de Valentina.

Ideas de muerte cruzaban el cerebro de Máximo, á medida que agotaba sus esperanzas.

—El sol comenzaba á desuender: los caballos no podían mas.

El semblante de los jóvenes traducía la horrible desesperación en que se envolvían con cada instante que transcurría.

La mirada vagorosa de Máximo distinguió,

una especie de playa que blanqueaba á la distancia.

—Talvez sea una laguna que no se haya secado, dijo á su amada, y se encaminaron lentamente hácia allá.

Ni el consuelo de acelerar el término de aquella dudal



Era en efecto una laguna. En el centro conservaba restos de un agua cenagosa. Llegaron hasta ella—los caballos hacían esfuerzos por irse dentro.

El joven les quitó los frenos y los condujo hasta donde pudieran beber: aquello pareció reanimarlos.

Ahora nosotros, dijo á Valentina y embarrándose ambos, llegaron hasta extraer en la palma de la mano, con gran trabajo, alguna cantidad de agua.

—Ahora que hacemos?

—Esperemos un rato á que descansen los caballos.

—Bueno, vamos á colocarnos de manera que algo puedan comer. Ojalá no se enfermen por haber tomado agua con tanta fatiga.

—La fatiga no les impedia andar, sino la sed: esta noche estarán buenos.

—Dios lo quiera!

Con los últimos rayos del sol de ese día emprendieron la marcha, con muy poca celeridad.

Los caballos apenas se habían reanimado. Las poblaciones se ocultaban á la vista y los jóvenes soportaban un hambre de treinta y seis horas.

Valentina iba marcando en su semblante las alternativas de un dolor intenso; su compañero la veía palidecer y sonrojarse alternativamente.

Iba á proponerle detenerse y recordaba la imperiosa necesidad de alimento que le obligaba á callar y seguir; pero no distinguía una miserable población que aliviara su horrible inquietud.

Ni el consuelo de acelerar la marcha!



Resolvió detenerse.

—Sufres demasiado—¿quieres que aguardemos el nuevo día? con su luz recuperaremos el aliento.

La joven conoció el deseo, ó mas bien la imposibilidad de seguir adelante y sujeto el débil-tado paso de su caballo.

Máximo descendió, ayudandola á bajarse.

—Te sientes muy mal?

—No mucho, pero siento algunos dolores, ¿y tú?

—Yome siento bien: me inquieta el estado de los caballos.

—Dejémoslos descansar.

—No hay mas remedio.

—Tendrás grandísima necesidad de comer.

No, solo tengo una gran debilidad, y al decir esto la infeliz joven tuvo que apoyarse en el hombro de su amado para no caer; éste se alarmó.

—Tú estás enferma, alma mía!

—No lo creas, fué un desvaucamiento: ya pasó y procuró soseirme.

—Siéntate, voy á arreglar los caballos: ven-go ya.

—Bueno, hazlo pronto.

Valentina se recostó, casi sin fuerzas, en la tierra.

Máximo ejecutó lo indicado en el menor tiempo posible, y corrió á su lado. ¿Cómo pasar doce ó catorce horas mas sin comer? El creía que los dolores y desvanecimientos de su amada los producía la estremada debilidad que debería sentir.

Miraba al rededor con el estravío de la desesperacion. De pronto se levantó movido por una súbita idea. Acababa de oír cerca de donde estaban el gruñido de una *viscacha*.

—¿Dónde vás?

—Ya vuelvo y traeré comida.

—Está loco?

—No; mataré una *viscacha* y talvez su carne nos reanime: he oído que es apetecible.

Valentina sonrió con amargura.

—¿Dudas? le dijo.

—Máximo tomó sus pistolas y se apartó unos pasos, despues caminó agazapándose é hizo fuego.

Uno de los animalitos dió un salto quedando sin movimiento. El jóven se lanzó sobre él: ¿cómo asarlo? pensó despues, acercándose á su amada y depositándolo junto á ella.

—Voy á buscar combustible:—verás qué asado.

—No te detengas.

Máximo recogió proulijamente cuanto podia ser capaz de servir á su objeto: trájolo y puso manos á la obra comenzando por desollar su presa. Habia que economizar el fuego.

Despues, con indecible trabajo, logró encender con la mecha de su *pesquero* algunos pastos secos y otras menudencias. No tenia, en qué suspender la carne del animal cuya humedad le apagaba el fuego.

Valentina le miraba obrar con una tristeza infinita.

El seguia afanoso su operacion.

Al cabo de media hora pudo ofrecer á su amada algunos bocados, que el hambre le hizo comer, apesar del sabor á tierra y humedad con que aquella carne se hace insoportable al paladar, cuando está preparada de una manera semejante.

Creyó que salvaria la situacion, pues él se habia reanimado efectivamente.

Preparó la cama disponiéndose á completar algo mas la reaccion con algun descanso.



Valentina sufría agudos dolores que no habia querido decir á su amado, impulsada por la abnegacion de su carácter. Aumentaron en intensidad obligándola á quejarse. Máximo, se incorporó.

—¿Qué tienes?

—Sufro grandes dolores, pareceme que voy á enfermarme. Mi estado no soporta esta marcha continuada con hambre y fatigas.

Estas palabras iluminaron á Máximo que todo lo temió ¿cómo seguir un viaje azaroso?

—Talvez no sean mas que dolores pasajeros; espera, alma mia.

No; no pasarán mientras exista la causa; sosténame.

El jóven rodeó á Valentina, atrayéndola hácia su pecho conmovido: ella dobló su frente, perdiendo el conocimiento.

—La voz de su amado no conmovia su semblante desencajado y lívido.

Ni una gota de agua para humedecer su rostro exclamaba Máximo con infinita desesperacion.

Camila Camilal Camila, vuelve en tí.

Reunió los dos recados para formarles un lecho mas cómodo y recobrar la libertad de sus brazos: ella lanzó un suspiro.

—Vuelvel Gracias Dios mio! Y juntó su rostro con el de ella para sorprender allí los primeros movimientos de la vida.

—Ya pasó.

—Qué susto me has dado.

—Lo imagino mi buen amigo.

—Vamos á hacer desaparecer las huellas de este terrible accidente. Y Gutierrez tomó uno de sus ponchos y algunas piezas del recado y fué á meterlo en los agujeros de la *viscachera* próxima. Despues rompió algunas piezas de ropa fajando con sus tiras el cuerpo de su compañera.

—Ahora procura descansar. ¿Sientes mas dolores?

—No; se han calmado felizmente, pero estoy muy débil.

—Lo creo, duerme—¿quieres?

—Y tú?

—Yo no tengo sueño; lo haré mas tarde.

—No, recuéstate, vén.

El jóven obedeció. Los ojos de su amada se cerraron momentos despues, su respiracion era tranquila.

Máximo no dormía, preocupado con la manera de seguir aquel viaje que se hacia mas difiicil con cada hora que transcurria. Si no encontramos un rancho en las primeras horas de la mañana ¿qué será de nosotros, perdidos en esta inmensa soledad?

La idea de retroceder cruzó su mente, pero no á Buenos Aires; aunque habia desaparecido la causa que lo obligara á huir, no le era posible, ni lo queria.

Retroceder hácia la costa para huir por los rios, le parecia aceptable, y mas que aceptable forzoso, puesto que su compañera no soportaria muchas leguas á caballo sin ninguna clase de auxilios.

Dirijiéndose para el lado de Buenos Aires las poblaciones no escasearian tanto; eso era su salvacion. Temia menos, como era natural, ser descubierto que causar una enfermedad grave á su amada.



Al amanecer fué á observar los caballos; estaban en estado de andar alguna distancia, mucho mas, cuando tendrian que caminar muy lentamente.

Temiendo los efectos del sol resolvió á despartar á Valentina.

—Podrás ponerte de pie, mi alma?

—Creo que si. Y apoyándose con él, lo hizo con algunos esfuerzos.

—Pero no podrás montar á caballo?

—Probaré.

Máximo comprendió que le iba á ser imposible.

—Te llevaré en mis brazos; déjame ensillar. Lo hizo con la prontitud que dá la desesperacion. Aproximó el mas manso de los caballos, colocó á su compañera en el recado y sin abandonar las riendas del otro montó casi en elanca y sosteniéndola en sus brazos siguió hácia el lado en que no se veían cardos.

Ella sonreía con cariño ante aquellos esfuerzos supremos.

Camblaron dos horas paso á paso.

La debilidad y el cansancio iban á agotar las fuerzas de Máximo que dirigía su vista en todas direcciones con la horrible desesperación de la impotencia.

Vea el momento en que sus brazos se negaran á sostener aquella carga preciosa, y el hambre, la sed y el sol estinguieran aquella vida en que no solo había concentrado todos sus sentimientos, sino que él, nadie mas que él la trajo á morir en el desierto en la mas horrible agonía.

Una sonrisa sinistra contraía sus lábios, se cos, descoloridos, pensando que aún le quedaban sus pistolas para atravesarse el corazon.

Era horrible el silencio de aquellos jóvenes que cruzadan ideas de muerte en medio de sonrisas de reciproco aliento.



La mirada de Valentina comenzó á estraviarse por la fiebre. Dejaba ya oír las frases incoherentes del delirio.

Dos lágrimas cruzaron las mejillas del joven y sus lábios comprimidos dieron paso á una blasfemia.

Un momento mas y la detonación de sus pistolas hubiera dado la última nota de aquel amor que no mereció la tierra.



Máximo envolvió en su miradas la última esperanza y levantó los ojos del rostro de su amada.

Costeaba en esos momentos una extensión de cardos, y al lado de ellos, á tres cuadras de distancia, se elevaban unos ranchos. Allí estaba la vida, y con ella la esperanza, las ilusiones, toda esa falange de visiones encantadoras del amor. Máximo dejó escapar un grito.

—Valentina, Camila, dijo al oído de la joven, hemos llegado, ya estamos salvos! Ella le miró sin comprenderle: murmuró el nombre de su madre y cerró los ojos.

Camila, alma mia, mi ángel! soy yo, tú Uladislao—ya estamos salvos!

Perdon madre mial respondió la joven con acento vibrante.

Máximo, desesperado aceleró cuanto le fué posible el paso de su caballo.

Del rancho á que se dirijian estaban contemplándolos con extrañeza. Vivía allí un matrimonio y varios hijos.

Entre éstos había una joven de diez y ocho años, que distinguió pronto que traían una mujer desmayada ó algo así. Un impulso de compasión le hizo adelantarse hasta el palenque.

—Ustedes permiten que descansemos. Traigo muy enferma mi esposa, dijo el joven con acento de súplica.

—Si señor, *abajesté*; voy á ayudarle.

Y la joven perdiendo su cortedad habitual se acercó á los viajeros. Allí se le reunió la madre y demás hijos. Ayudado por todas descendió á Valentina que fué transportada en brazos hasta la cama de la joven.

Felizmente aquella familia gozaba de una comodidad relativa.

Máximo les agradeció con efusion aquel auxilio y pidió una taza de caldo para ella, pues com-

prendia que la debilidad era la causa de la fiebre y el delirio.

Un instante despues le hacia tomar algunas cucharadas. Pusieronle paños de agua fria en la frente y usaron los demás medicamentos de que suelen valerse en la campaña donde no existen sino los propios auxilios.

Valentina pareció dormirse con alguna tranquilidad.

Trajeron un asado á Máximo, que le hizo recuperar sus fuerzas estenuadas.

Despues pensó en los caballos.

Aquella buena gente se encargó de su cuidado.

El joven les narró parte de sus peripecias, Permaneció velando el sueño de su amada, a pesar de la insistencia con que le provocaban á un descanso que le era tan necesario.

—Ya lo haré, les respondió afectuosamente; no quiero que al despertar no me vea, pues eso la intranquilizaría.

Valentina durmió cuatro horas durante las cuales el joven fué obsequiado, volviendo la esperanza á su ánimo abatido.

..



¿Dónde estoy? fueron las palabras con que Valentina volvió á la conciencia de su ser.

—A mi lado y en salvo, ángel mio.

—Gracias mi Dios. Cuáuto he sufridol

—Ahora lo pasarás bien: nada temas nos demoremos el tiempo necesario para que la restablezcas.

—¿Por qué no descansas? Yo estoy ya bien.

—Bueno, mas tarde.

—¿Quiénes habitan esta casa?

—Una buena familia que se interesa mucho por ti. Hay una joven que te ha cuidado con solicitud. ¿Quiéres que la llame para que la conozcas.

—Sí, hazlo.

—Marta! dijo el joven.

Ella acudió rápidamente.

—Mi esposa desea conocerla para darle las gracias por sus auxilios; déselas también á su mamá y á todos en fin, puesto que todos nos han servido tanto.

—No hay de qué, señor.

—Sí, dijo Valentina; jamás les pagaremos debidamente la bondad pe ustedes.

—Qué ocurrencia, señora!

—Bueno, mi Máximo—yo conversaré con Marta acuéstate.

—Si no tengo sueño.

—Eso no me digas á mí, porque hace tres noches que no duermes; es necesario que me complazcas.

—Si señor, puede hacerle. En la *ramada* hay sombra y está fresco.

—Voy entonces; recuérdeme dentro de tres horas.

—Lo haremos, dijole sonriendo Valentina.

El joven tendió los recados de la *ramada*, que consistía en un techo sin pared á continuacion de la cocina. Cinco minutos despues dormía profundamente.



Máximo durmió hasta la puesta del sol, hora en que se despertó intranquilo por haberle hecho tanto.

Pasó á la pieza en que se hallaba Valentina y recuperó el buen humor al contemplarla sonriente, distrayéndose con la conversacion de Marta.

—Me han dejado dormir mas de lo regular.

—Yo me opuse á que Marta cumpliera su promesa de despertarte.

—Ya no hay remedio.

Marta se levantó, volviendo con un mate.

—Talvez le hacemos perder sus atenciones. No se cuide tanto de nosotros.

—*Nadita* tenia que hacer, señor.

—Trátenos con confianza, así podremos estar contentos.

A la oracion vino el dueño de casa y su hijo mayor.

Éste es un paisano de fisonomía franca, que contaría cincuenta inviernos, sin que éste número hubiese disminuido su vigor. El hijo tendría dos años mas que Marta.

Aplaudió cuanto habia hecho la familia en obsequio á los viajeros y puso cuanto tenia á la disposicion de los jóvenes, que le respondieron agradecidos.

—De aquí no se mueven hasta que la señora no esté sana del todo. Lo pasarán mal, pero es *peor* que se enferme otra vez en la marcha. Por

muy mucho apuro que tengan por llegar á su *pago*, la *salú* está primero.

—Así es amigo, y talvez tengamos que molestarlo algunos dias.

—No amigo, eso no es molestia: solo las sieras no ruedan y los hombres debemos ampararnos en *tuitas* las ocasiones. *Ansi* se lo digo á mis hijos. Yo en mis *terneros años* he *rodado* mucho señor, y he *recebido* favores cuando he caido á pago ageno desgraciao y pobre.

—Gracias por esos sentimientos que enaltecen su corazon, salvándome de una situacion aflijida.

—No me las dé, amigo. Es muy poco lo que puedo *ofertarle*. Vámonos á cenar; si la señora no puede levantarse, Marta le *travá* comida.

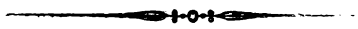
—Sí: pudo *hacerlo*, y es conveniente que camine algunos pasos.

—No; *quédate*.

—Déjame ir, repitió la jóven, que no queria separarse un instante de su Máximo.

Apyándose en él tomó asiento en la cocina, que era espaciosa, y fué servida con cariñoso agasajo, pues todos habian simpatizado con su graciosa sencillez.

Marta les cedió su cama y aquella noche fué la mas tranquila que habian pasado en su azaroso viaje.





## XVIII

### A San Fernando

Temprano dejaron el lecho nuestros jóvenes, pues Valentina, apesar de su debilidad no quiso permanecer en él.

El dueño de casa y su hijo habia partido á sus faenas rurales.

Marta cuidó de guardar á la joven una cantidad de leche que le fué muy útil.

Distraidos y casi tranquilos, les llegó la hora de la *siesta*. Creían que la desgracia debería ya detener su persecucion.

Felipe y Rufino, que así se llamaba el paisano y su hijo mayor, llegaron al almuerzo y á descansar las fatigas de esa mañana.

En la tarde tenían muy poco que hacer y lo pasaron en las casas.

Máximo se habia impuesto y héchose simpático al paisano por la superioridad intelectual que observó en conversaciones familiares. Ese desapego y prevenciones que suele tener el gaucho por la gente de pueblo, desapareció en la confianza.

A la oracion, sentados en la ramada, haciendo dar vuelta al mate y halagados por la hermosura de la tarde que tanta influencia tiene en el ánimo, vieron á Rufino descolgar una guitarra y oyerónle esos aires quejumbrosos, que parecen impregnados de la grandeza melancólica del desierto.

Valentina se sintió impresionada y pidió una cancion ó unas décimas.

El paisanito se negaba á cantar delante de ellos y tuvo que prometerle hacerlo ella tambien asi que estuviera restablecida.

Todos aceptaron obligando á Rufino á lanzar al aire su voz.

Hé aquí la décima que cantó como primer pie:

«Cuando la vida se aparte  
de mi pecho apasionado,  
verás mi cuerpo agitado  
del espíritu de amarte.  
Entonces de amor el arte  
tomará su imperio fuerte,  
y hará que este polvo inerte  
sienta por ti nuevas llamas  
y al apasionarlo el alma  
salga del sepulcro á verte.»

Estos incorrectos, y si se quiere malos versos,

gustaron infinito á los jóvenes que habian adaptados á la interpretacion de su amor ardoroso.

Ellos muestran el carácter esencial de la poesia del gaucho, á quien cuelgan como propias las malas décimas y las disparatadas canciones, que salen en su mayor parte de los suburbios de la ciudad y que no es raro hayan tenido su origen en la ca cabeza hueca de algun estudiante de los que dedican sus ratos de ocio á hacer rabiari á las musas y publican sus elucubraciones en los periódicos *dedicados al bello sexo*.

Los que hoy salen á la campaña, donde el gaucho apenas existe, conservado en uno que otro ejemplar, lo desnaturalizan al describirlo.

Los payadores y *compositores* de décimas han desaparecido; la pampa no tiene ya la fisonomía del desierto que les era necesaria.

Lo que hoy se llama gaucho, no ha perdido su aficion al canto, pero no tiene canciones propias y el contacto inmediato con las ciudades, le facilita la adquisicion de las composiciones que decíamos y que él adapta á sus *estilos*; y esto es lo que cópian creyendo encontrar en ellas carácter especial, cuando no tienen mas de gaucho que algunas disparatadas palabras.

La décima que hemos transcrito está modificada en sus términos, pero conservado fielmente su sentido. En ella palpita la pasion ardorosa y sensual del gaucho que hace revivir su cuerpo, pues cree que éste tambien ama, lo necesita para sus goces, no comprende ese amor *que vive solo*, que suelen cantar los poetas que dan, con nociones determinadas, un rol distinto al alma en la pasion.

El gaucho la arranca del sepulcro, no para hacerla vagar en torno del objeto de sus ansias, sino para que ese *polvo inerte sienta nuevas llamas*, y venga á buscar un nuevo y frenético beso.

Ese es el amor del hombre del desierto, que ha sentido acrecentarse sus pasiones en la soledad, que tiene la altivez que da la libertad y la costumbre de bastarse á sí mismo.

Esos sentimientos empalmeados por una frase rebuscada para acomodar un dicho gaucho, no le pertenecen: son su caricatura.

No teniendo facilidad para expresarse, jamás diluye su pensamiento. lo encierra todo en un

concepto ó en un gemido de la *prima* que vibra entre sus toscos dedos: 'ese es el gaucha.



Rufino halagado por los aplausos, siguió haciendo oír otras piezas de su repertorio.

La cena interrumpió aquel solaz, después de la cual todos se entregaron al descanso.

El día siguiente halló á Valentina bastante robustecida; la jóven recuperaba rápidamente su salud, alegrando á Máximo que veía acercársele el día en que se lanzaran á nuevas peripecias.

Juzgaba imposible seguir adelante, como lo había pensado ya.

Recordó que desde San Fernando le sería posible huir por los rios, lo que reunía muchísimas ventajas.

Preguntó á Felipe la distancia que lo separaba de aquel punto; no era mucha, unas treinta y cinco leguas. Había perdido tiempo, y desviádose hácia la costa lo que le favorecía en ese momento.

Ni se informó de lo que le faltaba para llegar á San Nicolás. No quería seguir por una campaña despoblada; tenía muy presente las largas horas de desesperacion que habían pasado.

El estado de Valentina le demoraría cuatro dias más.

Pensaba en lo que haría á esa fecha en Buenos Aires, pero creer en la seguridad de que no darían con ellos.

No mencionaba á su amada tales recuerdos, y ella que también los tenía observaba una conducta semejante.

Ambos se empeñaban en borrar el pasado.



Continuamente recordaban á Valentina su promesa. Esta la cumplió y acompañada por Rufino adaptó una de sus canciones á la música de aquel.

Todos los oyantes se emocionaron con las notas de aquella voz dulce y pura; jamás habían oído cantar de una manera semejante.

El mismo Máximo halló nuevas emociones. Su amada impregnaba su voz de pasion y dolores; su canto era un lamento y un suspiro, arrebatados mas que desprendidos de su ardoroso sentimiento.

Marta, con los ojos humedecidos, le pidió que repitiera aquellos versos. La jóven consintió.

Rufino volvió á herir con silenciosa emocion las cuerdas de su instrumento.

Se hubiera esclavizado ante aquella mujer que tocaba las fibras de su alma con notas desoñocidas. Miraba á Máximo, aquilatando la dicha de aquel hombre que poseía un tesoro semejante.

Cuando Valentina dejó oír su último verso, el jóven cambió el temple á la guitarra é interpretó la ventura de Máximo en una décima que le dedicó con la siguiente cuarteta:

En el cielo se ha perdido  
un lucero y no parece;  
señor don Máximo viva,  
en su esposa resplandece.

El jóven le agradeció aquella manifestacion de simpatía, sin medir el dominio con que la voluntad de Rufino había domado los impulsos de su corazon.



En el término calculado por los jóvenes, todo se hallaba dispuesto para seguir la marcha.

Marta les llenó las *maletas* con las provisiones que le fué dado preparar.

Rufino se ofreció galantemente para acompañarlos unas cuantas leguas. Ellos aceptaron complacidos.

El 22 al amanecer se pusieron nuevamente en viaje. Ese día adelantaron mas de la mitad de la jornada, pues Valentina que se sentía bien era la mas apurada por verse embarcada, pareciéndole que solo así tenía seguridad.

Casi al ponerse el sol los dejó Rufino, que dijo aprovecharía la luz de la luna para volver esa noche.

Los jóvenes no se acercaron á ningun rancho, pasando la noche á la intemperie.

Hicieron mil planes para presentarse al patron de alguna barca que los condujera sin sosp chas. Al fin determinaron poner en práctica el que les dictara las circunstancias.

Muy temprano prosiguieron su ruta con la esperanza de llegar esa tarde á San Fernando, lo que consiguieron con algunos esfuerzos.



No penetraron al centro del pueblo, albergándose en una de las chacras mas próximas á la costa.

Allí trataron de informarse si había algun barco dispuesto á hacerse á la vela para alguna parte.

No pudieron decirles. Esperaron con impaciencia el día siguiente y Máximo dejó á Valentina en la chacra para ir á informarse por sí mismo.

En uno de los almacenes á que penetró, le dijeron que un tal Tomás Lubary hacia la carrera hasta Corrientes y que debería estar muy próximo á hacerse á la vela.

Aquellos datos no eran suficientes; preguntó donde se le veía con mas frecuencia y se dirigió al punto que le designaron. Era un almacén que tenía algunos objetos navales, situado frente al embarcadero. Máximo penetró resueltamente, no en busca de Lubary, sino de alguien que lo conociera, y este debería ser el almacenero.

Pidió amablemente una copa de vino. Había solo dos parroquianos hablando acaloradamente en un extremo de la pieza.

Esto favorecía sus proyectos. Afectó ser un buen bebedor, elogió el vino, pidió otro vaso y habló del puerto y sus embarcaciones.

En seguida se espresó patrióticamente en contra de los bloqueadores, que impedían el comercio y la navegacion, tan necesaria á la prosperidad de las poblaciones fluviales.

Después de aquellas escaramuzas pasó á su objeto.

—La navegacion de los rios se hace con frecuencia?

—No mucha, señor.

—Ha oído que hay varios barcos que la hacen.

—¿Usted piensa dirigirse á las provincias?

—No, señor, mañana pasaré á Buenos Aires donde residio—salí por un pequeño incidente en mis negocios; lo he arreglado y me vuelvo. Al hacerlo se me ocurrió detenerme aquí un día. Mis preguntas son mas que de curioso, de comerciante, pues siempre es bueno saber la posibilidad que hay de mandar las cosas por distintos medios.

—Eso sí; aquí no tenemos muchos barcos y los pocos que hay no observan regularidad para sus viajes. El amigo Lubary es el que mas visita.

He oído hablar muy bien de ese marino. Deme usted mas vino, es riquísimo.

El interlocutor le llenó el vaso una vez mas diciéndole:

—Ahl ya lo creo Lubary es lo que hay como vivo y práctico y hasta como valiente si se quiere. Está acostumbrado á jugar con los del bloque, cruzándoseles frente á las narices.

—A mí me es simpático un hombre de tales prendas—¿es muy servidor?

—Es capaz de salvar á cualquiera en un apuro. No es solo uno el que ha socorrido.

—¿Ahora está él aquí?

—Sí, pero esta noche ó mañana creo que marcha.

A la tarde sabe estar en el muelle.

—Es un hombre á quien estrecharia con placer la mano, tengo motivos sin conocerlo, á mas que tal vez nos enredáramos en negocios.

—Pues véalo en el muelle, porque ahora á de estar abordo durmiendo la siesta, y no baja hasta la tarde. A cualquier muchacho que le pregunte, se lo muestra.

—¿Aquí no vendrá ya hoy?

—No, señor, si viene yo le diré que usted lo busca.

—Oh! no hay necesidad, podria creer que era para algo urgente y demorarse; lo mismo será otra vez.

—Como usted quiera.

—Todo lo que haré será pasearme luego por el muelle.

—El sabe estar allí hasta que ha anochecido.

Máximo pagó su vino retirándose despacio hasta alejarse del almacén; despues tomó al galope hasta la chacra que escondia su tesoro.



—Vamos bien, Valentina, díjole en un momento que quedaron solos.

—¿Qué has encontrado?

—Hay un tal Tomás Lubary, marino arrojado, de quien me dan buenos informes que sale esta noche ó mañana para Corrientes. Ese es el rumbo que debemos llevar; falta conseguir que nos embarque—¿cómo hacerlo?

—Pagándole.

—Sí, ese es el primer medio que se ocurre, pero no tengo dinero para dos pasajes.

—Ni con el precio de los caballos?

—Valen muy poco y quien sabe si puedo venderlos; talvez no conviene á nuestra seguridad.

—Pero es necesario que nos lleve; si no estamos perdidos.

—Lo sé y luego jugaremos el todo por el todo: tengo la creencia que el tal Lubary es un hombre generoso.

—¿Qué le vas á decir?

—Que soy un hombre pobre perseguido y que trato de huir sin poder hacerlo por tierra.

—Puede creerte un criminal y no llevarte: por algo es esa persecucion.

—Y no se cometen tantas arbitrariedades?

—Sí, pero aún para ellas existe causa.

Máximo comprendia que todo aquello era cierto. Meditó un momento y dijo con alegría:

—Ya está.

—¿Qué?

—El motivo de la persecucion.

¿Cuál

—Vos.

—Estás loco?

—Creo que no: escucha. Sabes que es muy usado entre nosotros que las autoridades ó simplemente los que tienen influencia con ellas lo utilicen para despojar al prójimo lo que les sea en gracia. Le diré que soy recién casado y uno de esos señores influyentes se ha enamorado de vos; irá contigo y se me figura que viéndote no lo durará.

—Es efectivamente un recurso.

—Yo no veo otro.

—Todo depende de quien sea el tal Lubary.

Formando planes para salir del apuro, les llegó la hora de ir al muelle.

Lo hicieron acompañados por un muchacho que llevaban para volver los caballos, pues en la casa dijeron que iban al Rosario y que regresarían lo mas pronto posible, pagando entonces aquel trabajo.



Habíase ocultado el sol cuando llegaron al muelle. En él habia bastante gente.

Máximo buscó un niño que pudiera enseñarle al señor Lubary. Pronto consiguió su objeto. Estaba allí hablando y riendo con otras personas.

Máximo seguía intranquilo sus movimientos, habiéndose separado una distancia de Valentina.

Al fin Lubary dejó á sus interlocutores.

Iba á ser de noche y la luna no lanzaba aún sus rayos plateados.

Máximo se encaminó hácia él.

—Señor Lubary!

—¿Qué hay, amigo? dijo el marino deteniéndose.

—¿Usted está pronto para hacerse á la vela?

—Casi, casi. Deseo salir á la madrugada.

—Entonces voy á pedirle un inmenso servicio.

—Dígame con franqueza.

—Soy recién casado señor y mi esposa, que allí está, sufre la persecucion asidua de un *mashorquero* de la cual deseo librarla antes que me envuelva en la desgracia. Solo usted puede salvarme.

—Esa sombra que se ve allí, es su mujer?

—Sí, señor. Vamos hácia ella.

Y los dos hombres caminaron hácia donde estaba Valentina esperando á Máximo llena de inquietud.

Lubary apercibió, apesar de la oscuridad, que aquella mujer era bastante hermosa para justificar los temores del joven.

—Con que desea irse, señora?

—Sí, señor. Así lo exige mi destino.

—Jamás podríamos recompensar el servicio que usted puede prestarnos, tanto mas que nuestra pobreza nos impide abonarle lo que valen los pasajes, dijo Máximo.

—No soy interesado, amigo, y mi «Río de Oro»

ha salvado mas de una vida amenazada. ¿Hasta donde irán ustedes?

—Hasta donde usted llegue, señor Lubary.

—Yo voy hasta Corrientes.

—Ese seria el término de nuestros anhelos.

—Pues no hablemos mas. Son mis pasajeros.

—Gracias, señor, dijeron con inmensa alegría nuestros jóvenes.

—¿Desean embarcarse pronto?

—Nada tenemos que hacer, y le confieso que no me creo seguro mientras pise tierra.

—Pues vamos. Los haré ya conducir á mi goleta.

—Un minuto, señor, voy á despachar aquel muchacho que me espera.

Y Máximo caminó para decir al chico que se volviera con los caballos, uniéndose al instante con su esposa y Lubary.

Se dirijieron á tomar el bote que tenia alli el marino. Este dió orden de conducirlos y que vinieran á buscarle, pues muy poco tenia ya que hacer en tierra.



Nuestros protagonistas pisaron la cubierta de la goleta «Rio de Oro» con indecible alegría.

No iban mas pasajeros que ellos y la tripulación la constituian seis marineros.

Bajaron á uno de los camarotes de que podian disponer y estrecháronse las manos con alegre ternura. ¡Cuántos afanes pasados! cuántos peligros vencidos!

Miraban el futuro con menos inquietud y mas esperanzas.

Nuevos sueños bordaban el horizonte de su inmenso amor.

Transcurrieron tres horas sin que las sintieran pasar.

La luna rielaba en las blondas y movedizas olas del rio.

Llegó Lubary, y un momento despues daba sus últimas disposiciones.

La brisa de la noche empujó al fin la goleta en el ansiado rumbo.

Los jóvenes que habian subido á cubierta miraban silenciosamente perderse las casas que abandonaban, alumbradas y embellecidas por la luz pálida y triste de la viajera de la noche.

Valentina dejó correr dos lágrimas provocadas sin duda por el recuerdo de su hogar.

Máximo la sonrió con tristeza y sus manos se entrelazaron instintivamente, sellando una vez mas el compromiso de amarse, que acariciaban sus almas como suprema ventura.

Dejémolos alojarse, para decir que sucedia en Buenos Aires con su desaparición.



## XIX

### En Buenos Aires

La noche del 12 Diciembre en que nuestros protagonistas se pusieron en marcha, no fué tranquila para Velarde.

Verdad era que su situacion no era de las mas airoosas.

Íbasele á considerar cómplice en aquel escándalo, y como sus relaciones con Marcela no eran un misterio para muchos, deducirian de ahí, que él estaba en todas las peripecias de los amores de su superior.

¿Pero, quién se hubiera imaginado un desenlase semejante?

Cuanto mas consideraba aquella fuga, mas desparatada le parecia.

Solo ese amor ciego, enloquecedor de Gutierrez pudo llevarle á tal proyecto, equivalente á exhibir las escenas íntimas que venian sucediéndose entre las veladas paredes de sus habitaciones de ministros del Señor.

Habia sido una imprudencia casi criminal descorrer aquel velo, arrojando sobre todos la falta de uno, poco precavido y demasiado sincero para sacerdote:—esa es la verdad.

Ninguno de sus proyectos y reflexiones le parecian conducentes para salir de aquel trance inquietante.

Veremos qué se produce, pensaba, y obraremos de acuerdo con las circunstancias.

Todo lo que ahora se me ocurra me lo destruirá seguramente, cualquier giro inesperado que tome el asunto.



Temprano, hizo que el sacristan pusiera en manos de Marcela la carta de Camila.

La jóven rasgó el sobre y bastaron las primeras líneas para emocionarla. Tuvo que encerrarse para leerla.

No podia dar crédito á sus ojos. Ella habia notado alternativas continuas en el carácter de su compañera, pero lo atribuia á la pasion que la dominaba.

Seria posible que hubiera huido!

Aquello era horroroso—¿qué hacer? Esa imprudente resolucion volteaba de un golpe los hábitos

establecidos, haciéndole perder las satisfacciones que le proporcionaba su cariño á Velarde. Esto en cuanto á su amor.

Relacionando aquel paso con su reputacion, tambien caia sobre ella el anatema social. ¿Quién creeria en su inocencia?

Marcela miraba el precipicio abierto á sus plantas y no le ocurría la manera de salvarlo.

La conducta de Camila habia sido un tanto egoista, pero la disculpaba, conociendo la intensidad del amor á que se rendia.

No otorgaba ese perdon sin una serie de reconvencciones, que venian á parar en la situacion en que la dejaba, sin haberle prevenido para que hubiera salvado las apariencias en aquel naufragio de realidades.

Marcela amaba á Camila y era bastante buena para consagrar una lágrima al infortunio de su amiga, olvidando las relaciones inmediatas que tenia con su posicion.

Veremos qué dice Velarde, se decia; él me indicará sin duda el medio de conservar reputacion y amor, pues en eso debemos hacer consistir el triunfo, encaminándolo todo en ese setido.

Hoy permanecerá el asunto en silencio,—asi lo supongo, de manera que es el dia en que debemos concertarlo todo. Iré mas temprano que de costumbre.

Quién sabe no es el último dia que le veo con libertad.

Esta idea no me halaga. ¿pero qué puedo hacer? No es cuerdo estrellarse contra lo imposible, produciendo lamentables escándalos como resultado final: Ya tenemos el ejemplo.

Marcela podia racionar asi; el fuego violento de la pasion sensual que despertara en sus sentidos el beso de Velarde, íbase estinguendo, ó por lo menos, ya no la dominaban los ímpetus de su amor.

Dicese que el amor aumenta en la mujer en los casos que en el hombre disminuye; esta es una verdad muy relativa ó muy llena de escepciones, en lo que se parece á la mayoría de los dichos que circulan con reputacion de axiomas, y que se adoptan sin analisis, como se hace con casi todo, evidenciándose la poca inclinacion á pensar, ó

mas bien el poco número de los que son capaces de hacerlo medianamente.



Una hora mas temprano que de costumbre, Marcela se dirigió al Socorro.

—¿Te has impuesto de la carta que te mandé?

—Sí; es terrible lo que ha hecho esta mujer!

—Y que no nos deja muy lucidos.

—Ya lo ha pensado.

—Y cómo prevenimos los trastornos posibles?

—Tú me lo dirás.

—Aún no veo la manera.

—Yo menos.

—Pero es menester hacer algo.

—Así lo creo.

—Mas, con creerlo simplemente no salimos del apuro.

—Yo no estoy en estado de pensar nada. No te figuras el efecto que me ha hecho la tal fuga.

—Y ella te dice la causa?

—No muy claramente: lee.

—Efectivamente, no fué muy explícita.

—Tú sabes algo mas?

—Sí.

—En qué consiste.

—En las consecuencias que ya se hacian visibles.

—No lo han sido para mí.

—Porque no se te ocurrió observar.

—¿Cuándo supiste que trataban de irse?

—El día antes.

—¿Es posible que Gutierrez no fuera mas franco?

—Esas cosas no se anticipan.

Velarde no queria decir que lo sabia con anterioridad por evitar los cargos que pudiera hacerle su amada, con alguna justicia.

—¿Qué hará la familia?

—Ya lo sabremos.

—Como no nos hagan cargos!

—Y por qué?

—Por no haberlo evitado.

—Sería injusto. ¿Y cómo probar que lo sabíamos?

—Aún no sabrán nada?

—Se supone.

—¿Qué golpe para ellos!

—Es verdaderamente terrible.

—Y la prosecucion de nuestras relaciones?

—Eso lo determinarán las circunstancias.

—Yo tendré que dejar de venir.

—¿Por qué?

—Y mi familia?

—Y tu vocacion?

—Todo se trastorna.

—Siempre habrá medios de que nos veamos, si tú no te anonadas negándote á secundar mis deseos.

—Puedes dudar de mis sentimientos?

—No; pero aún no has probado tu energia.

—Siempre que hay amor existe esa cualidad en el ánimo.

—Así lo creo, mas se vá á hacer muy difícil la situacion.

—Salvaremos con decision las dificultades que se ofrezcan.

—Dios dirá lo que se puede hacer. ¿Qué inquietud!

—No es menor la mia. Se halla comprometido nuestro amor y mi posición.

—Como me sucede á mi.

—Y dónde se han ido?

—No sabian donde podrian fijarse, creo si que pensaban salir del pais.

—¿Qué locura!

—Y qué conosecuencias!

—¿Cómo mirará esto misia Andrea?

—Uff! vá á agotar su repertorio de exclamaciones.

—No es para menos; á ella le toca muy de cerca.

—Es verdad que por ella vinieron ustedes.

—Y eso le trae cierta responsabilidad moral.

—Cuanto mas se dá vuelta al rededor del suceso, mas ramificaciones se le encuentran. ¿Y la curia? ¿Y el Gobernador? ¿Y Palacio?

—Verdad es que en todas partes hará impresion.

—Demasiado grande ¡por desgracia.

—Y pronto lo empezarán á saber.

—Talvez se oculte dos dias mas, pues la familia cree que Camila está en casa de un pariente, y el público juzga á Gutierrez en Quilmes. No te olvides de decir que en ese punto debe encontrarse, que él anunció su viaje. Si ha mentido no es cuenta nuestra.

Si, nosotros debemos atenuar la falta en lo posible.

—Lo dicta la conveniencia y la caridad.

—Bueno, es la hora de retirarme. No sé si podré venir mañana ó pasado.

—Haz lo posible.

—Si me preguntan por Camila?

—Di que está en casa de un pariente.

—Adios.

—Hasta pronto: confio en que podremos vernos.

—Dios lo quiera.



Marcela se retiró á las cuatro de la tarde. Velarde creia, y con razon, que las indagaciones comenzarian por allí, así que estaba casi seguro de que nada se sabia aún.

Esto, benéfico para los prófugos, talvez no lo era para él, pero por su parte no daría ningun paso hasta que fuera público el hecho: tal era su compromiso con Gutierrez á que no pensaba faltar.

La tarde se deslizó sin proporcionarle una nueva emocion, y la noche tampoco el trajó noticia alguna.

Retiróse á descansar seguro de que nada se sospechaba. Esto no era cierto; habia una casa en que ya se cuchicheaba la probabilidad de que el cura del Socorro hubiera huido: esta era la de doña Pepa Gomez, personaje conspicuo de esa época, obrera osurecida de muchas intrigas sociales y politicas.

Doña Pepa Gomez era hija de don Juan Simon Gomez y de Mercedes Ferrin, viuda de un señor Martinez.

Casada con un tal Olivera, enviudó en breve por la muerte violenta de éste. La murruracion social no la suponía muy agena á aquel trágico suceso.

Esa de esto lo que fuere, doña Pepa era entonces muy festejada.

Vivía, perspicaz, poseyendo una hermosura no

vulgar, y una amabilidad poco escrupulosa, su casa era casi un punto de reunion y á la que concurrían no pocos sacerdotes, pues eran éstos los que obtenían su mayor aprecio.

Ella habia conocido á Gutierrez desde que ocupó el curato del Socotro, habiéndole sido altamente simpático.

Procuró hacerse de su amistad, para lo que no escaseó sus medios habituales de seduccion.

Uladielao absorbido por su pasion, no cedió á aquellos halagos.

Herida en su amor propio, agotó sus recursos inútilmente; no era mujer de abandonar sus empresas y deponiendo su amabilidad para mejor ocasion comenzó á hostilizarlo, esperando de la violencia lo que no habia conseguido la bondad.

Descubrió la causa de la indiferencia inquebrantable de Gutierrez y desde ese momento hizo mas tenaz su persecucion; hasta le hacia pasquines, que incomodaban bastante al jóven, y que conociendo ó no, de quien venían y qué los motivaba, aparentó siempre no descuidarse de ellos ni de su autora.

Esto colmaba la irritacion de doña Pepa, que espíaba los movimientos de la pasion que le quitaba tal simpatía.

Esta vigilancia la condujo á saber inmediatamente el viaje á Quilmes de Uladielao y que Camila no habia ido á clase el lunes. Aquello la intrigó.

Supo esa misma tarde que la jóven no estaba en su casa.

No pudo constatar si permanecia en la del paciente, pero algunos indicios le hicieron suponer que no estaba allí: estos fueron bastante para que el mismo lunes á la noche trasmitiese á sus visitantes la idea de que los jóvenes se habian fugado.

Los amores de Camila y Gutierrez eran conocidos por el clero en lo que no habia tenido poca participacion la lengua de doña Pepa; empero todos se negaron á dar crédito á semejante suposicion, argumentando razonablemente en contra de un hecho que no se esplicaba sin un móvil muy poderoso. Ella no se convencía.

Esperó impaciente la mañana del martes y fué ella misma á hacer averiguaciones para convenirse de la presencia de Camila en casa de su paciente.

El resultado que obtuvo confirmó sus sospechas: la jóven no habia pasado allí ni el lunes. Tampoco estaba en su casa, ni Gutierrez habia vuelto de Quilmes.

Aquello no tenia mas explicacion que la que ella le daba.



Comenzó á desparramar sus sospechas: primero con algun recato, despues confirmándose en ellas á medida que daba vueltas al asunto las comunicaba sin rebozo afirmando cuanto decia.

El suceso era inaudito: nadie le daba crédito sin consideraciones; esto la exasperaba, y en la tarde del martes no quedó una persona de su relacion á quien no se lo contara.

Aunque todo el mundo dudaba, no dejaron de procurarse informaciones propias.

La inmensa mayoría siente un gran placer en denigrar al prójimo: siempre con la mejor intencion y tratando de escandalizarse de lo vitupe-

rable, aunque tengan entre manos cosas peores.

Es esto una consecuencia de la mentira perpétua en que se vive.

Las manifestaciones del estado social son muy criticables; todos las encuentran malas, pero aisladamente: se andan por las ramas.

Los sociologistas modernos, con rarísimas excepciones, se asemejan á un médico que ordenara opiados para combatir los dolores, dejando que la enfermedad matara al individuo.

La sociabilidad decae y parece alejarse de sus verdaderas bases, mientras nos afanamos en barnizar la superficie. Esto no es sensato, pero se sale del paso aglomerando elementos para los cataclismos del porvenir.

El egoismo individual no es agente de progreso sino aparentemente, y esta engendra el colectivo que constituye una calamidad.

Si no se debe talvez, desesperar del futuro, no es porque el hombre valga algo, moralmente considerado, sino por su subordinacion á leyes de que no puede desviarse totalmente y que no le es dado cambiar.

Los pueblos para hacerse fuertes se han apoyado en sus sentimientos, talvez estraviados pero sinceros, han abandonado despues ese espíritu de verdad relativa y su progreso ha caido al cesar ese primer impulso.



Da. Pepa no cesaba de comunicar el resultado de sus averiguaciones, obteniendo que á la noche se comentara ya el suceso con visos de verdad.

Era cierto que no se habia visto á Gutierrez ni á Camila en todo aquel día.

Ella hubiera querido sorprender á Palacio con tal novedad, pero el secretario de S. S. I. habia partido el 5 para la Villa de Lujan, con otros sacerdotes para celebrar dignamente la fiesta titular de aquella iglesia, y aun no habian regresado.

El miércoles por la mañana hizo una visita á Velarde. No le era dado contener su impaciencia y se presentó en el Socorro con el pretexto de hablar á Gutierrez.

—Aún no ha llegado de Quilmes, señora, respóndiome afablemente el jóven teniente.

—¿Con que está en Quilmes?

—Sí, señora.

—¿Desde cuando?

—Partió el domingo á la noche.

—¿Cuando lo espera usted?

—No ha fijado día para su regreso, pero creo que lo tendremos aquí mañana ó pasado á mas tardar.

—Y tan contraido como estaba á preparar sus jóvenes discípulas se ha resuelto á perder dos ó tres clases? ¿caso será usted el encargado de darlas?

Vienes á tu terreno, pensó Velarde, respondiendo:

—Las niñas están ya preparadas; no les perjudica la pérdida de tres clases, á mas que habrá tenido poderosos motivos para prolongar su estadía.

—Es verdad, pero no acostumbraba á viajar con frecuencia.

—No señora.

—Y cuando profesan las jóvenes?

—Creo que no han determinado la época.

—Se decía que muy pronto.  
 —Conversaciones.  
 —Misia Andrea Rosas se ocupa ya de la dote.  
 —No lo sabia.  
 —Pues sí: ha solicitado el concurso de algunas amigas mias.  
 —Es una excelente señora.  
 —Y que quiere mucho á Camila. Vá á tener un dia de gloria cuando profese su ahijada... es tan relijiosa!

Y la mirada penetrante de Da. Pepa se clavaba en el rostro imponible de su interlocutor.  
 —Pues qué, ¿será su madrina?  
 —Usted no lo sabia?  
 —No señora.  
 —¿Y no se lo ha dicho el padre Gutierrez?  
 —No ha tenido motivo.  
 —Pues es muy poco comunicativo; él que se interesa tanto de lo que se relaciona con esa niña! Y la sonrisa de la señora tomó un aire irónico y malicioso.  
 —No me ha parecido muy marcado ese interés.  
 —No sería extraño que lo fuera, es tan amigo de la familia. ¿Con que podré ver pronto al padre Gutierrez?  
 —Sí señora.  
 —Pues hasta muy pronto entonces. Anúnciele mi visita.  
 —Lo haré complacido.  
 —Gracias. Adios, padre.  
 —A los piés de usted, señora.



Velarde no lo sabe, ó lo oculta hábilmente, pensó la comadre del señor Palacio, alejándose con la plena seguridad de la ausencia de Gutierrez de que habia querido convencerse por sí misma.

Esta viudita lo sospecha todo, se dijo Velarde, y no tardará en divulgarlo si ya no lo ha hecho; preparémosnos para obrar en el sentido de atenuar la falta y salvarme del compromiso de complicidad.—¿si vendrá hoy Marcela?

Mas tarde que de costumbre llegó la jóven bastante emocionada.

—Sabes que ya se comenta la ausencia de Gutierrez.  
 —Me lo figuraba. Hace un rato que estubo Da. Pepa Gomez, que para mí, solo ha venido á informarse, y basta semejante chispa pare un incendio.

—Qué digo á la familia? que se presentará en casa talvez hoy mismo.  
 —Que tu nada sabes.  
 —¿Y si vienen convencidas de la fuga?  
 —Niega haberlo sabido.  
 —No me creerán. Y cuánto cargo pueden hacerme!

—Tienes la carta de Camila que te disculpa.  
 —Pero no de haber callado el hecho. Pues me dirán que yo debí avisarles en el instante.  
 —Tienes razon. Dí que ella te dijo que no la fueras á buscar porque no queria venir á clase de casa del pariente donde iba á pasar unos dias, y que tú no viste nada extraordinario en tal pedido.

—No me queda otro recurso. Dios miol qué situacion!

—Todo pasará, no te afijas, es una tormenta de verano.

—Que no se disipará sin trastornos. Yo no como ni duermo. Esta muchacha no ha medido las consecuencias de su paso.  
 —Ya no hay remedio.  
 —Por desgracia. Adios; no quiero que sepan que he venido. Sabe Dios no encuentro en casa á misia Joaquina.  
 —Procura verme. Adios.



En la mañana del Miércoles aún no se sospechaba nada en casa de Camila.

Ella habia tenido costumbre de pasar algunos dias en lo de sus parientes.

Las murmuraciones que partieran de doña Pepa Gomez, se habian extendido tanto que ya el hecho aparecia publico ese dia, comentándose mucho la tranquilidad de aquella familia, sin que nadie se hubiera atrevido á darle tan horrible noticia.

Clara y Cármen quisieron ir á verla ese dia y se dirijieron á la casa en que la suponían.

Su estupefaccion no conoció limite al decirles allí que se habia vuelto el Domingo poco antes de la oracion.

—Estará en lo de Gimenez ó Perichon, esclamaron á un tiempo, lanzándose á buscarla.

El presentimiento de una desgracia aceleraba sus pasos. Las jóvenes corrian casi sin advertirlo.

Mamá! Mamá! Camila ha salido de allí el Domingo.

—Están locas, muchachas!  
 —Así nos lo han dicho.  
 —Pero dónde puede estar?  
 —Ella dijo que iba por un dia, y se volvió.  
 —No puede ser. A mí me pidió permiso por una semana.

—¿Qué interés tienen en engañarnos?  
 —Misia Joaquina se llenó de inquietud. Su hija habia faltado á la verdad, y si eso era cierto, la guiaba un propósito oculto.

La pasion por Gutierrez apenas recordada ya, acudió á su mente y una sospecha horrorosa le cruzó el cerebro. Ella no sabia, sin embargo, que el clérigo no estuviera en el Socorro.

—Vaya una á lo de Gimenez y otra á lo de Perichon: yo voy á ver á Marcela.

Apenas habian caminado las jóvenes una cuadra, cuando misia Joaquina, apenas arreglada, corrió en busca de la amiga de su hija.

El estado de su ánimo no le permitió raciocinar. No tenia intimidad con la familia de Marcela: escusando atenciones pidió hablar con ella.

—¿Dónde está Camila? preguntó aquella madre infeliz.

—La supongo en casa del pariente de ustedes, donde me dijo iba á pasar unos dias, y que no la buscara para ir á clase en ese intervalo. Marcela hablaba emocionada, cosa que no observó misia Joaquina, que tenia el alma muy lejos de allí.

—Pues allí no está.  
 —Y qué ha sido de ella?  
 —Es lo que vengo á saber y necesito su auxilio.  
 —Ordéneme señora.

—Abandonando escrúpulos que no debo tener en este caso, diré á usted que Camila sentia inclinacion por Gutierrez—¿lo ha notado usted en clase?



—El es muy atento y obsequioso, pero no he visto marcadas preferencias.

—No me oculte usted nada. Una madre se lo ruega.

Y el acento de misia Joaquina tenia la vibracion de los grandes dolores que timbran la voz, llevándola á herir poderosamente la sensibilidad.

—No, señora: digo á usted la verdad.

Marcela hubo menester de toda su energía para no arrojarse á los piés de aquella señora y pedirle perdón, confesándosele todo; empero la detuvo la inutilidad de su sacrificio.

—¿Y usted ha ido sola á clase?

—Estuve el Lunes.

—No vió nada extraordinario?

—No señora; verdad es que el padre Gutierrez se habia ido á Quilmes.

Aquello anonadó á misia Joaquina, pues confirmaba casi plenamente sus sospechas.

Ella, aunque se habia figurado posible la fuga, no se habia detenido en la consideracion de la manera cómo pudo efectuarse.

Creyó que pudiera haber hecho huir á su hija de cualquier modo para reunirsele despues.

No ignoraba que la vigilancia de los bloqueadores se burlaba por algunos audaces. Algo así pensó, y como su idea era cerciorarse del hecho en sí, no se preocupó de nada mas. Se le decia que Gutierrez no estaba, y tal coincidencia destruía sus esperanzas.

—Y Velarde cómo esplicaba ese viaje? dijo sofocada la señora y haciendo indecibles esfuerzos por no dejar correr las lágrimas de dolorosa desesperacion que se agolpaban á sus ojos.

—Estuve apenas un momento con él y solo me dijo que habia partido. Yo no vi nada extraño en eso así que ni lo he recordado.

—Es horrible lo que pienso.

—No se alarme señora, puede haber pasado á otra casa y demorarse allí.

—Me lo hubiera avisado.

—Ella no puede suponer su inquietud, y mucho menos sus sospechas.

—Oh! si fuera verdad lo que usted dice, crea que le pediria perdón de rodillas por haberlas concebido. Adios Marcela, yo me voy.

—Adios señora, Me alegraré infinito que todo se reduzca á temores.

Misia Joaquina corrió á su casa.

—Pobre madre! murmuraba Marcela, pasando á comentar en familia la visita que acababa de recibir y que habia despertado curiosidad.



Clara y Cármen estaban ya de vuelta sin haber obtenido un resultado mas satisfactorio.

—Hay que mandarle decir esto á Adolfo lo mas pronto posible.

—Hoy ya es muy tarde y sobretodo vamos á alarmarlo mucho, y es necesario que no lo hagamos en vano.

Las jóvenes conservaban esperanzas de que fuera un alejamiento explicable.

No se les habian ocurrido tan determinadas las sospechas de su madre.

—Saben ustedes que Gutierrez no está en el Socorro?

—No? se debe saber entonces donde está.

—Dicen que en Quilmes.

En las casas á que habian acudido los jóvenes no les dijeron nada de esa ausencia significativa que importaba una sospecha visible que no quisieron hacer notable.

—Es necesario que vaya uno de los muchachos al Socorro y pregunte á Velarde, qué es de Gutierrez; es menester saber eso—¿á que horas vendrán?

—Ya no deben tardar; se aproxima la hora de cenar.

Poco despues llegó uno de los jóvenes que fué enviado al Socorro, de donde volvió en pocos momentos.

—Qué dice el padre Velarde?

—Que Uladislao dijo que se iba á Quilmes y partió el domingo á la noche.

—La misma hora que eligió Camila para salir, diciendole que se venia á casa, murmuró amargamente misia Joaquina.

—Te añijes demasiado, mamá.

—No hijos míos, creo que vuestra hermana nos causará un gravísimo pesar. Dios la perdone! Y el llanto contenido tantas horas inundó el semblante de la señora.

Nadie se atrevió á observar la explosion de aquel inmenso dolor. ¿Todos se sintieron influenciados por él: en todos existia la triste inquietud que precede á las grandes desventuras.

Los jóvenes salieron á la calle para hacer cautelosamente nuevas pesquisas. Muy tarde ya volvieron fatigados, sin haber recojido una sola esperanza.

Aquella noche la pasaron velando la inquietud que los dominaba.



Al aclarar salió uno de los jóvenes á decir al señor O'Gorman lo que sucedia.

Este se hallaba en Matanzas.

La noticia que le llevaba su hijo hirió vivamente su corazon de padre y se dirigió á la ciudad sin perder un momento.

Temprano aún, descendia del caballo en la puerta de su casa.

Su presencia renovó el llanto en aquellos seres afligidos.

—Pero es cierto lo que me dice este muchacho?

Desgraciadamente todo lo confirma.

Misia Joaquina relató á su esposo cuanto se habia hecho.

—Y esto será publico ya?

—Es de suponer que algunas personas se lo imaginen.

—Aún no pueden estar lejos. Veré al Jefe de Policia, para que tome sin ruido algunas medidas por si es posible evitar el escándalo que vá á producirse.

Y el señor O'Gorman se dirigió á ver á Moreno, quien lo recibió amablemente, pues era de su relacion.

—Haré todo lo posible en su obsequio, pero usted conoce lo limitado de mis facultades y que apenas puedo mover un hombre sin permiso de S. E.

—Ya lo sé, pero ahorremos el ruido que esto produciria si llegara á su conocimiento. Si las presunciones que me traen á comunicar á usted esta desgraciada ocurrencia, son exactas, ellos no pueden estar lejos.

—Es verdad. Tendremos que acudir al teniente cura; él puede darnos alguna luz.

—No lo hará. Si algo sabe lo ha de negar porque no lo supongan encubridor ó cómplice de esa falta.

—Tiene usted razón. Averigüemos por otros medios, cómo se-han ido, y si el viaje á Quilmes es cierto.

—Dejo á su cuidado la prudencia en el asunto encomendándole el silencio posible. Se lo agradeceré tanto!

—Vaya tranquilo que haré cuanto pueda sin que ni los hombres que emplee sepan á punto fijo de que se trata.

El señor O Gorman se retiró con alguna esperanza.



Moreno llamó unos oficiales de su confianza y les dió sus órdenes reservadas.

Estos salieron inmediatamente á cumplirlas. O Gorman por su parte se lanzó á recojer nuevos indicios.

Supieron que la ropa que Camila sacara de su casa no la llevó á la del pariente donde estuvo el sábado; ese dato era casi la confirmación de una fuga meditada.

Al anochechar fué O Gorman á ver nuevamente á Moreno.

—¿Qué me tiene, amigo mio?

—Muy poco, y lo que me han traído dá exactitud á sus sospechas.

—Yo ya no dudo. Confío s[í] en que se pueda encontrarlos.

—Yo no tanto.

—¿Porqué?

—Desde el 2 á la fecha nos han ganado terreno, y yo, como le he dicho, no puedo disponer de mis hombres sin aviso y consentimiento de S. E. así que si no están en Buenos Aires ó sus alrededores, tendremos que dar parte para buscarlos.

—Me sería muy doloroso.

—Lo comprendo; pero tal vez se haga indispensable. En fin, no hay que desesperar.

—Así es, ¿y qué ha sabido?

—Que el viaje á Quilmes del clérigo no es cierto; allí no ha llegado. Los que envié á que buscaran indicios por el Socorro nada me han traído que valga. Esperemos á mañana.

O Gorman se retiró con muchas menos esperanzas que en la mañana.



Doña Pepa Gomez seguía en su afán de publicar el suceso. Palacio había llegado el 15 de Lujan, pero ella no había podido proporcionarse el placer de verlo ese día. El 16 á la noche se presentó en su casa el Secretario de S. S. I.

—¿Cómo lo ha pasado, comadre?

—No tan bien como usted que pasea diez días por una sola función.

—Vaya! no sea regañona.

—Usted se divierte y sus protegidos se escabullen llevándose á las futuras monjas, sin duda para no aburrirse en el viaje.

—¿Qué quiere decir todo eso?

—Nada; que su ahijado, su jóven intachable, ha huido de su parroquia llevándose una niña, ó que sé yo.

—¿Pero cómo, á quien se refiera usted?

—A Gutierrez, que ha huido con Camila O Gorman; parece que en Lujan se empuqueñecen las facultades mentales. Hoy necesita que todo se lo esplique.

—Mas, ¿dónde ha huido? abandone su mal humor y sea mas explícita.

Palacio no era con nadie tan amable como con su comadre, y ésta gozaba en mortificarlo unos instantes apareciendo dura y mordaz con él.

—¿Dónde? no lo sé, pero sí me consta que se ha mandado mudar sin ceremonias.

—¿Y cómo sabe que lo ha hecho con esa jóven?

—Qué casualidad desaparecer los dos el mismo día, á la misma hora, siendo públicos casi los amores que mantenían.

—No diga eso, exagera la verdad. Usted los sabría, que poco se le oculta, pero usted no es el público.

—Como quiera; pero también sé ahora que se han ido el 12 á la noche.

—Pues, si es cierto, no me hace gracia; es una calaverada que puede traer á todos muy malas consecuencias.

—S. E. se vá á poner furioso.

—No será yo quien se lo diga primero,

—Cuanto mas tiempo pase sin saberlo, peor será.

—Allá se las avangan los que deben entender en el asunto; yo me lavaré las manos.

—Es necesario obrar con prudencia. Este escándalo perjudica á todo el clero.

—Lo sé y me duele que así sea—¿se comenta mucho el suceso?

—Es el tema obligado de las conversaciones. —En fin, todo depende de la manera como el Gobernador tome el asunto.

Palacio no quiso aparecer preocupado, aunque en realidad la noticia le había causado impresión, pues media las consecuencias que tal vez tuviera si llegaba á la intervención de un hombre como Rosas.

Habló de otros asuntos con su comadre y se retiró de mal humor.



El 17 á la tarde volvió O Gorman á ver á Moreno.

—Poco satisfactorio puedo decirle. A mí se me ocurrió que hubieran huido por agua, pero no hemos hallado ningún indicio que dé valor á esa presunción y si algunos que hacen creer lo hayan hecho por tierra.

—Cuáles son ellos?

—Qué Gutierrez compró el mes pasado un caballo ruano: él poseía un cebruno, y ninguno está donde lo tenía, pues los utilizó para su imaginario viaje á Quilmes. Las negras donde estaban los caballos dicen que el Domingo como á las diez se fué acompañado por un muchacho lampiño, que bien pudo ser su hija vestida de hombre.

—Es verdad. Me voy para mandar algunos hombres que los sigan con rumbo al Norte, pues se han de dirigir fuera de la Provincia.

—Y de la República talvez, él no se ha de considerar seguro mientras pise suelo argentino.

—Tiene usted razon. Adios. Haga cuanto está en su mano.

—Pierda cuidado: me ocupo con mucho interés del asunto.

El señor O'Gorman buscó algunos paisanos conocidos y los lanzó á varias partes, con encargo de no ahorrar sacrificio.

El desgraciado padre queria salvar á su familia y á su hija de un escándalo mayor.

El no creia que fuera tan público el suceso.



Velarde, no habia podido ver á Marcela. Esta no se atrevia á dirigirse al Socorro. Esto lo incomodaba, pero era mayor su intranquilidad por lo que en otro orden seguiria á la fuga.

Determinó ver á Palacio aquella misma noche, sin hacer nada mas que comunicar sospechas: salvaba parte de su responsabilidad y aseguraba un dia mas á los prófugos.

A las ocho de la noche se presentó en casa del Secretario de S. S. I.

Al anunciarle aquella visita se figuró de qué se trataba, pero no estaba en sus intereses darse por entendido.

—Que tal, señor Velarde ¿cómo lo pasan en el Socorro?

—Bien, señor.

—¿Qué lo trae por aquí?

—Una simple inquietud.

—Con qué se relaciona?

—El señor Gutierrez partió el Domingo para Quilmes.

—Y qué hay con ello?

—Aún no ha venido señor y eso me estraña, pues no tenia por qué demorarse.

—Hay mil causas que pueden detenerlo.

—Es verdad, señor: pero aqui para entre los dos, sospecho, que no vendrá mas.

Palacio imitó la sorpresa con bastante propiedad.

—Y en qué funda semejante presuncion?

—Permitame llamarlo por hoy; mañana con mayores datos lo comunicaré á usted.

—Bueno, así lo espero. Mida la trascendencia que puede tener para el clero y la sociedad la desaparicion de un sacerdote.

—Eso mismo guia la prudencia y reserva con que le hablo.

—Mire que está en el interés de todos obrar acertadamente, y aunque no se haga nada por salvar á Gutierrez, debemos hacerlo por nosotros mismos.

—Lo comprendo, señor. Hasta mañana.

—No deje de verme.

Velarde se retiró satisfecho de la conducta del señor Palacio.



Cada dia que pasaba sin una esperanza fundada y sin que se realizara la quimérica de la posible vuelta de los prófugos, aumentaba la desolacion en casa de O'Gorman.

La noticia habia llegado á oídos de doña Andrea Rosas quien creyó de su deber presentarse en la casa. Ella tenia cierta responsabilidad en el suceso.

Su imprevisora religiosidad la habia conducido á juzgar sin peligro el trato frecuente con un sacerdote joven.

Creia como la mayor parte de las mujeres religiosas creen ó lo aparentan, que por ser clérigo no estaba sujeto al dominio de las pasiones. Habia, pues, sufrido un desengaño.

El 18 se presentó en lo de O'Gorman. Era una situacion dificil que deberia salvar con las disculpas y atenuaciones correspondientes.

Fue recibida amable y tristemente.

La pobre señora no sabia cómo empezar. Cortó al fin sus vacilaciones comenzando del peor modo posible, como sucede en casos semejantes.

—¿Qué me dicen ustedes de Camila? Es cierto, Dios mio, lo que se dice?

—Aún no tenemos seguridad, señora, pero los indicios son terribles.

Y las lágrimas que no se acababan en los ojos de aquella madre, volvieron á seguir su apenas interrumpido curso.

Pero es imposible, no se aflija usted, aún puede remediarse todo. Quien sabe si un conjunto de apariencias fatales está produciendo un error lamentable.

—Dios la oiga señora.

—Pero no han tenido ustedes alguna noticia?

—Hasta ahora no.

—Ah! Yo no me consuelo; haber aconsejado á ustedes que mandaran allí á Camilal

—Quién podia preverlo!

—Dice usted bien. Un sacerdote tan juicioso y moderado! Le aseguro á usted que no puedo creerlo. Mi inquietud y mi dolor solo es comparable con el suyo, misia Joaquina. Tengo momentos en que me creo la única culpable.

—No señora en esto no hay culpables. El destino lo manda.

—Ah! pero uno no se conforma cuando esos fallos la hieren tan terriblemente. Solo la fé en Dios, puede preservar de la desesperacion. Utilícelme, misia Joaquina en cuanto me considere capaz: estoy obligada á servirla; solo con un auxilio eficaz se me quitaria el pesar de haber contribuido aunque indirectamente á tan grande desventura.

—Gracias, señora, talvez tengamos necesidad de recurrir á usted.

—Háganlo con entera confianza, en la seguridad de que me será muy grato servirles. Adios, misia Joaquina. Ruego á Dios, que solo él tiene consuelos para estos casos. Su bondad todo lo salva.



Velarde volvió á ver á Palacio.

—¿Qué nuevas trae, díjole con inquietud simulada.

—Desgraciadamente malas; se confirman mis sospechas.

—Pero sea mas explicito en ellas.

—Lo seré señor. Creo que Gutierrez no vuelva, porque juzgo que ha huido con una joven que desapareció de casa de la familia el mismo dia que para él para Quilmes.

—Y por qué no me dijo ayer todo eso?

—La familia me habia pedido encarceladamente no lo hiciera, pues tienen las esperanzas de encontrarlos ó que vuelvan.

—Vaya unas esperanzas!

—Yo no pude resistirme á prometerles silencio, que hoy dejo de guardar en atencion á que las pesquisas no den resultado.

—Ni daria. ¿Qué va usted á hacer ahora?

—Iré á Quilmes mañana. Hay una débil esperanza de que pueda estar allí.

—Bueno, y véame cuanto vuelva. Es necesario que usted avise á la curia; debe hacerlo sin pérdida de tiempo, ó por lo menos á los preladós mas caracterizados.

—Lo haré señor, pero no le parece prudente que vea qué hay en Quilmes primero?

—Con tal que no pase de mañana.

—Ahl no señor iré sin falta.

Velarde dejó á Palacio. Habia ganado un dia y ganaria otro con el viaje á Quilmes: era cuanto debía á la amistad y compañerismo.



Velarde presenta una mala impresion en el ánimo del Gobernador, y como ya le iba á ser forzoso llevar su denuncia á la curia, imaginó parar el golpe, haciéndolo tocar por una mano mas suave y mas capaz de mover su ánimo en el sentido de la denuncia.

Aquella mano no podia ser otra que la de Manuela Rosas.

Esta jóven habia aparecido siempre para la generalidad como la intercesora obligada de todas las gracias y concesiones.

Mas que á la influencia que ella pudiera ejercer en el ánimo de su padre, debía esta fama á que Rosas quiso siempre imponerse por el miedo, y no otorgaba perdones sino con la justificacion de una exigencia poderosa.

Los demás hombres necesitan esa justificacion para ser crueles: él la necesitaba por ser clemente.

Se ha exagerado, pues, la influencia de Manuela para con su padre.

Si ella pudo salvar á mas de un infeliz condenado, como se condenaba entonces, éste debía su perdon á su pequeñez, mas que á su intercesora.

Los enemigos de Rosas, queriendo ser duros con él, sin aparecer parciales, han cargado de suavidades los rasgos que distinguian á su hija: esto ha salvado á Manuela.

En la época que la presentamos á nuestros lectores contaria unos treinta años de edad.

Era alta, repartida, de fisonomía simpática, no desprovista de gracia, sin ser bella, ojos pardos mas bien claros, nariz recta, boca grande que sonreia dulcemente.

Velarde solicitó hablar con ella y fué conducido á su presencia.

—Señorita, dijo algo emocionado,—el tiempo, precioso para usted, que me obliga á robarle una desgraciada y lamentable ocurrencia, hace que ahorre preámbulos y diga usted sin rodeo alguno el motivo que me ha impulsado á pedir el honor de hablar con usted.

—Estoy á sus órdenes, padre.

—Es una gracia la que imploro de su inagotable bondad. . .

—Si está en mí, la concedo gustosa.

—Quisiera tomara usted el encargo de dar una nueva disgustante á S. E.

Manuela dejó de sonreír. Aquella introduccion le parecia precursora de un desagrado.

—Cuál es ella?

—De la parroquia del Socorro, de que soy actualmente teniente cura, ha desaparecido el párroco, señor Gutiérrez, y todo me hace presumir lo haya hecho en compañía de una jóven, cu-

yo nombre no será á usted desconocido tal vez: Camila O'Gorman.

—Ha sido una mala accion y que desagradará muchísimo á tatita, dijo Manuelá impresionada realmente, pues no se esperaba una cosa semejante.

Ella habia tenido ocasion de conocer á Camila, que le fué muy simpática.

—Es por eso mismo que pido á usted con encarecimiento se lo comunique. Si lo sabe por otra fuente, será mayor su enojo.

—Yo no me resuelvo á decirselo—¿cuando parterion?

—El domingo á la noche.

—Hoy hace ocho dias. Eso agrava todo y vá á disgustar enormemente no haberlo sabido antes.

—Usted comprende que la familia y el mismo clero haya hecho diligencias aisladas para evitar el escándalo.

—Y usted no supone para dónde se hayan dirigido?

—Ni remotamente. Dias antes me hizo entender que se iba á Quilmes. Yo no sospeché nada hasta haber sabido que el mismo dia huyera la jóven.

—Es incalificable lo que ese padre ha hecho.

—Asi es, señorita, pero, sinó por él, por la Iglesia debe usted atenuar el enojo de S. E.

—Hoy no lo hago.

Volveré mañana, pensó Velarde; es un mal dia talvez, y dando por terminada su entrevista, se retiró.



Es necesario que me vaya ahora á pasear á Quilmes. Asi lo he prometido, y como la cuestion se complica, es menester andar listo.

Lo que es Gutiérrez ha tenido tiempo de alejarse, si lo pescan no será culpa nuestra.

Yo volveré á la noche, es un dia mas, pues no dará cuenta hasta mañana lunes.

Velarde montó á caballo esa tarde y se dirigió á Quilmes, donde permaneció un momento, regresando al anochecer.

Antes de ir á la curia insistiré con Manuelita, para que avise á su padre antes que lo hagan por otro conductor: es un paso necesario.

No se imagina Gutiérrez los apuros en que nos ha colocado y los que seguirán. Sea lo que Dios quiera.



El lunes temprano pidió hablar nuevamente con Manuela.

—Señorita, es imprescindible que sea usted la que imponga de esto á S. E.

—Me es muy duro.

—Lo comprendo, pero talvez se eviten asi nuevos desagrados. Usted es religiosa y sirve noblemente á la Iglesia con ese sacrificio.

Manuela meditó algunos segundos.

—No sé como dar el paso con mayor éxito; crea en mi buena voluntad, pero me detienen consideraciones de todo que usted tal vez no valora.

—Si, señorita, alcanzo el valor de lo que pido con tanta instancia, mas aprecio su abnegacion bastante para no desmayar en mi empeño. Ahora tengo que dar parte á la curia, de allí notifica-

rán á S. E. y es menester que usted lo haga antes.

—Cualquier otra cosa concedería á usted con gusto.

—El favor inapreciable consiste en lo que pido á usted.

—Bueno yo veré: si tatita está con humor de oírme, yo se lo diré. Es cuanto puedo prometerle.

—Confío en que hará lo posible por atenuar esta falta incomprensible.

—Todo lo que pueda.

—Adios, señorita. Siempre será usted el ángel bueno de los que sufren.

La jóven sonrió modestamente, despidiendo á Velarde que salió con mas ánimo.

Ahora á la curia, se dijo.



Manuela habia hecho la intencion de hablar á su padre.

Nadie como ella sabia los puntos vulnerables de ese espíritu desigual y sistemáticamente caprichoso, pero toda esa ciencia se estrellaba ante una idea nueva, un designio reservado en el cual entraba ella como primer instrumento, habiéndola llevado mas de una vez hasta ajar su reputacion de mujer.

De la presencia de Rosas podrian salir con un beneficio, pero no sin humillacion, y ella no esceptuaba esta ley cuyo peso soportaban los demás allegados con mas ó menos molestia segun el carácter ó las necesidades que lo modifican.

Rosas á fines del 47 tendria unos 55 años, su naturaleza robusta disminuía las apariencias de esa edad.

Todo el mundo conoce los rasgos físicos que lo distinguian.

De regular estatura, mas bien grueso, su rostro era bello, correctas sus facciones; tenia ojos azules, nariz aguileña, boca bien delineada, cabello abundante y sedoso.

Vestia con suma sencillez, usando una especie de saco, chaleco colorado, pantalon muy ancho que ocultaba lo defectuoso de sus pantorrillas y adornado con un pequeño vivo rojo.

Manuela, esperó el momento que creyó oportuno: estaba resuelta á ponerlo en conocimiento de aquella novedad, cumpliendo lo solicitado por Velarde.

—Tatita, tengo que decirte una cosa, pidiéndote que no te enojés.

Rosas frunció el seño. Aquella introduccion no le anunciaba una cosa agradable.

—Bueno: dimelo pronto.

—Un sacerdote, creo que se llama Gutierrez, ha huido de Buenos Aires.

—Cuando? preguntó sin visible contrariedad.

—El Domingo pasado.

—El Domingo pasado! Y aún no se me ha dicho! Por qué se ha ido ese fraile?

—Creo que por unos amores; lo acompaña una jóven, segun parece.

—Eso es! Y solo á los nueve dias llegan hasta mí tales escándalos. Qué dirán aterra cuando sepan que yo no sé lo que pasa en mi casa sino nueve dias despues! Oh! si yo los agarro! Quién es la muchacha?

—Camila O'Gorman.

—En fin, cualquiera es lo mismo. Y de ese modo se burla mi autoridad! Yo les he de enseñar á respetarla!

Manuela no creyó prudente ni oportuno, tratar de calmar la exaltacion de su padre.

Se retiró sin añadir una palabra mas.

Rosas hizo visible su mal humor y no tardaron sus allegados en saber la causa.

Estos desparramaron la voz del enojo de S. E.

Todos los que tenian alguna relacion con el suceso, temblaron por las consecuencias posibles de aquel silencio que los comprometia seriamente.



Velarde fué como habia pensado á dar cuenta á la curia del suceso que tan intranquilo lo tenia.

Habló con S. S. I. gritándole al oído, pues estaba ya sordo, cuanto habia dicho al señor Palacio.

Medrano escuchó la cosa sin darse mucha cuenta de lo que se trataba y sin indicar nada al respecto.

Velarde pasó á ver á el Provisor, canónigo Miguel Garcia.

Este, como muchos otros prelados, tenia ya conocimiento del hecho, pero lo silenciaba temiendo el escándalo y en la esperanza de que las diligencias de la familia de O'Gorman, dieran algun resultado y todo se arreglara sin la intervencion del Gobierno que todos temian.

Largamente comentaron el hecho y sus consecuencias posibles.

Habia que dar aviso á la Policia.

Dejaron esas formalidades para el dia siguiente ó despues, con lo que se retiró Velarde dejando cumplidas las insinuaciones de Palacio, que convenian con las necesidades del momento.



El señor O'Gorman habia visitado diariamente á Moreno, sin llevar ni recojer informaciones que fueran útiles para dar con los prófugos.

Los individuos que habia enviado solo trajeron el dato de que unos jóvenes de las mismas señas habian cruzado el Lujan, bañándose en sus aguas.

La aflixion que le dominaba era inmensa, aumentada dia á dia con la desolacion y dolor sin tréguva de su familia.

Veia llegar el momento en que el suceso recibiera toda la publicidad de que era susceptible. Aquella idea lo aterraba.

Cada hora disminuian sus esperanzas, si ya le quedaba alguna.

Habia que dar cuenta á S. E., decia Moreno.

—Al fin llegará ese caso, pero usted puede demorar eso, no habiendo recibido el aviso oficial de la curia.

—Es verdad, que por ello puedo detenerme. Ya no puede tardar.

—Así lo creo.

—Esto me hunde, señor Moreno.

—Lo comprendo, pero qué vamos á hacerle. Ha sido una desgracia que ustedes no pudieron prever y que ahora no les es dado remediar. Es el resultado posible y aún probable si se quiere, de colocar sacerdotes jóvenes al frente de una parroquia. Tienen pasiones á que; no todos los caracteres resisten.

—Así se ha hecho siempre.

—Y siempre ha existido algo de esto y no escarmientan.

—Son reflexiones muy buenas pero que nada remedian.

—Ya lo sé, pero ocurren forzosamente.

Hasta mañana señor Moreno, decía O'Gorman retirándose con una dosis mas de amargo abatimiento.



Doña Pepa Gomez, supo inmediatamente el enojo terrible de S. E.

Esto la alarmó y fué corriendo á avisar á Palacio, quien no dejó de asustarse, encaminándose rápidamente á la curia.

—Señor Garcial sabe usted lo que ha sucedido con Gutierrez?

—Hoy me lo comunicó Velarde.

—Hay que avisar á S. E. He sabido ahora mismo que está furioso con el silencio guardado al respecto. Hagamos que S. S. I. tambien lo comuniquen.

—Pero hoy ya es tarde para hacerlo.

—Por desgracia; mas es necesario que sea mañana á primera hora.

—Así lo haremos y en qué términos?

—Dando cuenta del hecho sin olvidar clasificarlo duramente.

—Pero con eso lo irritamos mas.

—Es el único modo de que su irritacion no caiga sobre nosotros. El que la ha hecho que la pague.

—Yo no puedo resistir á ponerle un parrafito atenuante.

—Es cuenta suya. Yo le doy mi opinion.

—Y la familia lo comunicará á S. E.?

—No lo sé.

—Porque seria bueno esperar á que ellos lo hicieran primero. Talvez atenuen la falta. Ya han pasado muchos dias, uno mas nada importa ni remedia.

—Si á usted le parece bien así, hágalo.

—Bueno; como puede ser difícil, ó enojoso averiguar si la familia lo ha comunicado ó no, yo haré la nota mañana y la envío pasado. Como el enojo de S. E. llegará á oídos de O'Gorman, hoy mismo talvez, él lo comunicará mañana. Así queda arreglado.

Palacio se retiró poco satisfecho de la prisa que se tomaba el señor Garcia.

Yo tambien escribiré pasado mañana á S. E., pensó, yéndose á conferenciar con su comadre.



Como lo habia previsto el canónigo Garcia, el enojo de S. E. llegó á oídos de O'Gorman.

Solo faltaba á aquel padre infeliz la intervencion arbitraria de un gobierno semejante!

El conocia cuanto era de temer los enojos de S. E. que sustituan con harta frecuencia á las disposiciones divinas y humanas.

El furor nacia de no haber sabido aquello inmediatamente.

Era, pues, menester decirselo, como la única manera posible de aplacarlo, y hacerlo consultando las tendencias de ese espíritu que pisaba todas sus afeciones para servir á su brutal egoismo.

El señor O'Gorman decidió, pues, escribir á Rosas.

Como dijimos al principio de esta narracion, su carta se ha interpretado caprichosamente por todos los que de treinta años á esta parte trabajan sin descanso por presentar ese gobierno y esa época con colores que no tuvo, sirviendo á miras personales, para lo que no titubean en falsear cuanto les cae á la mano.

Esa carta decia así: (1)

VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!

MUERAN LOS SALVAJES UNITARIOS.

Buenos Aires á 21 de Diciembre de 1847.

Exmo. señor:

«Me tomo la libertad de dirijirme á V. E. por medio de esta, para elevar á su Superior conocimiento el acto mas atroz y nunca oído en el país, y renovacion de la rectitud de V. E. hallo un consuelo en participarle la desolacion en que está sumida toda la familia.

«Exmo señor, el Lunes diez y seis del corriente me fué aviso á la Matanza (donde ~~resido~~ residia) que habia desaparecido mi hija menor; al momento me vine y he sabido que un clérigo tucumano llamado Uladislao Gutierrez, la habia seducido bajo la capa de la religion, y la robado abandonando el curato el 12 del presente, haciendo entender la vispera que debía ir á Duilmes.

«Exmo señor, por los preparativos que ha hecho se dirije tierra adentro, y no dudo pasé á Bolivia, si le es posible, pues la herida que este acto ha hecho es mortal para mi desgraciada familia, y el clero en general, de consiguiente no se creará seguro en la República Argentina. Así señor, suplico á V. E. dé orden para que se libren requisitorias á todos rumbos para preaver que esta infeliz se vea reducida á la desesperacion y conociéndose perdida, se precipite en la infamia.»

«Exmo señor, la presuncion que tengo pueda hallarse por el Lujan, y el estado de aflixion en que me veo, me hacen someter al conocimiento de V. E. las señales de los prófugos. El individuo es de regular estatura, deigado de cuerpo, color moreno, ojos grandes pardos y medio saltados, pelo negro y crespo, barba entera pero corta, de doce á quince dias; lleva dos ponchos tejidos, uno negro y otro oscuro con listas coloradas, ha hecho poner unas como fundas para pistolas en las baldas del recado. La niña es muy alta, ojos negros, blanca, pelo castaño, delgada de cuerpo; tiene un diente de adelante empezado á picar.

«Exmo señor, dígnese disimular el estilo de esta, V. E. es padre y el único capaz de remediar un caso tanta trascendencia para toda mi familia, si esto se publicase, toda ella une sus súplicas á las mías, para implorar la proteccion de V. E. de quien es muy humilde servidor.»

ADOLFO O'GORMAN.

El Provisor escribió la nota siguiente (2).

VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA.

MUERAN LOS SALVAJES UNITARIOS.

- (1) Documento en nuestro poder.
- (2) Documento en nuestro poder.

Exmo. señor Gobernador Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas.

Señor:

«Sensible me es, pero necesario, interrumpir á V. E. en sus árdas y multiplicadas atenciones, pero espero que por la naturaleza del asunto, de que voy á hablarle, y mas que todo, por la bondad de V. E., quedaré disculpado.

«Un suceso tan inesperado como lamentable ha tenido lugar en estos últimos dias. Don Uladislao Gutierrez, encargado accidentalmente de la parroquia de nuestra señora del Socorro, ha desaparecido de ella el 12 del corriente. No es esto lo peor del caso. En el mismo dia se ha hechado de menos á doña Camila O'Gorman, con quien tenia conocimiento, así como toda su familia, el espresado Gutierrez; bien que jamás ha habido motivo para sospechar en esta comunicacion algo que no fuese honesto y decente. Aquel eclesiástico que por otra parte me merecia el mejor concepto y su desempeño en el servicio de la parroquia era completo y nada dejaba que desear. Por esa misma razon es mas sorprendente el paso que ha dado. Yo no veo en él, Exmo. señor, sino un momento de ilusion, y una ocasion desgraciadamente aprovechada por un jóven arrastrado por la fuerza de la edad, y precipitado por su inesperienza.

«Mientras tanto, el suceso es horrendo y tiene penetrada mi alma del mas acerbo sentimiento. Yo veo en él establecida la ruina y el deshonor, no solo del que lo ha cometido sino tambien de la familia á que la jóven pertenece; pero lo mas lamentable es la infamia y vilipendio que trae aparejado para el Estado eclesiástico.

«Solo V. E. con su discrecion y sabiduria, es capaz de atenuar sus resultados haciéndolos menos estrepitosos y trascendentales al público. Por el amor que V. E. tiene á la religion y por el interés que ha mostrado siempre por el decoro de sus ministros, yo le ruego quiera ocuparse de esta desgraciada ocurrencia, dignándose adoptar las medidas que estime convenientes, para averiguar el paradero de aquellos dos incensiderados jóven es; pero del modo mas oportuno, para que su atentado tenga la menos posible trascendencia por el honor de la iglesia y de la clase sacerdotal.

«Dignese V. E. disculpar en está vez mis exigencias y admitir el profundo respeto con que soy de V. E. su mas atento y affmo servidor.

Q. B. G. M.

Miguel Garcia.

Casa de V.—Diciembre 22 de 1847.



El señor Palacio escribió tambien á Rosas, el mismo dia que Garcia, pues no quiso adelantarse en la comunicacion.

Su comadre le aprobó el proyecto, y aún le indicó algunas ideas.

Palacio atendía mucho las observaciones de doña Pepa.

Escusamos dar á la carta que escribí, mayor publicidad que la que le ha dado el Dr. Bilbao al ocuparse de este asunto.

Ella muestra mas que el carácter de Palacio el mieda verbal de que se halla poseido.

Se disculpa y hasta niega haber influido para la

colocacion de Gutierrez, asegurando que desde que principió á desempeñar las funciones de parroco no lo veta con frecuencia, dando á entender que no conservaban buenas relaciones.

Esto tiene su parte de verdad, aunque no lo sea en absoluto.

La intranquilidad de Palacio se reflejaba en todas sus acciones.

Esto no era extraño, pues su conducta no era ejemplar, lo que sabia Rosas perfectamente, tolerándosele por la influencia que tenia en el clero, y porque jamás le importaron mucho los escándalos que esta clase promovia; pero el secretario de S. S. I. lo conocia bastante para temerle todo de un momento de cólera.

Resolvió instar al Obispo para que pasara tambien una nota referente al suceso.

Medrano, habituado de largo tiempo á obedecer inspiraciones ajenas, no opuso resistencia y firmó la nota siguiente:

«VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!

Mueran los salvajes unitarios!

EL OBISPO DIOCESANO.

Buenos Aires, Diciembre 24 de 1847.

Año 38 de la Libertad, 32 de la Independencia y 18 de la Confederacion Argentina.

Al Exmo. señor Gobernador y Capitan General de la Provincia, Brigadier Don Juan Manuel de Rosas.

Exmo. señor.

«Acabamos de saber el triste y desgraciado acontecimiento del encargado de la Iglesia del Socorro, don Uladislao Gutierrez, que hacen trece dias se ha separado de esta Iglesia llevándose consigo, segun juiciosas presuntas á una jóven de una familia distinguida del pais.

«Estamos llenos de dolor, y en medio de las angustias en que nos vemos sumerjidos, no nos ocurre otro arbitrio que aquiete algun tanto nuestro corazon, que el de suplicar á V. E. si es que es de superior grado, el que se digne ordenar al Jefe de Policia, despachen requisitorias por toda la ciudad y campana, para que en cualquier punto donde los encuentren á esos miserables, desgraciados é infelices, sean aprehendidos y traído , para que procediendo en justicia, sean reprimidos y dada una satisfaccion al público de tan enorme y escandaloso procedimiento.

Dios guarde á V. E. m. a.

Exmo. señor.

MARIANO Obispo. (1)



Aunque Rosas habia tenido conocimiento, por suhija, dos dias antes de recibir estas notas, no se ocupó oficialmente del asunto hasta el 23.

Se habia limitado á algunas expansiones con sus allegados, evidenciando en todas ellas su deseo de hacer pagar á los infelices prófugos el insulto que consideraba hecho á su autoridad por haber desconocido la fuga durante tanto tiempo.

Ese dia llamó al oficial 1.º de la policia, señor Moreno.

—¿Por qué no me ha hecho saber la conducta del cura Gutierrez?

—No he tenido]E. S. conocimiento del asunto

hasta poco antes de recibir su orden. Ocupábame en ese momento de redactar el parte.

—De manera que las autoridades son las últimas en saber lo que les corresponde?

—La curia no lo ha participado, como era de su deber.

—Sí; la curia; buena disculpa. No sabe usted que los frailes están interesados en que el suceso no se publique? Yo les he de enseñar!

El oficial 1<sup>o</sup> se sentía con un miedo inquietante.

—Y qué va á hacer usted ahora?

—Tomaré algunas medidas activamente, pues no creo imposible los encuentren.

—¿Y en qué van á consistir esas medidas?

—Despacharé hombres en su persecucion.

—Qué eficacia de disposiciones! Ya me esplico cómo se saben tan tarde las cosas. Con un oficial encargado de Policía tan vivo, tan perspicaz como el que tengo, se hará célebre esa reparticion.

—V. E. ordenará.

—Despache circulares, hoy mismo, me entiendo, hoy mismo, pidiendo que donde sean encontrados los incomuniquen, poniéndole á él una barra de grillos y trayéndolo en una carreta á la cárcel pública—A ella, la remitirán á la casa de ejercicios, en calidad de presa. Levante tambien un sumario en el Socorro.

—Nada mas, Exmo. señor?

—Que se encuentren es lo que quiero. Bueno fuera que no los buscaran!

—Se encontrarán entonces Exmo. señor.

Bueno:—Váyase y haga lo que le he dicho.

El oficial 1<sup>o</sup> tomó el camino de la Policía, con gran celeridad y sin que le hubiera herido mucho el mal trato de S. E.

Todos los servidores de Rosas estaban acostumbrados á él, que en un momento de mal humor, ó por un simple capricho, los humillaba nivelándolos de todas las categorías.

Sus amanuenses ó sus ministros recibian sus filípicas, muchas veces injustas, sin que les ocurriera protestar, ni revelar el menor sintoma de disgusto.

A la puerta de Palermo cuidaban de dejar cuanto pudiera llamarse dignidad personal, pues era aquella cualidad algo mas que inútil: era comprometedora, y ninguno de ellos queria sin duda comprometerse por cosa tan baladí.

Todo es cuestion de gustos, de carácter ó mas bien de moda: entonces se alardeaba bajeza, como despues del 52 se hacia gala de independencia, aunque es verdad, que algo relativa siempre.

La libertad se ha perseguido en vano entre nosotros, individual y colectivamente. Arrastramos aún muchas preocupaciones para obtenerla.

Vivimos en la mentira política, religiosa y social y sobre esa base no se eleva el edificio de la verdadera libertad.

Nuestras evoluciones políticas han sido y son los estremecimientos de un cuerpo social enfermo, que puede tener miembros vigorosos, pero cuyas fuerzas están desequilibradas.

Jamás ha existido la union necesaria—¿por qué?—porque ha faltado sinceridad.

Nuestros partidos no han perseguido principios han corrido detrás de un hombre que los ha pisado al levantarse sin que á nadie estrañara, porque esa es la educacion política que tenemos.

Un hombre puede tener errores, pero no se le deben consentir apostasias cuyo móvil está siempre en los intereses personales ó de círculo, que rara vez están conformes con el bien general.

Abandonemos digresiones para volver á nuestros protagonistas que siguen viaje, agenos á las medidas que se tomaban contra ellos. Rosas no volvió á ocuparse del asunto hasta mediados de Enero.





## XX

### A la Bajada del Paraná

La goleta «Rio de Oro» cortaba con poca celebridad la superficie de las aguas.

Valentina y Máximo permanecían sobre cubierta dejando vagar sus miradas y haciendo que la mente acariciara los sueños que nacían al haber vencido felizmente tanto obstáculo.

El río en que parecen descansar mas que quebrarse los blancos rayos de la luna, provoca el sentimiento mas que la reflexion, y las ideas que cruzan el cerebro llevan un tinte de melancolía, que forma su carácter invariable.

El placer como el dolor, ceden allí su violencia y no se rie á caricajadas ni se llora con estremecimientos de desesperacion.

Los jóvenes quitaban los ojos del río y se miraban sonriendo.

Hay una voz secreta, un impulso instintivo, que nos hace volver la cara cuando nos mira una persona que amamos; es la vision del alma.

Valentina estaba bellissima. Al borrarse las amarguras de su rostro habia adquirido nuevo encanto.

Libary subió á cubierta.

Fijó la vista en sus pasajeros, deteniéndola en la jóven; jamás habia admirado una belleza semejante. Los ojos del marino brillaron con doble fuego.

Bien puede enloquecer á un mazhorquero y á otro que no lo sea, dijo entre sí, sentándose próximo á los viajeros.

Interrumpióles sus meditaciones con la franqueza del oficio y de su carácter.

—Con que no hace mucho que son ustedes caçados?

—Tres meses próximamente.

—Pero usted no es porteño.

—No señor, ni mi esposa tampoco; somos de Jujuy.

—Ella no lo parece.

—Ea verdad; es hija de extranjeros. Aún no le hemos dicho nuestros nombres. Valentina Dacan y Máximo Brandier, añadió el jóven á guisa de presentacion.

—Efectivamente: los apellidos no tienen nada de argentinos ó españoles.

—Así es.

—¿Y qué los trajo á ustedes á estas tierras?

—El deseo de adquirir alguna cosa. En Jujuy no es posible hacerlo.

—Y en qué pensaban trabajar?

—En cualquier cosa. Como no conocíamos esto, nada habíamos pensado, dejando que la suerte ó las circunstancias dispusieran de nosotros.

—Eso era arriesgado.

—Y que íbamos á hacer? En Jujuy no se gana para comer.

—Es verdad. Y la señora se hallaba contenta tan alejada de su familia?

—Mi deber era seguir á mi esposo y yo estoy contenta donde él está.

—Máximo agradeció la frase con una mirada de ternura, haciendo que Libary murmurara; se quieren mas de lo que yo pensaba. Y esta idea no le fué del todo agradable.

Un momento despues se retiró á descansar.

Es necesario que nos fijemos en las respuestas que damos á este hombre, pues no seria conveniente hacerlo desconfiar con una contradiccion. Parece bueno: no lo echemos á perder.

Valentina asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Quieres que tambien descansemos? Nos sobra tiempo para deleitarnos en la contemplacion del río.

—Vamos.



Tarde ya abandonaron los jóvenes el camarote. Sirvióse el almuerzo, que no fué exquisito, pero sí bastante soportable.

Libary estuvo obsequioso con la jóven, cuya belleza habia traspasado la coraza de rudeza con que ocultaba sus sentimientos.

Valentina vió en aquella amabilidad, algo mas que las manifestaciones de una cortejanía que no le era habitual, sin duda; alguna; pero no aparentó conocerlo guardando una conducta seria y reservada.

Ella alcanzaba el peligro de interesar á aquel hombre habituado á no inspirar sus acciones en otro móvil que sus impulsos ó caprichos, que podían guiarlo bien ó estraviarlo.

En una época en que poco ó nada era respetable y con la impunidad que podia usar, Lubary era susceptible de transformarse en verdugo, despues de haber desempeñado con oportunidad y desinterés el papel de salvador.

Formó su plan de conducta, entrando en sus decisiones la de no decir nada á su Máximo, puesfiera asegurar un conflicto siempre fatal para ellos.

Valentinaferá bastante animosa para que la preocupacion que los causaron las amabilidades de Lubary, no tuviera apariencias sensibles.

Terminó el almuerzo y ella espresó deseos de pasar recostada las horas de calor: en realidad queria huir en lo posible de la presencia del marino.

Máximoconsintió gustoso; no tenia voluntad propia tratándose de su amada.



Al anochecer cenaron, subiendo despues á cubierta.

Pálidos reflejos anunciaban la aparicion del disco plateado de la luna.

Lubary usando mayor confianza tomó sitio al lado de los jóvenes.

Mucho encanto tienen estas noches para los que poseen la ventura de ser comprendidos ¿no es verda señora?

—Así es.

—¿Y sus noches de juventud no han sido sejantes? preguntó Máximo.

—No mi amigo: mi vida ha sido demasiado aventurera y azarosa para que haya podido cultivar mis sentimientos, dándoles el lugar que deben ocupar seguramente.

—Diga usted que en medio de sus azares no lo sorprendieron unos ojos que se fijaran en su alma. La vida del corazon es independiente, necesita sus propias espansiones, que no coarta la voluntad: habla apesar de todo y su voz se hace oír siempre. Es que uno sin quererlo y sin pensarlo cumple una ley de la naturaleza.

—Así deberá ser, repuso el marino clavando sus ojos en Valentina, contento de que Máximo hubiera interpretado sus sentimientos como él no podia hacerlo.

Valentina comprendió aquella mirada, y terció en el diálogo, queriendo evitar que su Máximo entusiasmado con el tema, inflamara el ánimo de Lubary.

—Existen hombres, dijo, á quienes las luchas por la existencia envuelven de tal manera, que se desnaturalizan sus sentimientos, y llegan á confundir el amor con sus deseos caprichosos. Desconocen los movimientos de la pasion y se sienten subyugados tal vez, pero fugazmente. En estos el amor no tiene ya voz. Adquieren una experiencia dolorosa que les arranca la fé y el entusiasmo y en esas condiciones no se ama jamás. El cariño verdadero exige la virginidad del corazon. Yo, soltera, no daria crédito á la pasion de un hombre, que dejara ver algunas canas brotadas en medio de una vida llena de peripecias, que forzosamente ha gastado todas las fibras que toca el amor.

—Tal vez tienes razon amada mia, pero tú no haces escepciones y debe haberlas. Un hombre en las condiciones que tú le pintas, rejuvenece al sentirse herido, su corazon no se ha gastado, dormita únicamente.

—Tiene razon don Máximo, ha dicho mejor que yo, lo que pienso. Yo señora, soy acaso uno de esos hombres y no me oíra incapaz de amar.

—Pues señor Lubary, añadió Valentina, afectando inocente jovialidad, yo no creeria en su amor.

El marino comprendió el alcance de aquellas palabras pero no conocia á una mujer como Valentina, estaba habituado á esas virtudes que resisten sin otro móvil que hacer mas caro el triunfo que piensan otorgar.

Convengamos en que el marino tenia alguna razon para que así hablara su experiencia.

Abramos un pequeño paréntesis á esa cuestion que tanto se manosea en todos los circulos.



¿Qué es la virtud en la mujer? ¿Sobre qué base descansa ese sacrificio perpétuo de sus afectiones, de su naturaleza misma, que se le exige llamando virtuosa la que se esteri iza burlando la ley de su destino

Seguramente la virtud está en algo que no es eso, por lo menos la virtud humana á la que debiéramos ajustarnos, se coloca así en pugna con la virtud social. ¿Cual debe triunfar al fin?

La protistucion, el infanticidio, el adulterio, el crimen y la mentira en las relaciones del hombre y la mujer ¿no son las consecuencias lógicas inmediatas, inevitables, de esa virtud que se trata de formar contrariando las leyes sobre que deberian afirmarse las instituciones?

Son acaso las preocupaciones sociales, las que deben formar criterio para conducir esas relaciones con la honradez é independencia necesaria á la felicidad de todos y cada uno?

Llámasse virtuosa á la que tiene fuerza bastante para contrariar sus impulsos, apesar de las instigaciones del hombre cuya virtud parece cifrarse en lo contrario, puesto que se le aplaude lo que denigra á la mujer. ¿Cuál es la razon que le marca esa posicion indefinible á fuerza de ser absurda?

Si puede decirse que *vicio es todo lo que burla la ley natural ¿no estaria la virtud de la mujer sujeta á esa definición?*

Deberiamos, pues, inventar una para cada uno de los casos que exigen esa cualidad, y diremos: es virtuosa la mujer que exige el matrimonio para prostituirse.

Que es el pudor? un sentimiento instintivo que cuida á la mujer contra sí misma, puesto que es una pequeña valla que debe salvar el amor, no permitiéndole ceder engañada por fugaces deseos: lo tiene la salvaje que se ostenta desnuda á todas las miradas, como lo posee la que apenas deja ver el pié. ¿Y existe acaso mas pudor en la que se casa con un hombre que solo ha visto diez veces, que en la que cede sin ese requisito á las instigaciones familiares de un año?

¿Y no se hacen sinónimos casi pudor y virtud?



Lubary, continuó volviendo la conversacion sobre el mismo tema. Máximo apoyaba sus teorías sintiendo hablar su corazon al verse tranquilo casi, mecido dulcemente por acariciadores ilusiones.

—Pero es posible, añadía el joven queriendo provocar expansiones, que usted haya pasado su juventud sin amor?

—No lo entienda tan al pie de la letra, he tenido también mis buenos y malos momentos, pero solo han dejado un recuerdo que no quiero remover, por eso le dije que mis aventuras de hombre de mar y de guerra han impedido que cultivara mis sentimientos.

—El dolor pasado no es dolor, sus palpitaciones son débiles.

—Hay cosas que no pierden su viveza de colores, aún cuando pasen años sobre ellas. Y la frente del marido se abatió con tristeza. Hasta Valentina se había interesado en los recuerdos del Lubary; era un hombre simpático que ella se veía obligada á tratar con alejamiento por no provocar sus pasiones.

—Si le hace usted daño no lo recuerde; perdóneme la imprudencia con que he insistido.

—No hay tal imprudencia. Es lo mas natural que en estas noches de calma se traigan memorias tristes ó alegres para matar el tiempo.

Lubary pensó que la joven podría interesarse oyendo como su corazón se había abierto á todas las impresiones.

Esta idea lo decidió á referir un pequeño episodio de su vida, que le era efectivamente de ingrato recuerdo.



Tenia yo veinte y seis años; jamas habia cruzado mi imaginación una ráfaga de apasionamiento, que se desviara de los sucesos políticos de esta provincia, únicos que tenían el poder de exaltarame apesar de no ser esta mi patria, pues soy canario.

Sin duda mi temperamento entusiasta habia menester de esas tormentas para no languidecer.

Alisteme voluntariamente en uno de los bandos que combatian.

No importa cual ni en qué punto.

En una de las guerrillas frecuentes con que nos destrozábamos, caí harido gravemente de un lanzazo.

Mis compañeros tuvieron oportunidad de no desampararme, pues quedaron dueños del campo.

Condujéronme á una población próxima, donde yo pedí quedarme, pues me parecia que el movimiento era la muerte, de tal manera sufría con la mas pequeña oscilacion de mi cuerpo.

Yo no inquirí para un pedido semejante si seria bien ó mal recibido en aquella casa; me bastaba con que no me hicieran mover.

Felizmente era una buena gente adicta al bando á que yo pertenecia, fui bien recibido, colocóseme lo mas cómodamente posible; gozaban de algunos bienes y se habian proporcionado comodidades.

No alargaré mi narracion con el relato de mis dolores y de los dias que pasé entre la vida y la muerte. Esta respetó mi juventud y entré decididamente en la convalescencia.

Estaba tan debilitado que apenas movia sin notable embarazo alguno de sus miembros.

Cuando pude darme cuenta de los favores de que habia sido objeto y traté de agradecerlos, halléme, que talvez debia la existencia á una joven algo menor que yo.

Es vieja la historia de los heridos que se enamoraron de las enfermeras.

Yo no sé si en ese estado, al volver á la vida, hay mas predisposicion para amar; lo cierto es que yo me senti atraido sensiblemente hácia aquella joven. No era linda, pero miraban sus ojos con tanta dulzura, habia tanta gracia en sus sencillos modales, que yo la juzgué superior á todas las que conocia.

Ella se habia interesado por su enfermo.

La madre y un tio anciano que vivia con ella no veian con prebencion aquel efecto; yo les era simpático, así como á un hermano menor.

Todos, pues, seguian con cariño los progresos de mi convalescencia.

No habia recuperado las fuerzas de mi cuerpo y se habian duplicado las de mi alma para amar.

Acostábame temprano, y la confianza que me dispensaban unida á la sencillez de aquella familia, me permitian horas de ventura inmensa, conversando con ella de mis planes y de mis sueños. Yo le habia manifestado mi pasion, que era correspondida con igual ternura.

A los dos meses de estar allí, solo faltaba á la plenitud de mi dicha el goce de mis fuerzas para dedicarme anheloso á la realizacion de mis esperanzas.

Y ni aún esta demora me incomodaba: eran tan gratos para mí aquellos dias!

Los ojos del marino parecieron humedecerse á su recuerdo. Los jóvenes le oian en silencio, tomados de la mano, alcanzando la dicha que se les narraba por la que sentian.

Aquella venturosa situacion no debia prolongarse, continuó Lubary con voz mas lenta.

Un peon trajo la noticia siempre alarmante de la aproximacion de una fuerza.

Segun él, venia desorganizada.

Esto nos inquietó sobre manera: todos sabiamos lo que son de temer los grupos de gente, sobre todo cuando van en derrota dejando horribles rastros de su paso.

El joven, niño casi, hermano de mi amada procuró nuevas noticias y á pocas horas confirmó el relato del peon con los rumores de los vecinos alarmados.

A algunas leguas de allí se habia dado una batalla y los vencidos se nos aproximaban divididos en pelotones sin voz de jefe.

Mi tio, como yo llamaba tambien al pariente de mi adorada, tomó algunas precauciones, aunque conociendo su ineffecticia.

Solo la suerte podia salvarnos.

Era una tarde del mes de Octubre, y una atmósfera entibada por los rayos del sol parecia acariciarlo todo.

Aún no nos habian envuelto las sombras de la noche, cuando nos apercebimos de que se aproximaba alguna gente.

Todos palidecimos ante tal anuncio.

Entonces senti con amargura la ausencia de mis fuerzas.

Recoji sin embargo mi sable y nos reunimos en la pieza mas segura de la casa, abandonando las demas.

Un confuso tropel hirió nuestros oidos, haciéndonos palpar el corazón.

Miré á mi amada. Estaba serena, aunque emocionada, me sonrió con ternura mostrándome el temple de su alma; yo me le aproximé inconscientemente.

En ese instante unos veinte ginetes detuvieron el galope de sus caballos en la *tranquera* de la casa.

Avanzaron en dos grupos. El mas numeroso se dirigió á la habitacion que ocupábamos cuya puerta habíamos cerrado con la mayor seguridad posible.

Presumieron que allí debía ocultarse la familia con todo lo que tuviera de mas valor.

Dieron golpes con los rebenques; nosotros no respondimos, teníamos la esperanza que se contentaran con lo que estaba á mano.

—Abran pronto, dijo una voz enronquecida.

—No habrá *naides*, respondió otra.

—Eso lo sabremos echándola abajo: talvez *haiga* alguna buena moza que nos consuele. Yo me estremeci.

A la débil claridad que penetraba por debajo del techo, vi palidecer intensamente á María así llamaban á mi amada, y apoderarse sin precipitacion de una daga que teníamos allí como refuerzo á nuestras armas.

La puerta crujió sin ceder al empujon de unos cuantos brazos.

—Le colocamos silenciosamente nuevas tranças.

—Asi no se abre, traigan dos caballos, ¡dijo el de la voz ronca.

Un momento despues los sentíamos allí, y el empuje tremendo de sus *ancas* hizo temblar la puerta próxima á romperse.

El anciano comprendió que iba á ceder y gritó adelantándose:

—¿Qué es lo que quieren?

—Abran la puerta!

—Usen lo que *haiga* en la casa, aqui solo está la familia.

—Queremos verles la cara á las muchachas.

—Cállese tío, díjole María, con voz resuelta.

—Pero hija, es peor que entren por la fuerza.

—Es lo mismo!

—*Arrempujen*, volvieron á decir, y la puerta se dobló en astillas.

Alguna mas claridad nos permitió distinguirnos.

—*Salgan á juera*, gritó el que parecia mandarlos.

—Para qué señor?

—Salgan y déjense de piruetas gritó ¿qué les vamos á hacer que no le *haigan* hecho?

Aquella groseria me quitó los últimos escrúpulos y adelantándome algunos pasos les dije con la voz mas tranquila que pude usar:

—Retírense, compañeros, dejen una pobre familia que no les ha hecho daño.

—Y cuando les vamos á hacer nada.

—Entonces, déjennos aquí.

—Son muchas *guéllas!* exclamó otro. Adentro muchachos! Y, adelantándose traspasó el umbral.

—Y no es *mala cara!* volvió á decir clavando sus ojos en María, que retrocedió hasta dar con la pared.

Me coloqué á su frente.

La acción del que habia penetrado los animó á todos que se abalanzaron en ademán de tomarnos.

El primero que habia entrado quiso conservar la superioridad adquirida y se dirigió á María, diciéndole:

—Venga conmigo, mi alma.

Estábamos perdidos puesto que habíamos vaci-

lado lo bastante para dejarlos apoderarse de la puerta.

Al ademán de tomar á María respondió un grito de la madre, que en ese instante se sobreponia al terror que la habia hecho permanecer en silencio.

—Sálvela Lubary!

El amor y la desesperacion reanimatoron mis fuerzas y comprendiendome que era necesario obrar no esperé mas y mi sable cayó sobre la cabeza del soldado, volteándolo.

Aquello lo hizo remolinear, pero nos cargaron á la vez. Mi tío cedió al empuje de dos sables y rodó bañado en sangre. María se habia puesto á mi lado y esgrimía su daga.

—Firme y guapa la moza, gritó el que se defendia con poco esfuerzo de sus débiles ataques.

—Yo no oí mas: un planazo me hizo rodar y se lanzaron sobre mi atándome las manos á la espalda.

María debió ceder casi al mismo tiempo.

Ataron á su hermanito, que procuraba esconderse en un rincon.

No sé qué tiempo estuve desmayado, pero si recuerdo que mas me hubiera valido no haber recuperado mis facultades.

Habian hecho un gran fuego en el patio y nos habian colocado allí cerca. Yo estaba de espaldas casi iluminado por los resplandores de la hoguera.

María, sin voz, aunque creo que en su conocimiento, servia á los brutales apetitos de aquellos hombres, á pocos pasos de su madre, y no muy lejos de mí.

El marino dobló su frente y las lágrimas surcaron su semblante lastado y varonil.

Los jóvenes lloraban hacia rato, midiendo el dolor de aquellos instantes.

Lubary hizo un esfuerzo y continuó.

Ustedes que aman podrán valorar las horas de aquella noche.

—Cómo no me enloquecí!

Al amanecer partieron los soldados haciendo que uno me desatara al marchar.

Mas bien me hubiera muerto! Acudí al lado de María: estaba viva y aún maniatada.

Rompí sus ligaduras.]

Ella fijó en mis sus ojos estroañados por aquella suprema desventura: no pudo incorporarse y yo que habia gastado mis pocas fuerzas pugnando por desatarme, no las tenia ya para ayudarle.

Rociéle el rostro con agua.

—Piensa en mi madre, me dijo con voz apagada.

Yo que todo lo habia olvidado acudí á ella.

No habia sufrido tanto y pudo levantarse.

Desaté al niño, que partió en busca de auxilios.

El tío habia muerto por la hemorragia.

Volví al lado de María.

Me tomó una mano y pudo con un supremo esfuerzo pronunciar estas palabras, que resonarán eternamente en mis oídos con la misma vibracion.

—Adios! yo muero, recuérdame; no siento la vida sinó tu amor. Ya no debo vivir. Esta última palabra salió de sus lábios como la nota de un sollozo: sus ojos se fijaron en el cielo á donde sin duda volvió su alma en ese instante.

Lubary guardó silencio.

Los jóvenes no se atrevian á interrumpirle.

Transcurrieron diez minutos en que solo se oian esos ruidos de la noche, ruidos sin nombre,

traidos por la brisa, de la tierra tan próxima á ellos.

El marino recuperó el acento pausado con que habia dejado oír aquel triste episodio.

—Ustedes comprenderán mi dolor y mi desesperacion. Velé á mi dulce amada el dia y la noche siguiente.

Los vecinos, sabedores de aquella desgracia, habian acudido con la rapidez que pudieron.

Por la mañana se cavó una sepultura, no distante de la casa y arrojé sobre mi amada el primer puñado de tierra que debia cubrirnia.

Una sombría tristeza se apoderó de mi sin que sintiera ya esas ráfagas de violenta desesperacion que me agitaran horas antes.

Es que el ódio sostenia mi alma con impulsos de no sentida fiereza.

Quería entonces vivir para herir y matar.

Me parecía que me iba á estremecer el gozo, que iba á lanzar mi carcajada como el grito de guerra, cuando me envolviera el polvo del combate.

Eran de mis enemigos los que habian consumado aquel acto.

Me juraba no descansar en la lucha, estendiéndome mi odio á todas partes.

En aquella disposicion abandoné la casa en que tantas horas tranquilas y felices se habian deslizado para mí. No podia soportar la vista de aquellos sitios.

Todo cambia en la vida, y aquel odio se adornó en mi pecho, aunque consagré á mi venganza casi un año de luchas.

Hoy apenas le siento al remover el recuerdo de aquel suceso.

Nuevas ideas, á caso nuevas ilusiones han contribuido á destruir ese gérmen rencoroso, que me hubiera conducido por otro rumbo ageno á mi carácter.



Despues de esta narracion languideció el diálogo y los jóvenes bajaron á su camarote.

Lubary habia conseguido que Valentina lo mirara de otra manera.

Ella llevó su alma apasionada á impregnarla del inmenso dolor que debió sentir el marino en aquella noche de suprema desesperacion.

Ya no se ofreció á sus ojos como un hombre duro incapaz de razgos sensibles: esto se lo hacia menos terrible, puesto que no se valdria de su situacion aún cuando se sintiera inclinado con vehemencia hácia ella.

La desconfianza que habia comenzado á alejarla de él disminuyó notablemente.

Este pequeño cambio lo observó Lubary al dia siguiente: sus amabilidades eran correspondidas por una sonrisa de franqueza.

El almuerzo fué mas animado.

Los jóvenes cuidaron de no recordarle el episodio que tanto les habia impresionado.

El dia transcurrió tranquilo, demasiado tranquilo, el viaje se hacia con una lentitud que hubiera sido abrumadora para otros viajeros menos preocupados de si mismos y á quienes nada importaba fuera del mundo del amor que los unia.

Ea goleta era un verdadero paraíso para ellos. Cruzaban encantados por entre esas costas cubiertas de una vegetacion exuberante.

La naturaleza que parecia agotar allí su fuerza

de vida, llevaba su influencia al ánimo como les hacia llegar en alas de la brisa el perfume de sus flores.

Las pasiones parecian engrandecerse en la soledad; sus impulsos se ennoblecen cuando no chocan con mezquindades sociales que bastardean su origen y las desvian empujándolas.



En las primeras horas de la noche subieron á cubierta. La oscuridad los envolvía: una que otra estrella enviaba su luz pequeña y trémula, haciendo mas sensible la ausencia de la luna que demoraba su aparicion.

Máximo recostó suavemente su cabeza en el hombro de su amada: estaban solos.

—¿En qué piensas?

—En nada, como suelen decir los que lo hacen demasiado. No pienso, siento.

—¿Qué te incita á ello?

—Las sombras: dejaba vagar mi alma en las tinieblas, en ellas parece flotar invisible el inmenso espíritu de Dios. ¿No es verdad que hasta el recuerdo de dias bulliciosos y alegres vienen sin luz á la memoria, cual si cruzaran tangibles los dominios de la noche perdiendo en ellos sus colores? ¿No es verdad que el cálculo cede ante lo imponderable y que solo el corazon tiene voz para dirigirse á Dios en la majestad de sus obras y que hay en él siempre un latido equivalente á la cifra que la razon no puede ya agregar?

Valentina le oía en silencio: ella alcanzaba los impulsos de aquella alma vigorosa, estrechada en sus percepciones y afectos.

Máximo calló.

—Te oía con gusto: tú interpretas mi manera de pensar ó mejor de sentir, puesto que mis pocos conocimientos me impiden expresarme. Tienes una filosofia que me levanta sobre los caprichos de la suerte.

—Caprichos! repitió el jóven lentamente, ¿qué es el capricho? ¿quede existir acaso? Lo inesperado, sin relacion alguna con lo antecedente. Oh! solo el hombre que usa la razon para estraviarse y el lenguaje para ocultar su miseria, puede concebirlo. La casualidad, el capricho son palabras que se dan la mano para evidenciar que los ojos no van mas allá del efecto. La imprevision en todo! Nosotros mismos colocados como estamos, fuera de la órbita que se llama legal, palpamos la miseria de esas leyes que nos condenan. Las cárceles, las casas de expositos, son otros efectos de la imprevision, y cuanto mas podriamos anotar que ponen un sello de vergüenza á todas las colectividades que se llaman civilizadas.

La presencia de Lubary interrumpió el diálogo, pues vino á sentarse próximo á los jóvenes.



—¿Cuándo llegaremos al primer punto en que vamos á tocar?

—Eso no se pregunta en estos meses en que los vientos son del Norte constantemente y que apenas nos movemos: no puedo fijarles fecha, pero sí que tardaremos mucho. ¿Ya está aburrido?

—Oh! qué ocurrencial aunque no estoy habituado á esta vida, me siento bien y tranquilo; por mas que tenga deseos de verme en tierra, estos no llegan á la impaciencia.

—Me alegro, pues los impacientes son los ver-

daderos mártires en una navegacion como esta.

—Cuando no llevan un patron tan amable, y que ameniza las veladas con sentidas historias.

—Que preferiria no poder contar.

—Pero no todos sus episodios han de serle tan dolorosos.

—Es verdad, hay de todo.

—Háganos oír algunos.

Lubary no queria perder la buena impresion del primer episodio, narrando otro en que fuera menos interesante el papel protagonista; pero para salvar eso habia muchos recursos.

—Lo iré contando á medida que el diálogo me los provoque: ya sabe que tenemos que conversar mucho antes de llegar.

—Convenido, ya se los provocaremos.

—Hace muchos años que está usted en tierra argentina?

—Sí, vine muy jóven, y aunque no soy viejo, hace ya bastante.

—Y ha permanecido algun tiempo en Buenos Aires?

—Aunque no seguido, he estado lo suficiente para disgustarme de las tropelías que le han sufrido y le sufren los porteños á su Gobernador.

—Verdad que cuentan de él atrocidades.

—Sí hombre, de todo género: los que están con él le llaman *el loco*, pero no tiene mucho de eso; le conviene aparentar manías caprichosas para que nadie esté seguro del dia de mañana. Le dá por cuidar los intereses religiosos, por ejemplo, y los ha escarnecido mil veces: ya haciendo colocar su retrato en los altares ó humillando á los sacerdotes. He oído á un testigo presencial, que *Rosas* ayuda casi todos los dias la misa del padre Fernando Lozano, capellan de Palermo, célebre por sus escándalos, cuyo retrato puede verse en el altar mayor de la Iglesia de Lujan, pues sirvió de modelo para pintar á San Francisco. (1) Esta operación la hacia con un pañuelo atado á la cabeza y un rosario de grandes cuentas en la mano. Cuando concluía la misa, decia con voz campanuda. El Padre Nuestro para que lleve feliz viaje el Ministro Inglés, refiriéndose á Mendeville, que era su enemigo solapado; despues agregaba: un Padre nuestro para don Felipe Palacio y su comadre doña Pepa Gomez. Talvez ustedes no sepan que doña Pepa alardea sus amores con Palacio, así que con ese dato pueden deducir la moral del cuento.

Los jóvenes festejaron el caso, añadiéndole mil comentarios.

Un momento despues bajaron á descansar.



El dia siguiente transcurrió semejante á los que le habian precedido.

Lubary, siempre obsequioso con Valentina, aunque en los limites de la cortesania.

No era hombre capaz de un abuso reprochable, sobre todo tratándose de unos jóvenes que se distinguian tanto de la generalidad.

Su simpatia por la jóven se aumentaba, pero respetuosa y con la delicadeza de que era capaz su corazon noble.

Valentina, comprendiendo todo esto no le temia ya, aún cuando se guardara de hacer posible mayor obsequiosidad, quitándose de su presencia cuando no estaba Máximo á su lado.

(1) Rigurosamente exacto: aún reverencian los fieles ese cuadro.

Las primeras horas de la noche, aunque ya no tenian el atractivo de la luna, se habian establecido tácitamente como las de conversacion general: eran las mas agradables.

—Y en estos viajes, presurtaiba Máximo, no le ha sucedido nada digno de mencion?

—Casi nada: los he hecho generalmente con tranquilidad. Uno que otro pasajero amenizaba las horas de calma, trayendo algo nuevo que tratar. ¿Y ustedes piensan permanecer en Corrientes?

—No precisamente, nos seria mejor en una de las villas de esa provincia.

—Yo tenia la intencion de llegar á Goya.

—Pues hasta allí lo acompañaremos.

—Tendré mucho gusto.

—Cada dia agradecemos mas los favores inestimables que nos presta; confo en lo que no pasará mucho tiempo sin que podamos pagar á usted debidamente . . .

—Eso no debe preocuparle. Yo no les he servido por dinero.

—Ese mismo desinterés nos obliga. . .

—No se hable de eso—¿ustedes conocen á Goya?

—No señor.

—Es una pequeña poblacion en que se vegeta, aunque menos mal que en otros pueblitos de las demás provincias.

—Sé que en Corrientes hay mas riqueza.

—Es verdad.

—Siempre me ha llamado la atencion el nombre de esa villa. En la denominacion de una ciudad se trata siempre de perpetuar algo agradable ó de interés histórico—¿qué se recuerda con el nombre de Goya? Acaso alguna célebre Gregoria.

—No va descaminado, aunque la Gregoria á que se alude no fué nunca una heroina. A mi me despertó tambien curiosidad el tal nombre, le indagué su origen, imponiéndome de esta tradicion que le transmito.

Allá por los años 5 ó 7, el parage donde se ha reunido la poblacion y los alrededores era conocido por la numerosa hacienda alzada que habia en él.

En ese tiempo existia la industria de matar animales vacunos para vender el cuero. Allí mismo, donde es hoy el puerto de Goya, se estableció una vieja de ese nombre á cuyo rancho llegaban los cuereadores y los que le compraban los cueros.

Ella los servia por pequeñas recompensas, y no sé si tenia algun hijo ó marido ocupado en aquello; lo cierto es que á poco de vivir en el paraje le dió su nombre, pues vendedores y compradores lo designaban por lo de *ña Goya*. Este comercio se fué haciendo activo y se agregaron muchos ranchos al de *ña Goya* pero el lugar conservaba su nombre. Ella murió y la costumbre ha sido perpetuadora de su fama: verdad es que fué la primera pobladora que llevó la utilidad de sus servicios á aquellos primitivos comerciantes en frutos: y esto deba agradecerse. *Salve Dios* á cuánto es acreedor!

—Ha sido obrera del progreso.

—Si pensaria ella que iba á dar su nombre á lo que será mañana tal vez una gran ciudad, dijo Valentina.

—Seguramente nó lo soñó, aunque en ese mañana que usted prevae la ingratitud de los hombres puede renegar del origen oscuro de tal de-

nomination, y hundir la gloria de la ña Goya.  
— Oh! no lo harán: ya tiene conquistado el derecho de pasar á la posteridad.

— No es el derecho lo que prevalece. Y nosotros hemos adquirido con la vigilia el de dormir añadió Máximo levantándose.



Aquella lenta navegacion, aunque hecha tocando casi pintorescas costas,, hubiera sido pesadísima para otros que no fueran los protagonistas de esta narracion.

Pero ellos, agenos á las esterioridades, les bastaria saber que estaban juntos.

Cumplan su promesa de sepultar el pasado en el olvido, á lo menos en apariencia, pues Valencia tenia momentos en que el recuerdo de sus padres empañaba el dulce brillo de sus ojos. Entonces, Máximo tenia para ella el bálsamo de su ternura y aquel dolor tan natural y sincero se borraba de su alma.

El pesar que no lo borra una caricia del ser que se ama, no tiene remedio humano. Y Valentina cumplia con su olvido transitorio una ley de la naturaleza que permite al corazon desahogarse de los afectos de la infancia que le prohibirian lanzarse á la formacion de un nuevo hogar llevando á la colectividad el esfuerzo que apareja la vida independiente.

Todo conspira en la naturaleza á enseñarnos que la libertad individual es la base de la libertad comun.

Uno para todos y todos para uno, es una grande y simple fórmula, desgraciadamente de aplicacion imposible mientras el culto á la mentira, que consagra el triunfo á la abyeccion moral, esté en la forma y en el fondo de las instituciones sociales y políticas.

Verdad, es la palabra que parece desprenderse de la naturaleza toda y la sociedad nos enjendra en el engaño, es al calor débil y repugnante de falsos ósculos de amor que la mayoría recibe el gérmen de la vida; el hombre y la mujer prostituidos ante las conveniencias.

Se nos educa en la mentira, casi lógico es hacerlo, puesto que vamos á vivir para ella y por ella.

La caricia maternal nos llega al corazon y tras ella viene el dogma religioso, pues se deja depositar en la mujer, en la madre, la ignorancia que se pretende alejar del hombre, y las primaras nociones que se gravan en el alma son las de un Dios mentido del que va la razon descaminada á derivar el absurdo.

Alejémonos de estas digresiones.



— Señores, decia una noche Lubary, cuando sentados sobre cubierta se entregaban á sus conversaciones cotidianas; he oido contar, á persona incapaz de invenciones, un pequeño episodio de la guerra que ha sostenido Rosas tantos años.

El coronel José Maria Flores es un valiente, un poco rubioso, aunque no cruel, comparándolo con los demás jefes de la época.

Hallábase con su rejimiento en la Banda Oriental y trataba de apoderarse de potros ó caballos que necesitaba para sus marchas.

Para esto se arreaba una cantidad de animales

alzados hasta arrinconarlos en un punto donde no fuera difícil contenerlos.

El habia prohibido severamente á los soldados que trataran de apoderarse de algun animal hasta que se diera órden para ello.

Ustedes se imaginan lo que importa para un soldado la posesion de un buen caballo, cuando á el debe fiarle en tantas ocasiones la existencia.

Eso aparte de lo que á un gaucho lo incita tal adquisicion.

Un cabo llamado Moyano, vió costear un animal que parecia domado, y su ojo perspicaz distinguió en él cualidades sobresalientes. Las boleadoras se le salieron de las manos y fueron á ligar las patas del animal: no pudo resistir semejante tentacion.

Pero como bolearlo no bastaba, corrió trás él para tomarlo abandonando su puesto, y por la brecha que dejó se lanzaron las yeguas sin que fuera posible contenerlas.

El batallon se quedaba sin caballos de refresco, Flores, indignado llamó al capitán que habia estado próximo al sitio del fracaso,

— Cómo ha sido eso, capitán?

— Un descuido del cabo.

— Con que sí eh! un descuido!

— Llámeme al cabo.

— Por qué dejaste salir la yeguada?

— No pude atajarla, mi coronel. A ver! de güellen á ese hombre.

Aquella órden no estraña á nadie en las fuerzas en campaña.

El cabo comenzó á alejarse llevando ya la muerte en el alma.

El sargento encargado de hacer cumplir ese bárbaro mandato, le seguia á pocos pasos.

Aquel soldado infeliz se arrodilló resignado. Tanta es la subordinacion á que el hombre es capaz de habituarse!

Flores se habia quedado en silencio; miraba con ira al capitán.

De pronto exclamó:

— A vos era el que debia hacer degollar.

Y clavando las espuelas al caballo arremetió contra el oficial que permanecía impaible.

El terreno en que estaban detenidos se hallaba salpicado de *tacurries*, es decir montones de tierra bastante elevados que forman las hormigas.

El caballo se ladeó violentamente contra uno de ellos y ese movimiento dió con el airado coronel en tierra.

Un ayudante se bajó inmediatamente á auxiliarlo, recojióle el kepi y se lo presentó tímidamente.

— Vaya usted al diablo! gritó Flores con voz de trueno.

Todos esperaban que mandara degollar uno ó dos mas.

El ejecutor de la sentencia del cabo infeliz estaba esperando la última palabra de su postrer oracion para matarlo. Brillaba en su mano la afilada cuchilla.

Flores, sin levantarse aún, dijo con calma:

— Que no maten á ese hombre.

El ayudante corrió á salvarlo.

Flores volvió á montar á caballo; era ya otro!

— ¿Qué pasaria en aquel instante por el alma de ese coronel? dijo Valentina.

— Acaso creyó un aviso del cielo semejante ac-

—No tiene otra explicacion. Será la primera vez que la supersticion haya servido para una buena obra.

—¿Qué ocurrencia!

—No muy destituida de verdad.

—Lo cierto es que el cabo no sabia á quien agradecerlo: si al coronel ó al caballo, dijo Lubary.

—Cuántas acciones heroicas ó detestables se habrán visto en los años que llevamos de guerras continuas!

—¡Ah! si se pudieran catalogar!

—Nuestro modo de ser social y político tan defectuoso se presta tanto á unas como á otras.

—Y el carácter apasionado que distingue á estos pueblos.

—Eso se modificaria con la educacion.

—Usted confia mucho en ella.

—Es de donde se debe y se puede esperar todo.

—¿Y las inclinaciones?

—Se modifican adoptándolas á un fin útil: bastante hay donde elegir.

—¿Y las pasiones?

—En todas ellas su gérmen es bueno y noble, pero se las contraria por malos medios, se las coarta sin causa ni razon y se les impide la accion sincera.

—¿Y los intereses?

—Giraran sin chocarse, si la verdad perdiera las transacciones.

—Habria que cambiarlo todo.

—Entoacens convengamos en que solo la educacion es capaz de un milagro semejante. No se endereza lo que creció torcido y el mal nos viene de herencia.

—Yo nunca he pensado en esas cosas, pero encuentro razonable lo que usted dice.

—Como lo encuentra todo el mundo, mas los intereses de momento, un egoismo mal entendido lleva á combatir el bien á los que se sienten satisfechos donde están. Sobretudo los hombres que dominan las alturas, no tienen jamás una palabra de verdad: parece que el primer acto que ejercieran es el de mandar á sus sentimientos que callen, y no abren la boca sino para mentir. Prostituyen su conciencia, lo pisan todo, y no lejitiman con sus acciones la ambicion que los guió. Seria horrible el espectáculo que podrian ofrecer los hombres que mandan, si llegara la luz á sus conciencias. Esto en todas las épocas y naciones.

Máximo se dejaba guiar por el concono que ocultaba su pecho, acumulado por el infortunio que caía sobre él y su compañera, sin que hubiera para ello una causa razonable que pudiera traerle la resignacion necesaria.

Sus palabras, aunque rencorosas, tenia un sello de innegable verdad.

*A los puestos elevados solo suben las águilas y los reptiles*, dice una antigua sentencia, pero las mismas águilas son aves de rapiña que creen que todo debe otorgárseles por el poder de las garras y pujantes alas con que las dotó la naturaleza. Los reptiles son animales dañosos que hacen mal arriba y abajo.



Llevaban ya quince dias de viaje.

Valentina casi tranquila respecto á la pasion que creyó inspirar á Lubary, dejaba por inútiles sus precauciones.]

El marino obraba con táctica: comprendió que bastaban insignificantes cumplimientos para poner en guardia y alejar á la jóven, y recuperó sus maneras francas sin hacer de ella distincion alguna.

Esto le dió algun resultado.

Máximo solia escribir ó leer en el camarote y ella se sentaba sobre cubierta, para no interrumpirle esa ocupacion ó solaz.

Lubary conversaba entonces, pero tan indiferente que la jóven no vió el menor peligro en tales diálogos.

Aquella indiferencia sistemática solo dió al marino uno de los resultados que aguardaba: la aproximacion de Valentina.

El habiala juzgado como á la generalidad, diciendo para su capote: una mujer llena de atractivos que se vé sollicitada con instancia, y que de la noche á la mañana desaparece ese rendimiento, vuelve por sus derechos: es decir, trata de conquistar esa primera sollicitud.

Empero no le habia sucedido eso con Valentina (que solo vivia para su Máximo y que no distraía de su amor el mas pueril de sus pensamientos).

El marino resolvió el ataque, pero un ataque vigoroso, pues comprendia que seria el primero y el último sino triunfaba ó obtenia honrosas condiciones en su probable derrota.

Resuelto ya, esperó la ocasion.

Esta apareció una tarde á su deseo. Valentina leía y miraba las costas con frecuencia, sentada muellemente sobre cubierta.

—Su esposo lee tambien, señora?

—No, escribe: creo que versos ó cosa parecida, porque le he visto borrarne mucho el papel.

—Es aficionado á la poesia?

—Algo.

—¿Y cómo no serlo con una mujer como usted?

—Cualquier otra le produciria el mismo efecto con tal que la amase y fuera correspondido como lo es por mí.

—La vida de su esposo es una gloria continua. Cuánto le envidio!

—Y por qué no se ha procurado una gloria igual?

—No hay dos Valentinas en el mundo.

Lubary examinaba al diálogo segun sus intenciones, aunque contrariado, pues no le parecia muy conducente el método de hablar del marido ó la mujer que se pretende seducir.

—Recuerde que usted tuvo su Maria.

—Es muy triste hablar del pasado en que se obtuvo alguna dicha, cuando el presente lo envuelve el desconsuelo.

—Usted no está en ese caso.

—Ah! señora conozco que usted no lee en mi corazon.

—¿Y cómo hacerlo?

—Dirijiendo á él la vista con mas interés.

—Difícilmente encontraria un hombre, despues de Máximo, que me inspire la amistad que usted, á quien debo mi honor y la vida de mi esposo, pero ese interés jamás puede ser otro que el de la gratitud.

El acento de Valentina habia adquirido ese timbre severo que solo pueda dar la dignidad sincera.

Lubary se sintió derrotado con solo aquella escaramusa: tuvo tentaciones de abandonar el campo, pero dijo resueltamente.

—Señora, caben dos amores en un pecho.



—No en el de una mujer honrada. Señor Lubary, no haga que pierda en un instante la estimación que su nobleza me inspiró desde un principio. Recuerde que todo lo debemos á usted y que eso mismo bastaría para contener sus impulsos si en este caso le guiara la hidalguía de siempre.

Aquellas duras palabras cayeron sobre el marino, hiriéndolo vivamente.

Púsose de pie y dijo con acento emocionado.

—Señora, sepultaré mi pasión en el fondo de mi alma. La aprecio demasiado para no hacerme digno de usted.

Valentina le estendió la mano silenciosamente. Aquel hombre merecía su gratitud. La sociedad no había corrompido las inspiraciones de sus sentimientos levantados; era bueno porque era sincero.

El cálculo no amenguaba su nobleza: su vida de lucha y aislamiento le había alejado de él.

A eso quedó reducido el ataque para el que tanto se preparó Lubary, sin haber sondeado el temple de Valentina, y sin darse cuenta que era demasiado altivo, demasiado bien inspirado, para soportar las bajezas á que hay que recurrir cuando se seduce mintiendo, porque su simpatía, la atracción que lo impulsaba hácia Valentina no era una pasión débil que todo lo allanan y todo se les disculpa.

Lubary siguió siendo atento con la jóven viajera, pero sus obsequios respondían al interés que le inspiraba su digno carácter.

Valentina había triunfado verdaderamente. La virtud se impone siempre, cuando hay corazón para valorarla.

La jóven se sentía feliz con aquella victoria, dispensando al marino un aprecio sincero.

Los días se deslizaban alegres, apesar de la insalvable monotomía y lentitud de aquel viaje.

Llegaban los últimos días de Enero.

Deberían tocar en el Paraná.

Allí había que sacar pasaporte.

Esto incomodaba á Máximo, pues preveía se hubieran repartido circulares y acaso algunos datos que pudieran perderlos.

Consultó con Valentina sus temores.

—Es necesario que el tal pasaporte lo obtenga Lubary.

—Sí, eso nos salvaría del peligro.

—Vamos á decirselo.

—Bueno; esperemos la ocasión.

El 31 de Enero anclaron en el puerto de la bajada del Paraná, como se le decía antes.

—Señor Lubary, dijo Valentina, antes que el marino se aprestase á llegar á tierra.

—¿Qué se le ocurre señora?

—Talvez un nuevo servicio.

—Dígamele usted.

—En esta ciudad hay que tomar un pasaporte.

—Es verdad.

—Pues bien; tememos que nuestro perseguidor pueda por ese indicio adquirir noticias de nosotros, es talvez la exageración de un escrúpulo, pero no bajaríamos tranquilos á dar ese paso—¿no podría ser usted el que nos llenara ese requisito?

—Daré los pasos necesarios y creo me será posible: conozco las autoridades.

—Cuánto vamos á deberle, señor Lubary.

—Esto no vale nada.

—Dejemos á los jóvenes obviando las dificultades de su viaje y volvamos á la capital argentina.

Hay algo que investigar en ella.



## Nueva tormenta

Allá por el 15 de Enero llegaron á Buenos Aires unos números del "Comercio del Plata" en que don Valentín Alsina, su redactor, comentaba apasionadamente el suceso de la fuga de Gu-tierrez, del cual le diera noticia su corresponsal de esta ciudad.

Rosas, que no habia vuelto á ocuparse del asunto desde que lo supo, y que acaso habia olvidado su cólera y deseos de escarmiento, lo recordó nuevamente y con doble apasionamiento.

El sumario que mandó levantar en el Socorro, y que tanto susto causó á Velarde y sobretodo á los sacristanes, no habia dado otro resultado que algun conocimiento de lo que ya saben nuestros lectores, pues lo hemos narrado minuciosamente.

El dictador se propusó hacer nuevas diligencias, animado del mas vivo deseo de dar con los prófugos, y hacer que su muerte borrara la idea de que fomentaba esos actos, y demostrar hasta dónde llevaba su enojo cuando desconocian su autoridad y cuando se hacia llegar á él con tanta demora, el conocimiento de sucesos punibles.

Si él daba ó no márgen á que tuvieran lugar escándalos de toda clase, lo dicen mil hechos de innegable verdad y que pasarán como tales al futuro apesar de los infatigables esfuerzos de sus partidarios.

Se dice y repite que Rosas no era inmoral en su vida privada.

Lo que hay de verdad en eso, es que no empleaba mucho tiempo, ni distraia sus ocupaciones para saciar sus apetitos, pero no afirmarán en conciencia una cosa semejante los que pasaron á su lado algun tiempo.

Dígalo el hecho que tuvo lugar con la infeliz Medrano y otros parecidos que no queremos detallar.

Nada bueno puede decirse de Rosas que no lo desmienta un hecho.



Las notas recibidas no habian sido contestadas.

El primer signo ostensible de que se ocupaba del asunto fué hacerlo.

Sus amigos le oian diariamente desahogos terribles en contra de los prófugos.

La suerte de éstos estaba fijada si caian en poder de las autoridades.

He aquí la comunicacion con que contestó á Garcia.

VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA.

MUERAN LOS SALVAJES UNITARIOS!

Señor Provisor *Canónigo Dignidad, Doctor Don Miguel Garcia.*

Palermo de San Benito, Enero 17 de 1848.

"Mi querido amigo: (1)

"Por el gran recargo de atenciones que me rodean, recién puedo, muy de ligero avisar á V. S. el recibo de su apreciable, fecha 22 de Diciembre último, en que me dice, le es sensible, pero necesario, interrumpir mis árduas multiplicadas atenciones; pero espera que por la naturaleza del asunto y mi bondad quedaria usted dispensado.

“Agrega á V. S. que un suceso tan inesperado como lamentable ha tenido lugar en estos últimos días, refiriéndome que el Presbítero Gutiérrez encargado accidentalmente de la parroquia de Nuestra Señora del Socorro, había desaparecido de ella el 12 del mismo Diciembre, que no es esto lo peor del caso, sino que en el mismo día se había echado de menos á doña Camila O’Gorman con quien tenía conocimiento así como toda la familia el espresado Gutiérrez, bien que jamás había habido motivo para sospechar en esta comunicación algo que no fuese honesto y decente; que aquel eclesiástico, que por otra parte merecía á V. S. el mejor concepto y su desempeño en el servicio de la parroquia era completo y nada dejaba que desear, siendo por esta misma razón mas sorprendente el paso que había dado, y no viendo V. S. en él sino un momento de ilusión y una ocasión desgraciadamente aprovechada por un jóven arrastrado por la fuerza de la edad y precipitado por la inesperienza.

“Me espresa V. S. así mismo, que el suceso es horrendo, y tiene penetrada su alma del mas acerbo sentimiento, viendo en él establecida la ruina y deshonor no solo del que lo ha cometido, sino tambien de la familia á que la jóven pertenece, siendo lo mas lamentable la infamia y villipendio que tiene aparejado para el Estado eclesiástico.

“Y que en su consecuencia solo yo con mi dirección y sabiduría, soy capaz de atenuar sus resultados, haciéndolos menos estrepitosos y trascendentales al público, y que por el amor que tengo á la religion, é interés que he mostrado siempre por el decoro de sus ministros, me ruega quiera ocuparme de esta desgraciada ocurrencia y adoptar las medidas que estime convenientes, para averiguar el paradero de aquellos dos inconsiderados jóvenes, pero del modo mas oportuno, para que su atentado tenga la menos posible trascendencia por el honor de la Iglesia y de la clase sacerdotal.

“Al mismo tiempo que me impuse de estas estimables manifestaciones de V. E. me instruí tambien de una carta de don Adolfo O’Gorman datada á 21 de Diciembre, en la que me espresa se toma la libertad de dirigirme por medio de ella, para elevar á mi conocimiento el acto mas atroz y nunca oído en el país, y convencido de mi rectitud no halla un escrúpulo en participarme la desolacion en que está sumida toda la familia. Que el Jueves 16 le fué aviso á la Matanza que había desaparecido su hija menor, que vino al momento y había sabido que un clérigo tucumano llamado Uladislao Gutiérrez, le había seducido bajo la capa de la religion y abandonando el curato el 12, haciendo entender la víspera que debía ir á Quilmes y que por los preparativos que había hecho se dirijia tierras adentro y no dudaba pase á Bolivia si le era posible. Que la herida que este acto ha hecho era mortal para su desgraciada familia. Y me suplicaba diese orden para que se librasen requisitorias á todos los rumbos á fin de precaver que aquella infeliz se viera reducida á la desesperacion y conociéndose perdida se precipitase en la infamia, concluyéndose con manifestarme las señales de los prófugos.

“Inmediatamente, el mismo día 23 de Diciembre último, luego que leí la citada de V. S. llamé á mi presencia al Oficial 1º en comision del

departamento de Policia, y preguntándole lo que supiese sobre este inaudito atentado, me manifestó que no había recibido noticia de la curia eclesiástica y que en los momentos de llamarlo yo, estaba preparando un parte que me iba á elevar sobre tan escandaloso suceso, del que recientemente había tenido aviso.

“Le ordené en virtud de todo, que en el caso diese principio á practicar las activas diligencias y que espidiese las correspondientes circulares para que el reo presbítero prófugo Uladislao Gutiérrez fuese aprehendido y enviado en una carreta á la cárcel publica con una barra de grillos en completa incomunicacion y para que tambien fuesen aprehendida y enviada en calidad de presa incomunicada á la casa de ejercicios, Camila O’Gorman.

“Despues de esto, no me ha sido posible hasta hoy ocuparme de este asunto. Y en la fecha por el Ministerio de Relaciones Exteriores se dirigen órdenes en el mismo sentido á los Excmos Señores Gobernadores de las Provincias de la Confederacion en una circular que he mandado extender y, que se enviará sin demora. Por el Ministerio de Gobierno se duplican ahora las órdenes á todos los Jueces de Paz de la campaña y se comunican á V. S. oficialmente las medidas adoptadas por el Gobierno.

“Con esta misma fecha contesto la apreciable nota del Exmo. Señor Obispo Diocesano, datada á 24 de Diciembre referente á este mismo asunto, y le envío copia de todo lo ocurrido y dispuesto en este asunto.

“Muy justamente califica V. S. de horrible el hecho. Lo es en efecto inaudito en el país. Yo lamento como V. S. Mas de él ningun cargo ni mengua resulta, ni para el Gobierno ni las autoridades eclesiásticas, ni respecto del clero virtuoso y moral, pues que en todas las clases de la sociedad hay malos y hay buenos, estando, como estamos siempre, todos los hombres espuestos á errores, pecados y delitos. Solo resultaria cargo y mengua, para la Iglesia, el Estado, y el sacerdocio, si semejante atentado se encubriese ó no se castigara con la justicia gjemplar que corresponde, para satisfacer á la religion y á las leyes, y para impedir, por una rectitud saludable, á otros en la ulterioridad y la consiguiente desmoralizacion, libertinaje y desorden.

“Me he fijado en la edad que tiene el presbítero Gutiérrez, y en lo que V. S. se sirve manifestarme respecto de su anterior conducta. En cuanto al primer punto, no recuerdo que el Gobierno haya aprobado la eleccion de un clérigo tan jóven para cura interino de la parroquia de Nuestra Señora del Socorro, ni que la curia eclesiástica le haya participado algo á este respecto, para proceder de acuerdo, como corresponde, en el nombramiento de los curas, así de la ciudad como de la campaña. En orden al segundo punto, el Gobierno ha tenido noticias diferentes á las que á V. S. se han trasmitido sobre la anterior conducta del reo presbítero prófugo, y de ellas resultan, que se ha conducido éste de un modo escandaloso con funesta trascendencia á la moral.

“Las urgentes atenciones de magnitud del Gobierno, no le han permitido ocuparse de estos hechos, así como de otros que pasan sensiblemente, y entre tanto reposaba en la esperanza de que llegando al cumplimiento de la curia eclesiástica

siástica, ésta sintiese la necesidad de proceder de una manera eficaz en perfecto acuerdo con el Gobierno.

"En el caso presente, es de deplorarse que hubiesen corrido días sin dirigirse al Gobierno un aviso oficial del inaudito escándalo que había tenido lugar, en lo que presumo ha mediado algún descuido por parte de las autoridades eclesiásticas subalternas.

"Agradezco á V. S. Intimamente, así la comunicación que V. S. me ha dirigido, como las generosas expresiones con que me favorece, y la ocasión que me ha presentado con su virtuoso celo y sabiduría de llenar mis deberes por un acto justo, benéfico, tendente á conservar ileso el honor de la Iglesia y el buen nombre del clero, así como del Estado y del Gobierno.

"Me es grato reiterarme de V. S. con el cordial afecto y consideración, con que soy su servidor y atento amigo -

JUAN M. DE ROSAS."



S. S. I. recibió también la nota siguiente:

La verdad, de que no nos hemos separado en esta narración, exige que publiquemos estos documentos.

VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA.

MUERAN LOS SALVAJES UNITARIOS!

El Oficial 1º del Ministerio de Gobierno.

Buenos Aires, 17 de 1848.

Año 39 de la libertad: 33 de la Independencia y 19 de la Confederación Argentina.

A nuestro Ilustrísimo Señor Obispo Diocesano Dr. Mariano Medrano. (1)

"El infrascripto ha recibido orden del Exmo. Señor Gobernador y Capitan General de la Provincia Brigadier don Juan Manuel de Rosas para manifestar á S. S. I. que se ha instruido S. E. de su apreciable nota- fecha 24 de Diciembre último en que S. S. I. se sirvió espresarle, que acababa de saber el triste y desgraciado acontecimiento del encargado de la Iglesia del Socorro don Uladislao Gutierrez, que hacia trece dias se habia separado de esa Iglesia, llevándose consigo segun juiciosas presuntas, á una jóven de una familia distinguida del pueblo, y que S. S. I. estaba lleno de dolor, y en medio de las angustias en que se veia sumerjido, no le ocurría otro arbitrio que aquietase algun tanto su corazon, que el de suplicar á S. E. se dignase ordenar al Gefe de Policia, despachase requiritorias por toda la ciudad y campaña, para que en cualquier punto donde los encontrasen á esos miserables, desgraciados é infelices, fuesen aprehendidos y dada una satisfaccion al público de tan enorme y escandaloso procedimiento.

(1) Documento en nuestro poder.

"S. E. que se habia instruido recientemente en la fecha de la citada de S. S. I. de tan horrendo delito, y espedido en el acto, en aquella misma fecha, al oficial 1º encargado de la Policia las correspondientes órdenes, ha mirado con mucha estimacion y respeto las virtuosas manifestaciones de S. S. I., y ha ordenado al infrascripto, que al manifestarlo así, á S. S. I. como tiene él de hacerlo, le acompañe las adjuntas cópias autorizadas de tres cartas particulares, de una circular á los Exmos Gobiernos de la Confederación; de otra á los Jueces de Paz de la Campaña de esta Provincia, otra al oficial 1º en comision de Policia, otra al señor comandante en jefe del Departamento del Norte, y otra al comandante en jefe del Regimiento número 3, por las que se instruirá S. S. I. de las órdenes que S. E. ha impartido y medidas que ha adoptado, con conocimiento del caso, para la aprehension de los reos prófugos, presbítero Uladislao Gutierrez y Camila O'Gorman, y su justo ejemplar castigo por la autoridad civil, sin perjuicio de la causa elesiástica para la imposicion de las penas y censuras de Nuestra Santa Madre Iglesia.

Dios guarde á S. S. I.  
Por orden de S. E.

Benedicto Maciel.



La circular pasada á los Gobernadores y firmada por el modelo de los ministros, puesto que jamás tuvo voluntad propia, cualidad que aún ahora se tiene en alta estimacion, decia así:

VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA.

MUERAN LOS SALVAJES UNITARIOS!

El Ministro de Relaciones Exteriores.

Buenos Aires, Enero 17 de 1848.

Año 39 de la libertad, 33 de la Independencia y 19 de la Confederación Argentina.

Al Exmo. Gobernador y Capitan General de la Provincia de . . . (1)

Las tres cartas y dos notas que en cópias autorizadas se adjuntan á la presente, la una del señor Provisor y Vicario General de este Obispado, la otra de don Adolfo O'Gorman, dirigidas al Exmo. Señor Gobernador, y la contestacion á la primera, dada por S. E., una nota de S. S. I. y la contestacion de S. E. instruída á V. E. del horrendo escándalo que ha tenido lugar en esta ciudad el 12 de Diciembre último. De él resultan reos el presbítero Uladislao Gutierrez, cura accidental de la parroquia de Nuestra Señora del Socorro, y Camila O'Gorman, ambos prófugos.

"El vivo interés que corresponde tener en la captura de estos reos para imponerles el castigo de que se han hecho acreedores, obligan al Exmo

(1) Documento en nuestro poder.

Señor Gobernador ordenar al infrascripto se dirija á V. E. solicitando su mas eficaz empeño para la aprehension de ambos reos prófugos, si llegan á pisar el territorio de la provincia de su mando, y á pedirle tenga á bien espedir las mas perentorias órdenes á todas las autoridades de su dependencia, para que procuren capturarlos y sean remitidos á disposicion de este Gobierno, bajo completa segura custodia, incomunicados, y el reo presbítero con grillos, debiendo el con-

ductor entregarlos al Comandante del Regimiento número 3, Coronel don Vicente Gonzalez, que se halla situado en la division de su mando en el Saladillo, provincia de Córdoba.

“Se adjuntan á V. E. cincuenta ejemplares impresos de la filiacion de los anunciados reos.  
Dios guarde á V. E. m. a.

*Felipe Arana.*



## XXII

### Los informes

La actividad comunicada á los escribientes por tantísima nota y circular como se hizo en aquellos dias, podia dar algun resultado.

Rosas previendo el caso de la aprehension y midiendo talvez las consecuencias de la arbitrariedad con que pensaba desmentir á *los de afuera* y asustar á los de cerca, para que las cosas no llegaran tan tarde á sus oídos, pensó en la conveniencia de que los hombres de saber ilustraran el caso.

El primero que recordó fué al Dr. Velez Sarfield.

Su opinion le merecia un alto concepto.

Su sagacidad le hacia creer que los informes serian á su paladar, puesto que él no habia ocultado su enojo ni la idea del castigo que imaginó.

Rosas conocia los hombres que lo rodeaban, y un informe ajustado á su capricho ó conveniencia era un arma para el futuro.

Gracias á esa prevision pudo escribir mas tarde: *La justicia tiene dos orejas y aún no se han oido las razones que yo tove para mandar esa ejecucion.* (1)

Don Antonino Reyes, recibió cuando su prision un legajo de papeles, enviado por Rosas para que los utilizara en su defensa en último caso: entre ellos venian los informes. La fuga de dicho señor impidió la exhibicion de tales documentos que fueron devueltos á Rosas, pues los envió con esa condicion.

Hemos dicho que recordó al instante á Velez: esta no es una aseveracion gratuita.

En 1835 cuando fué investido por segunda vez con las facultades extraordinarias, se llevó á su despacho un litigio seguido desde 1816 entre el Dr. Vicente Anastasio Echevarria y D. Francisco Antonio Letamendi; pleito que se habia hecho célebre por la *chicana* empleada hábilmente por ambas partes.

Rosas midió el trabajo que demandaba darse cuenta de aquel voluminoso expediente, y fallar

con algun acierto. Llamó á Velez, que ya gozaba la reputacion que acompañó siempre su talento é instruccion.

Ordenóle *trabajara* una sentencia que no exigiera de él mas operacion que firmarla.

El jóven abogado se hizo cargo del expediente, lo estudió, y tuvo el raro acierto de agradar con su sentencia las dos partes.

Esto le dió al dictador una gran idea del talento y luces de aquel hombre.

Despues de esto, Velez emigró; pero las amarguras del destierro no eran soportables para él y prefirió transigir con la dictadura antes que sobrellevar aquellos azares que necesitan otro temple de alma.

Mas para volver á Buenos Aires habia menester algo como un salvo conducto, un servicio especial que lo volviera á la gracia de S. E. Sin eso era un paso arriesgadísimo.

La ocasion de obtener aquello no tardó en presentarsele.

En 1840 recibió Mackau órden de su Gobierno para hacer la paz de cualquier modo.

Estas instrucciones llegaron á oídos de Velez que debió exclamar Eureka, como el sábio griego.

Hizo de manera que consiguió una cópia á lápiz de aquellos importantísimos documentos y con ella regresó á Buenos Aires.

Para presentarse á Rosas le valió doña Pepa Gomez, que en el esplendor de su belleza se habia abierto camino en las alturas.

El dictador agradeció, como es de suponer, tan valioso presente y contestó con altivez á las negociaciones de Mackau que tuvo que firmar un tratado que tiene mucho de vergonzoso para la Francia.

Este es el secreto del favor que obtuvo Velez, que le valió tambien una recompensa mas tanjibie: Gimeno le abonaba mensualmente TRES MIL pesos.

Despues su trabajo sobre Derecho Canónico y la Defensa del Estrecho de Magallanes, ambos lisongeros, cumplieron su elevacion.

A pesar de gozar el favor de S. E. éste jamás le dió cartas en política; temió su astucia y talento.

(1) Carta agrégada al expediente seguido por el Dr. Mansilla en 1852, sobre compra de una casa de la señora Marin.

Solia llamarlo entre sus íntimos, el cordobés *mañero*.

No es extraño que á él recurriera en primer término para aquel informe.



El Dr. D. Lorenzo Torres fué otro de los *favorecidos*. También como Velez opinó que quien reunía en su mano la suma del poder público, estaba habilitado para aplicar la pena de muerte.

El informe venía de letra del Dr. Marcelino Carballido que entonces asistía á su estudio.

El Dr. D. Eduardo Lahitte, fué requerido también para un trabajo igual.

Este hombre respondiendo á sentimientos levantados, desaprobó la pena de muerte.

Conocía que aquello no iba á ser agradable al dictador, pero sobre ese temor y sobre sus intereses, alzó la voz del deber.

Esta noble conducta arroja sobre él una aureola de bondad y de altas prendas que nos complacemos en reconocer. Al César lo que es del César.



El ruido de notas é informes, volvió á suscitar el recuerdo, que ya se iba apagando, de la huida de Gutierrez y Camila.

La familia de O'Gorman continuaba, aunque sin esperanzas, haciendo algunas diligencias.

Todo era dolor en aquella casa.

Misia Joaquina había encañecido en esos días.

La infeliz señora no secaba sus lágrimas.

Clara y Carmen, encerradas en sus habitaciones lamentaban sin intervalo las consecuencias de aquella funesta pasión.

Eduardo pensaba dejar sus estudios.

En aquel duelo sin trégua no había una nota de consuelo.

Todo parecía derrumbarse en torno de aquel hogar, antes refugio del bienestar y la alegría.

El porvenir aparecía velado en oscuras sombras que no les permitía iluminar una esperanza acariciadora.



Velarde había sido interrumpido sus relaciones con Marcela.

Esto lo tenía de mal humor.

Para verla, y eso de tarde en tarde, le era necesario adoptar una cantidad de precauciones.

El confiaba sin embargo en que todo aquello pasaría, y talvez le fuera dado recuperar con la libertad que dá el olvido un método mas cómodo para la satisfaccion de sus anhelos.

Marcela sentía mas que él aquella separacion.

La joven le amaba mas sinceramente.

Su apasionamiento voluptuoso, tenía ráfagas vehementes, que la llevaban á salvar muchas inconveniencias con un arrojo que la mostraba decidida y un tanto audaz.

Esto hálagaba á Velarde que la animaba á nuevas imprudencias.

Dejémoslos continuar mas ó menos hábilmente sus amores y volvamos á nuestros protagonistas.



## XXIII

### A G O Y A

Máximo y Valentina, seducidos por el deseo de pisar tierra, y de conocer la ciudad del Paraná desembarcaron, paseando detenidamente sus solitarias calles, mientras Lubary arreglaba sus asuntos y obtenia sus pasaportes.

Para este requisito le fué menester á Máximo acompañar al marino, pues tenia que firmarlo.

Ilálo aquí testual: (1)

Paraná, Febrero 1º de 1848.

Patria, Jujuy.

Edad, 30 años.

Estado, casado.

Profesion, comerciante.

Don Máximo Brandier y su esposa doña Valentina pasan á Corrientes.

Firma del portador—Máximo Brandier.

Antonio Crespo.—Francisco Quintana.

Mientras se hacia esta diligencia, lo pasó Valentina en casa de Robles, donde fué acogida con bondad, haciéndole los agasajos que prescribia la hospitalidad de entonces, y donde Lubary era conocido y apreciado.

Un solo día se detuvieron en aquella ciudad, embarcándose al anochecer para continuar su marcha.

No habia dejado de experimentar alguna inquietud en ese dia, pero habiéndolo pasado tan felizmente, se tranquilizaron por completo y acaso creyeron que de Buenos Aires no se habian tomado medidas contra ellos.

—Cuándo llegaremos á Goya? preguntaban esa noche á Lubary.

—Allá por el 1º de Abril—¿les parece mucho tiempo?

—Es bastante, sí.

—Pues no creo que se pueda apresurar la llegada—¿se han aburrido?

—No; pero la falta de costumbre nos hace desear la tierra. Lo que he pasado un dia en ella, me ha avivado el deseo de llegar.

Todo parecia que bailaba á mi alrededor, lo

que me he habituado á esta oscilacion constante.

—Así sucede al principio, pero en un mes mas se harán marinos.

—Este mosquitero ha dejado pasar nuestros constantes perseguidores, dijo Valentina incomodada por la nube de mosquitos que zumbaba cerca de su rostro.

—Algun descuido al acomodarlo, y eso que ya habian aprendido ustedes á usarlo hábilmente.

—Como que no hemos tenido poca lidia con los tales acompañantes.

—Pero ya se acerca la hora de que se retiren.

—Felizmente.

—Y usted conoce tanto en Corrientes como en el Paraná?

—Tal vez mas; Virasoro el Gobernador es mi compadre: he pasado allí mas tiempo que en cualquier otra provincia. Generalmente me demoro mucho en ella. Este viaje quizá no regrese hasta mediados de Junio. Suelo hacer viajesitos que me entretienen

—Sabes Máximo que me ha rendido caminar tanto á pié, despues de mas de un mes sin moverme?

—Lo comprendo, pues yo tambien siento cansancio. ¿Quieres que bajemos?

—Si no te molesta.

Y un momento despues los jóvenes descendian á su camarote.



—Juzgo que voy á tener que darte una noticia que no sé cómo clasificar.

¿Qué impresion te produce á tí?

—Indefinible.

—¿Y en qué consiste tan raro acontecimiento.

—No es raro, sino que nos afecta directamente á mí sobre todo.

Y la débil luz del camarote iluminó el semblante de Valentina al sonrojarse.

—Máximo comenzó á intrigarse, pero le acu-

(1) Documento en nuestro poder.



dió á la imaginacion el suceso á que podía referirse su amada.

—Vamos á recuperar lo que perdimos? preguntó bañándola con su mirada mas tierna y apasionada.

—Creo que sí, dijo la jóven dejando que una lágrima humedeciera sus ojos.

—Alma mial Deja que el cielo bendiga una union hecha ante él. ¿No es ese un signo de que no le hemos ofendido? Alégrate, es un nuevo y poderoso lazo que nos liga, el que menos rompe un hombre que siente.

—Si no estoy triste; siento un ansia indecible me intimida mas el porvenir, no puedo explicártelo, pero tengo deseos de llorar y algo acaso como el presentimiento de una desgracia.

—Es una consecuencia de tu mismo estado.

—Tal vez tengas razon, pero desde que lo comprendi hay mucho de estraño, de vago, de caprichoso quizá en todas mis ideas, y los esfuerzos que hago para pensar razonablemente, como dirias tu, se estrellan ante ese algo que no está precisamente en mi corazon ni en mi mente, que está en todo mi sér, que irradia su influencia á cuanto pienso ó hago.

—Te voy comprendiendo mejor. Confio en que eso te desaparecerá cuando fijemos nuestra suerte. Nace de que tu sensibilidad se ha duplicado: ya no vives para tí únicamente, y el temor que antes no te preocupaba, te inquieta ahora, porque agrandas las consecuencias de todo desde que no te hiera á vos únicamente.

—Creo que dices verdad.

—No tengas duda. Son movimientos de ánimo, naturales, dadas las especiales circunstancias que atravesamos. Los tiene la que mira deslizarse sus dias en apacible tranquilidad. Estraño fuera que no te sintieras poseida de eso que esplicas, pero haz triunfar tu voluntad, tu razon debe despejar las sombras, que acumula el sentimiento sobre tu senda. Nada se consigue sin esfuerzo. Cuando te asalte una idea que vá á hacerte sufrir, no te complazcas en darle vueltas en la imaginacion, deséchala sin análisis.

—Y si no puedo hacerlo?

—No digas eso: es que no te empeñas verdaderamente. Hay sufrimientos que tienen una violenta atraccion. El que te orijnan tus temores es de esa cualidad no es cierto que gozas de una amarga satisfaccion cuando rodeas de consideraciones esos estraños presentimientos que son la reunion de los temores que te inspira nuestra suerte?

—No vas descaminado al decirme eso.

—Bien sé que tengo razon.—Yo que miro con tanto interés como tú, cuanto nos concierne, abrigo muchas mas esperanzas que temores, Ahí si pudiera infundirtelas.

—Lo haces siempre que hablamos de nuestras cosas, tu voz no me permite desallegar, aleja mi melancolia, y ahoga mis temores, como tu les llamas.

—Pero cuanto dejo de hablarte te asaltan con nuevo empeño.

—Es que si no me hablaras los tendria siempre.

—Ya verás como así que estemos establecidos desaparece todo, para dar lugar á risueñas esperanzas.

—Dios lo quiera.



Lo que acababa de comunicarle Valentina

alejó el sueño á nuestro jóven que se entregó á las consideraciones que se deducian de su situacion.

Era un nuevo y poderoso motivo para luchar y vencer las dificultades de crearse una posicion independiente.

Valentina aparecia con mayor derecho á su respeto y cariño; si es que podia aumentarse en él la pasion con que la amaba.

Halagábase la esperanza de formar un hogar que embelleciera su amor y las caricias del nuevo convidado á la fiesta de la vida.

Tarde ya cerró sus ojos para soñar su ventura.

Al dia siguiente, despues de oscurecer, hora en que los mosquitos cesaban un tanto en sus furiores, se efectuó como siempre, la reunion sobre cubierta.

—Recuerda usted Brandier, dijo Lubary, ese hombre muy alto cuya fisionomia grave y simpática se distingue por la profunda melancolia que retrata?

—Sí: y que me llamó tanto la atencion que le pregunté su nombre: Angel Maria Donado ¿no es eso.

—El mismo; pero yo no dije entonces á usted que ese señor tiene en su vida el episodio muy raro que pueda contarse.

—Y usted nos lo referirá ahora, añadió Valentina.

—Sí, aunque tema herir demasiado vivamente su sensibilidad. De los años que han pasado no vienen á la memoria sino cosas atroces.

—Por lo mismo estoy habituada á oirlas.

Pues bien: comenzaré por decir á usted, que Donado es un médico distinguido. Muchas veces he ido y su casa y allí existe en un pequeño cuadro una medalla de plata que le acordó el Gobernador y que he tenido varias veces en mi mano; en cuyo anverso se lee: *Con riesgo de su vida salvó á sus semejantes*, y en el reverso: *Canarios á punto de perecer*.

En 1836 un gran número de mis paisanos se dirijieron á estas playas. La lentísima navegacion que les tocó y el haberse reunido en mas cantidad de la que el buque podia soportar, hizo que se declarara abordo el *tifus*, con carácter tan alarmante, que llamó la atencion de las autoridades y del mismo Rosas, que los confinó á una especie de Lazareto en Martin Garcia.

Allí envió algunos facultativos á combatir el mal entre ellos fué Donado, que era entonces practicante mayor.

Aquella enfermedad no solo es contagiosa, sino que ataca tan violenta, que murieron gran parte de los asilados.

Cuando terminaron su cometido esos hombres abnegados, Rosas tuvo la buena inspiracion de perpetuar el recuerdo de esa accion acordándoles por decreto de 17 de Setiembre del mismo año, esa medalla.

Interesado por ser mis compatriotas los que recibieren el beneficio, he elogiado mas de una vez al Dr. Donado su conducta, encontrando justas las palabras que le consagraron en el preámbulo del decreto y que si mal no recuerdo dicen así: "La consideracion, el celo, valor, caridad y demás virtudes con que han desempeñado sus deberes todos los encargados por el Gobierno de la asistencia de los canarios infestados de una fiebre contagiosa de la que ha muerto uno de los empleados al efecto (el capellan José

Acosta) y otros han estado gravemente enfermos, ha acordado, etc.

Pues, este hombre que tanta atención debía merecer del Gobierno, estando de médico en San Nicolás de los Arroyos el año 42, fué tomado por una partida al mando del oficial Carmelo Heredia y entregado á Echagüe, Gobernador de Santa Fé, entonces en campaña.

San Nicolás ha sido siempre una mina de unitarios, y no sería extraño que el doctor, disgustado por las atrocidades que cometían hubiera manifestado sus ideas contrarias á tales actos. Lo cierto es que con la terrible clasificación de salvaje unitario, fué conducido á Echagüe.

Este, no queriendo sin duda matar á un hombre de ese valer y padre de familia, lo remitió á su vez al *tierto* Bárcena, como se llamaba el célebre jefe del regimiento *Lanceros de Buenos Aires*.

Enviarlo á Bárcena, era peor que fusilarlo: este bárbaro, solía decir que no gustaba pólvora en salvajes y se complacía en atormentar sus prisioneros con horribles sufrimientos, para acentuar más sin duda el terror de su nombre con que procuraba suplir el valor que no tenía, pues siempre se mostró cobardo en el peligro.

Un jefe santafecino, tan cruel casi como él, si es posible que haya tenido semejante, tenía un prisionero condenado á hacer el papel de *galo*; lo había maullar y subir á los árboles, deleitándose con ello.

Bárcena, que sabía esto, imaginó tener un *perro*.

Siempre odió mortalmente á las personas cultas, cualidad que distingue á los jefes de Rosas, pues él dá el ejemplo, y ninguno mejor que un doctor para humillarlo en lo posible y colocar la bota del gaucho bruto sobre el cuello de una persona distinguida.

Le perdonó la vida, haciéndole atar á la cintura una larga cadena.

Bárcena estaba entonces cerca del Paraná en el cuartel general de las Cochillas. (1).

Todas las mañanas lo hacia *estaquear*, para *aflojarle las coyunturas*: así lo decía él.

Púsole por nombre *Salvaje*, y lo obligaba á gruñir y ladrar á las personas que se acercaban, gustándose que intentara morderlas. Al mismo general Echagüe le hacia ese recibimiento.

Hablábasele comunicado que sería lanceado si se colocaba sobre los pies.

—¿Y por qué no se hacia matar ese hombre infeliz? observó Máximo sin poderse contener.

—Tenía familia, señor Brandier, y eso liga mucho á la vida. Su esposa estaba en la miseria, y aquel tormento debería concluir alguna vez. Oh! la esperanza no se aparta del corazón del hombre. Cuántas veces lo habria pensado. Yo creo que ya he necesitado mas temple de alma para vivir, del que habia menester para hacerse asesinar en un momento.

—¿Y cuánto tiempo estuvo?

—Poco mas de un año.

—Qué terrible situación!

—Cuando Bárcena tenía convidados á comer, decía al sentarse á la mesa: que larguen el *Salvaje*. Y el ruido de la cadena, cuya punta traía un asistente, estremecía á los convidados que se veían obligados á no manifestar compasión alguna.

El, le arrojaba pedazos de carne, generalmente cruda y le daba de beber en una cáscara de sandía; escusado es decir que no podía usar las manos para alimentarse.

Vestia con cueros de carnero, uno al rededor de la cintura y forrados también así los pies y las manos.

El pelo y la barba le crecieron enormemente, y es inolvidable la impresión que causaba aquel hombre en tan miseró estado.

¿Qué ideas cruzarían su mente al arrastrarse al pie de la mesa en que se sentaba aquella fiera!

Las marchas tenía que hacerlas en cuatro pies. Imagínese la imitación mas completa de la vida animal por un hombre de la talla moral del Dr. Donado.

—Ah! yo no concibo un tormento igual, exclamó Valentina estremecida.

—Ya dije á ustedes que aquella situación le duro mas de un año.

Los ruegos de la familia hablarán al General Urquiza, lo que no es poco conseguir y este jefe lo pidió á Bárcena para médico de su ejército. Así concluyó su martirio.

—Hay razon para esa mancolía impresa en su semblante.

—Si; jamás le he visto reír: parece que en año olvidó esa manifestación de alegría.

—No sé qué es mas extraordinario, si la prolongada crueldad de Bárcena ó la resignación de Donado.

—Oh! la crueldad de Bárcena es admirable, pero tiene manifestaciones tal vez mas horrosas: ya les referiré á ustedes algo mas de ese jefe.

—¿De dónde era?

—Cordobés.

—Me extraña, porque los cordobeses tienen generalmente un carácter que no los inclina á ello.

—Hay de todo.

Un momento despues, los jóvenes bajaron impresionados aun por el relato de aquel tormento sin nombre, en que se habia hecho lujo de barbarie y clinica ostentación del desdenso despreciable con que los caudillejos de esa época miraban á los hombres ilustrados, caracterizándola de una manera determinada.

Si Rosas no hubiera sido bastante arbitrario, bastante cruel y rencoroso, bastante cobardo y malvado para hacer execrar con entera justicia los años de su dominación, lo hubieran conseguido sin él los hombres que lo apoyaban: eran dignos lacayos de un amo semejante.

La roja librea en que envolvían sus cuerpos no solo personificaba la barbarie en su expresión mas lata, sino cuanto hay de vil é infame en la mas abyecta canalla ensobrecida deliberadamente, para humillar lo que tenia de mas digno y mas noble la sociedad argentina.

En las penas impuestas á los enemigos políticos, no se traduce la idea del esterminio como único móvil: existía la de degradar al caído. Esto es lo que no tiene precedente, el terror para individualizar, el asesinato para cimentarlo, han sido y serán los medios de sostener una dominación tiránica, pero la humillación siste-

(1) El episodio que refiere Lubyary es rigurosamente exacto. El Dr. Donado vive aún, y ha ocupado puestos distinguidos. En la presidencia del General Mitre fué Senador. Existen en nuestro poder datos del citado Heredia, hoy Coronel, que fué segundo del cuerpo de Barrana y testigo ocular de todo eso.

mática é ineludible aun para los partidarios de tal causa, solo se ha observado aqui, en que el orden natural y lógico se trastornó completamente.



El carácter de Valentina se habia modificado ligeramente con su mismo estado.

Obedecía en ello á causas naturales, y á la mayor preocupacion que le determinaba respecto á su futura suerte.

Máximo lo notó redoblando sus atenciones y cuidados cuidados.

Ella aumentaba, si era posible, su ternura.

Cuánta sensibilidad existe en la mujer, que ya no le es dado vivir únicamente para ella.

Cuántos cuidados y amarguras no entraña esa duplicidad de existencia en un ser en que tanto predomina el sentimiento,

Cuán sabia es la naturaleza al preparar esos cuidados que tanto van á engrandecer el cariño sublime de la madre.

—Me tarde el dia en que podamos determinar nuestras acciones y pensar mas en nosotros mismos, ó mas bien para hacerlo de otra manera.

—Comprendo tu impaciencia, pero no debes darte alas con tu imaginacion exitada, se te haria insoportable el viaje, y eso es un mal.

—Ya lo sé, pero no está en mí.

—¿Qué es de la energia de tu voluntad?

La tengo: mas no puedo reprimir los impulsos que me llevan al mañana. La incertidumbre me parece ahora cruel, y antes no me inquietaba; te vaia y estaba á tu lado, y eso era bastante para mi felicidad completa.

—Ya tendrás lo que ha menester tu ventura: esperamos estableceremos de un modo ú otro, y aseguraremos que el tiempo se deslice sin zozobrar—¿ao es bastante?

—Osi sí: es cuanto aspiro.

—Descansa en nuestra estrella, secundada por la laboriosidad y buen deseo que nos anima.

La jóven calmaba su afán y diálogos semejantes se repetian con frecuencia.



—No se me olvida la historia del Dr. Donado, decia Valentina pocas noches despus.

—Es un suceso que una vez oído se recuerda siempre.

Es admirable esa crueldad constanre, incalificable, que necesitó Bárcena para hacer sufrir á ese hombre tanto tiempo, sin una alternativa de trato humano.

—Oh! del tuerto podia esperarse mucho mas.

—¿Murió ya?

—Sí, hace menos de un año, en el Bucoo; cuentan que se sintió mal despues de un mate, y que siguió agravándose hasta dar con su cuerpo en la fosa lo que bien pudo suceder muelho ántes, para salvacion de innumerables víctimas y menos mengua de la especie humana.

—Y qué habia en ese mate?

—Veneno que hizo colocar Oribe, lo que si no se constató, nada tendria de extraño. Bárcena era discolto intratable, una especie de semilla de odios y de insubordinacion, y Oribe nunca consideró fuera de lo licito hacer desaparecer un nombre por cualquier medio.

—¿Pero se ha vivido entre tigres?

—Puede usted decirlo, aunque los tigres son mas leales. Si no temiera impresionar á la señora le contaria algo mas del tuerto, que conozco de muy buena fuente.

—Estoy habituada á oír horrores: son los cuentos con que se ha familiarizado el espíritu de todos los argentinos.

—Prosigo entonces. la celebridad mayor de Bárcena la adquirió legítimamente en Córdoba, cuando estubo allí Oribe.

Habia llevado una daga de Buenos Aires, que decia la iba á emplear en degollar unitarios; y á fé que cumplió su dicho. (1)

Era una noche en que se bailaba en casa de una entusiasta federal. Bárcena era de los invitados y se hacia esperar.

De pronto dejó ver su catadura siniestra en medio de la sala.

Las muchachas lanzaron un grito de temor; y hubo alguna que perdió el conocimiento.

Las manos del jefe venian teñidas en sangre, que aun no habia tenido tiempo de secarse.

El sonreia de un modo siniestro, aunque complacido del efecto de su alarde de fiera.

Asi bailó sin lavarse—y quién se negaba á acompañarlo?

—¿Qué hombre tal valvajel—¿á qué infeliz habia asesinado?

—A un vecino respetable, don Lázaro Bravo casado con Sofia Gonzalez, una de las mujeres mas lindas que ha tenido Córdoba.

—¿Cuál fue la causa?

—Se le ocurrió que Bravo era unitario, aunque aqui entre nosotros, puedo decir que si algo se le ocurrió fué que tenia plata, lo que es muchas veces tan peligroso como ser unitario.

—Y él mismo cometió el crimen?

—Asi lo decian sus manos. Ese miserable desoyó los ruegos de esa infeliz mujer, que en sus arranques de desesperacion y de dolor abrazó arrodillada las piernas de su verdugo.

Esa escena que hubiera detenido á una fiera, solo le producía una aparente irritacion que lo llevaba á insultar á sus víctimas.

No he podido saber que fué de la infeliz Sofia, pues estaba embarazada.

—¿Qué horror! exclamó Valentina estremeciéndose.

Lubary suspendió sus comentarios y dejó sin decir mas de un dato, comprendiendo el horror que provocaba á la jóven.

El mismo Máximo subió impresionado al evocar la imagen de aquella mujer abrazada á las rodillas de aquel monstruo, mientras apuñaleaba á su esposo con quien la unia el matrimonio desde muy poco tiempo.

Lubary ignoraba que en la mañana de ese mismo dia, el benemérito Francisco Ramos Mejia, acudido estanciero del Sud, que siguiera al general Lavalle, habia caido en manos de Bárcena quien lo hizo *degollar por la nuca con un cerrucho!*



Nada de esto, sin embargo, caracteriza tanto á ese ilustre federal como el siguiente episodio del

(1) Histórico.

sitio de Montevideo. (1) El año 41, en el combate de las tres cruces, salida que verificaron los sitiados el oamino de la Unión á que conduce la actual calle 18 de Julio, fueron aislados de su cuerpo una compañía compuesta en su mayor parte de franceses.

Es conocido el ódio que despertaban en los federales los súbditos de Luis Felipe.

Bárcena ocupaba el costado izquierdo de las fuerzas, y próximo á él fueron *cortados* estos infelices.

El pánico se apoderó de ellos y apenas atinaban á defenderse.

*Menéentes piola*, fué la órden de éste así que comprendió la situacion en que se hallaban.

Sus soldados, que como se sabe, eran de caballería, hicieron al instante que silvaran en el aire las *armadas* de sus lazos.

Los franceses, á quienes llamaban los *chanchos*, fueron tomados de esa manera tan agradable al Gobierno de Buenos Aires y sus represent ntes.

Ese día ó en los anteriores, habíale muerto á Bárcena un asistente ó un sargento que debería ser muy buena pieza, pues gozaba de sus distinciones y cariño.

El jefe cordobés juró vengarle de una manera inusitada, y así que vió la felicidad de cumplir su promesa, la recordó dando órden de que enlazaran uno gordo para *carnearlo*, lo que fué ejecutado al instante.

El sol de ese día aciago acababa de iluminar con sus últimos rayos un nuevo cuadro de sangre y horrores.

Bárcena se paseaba, cercano á la zanja que próximo al lugar donde campaba servia de fosa comun á sus prisioneros.

(1) Sentimos no poder autorizar estos datos con el nombre de la persona que nos los ha trasmitido testigo ocular de ese acto salvaje y que es hoy uno de los miembros mas distinguidos de la sociedad de Montevideo.

El semblante de aquel hombre resplandeció con sinistra complacencia.

El prisionero gordo que él habia pedido á sus soldados como botin especial de aquella victoria, yacia maniatado en el suelo, habiendo presenciado la agonía de sus compañeros de infortunio, victimados entre salvaje algarabía.

Así que concluyó la matanza, Bárcena mandó hacer fuego, y á la luz rojiza de su fogen de campamento ordenó ultimar al soldado... y que le sacaran medio costillar y el corazón, para *asarlo*.

Aquel mandato se ejecutó inmediatamente, y un instante despues se chamuscaba en el asador aquel horrible despojo.

Esa hazaña federal no debia quedar ignorada y se hizo de ella la mas cinica ostentacion.

El soldado que manejaba el asador avisó que ya estaba asado el costillar del *chanchito*, y Bárcena quiso que se clavara lejos del fuego y tomó asiento con algunos oficiales, dignos de él, al rededor de esa enseña de canibales.

Principió aquel horrible banquete entre aplausos y risas festejadoras de tan execrable idea.

Tuvo la desgracia de aproximarse al fogen en ese momento una persona que se distanciaba por su carácter y educacion de escenas semejantes.

Invitáronlo á bajarse del caballo, y cuando tomó asiento en la rueda, le dijeron de que se trataba, añadiendo en son de amenaza que no era buen federal el que no se atravia á comer un francés.

Y el nuevo invitado tuvo que restregar de sus labios un pedazo de aquella carne, y ocultar con gritos y vivas su natural é invencible repugnancia, protestando inmediatamente la necesidad de alejarse; lo hizo para caer enfermo de horror.

Esta es una de las escenas que tuvieron lugar frente á los muros de la heroica Montevideo, y que basta y sobra para dar carácter á los sitiadores representantes del ilustre Restaurador de las Leyes.



## XXIV

### Un poco de historia

Ya que se nos ha deslizado un parrafito que puede servir de anotación para la historia, hagamos algo más en obsequio de tan gran maestra.

Rosas que fanatizaba deliberadamente con acciones y palabras esos monstruosos engendros de la guerra civil, provocando que se produjeran hechos como el que acabamos de narrar, no vivió olvidado en el destierro ni ha muerto como tal.

San Martín y cien otros, pudieron llorar en la miseria la ingratitud de su patria y amigos, pero á Rosas no le estaba reservada tal desgracia.

Esto no es desconocido, pero si lo son los siguientes documentos:

Paraná, 24 de Agosto de 1858.

Señor Brigadier General Don Juan M. de Rosas.

“Mi distinguido amigo:

(1) Oportunamente recibí su carta con algunos ejemplares de la protesta que se publicó en Europa respecto á las injustas y violentas medidas tomadas contra sus propiedades y las de sus hijos, por el Gobierno irregular de Buenos Aires.

“Hice publicar dicha protesta en los periódicos de la Confederación.

“Siento verdaderamente que el Gobierno Nacional que presido, no se haya encontrado en actitud de salvarlo de ese despojo, de conformidad á los principios que han rejido la política adoptada por mí, y á los actos con que la he señalado, respecto de la misma persona de usted.

“Pero creo que usted no debe perder la esperanza de que sus conciudadanos vuelvan sobre esos actos, que como expresión de venganza y

de odios mezquinos infaman al pueblo en que se cometen.

“Debe confiar en que cuando el sentimiento del verdadero nacionalismo prevalezca sobre las pasiones de círculo que agitan hoy á los que gobiernan á Buenos Aires, los actos que han ofendido los derechos de usted serán corregidos como los demás errores de las autoridades revolucionarias.

“Por mi parte, debe contar con que ejercitaré toda mi influencia en su obsequio y en el sentido que dejo manifestado.

“Yo y algunos amigos de Entre-Ríos, estaremos dispuestos á enviar á usted alguna suma para ayudarlo á sus gastos si no nos detuviere el no ofender su susceptibilidad, y le agradecería que nos manifestase que aceptaría esta demostración de algunos individuos, que más de una vez han obedecido sus órdenes.

Ello no importaría otra cosa que la expresión de buenos sentimientos que le guardan los mismos que contribuyeron á su caída, pero que no olvidan la consideración que se debe al que ha hecho *tan gran figura en el país y á los servicios muy altos que le debe y que soy el primero en reconocer; servicios cuya gloria nadie pueda arrebatarle* y son los que se refieren á la energía con que siempre sostuvo los derechos de la soberanía é independencia nacional.

“Debo aprovechar esta ocasión para agradecerle los recuerdos honrosos de mi persona, que ha hecho á algunos amigos y asegurarle que yo deseo que usted me considere como su verdadero amigo y afectísimo servidor.

Justo José de Urquiza.



Rosas no ha alcanzado en toda su *justicia* la vindicación que entraña la devolución de sus bienes que tantos años atrás le precedía su amigo Urquiza: es lástima. Debiera haber bajado á la tumba con ese consuelo.

(1) Documento en nuestro poder.

Dícese mucho bien de los pueblos que recuerdan agradecidos á sus héroes ó á sus benefactores, y podrá decirse mucho mal de los que recuerdan á sus verdugos.

Hay en esa conmemoracion un retroceso moral que sería desalentador si no supiésemos, que en este caso, no es el pueblo sinó sus gobernantes encaramados al poder sin tener vinculaciones en la opinion, ni anhelos lejitimos y generosos, que impulsan hácia ellos sentimiento de los que no esperan recoger migajas desprendidas en el desordenado festin de sus ambiciones bastardas, satisfechas por medios contrerios á los principios que debieran rejirnos, que perpetúan el personalismo que caracteriza nuestra política, falseando la educacion y el criterio popular.

La tendencia á centralizar el poder bajo el nombre de federacion, la vemos acentuarse dia á dia, y esto no es un bien, ni despeja el horizonte político de las concociones y revueltas que han detenido nuestro progreso moral y material.

Poco tiempo mas, y tendremos perfectamente divididas las fuerzas antagónicas de siempre; es decir, los que con mas ideas de gobierno republicano quieren llevarlo á la práctica, y los perpetuadores del caudillaje que escarnecen las ideas de gobierno propio, único programa del porvenir.

La lucha que se dibujaba en los dias que van á seguirnos no es la de labor é inteligencia que robustece y perfecciona, es la del sable, que estenua y corrompe, habiéndose hecho posible, porque la inmensa mayoría desconoce los principios que deben guiarla y no persigue un solo ideal político, corriendo detrás de A. ó B. que subordina sus ideas á las conveniencias particulares ó de partidistas. Y con la educacion que de eso se desprende no se camina sin revueltas ni se cimentan las teorías que encarnaron nuestros padres al legarnos una patria con el deber de hacerla buena.

Volvamos á Rosas y sus amigos.



Desde el 58 al 64 la correspondencia de Urquiza como el ex-dictador siguió, aunque lenta, haciendo muy buenas las relaciones de ambos personajes.

Rosas aceptó el galante ofrecimiento de su vencedor en Caseros, y éste se aprestó á cumplir su promesa: hé aquí la carta que le dirije con tal motivo:

"Señor Brigadier General D. Juan M. de Rosas.

Southampton.

San José, Febrero 28 de 1861.

Grande y buen amigo: (1)

"Su carta del 7 de Noviembre último, me ha inspirado los sentimientos que merece la desgracia y reclama la humanidad.

"Yo acepto el desahogo tan natural que me espresa, y lo acepto como una nueva prueba de sincera amistad, aunque no es fundado, desde que contesté su apreciable á que se refiere, la que me ha sido entregada en propia mano por nuestra comun amiga la senora doña Josefa Gomez y que me complazco ahora en contestarla por el mismo conducto.

"Conmovido por su deplorable situacion y consecuente á la *petición de usted*, me es satisfactorio contestarle, que de perfecto acuerdo en todas sus partes con lo que me espone en la precitada que contesto, dispongo que anualmente se le pasen á usted mil libras esterlinas mientras me halle en disposicion de hacerlo así, debiendo hacer los giros correspondientes por la via de Buenos Aires, entregando los fondos á los agentes de los señores Dickson y Cia. segun usted me lo indica.

"El primer giro lo haré en el próximo Abril.

"Siento no hacer mas extensivo el acuerdo que usted solicita, pero juzgo que con esta cantidad hará usted mas soportable su difícil situacion.

"No habiendo sido ilusoria la apreciacion que usted hace de mis ofertas, me es grato saludarlo, deseándole felicidad y repitiéndome su afectísimo amigo y S. S.

Justo José de Urquiza." (1)



El General Dionisio Puch llevó esa primera remesa.

Doña Pepa Gomez, la infatigable amiga de S. E. se ocupaba activamente de los asuntos que le concernian.

Ya hemos visto por la carta de Urquiza que ella se costeaba á Entre-Ríos para entregar la correspondencia en su propia mano.

Aquí organizaba, ó mejor, solicitaba de los amigos de S. E. lo aliviaron con suscripciones.

Estos correspondian dignamente á ese llamado á su corazon, y el hombre autor de tanto mal, cuya memoria no se execrará bastante, vivia costeado por el cariño de sus antiguos servidores, que envolvian en su dádiva algo mas que un recuerdo á los favores recibidos.

Aquí tenia muchos suscritores, y recordamos entre otros las iniciales siguientes:

- A. . . . R.
- D. . . . V. . . . S.
- D. . . . G.
- J. . . . M. . . . R.
- M. . . . R.
- F. . . . E. . . . y P.
- M. . . . G. . . . Z.
- P. . . . de V.
- P. . . . J.

(1) Esta carta, como la anterior, fueron mandadas originales á doña Pepa Gomez, por el mismo Rosas para que la enseñara á sus amigos, que debían ver que Urquiza le reconocia importantes servicios, y con la órden de que se las volvieran.

Doña Pepa sacó de ellas, certificándolas, las copias que existen en nuestro poder.

Rosas habia subrayado las palabras que le eran encomiásticas.

(1) Documentó en nuestro poder.

## XXV

### La Cruz de los Milagros

Los viajeros avanzaban lentamente.

A mediados de Febrero se aproximaron á San José de Feliciano.

Pasando este paraje y antes de llegar á la Paz encontraremos un pequeño Riacho, en cuyas inmediaciones, les decía Lulaby, se halla la famosa Cruz de los Milagros, conocida por todos los que navegan los rios y por los campesinos de Entre-Rios que se costean de grandes distancias á cumplir las promesas que la fé los lleva á hacer en sus apuros.

Los marineros de los barcos de cabotaje, pasan rarísima vez sin *atumbrarla* con toda devocion y recojimiento.

—Quién la colocó allí?

—No se sabe, y no hay viejos en estos parajes que pueda decir la época en que se colocó ese signo de religiosidad.

—Pero es evidente que algo se ha querido recordar con él.

—No hay duda. La piedra que la sustenta ha sido trasportada de lejos y con gran trabajo.

—¿Mas no hay alguna version tradicional que explique su origen?

—Sí, la he oido varias veces, aunque adulterada por los narradores que siempre difieren en los detalles.

—Sucede así con todo lo que recojo la memoria.

—¿Querria usted contárnosla, Lulaby? dijo Valentina interesada por conocer la tradicion de ese monumento cristiano.

—Con placer señora: cuentan que en los últimos años de la primera mitad del siglo anterior, vivia en la ciudad de Santa-Fé, ó mas bien, en sus alrededores, una familia que se distinguia por su piedad y exacto cumplimiento de los deberes de la hospitalidad.

Componiase de un anciano, su hermana viuda que tambien lo era, y una nieta de aquél, que constituia la delicia de los viejos; verdad que la jóven lo merecia, era bellísima, dócil y cariñosa. La posicion de esta familia era brillante, permitiéndole tener numerosa servidumbre.

De tal manera habian ejercido la hospitalidad,

que los viajeros solian traer de muy lejos la direccion de aquella casa para reponerse cómodamente de las fatigas pasadas y afrontar con buen ánimo las verdaderas.

Llegó un día á solicitarla, un jóven y apuesto caballero, venido poco antes de España, donde el anciano tenia aún estrechas vinculaciones.

Trafale cartas de viejos amigos, que le hacian conocer la nobleza y prendas caballerescas de su huésped, así como la nombradía que alcanzara en los combates, por su indisputable arrojo y gallardia.

El lado flaco del buen viejo erra la nobleza de la cuna: corrian por sus venas algunas gotas de sangre azul.

El jóven, á quien llamaban Carlos, era un vizconde arruinado que se habia lanzado á América, como á una tierra de conquistas, en que todo debia facilitársele.

Su carácter audaz y aventurero influyó sin duda en tal determinacion.

El anciano regocijado por el honor que recibió su casa con hospedarle, no cabia en sí de satisfaccion y nada hallaba costoso para agradecerle.

Sus esfuerzos amables casi estaban de mas; el jóven vió á Elena y sintió germinar en su alma violentos deseos, que en él tenian la fuerza de la pasion, pues jamás habia hecho imperar su voluntad sobre sus caprichos.

Creyó que le bastaria insinuarse para ser aceptado y seducir aquella niña cuya belleza estaba muy fuera de lo que pudo suponer.

Elena notó la impresion que le producía y no sintió placer por aquel nuevo triunfo. Ella amaba á un modesto jóven santafecino con toda la intensidad de que es capaz la pasion y era correspondida. Su abuelo no vió nunca con buenos ojos semejantes amores, pero no habia encontrado obstáculos serios que oponerles, acabando por dejarse conducir por las suplicas de su nieta.

Carlos se apercebíó muy en breve de que si no habia marcado desvio por parte de la jóven, no

parecía muy dispuesta á considerar sus galanteos como suprema ventura.

Esto debió intrigarlo sobremanera. Habitudo á triunfar en mas encurbadas esferas sociales, le era muy duro resignarse á ahogar sus sentimientos delante de una jóven de humilde gerarquía.

Fué mas esplicito en sus demostraciones y Elena le marcó mas su indiferencia.

Apercibióse de la causa, pues le fué presentado el jóven santafecino.

Lejos de hacerlo cesar en sus pretensiones, la idea de haber llegado tarde, le hiró su vanidad al conocer que se le posponía á un jóven pobre, hijo del pueblo y socialmente mal educado.

Sondeó la opinion del viejo respecto á aquellos amores y halló lo que ya dije á ustedes, no le pareció, pues, difícil tener al abuelo por aliado.

Pero entonces sería menester pensar en el matrimonio, porque de otra manera no conseguiria su apoyo.

Ni esa idea le arredró, encontrándola encantadora, pues esa conversacion con el viejo le permitió saber que pensaba dotarla generosamente, y esto le proporcionaba una rápida adquisicion de fortuna, la que cuadraba á su ambicion y deseos.

Intentó aún, sigilosamente, hacerse entender por la jóven, que desoyó sus protestas amorosas.

Decidió hablar al viejo y con pocas palabras lo puso de su parte.

Eso proporcionaba al anciano un medio de oponerse, á mas que le halagaba sobremanera la union de su hija con un noble, que [podria sin gran esfuerzo ocupar las primeras dignidades del vireynato.

Cárls seguro de su triunfo, hizole á Elena cotidianas manifestaciones, y el abuelo no tardó en hacerle oír con voz gruñidora cuales eran sus inquebrantables deseos, así como que iba á pedir á su amado, dejara de visitarlos.

Ella tuvo tiempo de esponderle la causa del cambio pues se operaba en su familia y renovar le sus juramentos de amor eterno, asegurándole que no iba á ceder á los deseos de nadie.

La jóven la oyó tristemente; convieron en la manera de verse una vez por semana.

Al dia siguiente hizo su visita de costumbre, en la que se le comunicó la sentencia que fué oída con aparente sorpresa y fingida resignacion.

El abuelo y Cárls creyeron destruido aquel obstáculo.

La jóven oponía una resistencia pasiva, pero tenaz: su humildad y obediencia de siempre no la llevaban á contrariar la voz de su corazón. Esto irritó al anciano, que creía deber ejercer sobre su nieta un dominio absoluto.

Cárls hacia por su parte prodigios de amabilidad y galantería sin el menor resultado. No le ocurría, empero, la idea de cejar en sus propósitos.

Así las cosas, determinaron entre ellos apresurar la union, lo que fué notificado á la jóven y dejaron correr la noticia, que no tardó en llegar á oídos del santafecino, que esperó entre crueles angustias el día de ver á su amada.

Ella acudió llorosa á la cita, esponiéndole la imposibilidad de llevar mas allá su imposible resistencia.

El jóven creyó ver en ello una infidelidad y fueron inútiles las protestas de Elena para evidenciarle su inocencia y hacerle sensible su amor.

—Es necesario que huyamos, si quieres que crea lo que me dices.

La jóven se aterró ante aquella idea, pero no habia otro medio de escapar á esa imposicion ni de probar que el amor no disminuía en ella.

La resistencia que opuso fué débil para las apasionadas palabras de su amante herido en sus afecciones, y que sentía ruij los celos en su alma con impulsos de venganza y de ódio.

Conviniéron en la fuga que se efectuaría cuatro dias despues.

El abuelo se arrepentiria de su terquedad, y no teniendo otro remedio aceptaría aquel matrimonio, llamando á su nieta sin cuya presencia y cariño no podría vivir.

Con la ansiedad, que pueden ustedes suponer, transcurrieron aquellos cuatro dias.

El jóven habia preparado todo.

La noche convenida, dejó cerca de la casa de su amada un caballo ensillado como para ella, y fué á buscarla.

Elena le esperaba. Aun tuvo algunas vacilaciones inutilizadas por la presencia y decision del jóven.

Abandonólo todo, y la luz del nuevo dia la sorprendió huyendo embarcados hasta el Paraná de donde seguirían á caballo.

Parece que pensaban llegar á Corrientes donde deberían casarse y se lo avisarian despues al abuelo.

Inútil es pintar la desesperacion de Cárls y el dolor y la ira del viejo que puse en movimiento á todos sus rivientes y á las autoridades. Nada se consiguió con todo aquello.

Los amantes costeaban á prisa el Paraná y en poco tiempo hicieron casi la mitad del camino.

Pasaron San José de Feliciano y fueron sorprendidos por una partida de gauchos malevos, allí en ese riacho donde está la cruz.

Comprendieron que el jóven llevaba dinero, y la belleza de Elena los excitó tambien.

Trataron de despojarlo, y sin duda por sus dichos comprendió la suerte que aguardaba á su amado.

El número de los bandidos hacia imposible la resistencia.

No sé si esta escena corre referida por alguno de los mismos gauchos, lo que no sería extraño, pero cuentan que al comprender el alcance de aquella aventura el jóven echó pié á tierra, imitándolo su compañera.

—Quiero morir contigo, márame! exclamaba Elena al ver que los asesinos no se retiraban con el dinero que el jóven les entregó como única presa que podía cederles.

Ellos querían la posesion de aquella hermosa niña: desnudaron sus armas y rodearon á los amantes.

La primera puñalada del santafecino partió el corazón de su Elena y se lanzó como fiera en medio de sus perseguidores.

No defendía su vida, quería morir matando, y su daga debió enterrarse mas de una vez en el cuerpo de sus verdugos.

Sucumbió al fin cubierto de heridas, faltándole las fuerzas y la sangre.

A pocos pasos de su cadáver quedaron tambien dos de aquellos malvados.

Parece que las personas que el abuelo enviara para encontrarla, dieron con el lugar en que sucumbiera despues de prolijas averiguaciones.

No pudieron trasladar su cadáver, y lo enterraron con su amante, en donde se levanta la



cruz, llevndo sus vestidos como prueba irrecusable de la verdad.

La desesperación del anciano no reconoció límites.

El mismo Carlos sintió sinceramente haber provocado aquella catástrofe.

Hizo el viejo clavar en una piedra la cruz y conducirla hasta la sepultura que guardaba tan infortunados corazones.

Mientras vivió no dejaba de verse una vela encendida, como prueba de espiación y del dolor que lo consumía.

En las noches oscuras en que esa vela dejaba de arder aparecían en el aire, á una vara de altura, dos llamas que oscilaban próximas y á veces se confundían en una sola como á impulsos de una atracción misteriosa.

Los que vieron ese prodigio, colocaban también una vela, pues estando alumbrada la cruz, no se veían aquellas llamas.

Creían que la tendencia á unirse que manifestaban, era siguiendo el deseo que los juntó en la vida y que habiendo muerto sin realizarlo, estaban pensando separadas sus almas, pues Dios no consagra la unión que no acordó su Iglesia.

Después han atribuido los campesinos y marineros, mas de una virtud á la tal cruz, y ellos le cumplen sus promesas con religiosa escrupulosidad.

—Y cuándo enfrentaremos á donde se halla? preguntó Valentina.

—Si el viento no se cambia acelerándonos el paso, llegaremos mañana á la tade.

—?Y sería usted bastante amable para amarrar un momento permitiéndonos ir á verla?

—No tendré inconveniente si vamos como ahora bordeando y á espiá.

—Cuanto entonces con su promesa: siento un gran deseo de contemplar ese sitio de martirio para dos amantes que se unieron en la tumba, distanciados en vida por escrupulos sociales y una vanidad pueril.

—Yo tendré un placer en agradecerle á tan pequeña costa.

—Gracias.



El cálculo de Lubyar fué exacto.

Al día siguiente antes de ponerse el sol amarraron en frente del pequeño riacho que mencionamos.

Una fresca brisa del Norte acariciaba con sus alas impalpables.

Valentina y Máximo tomaron tierra y siguiendo las indicaciones del marino caminaron en dirección á la cruz.

Las yerbas que crecen á su alrededor parecen esconderla á las miradas.

Dieron con ella, y separando las hojas que cubrían la piedra, hicieron que las luces de la tarde se quebraran en sus vetas rosadas.

El recuerdo de la tradición que oyesan, y el sentimiento de su situación, ante aquel monumento que consagra una historia de dolores, les movió con un impulso semejante, y uniendo sus manos doblaron las rodillas abatiendo sus frentes cargadas de ideas de amargura.

El sol les alumbró en ese instante con sus rayos postrimeros y la sombra del crepúsculo comenzaron á estender tímidamente el dominio de

las tinieblas, robando á aquel paisaje la viveza de colores.

Valentina alzó sus ojos en cuya pestaña temblaba una lágrima.

Máximo le sonrió con infinita ternura.

—En qué piensas?

—Todo acude á mi mente lleno de sombras y dolores, respondió la jóven alzándose. ¿No te parece que esta tumba ignorada, refugio de dos seres que se amaron, sin duda tanto como nosotros y que rindieron su vida en aras de ese amor dando motivo á un hecho sublime, á fuerza de ser horroroso, nos indica con la elocuencia hiriente del sentimiento, que hay un castigo para los que rompen las afecciones sagradas del hogar, y luchan con la sociedad, dejándose arrastrar por el ímpetu de sus pasiones, acaso mas egoistas de lo que debieran?

Máximo, de pie, miraba á su amada, dejando traslucir en su semblante la amargura que provocaban en su alma las palabras de Valentina, impresionada por sus recuerdos é influenciada también por la incertidumbre de su destino.

—Pobres padres míos! continuó la jóven: talvez las lágrimas con que amargo para siempre, los días que el cielo les conceda, están agrupando la esencia del dolor que entrañan para dejarla caer mas tarde sobre nuestras frentes.

Oh! cruz, á quien conceden una influencia misteriosa para apartar el dolor de nuestro paso, protege mi alma de nuevas amarguras y haz que el amor conserve inextinguible su aliento poderoso en el corazón del hombre que me arrastra!

—Alma mía! dijo Máximo, rompiendo la emoción que le embargaba, con voz temblorosa y vibrante: ¿necesitas el auxilio de lo sobrenatural para liar en mi constancia, en mi sinceridad, en lo eterno de la pasión que me liga y á la que como tú he sacrificado cuanto podía serme querido? ¿Te arrepientes de haber puesto en mis manos tu destino? Si hay algo que no puedes olvidar dímelo, aún es tiempo de volvernos, tus padres te recibirán siempre con gusto. Ah! Valentina, he sufrido mucho, mucho, pero jamás me ha herido un golpe igual: esto me quita la esperanza que alentaba mis pasos, porque volteas el aliento que sentía con la felicidad de que me rodeaba tu cariño.

Y la frente del jóven se dobló al peso de aquel dolor.

Ella no había meditado sus palabras; la hora, el sitio, el recuerdo de sus padres, no sabía qué, le habían puesto en los labios aquellas frases que brotaron con reflexión: el acento y actitud de su amado hicieronle valorar cuanto había dicho: le tomó las manos y le dijo suplicante:

—Me perdonas, yo no creí ofenderte, es mi amor, mi amor inmenso que todo lo teme, que todo lo agiganta, quien me ha hecho decir eso: olvidado, sí, ¿quieres?

Máximo extendió la mano cubriendo casi con su palma la Cruz de los Milagros: juro, dijo con voz solemne y pausada, consagrarte hasta el último aliento de mi vida, lo juro por la memoria de mis padres, por la salvación de mi alma. Carga sobre mi nombre la maldición de los buenos y consumáse mi espíritu en los sufrimientos de la eternidad, si tengo una palpitation de vida que no se para tí.

—Y yo juro, juro también pertenecerle hasta con el mas insignificante de mis pensamientos,

con la mas pueril de mis acciones, lo juro por el recuerdo de mis padres.

La sombras habianse estendido, cubriéndolo todo con su manto tenebroso: los jóvenes cruzaron sus miradas impregnadas de pasion y juntando sus manos se dirijieron silenciosamente hácia el rio.

Valentina caminaba entristecida por haber

próvocado aquel instante de amargura.

Máximo habiala perdonado con toda su alma; conocia la sinceridad de su corazon, y le era dado aquilatar la pasion con que se le amaba.

Aquel habia sido un momento de dolor, pero las emociones con que nos impulsa el amor, aún las dolorosas, tienen atractivo para el alma.



## XXVI

### Al llegar

—¿Qué les ha parecido á ustedes la famosa cruz? ¿le han hecho alguna promesa? les dijo Lubary, que los aguardaba sobre cubierta, tranquilamente sentado entre su monumental mosquitero.

—La cruz no tiene mucho que llame la atencion, respondió la jóven, pero despues de su narracion, provoca movimientos de sensibilidad que ayuda eficazmente la soledad que la rodea.

—Es verdad; y en la noche sobretodo, tienen los parajes desiertos mas grandeza, ó la imaginacion les dá en esa hora sus verdaderas proporciones.

—La luz, es sin duda, una gran compañera: el hombre está tan poco habituado á escucharse á si mismo, que cuando las tinieblas le impiden recibir impresiones de lo que lo rodea, y sus ideas nacen únicamente de sus pasiones ó esperanzas, siente impulsos extraños; no le parece propio cuanto piensa, y es que no se conoce.

—Talvez tenga razon señor Brandier, uno acompañado está siempre como el cómico en las tablas, no es uno mismo.

—Y eso sucede, por mucha que sea la franqueza de carácter de que está dotado. Se sigue sin quererlo y sin pensarlo las influencias recibidas acá ó allá y todas ellas falsean los gustos, inclinaciones y tendencias.

—Pero eso no será un mal, puesto que esas inclinaciones pueden ser perjudiciales para si mismo y los demás.

—Son un mal relativo talvez, pues no podemos considerar nada fuera del orden establecido y existente; pero la falta de verdad es siempre un mal.

—Y sí, como vemos frecuentemente, nace á la vida un sér cuyas tendencias naturales lo llevan al crimen, la educacion hará bien en modificarle esa tendencia, aunque le obligue á faltar á la verdad de sus instintos.

—Perfectamente: eso ahora en que la educacion tiene la tarea de cambiar las herencias con el vicio de los padres, no la naturaleza, dota, con generalidad á los vivientes. Una reforma

social no puede ser la obra de pocos años, tiene que elaborarse mas en las madres que en los hijos. ¿No ha oido usted que si se corta la cola unas cuantas generaciones sucesivas de perros, en la sexta ú octava nacerán rabones? pues aplique el caso á los hombres, y mida si es posible, el número de generaciones en que vienen falseándose las prescripciones naturales por un orden ficticio, y diga si es esa naturaleza ó la herencia la que nos inclina al mal. Es sin duda muy cómodo culpar á la naturaleza, pero en ésta no existe el mal sinó relativo y tiende al perfeccionamiento, á la verdad sobretodo.

—¿Y no puede tomarse la herencia por lo natural?

—De ninguna manera: una jóven soltera concibe con inquietud, una zozobra constante la envuelve en los meses que preceden al alumbramiento, es natural que el hijo se resentia de aquel estado, pero no le es la inquietud y acaso la desesperacion de la madre: eso es puramente social; luego la imperfeccion en que puede traducirse, y se traduce generalmente aquel estado, obedece al orden social establecido, por intermedio de la naturaleza cuyas leyes invariables se hacen servir para el mal.

—En fin, usted me vence porque yo no soy fuerte en esas cosas.

—Talvez sea así, yo le doy mis ideas sin la pretension de encerrar en ellas la verdad.

Un momento despues los jóvenes bajaban al camarote.

La conversacion con Lubary les habia hecho el bien de desviar su espíritu de los pensamientos dolorosos que traian de sus impresiones en la Cruz de los Milagros.

Valentina creia haberse unido verdaderamente con su Máximo; aquel juramento tan sincero como lleno de emocion le parecia haber compendiado las ceremonias del matrimonio, y aunque le pesara el sufrimiento causado al jóven por sus

palabras, sentía una secreta complacencia por haberlas provocado.

Durmíose arrullada por ensueños de ventura.



Cada uno de los días que los aproximaban al lugar donde habían fijado sus esperanzas, les aumentaba el deseo de llegar.

Era natural la inquietud por conocer los medios de vida con que podrían acudir á sus exigencias.

Hacían preguntas á Lubary respondiendo á sus deseos de determinar algo que fuera susceptible de emprenderse teniendo en cuenta la falta de dinero y relaciones, aunque por la adquisición de éstas no se apuraran, tanto por la facilidad de obtenerlas cuanto por la conveniencia y deseo de permanecer aislados.

El marino habíales dado todos los datos que poseía sin que por ellos hubieran podido deducir la menor probabilidad de éxito en cualquier empresa.

Aquella era una población de poco movimiento y aunque sus habitantes gozaran de un bienestar relativo, todos bastaban á las necesidades de sus propios negocios sin que utilizaran el esfuerzo extraño.

Alguna inquietud surgía de esta falta de terminación para su vida.

Sin el amor, que tanto olvido apareja, aquella situación bastaba para violentar al mas apático.

Máximo meditaba largas horas sin que su mente le indicara un solo recurso.

Concluía disponiéndose á esperar posesionarse del campo de acción para fijar su rumbo.

—Cuanto plan se me ocurre ahora, tendré sin duda que modificarlo, pensaba, tranquilizándose.

Empero no cesaba de reflexionar de tiempo en tiempo.



—Sabe que no se me ocurre en qué podré emplear mis conocimientos ó mis fuerzas, amigo Lubary, observaba Máximo por la cuarta ó sexta vez, mientras cruzaban frente á la Esquina, habiendo pasado el arroyo Espinillo que separa á Corrientes de Entre-Ríos.

—He pensado bastante sobre eso, y hoy recordé una circunstancia que lo favorece y puede hacerlo muy útil á los demás con algun beneficio para usted; esto si tiene la intencion de establecerse abandonando ese comercio incómodo y poco lucrativo que habia iniciado antes, segun me dijo cuando se embarcó.

—Sí, sí, cuento con esa intencion. Un hombre casado no puede andar en esos viajes: me he convencido en poco tiempo.

—Para ello es menester separarse de la mujer, y usted no me parece que aceptaría tal cosa muy gustoso.

—Puede asegurarlo.

—Yo, teniendo en cuenta eso y que la piedra que rueda no cria musgo, me he fijado mas en lo estable.

—Y qué ha encontrado?

—No estoy muy seguro, si hay ó no maestro en Goya, pero si existe puedo afirmar que hará usted bien en reemplazarlo,

—Pues no se me habia ocurrido semejante idea, tiene razon amigo Lubary, estoy por creer que ese será mi puesto. Poseo algunos conocimientos que me hacen idóneo. ¿Y podrán conseguirse alumnos?

—Muchachos no faltan, pero los padres no están muy convencidos de los beneficios de la educacion, y prefieren verlos corretear por las calles del pueblo.

—Esta indiferencia existe en toda la República, y es dolorosa.

—Creo que desaparecerá con el tiempo, tambien debemos decir que no hay maestros.

—Es verdad.

—En Goya la gente es buena y si se les hace simpático lo han de proteger. A mi juicio es lo mas realizable y que no ha menester otro capital que el que ya tiene.

—Tambien yo lo veo así, voy á consultarle á Valentina.

Y Máximo se dirigió al camarote donde la jóven se habia refugiado á leer, buyendo de los mosquitos.



—Ya tengo ocupacion probable en Goya.

—¿Cuál?

—Enseñaré niños: Lubary dice que los hay y necesitan maestro, pues no lo tienen ó es insertible. Eso me permitirá no separarme ni una hora de tulado que es cuanto ambiciono, ¿qué te parece?

—Aplaudo la idea, tanto mas que yo podré ayudarle enseñando niños.

—Alma mial me será sensible verte trabajar.

—¿Y en qué quieres que emplee mi tiempo? Será mas bien una distraccion necesaria. A mas que así, puedo ayudar á que obtengamos lo que nos hará falta para pasar al Brasil y vivir completamente tranquilos: no te opongas á que lo haga.

—Tu voluntad es la mia: tú lo quieres, sea.

—Gracias por tu amabilidad.

—Ahora me parece que todo se aclara: ha sido suficiente una idea oportuna para despejar todo un horizonte lleno de sombras: estoy contento.

—Tambien yo. Creo ya verme al frente de mis niños haciendo un bien á mis semejantes y obteniendo el aprecio de los buenos y sobretodo el cariño de esos seres inocentes en que no hay doblez.

—Tú no puedes aislar nada de tu corazon, has nacido para amar.

—Y lo hago con toda mi alma, dijo la jóven sonriéndole.

—Dichoso yo, que acerté á comprenderte y pudiste fijar en mí la luz de tus ojos.



El plan de dedicarse á la enseñanza fué perfeccionándose, pues los jóvenes habian cifrado en él sus esperanzas.

Lubary prometió ayudarles en sus relaciones en Goya, pues demostraría allí algun tiempo que dependia de lo que se le proporcionara.

Veian ya próxima la formacion de un hogar, é imaginaban dias tranquilos rodeados por la ventura cuyos colores tenian en la dicha de su amor.

Acercábase el momento de visitar los edificios

de la villa que parece dormir en la planicie feraz en que se eleva.

Las horas de espera trascurren lentamente.

A medida que vemos próxima la realización de un acontecimiento es mayor el deseo de que llegue. Obrando casi siempre en contra de los intereses, aceleramos su realización, lo que evidencia el predominio del sentimiento en las manifestaciones de actividad con que se dice hacemos alarde de reflexión y madurez.

Lubary comenzó á tomar sus primeras disposiciones para la llegada, y aquellas señales del término del viaje fuéronlo también de regocijo

para nuestros jóvenes que sintieron afirmadas sus esperanzas.



Era en los primeros días de Marzo cuando la goleta "Río de Oro" atracó al desembarcadero de Goya.

Lubary, siguiendo las atenciones que mostrara á los jóvenes en su viaje y que cuadraban á la franqueza de su carácter, presentólos en una casa donde podrian dejar pasar los primeros días hasta hallar los medios de establecerse, como lo habian imaginado.

Ellos agradecieron aquel nuevo y valioso servicio y se hospedaron en ella.

## XXVII

### En Goya

Máximo no dejó transcurrir mucho tiempo sin activar las diligencias necesarias al establecimiento de su escuela.

Valióle la rapidez con que es conocida, en una población pequeña, la llegada de un *forastero*, y cuáles son los motivos de su viaje.

Lubary que habló de la instrucción y afabilidad de los nuevos habitantes, les facilitó en gran manera el allanamiento de los obstáculos que surgen á un desconocido, cuando debe esperarlo todo de los den.ás.

Pudo alquilar por una insignificante suma, una casa en los alrededores de la villa, lo que cuadraba á sus deseos y conveniencias.

Compró una marquesa ó cuja, como llamaban entonces á las camas en uso, y uno que otro utensilio indispensable.

Con muy pobre menaje, pero rico de esperanzas y ventura; tomó su puesto entre los que luchan por la vida.

A los pocos días le llegaron dos niños hermanitos, con quienes inauguró sus clases.

Valentina no fué menos afortunada en su empeño generoso y tres jovencitas empezaron á concurrir á sus lecciones.

La jóven le trasmitía con su característica dulzura, esas primeras nociones que debían habilitarlas para el desarrollo de sus facultades.

Cuánta ternura se desbordaba de su alma al consagrar su tiempo á la inocencia!

Ella veía en aquella tarea, que no debe, que no puede mercantilizarse, no solo una ocupación benéfica para su espíritu, sino la manera de borrar con su abnegación el *crimen social* que la lanzara de su hogar empujándola á los azares de una vida errante en busca de la felicidad á que tenía derecho, como se tiene derecho á la vida.

El primer día que dedicaron algunas horas al afán impuesto por sus exigencias, fué para ellos de gratas emociones.



—Ya no temas los días que ván á seguirnos  
¿no es así, alma mía?

—Oh! ya no: á medida que trascurren las horas va renaciendo la confianza en nuestra suerte, todo lo miro cambiado, este pobre hogar constituido á costa de tantas amarguras, tiene para mí el encanto de la felicidad—estás á mi lado para siempre.

—Ya lo sabía, ó mejor lo sentía, el alma tiene sus adivinaciones con la esperanza que alienta en medio de los mayores infortunios. ¿Te acuerdas de la noche en que estenuados por el hambre y la fatiga, rodeados por una soledad aterradora, perdiste en mis brazos la conciencia de tu sér? ¿Y esa mañana siguiente en que estuve á punto de cortar desesperado el aliento de mi vida? pues aún allí, cada paso vacilante del caballo parecía acercarme á la esperanza: sin esa voz profética y divina hubiéramos pagado ya el delito de amarnos tanto.

—Cuánto hemos sufrido!

—Mas, ya miramos el dolor pasado, y eso halaga el espíritu como el recuerdo de una victoria que parece garantírnos el presente y acaso el futuro.

—¿Quieres que caminemos por entre esos árboles que convidan con su sombra?

—Sí, vamos.

—Creo que mis niñas han ido complacidas con la maestra, así lo manifestaban sus semblantes tranquilizados del temor con que me vieron en el primer momento.

—Tal juego yo de mis muchachos.

—Hay una, tu la viste, esa rubiecita, tiene una mirada tan candorosa y dulce que parece dejar ver el alma de un ángel. Si vieras con qué aire tan humilde y tierno escuchaba mis observaciones sin distraerse, y es inteligente, todo lo comprendía con un alcance superior á su edad. Cuando fijaba en mí sus ojos me daban deseos de abrazarla, era algo como un ruego sin palabras.

—Comprendo que exista tu sensibilidad. Siempre he leído, bondad, ternura, abnegación, en la mirada de un niño. A medida que crece va desapareciendo todo eso, sus ojos se hacen impenetrables para el observador, el contacto obligado con los demás le hacen llevar pasiones, disimulo,

á cambiar esas dotes instintivas. Acaso contribuye tanto como la naturaleza á que la mujer sea mas sensible y atnegada que el hombre, el hecho de no separarse tanto del hogar en que las impresiones son mas puras y menos egoistas.

—Por lo menos el hombre es mas descreído, y esa falta de fé al hacerlo desconfiado, lo conduce á la insensibilidad.

—Dices verdad, la fé se ahoga en la razon y nace en el sentimiento.



Los jóvenes siguieron dialogando hasta ver llegar la hora de atender las necesidades materiales.

Valentina, ayudada por Máximo preparó lo necesario para el alimento.

Esos deberes no eran molestos para ella que veia en todo un entretenimiento y no un trabajo.

No acababa de convencerse que ya le sonreian esos goces tranquilos á que llevan las exaltaciones de la pasion como determinando la creacion de un estado adaptable á la formacion de una familia.

Los dias comenzaron á transcurrir sin llevarles una agitacion ni un nuevo dolor.

Algunas relaciones adquiridas con la facilidad de esta vida patriarcal, les prometian un auxilio y algunos momentos de alegria fuera del círculo de la propia ventura.

Antes de un mes del establecimiento de su escuela tenian ya el número de discipulos necesario á sus pequeñas necesidades, y que muy poco podia aumentarse, pues como ya sabian, no era grande el deseo de instruir á sus hijos que tenia la generalidad de los padres, juzgando que para la felicidad no es menester la ciencia y que bastan los conocimientos rudimentarios, que permiten vivir en la honradez aplicando las fuerzas en la esfera de actividad que ellos conocieron. La teoria no es de progreso, pero aun la vemos subsistente en uno ú otro ejemplar que resiste las innovaciones de la época, probando la influencia del instinto que lleva á la imitacion perpetuando lo que no tiene otra razon de existir que el apego al pasado, cuyos errores se quieren así reflejar sobre el futuro.



Las primeras brisas del otoño empezaron á dicipar con fresco aliento los calores de un verano ardiente.

Las últimas dudas, los postreros movimientos de intranquilidad se alejaron de nuestros protogonistas que perdieron la idea de toda persecucion.

Se habian creído talvez que el clero y la familia de Valentina, interesados en silenciar cuanto tuviera relacion con ellos, habrian conseguido ahogar los movimientos de la justicia ordinaria que pudo pretender su aprehension.

Esta confianza bizules no relusar relaciones que los ponian en evidencia. Visitaban y eran visitados por las familias de la Villa que veian en ellos un matrimonio modelo.

Valentina, simpática y atraente, era solicitada cariñosamente, respondiéndolo al afecto que le prodigaban con la bondadosa sinceridad de su carácter.

Máximo reunia la amistad de los principales

personajes, quienes consideraban su no vulgar instruccion, recurriendo mas de uno á sus luces y talento.



A fines de Mayo, su situacion era, si no próspera, envidiablemente tranquila.

El estado de Valentina les proporcionaba dulces esperanzas de un nuevo y poderoso lazo de union y de un incentivo mas á su carino, embelleciéndose tambien la esperanza del futuro.

Cuántos sueños, cuántas ilusiones, no partian de sus imaginaciones, cifrándose en la reproduccion de sus séres que perpetuaba el amor que los habia unido, salvando insuperables obstáculos y consagrando el sacrificio recíproco de afectiones é intereses.

Sus plegarias se dirijian sin rubor al Dios de sus padres, pues en aquel amor inmenso leian una de sus leyes y no creian ofenderlo siguiendo los impulsos con que les marcara la senda de su vida á que no debian oponerse leyes transitorias alejadas de la verdad por su oposicion á lo inyqriable.

Estas reflexiones nacidas al calor del sentimiento borraban en ellos la idea de la falta que es siempre un torcedor para los corazones honrados.

Si Valentina traia al recuerdo el cariño de sus padres, no era para reprocharse una falta en su amor, sino el dolor que su desviacion de las prescripciones sociales habia acumulado sobre sus frentes, y la mancha, injusta y estúpida que la sociedad hace caer sobre los miembros de una familia en la que uno de sus individuos tiene bastante fuerza de carácter para despreciar *el que dirán*, ó bastante apasionamiento para ponerse en pugna con la mayoria.



Habianse formado el hábito del trabajo asiduo y poseian esa contraccion paciente que ha menester la enseñanza.

Sus respectivos alumnos no veian en ellos la cara severa con que se pinta á la infancia los encargados de dirijir sus pasos, sin duda para hacerles mas deseable la tarea de aprender, que tiene en sí misma lo bastante para hacerse odiosa á la inesperienza, y difícil de sobrelevar para las imaginaciones caprichosas y mudables de los niños, que ven en todo coartacion á sus deleites y no toleran los pasos medidos á que se acostumbra en edad mas avanzada, cuando los desengaños y traiciones les dan á pequeñas y amargas dósas esa funesta ciencia que forma el arte de vivir y que se llama esperiencia cuyos axiomas muestran lo que vale el hombre socialmente.

*Piensu mal y accertaris*, dice una de sus verdades. Ella basta para juzgar lo que se espera cuando el cabello blanquea y se ha recogido la enseñanza que se desprende de los hechos que se producen á nuestro alrededor.



Lubary que habia partido para Corrientes, regresó á Goya á caballo el 5 de Junio, traído por una necesidad, y visitó á sus amigos.

—Saben que he oído recordarlos con agracio?

— Me alegraré de haberlo de apreciar, entre recibiendo sus simpatías entre la gente que se toca con uno.

— Pues, ustedes cuentan con ella, especialmente la señora cuyas discípulas aparecen la vez de su localidad regocijando el corazón de las madres que le han confiado sus hijas.

— Las trato como debe hacerse con la niñez.

— Oh! yo no he necesitado que me juraran para creer que usted se hacia adorar por sus niñas.

— Gracias.

— A quien no he recomendado al amigo Brandier, es al Comandante; no sé cómo se me ha pasado, puede serle útil, es buen hombre, y hoy repararé el olvido.

— Se lo agradezco intimamente. ¿Usted cuando dá la vuelta de San Fernand?

— No puedo fijar fecha. Aún permaneceré en Corrientes diez ó doce dias para quedar habilitado para emprender el regreso.

— El viaje será mas rápido.

— Oh! sí mucho más.

— No olvidará visitarnos á su vuelta.

— Da ninguna manera: cuentan ustedes con todo mi aprecio.

— Gracias: puede usted estar seguro de nuestro agradecimiento y merecida estimacion.

— Bueno, yo los dejo: he tenido el gusto de verlos y hasta pronto.

— Adios, señor Lubary.



— Buenos y sincero es este hombre, dijo Máximo á su esposa un momento despues.

— Oh! sí, yo lo aprecio, y recordaré siempre que fué nuestra providencia, ¿qué sería de nosotros sin él?

— Dios lo sabe! pero es seguro que no disfrutaríamos esta tranquilidad. Si yo lo hubiera conocido como ahora, no lo engaño al decirle quienes éramos. Creerás que tengo remordimiento de haberlo hecho? A veces me vienen tentaciones de descubrirle todo, pero reflexiono que ya no tiene objeto, es tarde, á mas que no quisiera que llegara á sus oidos mi engaño.

— Tienes razon: talvez nos perdiera el afecto que nos profesa.

— Eso ná, porque se cobraria en nuestro caso, pero es siempre satisficente saber que nos se ha depositado en uno bastante confianza para hacerle tener un secreto peligroso.

— Sabes que me vienen deseos de escribir á Marcela? dijo Valentina, despues de un momento de silencio.

— Comprendo y aplaudo tu deseo, pero á mi juicio es imprudente. Debes suponer que por nuestra causa habra tenido que abrir un paréntesis á sus amores con Velarde y tú no sabes lo que eso puede haberla exasperado.

— Ella o! lo amaba mucho.

— Talvez la contumacidad que ha sufrido haya hecho lo que no han podido los atractivos de Velarde.

— Es posible.

— Pues entonces espera, que ya tendrás ocasion de hacerlo sin peligro alguno.

Valentina se resignó convencida, aunque sintiendo en el alma no poder hacer llegar hasta sus padres una palabra de cariño y una súplica de perdon.



Lubary cumplió su promesa, visitando Comandante y recomendando á sus conocidos.

Este le dijo que los conocia de vista habiéndole sido simpático el jóven Brandier, y que tendria mucho gusto en hacérselo conocer, y que habia oido recordarlo con expresiones de aprecio que lo ponian en muy buen concepto.

— El 14, dijo el Comandante, daré una comida á mis amigos, pues, es mi santo y lo invitaré; quiero reunir ese día todo lo que valga algo y esté en Goya: lamento que no pueda tenerlo á mi lado, amigo Lubary.

— Tambien yo lo siento: estaré en Corrientes.

— Qué le vamos á hacer: hará presente usted mis respetos á su compadre el señor Virasoro.

— Con mucho gusto.

El marino se retiró satisfecho de que su recomendado hubiera sabido captarse simpatías en aquella poblacion.

Pocos dias despues pasaba á Corrientes.





## XXVIII

### El banquete

Nuestros protagonistas continuaban en la práctica de su vida tranquila, llena de ilusiones y esperanzas.

Las escuelas progresaban bastando ya á sus necesidades.

El 12 de Junio recibió Máximo una atenta invitación del Comandante para su comida del 14.

—Hé ahí el primer efecto sensible de la recomendación de Lubary, amada Valentina.

—Ya lo veo—¿vas á ir?

—Tu qué me dices? á mi me parece inconveniente negarme, aunque no me sea agradable separarme de ti ni dos horas.

—Yo creo que atendiendo nuestras conveniencias no debes faltar. Yo quedo entretenida con mis niñas.

—Bueno, iré.

Valentina había hecho oír con voz entristecida sus últimas palabras. Máximo lo atribuyó al pesar de esa pequeña separación á que no estaba habituada. Tenía deseos de asistir porque creía en el deber de corresponder á Lubary con ese acto de atención.

No habló mas ese día del asunto, temiendo que ella astorbara su determinación.

Al día siguiente, Valentina volvió á recordar la invitación con la misma tristeza.

—Si te afecta mi ausencia momentánea no iré, dijo Máximo: sabes que ante todas las conveniencias está tu bienestar.

—No me opongo á que vayas: te repetiré que no debes faltar, no puedo decirte por qué, mas no veo con gusto esa fiesta.

—Siempre hay una causa que determina los movimientos del ánimo.

—El corazón siente, sin que se alcance muchas veces el motivo. Me ha entristecido esa invitación, soy supersticiosa, no lo niego.

—Pero qué ves en ella?

—Nada razonable, pero no he podido distraerme desde que la recibiste: lo confieso.

—No iré.

—Cometerías una falta sin remediar nada, no es solo la invitación, qué sé yo lo que imagino, pero desde ayer no estoy tranquila.

—Esa inquietud la sientes desde que vino el hombre de parte del Comandante.

—En ese momento se manifestó; fué la causa ostensible, aunque creo que estaba con disposición de impresionarme por todo.

—La causa entonces, es tu estado, bien sabes la influencia que tiene sobre el ánimo y lo que predominan en él la tristeza, los presentimientos y todas esas sombras que anublan la felicidad.

—Talvez tengas razón: no hablemos mas del asunto, dándole importancia me atormento más.



Los jóvenes cambiaron en efecto el tema de su conversación, mas sin que cesaran las melancolías de Valentina.

Ella oía siempre la voz del corazón, era su profeta, y no le auguraba la ventura.

La consideración de su estado era lo único que desvirtuaba un poco su fé en tales predicciones. Desgraciadamente los hechos se encargaron de corroborar esa voz íntima y fiel, que suele burlar la prevision con un sexto sentido oculto á la razón.

El día antes había llegado á Goya, desde Buenos Aires, creemos que llevado por exigencias de su salud, un clérigo irlandés.

Era Miguel Gannon, sobrino del Almirante Brown.

Gannon era un individuo de regular edad, alto de un rubio rojizo, cubierto de pecas, lo que quitaba la blancura de su cutis. Un poco aficionado á los licores, no había alcanzado la posición que pudo conquistarse en la carrera á que se dedicó llevado por el fanatismo mas que por un espíritu religioso.

Fué también invitado á la comida del señor Comandante en atención al carácter que investía.



Llegó la hora de asistir á la fiesta y Máximo dejó á Valentina que hizo nuevos esfuerzos por ocultar su invencible y extraño pesar.

El joven partió y ella recurrió á sus niñas para buscar el olvido de su presentimiento.

La rubiecita que gozaba de sus simpatías fué el objeto de sus caricias.

Distraída con sus inocentes observaciones, trascurrieron las horas para ella.

Máximo había llegado á la casa del Comandante, quien lo recibió con franca amabilidad.

Un momento despues ocupaban sus puestos en la mesa.

Comían silenciosamente el primer plato, cuan-

do un sirviente anunció la presencia de Gannon, cuya figura apareció detrás de él.

El Comandante se apresuró á recibirlo, presentándolo á sus convidados.

Máximo creyó recordar su fisonomía y no fué sin sobresalto que respondió á su saludo.

Gannon tomó asiento.

De cuando en cuando alzaba sus ojos azules para fijarlos en Máximo que bajaba los suyos.

Aquel hombre debía talvez recordarlo, y esas miradas que indicaban no haberle pasado desapercibido, envolvían alguna inquietud para el jóven.

La reflexion de que no podía tener interés en delatarlo, no bastaba á su tranquilidad, aunque le pareciera increíble y monstruosa una denuncia.

Gannon habia estado en Buenos Aires en la época de su fuga: debía conocerla, pues el clero todo debió ocuparse del hecho. Y aún suponiendo que no hubiera llegado á su oído, el traje con que ocultaba su estado debía provocar su discrecion.



La conversacion comenzó á animarse, y las primeras libaciones desataron las lenguas.

Gannon se dirigió á Máximo.

—Ha estado usted en Buenos Aires, señor?

—No padre: he viajado únicamente por el interior.

Aquella pregunta respondia sin duda á sus sospechas, aunque ya no lo eran.

A pesar de la barba y el traje, el ojo perspicaz del irlandés reconoció al padre Gutierrez del Socorro.

El sabia perfectamente el motivo de su desamparacion de Buenos Aires.

Su fanatismo y acaso el carácter, lo impulsaban á delatarlo.

El interés que el Restaurador habia manifestado para su captura, le aseguraba talvez una recompensa, pues era notorio que cosas premiaba ostensiblemente la delacion distrayendo sumas del tesoro nacional para pagar debidamente ese acto.

Sus servidores han tenido ocasion de experimentar su munificencia para premiar esos servicios. (1)

Gannon siguió hablando con Máximo y confirmando en sus sospechas.

Todos los demás permanecian agenos á la in-

tencion de aquel diálogo que mantenía hábilmente.

Máximo tuvo vehementes deseos de descubrirse á aquel hombre, pero si la seguridad de haber sido conocido, no se atrevió, pues consideraba tambien que no tenia razon para suponerlo un infame.



La comida concluyó en medio de la mayor animacion.

La inquietud de Máximo le hizo buscar un pretexto para despedirse, haciéndolo inmediatamente.

Se dirigió á su casa.

Valentina estaba aún rodeada de sus niñas.

Así que lo sintió, dióles permiso para retirarse.

—¿Cómo te ha ido?

—Bien; ha sido una fiesta alegre y cordial.

—Fué bien servida la mesa?

—Todo lo que puede serlo en estas alturas.

—¿Qué te ha parecido el Comandante?

—Una buena persona. Sabes que encontré un conocido de Buenos Aires? pero creo que no se ha dado cuenta de quien era yo.

—Mi presentimiento! ¿quién era ese hombre?

—Miguel Gannon; un sacerdote irlandés.

—Ese va á ser nuestra perdicion.

—No te aflijas: te digo que no me parece me haya conocido, y aunque así fuera ¿qué interés tiene en delatarme?

—Oh! tú no sabes las ideas de ese hombre, puede creer que hace una buena obra, ú ocurrirsele que nada tenemos que temer y decir allí quienes somos.

—Estás fatal.

—Ojalá sean solo temores—¿qué diríamos si el dicho de ese hombre nos trae una averiguacion?

—Nos mantendríamos firmes sosteniendo los nombres con que se nos conoce.

—¿Y las otras preguntas que pueden hacernos para que probemos nuestra afirmacion?

—Tú te colocas en el caso de una prision y el sumario correspondiente.

—No es inverosímil que suceda: creeme Máximo, pongámonos de acuerdo. Hagamos una biografía completa de nosotros mismos para estar en todos los detalles.

—Si no vamos á necesitar nada de eso.

—Por Dios! ¿qué perdemos? acaso la ocasion de salvarnos: tu tranquilidad no es oportuna.

Máximo cedió á los deseos de su amada: él afectaba mas tranquilidad de la que sentia. Conviniéron en todo lo que les pareció pudieran interrogarlos.



Gannon habia seguido conversando con los demás invitados.

Así que éstos empezaron á retirarse se acercó al Comandante.

—¿En qué se ocupa ese señor que he conocido aqui con el nombre de Brandier?

—Es el maestro de primeras letras, persona que se ha hecho muy apreciable, así como su esposa que es la maestra.

—¿Cómo se llama?

—Valentina; no recuerdo su apellido.

—Pues yo creo que ni él ni ella dicen verdad: ¿es posible?

(1) El señor Bilbao nos dice que: los que han calificado el acto de Gannon como delacion, han cometido una injusticia.

Nosotros volvemos, pues, á cometerla: Gannon fué un delator.

El no ignoraba el delito de Gutierrez, como no lo ignoraba nadie; si lo dió á conocer al saludarlo, lo que no es cierto, ese saludo era una infamia.

Camilo dijo en la prision refiriéndose á él: «en vez de ser sacerdote del Altísimo debía serlo del Infierno.» Esto en sus labios no es una acusacion, es una prueba de la delacion del piadoso ministro irlandés.

Si no tuvo la intencion de delatarlos pudo ser su salvador al aprehenderlos—por que se ocultó despues de haberlos—la inocencia no luce.

Hasta la consideracion del hecho, con algun conocimiento del asunto, para asegurar la infamia de Gannon.

No quiséramos que nuestra narracion envolviera calumnias, pero tampoco queremos faltar á la verdad por consideraciones de algun género.

—Sí: habrá llegado á su conocimiento que un sacerdote de Buenos Aires huyó con una niña de esa sociedad.

—Sí: el señor Gobernador me lo comunicó, pues ha recibido una circular del general Rosas en que me pide con empeño su captura, si llegan á esta provincia.

—Pues ahí los tiene usted. El es el padre Gu-tierrez y ella Camila O'Gorman.

—No puede ser! si traen pasaporte del Paraná en debida forma y á él se le conoce que no es porteño.

Efectivamente, es provinciano, pero yo estoy seguro de lo que afirmo. Mi deber como religioso me ordena señalar al culpable y lo cumplo por poco grato que me sea hacerle daño.

—Entonces tendré que tomarlos presos?

—Eso ya es de su cuenta. Yo me limito á poner en su conocimiento lo que me consta.

Al Comandante le era doloroso efectuar esa prision, pero habia recibido órdenes terminantes al respecto y podia llegar á oídos de Virasoro esa falta de cumplimiento. Se le indicaba un culpable y habia que proceder en su contra inevitablemente:

Gannon añadió:

—Yo le ruego que si usted los hace aprehender no me mezcle á mi para nada en las indagaciones. Creo que no existe la necesidad de decirles cómo ha llegado su delito á conocimiento de la autoridad.

—Sí, eso puede hacerse, pero él vá á suponer que es usted quien lo ha dicho.

—Sí: mas no quisiera que se le diga oficialmente, á mas que si él lo niega tendria yo que declarar, y es un paso disgustante. Me seria doloroso, y por mi estado debe impedirse que yo ande en las delaraciones y figure mi nombre en el sumario.



Gannon se retiró despues de haber cumplido así sus deberes de católico ferviente.

El Comandante estaba intranquilo, molesto, con aquella denuncia: llamó á dos de sus intimos que se hallaban aún en la casa y les comunicó cuanto acababa de saber.

Ellos encontraron que debia efectuarse la prision, y que el Gobernador dispusiera de ellos. La sentencia que podian aplicarles por su falta, no seria muy cruel y era necesario que la autoridad no comprometiera su reputacion por ellos.

Estas y otras razones que se trajeron á consideracion determinaron al Comandante, que apoyó la idea de aprehenderlos.

Eran ya las cinco de la tarde cuando aquella determinacion iba á hacer práctica.

El Comandante llamó á uno de los hombres de su confianza, dióle sus órdenes, encargando que fueran tratados amablemente.



## XXIX

### La prision

Hacia un momento que nuestros protagonistas concluian de determinar los puntos necesarios para responder acordes á las preguntas posibles en el caso desgraciado de una prision.

Valentina se ocupaba de sus deberes domésticos: no apartando de su imaginacion sus sentimientos autorizados por la presencia de Gannon en la fiesta.

Para ella habia huido la tranquilidad. Aquel hombre podia decirlo en el pueblo é iban á señalarla como criminal.

Máximo procuraba distraerla con cariñosas observaciones.

Iba á pasar ese dia de inquietud: la tarde se despedia tristemente con sus últimas luces.

Dos hombres se detuvieron en la entrada de la casa, haciendo sentir su presencia.

Valentina se estremeció.

El jóven acudió á la puerta, y una densa palidez cubrió su semblante al reconocer en ellos representantes de la autoridad. Hizo un esfuerzo para dominarse y preguntóles con voz serena, qué se les ofrecia.

—Traemos órden del señor Comandante de pedir á usted y su señora que nos sigan.

—A qué parte?

—La señora irá á la casa de una familia de la relacion del señor Comandante y usted debe ir con nosotros hasta la cárcel.

—¿Pero hay motivo para ello?—esto es un atentado.—¿A qué responde una órden semejante?

—Señor, nada podemos decirle: venimos en cumplimiento de nuestro deber y no sabemos absolutamente nada de lo que se trata.

—¿Y ya debemos seguir á ustedes?

—Sí señor.

—Me permitirán que me arregle para salir y prevenga á mi esposa, á quien puede alterar su salud delicada semejante manera de proceder.

—Si señor, pero tendrá que acompañarlo adentro uno de nosotros.

—Venga usted.

Y Gutierrez caminó hácia las piezas llevando en el alma una ráfaga de desesperacion, y ger-

minando acaso en su pecho noble un movimiento de ódio hácia su infame delator.

Valentina habia dejado sus ocupaciones para observar. Distinguió tambien á los hombres de justicia.

No dudó de lo que le esperaba, y ante aquella prueba dolorosa exhibió el temple de su alma. Alzó su espléndida cabeza con un impulso de sublime energia y dijo á Máximo que volvía:

—¿Qué quieren los señores?

—No sé que le habrá ocurrido al Comandante que nos manda buscar de esta manera. Tú tambien tienes que salir: apróntate.

—Supongo que nos separarán.

—Un corto tiempo, sí: tú quedarás en casa de una familia y yo pasaré á hablar con el Comandante. Nada mas puedo decirte.

La jóven cambió su traje por uno mas adecuado y reuniéndose á Máximo caminaron en la direccion que se les indicó seguidos por los hombres de justicia. Adelantáronse unos cuantos pasos para poder hablar en voz baja.

—¿Recuerdas lo que convinimos por si nos interrogan?

—Sí, todo ¿pero se trata de una prision?

—Desgraciadamente así lo creo. Tén confianza sin embargo, no estamos en el caso de desesperar. Llama tu energía y muéstrate lo que siempre has sido.

—Lo que no podré soportar será que nos separen.

—Es tambien mi mayor pena, mas yo creo que si lo hacen no será por mucho tiempo

—Dios te oiga! yo todo lo temo.

—No te intranquilies, abultando los males de la situacion.

—Hasta cuándo nos seguirá la desgracia!

—Todo tiene término.

—Como lo ha tenido talvez nuestra ventura.

—Oh! no hables así. Tu sufrimiento engrandece el mio.

—B-ta es lo casa que debe quedar la señora, dijo el oficial señalando la mas próxima, y una de las mejores de la villa.

—Está bien, respondió Máximo, deteniéndose á pocos pasos de ella.

—Adios, amada mía; recuérdame y no sufras: yo volveré.

La jóven hizo un esfuerzo supremo para ocultar su emoci6n, mas no le impidió que dos lágrimas surcaran su rostro.

—Adios, dijo, estrechando las manos del jóven: no puedo decir nada mas.

Habia encerrado su dolor y su ternura en aquella palabra que tantas veces se pronuncia entre lágrimas.

Caminaron hasta la puerta de la casa.

Allí volvieron á estrecharse las manos en silencio.

Valentina y uno de los acompañantes penetraron en ella.

El jóven siguió silenciosamente hasta la cárcel que se levantaba á poca distancia.

Fué recibido por un guardián que lo acomodó en una de las mejores piezas de la casa, dejándolo entregado á sus reflexiones.



Valentina fué recibida bondadosamente por la familia en cuya casa se habia dispuesto su detención.

Allí se sabia el delito de que se la acusaba y todos hallaban disculpas y atenuaciones para su falta.

La jóven se les hizo simpática desde el primer momento.

El agente de seguridad se instaló tambien allí; era su órden, no porque se creyera en la fuga, sin6 por llenar las formalidades que en tales casos se exigen.

La dueña de casa era una señora entrada en años, sencilla y francota.

Tenia dos hijas que procuraron hacer menos dolorosa la situacion de Valentina.

Llenábanla de esperanzas y consuelos, que ella aceptaba agradecida; eran un lenitivo, que apenas endulzaba sus amarguras y el dolor de aquella separacion que bien podria prolongarse.

En la casa nada sabian de lo que se trataba de hacer con ellos.

La incertidumbre no era uno de los mas pequeños dolores que la angustiaban.

A veces esperaba ver llegar á Máximo que habria destruido las aseveraciones de Gannon.

Las primeras horas de la noche fueron iluminadas por esa débil esperanza, pero trascurrían lentas como son las del dolor, sin que trajeran una nueva halagadora.

Llegó la hora del reposo y con ella desapareció la esperanza.

Con la posible comodidad alojaron á la jóven que contó por los latidos de su corazon los minutos de ese tiempo de calma que no lo es para un espíritu atribulado.



Máximo comenzó á pasearse por su habitacion. La incertidumbre que envolvía su suerte no le permitia trazarse un plan de conducta.

Un centinela cruzaba automáticamente frente á la puerta.

Después de una hora de reflexiones, el jóven se dirigió á él.

—¿Me será permitido comunicarme con mi esposa?

—Yo no sé, señor; á mí me han dado órden de cuidar que usted no hable con nadie.

—Es decir que estoy incomunicado?

—Así será, señor.

Máximo volvió á sus paseos silenciosos.

—¿Cómo lo pasará Valentina? pensaba, acaso la desdenan por su falta y no tiene ni el consuelo de una voz amiga. Este es el premio á su amor y á su abnegacion por haber unido su destino á mi suerte maldita.

Volvió á detenerse.

—El Comandante vendrá esta noche ó mañana?

—No puedo decirle.

—Y se aprisiona así á un hombre, haciéndole pasar las horas sin que nada se le diga?

El centinela guardó silencio.

—Vaya con las formalidades que observa la justicia!

Y volvió á pasearse comprendiendo que no estaba en sus intereses dejarse llevar por la impaciencia.

A media noche se tendió sobre una especie de cama que tenía en la habitacion, procurando con improbos esfuerzos conciliar el sueño.

La imagen de su amada esperándole entre angustias, le alejaba aquel consuelo.



Después de efectuada la prision, el Comandante escribió al Gobernador de Corrientes una nota dándole cuenta del suceso y pidiendo órdenes.

Púsole fecha del dia siguiente y mandó que al amanecer partieran con ella.

La noticia de la captura se divulgó por toda la villa, donde se hacian los mas estraños comentarios.

Era, sin embargo, muy general la simpatía que provocaban los jóvenes presos.

Dudábase de la verdad de la denuncia. Un general, Benito Ayraldi, que tenia establecido un pequeño negocio que le obligaba á hacer viajes á Buenos Aires, afirmaba que eran los prófugos del estado.

Habiase encontrado en la Capital cuando ocurrió la fuga y recordaba que la filiacion de los reos tan profusamente esparcida, coincidía admirablemente con ellos. El tenia formada una profunda conviccion y no temia divulgarla.

Esto influyó en el ánimo del Comandante á quien aquella publicidad quitaba á sus deseos la posibilidad de ser indulgente. No se habia manifestado muy benévolo, limitando su atencion á que el tratamiento de los reos fuera atento y obsequioso en el limite que le marcaba la responsabilidad inherente al abultamiento con que se habia considerado su delito.

La contestacion de Virasoro deberia llegar en breve y marcarle inflexiblemente su conducta.



El dia que siguió á la prision fué de indecible impaciencia para Máximo y Valentina.

Esta solicitaba con ahínco se le concediera ver á su esposo ó que la colocaran con él.

La familia compadecida de sus angustias, hizo empeños en ese sentido; todos infructuosos, pues el Comandante se negaba á levantar la incomu-

nicacion de Máximo para impedir el acuerdo en la defensa.

Esto desesperaba á Valentina que no alcanzaba la causa de tal rigor.

Máximo pidió hablar á un oficial; queria alguna luz sobre su situacion.

Este solo pudo decirle que se habian pedido instrucciones al Gobernador quien era el árbitro de su suerte y que éstas llegarían antes del 20.

Negósele tambien el consuelo de enviar unas líneas á su amada.

Esto era lo que mas le molestaba, pues creía en la necesidad de esforzar el ánimo de Valentina.

En sus largas y continuadas meditaciones, se le ocurría posible los enviaran á Buenos Aires, siendo ésta una de sus mayores inquietudes.

Buenos Aires significaba la separacion de su amada, y las humillaciones consiguientes á una falta en el caído, pues bien sabia que si un crimen es el pedestal de la elevacion de un hombre, éste se ensalza, ó cuando no hay el medio de hacerlo, se calla y se tolera, mientras que la falta en el débil adquiere proporciones que aterran al rodar en los círculos sociales dando tema á la murmuracion.

Aún le quedaba la esperanza de que no se verificará su identidad: felizmente habian combinado un plan de defensa que podría salvarles. Esta esperanza era débil, pero al fin lo era.

Tenia que defender no su libertad sinó su amor.



A medida que se acercaba el término de sus dudas sobre lo que dispondría el Gobernador, aumentábase su impaciencia.

Todo dependia de aquel hombre, que iba talvez dictar distraído alegremente, la fórmula que ustara su suerte á la desgracia.

Si hay algo doloroso es la consideracion de la significante preocupacion con que se determina ine la posicion y acaso de la vida de un semejante.

Un juez muchas veces tonto y mas general-

mente incapaz, hace con una plumada rodar entre lágrimas toda una vida, abatiendo en la desgracia una familia.

Las atenuaciones poderosas q' siempre existen para la falta ó el crimen, apenas han pesado en su conciencia, mal dichas por el reo, poco meditaciones por un defensor que no atiende su causa mirándola como un trabajo improductivo: y la condenacion se efectúa, un hombre se pierde para sí mismo, la familia y la sociedad, y al dia siguiente el Juez no conserva el recuerdo,—la justicia se ha hecho, la colectividad queda vengada.



Valentina miraba su suerte con mas dolor, si era posible, que su amado.

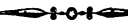
En su condenacion iria envuelta algo mas que la separacion, así como enviada á Buenos Aires se le haria imposible la vida.

Su estado, origen poco antes de tanta ilusion, érale entonces su mayor tormento. Empero su ánimo no decaía.

Algunas horas de soledad dejaba correr sus lágrimas, mas la familia que la rodeaba no sorprendia señales de abatimiento en su semblante: tanta era la fuerza de su voluntad.

Agena á las disposiciones que se habian tomado en Buenos Aires contra ellos, no media el alcance posible de su desventura, ni tenia indicio alguno que le hiciera prever las determinaciones que pudieran adoptarse; esto no disminuía su impaciencia, motivaba mas bien su intranquilidad, puesto que el hecho de aprehenderlos á tan larga distancia, la llevaba á congeturar serias medidas.

Elia ansiaba una disposicion cualquiera: significaria un cambio y esto es siempre objeto de anhelos impacientes para el que se vé impedido de obrar por sus inspiraciones: aunque se tema mas el porvenir, el presente es siempre odioso en la desgracia.



# XXX

## La sumaria informacion

El Gobernador de Corrientes recibió la comunicacion del Comandante de Goya.

Como todos los gobiernos de la Confederacion, no estaba en malas relaciones con el Sumo imperante y no le era desagradable hacer un acto meritorio.

Contestó, pues, la nota y encargó su conduccion al teniente Adolfo Cano, que le merecia toda su confianza: hé aquí sus instrucciones:

Corrientes, Junio 19 de 1848.

Al Comandante Militar de Goya (1).

El Gobierno ha recibido la nota de usted fecha 15 del corriente en la que le instruye que el maestro de primeras letras de esa Villa, Máximo Brandier ha resultado ser el res presbítero Uladislao Gutierrez y la mujer que lo acompaña Camila O'Gorman, ambos prófugos de la ciudad de Buenos Aires, despues de haber cometido el mas horrendo escándalo.

Ha procedido usted bien al poder en arresto é incomunicado al reo presbítero, é inmediatamente de recibir esta procederá á ponerle grillos y mantenerlo bajo la mas completa y segura custodia é incomunicado; y á la reo Camila O'Gorman ponerla tambien en seguro arresto é incomunicada y no en una casa de familia como usted lo ha hecho: queda usted inmediatamente responsable de conservar á dichos reos en los términos que se le espresa hasta que el Gobierno resuelva lo que corresponda.

Procederá usted asociado al Juez de 1<sup>a</sup> Instancia de esa villa á levantar una sumaria informacion sobre el modo y forma en que salieron de Buenos Aires, su permanencia en el Rosario, Santa-Fé y Entre-Rios, les interrogará escrupulosamente sobre si salieron con pasaporte de estos puntos, revisarán el que presentarán á esa Comandancia á su arribo, y lo agregarán al sumario no deben omitir circunstancia alguna en el suma-

rio de lo que los reos declaren sobre su viaje y demás accidentes, sean de la clase y naturaleza que fueren, si han sido conocidos en alguno de los pueblos en que gan estado y por quienes, si han salido de ellos mediante alguna proteccion especial ó si hae tenido que conservar su carácter supuesto hasta venir á Goya, les preguntará tambien en que casas han parado en el Rosario y si han sido conocidos por los dueños de las casas: tomarán todos los papeles, cartas, etc., pertenecientes á los reos y constará en el sumario, formarán ustedes un inventario de todo lo que se encuentre en casa de dichos reos que tambien lo agregarán al sumario, se les encarga el mayor esmero y brevedad en la formacion del sumario, el que lo remitirá al Gobierno con el teniente Adolfo Cano, portador de esta nota, debe principiarse el sumario para hacer el cotejo de los reos con las clasificaciones de ellos que al efecto se les adjunta nuevamente.

*Benjamin Virasoro.*



Inmediatamente de recibida esta comunicacion el Comandante puso en práctica las instrucciones que por ella se le hacian.

Al mismo tiempo que ordenaba un prolijo inventario en la sala de los reos hacia comparecer á éstos á la sala del Tribunal.

Máximo recibió casi con alegría la órden de presentarse: iba á saber algo.

Componiase la Comision del Juez de 1<sup>a</sup> Instancia, hombre duro y seco, que trataba de infundir temor con su presencia para facilitar, segun creia la confesion de los reos.

Estaba tambien el Comandante y el Escribano Público, hombre de cortos alcances, aferrado á su profesion y que veia siempre una notabilidad, segun costumbre del oficio, en el Juez sumariante.

Máximo comprendió que iba á comenzar la lucha, lucha desigual, y se preparó con toda su serenidad, poniendo en juego todas sus facultades.

(1) Documento en nuestro poder.

Entró con paso firme y aire desenvuelto, aunque modesto.

Los circustantes fijaron en él sus miradas, que fueron resisitadas sin aparente emocion.

Esperaba se le interrogara.

El Juez, y sucesivamente los demás dirijian la vista á un papel, que no imaginó en el momento qué era y la pasaban á su rostro deteniéndola en toda su persona.

El Juez hizo un jesto de satisfaccion, pareció convencido de algo, y se dirijió al reo despues de hablar unas palabras con los demás en voz baja:

—Se le ha llamado á usted para determinar segun su filiacion, la identidad que existe con el presbitero Gutierrez: todos los detalles coinciden admirablemente con usted.

—Es una rara y molesta coincidencia.

—Bien: mañana se le tomará á usted declaracion. Puede retirarse.

El jóven no se hizo repetir el órden y salió silenciosamente.

Se habia propuesto ser parco en observaciones y palabras, pues alcanzaba la trascendencia de una frase poco meditada, ó que obedeciera á una impresion.

Si el solo hubiera tenido que defenderse, poseia bastante confianza en si mismo para permitirse otra conducta, pero Valentina no podia estar en sus observaciones.

Cuando llegó á la pieza que le servia de habitacion, una nueva y dolorosa impresion le hirió tan vivamente, que no fué dueño de sí.

Estaba en ella una especie de herrero, con unos grillos en la mano.

—¿Qué van á hacer conmigo? exclamó dirigiéndose á los soldados que lo acompañaban.

—Hay órden superior de ponerle grillos, recien los han traído, contestó uno de ellos como explicando la causa porque no se los habian puesto antes.

Máximo sintió cruzar por su cerebro una ráfaga de desesperacion: recordó á Valentina.

—Sea, dijo con voz pausada, y se acomodó para sufrir aquel humillante tormento.

Miró despues sus piés aherrojados y no pudo contener una lágrima que ocultó dejando caer su frente entristecida y cubrió con una manta sus cadenas, creyendo sentir menos su peso al ocultarlas á sus propios ojos.

Las ideas que le traia aquella crueldad le hacian presumir muchos males.

Esperemos, se dijo, con la amarga entonacion del que espera solo desgracias.



Valentina acudió un momento despues ante la Comision.

Su continente era altivo y la gracia de su porte aparecia en medio de sus emociones encontradas que apenas dejaba traslucir la fuerza soberana de se voluntad.

—Señora: quiere constatarse por su filiacion si es usted Camila O'Gorman, fugada de Buenos Aires y cuyos detalles fisionómicos tenemos á la vista.

—Es una tarea que en brevs dejarán cumplida pues no sé en qué puedo parecerme á esa jóven.

La Comision deliberó un momento y parecieron estar conforme con lo observado.

—Como ahora ya es tarde, mañana se llamará

á usted á declarar, dijo el Juez cuyo tono se habia modificado en presencia de la jóven.

—¿Y no podria ver á mi esposo, señores?—es cruel que se observen tantas prevenciones con nosotros por una falta supuesta.

—Aún nó, señora; es sensible hacer guardar esa consigna, pero así lo mandan disposiciones superiores.

—Que ustedes podrian modificar; es mi único ruego.

—No está eso en nuestras atribuciones, tendríamos gusto en aliviar su situacion: ahora puede retirarse.

La jóven caminó en medio de sus guardias y fué alojada en el mismo edificio.

Aquello no fué un gran pesar para ella, estaba mas cerca de Máximo y la proximidad es una esperanza.



El inventario mandado verificar habiase terminado.

La Comision lo examinó autorizándolo con sus firmas respectivas. (1)

Hélo aquí testual:

Goya, Junio 21 del 48.

Razon tomada por la Comision de los intereses que se han encontrado en la casa de los reos: presbitero Uladislao Gutierrez y Camila O'Gorman—á sab r:

Una polacra de paño negro con cuello y bota mangas de terciopelo negro.

Un poncho de lana negro de á pelo.

Cuatro camisas de hombre, de bramante.

Tres calzoncillos de lienzo.

Un par pantalones de casimir.

Un chaleco torciopelo negro.

Una corbata de seda fondo negro.

Un par guantes de cabritilla, de hombre.

Un par navajas de afeitar y un asentador.

Un yesquero con chapas de plata.

Una escobilla de pelo.

Un polvorin.

Un par pistolas de fulminante.

Una cajita cebas.

Un tintero de cristal.

Un lente de prender cigarros.

Un par botas viejas.

Una balija de suela.

Un par maletas de lana, hechizas.

Una marquesa ó cuja.

Un espejo de caja deshecho.

Un vestido de raso negro, de mujer.

Un chal de seda.

Un velo de encaje.

Un pañuelo de seda, de cuello.

Cuatro vestidos: taes muselina y uno de saraza.

Cuatro enaguas de bramante.

Dos batas blancas.

Tres camisas de mujer.

Un pañuelo rebozo de lana, de colores.

Una esclavina de punto, de mujer.

Un abanico usado.

Una cadena de pelo con chapas de oro.

Un par guantes, de mujer.

Un par de botines, de id.

(1) Documento en nuestro poder.



Una escobilla de dientes.  
 Un corta plumas.  
 Una cajita agujas.  
 Una tijera.  
 Una borla de seda negra.  
 Un par caravanas de oro.  
 Una alfombra de paño, de colores.  
 Dos delantales delistado.  
 Un peine.  
 Dos cuchillos.  
 Cuatro cucharas de hierro.  
 Dos tenedores.  
 Dos tohallas.  
 Un dedal de acero.  
 Un arito de oro roto. (1)

*Estanislao Lemos—Tomás Echavarría.—*  
*Ante mí, Manuel Loza—Escribano Pú-*  
*blico.*



La noche fué larga y angustiosa para los reos. Al día siguiente debían librar una batalla decisiva, según se les había comunicado y era necesario no solo recuperar la libertad perdida sino impedir la separación y dolorosas humillaciones que tenían delante, si la Comisión verificaba su identidad.

Procuraban recordar uno á uno todos los pormenores en que se habían convenido.

La mayor dificultad era estar siempre de acuerdo.

Muy débil era la esperanza de conseguirlo, pero era necesario luchar.

Máximo no dudaba de la energía de Valentina; más era tan fácil sorprenderlos en una contradicción que por muy poco que se empeñaran, debían conseguirlo.

Mas que en la indulgencia de la Comisión confiaban en lo rutinario y limitado de las preguntas que debía ocurrírseles.

Esta es siempre la esperanza de los reos que disponen de facultades no vulgares.

Trascurrió la noche y el momento decisivo llegó también: Máximo fué llamado.

El ruido de sus grillos al caminar lenta y trabajosamente, hería sus oídos de una manera dolorosísima.

Mas de una vez tuvo que detener sus pasos ó apoyarse en un soldado ó en la pared para no caer.

Penetró á la sala donde se reunía la Comisión. Su semblante se contrajo con enérgica expresión y sus ojos se fijaron altivamente en sus jueces, pero sus miradas no envolvían el desafío que lanza á la justicia el reo á quien no importa la condenación y que solo juega la libertad que le hace apreciar menos una vida miserable.



El Juez de instrucción fijó en él su áspera mirada y dijo con voz pausada despues de exijirle el juramento de órden: (2).

(1) Nos parece escusado decir que este inventario es otro mentís á las acusaciones de robo de alhajas en que se ha pretendido envolver por algunos, á Gutiérrez, y que refutamos en otra parte de esta obra.

(2) Los párrafos entre comillas los reproducimos textuales, del sumario que existe en nuestro poder.

—«¿Cuál es su nombre, patria, oficio y edad?»

—«Llámome Máximo Brandier, soy natural de Jujuy, mi ejercicio es el comercio y tengo treinta años de edad?»

La respuesta del jóven era concisa; su voz tembló ligeramente al pronunciarla. Ahorraba palabras, según se había propuesto, lo que pareció complacer á los cirrenstantes.

—«De qué punto se condujo á esta villa, y que personas lo acompañaban?»

—«De Santa-Fé, vine á Entre-Ríos y de allí á esta Villa, acompañado por mi esposa Valentina Desan.»

—«¿Desde dónde se dirigió usted á Santa-Fé y con qué objeto?»

—«Desde el Rosario, con el objeto de trabajar para mis necesidades.»

—«¿De qué ciudad ó pueblo partió usted acompañado de su consorte, antes de los puntos indicados en su declaración y trajo también los pasaportes correspondientes para la realización de su viaje conforme al órden policial?»

—«Mi partida fué de la misma ciudad de Jujuy y he recorrido, acompañado de mi esposa, los pueblos intermedios, Salta, Tucuman, Santiago del Estero y Córdoba, trayendo el pasaporte que me correspondía, así como para mi esposa y para cuatro peones que me acompañaban hasta Córdoba, cuyos nombres no recuerdo á escepcion de dos, Sixto y Leon, y no sé sus apellidos. Los pasaportes iba renovándolos en cada ciudad, como es de práctica, y tienen ustedes el último otorgado por el Gobierno Delegado de la Provincia de Entre Ríos, con fecha del 17 de Febrero del corriente año.»

Esta respuesta era ya comprometedora, pero entraba en el plan de defensa formulado tan á la ligera. Una vista mas perspicaz y ejercitada hubiera leído en la expresión de sus ojos, que faltaba á la verdad. Pero el Juez sumariante y todos los que le siguen en el oficio, con rarisimas excepciones, se limita á estudiar las palabras; la fisonomía del reo no dice nada para ellos, su actitud, la inflexión de su voz y sus ojos sobre todo, son caracteres en que no saben leer. Podrían interrogarlo, con el mismísimo resultado, colocándolo fuera de su vista y dejándolo hacer todas las muecas que entonces le arrancarían sus temores y esperanzas.

El señor Juez siguió en el mismo tono; era una máquina de preguntar, que no variaba de plan aún cuando la respuesta del reo le diera la luz que buscaba.

—«¿En qué modo y forma salió usted de la ciudad de Jujuy, y cual fué su permanencia en los pueblos que ha tocado?»

—«Hace un año, mas ó menos, que salí de Jujuy á caballo con mi comitiva; en todos los pueblos que he tocado solo he permanecido en ellos pocos dias. No señor, me ha equivocado y puede interpretarse mal, no pocos dias, sino menos de un mes.»

Repentinamente había recordado que así era lo convenido con Valentina.

El Juez no atendió nada de aquello: su afán era preguntar.

—«¿Cuántos caballos ocuparon en su primer viaje, cómo eran sus pelos, eran de tropilla ó de posta?»

«Los caballos que usamos eran los necesarios á la comitiva, pues eran de posta. Sus pelos eran oscuros.»

Esto último lo dijo con una excitación visible.  
—¿En qué casas han parado desde el pueblo de su salida hasta Entre Ríos?»

—«En todo mi viaje, me ha detenido en las postas, excepto en Córdoba, Santa-Fé y Entre Ríos. En el primer punto lo hice en casa de una señora llamada Rosa, cuyo apellido ignoro y que está situada en el mismo pueblo. En el segundo en casa de Abalos, y en el tercero en lo de un tal Magliano, comerciante que vive dentro de la ciudad.»

—«¿Cómo es el equipaje que ha tenido, qué especies ó artículos ha vendido en el viaje, y cuáles conserva en esta villa?»

—«De Jujuy solo he traído la ropa muy precisa contenida en una balija: es decir ropa blanca, de paño y casimir, pantalones y chaqueta; lo demás lo mandé hacer en Santa-Fé.»

—«¿Cómo se llama el sastre que le obró la ropa y qué clase de vestidos le fueron hechos?»

—«El sastre se llamaba Cañas, hizome dos pares de pantalones de casimir, uno de color de almendra y otro negro, un chaleco de terciopelo negro y un sobretodo de paño negro de vueltas de terciopelo del mismo color.»

—«¿Usted ha traído una gorrita con borlas en su equipaje, y dos recados, dónde los compró.»

—«He traído, si señor, una gorra de mi uso y los recados los compré en Jujuy á artesanos públicos.»

—«¿Los recados eran nuevos ó de regular uso, ó viejos cuando usted los compró?»

—«Ambos eran nuevos, sin uso alguno.»

—«Uno de los recados ó los dos tenían pistolerías?»

—«Uno las tenía y ambos fueron vendidos en Santa-Fé por mano del señor Abalos por cuya razón no sé á quién.



Con esta última pregunta en que el señor Juez creyó desplegar sin duda una notable habilidad, se dió por terminado el interrogatorio.

El reo se puso de pié á la orden de retirarse y sus grillos volvieron á sonar á su oído con ruido tal vez menos doloroso que lo hacían en su alma las preocupaciones que determinaban su prisión.

Llegó á su cuarto y se situó en frente á una rejilla que tenía la puerta, para ver, si era posible, la entrada de Valentina á la cárcel: él no sabía que estuviera ya allí.

Hirió su oído algo semejante á su voz, haciéndole palpar el corazón: era ella en efecto que cruzaba frente á él.

Mirola con la ansiedad del amor y sus labios pronunciaron inconscientemente: valor amada mía!

Ella se enrojeció de placer, y dió vuelta hácia donde lo suponía, exclamando: no me falta.

—Señora, no se puede hablar, dijo uno de sus conductores.

La jóven lo miró haciéndole bajar la vista: había tanta altivez y dignidad en aquella mirada.

—No lo sabía, le dijo sonriéndole amargamente.

Máximo se sintió tan emocionado al verla que no se fijó que en la dirección que traía no podía ver de la calle.

Después que desapareció de su vista ocurriósele tal reflexión, y una mezcla de dolor y gozo en inexplicable consorcio ajitó su ánimo: La te-

nía mas próxima, pero eso, como sus grillos, indicaba que se agrababa su causa.

Valentina apareció ante la Comisión con la digna actitud del día anterior, pero sus ojos significaban mas decisión, su lábio inferior pronuciaba en su fisonomía un aire de mas altivo desde sus maneras eran menos embarazadas: la voz de Máximo sin duda influía en aquel cambio, de que no se dió cuenta la Comisión, que no pudo dejar de admirar sin embargo, tanta energía.

—«Prestó sin titubear el juramento que debía preceder á sus respuestas.

—«¿Cuál es su nombre, patria, estado y edad?» preguntó el Juez modificando apenas la inflexión de la voz, pues no se separaba de los términos del primer interrogatorio.

—«Soy Valentina Desan, natural de Jujuy, casada con Máximo Brandier, y tengo 25 á 26 años de edad.

—«Desde qué punto se condujo usted á esta villa y con qué personas en su compañía?»

—«He partido de Santa-Fé en compañía de mi esposo, en un lanchon que hacia la carrera á la ciudad del Paraná y desde allí á esta villa en un buque de Tomás Lubary.»

—«¿De qué punto se condujo para el viaje que ha efectuado á la ciudad de Santa-Fé y con qué objeto?»

—«Mi primera partida fué de mi país, la ciudad de Jujuy, tocando en los pueblos de Salta, Tucuman, Santiago del Estero y Córdoba é igualmente en el Rosario donde estuve cinco meses, sin mas objeto que seguir á mi marido.

El Juez miró á sus compañeros con una lijera sonrisa, como diciéndoles: ¿no les decia á ustedes? vean mi habilidad.

Valentina apercibióse que algo le encontraban vulnerable y se estremeció, reponiéndose tan rápidamente que no apercibieron tal movimiento.  
—«Ha traído los pasaportes competentes y ha sido acompañada por otra persona fuera de su esposo?»

—«He traído los pasaportes, y han quedado en los respectivos pueblos por donde hemos viajado conservando únicamente el del Paraná á esta villa, y respecto de otra compañía he traído siete peones de la misma provincia de Jujuy con el objeto de conducir á ella cierto número de ganado vacuno, para comprar el cual se habia dirigido mi esposo á la provincia de Santa-Fé; realizó la compra del ganado que nos fué robado por los indios.

—«¿Y dónde quedaron los siete peones despues de ese acontecimiento? preguntó el Juez, convencido ya de que le faltaba á la verdad.

—«Con motivo de esa desgracia tomamos la resolución de llegar á esta villa quedando ellos dispersos, sin que sepa las ulterioridades.

—«¿De qué modo y forma salió usted de Jujuy y cuál ha sido su permanencia en los pueblos que han tocado?»

—«De Jujuy salimos con la comitiva ya indicada á caballo, la permanencia durante todo el viaje fué en casas desconocidas, á veces dormíamos en el campo excepto en el Rosario que paramos en casa de un tal Abalos.

Valentina eludia contestar el tiempo que habian permanecido en los distintos pueblos: era la misma respuesta en que Máximo titubeó.

El plan formado aquebaba, como se vé, en muchos detalles. La jóven iba comprendiéndole

que no habia esperanza de engañar á los jueces á medida que la informacion avanzaba: habia respondido en muchos puntos cuyas preguntas no estaban preparadas, sin embargo, no decaia su altiva serenidad.

—“¿Del equipaje que ustedes han tenido, han vendido algunos artículos en el camino? ¿cuáles conservan en esta villa?”

—“Tráimos el equipaje muy preciso, pero nos fué quitado por los indios y todo el que aquí aparece ha sido comprado en Santa-Fé.”

—“¿Ha traído usted alguna ropa decente de su uso y viene entre ella alguna de color negro?”

—“Dos vestidos mandados hacer en Santa-Fé; uno quedó en el Paraná y otro existe aquí.”

—“¿Qué pelo tenían los caballos que ustedes montaban al salir de Jujuy, y cómo era el de la comitiva?”

—“El que montaba mi esposo era un zaino oscuro y el mio un oscuro con dos manchas blancas, una en la cabeza y otra en el anca, los que traían los peones no me fijé absolutamente.”



—Basta, señora, puede usted retirarse, dijo con voz mas breve el sumariante.

Valentina se inclinó ligeramente y caminó con paso firme hacia la puerta.

—Hé ahí una jóven que poco se intimida, observó el Juez; sin embargo sus declaraciones no coinciden con las de su cómplice, como lo habrán observado ustedes.

—Es verdad, respondió el Escribano: ella es hábil, pero usted lo ha sido mas.

El Juez sonrió modestamente.

—La costumbre, migo mio. Oh! es un gran auxiliar en estos casos—¿qué los parece á ustedes que se haga?

—He oido, dijo el Comandante, que hay un italiano que dice que los conoce, seria bueno llamarlo á declarar.

El escribano apoyó con un movimiento de cabeza.

El Juez llamó un soldado.

—Cíteme usted inmediatamente á un italiano. ¿Cómo se llama señor, Comandante?

—Benito Airalái.

—Pues á Benito Airalái, para que se presente al momento á prestar declaracion.

El soldado partió.

—A mí no me cabe duda, siguió el Juez, que esta pareja es exactamente la que se busca—¿cuál es la opinion de ustedes?

—La misma, señor Juez.

—El italiano declarará ó nó, pero ellos con sus contradicciones lo afirman demasiado. A mí me es imposible por la jóven, es simpática y bien educada.

—Bien pueden encerrar muchos años al curita: bien vale la pena de un encierro lo que ha traído.

Y el escribano sonreía maliciosamente al pronunciar esa especie de broma.

—Sin embargo, no me quisiera hallar en su puesto, agregó el Juez.

En ese momento se presentó el italiano.



“¿Usted conoce al preceptor de primeras letras de esta villa y á la niña que lo acompaña?” preguntó

el Juez, que habia recuperado la aspereza con que creia deber revestirse para el desempeño de sus funciones.

—“Yo no lo conozco, señor, sé únicamente que la filiacion que se dió en Buenos Aires, y que he tenido en mi poder, coincide con los individuos, presbítero Gutierrez y Camila O’Gorman.”

Nada mas se atrevió á decir el italiano á quien no habia dejado de asustar el llamado del Juez y se arrepentia sinceramente de haber provocado con sus habladurías aquel lance que no le hacia gracia.

Así fué que con el mayor gozo recibió la órden de retirarse, gozo que tradujo en multitud de cortesías y saludos á los señores de la Comision.



La órden de hacerlo todo en el menor tiempo posible, se cumplia estrictamente.

La Comision se permitió un momento de descanso é hizo traer á Máximo, para prestar lo que entonces llamaban confesion.

El jóven se presentó mas inquieto que la primera vez. Aquella prisa lo alarmaba.

—“¿Por qué niega usted su verdadero nombre, patria y profesion?”

—“Cuanto he dicho es la verdad”, dijo con voz segura.

—“No señor: debo reconvenir á usted, pues su nombre es Uladielao Gutierrez, su patria Tucuman y su edad 24 años.”

—“Estoy libre de esa reconvenccion.”

—“¿Dónde se casó usted, en qué iglesia, quién era el sacerdote y qué padrinos autorizaron el matrimonio?”

—“Me casé en la iglesia principal de Jujuy; no recuerdo el nombre del sacerdote: los padrines fueron don Victor Brandier y doña Marcela Gonzalez.”

—“¿Qué tiempo se detuvo en el Rosario?”

—“Cerca de un año.”

—“Usted falta á la verdad, dijo duramente el Juez, en su declaracion anterior, respondiendo á esta pregunta se desmiente.”

—“En mi contestacion anterior tuve en cuenta mi viaje á Santa-Fé, por eso contesté así y me ratifico en ello.”

—“Todas sus contestaciones son evasivas. El sumario así lo prueba y su filiacion y la de Comision convienen con la verificada por la Comision. Sus vestidos y demás artículos del equipaje vienen conformes con la requisitoria del Ministro de Relaciones Exteriores y del Gobierno de Buenos Aires, y se ha probado mas el crimen con los indicios graves y vehementes que se registran en el sumario: á saber, el recado con pistolas, la contradicciones que se nota en esta parte de que siendo uno de ellos nuevo y el otro viejo, usted los clasifica como comprados sin uso alguno: la de los peones que usted dijo en su declaracion que eran cuatro y su cómplice que eran siete; usted agregó que se quedaron en Córdoba y ella dice que vinieron hasta el Rosario; la gorra con borla y la polacra negra que usted varia con el nombre de sobrotodo en su declaracion y tambien los vestidos de ella que tienen completa uniformidad con los de la filiacion. Sus respuestas evasivas, de no saber el nombre de los peones ni de los dueños de casa en el dilatado viaje que han hecho, y los demás antecedentes que tienen

completa prueba en el derecho. Diga en consecuencia la verdad, sobre la materia, bajo el cargo de que se le tendrá por convicto y confeso, según la ley.

El joven escuchó con amarga sonrisa aquellas palabras duras que envolviendo tanta necesidad, daban apesar de todo, un vuelco completo á su felicidad. Respondió con voz pausada y triste:

—“Me ratifico en todo lo declarado anteriormente.”

El Juez hizo un gesto de disgusto, pareciéndole sin duda, que la elocuencia y habilidad desplegadas, debieran haber obtenido la confesion de la verdad.

Fué, pues, con mal humor que hizo suspender el acto, haciéndole leer su declaracion.

—“Es la misma que he dado, añadió el joven, y me afirmo y ratifico en ella.”

Adelantóse hácia la mesa y firmó con mano segura, despues del actuario.



Volvióse á llamar á la joven.

—“¿Cómo se llama usted, cuál es su patria, estado y edad?”

—“Lámome Valentina Desan, natural de Jujuy, casada y tengo de 25 á 26 años de edad.”

—“Reconvengo á usted porque niega su nombre, patria natal, su estado y su edad.”

—“No niego mi patria, mi estado, ni mi edad.” La voz de Valentina era vibrante y segura.

—“Por qué no contesta con verdad á la reconvenccion que se le hace, pues consta en los autos que su verdadero nombre es Camila O’Gorman, su patria Buenos Aires, su estado soltera y su edad 20 años? Usted falta á la verdad y al respeto: que debe guardar á la justicia, á la religion y á las leyes.

La joven se estremeció, fijando sus ojos en el Juez, que no pudo resistir aquella mirada que era un reproche á su dureza, dijo con tranquilidad:

—“Me ratifico en todo lo que he dicho anteriormente.”

—“Usted sabe que la negativa injustificada, estando probado en autos el delito, el reo lo agrava y su tenacidad lo hace convicto. Hágole pues, la última reconvenccion.”

—“Cuánto he dicho es la verdad,” respondió la joven con firmeza.

El Juez hizo un gesto de impaciencia.

—“De qué parte se ha conducido usted á esta villa desde su primer partida y con qué personas en su compañía?”

—“Mi primer partida fué de Jujuy, con siete peones que algunas veces eran menos.”

—“En qué fecha hizo el viaje de Jujuy, á qué hora fué su partida y cuántos peones la acompañaron hasta el Rosario, jurisdiccion de Santa Fé?”

—“No recuerdo esa fecha: salimos por la tarde hasta los suburbios de la ciudad, para marchar al día siguiente. Los peones que nos acompañaban fueron siete, que se dispersaron en Santa Fé cuando la invasion de los indios.”

—“Eso no es la verdad: el proceso dice que su primer partida fué de Buenos Aires el doce de Diciembre de 1847 á las diez de la noche, viniendo prófuga en compañía del presbítero Uladislao Gutierrez.”

—“Yo no falto á la verdad: mi marido y yo no somos las personas á que puede dirigirse su reconvenccion.”

—“¿Dónde se casó usted, en qué iglesia, cuál fué el sacerdote y qué padrinos autorizaron el matrimonio?”

—“Me casé en la iglesia principal de Jujuy, el cura de aquella iglesia era nuevo en su ejercicio é ignoro su nombre, los padrinos fueron don Victor Brandier y doña María Tejada. Apesar de un esfuerzo visible, el nombre de la madrina lo pronunció la joven con vacilacion. No recordaba el que habian convenido.”

—“Sus contestaciones son evasivas; su filiacion es la misma que ha obtenido la Comision como consta en el sumario. Los vestidos y demás artículos de su equipaje vienen conformes, con la requisitoria del Ministro de Relaciones Exteriores y del Gobierno de Buenos Aires, haciéndose mas probado el exámen por los indicios graves y vehementes que registra este sumario. Diga, pues, la verdad, bajo el cargo que si niega se le tendrá por convicta y confesa, según la ley.”

—“Cuanto he dicho es cierto: la filiacion dice que mi marido tiene un lunar, esto es inexacto, tiene dos: dice tambien que yo tengo un diente de adelante empezado á picar, es así mismo inexacto, pues los tengo picados en su mayor parte.”

La joven se asía á esa pequeña y débil objecion.

El Juez mandó cerrar la declaracion, haciendo que despues de leida la firmara.



La Comision deliberó sobre su última observacion de la joven y resolvieron, despues de grave discusion, autorizar debidamente al médico de la localidad que lo era el doctor Gibson para que prévio exámen informara al respecto.

El médico acudió al local y fueron traídos una vez mas; uno despues de otro, los infelices jóvenes.

El médico constató que efectivamente eran dos los lunares que tenia el joven: y que la mayor parte de los dientes de ella estaban picados.

Despues de este último requisito, la Comision juzgó terminado su cometido y se dispersaron sus miembros.

El Comandante remitió el sumario y ordenando nuevamente la mayor vigilancia con los reos, esperó órdenes.



La intranquilidad de los jóvenes se engrandecia con cada hora que pasaba para ellos sin traerles una determinacion.

Concluido el interregatorio, que no les habia producido beneficio alguno, en el que según lo comprendian, se confirmó la delacion de Gannon, esperaban alguna medida arbitraria y rigurosa: todo lo temian.

Máximo, ó mejor Uladislao, pues ya es tiempo de que les volvámos sus verdaderos nombres, puesto que la autoridad los hace cargar con ellos uniéndolos así al pasado de que quisieron desligarse, queria á todo trance, buscaba con afán, el medio de comunicarse con Camila.

Olvídaba sus pesares y dolores, dando vueltas á esa idea.

Lo primero que se le ocurrió fué rogar al que le traía la comida que le hiciera tan valioso servicio.

Puso toda su habilidad para conseguirlo. Comenzó á inspirarle confianza.

La impaciencia era su tormento y la dominaba con indecibles esfuerzos.

No tenia dinero que es el medio mas eficaz para conseguirlo todo y habia que suplir esa falta esencial con un poco mas de viveza.

Puso en juego cuanto imaginó para esa pequeña empresa de tanta importancia para él, y que le exigió mucho mas talento del que necesita un Ministro de Relaciones Exteriores para enfatuarse, creyendo haber salvado la patria de un conflicto, y haciéndoselo creer á los tontos.

El hombre, llévole por fin unas cuantas lineas que le fueron contestadas al dia siguiente.

Pasáronse con ella una palabra de aliento y no se creyeron tan desgraciados desde que podian comunicarse.



Por medio de esos papelititos cambiados tan lentamente para sus deseos, pudieron constatar que estaban descubiertos, aunque no alcanzaran qué se haria con ellos, presumiendo sin embargo que los llevarian á Buenos Aires, cuya idea era bastante para suplicio.

El Gobernador recibió el sumario é hizo llamar á Lubary, ordenándole fuera á buscarlos para

conducirlos en su goleta al cuidado del teniente Cano.

Lubary se dirigió á Goya.

Virasoro habia despachado una comunicacion á Rosas, anunciándole tan importante captura.

Entregó tambien á Cano la nota siguiente:

Corrientes, Julio 9 de 1848. [1]

«El Gobernador de Corrientes, Coronel Benjamin Virasoro, se dirige al de Buenos Aires, Rosas expresando que de conformidad á lo que anunció en su nota de 20 de Junio último, remite á los

(1). Documento en nuestro poder.

reos presbitero Uladislao Gutierrez y Camila O'Gorman, á disposicion del Gobierno de Buenos Aires, bajo custodia, incomunicados y el reo presbitero con grillos, debiendo el conductor de ellos, el teniente Adolfo Cano, entregarlos al Comandante del Regimiento N. 3, Coronel don Vicente Gonzalez, en el Saladillo, provincia de Santa-Fé y adjunta la sumaria que se les formó en villa de Goya.»



Llégoles el momento de comunicarles la decision del Gobernador.

Esperaban cuanto se les dijo, pero no dejo de aterrarles la idea del regreso.

Fué una tarde que cruzaron la villa de Goya en medio de miradas curiosas, que hacian doblar la frente á los jóvenes.

Condujéronlos separados.

Ese pequeño viaje fué un suplicio sin nombre.

En el barco no podrán distanciarnos, se decian, olvidando casi los dolores de aquella horrible situacion para estrechar mas los lazos de ese amor sublime por su grandeza y consagrado por el sacrificio.

Si la felicidad no interrumpida llega á disminuir la intensidad de una pasion, el dolor constante la agiganta.

Los movimientos apasionados son esencialmente activos y esa actividad crece en energia y vigor al chocar con obstáculos talvez insalvables.

Camila llegó primero á la ribera, subió á la goleta y fué encerrada en el camarote, donde hacia poco, acariciara tanto sueño de ventura.

Sobre cubierta encontró á Lubary, y bajó ruborosa sus ojos para no hallarse con la mirada, del marino.

Uladislao llegó pocos instantes despues y tomó asiento en la cubierta.

El joven mostraba en sus ojos una amarga y altiva resignacion. Sus lábios se contraian con una sonrisa nerviosa que hacia daño.

Cano y Lubary comenzaron sus últimas disposiciones de viaje y media hora despues, la goleta se deslizaba suavemente en las tranquilas aguas del Paraná.



## El regreso

Lubary sintió impulsos de compasion que lo acercaban á los reos, deseando aliviar su suerte con esos pequeños detalles, que hacen muchas veces la dicha de un prisionero.

Recordaba la falta de confianza que los indujo á engañarles sobre su verdadero estado; lo que habia herido su susceptibilidad, pero los perdonaba, trayendo á la memoria que la confianza pierde mas causas y empeora mas situaciones que la falta de ella; esa reflexion que debió ocurrirles, lo excusaba.

La pasion que hubo de sentir desarrollada en su alma por Camila y contenida por la virtud de la jóven y la bondad de su carácter, volvía á su imaginacion traida por las circunstancias que lo hacian creer posible la satisfaccion de sus deseos.

Estas ideas no triunfaron, empero, en su alma.

Sus sentimientos levantados le prohibian valerse de esa desgracia.

Púsose á conversar con Cano. Las órdenes de Virasoro eran severas y terminantes.

—Pero no es posible conservarles aquí la comunicacion.

—Ya lo sé, amigo Lubary, pero es muy posible conservar las formalidades de ella, y eso tengo que hacerlo. Aún así presenta muchos inconvenientes.

—Habrás que vencerlos.

—Y quién va á saber que los ha dejado conservar?

—Oh! no se ocultaria mucho tiempo. Dígame mas bien, que en atencion á la desgracia que los afije, puede uno esponerse por ellos, como yo mismo lo haré.

—Lo reconozco, amigo Cano: es usted un hombre. Yo iba á pedirle que desvirtuara un poco la consigna.

—Lo haré, pero aún no es tiempo.

—En eso tiene razon.

—Pobres! su falta es tan disculpable, y sin embargo, por las precauciones que se toman con

ellos, parece que existe la intencion de usar toda la severidad imaginable.

—El Restaurador tiene cosas tan raras, que uno no puede ni presumir sus actos.

—Es cierto.

—¿Y qué tal se han portado en las declaraciones?

—Ella mejor que él, es una mujer de ánimo é inteligente.

—Yo tambien la juzgo así: vale mas que él.

Los interlocutores se separaron.



Caian las primeras sombras de la noche. Los reos se habian mantenido en la posicion en que fueron colocados.

Camila sentada en el pequeño lecho del camarote dejaba vagar su pensamiento de una á otra consideracion.

Veía á Uladislao comunicado en la cubierta del barco, á pocas varas de ella sin que le fuera dado oír su voz ni fijar una mirada en su semblante entristecido. ¿Sucedería así siempre en todo aquel largo viaje?

Pensaba en Buenos Aires, donde sin duda la conducian, en su familia desolada, en los desdeños y ultrajes que iban á herirla. Y la jóven levantaba su frente haciendo brillar en su mirada el fuego de la indignacion.

—No lo soportaré, murmuraba; mas la memoria del dolor causado, las lágrimas vertidas por su culpa, pesaban en su ánimo, trocando su indignacion en esa amargura dolorosa que se experimenta cuando se ha sumerjido en la desgracia á seres queridos, sin que uno se sienta culpable, sino ante esa idea.

Habia mas que la torturaba, sonrojándola en medio de su amargura, algo que era para ella la promesa de una desgracia mayor, y que ni aun ante sí misma se atrevía á formular en toda la estension de sus temores.

Tanta es la fuerza de las preocupaciones sociales!

Esto era la suerte del sér que palpitaba en sus entrañas, iban á hacerle romper fibra por fibra su corazón de madre.

Estremeciase ante esa reflexion. Ahí solo el hombre puede llevar sus preocupaciones religiosas hasta traducirlas en leyes que se encarnan en las costumbres, y llegan á teñir el rostro con el color de la vergüenza á la que impelida por la naturaleza mas que por el hombre conspira al cumplimiento de leyes inmutables que se coartan para alejar sin duda de las disposiciones sociales, la verdad, que debe ser su fuente y normalizar la conducta individual para hacer posible la regeneracion y el progreso moral.



No eran ráfagas de desesperacion las que agitaban el ánimo de Camila: era bastante fuerte para sufrir sin esos estremecimientos que son los verdaderos tormentos del alma.

Se preguntaba si existiría una fuerza suficientemente poderosa, para arrancarle la existencia, quitándola á las caricias y al cuidado de su hijo.

—Mi deshonra, como la llamarán, es pública, se decia, no deben, pues, extrañar las consecuencias, y en nada disminuyo mi falta ocultándolas.

Su resolucion se hacia mas y mas inquebrantable en su ánimo, y ello, si no calmaba su dolor, la tranquilizaba sensiblemente.

Pensaba entonces en la suerte de su amor no sujeto á las inspiraciones de su voluntad.

Era inevitable la separacion, pero dá siempre lugar á la esperanza.

Veia cartas, que disminuieran el dolor de la ausencia, y acaso alguna entrevista.

La prision no podia ser eterna.



Uladiaslao solo consideraba la suerte de su amor.

Familia y estado no pesaban en sus decisiones; sentia mas con el dolor de su amada.

¿Cuál seria la forma en que se tradujera la desgracia, cuya seguridad lo anonadaba?

Lubary aproximándose á él sigilosamente interrumpió sus reflexiones.

El jóven recordaba su falta de confianza para con el marino.

—¿En qué piensa amigo? le dijo este que no hallaba como empezar.

—En mi desgracia, señor Lubary. Oh! si yo lo hubiera conocido mas á usted!

Aquella exclamacion conmovió al marino, haciéndole olvidar su resentimiento.

—Usted no podia adivinarme, le dijo; hubo escaseo de precauciones, que han sido un mal. Ya no hay remedio.

—Desgraciadamente.

—Pero se pueda aliviar en algo su suerte. Es-toy á sus órdenes.

—Gracias.

Y el jóven estrechó con efusion las manos de aquel hombre rudo y noble; sin ocultar una lágrima que la gratitud desprendió de sus párpados.

No me lo agradezca: usted en mi lugar haria otro tanto.

—Sea. ¿Y Camila?

—En el camarote.

—Pobre amada mia!

—No se acobarde: ningun mal dura cien años.

—El nuestro sí.—¿Cuál va á ser la posicion de ella en Buenos Aires?

—Comprendo que no le sea grata la idea de lo que puede sobrevenirle, pero el sufrimiento todo lo agranda.

—¿Y qué harán de nosotros? usted lo sabe?

—No: Cano tiene órden de entregar á ustedes al Coronel Gonzalez, y él la tendrá probablemente, de enviarlos á Buenos Aires.

—Así es.

—Allá el Restaurador será el que disponga todo.

—Pero mi delito debe ser juzgado por la justicia eclesiástica y Camila entregada á sus padres.

—Tiene razon; pero á usted no se le oculta que S. E. reasume todos los poderes incluso el eclesiástico, y que su voluntad es la única ley.

—Y él qué puede hacernos?

—Todo y nada: eso depende del humor con que lo encuentre la noticia de su prisi:n.

—Es sensible que todo dependa del capricho de un déspota.

—Lo sé, pero he visto muy altos intereses guiados y comprometidos bajo esa solo influencia.

Gutierrez no desconocia la verdad de aquella afirmacion, así que cortando sus vacilaciones, dijo á Lubary lo que hacia un momento contenía en sus lábios á duras penas:

—¿Podré ver á Camila? Cuánto se lo agradecería!

—Yo haré lo posible: es arriesgado, no por Cano, que haria la vista gorda, pero sí por los demás.

—Están durmiendo.

—No todos, pero me aprecian lo bastante para callarse.

—Entonces usted me lo promete? Y la mirada del jóven relampagueó un instante.

—Sí: esta noche ó mañana.

—Ahora, señor Lubary.

—Bueno: voy á ver.

Y el marino se levantó para observar á la gente del barco: pareció agradarle la disposicion en que se hallaban, pues, se dirigió al camarote que ocupaba Camila.

—Señora: llamé débilmente.

—Qué hay? preguntaron de adentro.

—Soy Lubary: veamos si abrimos sin bulla esta puertita. Gutierrez la espera.

Camila se estremeció de placer.

—Gracia, señor, usted es siempre nuestra providencia. Estoy pronta.

La puerta se abrió dando paso á Camila.

—Tómese de mi mano y no hagamos bulla: esto está oscuro.

Caminaron en silencio, subiendo á cubierta sin producir el menor ruido.

Gutierrez distinguió la figura de su amada, y el corazón duplicó los golpes en su pecho.



—Gracias Lubary, dijo con efusion; mientras

tomaba una mano de la jóven que se arrodilló á su lado.

El marino se retiró.

Los jóvenes se miraron en silencio un instante: no tenia palabras para traducir sus impresiones encontradas.

Gutierrez la atrajo hácia su corazon, murmurando:

—Cuánto he deseado este instante! á tu lado olvidó hasta la desgracia que nos envuelve—¿cómo te encuentras?

—Bien: todo lo bien que se puede estar en una situación como la nuestra.

—Cuánto habrás sufrido, angel mio!

—Y tú?

—Yo sufro por tí. Qué me importan las vicisitudes de mi vida? Oh! si no me ligara al mundo el amor que siento acrecentarse en la desgracia! Yo desalojo las iras de la suerte, pero te has ligado á ella. Eres mas que mi existencia. miraria impaciente rodar y confundirse, todo, todo, pero no resisto la idea de que el dolor clava sus garras en tu pecho y que yo soy la causa. No me reprocho serlo, no he estado en mí, pero la maldiccion de mi vida alcanza hasta tu frente, y te amo tanto!

La voz del jóven tenia una vibracion estraña é hiriente, eran las notas de un sufrimiento intenso en que habia algo de la desesperacion horrible de la impotencia.

—No hables así—¿no ves asomar lejos, muy lejos tal vez, una esperanza acariciadora?

Gutierrez calló: él no veia esa esperanza, su desgracia era irreparable. Camila lo sabia tambien, pero la grandeza de su alma le permitia hallar una frase de consuelo. Y ella, ella que todo lo habia sacrificado, que todo lo perdía, hasta la esperanza, hablaba con el lenguaje de esa sublime y engañosa vision del porvenir.

El silencio de su amado era una respuesta.

—¿Por qué te anonadas?—recuerda el pasado: en él hallarás una leccion de fé. Las alternativas se suceden siempre y cuando la desgracia no puede ser mayor, hay mas verdad en las esperanzas que se conciben.

Uladislao, se sintió mas fuerte con aquella resignacion que entrañaba tanto heroismo.

—Mujer excepcional! exclamó, cuánto mas te conozco, mas grande juzgo la dicha pasada y el dolor de perderte.

Hizo un movimiento brusco al pronunciar estas palabras con toda la vehemencia de su alma: sonaron los grillos que ocultaba bajo un poncho, y su ruido áspero y horrible estremeció á Camila que palideció intensamente.

—No es nada, angel mio, pisaba sobre unos hierros. El no habia tenido valor para decirte que estaba engrillado, ella no lo sabia, pero lo sintió en ese momento, y bajó silenciosamente su mano hasta los piés de Gutierrez.

La verdad la hirió dolorosamente: no levantó su frente, y sus ojos que se alzaban con la expresion del valor que lucha, dejaron correr el llanto del que cae para rendirse.

—No te afijas, es una precaucion para el viaje sin duda para evitar la molestia de vigilarme. Nada puede conjeturarse por ese solo indicio, no me incomodan, tendria que estar sentado de todas maneras. Hace un instante que admiraba tu valor, y ¿puede bastar esta pequeña contrariedad para agotarlo? No merece importancia mira

que tus lágrimas caen sobre mi corazon con un peso irresistible; enjúgalas.

—Es horrible, es horrible, murmuró la jóven pero su frente volvió á levantarse.—Ya no lloro, dijo despues; ya tengo valor.

—Es un detalle que no debe inquietarte, ya te he dicho su objeto, hablemos de algo mas importante: de nuestras esperanzas. Convergamos un plan para las interrogaciones á que tengamos que responder en adelante.

—Oh! ese plan lo tengo formado.

—Cuál es.

—Callarme.

—Eso no es juicioso.

—Y entónces?

—Mejor es decir la verdad, con ligeras variaciones; ya nada podemos ocultar.

—Es cierto: buen tiempo tenemos para eso: es mas necesario que pidamos la no interrupcion de estas conversaciones.

—Lubary está de nuestra parte.

Como si le hubieran llamado al nombrarlo, el marino se acercó.

—Tengo el sentimiento de decirles que talvez cambien ese sentinelá que ronca y es necesario que no lo echen á perder tan pronto: ya veremos de arreglar esto algo mejor.

—En usted confiemos, dijeron los jóvenes.

—Hasta mañana, alma mia.

Y Camila, despues de oprimir las manos de su amado llegó al camarote con las mismas precauciones de su salida.



Gutierrez ocupó tambien el puesto que le habian señalado como sitio de descanso.

Habia visto á su amada, y aunque dolorosamente inquieto, sus ojos se cerraron.

Eran ya tantas las noches en que el sueño no abatiera sus párpados!

Al dia siguiente Lubary habló á Cano en obsequio de sus protejidos.

El oficial se rindió á la compasion que le inspiraba la suerte de los jóvenes, y seguro de que no intentarian huir, prometió anular el lujo de vigilancia que le ordenaran, haciendo mas fácil la comunicacion de los reos que aguardaban ansiosamente la noche para trasmitirse sus impresiones. En el dia, concedíasele á Camila subir á cubierta donde se situaba generalmente Uladislao, y allí sus ojos hablaban con esa elocuencia sin palabras, que tanto hiere, porque una mirada envuelve una impresion mas que un pensamiento.

El viaje se hacia rápidamente; esto no era un consuelo. Los jóvenes preveían un cambio mas doloroso para su situacion.

Camila recordaba sus padres, á quienes sin duda, volveria á ver.

Ella no dudaba de su perdon, pero... cuántas lágrimas iban á derramarse, cuánta reflexion de amargura y desconuelo, y despues de todo eso una separacion, talvez eterna y mas dolorosa aún porque llegaria despues de haber gustado el placer.



—¿Por qué no te lo he de confesar? decia Gutierrez en una de esas noches en que juntaban



sus dolores, hablando de esperanzas,—siento á veces unas vacilaciones, una falta de fé, miro tan ennegrecido el horizonte de nuestra vida, hemos luchando tanto, que creería un beneficio el desvanecimiento que me arrojará á la corriente que surcamos para hundir en ella el aliento de mi vida, ya que no puedo hacerla palpitár para mi amor que es la ventura, única ventura, porque aisla el corazon envolviéndolo en una atmósfera propia, de sueños, de quimeras tal vez, pero si no con constituyen la felicidad, se le aproximan.

—¡Oh! no hables así, tú el fuerte, nacido para la lucha, educado en ella y para ella ¿qué dejas á mi debilidad, á mi falta de medios de acción?

—Bien sé que no encierran esperanza, ni aliento mis palabras, pero puedes oírlas, tu valor no decae porque yo desmaye. A mas jue, como sucede en todas las situaciones violentas, el estado de mi ánimo no es siempre el mismo, al desconsuelo sucede la energía, á la timidez el valor, á la vacilación la firmeza, y todo rápidamente: en pocas horas se suceden esos cambios, transformándome á su impulso.

—Eso basta para no desanimarse aunque el desaliento disminuya las fuerzas de la lucha.



—¿Qué tiempo tardaremos para llegar á Buenos Aires, señor Lubary? preguntaba Camila en uno de los momentos en que le era dado dirigir la palabra á sus acompañantes.

—Iremos, ó mejor irán ustedes hasta San Nicolás por agua. De allí pasarán á Buenos Aires, donde, segun mi cálculo, pueden estar á mediados de Agosto.

—¿Y el señor Cano será siempre nuestro conductor?

—No puedo afirmarlo. El Coronel Vicente Gonzalez deberá encargarse de ustedes.

—¿Usted lo conoce?

—De vista: no lo creo un mal hombre. Es federal, pero ha estado siempre ocupando puestos militares que lo han librado de esas crueles intrigas que rodean al Restaurador.

—Me consuelan esos datos.

—No le tema: estoy seguro de que se interesará por usted, y aliviará su suerte en lo posible.

—¿Y no podrian quitársele los grillos á Uladislao?

—Hasta allí no alcanzan ni las facultades de Cano ni del mismo Gonzalez.

—¿Y desde San Nicolás, cómo iremos á Buenos Aires?

—Probablemente en carreta.

—Me alegro: apesar de la incomodidad de semejantes vehículos, va una ooulta á las miradas curiosas.

—Que no dejarán de seguirlos, sobretodo en la ciudad.

—Me aterra la sola idea, dijo la jóven, pintándose la angustia en su semblante.

—Sí, no es agradable esa inspeccion vejatoria con que se obsecquia á todos los que se ven en las condiciones de ustedes.

—Y muy pronto llegaremos donde está Gonzalez?

—Sí, no falta mucho.



Camila no se habia tranquilizado con las respuestas de Lubary.

A medida que se acercaba el momento decisivo, mas lo temia.

Es necesario que formemos un plan cualquiera, pensaba, esta noche lo discutiremos.

Así que pudo reunirse á su amado le dijo:

—Pronto debemos llegar al paraje donde seremos confiados á un Coronel Gonzalez, tal vez se nos haga difícil comunicarnos entonces y nos tomarán nu-vas declaraciones sin que estemos conformes.

—Así que quieres formular un plan de defensas?

—Sí.

—Ya lo he pensado, y es muy sencillo.

—Cuál es?

—No nos es posible negar absolutamente nada.

—Ya lo sé.

—Pero si lo es atenuar tu falta, echándonos todas las culpas á mi, en lo que no faltariamos á la verdad.

—Yo no haré eso.

—Pero mi alma, si es el único medio.

—De qué?

—De salvar con el menor daño posible una situacion tan inquietante.

—Yo no veo mas que una probabilidad de agravar tu causa.

—Aunque así fuera. Yo defender mi libertad cuando mucho: tú tienes un nombre que hace falta conservar con el menor deadoro posible; tu deber de hija y... de madre lo exige así.

Camila guardando silencio, un momento y dijo despues:

—¿Y cómo puedo hacer recaer sobre tí mayor culpa? no te he seguido voluntariamente?

—Eso puedes y debes negar que yo no te desmentiré.

—Se reirán de mí: no se roba una mujer como un mueble.

—Puede no valer la fuerza material, pero existen presiones morales que obligan mucho mas.

—Y qué presion pudiste ejercer para que yo te amara.

—Ninguna: pero ese amor no pueden castigarlo las leyes civiles en tí: se te tomará en cuenta la fuga, el abandono de tu hogar, y para eso si pudo existir presion.

—Ejercida cómo? de qué manera?

—Con una amenaza terrible, que la pasion me obligó á hacerle.

—Jamás diré eso.

—Haces mal: tienes una mision que cumplir y será ese uno de los muchos sacrificios que te serán necesarios.

—No tiene tal condicion. Nada remedio con el.

—Te obstinas en creerlo así, no reflexionas?

—Dime cuanto quieras: sabes de lo que soy capaz por complacerte; ahora se te ha ocurrido un imposible, renuncio á semejante plan, prefiero no hacer ninguno.

—Eso no es razonable.

- Para mí lo es tanto, que si por tu parte dejas entever algo así yo diré francamente lo contrario y resultarias vos el seducido.

Gutierrez comprendió que sería inútil resistir.

- Bueno, formula tú el plan.

- Yo no veo un gran inconveniente en no desfigurar la verdad, y se me ocurre ahora que cuando el suceso de un modo ú otro queda siempre el mismo.

- Es exacto.

- Entonces debemos pensar que nada hay mejor ni mas conveniente que la verdad, y como todo lo recordamos el plan está hecho.

- Y no eras tú la que hace un momento querias hacerlo?

- Sí, pero no habia considerado su inutilidad.

- El unico razonable sería el que yo te propuse.

- Vuelves?...

- No, no insisto.

- Me mortificarías únicamente.

- Y qué te parece la idea de preparar á tu familia con una carta que talvez se pueda hacer llegar antes que nosotros?

- Es mas aceptable, aunque dá motivo para creer que no es el amor sino el temor lo que me hace recurrir á ellos.

- Y justo es que una hija que teme acuda á sus padres.

- Pero cuando una hija ha hecho lo que yo, pierde ese derecho y solo puede hablar de su cariño y arrepentimiento. Yo quisiera hacerlo, mas no que mi situacion diera motivo á dudas justificadas de mi sinceridad:

Que si es tal, debiera haberme valido para sofocar mi pasion y no para estraviarme.

- Tienes una lógica terrible esta noche.

- Y me ha venido una gran tentacion de dejar á la suerte el cuidado de mantenernos á flote, mientras nosotros vivimos para amarnos.

- Es una de las variedades del desaliento que tanto has combatido en mí.

- Entonces la rechazo.

- Debes hacerlo: la debilidad no estaria bien en nuestra situacion, ni es de tu carácter.

- No has dicho siempre eso.

- He aprendido de vos á ser fuerte. Parecerá extraño que no habiendo sido nunca pusilánime confieso que tú me has enseñado á ser fuerte y es la verdad. Alcanzo que tienes mas motivo para vacilar y temer de los que á mí me afectan y has vacilado y temido menos que yo. Te amo y te admiro.

- Y no será todo eso que me amas solamente: esa pasion engrandece cuanto toca. Hay tendencia á divinizarlo todo bajo su influencia: tú lo sabes bien. Recuerda que me has dicho que cuando me conociste y yo toqué la Misa de Requien, te hubieras arrodillado para adorarme sin estrañar esa forma en que prestabas homenaje á una mujer, y bien débil por cierto aunque no lo sea tanto para afrontar las consecuencias de la primera debilidad.

- ¿Te pesa acaso haber cedido?

- Sí y no.

- No lo entiendo.

- Si recien te conociera volveria á empezar, lo que quiere decir que no me pesa, que siento amor bastante para olvidarlo todo ¿qué digo? amor bastante! creo que es ahora cuando he llegado á quererte mas, ahora que te he visto recorrer uno á uno todos los grados de la ventura

y del dolor, ahora que... eres el padre de mi hijo. Camila bajó sus ojos. Acababa de expresar con verdad sus sentimientos de mujer. Para ellas no es lo mismo el amante que el padre de sus hijos aún reunidos estos dos caracteres en la misma persona. Estos afectos distintos se complementan engrandeciendo el amor por el hombre, y sensualizando la pasion, pues hay tendencia en la mayoría de las mujeres á amar el amor y no al amante.

Su temperamento y educacion las lleva á enajenarse á sí mismas.

El diálogo de los jóvenes continuó haciéndose mas íntimo. La mayor parte de la tripulacion y pasajeros de la goleta "Rio de Oro" dormian.

Las primeras luces de la aurora clareaban el horizonte, cuando Camila se retiró á su camarote.



Llegaron pocos dias despues al Saladillo, donde tenia su campamento el Coronel Gonzalez.

Canó cumplió su cometido poniendo los reos bajo sus órdenes inmediatas.

Este jefe se interesó vivamente por Camila, á quien ese dia llevó á comer á su mesa. (1)

La jóven llena de confianza por aquella amabilidad, se atrevió á pedirle no la separara de Gutierrez.

Esto no pudo concedérselo, pero sí que la distancia á que se colocarían les permitiera verse.

Los reos deberian llegar á San Nicolás y seguir por tierra hasta Buenos Aires.

Gonzalez tomó las disposiciones convenientes para que así se hiciera y el viaje siguió hasta ese punto, habiéndose interrumpido la dicha de hablarse por la noche, lo que trajo mayor amargura á sus ánimos entristecidos.

Cuando solo existen las propias inspiraciones en una situacion dolorosa, el valor decae sensiblemente: parece que el pesar se acumula en el corazon que se aísla, y cede la energia que lo alienta en esas luchas en que el sufrimiento y la desesperacion están en todas partes rodeando con su atmósfera sombría que todo lo muestra con un color semejante.

Camila agotaba el esfuerzo de su alma generosa para traer la resignacion necesaria á su existancia.

Gutierrez doblaba su frente al peso de aquella desventura, que hiriendo su corazon despedazaba el de su amada.



La "Rio de Oro" atracó al desembarcadero de San Nicolás y se dió parte de la llegada de los reos á don Felipe Botet, entonces Juez de Paz.

Este señor tomó sus disposiciones para llevar-

(1) El Coronel Gonzalez escribió á Rosas intercediendo por Camila.

Despues de ejecutada recibió la contestacion? de S. E. quin s' disculpaba por no haberlo podido complacer, dándole algunas razones que según él eran bastante poderosas para determinar su bárbara conducta.

Entre esas razones citaba el informe del Dr. Veloz Sarilledá á que atribuya gran influencia en su animo.

Si esto no era sincero, tampoco es lo que tantos años despues dijo en la carta de, que copia algunos párrafos el Dr. Bilbao: esa carta fué escrita por encargo;

los al Juzgado. Camila y Gutierrez se despidieron afectuosamente de Lubary, quien apenas contenía sus lágrimas. Saludaron también con afecto al teniente Cano.

La noticia se esparció rápidamente, y los jóvenes cruzaron las calles en medio de grupos de curiosos que les hacían oír observaciones de compasión ó de burla; era un nuevo y cruel tormento que se agregaba á los ya sufridos.

El trayecto les pareció eterno.

Llegaron al Juzgado.

Botet tomaba con ahínco las disposiciones necesarias para el viaje.

La incomunicacion en que debian marchar exigió un vehículo para cada reo.

Buscáronse dos carretas ó algo que se les pareciera, pues eran dos carros con toldo que se cerraron por delante y por detrás, haciendo que fueran tirados por caballos.

Ambos tenían dos ventanillas.

El señor Botet encomendó á un Alcalde que le merecía gran confianza, la conduccion de los reos.

Hízolo acompañar por una escolta, y que se colocaran los carros á unas cuarenta varas de distancia para conservar la incomunicacion.

Tomadas estas disposiciones, se dió la órden partir.



## Desde San Nicolás

Los vecinos salieron del Juzgado rodeados por los hombres de la escolta y una cantidad de curiosos.

Conservaban rigurosamente la distancia de 40 varas, impuesta por el señor Botet.

Camila se sentó en el plan de la carreta procurando con esa posición escapar á las miradas curiosas y poder abatir su frente sin un testigo que insultara sus lágrimas con la indiferencia.

Ya estaba cerca de Buenos Aires. Iba á sufrir las humillaciones acarreadas por su falta y que constituyen el arma con que la sociedad se venga de las pasiones bastante grandes y abnegadas para despreciarla.

Veía el dolor de su familia herida en sus afecciones y lastimada en su reputación, pues la crítica social, no es suficientemente injusta al flagelar cruelmente un solo nombre, su saña arbitraria ha menester toda una familia.

¿Y sabéis lo que significa ese amor á la murmuración? que se busca algo como una atenuación á las propias faltas citando aumentadas las ajenas.

*Si todo el mundo lo hace*, es una frase siempre en uso.

Puede afirmarse que una jóven, por ejemplo, que con una palabra maliciosa pone en duda la honra de su amiga, necesita ella mas disculpa.

Camila conocía perfectamente esta calamidad social, que es como muchas otras un efecto de la mentira perpétua que envuelve las relaciones necesarias á la vida de la colectividad.

Ella sentía caer sobre su frente, como una maldición, el peso abrumador de esos ataques anónimos y que están en todos los ojos, en todas las sonrisas, en todas las intenciones.

La tolerancia no es simplemente una virtud, es una necesidad. Es la caridad para con las reputaciones sin la cual todas caerían, porque todos han menester de ellas, todos mendigan una cualidad que les falta, un silencio que los salva.

El mismo que arroja un pan al desvalido quitándole los dolores del hambre, no contiene su

lengua que va con una palabra á producir sufrimientos mas atroces é incurables.

Camila recordaba todo eso: oía al rededor de sí el murmulio de mil comentarios que adivinaba y que eran otros tantos agujijones que penetraban á su corazón.

El dolor es como la distancia que nos separa del punto á que debemos llegar: considerada al comenzar el viaje, se siente el desfallecimiento de la impotencia; se ha caminado un día y otro, el cansancio aumenta, pero la resistencia no se agota y la proximidad del término parece dar nuevas fuerzas. Si la jóven hubiera entrevisto aquellos dolores habríase rendido sin luchar.

El ruido de las voces fué cesando paulatinamente,

Camila se aperció de ello.

Esperó un momento mas.

Abrió una ventanilla lateral y dirigió su vista hácia fuera.

Habían pasado las chacras del pueblo: la soledad los rodeaba.

Mas adelante debía ir la carreta de Gutierrez. Mantúvose de pié observando.

Un aumento ó disminución en la velocidad de una de ellas, las colocó á la misma altura siguiendo líneas paralelas.

La ventanilla de la de Uladislao permanecía cerrada.

Ella no quitó su vista.

Sintió una poderosa atracción que no le permitía desviarla de allí.



Gutierrez, casi anonadado, se habia dejado caer sobre las tablas del piso de su carro.

Sus reflexiones eran confusas, no determinaba sus ideas, sufría únicamente.

La violencia de su dolor pareció ceder despues de esa recrudescencia motivada por las observaciones hechas acerca de su suerte y que no le

permitían dudar de la severidad con que iban á ser tratados.

Se incorporó trabajosamente: queria ver aun-que fuera el carro donde llevaban á su amada.

Abrió la ventanilla.

Sus ojos se iluminaron y una sonrisa en que se hubiera leído el placer, contrajo sus labios.

Veía á Camila mirándole con la ternura de siempre.

Angel miol murmuró.

No era posible hacerle llegar una palabra: estaba lejoso y se hubieran opuesto los soldados pero concibió la idea de escribirle.

Tenia lápiz y papel.

Llevaba estos útiles desde Goya.

Camila los poseía tambien.

Siguió mirándola y haciéndole una que otra seña.

Los soldados de la escolta los veían, sin impedirlo: no tenían órden para hacerlo, y á todos comovía ese lenguaje mudo en que miraban comprenderse dos almas que se amaban.

El alcalde no ocultó su simpatía por los jóvenes.

Esto alentó á uno de aquellos hombres rudos, perosensibles: se llamaba Ibarra; concibió la idea de serles útil.

La tarde transcurrió sin un incidente notable.

Los jóvenes no se apartaron un momento de las ventanillas hasta que la noche les impidió con sus sombras aquel placer, débil caricia de su suerte arada.

La comitiva hizo alto, y un soldado partió hácia la poblacion mas inmediata en busca de viveres, regresando media hora despues.

Habían hecho dos fogones: uno al lado de cada carreta.

El alcalde se situó en el que estaba próximo á Camila.



—Niña ¿quiere tomar un mate? dijo aproximándose á la puerta del carro para hacer efectiva su promesa.

La jóven se incorporó: aquella voz le pareció amiga é iba tal vez á sondear intenciones.

Aceptó complacida.

—¿Y á Gutierrez, señor, no podría hacerle llevar uno?

—He dado órden para que lo hagan.

—Gracias, señor.

Aquel hombre admiraba los cuidados de ese amor que llega al olvido de todo lo que no le concierne.

—La molesta mucho el traqueo del carro?

—Es incómodo, pero no insoportable—¿qué dia llegaremos á Buenos Aires?

—Segun mi cálculo el 15 ó 16: los caminos no están muy buenos.

—Y no podré bajarme algunos ratos para caminar un momento.

—Sí, niña—¿quiere hacerlo ahora?

—Se lo agradecería.

Un momento despues Camila se paseaba, vigilada á la distancia por el alcalde que apesar de su compasion y buenas intenciones, dada valor á la responsabilidad que sobre él pesaba.

La jóven no intentó acercarse á Gutierrez, comprendía que era un paso imprudente que

podría alejarle alguna complacencia para lo sucesivo.

Terminó su paseo y volvió al carro.



Uladielao recibió tambien el beneficio de unos mates.

Ibarra tomó esa comision.

Sondeado hábilmente por el jóven, no ocultó sus buenos deseos.

Este prometió sacar de ellos el mejor partido posible.

—Y siempre nos llevarán incomunicados? preguntóle con un aire triste que no necesitó simular.

—Creo que sí señor.

—Pero eso es muy cruel ¿qué mal hay en que hablemos un momento?

—Es verdad, señor.

—El mismo Juez dió esa órden?

—Sí, señor.

—¿Y ni un papelito le puedo mandar?

—No, señor, dijo el paisano dudando.

—Y sin que lo supieran?

—¿Quién lo vá á llevar?

—Que no habria un alma capaz de hacer un servicio que en nada lo comprometia?

—Es que puede tener malas consecuencias si se descubre.

—Pero no sucederia, ¿qué le costaria, á usted, por ejemplo, pasar al otro fogon y tirar un papelito dentro del carro?

—Es peligroso.

—¿Yo se lo agradecería tantol... Y no hay servicio que se pierda.

—Mañana veremos, señor.

—Bueno mañana: piénselo y resuélvase.

El paisano se reunió con los suyos, dejando á Gutierrez halgado con la esperanza que le sonreía.



El jóven esperó con impaciencia la mañana siguiente, apenas concibió un sueño agitado y lleno de imágenes que le exageraban su desventura, si es que en ella cabia exageracion.

Con las primeras luces del dia, se prepararon á marchar: abrió su ventanilla.

Camila hizo lo mismo un instante despues.

Dijole, por señas, de que talvez pudiera enviarle unas líneas.

Cortó un pequeño papel y escribió con letra diminuta:

«Alma mía:

La suerte no cesa en sus rencores, fy sin embargo todo debemos esperararlo del auxilio extraño: nos han cortado las alas, pero conservamos el amor que nos une y su horizonte no se estrecha ni en la prision. La separacion es dolorosa: no llega á mi oido tu dulce y acariciador acento, pero pueden contemplarte mis ojos y mi alma vive en tí.

Dobló el papelito y colocándolo en el hueco de la mano, esperó distinguir á Ibarra. Este ensillaba á poca distancia. Le hizo seña de que necesitaba un mate.

El paisano obtuvo la vénia del alcalde para llevárselo,

Gutierrez le mostró su misiva y el buen hombre no pudo resistir á la supplica sin palabras que envolvía aquella acción.

Al entregarle el mate lo pasó á sus manos y él lo llevó á Camila con el disimulo que jamás falta á nuestro gaucho.

La jóven le dió las gracias con una mirada dulcísima, que bastó á borrar sus últimos escrúpulos y temores y prometerse á sí mismo complacerlos aún á costa de su libertad.

Tanto pueden los ojos de una mujer que sabe mirar!



Camila leyó aquellas líneas de amor, que significaban el olvido de la desgracia al impulso de esa pasión que parece excluir todos los demás sentimientos como si el corazón fuera pequeño para encerrarla.

Una frase de amor entraña siempre la esperanza porque mira el porvenir.

Apresuróse á contestar: aún disponia de dos ó tres viajes del mate.

«Uladiislaio: ama y espera. Hemos compendiado la vida en el sentimiento: la reflexion nos hace sufrir. Todo se ha perdido, nos dice la razon, mientras que el amor tiene voces de aliento ¿cuál debemos creer? Yo siempre seguí con fé las inspiraciones irreflexivas; es tan dulce abandonarse á ellas! Tú lo dices: nada estrecha el horizonte del amor: es que le pertenece y la mano del hombre no alcanza hasta allí.»

Camila pasó este papelito á las manos de Ibarra: ella como él habian querido encerrarlo todo en las pocas líneas que podian escribir.



Así que el soldado lo llevó á Gutierrez, el alcalde dió orden de marcha.

Los jóvenes permanecian al frente de sus respectivas ventanillas, sufriendo de pié, con gran incomodidad, el traqueo terrible de los carros en aquel suelo desigual.

Los soldados les miraban con afectuosa compasion.

Habíanse sin duda convenido los que tiraban las carretas para llevarlas á la misma altura y no privar á los reos de aquel triste consuelo.

Ellos se cambiaban miradas de ternura que parecian besarse en el espacio que atravesaban.

Los ojos besan sin ruido, y no inflaman menos que la manifestacion sensual que substituyen.

Gutierrez daba vueltas á la idea de hablar á su amada.

Cuando apenas tenia la esperanza de enviarle un papelito, sus deseos no iban mas allá: lo consiguió y queria hablarla; tal es siempre el corazón.

A medio dia hicieron alto para almorzar.

Uladiislaio se apresuró á escribir.

«Camila: quiero que hablemos; para esto no vale el buen Ibarra, es menester seducir al alcalde. Yo lo intentaré. Las noches oscuras permiten la posibilidad de que yo llegue hasta vos sin que me sientan. Ah! si lo conseguiera!»



Este papel, como los anteriores, llegó á su destino. Camila escribió:

«Haz lo que dices: el alcalde me parece bien dispuesto, se interesa por nosotros. Si no se consigue, nada perdemos: es el caso de ser audaces. Tengo tanto que decirte!»

Gutierrez, un poco mas alentado puso manos á la obra.

Hizo una seña al alcalde para que se acercara.

—Amigo, permítame darle este nombre, aunque sé por esperiencia que un preso no los tiene, tengo que pedirle un inmenso servicio.

—Diga, señor.

—Usted comprende la necesidad que siento de hablar con Camila ¿cómo podria hacerlo?

—De ningun modo: ya sabe las órdenes que traigo y si alguno lo vé me comprometo muy seriamente.

—Es que nadie me veria.

—Eso no es posible señor: somos tantos.

—Pero todos duermen de noche.

—Lo van á sentir: meten mucha bulla los grillos.

Gutierrez se anonadó ante esa observacion exacta en que no habia pensado.

—Yo haré que no suenen.

—No se puede. Cualquier movimiento basta, y usted tiene que hacerlos para caminar cuarenta varas.

—Hay otro medio para evitar eso.

—¿Cuál?

—Me promete ayudarme si yo encuentro como llegar hasta allá sin que suenen los grillos.

—Con tal que no sea quitándoselos, dijo el paisano cautelosamente.

—No: yendo con ellos.

—¿Y cómo?

—Usted es un hombre vigoroso y fuerte, lleve-me cargado.

—Nos van á ver.

—Esperemos á que todos se duerman como lo dije: Usted puede saber cuando no haya ninguno despierto.

—Pero señor, eso es muy peligroso.

—Nada se hace sin sacrificios. Yo he visto en usted un hombre de corazón, capaz de darle la mano á un desgraciado. Hágalo en este caso, se lo pido por lo que mas quiera.

Gutierrez veia deseo en el alcalde: sus vacilaciones parecian ceder y eso aumentaba su afan.

Escúcheme: será mi último ruego. Quién sabe si nos van á separar por toda la vida, y yo quiero darle mi último adios, habiéndole. Póngame en mi lugar. Haber hecho un servicio nunca le pesa á un hombre honrado. Su intencion es buena, pero ahora es necesario que la pruebe con una acción que le agradeceré toda mi vida.

—Yo quisiera servirlo. . . .

—Entonces ¿por qué no lo hace? las noches son oscuras: todo proteje su buen deseo.

—Yo le contestaré. Esta noche voy á fijarme donde se acuestan los soldados y mañana veremos.

—Yo espero que hará lo posible.

—Eso sí, señor.

—Gracias, amigo, gracias.



Cuando el alcalde se retiró, Gutierrez comunicó á Camila sus esperanzas con una mirada, y

escribió unas líneas que tuvo la suerte de haberle llegar.

«Todo va bien, le decía, el alcalde creo que consentirá: debe contestarme mañana. Ruégale vos tambien. Oh! si lo hiciera!»

Las carretas volvieron a marchar.

Habian caminado unas tres leguas cuando fueron detenidas por un oficial.

Era el capitán Evaristo Flores, quien traía la órden de impedir que se dirijieran á Buenos Aires, debiendo hacerlo al famoso campamento de Santos Lugares.

¿Qué motivaba esta resolusion?

Cuando Rosas volvió á ocuparse de la fuga, el 17 de Enero, dirijió al oficial primero de Policía la nota siguiente:

«¡VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!

¡MUERAN LOS SALVAJES UTAHIOS!

Buenos Aire, Enero 17 de 1843.

Año 30 de la libertad: 33 de la Independencia y 19 de la Confederacion Argentina.

Al Oficial 1º del Departamento de Policía. (1)

El infrascrito ha recibido órden del Exmo. Señor Gobernador para dirigir á usted las adjuntas copias de órdenes y demás referente á los reos, presbítero Gutierrez y Camila O'Gorman, y prevenirles que si son aprehendidos los dichos reos perpetradores de tan horrendo delito, proceda V. á darles entrada, al primero en la cárcel Cabildo en completa incomunicacion, y á la segunda en la casa de ejercicios, bajo la misma completa incomunicacion, poniendo á los dos reos inmediatamente á disposicion del Juez de 1ª Instancia en lo civil, que esté de semana para la prosecucion de la completa causa.

Dios guarde á V.

Por órden de S. E.

*Benedicto Maciel.»*

Ahora bien: ¿por qué cambia de resolusion? El 17 de Enero, habia dado ya á conocer en multitud de *desahogos* con las personas de alguna intimidad, cual era la suerte que esperaba á los infelices prófugos, y sin embargo, quiere que sean juzgados por el Juez de 1ª Instancia.

Es verdad que los jueces se inspiraban en su deseo y no en lo justo.

Puede tambien decirse que fueron los informes la influencia á que obedeció Rosas para esta contraórden que significaba la idea inquebrantable de fusilarlos.

Temió que traidos á Buenos Aires fuera solicitado el perdon por influencias poderosas, pues bien sabia que todo el mundo disculpaba el extravío que pretendia castigar tan bárbaramente.

Cuentan que Moreno al recibir esa nota, y no dudando que se efectuaría la aprehension hizo amueblar un alojamiento en Cabildo para Gu-

(1) Documento en nuestro poder.

tierrez y otro en los ejercicios para Camila y hasta trató de llevarle piano.

El señor Moreno podia tener muy buenas intenciones que se estrellaban ante la voluntad de S. E. y si no fué autorizado para ello, habriase guardado muy bien de guiarse por inspiraciones propias.

Recojimos el dicho sin embargo, y lo consignamos sin autorizarlo.

El capitán Flores cumplió su cometido haciendo variar la direccion de las carretas y volvió á dar cuenta.

Los reos se apercibieron de la llegada de este oficial, y como nada podia serles indiferente, arrian en deseos de darse cuenta de la mision que lo llevara.

Comunicábanse por señas su iniquidad. Erale forzoso esperar el descanso de la noche para preguntarlo.

Cuán largas debian parecerles tales horas!

Ellos presumian que debian conocerse en Buenos Aires su aprehension, y que la familia de Camila ó la Curia, estarían en campaña para evitr un escándalo mayor.



Podemos hacer alto dijo, á la oracion el alcalde, alegrando con ello á los soldados y mucho mas á los jóvenes que sintieron la cesacion del movimiento.

Un momento despues Gutierrez se hallaba con el alcalde.

—¿Qué nuevas trajo ese oficial?

—Nos dió la órden de marchar á Santos Lugares, en vez de hacerlo á Buenos Aires.

Con una alegria no exenta de inquietud, oyó el joven la respuesta. No le era agradable ir á la ciudad, pero Santos Lugares era un sitio cuyo nombre bastaba para estremecer al mas confiado.

—¿Y no dijo la causa?

—No señor: es órden de S. E.

—¿Y qué ha pensado de mi pedido: ya ve que ahora necesito mas que ántes hablar con Camila?

—Veré esta noche, señor, y si es posible le prometo complacerlo mañana, cuente con mi buena voluntad: ya lo sabe.

—Gracias ¿podria hacernos dar unos mates con Ibarra?

—Voy á hacerlo.

Gutierrez escribió mientras esperaba el mate: «Vida mia:

«Nos dirijimos á Santos Lugares por órden de Rosas ¿qué habrá? será un bien ó un mal? Creo que mañana podremos hablar. Qué largo nos va á parecer el dial Todo lo olvidaremos si nos es dado juntar nuestros lábios con las ansias infinitas del amor que nos une.»

Ibarra cuando este papel.



Camila supo con mas placer que Gutierrez el cambio de direccion.

Era tan terrible para ella la entrada á Buenos Aires!

Su familia podria ir á verla allí.

La esperanza de hablar con su amado contribuia tambien á que le causara menos impresion el siniestro nombre de Santos Lugares.

El amor oculta con vendas rosadas las desgracias que se acercan: la jóven escribió:

“Prefiero cualquier punto á Buenos Aires. Me anima la esperanza de que hablaremos mañana: tengo el presentimiento de que sucederá: esto basta para hacerme soportable este horrible viaje.”

Camila habia menester toda la fuerza de su voluntad para no hacer sensible á su amado el malestar que sufría.

De pié, frente al ventanillo, soportando en esa posición las violentas sacudidas de la carreta, sentía debilitadas sus fuerzas por el cansancio y los dolores á que no era ajeno su estado.

Su amor inmenso y abnegado le obligaba á ocultarlo todo para no aumentar el sufrimiento de su amado.

Solo la mujer es capaz de ese olvido de sí misma: su sensibilidad la predispone al sacrificio.

Si la organizacion social hiciera caer sobre el hombre cuanto pesa sobre la mujer que ama, el amor sería un mito.

Verdad que hay exóticos en amor: pero es que tienen de él una idea falsa. Lo consideran con el cúmulo de preocupaciones que lo desnaturalizan.

Quieren una constancia indefinida y se creen autorizados para no tenerla.

La constancia no es una cualidad, no existe ni puede existir, está en contra de las leyes naturales á que deben subordinarse los afectos.

Pidase verdad y no constancia.

La voluntad es impotente para contener las ilusiones que huyen producidas por un amor que pasó y que fué sincero al manifestarse.

No siempre se miente amor, pero se engaña cada vez que se jura no olvidar.



—Y será posible que se cumplan nuestros deseos? decía Gutierrez al alcalde en la tarde del día siguiente.

—Creo que sí, todos se duermen, y lo hacen retirados de las carretas.

—Gracias, gracias, voy á considerarlo como uno de los bienhechores de mi vida. ¿Cuento entonces con ello?

—Sí señor.

Uladišlao no ocultaba su alegría: en medio de una impaciencia febril hacia señas á su amada: faltaban pocas horas. Con qué horrible lentitud descendía el astro rey! Sus últimos rayos doraban las nubes de occidente, cuando las carretas hicieron alto próximas á Lujan.

Después de cenar los soldados se tendieron alegremente sobre sus recados.

Dos horas después todos dormían.

Gutierrez y Camila palpitantes de ansiedad recogían el menor rumor, el mas leve ruido.

—Señor, dijo al fin la voz del alcalde, separando un tanto los ponchos y cueros que servían para ocultar la puerta de la carreta.

—Ya estoy listo, respondió el jóven en voz baja.

—Bueno, vamos: abrácese de mí.

Y aquel hombre compasivo cargó con Gutierrez, trasladándolo sin ruido, y á costa de violentos esfuerzos al carro en que lo esperaba Camila.

Esa sintió los pasos.

Uladišlao fué dejado silenciosamente.

—A la madrugada vendré á llevarlo.

—Bueno: gracias, dijeron los jóvenes con voz emocionada.



—Al fin puedo sentir tu corazón palpar junto á mi pecho. Este momento borra mis angustias ¿cómo te sientes?

—Ahora no sufro nada: estoy á tu lado.

—¿Pero sufrirías?

—Sí, muchos dolores.

—Desde cuándo?

—Desde ayer.

—¿Por qué no me lo has dicho? el movimiento horrible de estos carretones debe serte insopor- table: pobre Camila!

—No digas eso, Me amas siempre, puedo verte, te hablo ahora, no le pido mucho mas á la suerte.

—Verdad que estamos amenazados de algo peor.

—¿Qué piensas que nos sucederá.

—No es posible conjeturarlo debemos contar con lo imprevisto.

—Nuestra ventura está pendiente del capricho de un hombre.

—Cuyos perversos instintos no dejarán de ser azuzados por los malos que oculta la hipocresía. Toda esa falange de sacerdotes que llevan una vida de impiedades y de escándalo, hablarán contra mí, creyendo que con condenar lo que creen malo en el prójimo borran sus propias faltas.

—Es desgraciadamente exacto, ¿y has pensado qué harán con nosotros en Santos Lugares?

—Nos tendrán incomunicados hasta que la autoridad civil ó acaso la eclesiástica nos juzgue.

—La separacion es inevitable, dijo Camila triste- mente.

—Pero no eterna.

—¿Quién sabe! Tengo momentos en que me asaltan ideas horrosoras, temores que me inquietan.

—¿Y quién no los tendria en nuestra situa- ción?

—Es verdad.

—Tú tan animosa no te abatas en la hora de prueba: es aqui donde necesitarás tu entereza.

—Oh! la tendré!

—También lo creo: tengo mas confianza en vos que en mí.

—Téñla en el amor que me sostiene.

—Sí; él es la garantía del futuro. Sus inspira- ciones nos acercarán siempre. Dios ha ligado nuestros corazones y el hombre no tiene poder bastante para destruir lo que no le es dado crear. Ahora nos separarán, pero si hasta aquí hemos hallado medios para vernos, ó por lo menos es- cribirnos, no seremos mas infelices después. Tú lo verás.

—Me complace oírte tan lleno de esperanzas. Mi ánimo se abatía: me has vuelto el vigor moral que me faltaba.



Los jóvenes entregados á la consideracion de su azarosa suerte, y á los trasportes de su pasión, no sintieron las horas que pasaban.

El alcalde que velaba al cuidado del éxito [de su tentativa, se acercó á la carreta para preve-



nirles que era llegada la hora de que volviera Cutierrez á su carro.

Oyéronlo apesadumbrados, pero sin que les ocurriera prolongar tan dulces instantes.

El buen hombre cargó con Gutierrez, llevando los ojos humedecidos por la emocion que le causara el adios de los jóvenes.

Jamás habia penetrado su vista en los secretos de un amor tan intenso.

Su accion debia premiarse como se hace generalmente con todo lo que es generoso y noble.

Un peon ó soldado de la escolta, que se habia acostado debajo del carro de Camila, sintió movimiento inusitado en él, oyendo ruido de voces.

Escitada su curiosidad determinó saber quien era el afortunado que dialogaba con ella.

A la madrugada vió acercarse un hombre cautelosamente.

Reconoció al alcalde.

Su estrañeza iba en aumento.

Un instante despues comprendió todo, formando en seguida el proyecto de dar cuenca en Santos Lugares, de cuanto habia presenciado, pues no le quedó duda de que su jefe inmediato favorecia aquellos amores, no cumpliendo la órden de incomunicacion rigurosa en que debian mantenerse los reos.

Le veia alejarse con Gutierrez en brazos, favorecidos por las tinieblas que no fueron bastante densas para ocultar aquella accion generosa.



Con las primeras luces de la aurora se pusieron en marcha.

Camila sentia agravarse su malestar.

Apenas podia mantenerse de pié frente al ventanillo que le permitia ver á su amado.

Llegó la hora del primer descanso que se efectuó muy cerca del pueblo de Lujan.

Ibarra, compasivo mensajero de sus cuitas, le hizo llegar este papel.

“Alma mia :

¿Cómo te sientes? temo que tu malestar te haga sufrir demasiado: no me lo ocultes. El recuerdo de las horas que acaban de pasar, me envuelve aún como una caricia: es el reflejo de la felicidad que solo el amor nos brinda aún en medio de una situacion horrible. Qué poderoso es su encantol! Dichosa embriaguez en que todo desaparece. La dicha se castiga como un crimen, y quien ha gozado tanto bien puede sufrir.”

Camila contestó:

“Sufro mucho físicamente: tambien como tú me ilumina la ventura que proporciona el recuerdo, y el amor hace palpar sus imágenes con mas vida.”

Gutierrez, se informó de la situacion en que se hallaban, y al saber que estaban cerca de Lujan, recordó al presbítero Garcia, su amigo, y resolvió escribirle.

—Amigo Ibarra ¿puede hacerme un nuevo servicio?

—No sé, señor.

—Quisiera escribir al cura de Lujan; diga que tiene necesidad de ir allí por cualquier causa.

Camila viene enferma por el horrible traqueo de la carreta y yo quisiera que pudiera ir en una volante, y el cura la prestaría.

—Voy á pedirle permiso al alcalde.

—Bueno, yo voy á escribir.



“Señor Garcia:

Usted conocerá mi desventura. Voy preso, así como la niña que me acompaña, la que va enferma por el movimiento terrible de la carreta: sea usted bastante bueno para enviar la volante, y con ello la librará de un sufrimiento horrible. Conozco su corazon: hay en él bondad é indulgencia sin limite: espero una manifestacion de esas dotes que lo enaltecen haciéndole caro á cuantos tienen la dicha de conocerlo.

Su infeliz amigo—

*Uladiislaw Gutierrez.”*

Ibarra partió con ese billete y lo entregó á Garcia, que accedió inmediatamente al pedido de su desgraciado amigo, lo que despues le valió una represion.

Don Roque Duró, entonces Juez de Paz, tuvo conocimiento de esa complacencia, no sabemos cómo, é impidió se accediera á los deseos de Gutierrez, haciendo regresar la volante que estaba ya próxima á las carretas.

Aquella contrariedad fué un nuevo dolor para los reos.

Gutierrez deseaba ya llegar, pues para el estado de Camila podia ser fatal el movimiento que le ocasionara su sensible molestia.



En la noche, apesar de los ruegos de Gutierrez, no le fué posible obtener una nueva entrevista.

Era el 14 de Agosto.

Al dia siguiente deberian llegar á Santos Lugares.

Cuántas ideas amargadas por crueles consideraciones, invadirian el ánimo de aquellos jóvenes que caian al peso de las preocupaciones!

Antes de marchar Camila escribió á su amado, para llevarle algun consuelo.

“Uladiislaw querido:

La noche ha sido benéfica para mí: me siento mejor, no pienses en mis dolores. Este alivio me anima, y confío que veremos disiparse, de un modo que no me esplico, pero eficaz, los males que nos abruman. Aún podemos aspirar á alguna calma que apareja una felicidad relativa.

Acuérdate siempre de tu Camila.”

La joven con aliento generoso disminuía su dolor, para no aumentar los de su amado.

Uladiislaw contestó:

“Hoy llegaremos á Santos Lugares. Me alegro por que la cesacion del movimiento te curará y porque allí se definirá nuestra suerte, y aunque el porvenir no nos sonria, es tan cruel el presente, que siento impaciencia por un cambio cualquiera. Pon tu mayor anhelo en hacerme llegar noticias tuyas: yo haré lo mismo. Mientras podamos comunicarnos estaremos bien. Confía en la bondad de Dios: ante su augusto tribunal no somos culpables.”



A medida que se aproximaban al famoso cam-

pamento y que las poblaciones aumentaban, les parecia que su aprehension debiera ser conocida, pues mas de un curioso ginete se mezclaba con la escolta tratando de hacer llegar su vista á los reos.

Iban sin duda á repetirse las escenas de San Nicolás.

En los alrededores de Santos Lugares habia bastante animacion.

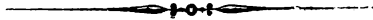
El General Pinedo estaba allí con cinco ó seis mil hombres y esto influia para aquel movimiento que á los jóvenes parecia inusitado.

Camila procuró ocultarse á todas miradas.

Llamaba en su auxilio toda la energia de su alma. Iba á decidirse de su destino. Estaba próxima á su familia, que ya habria sido avisada.

Cuántas emociones la esperaban, anunciándose en su corazon con una ansiedad que crecia en cada hora.

Gutierrez, sintiendo por el dolor de su amada, olvidado de sí mismo, se creia fuerte por que no se sentia culpable.



## XXXIV

### Santos Lugares de Rosas

El 8 de Diciembre de 1836 se espedia un decreto en que se lee el párrafo siguiente:

“Deseando por una parte llenar los justos deseos de este virtuoso vecindario, trasmitidos por la autoridad, y por otra no dejar al olvido de los tiempos el nombre santo de estos lugares que le acordaron sus antiguos padres, ha creído que todo podía conciliarse fijando el siguiente nombre y santo militar.

#### SANTOS LUGARES—DE ROSAS

El Juez de Paz habia creído muy de su deber solicitar de S. E. tomándose el nombre del vecindario, la distincion de perpetuar allí sus glorias con esa demostracion de *fino amor y respeto*.

Como se vé, no le fué negada la gracia, y á fé que aquel sitio de onimoso recuerdo debia llamarse de Rosas oficialmente: allí resplandecen las *glorias* de su gobierno, y de aquel pedazo de suelo, regado con tanta sangre inocente, no se apartará jamás el nombre de Rosas que su decreto le adjudicó.



No es posible mencionar á Santos Lugares sin recordar á don Antonino Reyes. A mas que es actor en el drama que narramos.

El ilustrado doctor Bilbao ha tenido la debilidad de ponerlo en evidencia nuevamente, pretendiendo para él una vindicacion imposible.

En la época de su prision, en la que todo el mundo se agitaba con movimientos de odio, la parcialidad de los Jueces que entendian en su causa, tan notoria como poco escrupulosa, dió el resultado opuesto al que buscaban.

Y esto era lógico: las personas que se estimaban y valian no se prestaron á servir de instru-

mento á pasiones bastardas, y los rojos y oscuros manchones que sombrean la vida del señor Reyes, no llegaron á conocimiento de esos Jueces, que si representaban la justicia, no revestian el carácter necesario á su misiou augusta, ni eran los mas adecuados para representarla.

Reyes no fué solo el ejecutor automático, por el respeto á la disciplina y á la autoridad, de las órdenes de Rosas.

Fué un federal apasionado que conocia sus gustos y los interpretaba libremente marcando con un sello de propia crueldad los actos de barbarie que se ordenaban ó iban á ordenarse.

Delante de sus numerosos empleados alardeó mas de una vez su amor á la santa causa, citando en apoyo de sus palabras, el hecho de haber dejado fusilar á un *hermano de su madre* sin tratar de interceder por él, lo que tan fácil le hubiera sido.

El, capitaneó una turba de fanáticos llevándolos á gritar *mueran é insultos*, á los cuatro sacerdotes que iban á morir, despues de hacerles sufrir tormentos horrososos é incuas vejaciones. Esto no le habia sido mandado por el dictador.

El negro Pastor, muerto á azotes por su órden esclusiva.

Juan Cancio, jóven escribiente, que tuvo la desgraciada generosidad de aliviar la miseria de algunos prisioneros, que eran sus amigos, regalándoles pequeños objetos y al que Reyes no se limitó á reprender, sino que pasó el parte á S. E. de aquel *tremendo crimen* recibiendo órden de fusilarlo, lo que ejecutó inmediatamente, son hechos que se oponen á su vindicacion.

Algunos otros podríamos citar, pero no nos anima apasionamiento alguno en contra del señor Reyes, y acaso los hubiéramos silenciado,

si su vindicacion no envolviera una pretendida atenuacion ó disculpa á otros hombres y á otros hechos, que como él y los suyos, apenas pueden aspirar el olvido, que no es el perdón para sus crímenes.

Aunque solo hubieran ellos una infidelidad á los principios republicanos, esto no debe perdonarse jamás; el pueblo que disculpa las veleidades de los hombres que lo han arrastrado á una tiranía, no es digno de ser libre.

Ese perdón entraña un peligro, y el amor á la libertad es el odio á lo que se le opone: odio santo cuyas manifestaciones deben evidenciarse alcanzando á todos y cada uno de los que cándida ó maliciosamente allanan el camino al despotismo.



Hemos dicho que en la tarde del 15 de Agosto cruzaron los reos seguidos por una cantidad de curiosos, el campamento de don Agustín Pinedo que rodeaba el cuastel general de Santos Lugares.

Al avistarse las carretas, Reyes dió orden de aprontar el calabozo para Gutierrez, y á Camila se la instaló en un cuartito situado á la entrada del edificio.

Las carretas que los conducian se detuvieron dentro de él.

En la pieza destinada á la jóven se colocaron dos sillas, una mesa y un catre.

Camila se dejó caer sobre una de ellas, abatida por las mil emociones de esa tarde de angustia y dolores.

La presencia de Reyes y el alcaide le dió la conciencia de su situacion.

Levantó su frente abarcando á aquellos hombres con una mirada altiva. Su alma parecia retemplarse en el dolor.

—Vengo enferma, señor, dijo dirijiéndose á Reyes. (1)

Este atendió poco aquella observacion y salió dejando al alcaide.

Tenia que enviar á S. E. el parte notificándole la llegada de los reos.

Lo hizo así, haciendo presente que Camila venia embarazada; esta nota la escribió don Luis Fontana.



Terminaba el cumplimiento de este deber cuando le dijeron que el alcaide, encargado de conducirlos hasta allí les habia permitido verse una noche.

Esta indulgencia criminal le indignó. Dijo venir á su presencia al atribulado alcaide, quien negó resueltamente el hecho.



(1) En lo que narra el señor Reyes, se permite recordar que la jóven le dijo eso, separando del vientre un pañeto grande, negro, con que venia tapada, exclamando: "no ven ustedes como vengo?" cuyas palabras las acompañó con la accion de echarse para atrás evidenciando su estado.

Esto no es cierto, bastaria para asegurarlo conocer el caracter y educacion de Camila, que le impedian esa única manifestacion de su estravio.

Felizmente existen algunas personas que están en los detalles del suceso y no pocas que han conocido á la desgraciada jóven.

Despues de repetidas tentativas, todas infructuosas, le encargó al Dr. Beascoechea que le tomara declaracion.

Aquella medida dió resultado. El alcaide atemorizado por la presencia de Reyes no se habia trevido á confesar su falta.

El doctor que tenia fama de compasivo, y que en efecto lo es, pues su organizacion sensible estaba en punga con las escenas que se veia obligado á presenciar, obtuvo con pocos esfuerzos que se le dijera la verdad.

El peon delator habia dado detalles terribles que hacian muy dificil la negativa.

Aquel hombre comprendiendo el alcance de su desgracia cayó llorando á los piés del jóven Beascoechea, y le dijo pretendiendo abrazar sus rodillas: "que no habia podido resistir á los ruegos del curita: que se habia conmovido ante las demostraciones de cariño que se prodigaron en todo el viaje, y que les habia permitido hablarse sin creer en la gravedad de su falta.

El desgraciado alcaide fué condenado á 12 años de prision de que felizmente lo libró la jornada de Caseros.



Reyes volvió á la prision de Camila. La severidad de que S. E. daba muestras, habialo dispuesto favorablemente hácia aquella jóven tan desgraciada como simpática.

La impacion dolorosa que aparejan las situaciones dificiles, hacia que Camila viera con placer el movimiento que promovia su prision!

Recibió á Reyes con su sonrisa de otros tiempos: si habia dolor en ella, no lo reflejó sensiblemente.

—Soy Antonino Reyes dijo el jefe amablemente.

—Me es grato saberlo, señor.  
—Su indisposicion la molesta?

—Ahora menos: la cesacion del movimiento ha influido sin duda para disminuir mi malestar.

—Lo cerebro—¿necesita usted alguna cosa?  
—Desearie algun alimento, agradeciéndole no me envie el que se hace en la cárcel para los presos.

—Prometo á usted hacerlo de mi mesa ahora y los demás dias que permanezca aqui: cuando se le ocurra pedirme algo avisele al centinela.

—Mil gracias. Usted debe conocer las manifestaciones hechas por S. E.—¿podria decirme qué ha pensado del suceso que promovimos.

—Aqui estamos lejos de S. E. y solo llegan los asuntos que nos atañen directamente, así que nada puedo responderle.

—Yo conozco y aprecio á Manuelita; es un excelente jóven.

—Es verdad: voy á retirarme para que traigan el alimento y para que pueda descansar; cuando lo haya hecho me avisa.

Y Reyes salió de la prision.



Gutierrez, tratado menos amablemente que Camila, apoyó su cuerpo en una silla desvencijada y dejó vagar su imaginacion al redor de los acontecimientos á que su pasion diera lugar.

Estaba casi seguro de no tener indulgencia alguna: tampoco la habia menester.

No se sentia culpable y su corazon altivo encarába con firmeza la situacion.

Doliale el pesar de Camila que soportaria las justas reconvenciones de la familia, y el desden que su falta provocaria en una sociedad aldeánica y llena de preocupaciones.

Esta consideracion pesaba enormemente en su alma generosa: habia hecho la mas completa abstraccion de su personalidad.

Vivia para su amor únicamente y ese amor era Camila e-puesta á nuevas desventuras y vejámenes.

¿Hasta cuándo permanecerian incomunicados?

Esta interrogacion á que nadie podria responderle la formulaba á cada instante, sin hallar en sus previsiones ó recuerdos ninguna razon que le permitiera juzgar nada razonable.

Las probabilidades de escribirse le preocupaban tambien, concibiendo esperanzas de hacerlo en breve.



Dejemos un momento á nuestros personajes para pasar á Palermo.

Rosas esperaba con impaciencia se le comunicara la llegada de los reos.

La carpeta de Reyes hizo relampaguear sus ojos inquietos.

Al fin los tengo, debió exclamar para sus adentros, respondiendo á sus salvajes instintos.

Dominó su alegria y dió órden para que se llamara al señor Adolfo O'Gorman.

Este concurrió inmediatamente.

—Tengo que darle una noticia.

—¿Cuál es, señor?

—Su hija está en Santos Lugares, con el clérigo, dijo S. E. clavando sus ojos en aquel padre infeliz á quien preparaba un golpe cruel, y que con atroz refinamiento de malicia habia hecho llamar para que se explotara esa entrevista como se explotarian los informes, en que mas que una opinion habia recojido datos que le marcaban la influencia de su dominio y la abyeccion de la mayoría de los consultados.

O'Gorman sintió un movimiento de gozo irreflexivo que dominó en aquel momento.

—Me alegro señor, que mi hija infeliz esté libre de los ataques de la miseria y pueda quitarse á esa vida de angustias y deshonor.

—¿Qué le parece á usted que hagamos con ella? ¿Quiere castigarla ó que yo la castigue?

Los ojos de Rosas interrogaban imperiosamente. O'Gorman contestó:

S. E. es padre y sabrá aplicar la pena que merece su extravío. (1)

—Está bien. Y se levantó, dando por terminada aquella conversacion.

O'Gorman partió inmediatamente para su casa.



—Joaquina, Joaquina! dijo al llegar anhelante y combatido por emociones distintas.

—¿Qué hay?

—Camila está en Santos Lugares.

La señora se estremeció, como si aquel nombre fatidico fuera una amenaza de muerte, pero exclamó visiblemente animada y conmovida.

—Gracias, gracias, Dios miol oiste los ruegos de una madre infeliz. Yo quiero verla.

—No hija, tranquilízate, aun no es posible: ten paciencia.

—Oh! no es posible: déjame ir.

—Te repito que no: á mas que está incomunicada, es inútil tu deseo: espera unos dias. No comprendes que no debes dejarte arrebatar irreflexivamente por tus emociones? Camila ha cometido una falta, una gran falta, y debes mostrarte celosa de tu dignidad y partidaria del deber, cuyas prescripciones ha desatendido sin ningun género de consideraciones. Tienes otras hijas que están sujetas á apasionarse tanto como ella y necesitan el ejemplo. Oyeme ¿crees que no siento los mismos impulsos que tú? sin embargo he hablado con S. E. que fué quien me dió la noticia, y no le he pedido que me conceda verla como pude hacerlo. Es necesario que ella comprenda que nos ha ofendido muchísimo. Oculta, pues, tus sentimientos y date el lugar que te corresponde, donde iríamos á parar si todas las madres tuvieran la indulgencia que les marca su corazon? El cariño debe ante todo ser razonable: es por su mismo bien que debes manifestarle tu enojo. Has pasado tanto tiempo sin verla y sin saber nada de ella; ahora sabes, está buena, me parece que es lo bastante; has esperado lo mas, espera lo menos.

Misia Joaquina le oía alcanzando la verdad de tales palabras.

—Oh! yo la veré murmuraba, acatando sin embargo las razones de su esposo.

—¿Y cuándo crees que se levantará la incomunicacion?

—No puedo decirte lo.

—Pero qué te dijo S. E?

—Me preguntó si yo queria castigarla ó que él lo hiciera.

—Y tú qué le dijiste?

—Que él era padre y sabria obrar en un caso semejante. Era lo único que podía decirle. De ese modo respondí sin hacerlo directamente,

de una ocasion, ¿por qué, pues, llama al padre de su víctima? Para ser consecuente con su sistema: le era necesario matar, escarnecer y deshonor. Así lo he hecho siempre. El, llamo hijo *espúreo* á Ramon Maza, y sus secuaces lo repiten.

Mil documentos justifican que se complacia en difamar, como lo hizo hasta con su misma madre, delante de un caballero norte-americano; y fué obedeciendo á ese móvil que llamó á O'Gorman: queria que se explotara esa entrevista y así se hizo, y aún se repite por los cándidos ó por los que no lo son, pero que cuidan la memoria del amo.

(1) Esta entrevista de Rosas y O'Gorman ha dado motivo para que los amigos del primero, poco escupulosos para la eleccion de los medios de defensa, hayan repetido que O'Gorman pidió la muerte de Gutierrez y un terrible castigo para su hija.

Esto no es solo una mentira, es una infamia. La frase que hemos subrayado es lo que respondió O'Gorman; podrán estar alteradas las palabras teatrales, pues la memoria no es siempre una depositaria fiel de lo que se le confia, pero el sentido es rigurosamente exacto.

Los mismos amigos de Rosas confiesan que tenia la dea de fusilarlos; así cuentan que lo habia dicho en mas

pues si él quiere que yo la castigue, me la entregará, si cree que no debo ser yo, le impondrá una pena cualquiera de la que siempre podremos solicitar el cambio ó la anulacion. Pronto estará todo resuelto: sabes que no demora estos asuntos.

—¿Y de Gutierrez que te dijo?

—Absolutamente nada. Creo que lo pondrán á disposicion de un tribunal eclesiástico.

Clara y Cármen se aproximaron sin saber de que se trataba.

Misia Joaquina olvidada de todo no cuidó de llamarlas.

Impuestas del suceso, manifestaron francamente su regocijo.

Ellas, aunque no disculparan el extravío de Camila, se lo habian perdonado de todo corazon.

Esa noche los escribientes de Palermo hicieron acaso circular la noticia de la prision de Gutierrez y Camila.

Condenábase en todos los circulos la severidad que se usaba con ellos.

Sobre todo en la Sala de Residentes extranjeros se hablaba mas libremente en tal sentido.

Tambien eran los únicos que podian hacerlo con mas independencia.

Volvamos á Santos Lugares, donde la rapidez con que se suceden las escenas, reclama nuestra presencia.



Un momento despues de haberse fortalecido con algun alimento, Camila hizo decir á Reyes que podia pasar á hablar con ella.

Don Antonino lo ejecutó inmediatamente.

La jóven le confió francamente su situacion, refiriendole á las palabras afectuosas que éste le dirijió.

Dijole Reyes que iba á mandarle el escribiente encargado de hacer su clasificacion, que tuviera confianza en él, que era su amigo.

Envióle al Dr. Mariano Beascochea, quien como ya hemos dicho, era un jóven apreciable, bien inspirado y sensible.

Camila lo recibió con ingénuo y bondadosa impresion: su mirada perpicaz, distinguió en él las cualidades que le reconocemos y no temió hablarle con sincera franqueza.

Beascochea comenzó su tarea interrogándola amablemente.

Relató ella sus amores, las peripecias de su viaje, su estadia en Goya, todo cuanto conocen nuestros lectores.

El escribia fijando de tiempo en tiempo sus ojos en aquel rostro lleno de gracia y dulzura.

Su emocion se hacia cada vez mas visible.

A haber continuado la tarea, habiera sido ella la que pronunciara palabras de consuelo para el jóven escribiente.

Reyes cuenta que Camila le pidió enmendara la clasificacion hecha por Beascochea.

Esto podrá ser muy cierto, pero no le es en manera alguna que las clasificaciones fueran en viadas en la noche del 17.

Rosas ordenó el fusilamiento sin que hubieran llegado á su poder!

Este detalle marca la arbitrariedad que usó hasta en las formalidades impuestas por él mismo.

Tanto era su deseo de vengarse!  
Es notorio que al pié de las clasificaciones po-  
nia el decreto que debia cumplirse.



Muy avanzada estaba la tarde cuando terminaron esas primeras fórmulas que regian en aquella dependencia del tirano.

Camila se recostó fatigada en el catre que le servia de lecho.

Algunas esperanzas le habian hecho concebir la amabilidad de Reyes y Beascochea.

Esto influyó para que el sueño cerrara sus párpados rápidamente.

Gutierrez estaba menos tranquilo, aunque satisfecho por haberse echado toda la culpa en la indagatoria que se le hizo.

No habia sido tratado con atenciones de ningun género.

Los grillos que traia eran livianos y se le cambiaron por otros de mayor peso. Esto no le pareció de buen augurio, pero aceptó resignado aquella modificacion.

Nada le era dado vislumbrar de lo que se le preparaba.

Sus reflexiones cedieron al sueño que le invadia, y sus ojos se cerraban para libertar el alma de la tirania de los sentidos, y soñar con la ventura que los hombres le arrebatában sin otro derecho que la fuerza.

Amaneció el 16 de Agosto.

Los escribientes pusieron mano á la obra de poner en limpio las clasificaciones.

Rosas las hacia hacer prolijamente, y tenian que sacar innumerables cópias.

Camila, aliviada de sus dolores, púsose de pié, ya muy entrado el dia, y arregló sus magníficos cabellos en dos trenzas que le caian á los lados de la cara, segun el uso de las provincias.

La jóven esperaba ese dia grandes modificaciones en su estado.

Hacia mil congeturas sobre su suerte.

Deseaba y temia la presencia de su padre, á quien tanto ofendiera con el impulso avasallador de su pasion irresistible.

Su imaginacion no se apartaba de su hogar.

Figurábase las escenas posibles, que serian la consecuencia de la noticia de su llegada, que ella suponian iban á saberlo ese dia.

Pobres padres míos! murmuraba humedeciéndose los ojos.

Gutierrez habiase levantado mas temprano: tenia mas que su amada las arbitrariedades posibles de que serian objeto.

Largo tiempo reflexionó acerca de la situacion creada, sin que pudiera fijar nada probable.

Creia que en breve lo pondrian á disposicion del tribunal eclesiástico.

Esto, que ya se le habia ocurrido, era lo único lógico y factible que encontraba.

Hizo á un lado tales reflexiones que á nada le conducian y pensó en su amada.

Llena su alma de dulces y apasionados sentimientos, púsose á escribir.

No tenia la esperanza de enviar esas líneas á su Camila, así que no le escribió á ella; tradujo sus sentimientos en el lenguaje que mejor los expresa: en verso.

Los grandes dolores como las grandes alegrías, se cantan siempre.



La orden de poner grillos á Camila habia sido enviada por Rosas.

Reyes demoró la ejecucion atendiendo el estado de la jóven.

Su mejoría hizo posible el cumplimiento de aquel bárbaro mandato.

Trajéronse los grillos que sirvieron á Gutierrez durante el viaje, y se los hizo forrar con orillo para evitar que la lastimaran.

El mayor Vicente Torcida, fué encargado de dar cumplimiento á tal disposicion.

Era un español rudo y feroz, edecan de Rosas, á quien solian por su carácter encargar la ejecucion de la órdenes penosas.

Torcida se encaminó á la prision de Camila haciendo conducir los grillos.

—Señorita, tengo que cumplir un deber costoso: se ha mandado ponerle grillos.

La jóven se conmovió al escucharle, pero su voluntad poderosa dejó apenas traslucir aquella emocion.

—Se han buscado unos livianos, continuó Torcida, son los que trajo Gutierrez en el viaje.

—Bien: toleraré con gusto ese tormento, basta que sean los de Gutierrez.

Torcida admirando aquella entereza hizo entrar á los encargados de colocárselos.

El rostro de la jóven no manifestó la impresion que le causaba la humillacion de que era objeto.

- Sus magníficos ojos se habian animado con la indignacion que le producía tan inmotivado alarde de crueldad.

Cada uno de los golpes que aseguraban á sus piés aquellos hierros, sonaba en su alma con estraña vibracion.

La prision suele no abatir los caracteres enérgicos, pero rara vez resisten sin marcado desaliento, la operacion que une sus piés impidiéndoles el movimiento.

En ese momento los criminales mas feroces doblan la frente al peso de lúgubres ideas. Camila, sostenida por su amor y la conciencia de su inculpabilidad, la erguia con altivez.

Dejáronla sola y una lágrima se desprendió de sus párpados acusando la emocion que dominara.

Sentóse trabajosamente sobre su catre y cubrió sus piés con la frazada.

Sus esperanzas cayeron como si el peso de aquellos hierros le impidiera seguir el vuelo de su mento.



Lento, muy lento trascurrió el dia 16 para nuestros protagonistas.

En Buenos Aires la familia de Camila se esforzaba por conocer la intencion del tirano.

El clero se hallaba alarmado ante la severidad con que se trataba uno de sus colegas.

Don Felipe Elrondono y Palacio recibió mas de una vez atemorizado las brutales expansiones del amo en contra de los sacerdotes que contribuian con sus notorios escándalos al desprestigio de su gobierno.

Velarde mismo le oyó tambien durante una comida espresarse apasionadamente.

Esto les hacia pre-entir acaso un desenlace trágico al drama iniciado en el Socorro.

En la Sala de Residentes Estrangeros comenzaron á uniformar opiniones, resolviéndose interceder por aquellos desgraciados que nadie juzgaba culpables.

Rosas conoció estos movimientos que podian poner sérios obstáculos á la realizacion de sus planes, y empezó á rabiarse por la demora que hacia Reyes de las clasificaciones, demora motivada por lo extenso de la exposicion de los reos y la gran cantidad de copias que habia la necesidad de poner en limpio.



El 17 no tuvo para los jóvenes ninguna alteracion sensible.

No podian intentar comunicarse, y aquella imposicion mantenida severamente, constituia sobrado motivo para sus angustias.

Gutierrez continuaba vertiendo al papel sus concepciones.

Despues de su muerte, Reyes encontró aquellos escritos y los regaló á una familia de su intimidad.

Una cópia de aquellas incorrectas composiciones ha llegado hasta nosotros.

Héla aqui :

Es el mundo un oceano furioso,  
Son sus ondas de muerte ó de vida:  
Es el hombre una nave impelida  
Que se arroja su estrella á buscar  
Y pugnando entre el sér y la nada,  
De un abismo á otro abismo se lanza.



"Así yo divagando sin puerto.  
En mi paso te ví seductora  
Y de entónces mi pecho te adora:  
Fué mi estrella tu casta beldad."



"Del volcan que en mi pecho se encierra,  
Un destello tomad dulce dueño,  
Que la vida es un rápido sueño,  
Y la tumba terrible verdad."



¿Acaso Gutierrez al fijar el último pensamiento de su composicion tuvo un presentimiento de su fin cercano? No podríamos decirlo, pero él afectaba esa enérgica resignacion del que comprende que su suerte vá á decidirse arbitrariamente por un poder irrecusable y soberano.

Desligado del mundo que lo arrojaba como un sér maldito, no tenia pensamiento sino para su amada, por ella amaba la vida que no podia ofrecerle encantos ni talvez esperanzas.

Quería vivir; pero para consagrar sus anhelos

á Camila, cuya felicidad habia hecho imposible arrastrado por el vértigo de su pasion.

Le parecia censurable su proceder, pero amaba tanto, que si le hubiera sido dado comenzar de nuevo, sentia que su conducta seria la misma.

Camila era digna de aquel amor sublime.

Si su imaginacion la llevaba hasta el hogar de

sus padres, su corazon no se apartaba de su amante engrillado, sufriendo altivo y resignado las contrariedades que le proporcionaba ese amor al que le habian sacrificado todo con plena conciencia de sus actos.

Su estado la unia á él por el único lazo verdaderamente indisoluble: el de la naturaleza.





## La ejecución

Eran próximamente las 4 de la mañana del día 18 de Agosto.

Reyes habíase acostado á media noche, despues de conversar largamente de la causa de Gutierrez.

Don Lorenzo Torres se halló esa noche en Santos Lugares, y cuéntase que dijo: *lo que es al curita se lo limpia, la jóven irá á una casa de reclusion.*

El cuartel general se hallaba en completo silencio, cuando repetidos golpes dados á la puerta de la pieza de Reyes, que era tambien la del doctor Beascochea, le hicieron dejar el lecho para imponerse de lo que sucedia.

Un soldado le entregó una carpeta de Rosas.

Reyes encendió una vela y leyóla y conmovido. Decia mas ó menos lo siguiente:

«Mediante los auxilios necesarios fusilará usted á los res Uladislaw Gutierrez y Camila O'Gorman, á las diez en punto de este dia.

«Para dar cumplimiento á esta órden procederá usted de acuerdo con el jefe de dia, á circular el cuartel general con centinelas colocados á distancias inmediatas para evitar la entrada ó salida de persona alguna sin distincion de edad sexo, ni circunstancia.

«Dará cumplimiento como corresponde del fiel cumplimiento de esta órden.

«El Gobierno de la Provincia ha mirado con el mas sério desagrado, el procedimiento de usted demorando la causa, con cuya demora ha comprometido la amistad de S. E. para con los representantes de las naciones amigas.» (1)



Aquella órden era tan bárbara, que el mismo eyes necesitó leerla dos ó tres veces.

(1) Ya hemos dicho que en la Sala de Residentes extranjeros se iniciaron trabajos en favor de los res. Hemos espicado tambien la causa de la demora de las clasificaciones.

Con muy buena voluntad nos hemos informado de si Reyes escribio á Manuelita esa madrugada, como él lo cuenta, y nada nos ha sido posible hallar que lo confirme. Dejámoslo, pues, á la consideracion del lector.

Despertó á Beascochea. (1)

—Mariano, le dijo, estamos mal, S. E. manda fusilar al curita...

—Será sin duda en virtud de la suma del poder público de que S. E. se halla investido, lo que nada tiene de extraordinario y lo hace presumir.

—Es que tambien á la jóven...!

Beascochea saltó del lecho y sin que le fuera dado apesar de sus esfuerzos, contener su emocion, empezó á pasearse agitadísimo.

Su sensibilidad recibia un golpe terrible que le era necesario ocultar, pues lo comprometia.

Reyes le alcanzó la carpeta.

Aproximóse á la vela y sus ojos recorrieron aterrizados aquellas horribles palabras.

La luz débil de la vela alumbraba timidamente los semblantes empalidecidos de aquellos hombres habituados á los horrores de aquel lugar siniestro.



—Pobrecita niña es verdaderamente cruel su destino, exclamó Reyes.

Beascochea no respondió: su lengua parecia haberselo aherrido al paladar.

—Estás seguro de que Fontana puso en la parte que se mandó á S. E. el estado de la jóven? preguntó Reyes como dudando de que aquella ferocidad fuera consciente.

Si, respondió débilmente Beascochea. (2)

Trascurrió un momento de lúgubre silencio.

—¿Quién le comunicará la sentencia? Le suplico

(1) Los diálogos de este capitulo son mas ó menos los que cruzaron entre los personajes que actúan. No hemos querido alterarlos.

(2) No hacia un año que fué condenada á muerte por haber asesinado á su esposo, una mujer llamada Tomasina.

Ella misma ayudó al crimen golpeando en la cabeza del infeliz con una mano de inortero: lo hizo en compaña de un amante. Pues esa mujer se libró del suplicio por estar embarazada de pocos meses.

no tenga que ser yo; no podría hacerlo, murmuró mas bien que dijo el joven escribiente.

—Mandáremos á Torcida, repuso don Antonio.

Un momento despues salia á tomar sus disposiciones.



Las rosadas tintas de la aurora esparcian suaves resplandores, cuando Reyes salió de su pieza.

Hizo tocar llamada y un momento despues echar tropa para incomunicar el cuartel general.

Esta incomunicacion debia efectuarse con soldados de caballeria.

Las órdenes dadas pusieron en movimiento la gente del cuartel general, que no imaginaban á que respondia todo aquello.

Las fuerzas de Pinedo tambien se alarmaron y vióse á los soldados correr de un lado á otro, y á los indios amigos que tenia, tomar sus lanzas y avanzarse sobre los caballos.

Esparciose la voz de alarma en mil formas distintas.

El soldado Suarez, asistente del doctor Beascochea, entró corriendo donde se hallaba éste diciéndole azorado:

—Revolucion, señor revolucion!

Costóle gran trabajo al doctor convencerlo de que no habia motivo para tal alarma.

El soldado se retiró poco satisfecho.

La incomunicacion se efectuó rápidamente.

Reyes envió á avisar al doctor Castellanos y á Rivas, cura de Santos Lugares, para que viniesen oportunamente á prestar los auxilios espirituales á los reos.



Camila y Gutierrez, oyeron los ruidos de aquel movimiento, pero agenos á las costumbres del cuartel, no le dieron la importancia que tenia, ni mucho menos imaginaron que ellos fueran la causa.

Camila permaneció acostada.

Gutierrez se levantó para sentarse próximo á la cama y entregarse á las inacabables meditaciones que le sugeria su suerte.

¿Cuándo terminaria la incertidumbre cruel en que se le arrojaba sumerjiéndolo en un calabozo aislado de todo contacto y sin que hubieran tomado una sola medida en los tres dias trascurridos?

Pero la consideracion de su destino le llevaba á pensar en su amada de quien no sabia una palabra, escepto que permanecia como él en completa incomunicacion.



Eran próximamente las 8 de la mañana cuando Camila dejó el lecho y comenzó á peinarse.

Soltó su magnifico cabello, y dividiéndolo en dos partes se disponia á trenzarlo.

Llamaron á la puerta de la prision.

—Adelante! exclamó la joven.

El Mayor Torcida penetró inmediatamente, quedando á su espalda don Marcos Rubio que lo acompañaba.

El semblante duro y casi feroz del edecan do S. E. dejaba traslucir alguna emocion. (1).

—Señorita, dijo, espero que tendrá usted bastante valor para oír con resignacion una noticia desagradable, tal vez funesta, que le traigo.

—¿Cuál es ella, señor?

—S. E. ha dispuesto que debe usted ser fusilada dentro de dos horas.

—Muy bien, señor: pero quisiera que se me acordara la gracia de ver á mi padre para pedirle perdon de la ofensa que le he hecho, y así morir tranquila.

Camila habia oido su bárbara sentencia, con una emocion apenas visible; su voz al responder era clara y vibrante.

El Mayor Rubio ocultó su rostro para dejar correr las lagrimas.

El feroz Torcida sentia ahogársele la voz en la garganta y respondió casi balbuceante:

—Señorita, yo no puedo contestar nada á ese respecto: esos son encargos que puede usted hacerle al confesor que está próximo á llegar y los cumplirá fielmente.

Camila habia sido hija: su pensamiento voló á sus padres en aquella hora suprema, y despues pensó en ella... no: pensó en su hijo para decir con infinita amargura.

—Y bien, señor, ¿no se podría guardar alguna consideracion siquiera, por este inocente que llevo en mis entrañas? pues él no tiene culpa ninguna para sufrir una pena tan dura como la que se me impone.

—No puedo, señorita, responder nada á todo eso, solo me limito á decir á usted, en virtud de las órdenes que tengo, que dentro de dos horas debe morir.

La joven dejó caer la frente al peso de su angustia suprema.

Torcida caminó para retirarse con los ojos humedecidos, acaso por la primera vez de su vida.

Camila le sintió y pudo hacerle oír estas palabras:

—Envíeme pronto el confesor. Ay! padres míos!



El llanto contenido al esfuerzo de su voluntad soberana rodó por sus mejillas empalidecidas: era mujer.

Sus padres, su hijo, su amado venian á su mente, golpeándole el corazon con un cariño distinto.

¿Porqué se usaba tan bárbara crueldad? ¿cuál era su crimen? ¿cuál el de su hijo?

Pareciale aquello la obra en un sueño terrible, ella no podia morir.

Dos horas! dos horas! se repetia.

Uladiislaio morirá conmigo, infeliz, aunque él no tiene aquí unos padres á quienes sonrojar con la historia de un estravio.

Secó su llanto: su inocencia le mandaba ser fuerte. Solo el criminal se abate ante la muerte con que sus semejantes vengán en él las ofensas hechas á la sociedad, aunque sea ella quien impulsa la mano que mata ó roba.

El doctor Castellanos llamó con voz emocionada á su puerta.

(1) Repetimos que estos diálogos son casi textuales.

F Ella le recibió con una espresion de dulzura, que casi reflexaba la esperanza.

El anciano sacerdote habia creído tener que luchar con una desesperacion horrible, que hiciera imposibles los auxilios de la fé: su sorpresa fué grande al hallar una jóven cuyos lábios podian sonreír.

—¿Puedo ver á mi padre?

—S. E. ha mandado incomunicar el cuartel y no es posible llegar hasta aqui: fije, pues, su alma entera en Dios Nuestro Señor, verdadero padre.

Camila no insistió. Habia resuelto acatarlo todo, y su voluntad podia mas que los impulsos de su corazon.

—Está bien, añadió, aunque creí que era un consuelo permitido aun á los mayores criminales.

Castellanos no tuvo una respuesta para esa frase, que mostraba el temple diamantino del alma de Camila.

Dejóle oír la frase de esperanza y de resignacion con que se cree llevar el consuelo á los que sufren.

Conoció el estado de la jóven, y recordando una disposicion de Remedico XIV IN FAVOREM REIUS fué á traer agua bendita y la hizo beber á la jóven creyendo así bautizarle el hijo.

Ella aceptó la prescripcion recibiendo con ello algun consuelo.

Esta vez se esplotaba la ignorancia con alguna utilidad,



Torcida procuró reponerse de la emocion recibida y tomó con Rubio á la prision de Gutierrez, comentando con sincera admiracion el valor increíble de la jóven y lamentando su triste suerte.

Uladielao estaba escribiendo y fumaba un cigarro de hoja.

Levantóse cortesmente para recibirlos.

—Señor, dijo Torcida, antes que Gutierrez interrogara, un penoso deber me trae á su presencia para comunicarle una noticia funesta.

—Dígala usted, respondió el jóven con voz segura.

—S. E. ha ordenado que dentro de dos horas debe morir.

Un ligero estremecimiento agitó al reo que palideció intensamente, replicando con voz breve y enérgica entonacion.

—Y así se asesina á un hombre sin oírlo, y sin las formalidades de un juicio?

—Nada puedo responder á eso: he cumplido mi mision y me retiro.

Torcida le dejó solo.

El jóven se dejó caer sobre su asiento. Camila, murmuró, ¿cuál será tu suerte? Desgraciada! Yo cesaré pronto de sufrir, solo tengo dos horas de agonía, pasarán: ¿y tú? arrastrarás una existencia miserable, señalada como criminal; tal vez no tengas ni el consuelo de criar tu hijo, pues la sociedad desnaturaliza hasta ese amor intenso y puro.

Pero no: acaso estos tigres te condenan á igual suerte!

El presbítero Rivas entró á hablarle.

Gutierrez le recibió bondadosamente.

Eran las nueve y media cuando se separó de él, despues de haber oído su confesion.

Uladielao intranquilo por el destino de su amada, le habia pedido que suplicara á Reyes en su nombre, pasara á verlo.

Rivas lo hizo y un momento despues penetró Reyes en la prision.

—Lo he llamado señor, para agradecerle sus atenciones y suplicarle me informe de la suerte de Camila.

Don Antonino no respondió.

El jóven se le acercó un poco mas y le dijo mirándolo fijamente.

—Señor; necesito saberlo, respóndame usted.

—¿Para qué? sus momentos son contados, piense en usted mismo.

—Es un servicio, un gran servicio y el último que puedo pedirle. Soy hombre, señor Reyes, no toma decírmelo todo, me sobra valor para afrontar la muerte; pero necesito que me diga eso para morir tranquilo.

Don Antonino se conmovió y respondió emocionado:

—Es terrible lo que voy á decirle: Camila vá á morir tambien.

La mirada de Gutierrez se iluminó con un resplandor extraño.

—Gracias, dijo, oprimiendo nerviosamente la mano del jefe.

—¿Quiere usted hacerle llegar un papelito?

—Está bien.

El jóven se levantó y sacando de su gorra lápiz y papel escribió las líneas, siguientes:

“Camila:

Hija de mi corazon. Tiende la vista al cielo donde dentro de pocos momentos eremos recibidos entre los ángeles: allí alabaremos juntos al Ser Supremo.

Tuyo—

Gutierrez.”



Reyes salió con el papel en que Uladielao grabara tan sublimes espresiones de esperanza.

Camila se hallaba con el confesor y no se lo entregó.

El ruido del tambor anunciaba la proximidad de la tropa.

Desde la puerta de la crujía marchó á golpe de paso.

Los soldados, graves y silenciosos ocuparon sus puestos: eran tres compañías.

El Capitan Lopez de Velazco cerraba el cuadro por la izquierda.

Por la derecha José Olegario Gordillo, y por el frente Anastasio Romero, teniente.

Santiago Brantanz, hijo de San Nicolás de los Arroyos, mandaba el peloton encargado de hacer fuego sobre Camila.

Companionlo los siguientes soldados:

Manuel Debien.

Nicolás Gutierrez.

Manuel Fernandez.

Pedro Crespo.

Miguel Bibalsan.

Bonifacio Doéstico.

Estos eran españoles. Argentinos;

Calixto Ludueña,

Roque Murúa.

Juan Gomez.

Agrio,

Habíanlos colocado de 4 en fondo y los dos restantes á los costados.

Encontrábanse dentro del cuadro: el Coronel Juan Genaro Chaves y el Mayor Torcida; Marco Rubio, jefe de día, y el mayor Pedro Cano.

Reyes se paseaba fuera del cuadro.

Los banquillos estaban separados por unas diez ó doce varas y colocados á dos de distancia de la pared.

Dos ventanas de las prisiones caían al patio donde iba á tener lugar la ejecución y por ellas asomaban los rostros con temerosa curiosidad, y alternativamente, unos 1500 presos que las habitaban entonces.

\*\*\*

Llegó la hora fatal y con la exactitud con que se cumplían tales órdenes, se avisó á los reos que debían marchar al suplicio.

Hacia un momento que Camila, terminados sus deberes religiosos, se había sentado oyendo las palabras de consuelo que le prodigaba enternecido el doctor Castellanos.

La jóven había secado las lágrimas que le arrancara el recuerdo de sus padres.

Su semblante empalidecido por el sufrimiento señalaba la altiva resignación de la inocencia que pueden manifestar los caracteres escepcionales.

Esa jóven delicada, distinguida en su porte y maneras miraba la muerte sin pestañar y sus lábios podían contraerse con la suave ondulación de una sonrisa.

—Tranquilízome, padre con su promesa, no lo olvide: que sepan de sus lábios que mi último pensamiento fue para ellos. He sido desgraciada, no culpable, luché y fui vencida: esa es mi falta. Su recuerdo me ha acompañado siempre. Que mi muerte borre de sus almas la memoria de mi culpa para conservar la de mi cariño hacia ellos. Pobres padres míos!

Castellanos enjugó una lágrima rebelde á sus esfuerzos.

—Si lo haré, señorita, lo he prometido. Ahora levántese su espíritu hacia Dios: él la ha perdonado y la recibirá en su seno de paz. Los intereses de la tierra son perecederos, ya les ha consagrado los años de su vida, dedíquese sus últimos momentos al padre celestial, así lo manda el interés de su espíritu, único valioso. En la región de las almas no mueren los afectos nobles, así lo dice San Agustín, allí, pues, intercederá usted para ellos.

Castellanos no pudo continuar, cuatro presos y algunos soldados se detuvieron á la puerta trayendo sobre unos palos una especie de sillón para evitar á Camila la fatiga de caminar con grillos.

La jóven se estremeció, y dijo dominando su emoción al levantarse.

—Ya es la hora: vamos! Padre no me abandone.

Estaba vestida de blanco y cruzado por el pecho un pañuelo grande de espuñilla casi del color natural de la seda.

El pelo le caía sobre la espalda, pues como se recordará, le comunicaron la sentencia en momentos que comenzaba á trenzarlo.

Castellanos, mas emocionado que ella, se puso también de pié y la ayudó á sentarse; vendáron-

le los ojos, y la fúnebre comitiva caminó lentamente.

\*\*\*

En ese instante, sacaban también, y de la misma manera, á Uladislao.

Cuando los soldados llegaron con el sillón á su calabozo, se levantó rápidamente y sin auxilio alguno tomó asiento:

—Se consuma la obra de la iniquidad, dije! al venderlo:

—Resígnese Gutierrez, y piense en Dios! esclamó Rivas con voz lúgubre.

—Lo estoy; pero me siento débil ante los impulsos que me agitan en este momento supremo. Infeliz Camila!

—Se unirán en el cielo, y para ello necesita olvidarla aquí en la tierra.

Gutierrez calló: los soldados marchaban ya.

\*\*\*

Apenas habían dado cuatro pasos los que conducían á Camila, cuando ésta dejó oír su voz vibrante impregnada de emoción y de ternura:

Voy á morir! Así se venga la justicia humana de quien se aparta de sus leyes transitorias.

Ante su tribunal arbitrario no son nada las disposiciones invariables que presiden lo creado.

Voy á morir, y el amor que me arastró al suplicio seguirá imperando en la naturaleza toda. Recordarán mi nombre; mártir ó criminal no bastará mi castigo á contener una sola palpitación en los corazones que sientan.

¿Qué se pretende hallar en el sacrificio de mi vida? Yo la daría contenta si con él detuviera el extravío de un alma que se apasiona.

Castellanos la oprimió una mano, su emoción le impedía hablar: él como todos los que la oían apesar de la rudeza de los caracteres y la costumbre de presenciar actos, sentía el dominio de aquella alma. A su voz habían caído las frentes acaso para ocultar una lágrima.

Si alguien hubiera dicho en ese momento: es necesario salvarla, todos hubieran corrido á sostenerla apesar del peligro de oponerse á una disposición del sumo imperante.

Camila sintió la presión de los dedos del anciano, y comprendiéndolo, dijo:

—Si, me acuerdo de Dios: él va á juzgarme y no siento temor á su sentencia: mira en mi corazón, conoce mi alma.

Llegaban ya al banquillo.

Castellanos le soltó la mano para retirarse unos pasos: no podía más.

—Padre no me abandone! esclamó, sosténgame: sin usted voy á desfallecer.

—Camila! qué haces? dijo Gutierrez que había oído su voz mientras lo sujetaban con fuertes ligaduras al banquillo.

La jóven se estremeció poderosamente.

—Yo muero? y tú?

—Yo también muero.

—Nuestro hijo está bautizado. Muero contenta porque muero contigo y muero a tu lado. Afronta la muerte como hombre de honor: acaso la mía es necesaria: ella lavará la mancha que he dejado caer sobre mis padres.

Mientras pronunciaba estas palabras la ligaron al banquillo con un apresuramiento comunicado por la emoción de los que lo ejecutaban.

Gutierrez que ya estaba atado en él, no contuvo un impulso de furor y agitándose con la violencia de la desesperación, exclamó con voz enronquecida aunque vibrante.

—A mí pueden asesinarne sin las formalidades de un juicio, pero no á esa infeliz, y en ese estado: miserab... La última palabra le fué cortada en los labios por la mano del capitán Gordillo, que mandó redoblar, haciendo al mismo tiempo la señal de fuego, y cuatro balas rompieron el pecho de aquel desgraciado, que hizo un movimiento violento y siguió estremeciéndose con las atroces convulsiones.

Su cabeza juvenil y hermosa se dobló empalidecida por la muerte, y su espíritu se apartó de la tierra á demandar sin duda una justicia que no llega.



La horrible detonación de la descarga hirió á Camila que lanzó un grito, diciendo á Castellanos:

—Padre! padre! acérquese, no me abandone.

Branizan hacia señas á sus hombres: éstos apuntaban sin que sus dedos temblorosos tiraran del gatillo.

Los amenazaba con el gesto y con la voz: sonaron tres tiros.

Camila herida, aunque no mortalmente, se agitó con violencia y su cuerpo mal atado se desprendió del banquillo, quedando en alto una mano que se agitaba señalando al cielo.

Los tiros le incendiaron el vestido: la sangre de sus heridas se desprendió con fuerza de su cuerpo, llegando hasta manchar el pañuelo que tenía Branizan en la mano. [1]

Su voz se dejaba oír en ayes lastimeros.

Unos soldados trajeron baldes de agua para apagar las llamas de su vestido y le fueron arrojados brutalme. [2]

Castellanos había caído sin conocimiento.

[1] Días después de la ejecución, Branizan enseñó á la esposa del escribiente Quiroga el puñuelo que mojó la sangre de Camila al saltar con violencia de su cuerpo.

[2] Estos detalles, rigurosamente exactos, los hemos tomado de tres testigos oculares, que no hace al caso nombrar, pero que conciben con ellos en todas sus partes.

Branizan ordenaba furioso una segunda descarga á los soldados de reserva.

Estos dispararon sus fusiles.

Camila recibió nuevas heridas, pero su cuerpo seguía agitándose poderosamente en un chorro de agua y sangre.

El soldado Lud ueña cayó de rodillas tapándose los ojos y dejando que las lágrimas surcaran su rostro varonil.

Gomez, daba la espalda á aquel cuadro de horror.

Otros habían dejado caer sus fusiles.

Camila seguía estremeciéndose en su cruel agonía.

Agrio, que no había descargado su fusil, echó atrás la gorra con un movimiento desesperado, y avanzó sin órde de nadie, hasta colocar la boca de su arma en la sien de la jóven.

Ladeó el rostro y oprimió el gatillo partiendo el cerebro de aquella infeliz que dejó instantáneamente de agitarse.



La tropa conmovida por tantos horrores, desfiló lentamente al son de una marcha fúnebre por detrás de los banquillos.

Los soldados tenían la obligación de mirar los cadáveres.

Aquella órden brutal no se cumplió exactamente en esa vez: apesar del temor, desviaban la vista de la infeliz Camila.

Reyes había hecho traer esa mañana temprano un cajon de fusiles del Parque de Santos Lugares, y le había mandado colocar una tabla divisoria.

Allí colocaron sus cuerpos que fueron enterrados en la Capilla de Santos Lugares.

Ejecutada rápidamente esta operacion, Reyes levantó la incomunicacion del cuartel general y escribió á Rosas una carpeta en que decia mas ó menos lo siguiente:

“De conformidad á lo que V. E. se sirvió ordenar, procedi inmediatamente á poner en incomunicacion todo el cuartel general, llamando al mismo tiempo á los presbiteros Rivas y Castellanos.

“A la hora señalada por V. E. (10 a. m.) di cumplimiento á la ejecución de los reos Uladislao Gutierrez y Camila O’Gorman, levantando después la incomunicacion.

## Ultimas escenas

El escribiente de turno en Palermo, el día de la ejecución, era don Anselmo Nuñez.

Llegó la carpeta de Reyes y él la tomó para hacerla llegar a S. E. que se había retirado á descansar, dejando orden de avisarle así que llegara.

Nuñez tocó la puerta:

Agelante, dejó el dictador incorporándose en el lecho, donde también descansaba doña Juana Sosa.

—¿Qué hay? preguntó, tomando un corta plumas y comenzando á rasparse las uñas con aire de completa distracción.

—Traigo una carpeta del Mayor Reyés.

—Leala.

Nuñez lo hizo, con la voz mas segura que pudo.

—Nada mas? dijo S. E. así que el joven terminó.

Nada más, Exmo. señor.

—Bueno, retirese.

Y Nuñez salió comentando para sus adentros la brutal frialdad de aquel hombre.

Habia querido estremecer á Buenos Aires con un acto de crueldad inaudito, que segun su sistema, juzgaba ya necesario, pues hacia algun tiempo que la calma principiaba á renacer, no viendo sacar las garras al tigre de Palermo.



La noticia del fusilamiento no se esparció esa día.

La familia de O'Gorman! que todo lo debía temer de S. E. procuraba imponerse por todos los medios de cual era la suerte de Camila y cuanto tiempo se mantendria la incomunicación.

Algo como la sospecha de una nueva desventura hirió á don Adolfo esa mañana.

La intranquilidad crecía en cada hora.

Los poseedores de la verdad la ocultaban piadosamente inventando motivos para la alarma habida en Santos Lugares y de que O'Gorman tenía conocimiento.

El día trascurrió para ellos en una intranquilidad tremenda.

Misia Joaquina, con la actividad febril de una madre que siente el peligro de un hijo, había corrido de un lado á otro recibiendo esperanzas

tranquilizadoras. ¿Quién hubiera sido capaz de entrever la verdad?

Don Adolfo, con medios de averiguación mas eficaces, vislumbró la horrible desventura en las primeras horas de esa noche.

Nada le era dado ejecutar.

Comunicó á sus hijos los temores que lo asaltaban y Carlos y Eduardo resolvieron ir á Santos Lugares en la madrugada del día siguiente. Solo allí sabrían con exactitud lo sucedido.

Los primeros rayos del sol iluminaban la ciudad y estaban ya lejos de ella.

Llegaron al campamento.

Preguntaron por Reyes.

Este comprendiendo de que se trataba, se excusó.

Pasaron á las oficinas, encontrando en ellas al señor Plot.

Sus semblantes empalidecidos dejaban ver una angustia suprema.

—¿Qué puede decirnos, señor, de la suerte de Camila O'Gorman?

Plot, que habia reconocido en Eduardo á un hermano de la víctima, por su notable parecido, bajó los ojos sin responder.

—Díganos, señor, venimos con ánimo preparado para oirlo todo: la ansiedad en que nos mantiene su silencio, es terrible.

—Ha muerto! señores, murmuró mas bien que dijo el joven Plot.

Los dos hermanos se miraron con espanto, Eduardo se apoyó en el marco de la puerta.

—Ha muerto, repitieron, como si necesitaran decirlo ellos, para creerlo.

—¿Cuándo? preguntó Carlos.

—Ayer á las diez de la mañana. Ha sido sepultada en la capilla, añadió Plot, queriendo evitarles el esfuerzo doloroso de una nueva interrogación.

Los jóvenes se retiraron. ¿Qué podían hacer? Tomaron sus caballos y doblando la frente sobre el pecho, caminaron lentamente en la dirección de Buenos Aires.



Don Adolfo leyó en sus rostros la fatal noticia.

—No hay ya esperanzas, se dijo, y con ánimo varonil trató de llevar la posible resignación á su infeliz esposa.

Esta, lo supo en medio de palabras de cariñoso consuelo.

Aquel tremendo dolor turbó su ánimo. Pasó el límite de su resistencia, anonadó su energía sumergiéndola en un estado próximo á la insensibilidad.

Poco tiempo debía sobrevivir á su hija. Afectóla una dilatacion al corazon que la llevó en cortos dias á la tumba.

Su esposo, rayó tambien volteado por la misma enfermedad, consecuencia de su sufrimiento.



El Sábado á la noche, dábase en el Teatro Argentino un drama de Patricio de la Escosura, titulado: "La honra de mi madre, ó un sacrificio sublime", junto con el juguete cómico de Breton de los Herreros, "Ella es él".

La sociedad culta se habia dado cita en aquel sitio.

Aún no habia sido conmovida, por la noticia del fusilamiento.

Habíase comenzado el segundo acto, cuando alguien la comunicó á uno de los espectadores.

En cinco minutos circuló por toda la concurrencia, y las familias obedeciendo á un justo sentimiento de dolor, protestaron tácitamente contra aquel acto de barbarie sin ejemplo, abandonando el teatro.

Los actores, asombrados, dieron el tercer acto delante de unas 15 personas.

Infeliz Camila! ese fué tu elogio fúnebre: grande como lo merecia tu sacrificio.

Las preocupaciones sociales caerán volteadas por el imperio de la razon que se levanta, y entonces tu nombre personificará la pasion abnegada, de que solo son capaces los espíritus superiores.

Tu memoria vivirá en los corazones que aman.



Volvamos á Santos Lugares.

En la noche del dia de la ejecucion, Reyes y Beascochea recorrian el campamento.

Aquellos soldados, endurecidos por el espectáculo constante de la sangre vertida, permanecian silenciosos.

Ni una sola guitarra heria el aire con sus vibraciones quejumbros.

Encontraron á Cano, jefe de dia, y hablaron con él un momento notándolo preocupado.

Continuaron despues su marcha, comentando interiormente la impresion producida en aquellos hombres al parecer incommovibles.

Oyeron á un soldado que narraba á su mujer, con voces de compasiva ternura, la atroz escena de la mañana.

Si Rosas hubiera visto aquello, habríase regocijado por el terror que esparció su sentencia: seguramente el éxito sobrepasó sus esperanzas.



Cano, uno de los oficiales mas cultos del ejército de Rosas, no pudo combatir la impresion que le causara la muerte de Camila.

Su preocupacion se hizo mas visible de dia en dia.

Veíasele caminar silenciosamente, de un lado á otro, sin quitar de su imaginacion ideas de muerte.

Una mañana no abrió su cuarto.

Violentaron la puerta.

Yacia tendido en un charco de sangre.

Se habia herido ambos brazos con una navaja.

